

THE LIFE OF

JOHN RUSSELL

BY

LARIO



LOS
HIJOS DEL PUEBLO,

ó

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

TOMO III.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482195



MILLOS DEL PUEBLO

BRITONIA DE AYER Y HOY

TOMO III

LOS

HIJOS DEL PUEBLO,

SUS CONQUISTAS, SUS MARTIRIOS, SUS GLORIAS, SUS LUCHAS,
SUS TRIUNFOS Y MERECEMIENTOS.

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS,

PUBLICADA

CON LOS MANUSCRITOS DE UN INTERÉS EXTRAORDINARIO QUE DEJÓ INEDITOS

el malogrado

EUGENIO SUE,

ARREGLADA AL CASTELLANO

por D. G. Laureano Macías Gaston.

ESPLÉNDIDA EDICION Y ÚNICA TRADUCCION

autorizada por el propietario y legatario universal del autor , Sr. Baron de La Châtre .

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN ACERO.

TOMO III.

Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
calle de Escudillers, n.º 57.

1858.

HIJOS DEL PUEBLO

LOS CONQUISTADOS, LOS MARTINIS, LOS GARCEROS, LOS TUCUMANS
LOS YUCAYAS Y MISIONEROS

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS

LIBRO I

CON LOS MANUSCRITOS DE LOS AUTORES ESTABLECIDOS POR ELLOS MISMOS

DE LA BIBLIOTECA

ENCUENADO EN SU

Esta obra es propiedad.

TERCERA EDICION Y ÚNICA TRADUCCION

ESTABLECIDA POR EL PROPIETARIO Y REGISTRO UNIVERSAL DEL DISEÑO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

REVISADA POR LOS AUTORES Y CORREGIDA EN SU FORMA

TOMO III

Librerías

IMPRESA DE BARRA Y BARRA, EDITOR

CALLE ESCOBAR, 21

LOS
HIJOS DEL PUEBLO,

ó
HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

LA CONCHA DEL PEREGRINO

ó
FERGAN EL CANTERO.

(AÑO 1035 Á 1120.)

PARTE PRIMERA.

EL CASTILLO FEUDAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

La Francia feudal durante los siglos undécimo y duodécimo.—La aldea.—Condición de los siervos.
— El batle Garin Traga Siervos.

Desde el año 1035, época de la muerte de mi bisabuelo Ivon el Montero, hasta el año 1098 en que empieza la siguiente leyenda, escrita por mi, Fergan, para obedecer el mandato de mi abuelo Den-Brao el albañil, y la última voluntad de mi padre Nominoe, la Galia ha continuado asolada por las guerras intestinas de los señores y por las guerras reales de Enrique I (descendiente de Hugo Capeto) que reivindicaba el ducado de Borgoña, compuesto del Delfinado y de una parte de la Provenza. Enrique I, cuyo reinado duró de 1031 á 1060, fué un príncipe débil que apenas acertó á defenderse contra los nobles sus rivales, entre los cuales era el mas poderoso Guillermo el Bastardo, duque de Normandia, hijo de Roberto el Diablo descendiente de Rolf. Muerto Enrique, sucedióle su hijo Felipe I en 1060, cuando solo contaba siete años; Guillermo el Bastardo, convertido en Guillermo el Conquistador, conquistó la Inglaterra seis años despues al frente de sus normandos, y el descendiente de Rolf el pira-

ta fué soberano de un gran territorio. Felipe I, que reinaba en 1098, era amante del lujo y de los placeres, y mientras los nobles peleaban entre sí y asolaban la Galia, el rey bebía, cazaba, y se entregaba á la galantería. Su reino se componía de los territorios y las ciudades de Paris, de Orleans, de Beauvais, de Soissons, de Reims, de Chalons, de Dreux, del Maine, del Anjou, de la Marca y de Bourges, mientras que la Bretaña, la Normandía, la Aquitania, la Provenza, la Borgoña, la Lorena y Flandes, se hallaban bajo la absoluta dependencia de sus condes y duques soberanos. Considerese además que Felipe no reinaba sobre todo el territorio llamado reino de Francia, pues, á escepcion de sus estados particulares, hallabase aquel dividido y subdividido en gran número de señoríos, cuyos poseedores, si bien reconocían ser sus vasallos, obraban á su capricho en sus territorios no respetando su soberanía si no cuando se veían obligados á ello por la fuerza de las armas. Este era el estado de la Galia en el año 1098 en cuya época empieza esta relacion.

El sol iluminaba con sus postreros rayos una aldea del señorío de Plouernel, cuyas casas, medio destruidas, habian sido recientemente incendiadas, en una de las frecuentes guerras entre los señores feudales, que en sus escursiones devastaban el territorio enemigo, se apoderaban de los ganados y daban muerte á los siervos y villanos. Las miserables chozas de la aldea de que estamos hablando, construidas con piedras toscamente unidas por medio de una tierra arcillosa, ofrecían en sus paredes y en sus techos visibles señales del incendio, y el aspecto de los siervos que en aquel momento volvían de los campos, no era mas risueño ni menos lúgubre que el de sus madrigueras. Estaban pálidos, escualidos, cubiertos de harapos, y se estrechaban unos contra otros, temerosos é inquietos. El baile jurisdiccional del señorío, acababa de llegar á la aldea acompañado de cinco ó seis hombres armados, los cuales fueron de casa en casa mandando á los habitantes que acudiesen á la plaza; y en efecto, no tardaron estos en encontrarse en el sitio designado en número de unos trescientos, rodeando al baile, hombre tan cruel para con los humildes, que á su nombre de Garin habian añadido el de *Traga-Siervos*. El temible tiranuelo llevaba un casco de cuero guarnecido de planchas de hierro y una ropilla de piel de cabra, lo mismo que sus calzones; pendía de uno de sus costados una larga tizona, y montaba un caballo rojo de tan desagradable aspecto como su dueño. Algunos hombres á pié y armados de diverso modo, que formaban la

escolta de *Garin Traga-siervos*, custodiaban á varios infelices atados de manos, reducidos á prision en otros pueblos; y no léjos de ellos á lo largo de una pared casi arruinada, hallábase tendido un hombre horriblemente mutilado, cuyo aspecto inspiraba lástima y espanto. Como á tantos otros siervos de la Galia, se le habian sacado los ojos despues de cortarle los piés y las manos, castigo ordinario impuesto á los rebeldes. Estaba cubierto apenas con algunos restos de vestidos, envueltas sus piernas y brazos mutilados con algunos trapos recios y asquerosos, y esperaba que algunos de sus compañeros de miseria, á su regreso del campo, le trasladasen al lecho que compartian con los animales de labor. Dábanle tambien de comer y beber, pues ciego y sin piés ni manos, estaba á merced de sus caritativos compañeros, quienes, á pesar de su pobreza, le socorrian hacia diez años. Muchos siervos de Normandia y de Bretaña, al rebelarse contra sus señores, fueron abandonados, ciegos y mutilados, en el mismo lugar de su suplicio, y murieron casi todos entre las torturas del hambre.

Reunidos en la plaza los habitantes de la aldea, *Garin Traga-siervos* sacó un pergamino y leyó el siguiente bando, que habia leído ya en los demás pueblos del territorio:

— Esta es la órden del muy alto y poderoso señor *Neroweg VI*, conde de *Plouernel*, por la gracia de Dios. Todos los siervos, pecheros y villanos deberán pagar, pues esta es la voluntad de dicho señor conde, cuatro sueldos de cobre por cabeza, antes del último dia del presente mes...

Los siervos amenazados con aquella nueva exaccion, no pudieron contener sus lamentaciones, pero *Garin* les dirigió una mirada de ira y continuó:

— Si dicha suma de cuatro sueldos de cobre por cabeza no ha sido pagada antes del plazo señalado, el muy alto y poderoso señor *Neroweg VI*, conde de *Plouernel*, reducirá á prision á cierto número de siervos para ejecutarlos despues en su horca señorial. El tributo anual seguirá cobrándose además del presente tributo extraordinario de cuatro sueldos de cobre destinado á reparar las pérdidas causadas á nuestro señor por la nueva guerra que le ha declarado su vecino el señor de *Castel-Redon*.

El baile se apeó para dirigir algunas palabras á uno de los hombres de su escolta, y los siervos aprovecharon aquella ocasion para decirse en voz baja unos á otros:

— ¿Dónde está *Fergan*?... solo él tendria valor para manifestar

humildemente al baile que somos por desgracia harto miserables para pagar esa suma.

— Con motivo de haber cumplido diez y ocho años Gontran, hijo primogénito del muy noble, muy alto y muy poderoso señor Nerroweg VI, conde de Plouernel y teniendo ya la edad de caballero, se pagará, según es costumbre en Plouernel, un dinero por cada cabeza de siervo y de villano, en honor y gloria de la caballería de dicho señor Gontran.

— ¡Aun más! murmuraron los siervos con amargura. Gran fortuna es la nuestra de que el conde no tenga hijas, porque algún día habríamos de pagar su dote como pagamos ahora la orden de caballería de su hijo.

— ¡Jesucristo nos ampare! exclamaba otro en voz baja: ¿Con qué hemos de pagar lo que se nos manda? ¡Ah! ¡qué lástima que Fergan no se halle aquí para reclamar en nuestro nombre!.. El se atrevería á hablar, al paso que nosotros no tenemos valor para pronunciar una palabra.

Terminada la lectura, el baile llamó á un siervo llamado Pedro el Cojo (Pedro no cojeaba, pero su padre, infeliz lisiado, había recibido el nombre que conservaba su hijo), el cual se presentó ante Garin temblando y mirando á su alrededor como buscando auxilio. El baile le dijo:

— ¡Hace ya tres domingos que no has hecho cocer pan en el horno señorial, y supongo que no habrás estado tres semanas sin probar un bocado de pan.

— Señor Garin...

— ¿Habrás sido bastante audaz para cocer el pan en tu casa entre el rescoldo del hogar?... ¡Confíesalo, malvado!

— Ya sabéis que los soldados del señor de Castel-Redon entraron á sangre y fuego en nuestra aldea. Nuestro pobre ajuar desapareció en el incendio; nos hemos quedado sin animales, y nuestros campos fueron asolados durante la guerra;

— ¡Te hablo de horno y no de guerra! Estás debiendo tres dineros por derechos de horno, y has de pagar además otros tres dineros de multa.

— ¡Seis dineros! ¡Desdichado de mí! ¡seis dineros! ¿de dónde quereis que los saque?

— ¡Tú lo sabrás mejor que yo! No ignorais que vuestros lamentos no me engañan, porque siempre teneis algún escondrijo

dónde ocultais el dinero... ¿Quieres pagar? Responde.

— Compasivo señor, es imposible. Los hombres de armas del señor de Castel-Redon solo nos han dejado los ojos para llorar nuestros desastres.

Garin se encogió de hombros, hizo una seña á uno de los de su comitiva, y este se acercó con una cuerda en la mano. El siervo tendió sus brazos al soldado y dijo:

— Atadme, encarceladme si así os parece; no poseo ni un dinero.

— Ahora vamos á saberlo, replicó el baile: y mientras uno de sus satélites maniataba á Pedro el Cojo sin que opusiera resistencia, otro sacó de una bolsa de cuero que llevaba colgada de su cinturón yesca y perdernal y encendió una mecha azufrada.

Garin dijo entónces á Pedro que palidecía al ver aquellos preparativos:

— Voy á poner esta mecha encendida entre tus dos pulgares; si ocultas tu dinero en algun escondrijo, el dolor desatará tu lengua.

El siervo no contestó, pero sus dientes rechinaban, y cayó á los piés del baile tendiendo los brazos: pronto salió una jóven del grupo que formaban los habitantes de la aldea y que llevaba los piés descalzos é iba cubierta con un tosco sayo. La llamaban Petronila la Cabra, porque como sus cabras, era esquiva y amante de las agrestes soledades, y su negra cabellera ocultaba parte de su rostro tostado por el sol. Acercándose al baile, le dijo sin bajar la vista:

— Soy hija de Pedro el Cojo; si deseas aplicarle el tormento, pon en libertad á mi padre y sacia en mí tu crueldad.

— ¡Traed la mecha!... dijo Garin á sus soldados con impaciencia sin mirar ni escuchar á Petronila. Daos prisa; la noche se acerca.

Pedro el Cojo, á pesar de sus gritos y de las desgarradoras súplicas de su hija, se vió derribado en el suelo y sujetado por los soldados del baile y empezó el tormento del siervo á la vista de sus compañeros de miseria, embrutecidos por el terror y por el hábito de la servidumbre. Pedro luchaba con el dolor y prorumpía en espantosos alaridos; Petronila, inmóvil, pálida, sombría, con los ojos fijos y anegados en lágrimas, no gritaba, no imploraba á los verdugos de su padre, y únicamente murmuraba:

— ¿No veis que si supiese donde está el escondrijo lo descubriría?

Finalmente, Pedro el Cojo, vencido por el dolor, dijo á su hija con voz entrecortada:

— Toma el azadon , y corre á nuestro campo ; cava al pié del olmo y encontrarás nueve dineros dentro de una vasija de madera.

Y dirigiendo al baile una mirada de desesperacion añadió:

— ¡ Eso es todo mi tesoro , maese Garin !

— ¡ Oh ! Seguro estaba de que tendrias algo bien guardado , dijo el baile. Cese la tortura ; gritó á sus satélites , y vaya uno de vosotros con esa jóven y traiga el dinero.

Petronila la Cabra se alejó con precipitados pasos seguida del soldado , despues de dirigir á Garin una mirada feroz... Los siervos , aterrados y silenciosos , ni aun se atrevian á mirarse entre sí , mientras que Pedro , dando lastimeros gemidos y mirando sus mutiladas manos , murmuraba con voz entrecortada por las lágrimas :

— ¿ Dios mio , ¿ Cómo podré trabajar para satisfacer el tributo ?

El baile , sin cuidarse de sus quejas , y viendo al siervo ciego y mutilado de sus cuatro miembros , que tendido cerca de una pared esperaba que sus compañeros le trasladasen á alguna caballeriza , mostró á la multitud á aquel desgraciado y á Pedro el Cojo , y gritó con voz amenazadora :

— Sirva ese doble ejemplo para enseñaros á temblar y á obedecer , bribones. Si ; temblad y obedeced , pues si os atrevieseis á rebelaros contra los derechos de vuestro señor , seriais castigados con azotes , calabozos , suplicios , y hasta con la muerte. ¿ Os parece justo que vuestro señor os dé tierras para que podais cultivarlas y que luego tenga que arrancaros dinero por dinero los tributos que tiene á bien imponeros ? ¿ Sois ó no sus siervos ?

— ¡ Lo somos , maese Garin , contestaron aquellos infelices con voz temerosa ; estamos á merced de nuestro señor !

— Pues bien , si sois y habeis de ser siervos vosotros y toda vuestra raza ¿ por qué escatimais y defraudais los tributos ? ¿ Cuantas veces he tenido que castigaros por vuestra desobediencia ! Uno aguza la reja de su arado sin darme aviso alguno á fin de ahorrarse el dinero que debe al señorío por semejante operacion ; otro pretende librarse del derecho de *boalage* ; aquel lleva su audacia hasta el estremo de pensar en casarse en un señorío inmediato , y tantos y tantos delitos cometeis , que no acabaria hoy si quisiera enumerarlos todos. ¿ Será preciso recordaros sin cesar que perteneceis á vuestro señor en vida y muerte , que vuestros bienes son suyos como vuestros cuerpos , que todo lo vuestro le pertenece , desde los cabellos

hasta la piel que cubre vuestro ruin esqueleto, todo... hasta las primicias de vuestras esposas?

— Maese Garin... se atrevió á contestar sin levantar los ojos un siervo ya anciano, llamado Martin el Sabio á causa de la sutileza de su ingenio; ya sabemos que nuestros cuerpos y bienes pertenecen á nuestros señores, pero he oido decir...

— ¿Qué? ¿Quién se atreve á hacer observaciones?

— No ha sido nadie de nosotros, se apresuró añadir Martin el Sabio.

— ¿Quién ha sido pues?

— Fergan el Cantero.

— ¿Dónde está ese pícaro? ¿Porqué no le veo entre vosotros esta tarde?

— Se habrá quedado en la cantera estrayendo piedra, dijo una voz débil; jamás abandona su trabajo hasta muy entrada la noche.

— ¿Y qué dice Fergan? preguntó el baile, ¿qué dice esa buena pieza?

— Maese Garin, contestó el siervo anciano, Fergan reconoce que somos en efecto siervos de nuestro señor, que debemos cultivar en beneficio suyo las tierras que ha tenido á bien señalarnos á nosotros y á nuestros hijos, que es nuestro deber tambien sembrar, arar y segar las tierras del castillo, servir en las fortalezas del señorío, y marchar...

— ¡Basta, basta! Sabemos muy bien vuestros derechos, ¿qué mas dice Fergan?

— Dice... advertid que él es quien lo dice, no nosotros...

— ¡No! ¡no, maese Garin! exclamaron aquellos infelices á quienes el terror hiciera viles y despreciables; Fergan es quien lo dice.

— ¡Acabad, acabad!

— Fergan pretende que los tributos que se nos imponen aumentan sin cesar, y que despues de pagar nuestros pechos en especie, lo poco que nos queda no basta para atender á las exigencias continuamente reiteradas de nuestro señor. Maese Garin... ya lo veis: bebemos agua, estamos vestidos de harapos, no comemos mas que castañas y habas, y en los dias de fiesta un poco de pan de cebada ó de avena...

— ¡Como! gritó el baile con voz amenazadora, ¿os atreveis á quejaros?

— No, no, maese Garin, dijeron los siervos asustados; no nos quejamos.

— Fergan es el que se queja , añadieron otros.

— Y le reconvenimos por haber usado semejante language , dijo temblando el anciano Martin ; nosotros estamos contentos con nuestra suerte , y veneramos á nuestro amado señor Neroweg VI y á su compasivo baile Garin.

— ¡ Si , si ! gritaron muchas voces ; es verdad.

— Esclavos , exclamó el baile con cierto enojo mezclado de desprecio , hombres ruines , que lameis vilmente la mano que os azota , ¿ ignoro acaso qué habeis dado á nuestro amado Neroweg VI el apodo injurioso de *Peor que un lobo* y el de *Traga-siervos* á su compasivo baile ?

— Maese Garin , juramos por nuestra salvacion eterna que ninguno de nosotros os ha dado tal apodo.

— ¡ Pero yo os prometo que procuraremos justificarlo ! Si ; Neroweg VI será *peor que un lobo* para vosotros , turba holgazana y traidora ; y yo os devoraré hasta la piel , siervos y villanos , siempre que trateis de defraudar los derechos de vuestro señor. En cuanto á Fergan , el atrevido charlatan , le encontraré tarde ó temprano algun dia , y me parece que cuando menos lo espere , tendrá que haberse-las con la horca del señorío de Plouernel.

— Creed que no le compadeceremos , maese Garin ; ¡ caiga sobre él la maldicion si se atreve á hablar mal de vos y de nuestro querido señor ! digeron los siervos espantados.

En aquel momento volvió Petronila la Cabra acompañada del soldado encargado por el baile de desenterrar el *tesoro* de Pedro el Cojo ; la sierva mostraba un aspecto mas sombrío que antes , y se habian secado sus lágrimas , pero bajo los espesos cabellos que caian sobre su frente , lanzaban rayos sus ojos. Dos veces se pasó por ellos la mano izquierda , pues tenia la derecha oculta detrás de la espalda , y fijando su vista en el baile , se acercó á él sin ser observada , mientras que el hombre de armas decia entregando á Garin una vasija de madera :

— Hay aqui dentro nueve monedas de cobre , pero cuatro de ellas no están acuñadas como las de Neroweg VI.

— ¡ Cómo ! ¡ moneda estrangera en el señorío ! exclamó el baile dirigiéndose á los siervos ; ¿ no os he prohibido mil veces que la recibieseis bajo pena de azotes ?

— Maese Garin , contestó Pedro el Cojo que seguia tendido en el suelo sin cesar de llorar mirando sus manos mutiladas ; los merca-

deres forasteros que pasan por nuestra aldea y nos compran á veces un cerdo, un carnero ó un cabrito, acostumbran á pagar con moneda acuñada en otros señoríos ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo hemos de pagar los tributos, si nos negamos á vender lo poco que tenemos?

El baile, ocupado en contar el dinero, no contestó á Pedro el Cojo; Petronila que continuaba teniendo oculta su mano en la espalda, se habia colocado en tanto insensiblemente al lado de Garin. Este puso el dinero de Pedro en una gran bolsa de cuero, casi llena por las exacciones del dia, y dijo al siervo:

— Eres deudor de seis dineros porque entre los nueve que me han traído, hay cuatro de moneda estrangera, que quedan confiscados. Restan cinco dineros del señorío que tomo á cuenta; me darás el otro cuando pagues el tributo.

— ¡Ahora te lo pago! exclamó Petronila hiriendo con todas sus fuerzas en el rostro al baile con una piedra que habia recogido en el camino; el golpe fué tan violento, que Garin vaciló, y se bañó en sangre su frente.

— ¡Infame! gritó el baile furioso arrojándose contra la jóven y pisoteándola. Vas á morir, dijo sacando la espada; pero no, añadió despues de un momento de reflexion; su cadáver ha de servir de pasto á los cuervos y de espanto á los que intenten levantar la mano contra el baile de su señor. ¡Atadla! gritó á sus soldados, esta noche le sacareis los ojos, y mañana al asomar el alba espirará en la horca.

— ¡Petronila la Cabra merece su suplicio! exclamaron los siervos con la esperanza de desviar de sus cabezas el furor de Garin Traga-siervos. ¡Muera la infame que ha herido al compasivo baile de nuestro glorioso señor!

— ¡Cobardes! ¡almas viles! dijo Petronila con el rostro y el seno amoratos por los golpes que recibiera de Garin. Y volviéndose hácia Pedro el Cojo que lloraba sin atreverse á defender á su hija ni á elevar su voz para implorar su gracia, añadió con siniestra amargura:

— ¡Y tu, padre mio, que sufres que se lleven á tu hija para que la martiricen, eres tan cobarde como los demás!... ¡Adios! cuando mañana veas volar los cuervos al rededor de la horca del castillo, piensa que ellos son los sepulcros vivos de tu pobre hija. Y vosotros, siervos viles, que sois trescientos y temblais ante seis hombres

de armas, bien merecida teneis vuestra miseria y vuestra verguenza! Entre vosotros no hay mas que un hombre; Fergan.

— ¡ Ah! exclamó el baile exasperado por la audacia de Petronila, y restañando la sangre que corria por su rostro; si llego á encontrar á Fergan en mi camino, juro á Dios que ha de ser tu compañero de horca.

Y Garin montó otra vez á caballo, y desapareció en breve seguido de sus soldados y de los siervos presos entre los que marchaba Petronila, dejando tan aterrorizados á los habitantes de la aldea, que aquella tarde olvidaron de dar hospitalidad al pobre ciego mutilado... En vano les llamó... Llegó la noche y el infeliz calló, ronco de gritar y envidiando la suerte de las fieras que cruzaban por el cercano bosque para ir á albergarse en sus guaridas.

CAPITULO II.

Fergan el Cantero. — Juana la Jorobada. — El camino subterráneo.

Mucho tiempo hacia que el baile se habia marchado con sus presos; la noche era por momentos mas oscura; una jóven pálida, escuálida y contrahecha, cubierta con un sayo haraposo, con los piés descalzos, y la cabeza abrigada con una especie de toca de la que salian los mechones de su cabellera, se hallaba sentada, con el rostro oculto entre sus manos, junto al hogar de la choza habitada por Fergan en el extremo de la aldea. Un débil fuego iluminaba la estancia; las paredes ennegrecidas aun por el incendio, sostenian algunas ramas colocadas sobre vigas, en reemplazo del desplomado techo, y por entre ellas se divisaban algunas estrellas brillantes. Un techo de paja colocado en el punto mas abrigado de aquella madriguera, un arcon y algunas vasijas de barro componian el ajuar de la vivienda del siervo. La jóven sentada al hogar era la esposa de Fergan, y se llamaba Juana la Jorobada á causa de su deformidad. Juana permanecia inmóvil con la frente entre su manos, sentada en una piedra, y un ligero estremecimiento de sus hombros era lo único que anunciaba de cuando en cuando el llanto que derramaban sus ojos. Entró un hombre en la cabaña; era Fergan. Tenia unos treinta años, era robusto y de elevada estatura, cubria su pecho un jubon de piel de cabra cuyo pelo habia desaparecido casi por completo, sus calzones dejaban desnudos sus muslos y piernas en varios puestos, y llevaba en los hombros el pico de hierro y el pesado martillo de que se servia para romper y extraer la piedra de la cantera. Juana la Jorobada, que levantó la cabeza al oir los pasos de su marido, enseñó un rostro que aunque nada agraciado, respiraba angélica bondad, y corriendo hácia Fergan, le dijo con una mezcla de esperanza y de ansiedad indefinibles, interrogándole al mismo tiempo con la voz y la mirada:

— ¿Has sabido algo?

— ¡Nada, contestó el siervo desesperado, ... nada, nada!

Juana se dejó caer otra vez sobre la piedra y murmuró sollozando:

— ¡Colombaik... pobre hijo mio... ya no te veré mas!

Fergan, no menos desesperado, sentóse en otra piedra que habia junto al hogar, con el codo apoyado en la rodilla y la frente en su mano y permaneció largo rato silencioso y sombrío. Levantándose despues vivamente, recorrió varias veces la estancia con agitacion, diciendo con voz sorda:

— ¡Esto no puede durar!.. Tengo despedazado el corazon... Es preciso que vaya... ¡Si, iré, iré!

Juana que oyó á su marido repetir: ¡Iré, iré! levantó la cabeza, enjugó su llanto con la mano, y preguntó:

— ¿A donde quieres ir, pobre Fergan?

— ¡Al castillo! respondió el Cantero sin cesar de andar con agitacion y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Un temblor convulsivo se apoderó de Juana, la cual, juntando sus manos, quiso hablar; pero en su terror no pudo articular una palabra, y sus dientes se chocaron. Dijo por fin con voz débil:

— Fergan... sin duda deliras al decir que irás al castillo.

— No, iré allá luego que la luna se haya ocultado.

— ¡Ah! he perdido á mi hijo, repuso Juana sollozando, y perderé tambien á mi marido! ¡Señor, señor, ayudadnos!

Y prorumpió otra vez en amargo llanto, y sus gemidos y el rumor de los pasos del siervo era lo único que interrumpia el silencio de la noche. El fuego del hogar se apagó, pero la luna, que se hallaba entonces en medio del horizonte, lanzaba sus pálidos rayos en el interior de la cabaña, al través de las ramas que hacian veces de techo. El silencio duró largo tiempo, y por fin Juana, que se habia entregado á sus reflexiones, dijo con acento casi tranquilo:

— Fergan, dices que quieres ir esta noche al castillo... (y se estremeció al pronunciar estas palabras...) Por fortuna lo que pretendes es imposible... no podrás penetrar en él.

El siervo continuaba su agitado paseo por la estancia sin pronunciar una palabra, y Juana, apoderándose de una de sus manos, quiso detenerle y le dijo:

— ¿Porqué no me respondes? me das miedo.

Fergan retiró su mano con violencia y rechazó á Juana gritando con voz enojada:

— ¡Déjame!

La débil criatura cayó á algunos pasos de allí entre los escombros, y no pudo contener un doloroso grito al chocar su cabeza con-

tra la pared. Aquel grito hizo volver en sí al enojado siervo que volvió la cabeza y á la luz de la luna vió á Juana levantarse penosamente. Corrió entonces hácia ella , ayudóla á sentarse en una de las piedras del hogar , y dijo con visible angustia :

— ¿ Te has herido al caer ?

— No... no...

— ¡ Pobre Juana ! exclamó el siervo llevando una de sus manos á la frente de Juana , tus sienes están húmedas... ¡ Es sangre ! gritó mirando su mano ensangrentada.

— No , serán mis lágrimas , dijo la jóven con voz suave , mientras que restañaba su herida con un mechón de su desordenada cabellera ; no es nada.

— Padeces , y yo tengo la culpa.

— No , no , he caido porque estoy débil , contestó Juana con angélica mansedumbre ; no pensemos mas en eso. Por fortuna no he de temer que me afee mas una cicatriz en el rostro , añadió con triste sonrisa , aludiendo á su fealdad.

Estas palabras afligieron á Fergan que creyó que la idea de Juana era que no la habria tratado de aquel modo si hubiese sido hermosa , y con tono de amistosa reconvencion la dijo :

— ¿ Acaso no te he tratado siempre como á la mejor de las esposas ?

— Es verdad , y estoy agradecida á tu cariño.

— ¿ No te tomé por mujer con toda libertad ?

— Si , y eso que podias elegir entre las siervas del señorío una compañera que no hubiese sido contrahecha como yo.

— Juana , repuso el cantero con sombría amargura , si tu rostro hubiera sido tan hermoso como bueno es tu corazon , ¿ á quien habrias pertenecido la primera noche de nuestras bodas ? A Neroweg ó á sus hijos.

— ¡ Es verdad ! mi fealdad me ha evitado al menos la verguenza...

— ¡ La esposa de Sylvest , uno de mis antepasados , pobre esclavo de los romanos , asi como nosotros somos siervos de los francos , se libró tambien del deshonor desfigurándose el rostro ! murmuró el cantero suspirando. ¡ Ah ! ¡ qué desgraciados somos ! ¿ llegará el dia venturoso profetizado por la gran Victoria ?

Juana , al ver á su marido sumido otra vez en sus reflexiones , le dijo :

— Fergan , contéstame por piedad ¿ persistes todavía en marchar al castillo ?

— ¿Te acuerdas Juana, de lo que nos refirió hace tres días Petronila la Cabra acerca de nuestro hijo?

— Si; díjonos que habiendo guiado sus cabras, según tiene por costumbre á los riscos más escarpados, vió que un caballero del conde salía á galope de un bosquecillo donde Colambaik había penetrado poco antes para recojer ramas secas, añadiendo haber sospechado que aquel caballero se había llevado á nuestro hijo debajo de la capa.

— ¡Desde entonces no le hemos visto más!

— Las sospechas de Petronila han salido ciertas.

— ¡Cielos! ¿qué dices?

— Hace algunos momentos me hallaba en la cantera, cuando llegaron á ella varios siervos encargados de reparar la calzada del castillo, medio destruida durante la última guerra. Como me encuentro desesperado, y hablo á todo el mundo de la desaparición de Colambaik, referí mis angustias á los siervos, y uno de ellos me dijo que días pasados, al caer la noche, había visto un caballero que llevaba sobre un caballo un niño de siete ú ocho años, con los cabellos rubios...

— ¡Infelices de nosotros! exclamó sollozando la infortunada madre; era Colambaik!

— El caballero subió la cuesta que conduce al castillo de Plouernel, y entró en él.

— ¿Qué querrán hacer con nuestro hijo?

— ¿Qué? exclamó el siervo estremeciéndose; le matarán y se servirán de su sangre para componer algún filtro infernal...

Juana lanzó un grito de espanto, pero sucediendo el furor á su desconsuelo, exclamó delirante y corriendo hácia la puerta:

— Fergan, vamos al castillo... Si, entraremos en él aun cuando debieramos arrancar las piedras con las uñas... Quiero á mi hijo... y no le matarán... no!... no!...

Y en el estravio de su dolor Juana se precipitó fuera de la cabaña. El siervo la detuvo cogiéndola por la mano; pero en aquel momento cayó desfallecida en los brazos de su marido y se sentó en el suelo, murmurando con voz apagada:

— Siento las angustias de la muerte... si me estrujasen el corazón no sufriría más de lo que padezco... ¡Ah! ¿si le habrán muerto? ¡Ya es tarde!... pero no... ¿quién sabe?... añadió tomando á su marido por la mano. ¿Querías ir al castillo?... ¡Pues bien! ¡Vamos!... Vamos!...

— Iré solo cuando la luna se haya ocultado.

— ¡ Ah ! creo que la razón nos ha abandonado , pobre Fergan ; el dolor nos extravía... ¿Cómo penetraremos en el castillo del señor conde ?

— Por un camino secreto.

— ¿ Quién te lo ha revelado ?

— Mi padre... Escucha , querida esposa... Mi abuelo Den-Brao había acompañado hasta Anjou á su padre , Ivon el Montero , cuando la terrible hambre del año 1033. Den-Brao era albañil , y después de haber trabajado durante más de un año en el castillo de su señor de Anjou , quedó siervo según la ley , y como tal fué cambiado por su señor por un armero de Neroweg IV , antecesor de Peor que un Lobo. Siendo siervo del señor de Plouernel , mi abuelo construyó la fortaleza que en aquel tiempo se unió al antiguo castillo cuyas obras duraron largos años , de tal modo que mi padre Nominoe , que era casi un niño cuando se empezaron , era ya hombre cuando concluyeron. Acompañando siempre á mi abuelo Den-Brao , le auxiliaba en sus trabajos , y fué también albañil. Muchas noches después de su trabajo mi abuelo trazaba en un pergamino el plano de las varias partes de la fortaleza , y cierto día en que se lo enseñaba á mi padre , pidióle esta la explicación de ciertas líneas , cuyo significado no comprendía. « — Estas obras , contestó mi abuelo , formarán una escalera secreta que abierta en la muralla de la fortaleza , subirá desde la profundidad del edificio hasta su parte superior dando acceso á varios reductos invisibles para todos. Gracias á esa salida secreta , el señor de Plouernel , después de una desesperada resistencia , podrá huir y llegar á una larga galería subterránea que conduce á las rocas que cubren por la parte del norte la falda de la eminencia en que se levanta el castillo señorial. En efecto , Juana , en estos tiempos de continuas guerras se ejecutan semejantes obras en todos los castillos , pues sus poseedores se reservan siempre el medio de huir del enemigo. Unos seis meses antes de terminarse la fortaleza , y cuando solo faltaba construir la escalera y la salida secreta trazada en los planos de mi abuelo , una piedra enorme rompió al caer las dos piernas á mi padre . ¡ Gran fortuna fué para él !

— ¡ Cómo ! ¿ qué estás diciendo , Fergan ?

— Escucha hasta el fin... Mi padre permaneció en esta choza por espacio de seis meses inhabilitado para trabajar á causa de sus heridas , y durante aquel tiempo terminóse la fortaleza ; pero los siervos

que habian trabajado en ella , en vez de volver cada noche á sus aldeas , no salieron mas del castillo.

— ¿ Por qué ?

— Decíase que el señor de Plouernel queria apresurar la conclusion de las obras , y ahorrar el tiempo que se perdía por la mañana y por la tarde con el ir y venir de los trabajadores : por espacio de medio año , los habitantes de la llanura vieron los movimientos de los siervos que construian el remate de la fortaleza , que se elevaba mas y mas ; luego , cuando la plataforma y las torres quedaron terminadas , no se vió nada mas... y los siervos no volvieron jamás á sus casas.

— ¿ Qué se hizo de ellos ?

— Neroweg IV temió que revelasen el paso secreto que habian construido , y les hizo encerrar en un subterráneo , donde mi abuelo y sus compañeros en número de veinte y siete espiraron entre las torturas del hambre.

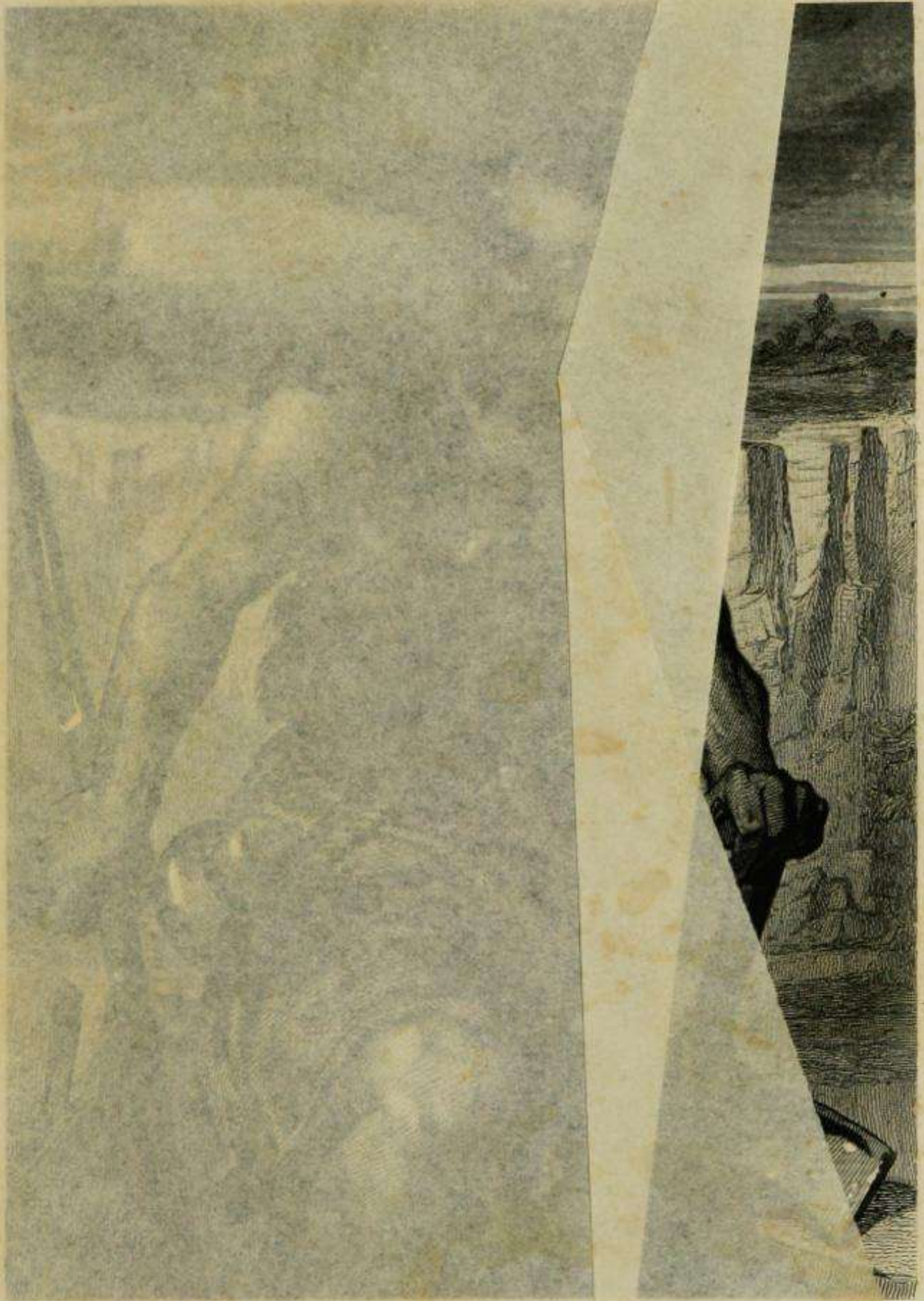
— ¡ Ah ! exclamó Juana horrorizada ¡ qué horror !

— Mi padre , retenido aquí por sus heridas , fué el único que se libró de tan espantoso destino , olvidado sin duda por el señor de Plouernel. A fuerza de indagar las causas de la desaparicion de mi abuelo , y recordando las noticias que le diera trazando en su presencia el plano del castillo y de su secreta salida que guiaba á las rocas de la montaña , mi padre se dirigió durante la noche á aquella soledad y logró descubrir la entrada entre la maleza. Deslizóse por la abertura y despues de andar largo rato por una angosta galeria , detuvo sus pasos una enorme verja de hierro. Mi padre quiso abrirla y pasando el brazo á través de los barrotes , encontró su mano un monton de huesos.

— ¡ Justo cielo ! ¿ y esos huesos ?

— Eran los de los siervos que , encerrados allí con mi abuelo , y como él furiosos por el hambre , habian muerto procurando derribar la verja... Mi padre no intentó pasar adelante ; convencido ya de la suerte de mi abuelo , pero sin energía para vengarle , hizome esta revelacion en su lecho de muerte. Varias veces he estado en las rocas , conozco el paso subterráneo , y por él me introduciré esta noche en el castillo para buscar á nuestro hijo.

— Fergan , no quiero oponerme á tu designio , dijo Juana despues de un momento de silencio y refrenando su espanto ; pero ¿ cómo abrirás la verja que impidió á tu padre pasar adelante ?



Argon di castro

que habian tr
deas, no salio

— ¡ Por qu

— Decíase

cion de las o

y por la tard

medio año,

los siervos q

ba mas y ma

terminadas.

sus casas.

— ¡ Qué se hizo

— Nerow

construido,

lo y sus con

torturas de

— ¡ Ah!

— Mi pad

bró de tan

Plouernel.

abuelo, y

cia el plan

de la mon

dad y log

abertura

tuvo sus

pasando

monton

— ¡ Ju

— Era

como él

bar la ve

la suerte

revelaci

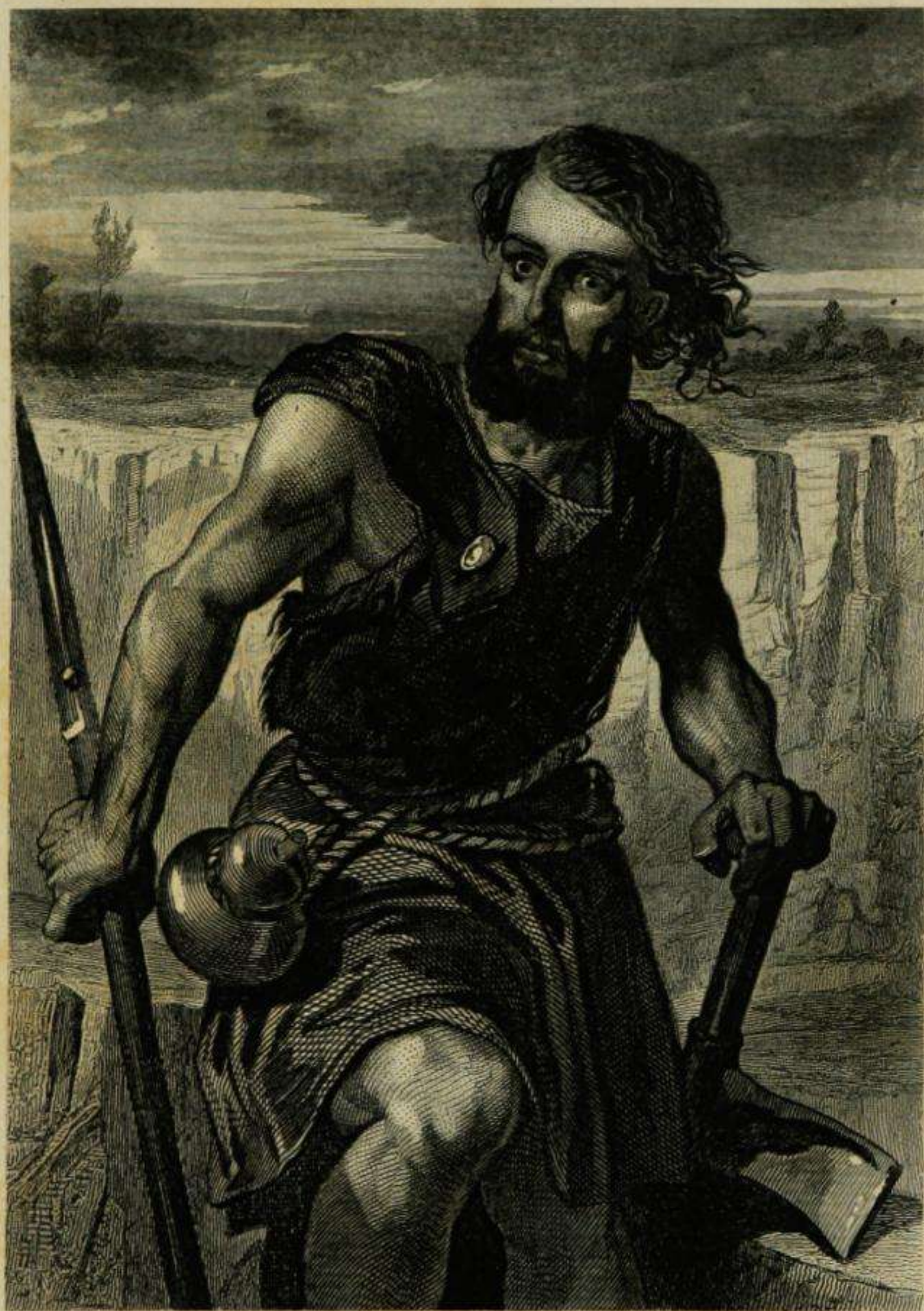
cas, co

che en

— Fe

de un momento

abrirás la verja que impidió á tu padre pasar adelante ?



Editor Juan Olivos, Barcelona.

Hergan el cantero.

— La verja está empotrada en la roca ; llevaré mi pico y mi martillo y la derribaré.

— Y luego ¿ qué harás ? ¿ á donde irás ?

— Ayer por la noche , saqué del cofrecillo de madera oculto allí, el pergamino en que Den-Brao habia trazado el plano de las obras, y he estudiado los pasos y las salidas del castillo : la galeria secreta, subiendo hacia la fortaleza , conduce á la escalera abierta en el espesor de la muralla , y desde esta á lo mas profundo de tres pisos de calabozos hasta la torre que se eleva al norte de la plataforma.

— ¿ La torre de donde salen por la noche las estrañas luces que nos asustan ? preguntó Juana perdiendo el color.

— Si ; en ella prepara sus maleficios Azenor la Pálida, la hechicera de Neroweg VI, contestó el cantero con voz sorda, y en ella debe encontrarse Colambaik en caso de que viva todavía ; allí iré á buscarle.

— ¡ Ah ! Fergan , murmuró Juana ; me estremezco al pensar en los peligros que vas á arrostrar.

— Juana , dijo el siervo despues de un momento de silencio levantando la mano hácia el cielo estrellado que se distinguia al través de los restos de la techumbre ; antes de una hora la luna se habrá ocultado ; voy á partir.

— Creo como tú que es preciso arrostrarlo todo para hallar á nuestro hijo ; pero si dentro de tres dias , no has vuelto...

— Habré encontrado la muerte en el castillo.

— No te sobreviviré ni una hora... Si , pienso como tú que debes partir. ¿ Tienes armas ?

— El pico.

— ¿ Y pan ?

— Lo hay todavía en mi zurrón ; y está llena de agua mi calabaza... esas provisiones me bastaran.

Mientras que su esposa se ocupaba en estos preparativos , el siervo se proveyó de una larga cuerda que arrolló al rededor de su cuerpo , y puso en su zurrón yesca , pedernal y una de aquellas mechas resinosas de que se sirven los canteros en sus trabajos subterráneos. Hecho ya todo , Fergan tendió en silencio los brazos á Juana ; ambos esposos permanecieron estrechamente abrazados por algunos instantes , y tomando el siervo su pico de hierro y su pesado martillo , dirigióse hácia las rocas que daban paso á la oculta galeria del castillo señorial.

CAPITULO III.

Los viajeros.—El castillo de Neroweg VI.

A la mañana siguiente del día en que Fergan el cantero había resuelto penetrar en el castillo de Plouernel, gran número de viajeros, salidos de Nantes desde la víspera, se encaminaban hácia las fronteras de Anjou. Componían la comitiva personas de condiciones distintas, pues se veían en ella peregrinos, fáciles de reconocer por las conchas cosidas á sus ropages, mendigos, vagabundos y mercaderes, y entre estos bien podemos clasificar á un hombre de elevada estatura, de barba y cabellos rojos, llamado Harold el normando, el cual engañaba á los fieles vendiéndoles como santas reliquias los huesos que robaba de noche en las horcas señoriales. Dos monges de tan bondadoso rostro el uno como lleno de magestad el otro, que se daban los nombres de Simon y de Jerónimo, formaban igualmente parte de la comitiva, y detras de ellos seguía un ciudadano de Nantes, montado en una hermosa mula blanca, de luciente pelo. Su negocio consistía en comerciar por mar con España é Inglaterra y llamábasele Bezenecq el Opulento á causa de sus inmensas riquezas. Robusto y ágil todavía, de rostro franco, inteligente y afable, llevaba una especie de sombrero de fieltro negro, y un jubon azul de paño fino, ceñido á su cuerpo por un cinturón de cuero del cual colgaba una escarcela bordada. En la grupa, en una parte de la silla hecha para aquel uso, montaba su hija Isolina, jóven de diez y ocho años, de ojos azules, cabellos castaños, blanca dentadura, fresca y sonrosada como una rosa de mayo, y tan linda como atractiva; su largo vestido gris ocultaba sus pequeños piés, y un manto de viage, de un verde oscuro, envolvía en sus anchos pliegues su talle flexible y elegante. Las miradas y sonrisas de afecto que se dirigían padre é hija, así como las minuciosas atenciones que mutuamente se prodigaban, revelaban sus sentimientos de tierno cariño, y en sus semblantes, que ostentaban la felicidad, se leían los dulces goces del corazón. Un criado bien vestido guiaba á pié una segunda mula cargada con el equipage del mercader, y á ambos lados de la carga colgaba una espada envainada. En aquel tiempo jamás se viajaba sin armas y Bezenecq el Opulento se había conformado con la costum-

bre, á pesar de que el digno y honrado ciudadano era de un caracter muy poco guerrero. Los viageros llegaron á un punto en que el camino de Nantes á Angers se dividia en dos; á la entrada de ambos senderos, levantábase una horca señorial, símbolo y prueba evidente del derecho de alta y baja justicia egercida por los señores de aquellos dominios. Tres cadáveres pendian de la horca erigida en el camino del oeste: el primero, reducido al estado de esqueleto, el segundo petrificado ya, y el tercero sirviendo de pasto á los cuervos que huyeron espantados al acercarse los viageros. Aquel cuerpo, enteramente desnudo, era el de Petronila la Cabra, torturada y egecutada al salir el sol, segun las amenazas del baile Garin; los largos cabellos negros de la víctima caian sobre su rostro, contraido por la agonía y manchado con la sangre que la infeliz derramara la víspera cuando el verdugo le arrancára los ojos. Junto á la horca se elevaba el poste señorial de Neroweg VI, señor y conde del país de Plouernel, indicando los límites del señorío que se extendia por el camino del oeste, y sosteniendo un escudo rojo, en medio del cual se veian tres garras de águila pintadas de amarillo. Otra horca y otro poste que tenia por emblema una serpiente dragon verde pintada en campo blanco, indicaba el camino del este que pasaba por el territorio de Draco (Dragon) señor de Castel-Redon. Isolina, hija de Benecq el Opulento, dió un grito de horror al ver el espectáculo que á sus ojos se ofrecia, y estrechando el mercader con sus brazos, murmuró en voz baja:

— ¡Padre mio! ¡padre mio! mira á esos infelices: hay entre ellos una pobre mujer.

— No mires á ese lado, hija mia, dijo con triste acento el ciudadano de Nantes, volviéndose hácia su hija á fin de ocultar 'á sus ojos tan fúnebre cuadro. Durante nuestro viage tendremos mas de una vez tan siniestros hallazgos; en los límites de cada señorío se levantan horcas patibularias.

— Padre mio, repuso, Isolina, cuyo rostro antes tan risueño se cubrió con un velo de tristeza, temo que ese encuentro sea de funesto agüero para nuestro viage.

— Hija querida dijo con angustia el mercader, no te inquietes sin motivo. No hay duda que vivimos en tiempos en que no es prudente salir de las ciudades y emprender largos viages; á no ser por esto ¿no habria ya visitado á mi buen hermano Gildas del cual me hallo separado hace tanto tiempo? Por desgracia hay gran trecho desde

aquí á Pecardia para aventurarse en escursion semejante. Pero tranquilízate; el viage que hemos emprendido durará dos dias apenas, y será tan feliz como merece serlo. ¿Acaso no cumplimos un deber sagrado accediendo á los deseos de tu abuela? Achacosa y cargada de años, no quiere morir sin abrazarte, y tu presencia la calmará al menos del pesar que le causó la pérdida de su pobre madre, á quien llora hoy tan amargamente como el dia en que la perdimos.

— Padre mio, tendré valor.

— Mira, hija mia, sino se tratase del cumplimiento de tan imperioso deber, te diria: volvamos á nuestra tranquila casa de Nantes, y allí podré verte al menos feliz y alegre desde la mañana hasta la noche; pues si tu sonrisa regocija mi alma, añadió Bezenecq con voz que revelaba una profunda ternura, cada una de tus lágrimas abraza mi corazon...

— Ya estoy tranquila, padre mio; ¿no lo ves? Y al decir esto ofrecia á los besos del mercader su rostro en el que habian aparecido de nuevo la confianza y la serenidad.

Bezeneg contempló por un instante en silencio el agraciado semblante de su hija, para ver si su tranquilidad era real; y convencido de la sinceridad de sus palabras, brilló en sus ojos una lágrima de gozo mientras que exclamaba procurando ocultar su emocion:

— ¡Vayan al diablo las sillas de grupa que no permiten verte á cada instante y abrazarte!

La jóven enlazó entonces con sus dos brazos el cuello de su padre con un gracioso movimiento, y acercó de tal modo su rostro á Bezenech que este no tuvo mas que volver la cabeza para besar á la doncella en la frente y en las megillas. Durante este mútuo cambio de caricias y de tiernas palabras entre el mercader y su hija, los viajeros, antes de penetrar en uno de los caminos que ante ellos se ofrecian, se habian reunido para deliberar sobre cual debian elegir. Los dos conducian igualmente á Angers; pero el uno, el que tenia por seña la serpiente-dragon, daba un gran rodeo y era por lo tanto mucho mas largo que el otro. Cada camino tenia sus ventajas é inconvenientes, y varios viajeros insistian para que se tomase el de las tres garras de águila; el monge Simon por el contrario se esforzaba en persuadir á sus compañeros á que siguiesen el otro.

— Hermanos mios, decia el monge Simon; creedme, no atraveséis el territorio del señor de Plouernel... Se le ha llamado Peor

que un Lobo, y justifica su nombre... Cada día se refieren robos y asesinatos cometidos por sus satélites.

— En efecto, hermano, añadió uno de los viajeros, el castellano de Plouernel es un hombre perverso y su castillo una guarida de malvados... Mas de una vez, desde lo alto de las murallas de nuestra ciudad de Nantes, hemos visto á los soldados del conde asolar é incendiar el territorio de nuestro obispo al cual disputaba la posesion de la antigua abadía de Meriadek.

— Donde se venera la milagrosa imágen de la Virgen, protectora de toda la comarca, añadió otro viajero.

— Sea nuestra intercesora para con nuestro señor Jesucristo á fin de que terminemos con felicidad este viage, exclamó otro.

— ¡Amen! digeron muchas voces, y todos los viajeros se persignaron con devocion.

— Todo eso es verdad, replicó uno de los de la comitiva despues de algunos momentos de silencio; pero ¿creeis acaso que es un cor-dero al conde Draco, señor de Castel-Redon? Tan peligroso es pasar por su territorio como por el del señor de Plouernel, y hemos de optar por uno de los dos extremos. El camino del este está cortado por un rio, y custodian el puente los soldados del señor de Castel-Redon; el del oeste atraviesa inmensos pantanos y termina en una calzada en la que están siempre apostados algunos hombres de armas del conde de Plouernel; tomemos pues el camino mas corto, y el peligro se disminuirá por mitad.

— Si... si... dijeron varias voces; eso es lo mas acertado.

— Pensadlo bien, hermanos, dijo Simon el monge; recordad los sangrientos escesos á que se entrega el castellano de Plouernel para con los infelices viajeros.

En aquel momento Bezenecq el rico se acercó al grupo de viajeros, y al saber el objeto de la discusion, dijo:

— Mi opinion es que debemos elegir el camino mas corto; pues creo exagerados los temores de ese buen hermano y de los que piensan como él. Cuando hayamos pagado á los empleados del conde el derecho para circular con toda libertad por sus caminos y de atravesar sus villas y aldeas ¿qué mas podrá exigirnos? ¿Somos acaso sus siervos ó villanos?

— El señor de Plouernel, dijo uno de los viajeros que participaban de la opinion del monge, no se cuida de lo justo y de lo injusto.

—Pues yo si, replicó Bezenecq el Opulento, y si el señor de Plouernel me violentase como ciudadano de Nantes, impetraría la proteccion de Guillermo IX, duque de Aquitania, del cual es feudatario el señor conde, así como el duque de Aquitania lo es de Felipe I, rey de los francos.

— ¡Impetrar la proteccion de Guillermo IX! exclamó una voz, ¡del malvado que con el puñal en la garganta quiso obligar á Pedro obispo de Poitiers, á que le absolviese de sus crímenes; del adúltero que despues de mil escándalos, ha robado la esposa del vizconde de Chatellerault! Tanto valdria impetrar contra el lobo la proteccion del tigre.

—Si Guillermo IX se negase á hacernos justicia, contestó Bezenecq, apelariamos al rey Felipe. Nosotros los ciudadanos, aunque con frecuencia oprimidos por los señores de las ciudades, no nos dejamos tiranizar impunemente como los infelices siervos, y sabemos estender una protesta...

— ¿Y qué caso haria de vuestra protesta el rey Felipe? Y aun cuando quisiera ampararos ¿podria hacerlo por ventura, cuando los señores sus vasallos son mas poderosos que él?

—Es cierto, no ignoro que vivimos en tiempos muy tristes y que los pasados no valian mucho mas, dijo el ciudadano suspirando y lanzando hácia su hija una mirada inquieta, pues Isolina parecia hallarse muy agitada; pero no conviene exagerar el peligro. Debemos elegir entre dos caminos; supongamos que haya peligro en atravesarlos; el buen sentido exige que tomemos el mas corto.

—Y yo afirmo lo contrario, dijo el viagero que mas habia apoyado la opinion del monge, si el camino es mas corto es tambien doblemente peligroso.

—Padre mio, preguntó Isolina ¿es cierto que son de temer tantos peligros?

—No, no temas, querida hija, ese hombre exagera.

Y al mismo tiempo, deseando poner fin á una discusion que introducía el espanto en el pecho de su hija, espoleó á su mula y penetró en el camino que atravesaba el señorío de Plouernel. La mayoría de los viageros siguió el ejemplo del mercader, en primer lugar porque sus palabras no iban fuera de razon, y en segundo lugar porque conociendo sus riquezas y viendo que llevaba consigo á su hija, creyeron que arriesgaba demasiado para tomar una resolucion imprudente, y los que habian defendido la opinion contraria

acabaron tambien por ceder despues de vacilar algunos momentos.

El castillo de Neroveg VI, sombría fortaleza situada como un nido de águila encima de un monte escarpado, dominaba el pais hasta muchas leguas á la redonda. Al divisar algunos de los vigias apostados en las torres que se elevaban en los ángulos de la plataforma alguna comitiva de viajeros, llenaba los aires con los sonidos de un cuerno, y la gente del conde, ávida y feroz, salia del feudal castillo no solo para exigir los derechos de pasage y de circulacion, sino para robar á los caminantes, aprisionarles y exigirles rescate por medio del tormento, en caso de ser ricos. La superficie de la Galia se hallaba cubierta de fortalezas semejantes, levantadas por los señores francos, bajo el reinado de los últimos descendientes de Carlomagno; castillos inespugnables, desde los cuales barones, condes, marqueses y duques se burlaban de la autoridad real y asolaban el pais.

En el año 1018 un Neroweg, hijo segundo del gefe de aquella familia franca establecida en Auvernia desde el reinado de Clodoveo, peleó con Ludovico Pio para sujetar la Bretaña, sublevada á la voz de Morvan y de nuestro abuelo Vortigern. En recompensa de sus servicios en tan espantosa guerra, dióle el rey en feudo las tierras y el condado de Plouernel, reincorporado á la corona por haber muerto sin sucesión su último poseor, si bien debia Neroweg reconocerse vasallo de Ludovico, jurarle fé y homenaje como á su rey y señor soberano, pagarle tributo y ausiliarle en sus guerras marchando al frente de los hombres del señorío. En el pais de Plouernel, lo mismo que en otras provincias de la Galia, algunos colonos, llamados ahora villanos, habian logrado poco á poco emanciparse, y convertirse, mediante pago de crecidos tributos, en propietarios de una parte de territorio que antes de la conquista franca pertenecia á sus padres antiguamente libres. Neroweg, primero de este nombre en la segunda rama de su familia, acató siempre la autoridad real; pero su hijo, Neroweg II, deseoso de seguir el ejemplo de los demás señores, mandó elevar una fortaleza en la montaña de Plouernel, reunió en ella una partida de hombres determinados y dijo al rey de los francos:

— «No reconozco tu soberanía, ni quiero ser por mas tiempo tu vasallo: me declaro soberano en mi territorio como lo eres tu en el tuyo; los siervos, villanos, y ciudadanos de mi condado son míos; sus personas, sus tierras, sus bienes solo á mi me pertenecen, y les

impondré segun mi voluntad tributos que yo solo percibiré, no batiéndose sino por mi y contra tí... si te atreves á atacarme en mi fortaleza de Plouernel »

El rey no le atacó, pues de siglo en siglo, casi todos los señores habian usado igual lenguaje con los descendientes de Carlomagno y de Hugo Capeto, cuyo reino quedó paulatinamente reducido á la posesion de las únicas provincias que podian defender y conservar por medio de las armas. Neroweg III y Neroweg IV imitaron á su padre y abuelo, y como él fueron señores independientes, absolutos y hereditarios del feudo de Plouernel. Por aquel tiempo varios señores francos se apoderaron del mismo modo de otras partes del territorio galo: Roberto se hizo conde de Paris; Milo conde de Founerre; Hugo conde del Maine; Burchardo señor de Mont-morency Landry, duque de Nevers; Rodolfo conde de Beaugeney; Eugilberto, conde Ponthieu, etc, etc. Los Neroweg aprovecharon esos siglos de guerras y banderías para fortificar mas y mas su castillo, y en él vivian de robos, de exacciones y del trabajo de sus siervos y villanos. Neroweg V apellidado *Cabeza de Estopa*, á causa del color de sus cabellos, y Neroweg VI, llamado *Peor que un Lobo* por sus infelices siervos con motivo de su crueldad, se mostraron dignos de sus antepasados.

El castillo de Plouernel se eleva en la cima de un monte pedregoso y árido, bañado en su parte occidental por un profundo rio; por la parte de oriente domina una estrecha calzada construida sobre el nivel de inmensos pantanos, que reciben por medio de un canal el sobrante de los vastos estanques de la antigua abadía de Meriadek, situada á muchas leguas de aquel sitio y dependiente en otro tiempo de la diócesis de Nantes. Los viageros que siguen el camino de tierra deben pasar por la calzada al dirigirse desde Angers á Nantes, á menos que prefieran dar un largo rodeo, y pasar por el territorio del señor de Castel-Redon; y los buques que bajan al Loira por el rio de Plouernel, cuyas aguas bañan la eminencia, deben pasar precisamente por las del castillo, el cual domina de este modo las dos únicas vias de comunicacion que existen entre las ciudades mas importantes de la comarca.

En una de las vertientes del monte, menos escarpado por la parte del norte, se halla situada la pequeña villa de Plouernel, construida en anfiteatro, á igual distancia del castillo y del llano, en el que se ven diseminadas las casas habitadas por los villanos y los

siervos. Un camino estrecho, sinuoso y rodeado de precipicios conduce al primer recinto fortificado del castillo; sus murallas de treinta piés de altura y diez de espesor, flanqueadas por fuertes torres, forman una sola masa con la roca cortada á pico que les sirve de base. El camino escabroso que serpentea por entre los precipicios guia á una puerta maciza, forrada de planchas de hierro por la cual se llega al interior del primer recinto, sombrío patio en el que no penetra el sol hasta el mediodia, á causa de la elevacion de los edificios unidos interiormente á los muros, y estos edificios estan destinados para alojamiento de los hombres de armas, para halconeria, horno, herreria y otros varios usos, entre otros para la fabricacion de moneda, pues el conde de Plouernel la acuña lo mismo que los demás señores feudales.

En el centro del vasto patio, se eleva la fortaleza principal, cuadrado edificio de mas de cien piés de altura, coronado por una plataforma desde donde se descubre gran estension de territorios y rodeado de un profundo foso lleno de agua viva que sirve tambien de cisterna. La fortaleza parece salir de un gigantesco pozo, y se llega á la misma por medio de un puente levadizo; escasas y estrechas ventanas, semejantes á saeteras, abiertas en los cuatro lados del edificio envian una tenebrosa luz á las habitaciones interiores, y el color sombrío de la piedra, ennegrecida por el tiempo y la intemperie hace aun mas siniestro el aspecto de la fortaleza.

Hijos de Joel, ¡cuantos sudores, lágrimas y sangre han costado á los siervos y villanos de nuestra raza la construccion de las fortalezas señoriales que cubren en el dia el suelo de la Galia! Nuestros descendientes mas remotos los verán quizás aun en pié. Enseñadse-los como los monumentos de nuestros tormentos.

— ¡Oh! ¡Cuando llegará el dia profetizado por la Gran Victoria!

CAPÍTULO IV.

Azenor la Pálida.—Neroweg VI.—La sala del Pleito.—Yolanda.—Los dos hijos del conde.

Una estrecha escalera espiral de piedra conducía desde lo mas profundo de los calabozos subterráneos hasta la plataforma que coronaba el castillo de Plouernel. Los hombres de armas que subían y bajaban por ella no dejaban jamas de persignarse al pasar por delante de la puerta de un aposento situado en el último piso de la fortaleza y en una de las torres que se elevaba en los cuatro ángulos de la plataforma; pues por la noche salían por la estrecha ventana resplandores siniestros que se atribuían á los sortilegios de Azenor la Pálida. Aquel mismo dia y casi á la misma hora en que los viajeros, entre los cuales se encontraban Bezenecq el Opulento y su hija Isolina, se habian decidido, despues de largos debates, á atravesar las tierras del señor de Plouernel, Azenor la Pálida, encerrada en su estancia, alumbrada por una estrecha abertura, se entregaba á sus sortilegios. La hechicera, que contaria unos veinte y cinco años, era de singular hermosura; las líneas de su rostro de una blancura suave eran de una regularidad perfecta, y sus labios en vez de ser encarnados, tenían la fria blancura de su tez; un turbante de rica seda adornaba su interesante rostro y permitia ver las trenzas de su cabellera negra como sus cejas y sus ojos; su túnica de seda con bordados de plata dejaba descubiertos sus brazos, sus espaldas y su seno, dignos de una estatua griega, y un ancho vestido de púrpura envolvía en sus pliegues, y debajo de la túnica que solo le llegaba hasta las rodillas, el gentil cuerpo de aquella estraña mujer.

Azenor se ocupaba en aquel momento en confeccionar con cera dos pequeñas figuras, en cuyo costado izquierdo clavaba algunos alfileres dispuestos en órden cabalístico, cuando se abrió la puerta, y entró por ella Neroweg VI. El conde de Plouernel, ó mas bien, Peor que un Lobo, contaba entónces cincuenta años, era de naturaleza atlética y parecia vigoroso aun; su peinado en nada se parecia al de su antepasado, el conde Neroweg, leudo de Clodoveo, ni al de Neroweg *el Águila terrible*, jefe salvaje de una tribu franca, pintado de rojo y azul, vencido en la famosa batalla del Rhin por nuestro

ascendiente Scanvoch, hermano de leche de Victoria, porque los rubios cabellos de Neroweg VI, entre los que se veían algunos hilos de plata, en vez de flotar sobre sus espaldas como una cola de caballo, eran muy cortos hasta la mitad de las sienes y del cráneo, y caían luego al rededor de su cuello, pues los hombres de guerra se cortan el cabello en la parte superior de la cabeza á fin de que no les incomode debajo del casco. En lugar de llevar únicamente grandes bigotes como sus antepasados en la época de la conquista, Neroweg VI se dejaba crecer su barba espesa y canosa, que acababa de dar un aspecto de ferocidad á su rostro repugnante. Temeroso siempre de ser atacado en su castillo, pronto siempre á guerrear contra sus vecinos ó contra ciertas bandas de viageros, que á veces pero raramente intentaban resistir á las vejaciones de los castellanos, el señor de Plouernel, armado desde la mañana hasta la noche, llevaba un casco que se quitó al penetrar en la estancia de la hechicera; su jubon y sus calzones de búfalo, desaparecían bajo una loriga ó túnica de malla ceñida á su cuerpo por un cinturón de cuero del cual pendían dos espadas, la mas corta á la derecha, y á la izquierda la mas larga, y la loriga cubria sus brazos hasta la altura de sus manoplas y le llegaba hasta las rodillas, defendidas lo mismo que sus piernas, por planchas de hierro atadas con correas. Las facciones del guerrero revelaban un sombrío abatimiento; Azenor, absorta en la confeccion de las estrañas figuras, murmuró algunas palabras en lengua estrangera, y no pareció observar la llegada del conde. Este se acercó á ella con mesurados pasos y le dijo con voz sorda:

— ¿Está preparado ya el filtro?

La hechicera no constestó y continuó sus operaciones mágicas; pero mostrando luego á Neroweg las dos figuras que representaban á un obispo y á un guerrero, le preguntó:

— ¿Quienes son los enemigos que mas aborreces?

— Los sabes ya; el obispo de Nantes y Draco, señor de Castel-Redon.

— Ayer preparé una figura semejante á esta; ha sido ya colocada entre los dientes de un ahorcado al dar el último suspiro.

— Si, lo sé.

— Entonces, no tardarás en apoderarte de tus enemigos; pero para completar el encanto es necesario que entierres tú mismo esas figuras, á las que he clavado siete alfileres en el lado del corazón, debajo las raices de un árbol plantado á orillas de un rio en que haya perecido ahogada una criatura humana.

—Fácil será, cerca del rio crecen sauces colosales, y mis soldados ahogan en él á los marineros que intentan defraudar mis derechos de navegacion.

—El mágico hechizo debe ser consumado por tus propias manos; esta noche, al ocaso de la luna, enterrarás esas figuras en el sitio que te he dicho, pronunciando por tres veces los nombres de Jesus, Astaroth y Judas.

—Hechicera, no mezcles en tus maquinaciones el nombre augusto de nuestro Salvador... ¿quieres qué cometa un sacrilegio?

—Omítelo, pues; pero ten en cuenta que si no sigues fielmente mis instrucciones, el hechizo perderá toda su fuerza.

—Lo consultaré con mi capellan y él me dirá lo que debo hacer. Pero dime, ¿has compuesto ya el filtro?

—Todavía no.

—¿Qué te falta?... Me has pedido un niño, y ya lo tienes... pero ¿donde está?

—Duerme en el aposento inmediato.

—¿Cuándo terminarás tu obra?

—Esta noche, en el tiempo que transcurrirá entre la salida y el ocaso de la luna...

—¡Ah! ¡dilaciones, siempre dilaciones, y mi mal aumenta..! Creo que has arrojado sobre mí un maleficio con el cual peleo en vano... Si prestase oidos á la voz de mi cólera, clavaría esta espada en tu corazon.

—¿Quién te lo impide?

—¿Acaso no has leído en los astros qué nuestras existencias caminan unidas, y que tu muerte precedería á la mia de tres dias?.. Pero quizás me engañas...

—Pruébalo... mátame.

—No me atrevo.

—¿Qué te detiene?

—El miedo de herirme á mi mismo al descargar contra tí el acero. No sé que pensar, pues he visto realizadas muchas de tus predicciones; pero si muero del mal que experimento ¡infeliz de tí, hechicera! Garin ha recibido ya mis órdenes y no me sobrevivirás mucho tiempo.

—Esto debe tranquilizarte; y además ¿no soy tu prisionera?

—¡Ah... si! no saldrás con vida de este castillo.

Neroweg se llevó en seguida sus dos manos á la frente, y continuó con acento cada vez mas sombrío:

— ¿Me curará ese filtro?.. Mira, prefiero la muerte á la vida que arrastro hace algun tiempo. Desde que me has hechizado, no soy el mismo. En vano amontono riquezas sobre riquezas en mi tesoro pues no sé qué hacer de ellas. Despues de recorrer mi señorío desde el norte hasta el sur y desde el oriente hasta el ocaso, enclavado como está, como dentro de un círculo de hierro, en medio de los señoríos de mis vecinos en continúa guerra conmigo, despues de llevar á su territorio la desolacion en cambio de la que llevan al mio, despues de sujetar á los viageros á rescate y de hacer administrar justicia por mi baile, mi preboste y mi verdugo... no sé qué hacer ya de mi vida; siento en mi pecho un mal que me atormenta, me encuentro solo, el vino me parece amargo, y al cazar en mis bosques, temo caer en alguna emboscada preparada por mis enemigos; mi sombrío castillo me parece una tumba, sus bóvedas de piedra me ahogan, y si alguna vez atravieso su puente levadizo, veo siempre el mismo pais, las mismas casas y los mismos árboles.

— ¿Porqué no viajas?

— ¿Y á donde quieres que vaya si estoy rodeado de enemigos? Soberano aquí ¿qué seria en otro pais? Y por otra parte, los demás señores, á quienes contengo con mis armas, aprovecharian mi ausencia para precipitarse en mis tierras como una bandada de cuervos. Estoy encadenado á mi señorío como los siervos al teruño.

— Tu suerte es la de todos tus iguales.

— No les pesará tanto como á mí ¡ Ah! ¡ cuando digo que me has hechizado! Antes que tú vinieras al castillo á turbar mi mente con tus maleficios, cuando vivia mi esposa Ermengarda, era bueno, jamás atropellaba á los caminantes ni á los hombres desarmados; mis siervos me respetaban, y mis servidores me querian, placiánme la caza, el estruendo y las batallas, y era feliz!..

Reinó despues un momento de silencio, y continuó el conde de esta suerte:

— Entonces era buen cristiano, practicaba la fé que me enseñaron mis padres, asistia á la misa, no atentaba contra los ministros de la Iglesia, la confesion borraba con frecuencia mis culpas, mis armas, que solo empleaba contra los poderosos que atacaban mis legítimos derechos, eran bendecidas á cada nueva empresa, al paso

que ahora, tus maleficios me han convertido en un verdadero pagano. ¡ Por la muerte y resurreccion de Jesucristo! creo que eres el diablo en persona.

— ¿Quién sabe?

— Tu corazon no es de este mundo, tus labios son blancos y frios como el mármol.

— Cuando abraze mis venas un amor correspondido, mis labios se colorarán y mis caricias serán de fuego.

— ¿Y á quién amarás tú, hechicera sin fé y sin alma?

— No me preguntes á quien amaré, sino á quien amo, contestó Azenor con espresion de indecible ternura. ¿No sabes que adoro á Guillermo IX, al hermoso duque de Aquitania, al poeta cuyos amorous cantos son envidiados por los mas famosos trovadores?

— ¡Amas á Guillermo! exclamó Neroweg con sorpresa y enojo; al sacrilego, al impúdico que lleva pintado en su escudo el retrato de su favorita Malborgiana!

— Guillermo es tu señor soberano... y le envidias tanto como le temes. Es jóven, hermoso y audaz, las mujeres deliran por él cuando recita sus versos, y no hay hombre que no le respete. Atrévete á atacarlo, y no dejará en tu castillo piedra sobre piedra, te hará poner á gatas, *pondrá una silla en tu espalda y cabalgará sobre tí durante cien pasos*, segun el derecho del soberano sobre su vasallo rebelde.

— ¡Calla... ó vas á morir!

— Si; atrévete á hacerlo y verás como te trata el sacrilego, el impúdico Guillermo.

Neroweg se lanzó ciego de furor contra la hechicera con el puñal en la mano; pero Azenor, inmóvil, con el rostro impacible y sonriendo con desprecio, le dijo:

— ¡Mátame!

El conde, despues de un momento de vacilacion volvió el puñal á la vaina, y exclamó:

— ¡Ah! ¡Dia fatal aquel en que te robé en el camino de Angers! Desde entonces ha caido sobre mi castillo una maldicion. Pero es fuerza que concluya, ¿oyes? De grado ó por fuerza destruirás el maleficio que has arrojado sobre mí y los míos, pues como yo, mi hijo se hace cada dia mas taciturno y sombrío.

— ¡Ah! si, en breve concluirá, dijo para si Azenor, y podré correr á tus brazos, Guillermo sueño de mis noches, y pena de mis dias.

Luego añadió en alta voz :

— El filtro que estoy preparando pondrá término á tus afanes.

— Acuérdate de que has de beber de él antes que yo.

— ¿ Temes que te envenene ?

— Si.

— ¿ Olvidas que nuestras existencias siguen un mismo camino , que tu muerte causaria la mia y la mia la tuya ?

El siniestro coloquio fué interrumpido por dos golpes dados en la puerta.

— ¿ Quién va ? preguntó Neroweg.

— Señor conde , contestó una voz , se os espera para dar principio al Consejo.

Neroweg hizo un ademán de feroz impaciencia , y cogiendo el casco de hierro , murmuró :

— En otro tiempo los homenajes de mis vasallos me envanecian y llenaban de gozo ; ahora todo me aburre... todo me cansa.

— Mañana , gracias á mi filtro , nada te pesará ya , respondió Azenor la Pálida , y dándole las dos figuras de cera añadió : tus enemigos , el obispo de Nantes y el señor de Castel-Redon caerán pronto en tu poder , si practicas lo que te he mandado.

— Bien ; ¿ pero estará compuesto el filtro esta noche ?

— Si.

— Tienes ya el niño , ¿ qué mas te falta ?

— Nada.

— ¿ Donde está el hijo del siervo ?

— Ya te lo he dicho : en esa estancia.

Neroweg , siempre receloso , dirigióse á la puerta del aposento inmediato , levantó la cortina y vió al tierno Colombaik , hijo de Fergan el Cantero , tendido en el suelo ; la inocente criatura dormia junto á un mueble en el que se veian muchos vasos de formas estrañas. El conde , despues de contemplar al niño por algunos momentos , dijo :

— Hasta la noche , Azenor.

Y salió de la torre , cerrando la puerta cuya llave guardó en su escarcela.

Averardo el *Tramposo* , uno de los escuderos del señor de Plouernel , esperaba al conde en la plataforma en compañía de Tieboldo , preboste justiciero del señorío. Este se acercó á Neroweg que pensativo salia de la torre y , dijo :

— Señor, el castellano de *Ferté-Mehan* ha firmado la cesion de su feudo de *Menil* á la tercera cuña que el verdugo ha clavado entre sus rodillas.

El conde hizo con la cabeza una señal de aprobacion.

El preboste continuó:

— El señor de *Breuil-le-Haudain* ha muerto á consecuencia de la tortura.

— Está bien.

— El mercader Gilberto ofrece por su rescate trescientos sueldos de plata, pero como no ha sufrido aun el tormento, semejantes ofertas no son atendidas.

— ¿Qué mas?

— Nada mas, señor.

Diciendo esto, el conde, su preboste y su escudero bajaron á la sala baja del castillo. Una estrecha ventana defendida con barrotes de hierro iluminaba escasamente aquella inmensa estancia, desnuda sombría y abovedada; la puerta, en aquel entonces abierta, permitia estender la vista hasta el recinto exterior de la fortaleza pues se habia bajado el puente levadizo. En el patio interior se encontraban varios hombres de armas prontos á montar á caballo; en el centro de la sala del pleito, veíase, segun costumbre, una gran mesa de piedra, detrás de la cual se colocaron los que formaban la servidumbre del conde, como el escudero de sus caballerizas, el de su cámara, el de su monteria, el de su mesa y otros dignatarios. Estos, en vez de ser pagados por los señores, les compraban aquellos empleos que quedaban hereditarios en sus familias, lo cual era causa á veces del mas singular contraste entre el empleo y el empleado. Los señores, que se aprovechaban de la venta de dichos cargos, los multiplicaban hasta el infinito, y nunca les faltaban compradores, no tanto por orgullo de pertenecer á la servidumbre señorial, como por deseo de ponerse al abrigo de las violencias del castellano y de participar de su botin. ¡ Ah! en aquellos calamitosos tiempos, debíase elegir entre oprimir y ser oprimido, y el pueblo de la Galia degradado y embrutecido, se desgarraba el seno con sus propias manos, cómplice de sus dominadores.

Además de los primeros servidores de Neroweg VI asistian al *pleito* justiciero, que habia remplazado al *malh* germancio de los primeros tiempos de la conquista de Clodoveo, el preboste, el baile y el escribano del señorío. Este estaba sentado en un escabel,

tenia sus pergaminos sobre las rodillas, y con el tintero al lado y la pluma entre los dientes, esperaba la apertura de la sesión. Algunos hombres de armas rodeaban al conde, pero poseídos de temor y respeto en presencia de su señor, mediaba entre ellos y los dignatarios la inmensa distancia de vasallo á soberano. La ingratitud y mas tarde el orgullo feudal habian suprimido la clase intermedia de los feudos, los cuales en los primeros tiempos de la conquista franca, vivian en comun y bajo el pié de igualdad con su gefe, dividian sus mesas, sus placeres y sus violencias; sin embargo, á medida que se consolidó la conquista, los gefes, únicos propietarios titulares del territorio galo, sufrieron con impaciencia los hábitos de igualdad contraídos con sus antiguos compañeros de armas cuyo auxilio les era cada dia menos necesario, y les eliminaron poco á poco de las posesiones en que gefe y leudos habian hasta entonces vivido en comun. La descendencia de aquellos oscuros guerreros francos, sacrificados al orgullo y codicia de sus antiguos caudillos, cayó en breve en la miseria, y de la miseria en una servidumbre semejante á la de los galos. Desde aquel momento, francos y galos desheredados, los primeros por ingratitud y por la conquista los segundos, sumidos en la servidumbre y en el infortunio, olvidaron su origen para sentir un odio comun contra los señores, y la diversidad de razas desapareció ante la igualdad de la desgracia.

Gontran, hijo de Neroweg VI, asistia tambien al lado de su padre al pleito justiciero; sus facciones eran muy parecidas á las de su padre, y como sabian muy bien los siervos del señorío, acababa de llegar á la edad de la caballeria. Criado el jóven entre aquella existencia de guerras, de robos y de libertinage, abandonado á las violencias de sus salvages pasiones, carecia de los encantos de la adolescencia y muchas veces despues de beber, trababa terribles contiendas con sus atemorizados servidores.

En uno de los ángulos del salon se mantenian en pié y con aspecto azorado, algunos villanos de Plouernel que se presentaban para reclamar humildemente contra las exacciones de los empleados del conde, para escusarse con no menos humildad de no haber satisfecho aun los tributos en dinero y en mercancías que su señor tenia á bien imponerles, y para declarar haber derribado las veletas y palomares que algunos tenian antes en sus casas, en menosprecio de los derechos señoriales.

Tambien asistian al pleito varios nobles vasallos de Neroveg VI,

poseedores de casas fuertes ó de castellanías, dependientes del conde de Plouernel su soberano feudal, lo mismo que Neroweg VI era vasallo de Guillermo IX, duque de Aquitania, y este de Felipe I, rey de los francos y soberano supremo. Sin embargo, esta gerarquía feudal existía de nombre, jamás de hecho: los grandes vasallos verdaderos soberanos absolutos en sus ducados, desconocían la impotente autoridad del rey, la soberanía de los duques era á su vez despreciada por sus grandes feudatarios, fortificados en sus señoríos como el duque en su ducado: pero el vasallage inmediato, semejante al que sufrían los vasallos del señorío de Plouernel, se ejercía siempre con toda su tiránica dureza, pues la implacable venganza del poderoso podía caer á cada momento sobre el desobediente vasallo. Entre las personas llegadas la víspera de sus casas fuertes ó castellanías, encontrábase una hermosa jóven acompañada de su madre; ambas parecían tristes, inquietas, y dirigieronse recíprocamente una angustiosa mirada cuando el señor de Plouernel, atravesando con aire sombrío la sala del pleito, se sentó en el sitio para él destinado, y dijo á Garin:

— Baile, llama á los demandantes.

Garin no conservaba otras señales de la herida que Petronila la Cabra le había causado el día anterior que un parche en la frente y en un ojo. Tomó un pergamino y leyó lo que sigue:

— Gerardo, hijo de Hugo, fallecido el mes anterior, sucede á su padre en el feudo de *Heurte-Mont*, dependiente del condado de Plouernel; ha venido á pagar el derecho de *reconocimiento* y á prestar fé y homenaje á su soberano.

Un jóven, que llevaba un casco de cuero y una larga espada al cinto, salió entónces de entre las personas que esperaban su turno, se adelantó teniendo en la mano una abultada bolsa llena de dinero y la depositó suspirando encima la mesa de piedra, satisfaciendo así el derecho de reconocimiento debido al señor por el vasallo que toma posesion de su herencia. Enseguida, á una señal del baile, el castellano de *Heurte-Mont* se despojó de su casco, quitóse el cinturón del cual pendía una espada, é hincóse humildemente de rodillas delante del señor de Plouernel; pero observando el baile que el jóven conservaba las espuelas, le dijo:

— Vasallo, ¿ te atreves á prestar homenaje y fé á tu señor con espuelas?

El castellano reparó su omision, se quitó las espuelas, arrodillóse

de nuevo á los piés de Neroweg, y con las manos juntas y la cabeza inclinada, esperó humildemente que su señor pronunciase la fórmula de estilo:

— ¿Reconoces ser mi vasallo en cuanto posees en feudo una castellanía en mi señorío?

— Si, mi señor, contestó Gerardo.

— ¿Júras por la salvacion de tu alma, continuó Neroweg, no hacer armas contra mi, servirme y defenderme contra mis enemigos?

— Lo juro.

— No olvides tu juramento, pues tu feudo será mio á la primera felonía, dijo Neroweg, y volviéndose á su baile le mandó con un ademán que se presentase otra persona.

Gerardo se levantó, se calzó de nuevo las espuelas, se ciñó la espada y dió una última mirada á la bolsa que quedaba en la mesa, mientras que por órden del baile se adelantaba agitada y llorosa, la jóven de quien he hablado antes. Su madre, no menos conmovida, la acompañaba, y al hallarse á pocos pasos de la mesa de piedra, dijo el conde á la jóven:

— ¿Has reflexionado ya?... ¿Estas resuelta?

— Señor, dijo la jóven con voz débil y suplicante, no puedo resignarme á...

No pudo concluir; los sollozos ahogaron sus palabras, y prorumpiendo en llanto, apoyó su frente en la espalda de su madre, la cual dijo al conde:

— Mi buen señor, sed justo y generoso: mi hija ama á Euchero, uno de vuestros vasallos; Euchero adora á mi hija Yolanda, y su union les haria felices para toda la vida.

— ¡Siempre lo mismo! exclamó el señor de Plouernel con tono airado. Tu hija, por muerte de su padre, posee un feudo que se halla bajo mi soberanía, y solo yo tengo derecho para casar á tu hija. Segun nuestra costumbre, le he dado á elegir entres tres caballeros, tres hombres *francos*, es decir, nobles: Ricardo, Euguerrando y Conrado; ninguno cuenta sesenta años, y no faltan por consiguiente á las condiciones de la edad. ¿Quieres á uno de esos hombres por esposo?

— Señor, dijo la madre de Yolanda, mientras que esta continuaba sollozando sin poder proferir una palabra, mi hija ha prometido á Euchero...

— ¿Y qué me importa? ¿consientes ó no?

— Señor, jamás consentiré Yolanda en tener otro esposo que Euchero, y os juro que ese joven es digno de su amor.

— ¡Basta de palabras! gritó Neroweg; si tu hija, negándose á tomar por esposo á alguno de los tres hombres que le propongo, se casa con Euchero su feudo me pertenecerá de derecho.

— En nombre del cielo, señor conde, ¿de qué viviremos si os apoderais de nuestros bienes? ¿Quereis que mendiguemos?

Yolanda levantó su hermoso rostro, dió un paso hacia Neroweg, y le dijo con dignidad:

— Apoderaos en buen hora de la herencia de mi padre, prefiero vivir miserable con el hombre á quien amo á enlazarme con uno de vuestros bandidos.

— Hija mia, exclamó la madre desconsolada, piensa en la miseria que nos aguarda.

— Madre mia, solo pienso en la vergüenza á que ese hombre quiere condenarme, dijo la pobre niña; ¡ah! ¡no sobreviviré á tan odioso enlace!

— Señor... mi buen señor, permitid al menos que Yolanda permanezca doncella. ¿Cómo obligarla á elegir entre nuestra ruina y un enlace cuya sola idea la espanta?

— Las mujeres no pueden poseer feudo alguno, dijo el baile; nuestras costumbres se oponen á ello.

— ¡Basta! exclamó Neroweg; esa joven se niega á tomar por esposo á uno de los hombres elegidos por mí, y su feudo me pertenece. Baile, hoy mismo tomarás posesion de la casa y de cuanto se encuentra ella.

— Venid, madre mia, dijo con altivez Yolanda reprimiendo su furor; no ha mucho éramos libres y dichosas, y ahora somos tan miserables como si hubiesemos nacido siervas. Neroweg, con razon te llaman *Peor que un lobo*, pues eres mas cruel y voraz que las fieras del bosque. Usurpas bienes; la fuerza te lo permite: usa de tu fuerza.

Yolanda se dirigió hacia la puerta de la sala, seguida de su madre que murmuraba entre lágrimas y sollozos:

— ¡Ah! ¿qué será de nosotras, Virgen santa?

El señor de Plournel se habria vengado sin duda de los ultrages que le dirigiera Yolanda, á no distraer su atencion la repentina llegada de uno de sus servidores, el cual dijo casi sin aliento:

— ¡Señor .. señor! el obispo de Nantes acaba de ser preso en la

calzada... Iba disfrazado de monge, pero Robin el Nantés le ha reconocido. Vienen con el obispo otros viajeros.

— ¡ El obispo de Nantes en mi poder ! exclamó Neroweg : Azenor lo habia vaticinado ; su mágico hechizo ha obrado ya.

— Y el conde , poseido de febril alegría , corrió con su hijo y varios escuderos al sitio en que se encontraban los presos. Bezenecq el Opulento , su hija y los dos monges habian sido hechos prisioneros por los servidores del conde á instigacion de Robin que tenia noticia de las riquezas del mercader , y del odio que el conde profesaba al prelado ; los demas viajeros pudieron continuar su camino despues de pagar los derechos correspondientes y algo mas para satisfacer la rapacidad de los soldados.

Neroweg se detuvo con triunfante sonrisa delante de los prisioneros ; la atractiva hermosura de Isolina hizo profunda impresion en Gontran y en Guido , el mas terrible entre los guerreros de Plouernel , y mientras ambos la devoraban con los ojos , Neroweg dijo al obispo con acento sardónico y feroz :

— ¡ Te saludo , mi buen prelado ! ¡ No esperaba tu visita !

— ¡ Cúmplase la voluntad de Dios ! exclamó el prelado por única contestacion.

— Hoy es dia feliz para mi , dijo al conde ; me parece que me siento mas fuerte , mas jóven que esta mañana.

Hizo una seña á Garin para que se acercase , y díjole algunas palabras al oido ; el baile contestó con un gesto afirmativo , y se dirigió hácia el interior de la fortaleza. Durante este tiempo Guido y Gontran no habian apartado de Isolina sus miradas , obligando á la jóven á ocultar su pálido y lloroso rostro en el seno de su padre. Robin el Nantés dejó entonces caer su mano sobre la espalda del mercader y exclamó :

— Este es el mas rico ciudadano de Nantes , y tiene por nombre Bezenecq el Opulento ; vale tanto oro como pesa.

El conde fijó su mirada en el preso , y dando dos pasos hácia él , le dijo :

— ¿ Con que te llamas Bezenecq el Opulento ? .. El nombre promete.

— Y cumplirá cuando promete , señor , contestó con humildad el ciudadano ; vuestros soldados se han apoderado de mí sin duda para que pague mi rescate ; sea en buen hora , lo pagaré , pero no me separeis de mi hija. Dadme un pergamino , y escribiré al depositario de mi dinero que entregue cien sueldos de oro al portador de mi

carta. Al regresar el mensajero tendreis en vuestro poder la suma y espero que me devolvereis entonces la libertad á mi y á mi hija.

Pero viendo que el conde se encongia de hombros con sardónica sonrisa, añadió:

— Señor conde, si no bastan cien sueldos de oro daré doscientos; pero por favor mandad que nos guien á un sitio donde pueda mi pobre hija volver en sí de su terror y del cansancio del camino.

En efecto Isolina, mas y mas asustada por las ardientes miradas de los dos caballeros, estaba próxima á desfallecer y era presa de un temblor convulsivo; Neroweg, silencioso, dirigia con frecuencia sus ojos al interior del castillo, como si esperase el regreso del baile, y Benezecq, haciendo un visible esfuerzo sobre sí mismo, añadió:

— Señor, si no creís bastante la suma de doscientos sueldos de oro, daré trescientos; quedaré arruinado, pero dejadnos salir en libertad.

En aquel momento salió Garin del castillo, y dijo al conde algunas palabras en voz baja. Neroweg dirigiéndose entonces á los monges, Benezecq y á su hija, exclamó:

— Huéspedes míos, están ya dispuestas vuestras habitaciones.

El obispo dió algunos pasos con magestad, y exclamó:

— Conde, teme la cólera de Dios, ya que desprecias la de los hombres. ¡Mira que vas llenando la medida de tus crímenes; piensa en los castigos eternos!

— Si, ya sé que te atreves á censurar mis acciones; ya sé que en tu diócesis se habla de mí como de una fiera, y que mas de una vez has lanzado el anatema contra lo que llamas mis crímenes. En este momento yo lo lanzo contra tí, arzobispo de Nantes, y te vaticino un mal porvenir, añadió el conde con sardónica sonrisa. Llevadle, dijo á sus soldados.

— Concede al menos la libertad al pobre monge que me acompaña. Nada ha dicho ni hecho jamás contra tí.

— ¡Obedeced! gritó el conde furioso á sus servidores sin atender á la súplica del obispo.

— Cúmplase la voluntad de Dios, repitió el prelado y dijo tambien su compañero, y ambos siguieron á los soldados.

Luego que hubieron desaparecido en el interior del castillo, el conde, dirigiéndose á Bezenecq el Opulento, le dijo:

— Compadre, disponeos á seguirles.

— ¡No te he ofrecido trescientos sueldos de oro, conde de Plouernel? contestó el mercader con voz suplicante y sosteniendo á su hija desmayada en sus brazos. Te daré toda mi fortuna, cuatrocientos sueldos de oro.

— ¡Oh! por el honor del comercio de Nantes no puedo creer que uno de sus mas ricos mercaderes solo posea cuatrocientos sueldos de oro.

— Te juro que...

— No jures; quiero evitarte un pecado mortal, y el tormento te arrancará la verdad.

— Tortúrame cuanto quieras, contestó Bezenecq con resolucion; no tengo mas.

— ¡Conducidles á su calabozo! gritó Neroweg.

En el momento en que algunos soldados se apoderaban del mercader, Gontran cogió con violencia de la mano á Isolina, que andaba casi desfallecida en los brazos de su padre, y dijo:

— Yo me quedo con esta jóven.

Isolina no comprendió el sentido de estas palabras, pero viendo por los esfuerzos de Gontran para atraerle hácia sí, que pretendian separarla de su padre, enlazó su cuello con desesperacion, gritando:

— ¡Padre mio, socorro... amparadme!

— ¡No me separeis de mi hija! decia llorando el mercader.

Guido miraba la escena con ojos encendidos por el furor; instintivamente habia llevado la mano al puño de la espada y acercándose á Gontran con aire de terrible amenaza; era evidente que si le contenia aun un resto de respeto hácia el hijo de su señor, no tardaria en estallar su celosa indignacion.

— ¡Socorro! ¡socorro! continuó gritando la jóven.

— ¡Callarás? exclamó Neroweg para quien habia pasado desapercibida aquella escena á causa de haberse alejado algunos pasos para dar algunas órdenes. ¡Llevadles!

Los hombres de armas, indecisos entre las órdenes del conde y los esfuerzos de Gontran para arrancar á Isolina de los brazos de su padre, continuaron rodeándoles pero no se movieron.

— ¡Esta jóven es mia! dijo Gontran.

— ¡Silencio! gritó Neroweg. Gontran, aléjate; quiero que acompañe á su padre, para que en presencia de su hija no muestre el ciudadano tanta obstinacion. Garin, llévalos á su prision.

El mancebo obedeció aunque no de buen grado; el rostro de Guido fué perdiendo su espresion de cólera sombría y su mano dejó de acariciar la empuñadura de la espada.

— ¡ Venid ! gritó Garin al mercader y á su hija , y precediéndoles en el interior del castillo , hízoles entrar en la sala de la mesa de piedra , donde se encontraban aun varios vasallos del conde esperando el fin del pleito justiciero , interrumpido por la llegada de los presos. En uno de los ángulos de dicha sala veíase la escalera de piedra que conducia desde la plataforma del castillo hasta la última profundidad de sus calabozos , y al entrar Isolina , hallábase abierta una pesada trampa , colocada al nivel del suelo. Dos hombres de siniestro rostro , vestidos de pieles de cabra , y llevando una linterna en la mano , se mantenian junto á la tenebrosa abertura , en la que se perdia de vista la subterránea escalera. Bezenecq el Opulento llamaba á su hija á grandes voces , se resistia con todas sus fuerzas de los hombres que le arrastraban , é Isolina , que oyó los desgarradores gritos de su padre , apresuró el paso y le contestó :

— ¡ Aquí estoy ! no nos separemos.

Bezenecq , estenuado por su lucha desesperada , cesó de resistirse al escuchar la voz de su hija ; pero pensando que debia bajar con él al abismo que se abria debajo de sus piés , prorumpió en llanto y la suplicó que le abandonase á su suerte y se arrepintió de haberla llamado.

— ¡ Aprisa opulento ciudadano ! le dijo Garin ; el señor conde Neroweg os dispensa el favor de no separaros de vuestra hija ¿ y aun llorais ?

Y dirigiéndose á los que llevaban linternas , les dijo :

— ¡ Pasad adelante y alumbradnos !

Los carceleros obedecieron y el mercader y su hija desaparecieron en breve en la profundidad del subterráneo.

CAPÍTULO V.

El tormento.

El calabozo donde estaban Bezenecq y su hija, como los demás subterráneos, era abovedado y formado por paredes de piedra de diez pies de espesor; la escasa luz que penetraba en él al través de una saetera, permitía ver en medio de la estancia unas parrillas de hierro de seis pies de largo y tres de ancho, bastante elevadas sobre el suelo, y formadas por varias barras de hierro no muy separadas unas de otras. Los apagados restos de un brasero ennegrecían el suelo, y no lejos de allí, otros dos instrumentos de tortura, contruidos con ingeniosa ferocidad completaban el siniestro aparato. El uno consistía en una barra de hierro saliente, especie de horca empotrada en la pared á siete ú ocho piés del suelo, y terminada en una argolla de hierro que podía abrirse y cerrarse; una piedra que pesaba doscientas libras á lo menos, provista de correas de suspension, manifestaba el terrible uso á que se la destinaba, y á algunos pasos de allí veíase empotrado tambien en la pared un garfio muy agudo semejante á los que emplean los carniceros para suspender la carne de los animales. Las baldosas del suelo, verdosas de humedad en los demás puntos, tenían un color negruzco debajo de aquel instrumento. Cerca de la puerta del calabozo, servía de lecho una larga caja de madera llena de paja, y en ella estaba tendida, lívida y helada de terror, la hija del ciudadano de Nantes, procurando apartar sus ojos de una especie de mascarón horrible y asqueroso, groseramente esculpido en la pared para aumentar las angustias de los infelices presos. Bezenecq estaba sentado cerca del lecho de paja, con los codos en sus rodillas y la frente oculta entre las manos, y decía:

— ¿Qué he sabido? ¡El señor de Plouernel es un descendiente de Neroweg! ¡Ah! ¡extraño... fatal encuentro!

— ¡Padre mio, murmuró la jóven con desfallecido acento; esa circunstancia es nuestra sentencia de muerte!

— La de nuestra ruina, si, pero no de nuestra muerte. Tranquíízate, pobre niña; el conde ignora que nuestra oscura familia se encontró en lucha con la suya en época pasada... Mas, cuando ese baile ha pronunciado el nombre de Neroweg, que no habia oído aun

durante este maldito dia, y cuando interrogado por mi, me ha dicho que su señor pertenecia á la antigua familia franca de los Neroweg, establecida en Auvernia desde la conquista de las Galias por Clodoveo, no me ha quedado la menor duda, y á mi pesar me he estremecido al recordar las leyendas de nuestra familia que en otro tiempo nos leia mi padre en Laon, y que conserva Gildas mi hermano.

— ¡ Ah ! ¿ porque abandonó nuestro abuelo la Bretaña?... Allí viviamos libres de la tirania de esos señores.

— No lo creas, hija mia. Nuestro abuelo, que fué el único entre los descendientes de Joel dispersos por la Galia ó los mas remotos países que no se habia apartado de las sagradas piedras de Karnak, cuna de nuestra familia, no pudo sufrir por mas tiempo la opresion de los señores bretones, tan crueles ya como los nobles francos; y vendiendo lo poco que poseia, se embarcó en Vannes con su esposa á bordo de un buque mercante que se dirigia á Abbeville. Al llegar á aquella ciudad nuestro abuelo se dedicó á un modesto comercio y mas tarde mi padre fué á establecerse á Laon, donde mi hermano Gildas egerce todavía el oficio de curtidor. En un viage que hice de Abbeville á Nantes á causa de ciertos asuntos relativos á nuestra industria, conocí á tu madre... hija del mercader á quien iba recomendado. Amela con pasion, sus padres no quisieron separarse de ella, y los míos consintieron con gran pesar en nuestro enlace que me apartaba de ellos para siempre; ¡ ah ! no les volví á ver... Asociándome á los negocios de mi suegro he logrado hacerme rico, tu madre murió cuando eras aun muy niña y su muerte ha sido sin duda el mayor pesar de toda mi vida; pero me quedaste tú, tú que crecias á cada momento en gracias y en belleza. Toda me sonreia... era feliz, cuando hoy, al acceder por fin á los deseos de tu abuela...

Bezenecq se interrumpió y al cabo de un momento de silencio exclamó con desesperacion :

— ¡ Ah ! ¡ es horrible!.. pero quizás sea un justo castigo, murmuró luego con concentrada amargura.

— ¿ Un castigo?... A nadie hemos hecho daño, padre mio.

— Dios me libre de acusarte, inocente criatura.

— ¿ Y de qué os acusais vos ?

— ¡ Ah ! dijo el ciudadano de Nantes suspirando, mi felicidad me ha hecho olvidar la desgracia de nuestros hermanos.

— ¿ Qué decís ?

— Isolina... esos millones de siervos y villanos que pueblan las

tierras de los señores... esos infelices siervos que mueren de fatiga y de miseria son como nosotros de raza gala, y por algunos ciudadanos que vivan tranquilos en las ciudades, como los habitantes de Nantes que tienen la fortuna de tener por señor á un obispo, millones de siervos y villanos son víctimas del rigor de los señores.

—Padre mio, grande es mi dolor al pensar en tantos males; pero ¿cómo remediarlos?

— ¡Irguiendo con arrogancia la frente!.. Mi padre hablaba como hombre valiente, generoso y sensato cuando decia á los ciudadanos de Laon: «Es cierto que nuestro señor nos trata con blandura, que gozamos de ciertas franquicias, pero esto es una razon para que nosotros, mas inteligentes y menos miserables que los siervos, contribuyamos á su libertad emancipándonos primero y dándoles el ejemplo. ¿No es una vergüenza, no es una infame cobardía dejar perecer á tantos infelices en Normandia y en Bretaña por una causa que es tambien la nuestra?» Sin embargo las palabras de mi padre fueron vanas, y los ciudadanos, gozosos con su bienestar y no cuidándose de las miserias ajenas, condenaban sus palabras, y lo mismo he hecho yo al verme con bienes y riquezas. Nuestra egoista indiferencia ha dado ya sus frutos; la audacia de los francos ha ido siempre en aumento, y no podemos salir de nuestras ciudades sin esponernos á las tropelías de los tiranos feudales. Hija mia, lo repito, Dios me castiga por haber olvidado las palabras paternales... justo castigo si me alcanzara á mi solo... Pero tú... tú...

—Ya lo veis... estamos perdidos... no nos queda esperanza alguna, exclamó la jóven prorumpiendo en sollozos. ¡La muerte, una muerte horrorosa nos espera! É Isolina, helada de terror indicó á su padre los instrumentos de tortura que habia en el calabozo, y ocultando luego el rostro entre sus manos, exhaló convulsivos gemidos.

— ¡Isolina! replicó Bezenecq con voz suplicante y desconsolada, hija querida... tu terror es exagerado. ¡Ah! por desdicha lo comprendo, pero hablemos en razon. Cuando haya accedido á lo que el conde exija de mi, cuando haya consentido en despojarme en su favor de todo lo que poseo en el mundo, ¿qué piensas que puede hacerme? dí. ¿Qué provecho sacaria de atormentarme? No abrigo contra mí odio alguno personal, y le cedo todos mis bienes ¿porqué ha de darnos la muerte? No, cuando me aflijo por la desgracia que nos abate, solo hablo de nuestra ruina...

— Padre mio, quereis tranquilizarme...

— Seguramente; nuestra suerte es ya muy infeliz para que la hagamos aun mas sombría. Esperaba dotarte ricamente, legarte luego mis bienes que habrian asegurado la felicidad de tus hijos... y me veo despojado de todo. He cumplido ya cincuenta años, y me hallo mas pobre que un siervo, reducido á compartir mi pobreza contigo para quien habia trabajado con tanto afan y alegría.

— ¡ Ah ! si el conde nos concediese la vida, nada me importarian las riquezas que llorais por mi.

— No tendria yo menos valor, dijo Bezenecq estrechando con ternura entre las suyas las manos de su hija; pensaria que he colocado todo mi dinero á bordo de un buque y que la tempestad lo ha hecho á pique. Por ventura, si asi hubiese sucedido ¿ me habria resignado á ver en la miseria á mi querida hija ? ¡ No, no ! á pesar de mis cincuenta años soy todavía fuerte y animoso. ¿ Sabes el proyecto que he formado para cuando salgamos de este infernal castillo ? Volveremos á Nantes y me dirigiré á mi cofrade Tiburcio el Platero; este, que conoce mi aptitud para el comercio, me empleará en su casa y mi salario bastará para los dos; solo que, añadió Bezenecq procurando sonreirse á fin de calmar las angustias de su hija, será preciso que con tus blancas manos cosas tú misma tus vestidos y prepares nuestra frugal comida. En vez de nuestra casa de la plaza del Mercado, habitaremos una humilde estancia cerca de las murallas: ¿ pero qué importa eso para el que siente la alegría en el corazón ? Y mas no me faltará algun dinero para comprar de vez en cuando una cinta para adornar tu cuello ó un ramo de rosas para perfumar tu aposento.

Isolina, á pesar de su terror, no pudo menos de participar de las consoladoras esperanzas del ciudadano de Nantes; y cerrando los ojos para no recordar la horrible realidad á la vista del mascarón de piedra y de los instrumentos de suplicio, la jóven ocultó su rostro en el seno de su padre y murmuró con voz alterada:

— ¡ Ah ! ¡ si fuese verdad... si pudiesemos salir de este calabozo ! Lejos de llorar nuestras riquezas perdidas daria gracias á Dios, pues podria á lo menos trabajar á mi vez para ti.

— ¿ Qué dices ? Yo basto para todo, dijo Bezenecq con acento jovial; por otra parte, quizas encuentre en breve un ausiliar. Pues que... ¿ quién nos dice que un digno jóven no pedirá tu mano despues que le haya robado el corazón tu lindo rostro al recobrar en

breve sus frescos colores... En vano me indicas que no... Dime, hija mia, tú que amas tanto las flores y que tambien las conoces ¿no sospechas que hay entre tí y ellas alguna misteriosa inteligencia? ¿acaso no las has visto tristes y macilentas al carecer de aire y de sol y renacer despues en un momento mas frescas y brillantes que nunca?

— Padre mio, dijo de repente Isolina indicando con un ademan de espanto la pared en que se hallaba esculpida la horrible figura; los profundos ojos de aquella cabeza parecen iluminarse interiormente... Ved...

El mercader dirigió la vista á la pared que le señalaba su hija, pero las luces habian desaparecido ya; Bezenecq creyó que habia sido una ilusion de la turbada mente de su hija, y contestó:

— Te habrás engañado ¿cómo pueden arrojar luz los ojos de ese figuron? Seria preciso que la hubiese en el espesor de la pared, y esto no es posible.

En aquel momento se abrió la puerta del calabozo que se hallaba frente del mascarón de piedra, y por ella entraron el baile Garin y el escribano del señorío, seguidos de varios hombres de siniestros rostros; uno de ellos llevaba un fuelle y un saco de carbon y otro iba cargado con varios haces de leña. Isolina, que habia recobrado por un momento su tranquilidad, sintió renacer sus terrores á la vista de los verdugos y se refugió en el seno de su padre dando un grito de espanto. Bezenecq se levantó, y deseoso de calmar las angustias de su hija, dijo con voz firme al baile, dirigiéndose al escribano:

— Ese señor que lleva pergaminos debajo del brazo ¿es el escribano del señorío?

Garin hizo con la cabeza una señal afirmativa.

— ¿Y viene, continuó el mercader, para que firme la promesa de pagar rescate?

El baile hizo otro ademan afirmativo.

Bezenecq se dirigió entónces á su hija, y fingiendo no abrigar temor alguno, añadió:

— Nada temas, hija mia, estos señores y yo estaremos muy pronto de acuerdo, y no dudo que nos pondrán en libertad luego de terminada nuestra conferencia. Ahora bien, señor notario, sabed que consiento en hacer donacion en favor del señor de Plouernel de todos mis bienes consistentes 1.º en cinco mil trescientas monedas de

plata depositadas en poder de mi cofrade Tiburcio, platero del arzobispo de Nantes; 2.º en ochocientas sesenta monedas de oro y nueve barras de plata, depositadas en mi casa en un recinto secreto que manifestaré á la persona á quien el señor conde quiera enviar á Nantes; 3.º en una gran cantidad de vagilla de plata, ropas de valor y muebles que podrán conducirse mediante la órden que voy á estender para mi criado de confianza. Resta únicamente mi casa, pero como no seria muy cómodo el trasladarla aqui, escribiré y os entregaré una carta para mi cofrade Tiburcio, el cual dos dias antes de mi partida me habia propuesto comprármela por doscientas monedas de oro. Estoy seguro de que sostendrá su oferta, sobre todo cuando sepa la situacion en que me encuentro, y por lo tanto el enviado del señor conde deberá traer otras doscientas monedas de oro. Hecha esta donacion, solo nos quedan á mi hija y á mi los vestidos que llevamos puestos... y ahora, digno escribano, estended la escritura; y la firmaré entregándoos además cartas para mi criado y para mi cofrade el platero; este sabe lo que pasa en el dia para no apresurarse á acceder á mis deseos acerca del depósito que tiene en su poder y de la compra de la casa, y es seguro que entregará la suma al mensajero que el señor conde envíe á Nantes. En cuanto al dinero que tengo en mi casa en un sitio secreto, será fácil con esta llave y las señas que daré al escribano...

—Ante todo escriba el notario la donacion, y tú las cartas á tu cofrade, dijo Garin interrumpiendo al mercader; la señas de la caja secreta vendrán despues.

—Teneis razon, digno baile, repuso el ciudadano de Nantes completamente tranquilo por el acento de Garin y pudiendo apenas contener su alegria. Creíase ya salvado, así fué que inclinándose hácia su hija que se hallaba sentada en el lecho, le dijo en voz baja:

—¿Qué te decia yo, miedosa? siempre he pensado que con una completa y leal cesion de todos mis bienes, nada teníamos que temer.

Y abrazando de nuevo á Isolina, cuyo terror empezaba á desvanecerse, y engujando con su mano las lágrimas que derramaba á pesar suyo, dijo á Garin:

—Perdonad, baile, pero comprenderiais mi emocion si supierais las horribles ideas que abrigaba esta pobre niña... Pero ¿qué quereis? A su edad, cuando se ha vivido siempre feliz al lado de un padre, todo infunde miedo.

—Decíamos en primer lugar, *cinco mil trescientas monedas de plata* depositadas en poder del platero Tiburcio, dijo el escribano con su voz áspera.

—Ademas de ochocientas monedas de oro que hay en una caja secreta de mi casa de Nantes, se apresuró á añadir Bezenecq como si no viera el momento de quedar libre de sus riquezas; ademas nueve barras de plata de diferente peso.

Y mientras enumeraba sus bienes que el escribano iba apuntando, estrechaba con delirio las manos de su hija para inspirarla confianza y valor.

—Ahora, Bezenecq el Opulento, dijo Garin, puedes escribir las cartas para tu criado y para tu cofrade Tiburcio.

—Señor escribano, dadme dos pergaminos y una pluma, y las escribiré sirviéndome de mesa las rodillas de mi hija.

Y arrodillándose en efecto delante de Isolina, escribió las cartas diciendo de vez en cuando á la pobre niña:

—No muevas así la mesa... esos señores van á figurarse que no sé escribir.

Escritas las cartas, el mercader las entregó á Garin, quien después de leerlas, dijo:

—Danos ahora las noticias necesarias acerca de tu caja secreta.

—Aqui teneis dos llaves, dijo el mercader sacándolas de un bolsillo; la una abre la puerta de un corredor que conduce á la pieza que me sirve de despacho...

—*A la pieza que le sirve de despacho*, repitió el escribano las palabras del mercader á medida que este las pronunciaba.

Bezenecq continuó:

—La otra abre una caja forrada de hierro, empotrada en la pared en el fondo de la estancia; y en ella se encontrarán las barras de plata que he dicho y un cofrecillo con las ochocientas sesenta monedas de oro. No poseo mas, señores, y mi hija y yo somos iguales al mas pobre de los siervos... Pero no por esto ha de faltarnos valor.

Mientras el escribano acababa de escribir las palabras de Bezenecq, este, ocupado únicamente en acariciar á su hija, no observaba lo que sucedia á pocos pasos de él en el calabozo debilmente iluminado por el resplandor de las linternas, pues era de noche. Uno de los verdugos empezaba á amontonar debajo de las parrillas la leña y el carbon.

—El señor conde puede enviar un mensajero á Nantes con una

escolta, dijo Bezenecq á Garin, si el mensajero se da prisa puede hallarse de regreso mañana por la noche, y como es inútil decir que no seremos puestos en libertad hasta que el señor conde se halle en posesion de mis bienes, quisiera pedirlos, digno baile, que nos trasladaseis á otro punto del castillo, sea cual sea, con tal que fuese menos siniestro que este calabozo... Mi pobre hija se halla muerta de cansancio; además, es miedosa, y pasaria muy mala noche en medio de esos instrumentos de tortura.

— Ya que has hablado de ellos, dijo Garin con estraña sonrisa y tomando de la mano al mercader, ven, y te explicaré su uso.

— Confieso que soy poco curioso en tales materias...

— No importa, ven conmigo, Bezenecq el Opulento.

— No me llameis el *Opulento*, dijo el mercader con triste sonrisa, llamadme Bezenecq el Pobre.

— ¡ Ah! ¡ ah! murmuró Garin con aire de duda y moviendo la cabeza; y luego añadió:

— Ven, Bezenecq el Opulento.

— ¡ Padre mio! exclamó Isolina con inquietud viendo que se alejaba.

— Nada temas, hija mia; voy á dar al baile algunas noticias sobre el camino que ha de tomar el mensajero del señor conde:

Y siguió á Garin temeroso de descontentarle y satisfecho de que Isolina no pudiese oir la lúgubre esplicacion que iba á recibir del baile. Este se detuvo junto á la horca de hierro terminada por una argolla, y habiendo por su órden levantado su linterna uno de los verdugos, dijo al mercader:

— Como ves, esa argolla se abre y se cierra.

— Si, y en ella se introduce sin duda el cuello del paciente.

— Así es; sube por esa escala, y luego que ha metido el cuello en la argolla, se quita la escala y se cierra el collar; hallándose la horca nueve ó diez piés sobre el nivel del suelo, resulta...

— Qué el paciente queda colgado y ahorcado.

— No, colgado si, pero no ahorcado pues el collar es muy ancho y no le estrangula. Así que nuestro hombre patalea á una igual distancia de la bóveda y del suelo, le atamos con esas correas esa enorme piedra en los piés, á fin de moderar sus movimientos.

— ¡ Qué horror!

— En efecto, es un horror; figurate que la mandíbula sale de su asiento, que el cuello se alarga, que las articulaciones de las rodi-

llas y de los muslos se rompen con un ruido que se oye á diez pasos. Sin embargo, ¿creerás, Bezenecq el Opulento, que hay hombres tan obstinados que no se rinden á semejante prueba?

—Lo que no comprendo, dijo el mercader procurando disimular el horror que experimentaba, es como en vez de esponerse al tormento, no ha de darse lealmente cuanto se posee, como acabo yo de hacerlo... A lo menos queda el cuerpo sano y se recobra la libertad? ¿no es cierto, digno baile?

— ¡Eres la perla de los ciudadanos!

—No tal... he hecho sencillamente este razonamiento, añadió el mercader tratando de captarse la benevolencia de Garin para lograr una estancia mas cómoda para si y para su hija, y asi se lo decia á Isolina. Supongamos que hubiese colocado toda mi fortuna á bordo de un buque; que naufraga y que lo pierdo todo, en cuyo caso me encontraria lo mismo que ahora, ¿he de dejarme abatir por mi desgracia? No, me dedico otra vez al trabajo, y con el auxilio de Dios, si no puedo rehacer mi fortuna, podré al menos atender al sosten de mi pobre hija. ¿No aprobais mi partido, digno baile?

—Nunca te verás reducido á tal extremo, Bezenecq el Opulento.

—Os chanceais, ¿Cómo me llamais Opulento á mi que soy mas pobre que Job?

—No me chanceo... pero volvamos al tormento:

Te decia, pues, que si la primera prueba no era bastante para decidir al que la sufre á abandonar todos sus bienes, se le sometia á la segunda.

Y Garin, que no habia soltado la mano del mercader, le condujo delante del garfío de hierro.

—¿Ves ese garfío? ya conocerás que puede suportar el peso de un buey.

—Si... en efecto.

—Cuando hemos impuesto sin fruto la prueba de la argolla, desnudamos el paciente y le colgamos de ese hierro, ya por las espaldas, ya por el vientre, ya...

—No habéis tan alto por piedad, dijo el mercader sin poder ocultar su espanto; si os oye mi hija...

—Pues bien, Bezenecq el Opulento, continuó Garin en voz mas baja; figurate que he visto á hombres permanecer asi mas de una hora, chorreando sangre, y negarse todavía á hacer entrega de sus

bienes. Sin embargo, la tercera prueba es de un éxito infalible; voy á esplicártela.

— Es singular, dijo de repente el mercader, parece que hay humo en el calabozo.

— ¡Padre mio! exclamó Isolina con terror; han encendido fuego, allí, bajo las barras de hierro!

El ciudadano se volvió azorado y vió que los combustibles amontonados debajo de las parrillas empezaban á encenderse; la llama iluminaba de cuando en cuando con rogizos reflejos las negras paredes del calabozo y la densa humareda. Una lugubre idea atravesó la mente del mercader, pero la rechazó con horror, y procuró calmar el espanto de su hija.

— Nada temas, le dijo; han encendido ese fuego para secar las húmedas paredes de este aposento, donde quizás deberemos pasar la noche.

Pero dichas estas palabras, encaminadas únicamente á tranquilizar á Isolina, el mercader, que palidecía y temblaba á pesar suyo, dijo á Garin:

— ¿Con qué objeto han encendido fuego?

— Para darte una idea de la escelencia de la última prueba, Bezenecq el Opulento.

— Os aseguro que es inútil... No necesitaba tanto para creeros.

— No importa, escúchame; encendido el fuego como lo está ahora tendemos el recalcitrante encima de las parrillas y le sujetamos á ellas por medio de esas cadenas; transcurridos pocos momentos su pielse enrojece, se arruga, se hiende, mana sangre, y se ennegrece, y he visto chisporrotear el fuego bajo la sangrienta grasa que se desprendía del cuerpo de hombres mucho mas flacos que tú, Bezenecq el Opulento.

— Os lo confieso, digno baile, mi corazon desfallece, se me va la cabeza tan solo con pensar en este suplicio, dijo el mercader estremeciéndose; me parece que voy á desmayarme... dejadme salir de este calabozo con mi hija... os he dado ya cuanto tengo...

— Vaya, vaya, Bezenecq el Opulento, repuso Garin interrumpiéndole, un hombre que así se despoja de tan cuantiosos bienes á la primera palabra sin haber sufrido tormento alguno, debe haber guardado otras riquezas.

— ¡Yo! exclamó Bezenecq poseido de estupor; Os lo he dado todo hasta mi último dinero!

— Ya habrás observado que á pesar de la supuesta cesion de todos tus bienes, he continuado llamándote Bezenecq el Opulento, pues seguro estoy de que mereces todavia este nombre.

— Por la savalcion de mi alma os juro que nada me queda.

— ¿Es decir que las tres pruebas no podrán arrancarte mas de lo que has dado?

— ¿Qué pruebas?

— Las de la argolla, del garfio y del fuego... Declara al momento los bienes que has ocultado ó sufrirás las tres pruebas en presencia de tu hija.

Al decir estas palabras Garin elevó la voz, é Isolina que oyó sus amenazas atravesó por entre los verdugos, y arrojándose á los piés del baile, gritó:

— ¡Piedad... piedad para mi padre!

— De él depende su perdon, dijo Garin; que abandone los bienes que nos ha ocultado y quedará en libertad.

— Padre mio, exclamó la jóven, ignoro en qué consisten tus bienes; pero si impulsado por tu amor hácia mi, has pensado en reservarte algo, te ruego que lo des todo, todo.

— ¿Oyes? repuso Garin con sardónica sonrisa viendo al mercader aterrado por las imprudentes palabras que el terror arrancára á su hija; no soy yo solo quien sospecha de tí; como buen padre que eres habrás querido conservar un buen dote para tu hija.

— Garin, dijo al baile uno de los verdugos, el fuego forma ya brasas y es facil que se apague si sujetas á ese hombre á las pruebas de la argolla y del garfio.

— En gracia de esa linda niña voy á ser generoso, dijo el baile, la prueba del fuego bastará. Respóndeme ahora, Bezenecq el Opulento. Por última vez, ¿quieres si ó no, entregar todo cuanto poseses al señor de Plouernel?

— Hija mia, solo á tí te responderé, dijo el mercader con voz solemne; los verdugos no me creerian.

Y dirigiéndose á Isolina con angustiado acento, añadió:

— Hija de mi alma, por el sagrado recuerdo de tu madre, por la ternura que te profeso, por los goces que me has dado desde tu nacimiento, por la salvacion de mi alma, te juro que nada me queda.

— ¡Ah! padre mio, te creo... ¡te creo! exclamó la jóven que continuaba arrodillada; y tendiendo á Garin sus manos suplicantes, le dijo:

— ¿No oís el juramento de mi padre ?

— Creo que Bezenecq el Opulento es incapaz de despojar á su hija de todos sus bienes , contestó el baile ; y dirigiéndose á los verdugos añadió :

— Nosotros seremos sus confesores... Desnudadle , tendedle en las parrillas y avivad el fuego.

Los servidores del conde se arrojaron sobre Bezenecq y á pesar de sus gritos desgarradores , de su desesperada resistencia y del llanto de su hija , le desnudaron , le tendieron en las parrillas y le sujetaron á ellas por medio de las cadenas.

— ¡ Padre mio ! exclamó Bezenecq , he despreciado tus consejos , y sufro ahora el castigo de mi cobardía... Muero vergonzosamente en la tortura en vez de morir peleando contra los conquistadores francos. ¡ Triunfa Neroweg ! ¡ Dios te demandará el castigo !

CAPÍTULO VI.

La fuga — La escena que vió Fergan al bajar por la escalera secreta.

Azenor la Pálida acababa de preparar á la luz de una lámpara el filtró mágico por ella prometido al señor de Plouernel; despues de verter varias clases de polvo en un licor encerrado en una botella; sacó de un cofre un pequeño frasco cuyo contenido bebió, y dijo con siniestra sonrisa:

— Ven ahora, Neroweg; estoy pronta.

Y en seguida añadió tomando la botella llena hasta la mitad del misterioso líquido:

— Llenémosla con sangre... preciso es herir la imaginacion de esos mónstruos... ¡ vamos!

Y dando un suspiro se dirigió hácia la torrecilla donde se encontraba el tierno Colombaik; Azenor, al levantar la cortina, vió á la pobre criatura acurrucada en un rincon y derramando silenciosas lágrimas.

— Ven, le dijo la hechicera con voz dulce, ven á mi lado.

El hijo de Fergan se levantó, y dió algunos pasos con timidez. Pálido, flaco y estenuado por la miseria, su rostro como el de su madre Juana, respiraba una angelical dulzura.

— ¿ Estás aun triste? dijo Azenor sentándose y atrayendo al niño cerca de una mesa donde habia un puñal. ¿ Porqué lloras sin cesar?

El niño lloraba con mayor amargura.

— ¿ Qué te aflige?

— Quiero ver á mi madre, contestó Colombaik sollozando.

— ¿ Amas mucho á tu madre? preguntóle Azenor.

El pobre niño, en vez de responder, se arrojó llorando á su cuello, y la jóven comovida por aquellas dolorosas caricias, abrazóle tambien con ternura.

— No puedo... me falta valor... algunas gotas bastarán.

Su mano tocaba ya el puñal cuando oyó en la torre un ruido extraño, parecido al de una cadena enmohecida enroscándose con dificultad al rededor de un eje de hierro. Sobresaltada Azenor corrió hácia la puerta, cuando apareció en ella Fergan, pálido, bañado en

sudor, con el semblante iracundo, y llevando en la mano su pico de hierro. La hechicera retrocedió asustada mientras que Colombaik, exhalando un grito de alegría, corría hácia el cantero y gritaba:

— ¡Padre mio! ¡padre mio!

Fergan, loco de contento, dejó caer su barra de hierro, cogió al niño entre sus brazos robustos, y elevándole á la altura de su pecho le abrazó con pasión; sus ojos examinaban con indecible ansiedad las facciones de Colombaik, y este, estrechando entre sus manecitas el rostro del cantero, gritaba:

— ¡Padre mio! ¡padre mio!

— ¡Su padre! dijo Azenor. ¿Cómo habrá podido llegar hasta aquí?

El siervo, sin ver á la hechicera, devoraba con los ojos á Colombaik, y dijo con profundo suspiro de satisfaccion:

— Está pálido, ha llorado, mas parece que no le han hecho daño alguno.

Y abrazando con delirio á Colombaik, exclamó:

— ¡Podre hijo mio, cuan feliz será tu madre!

En aquel momento vió á Azenor, y no dudando de que fuese la hechicera cuyo terrible nombre habia llegado á oídos de los siervos del señorío, depositó su hijo en el suelo, recogió el pico, se acercó lentamente á la jóven con ademan feroz y le dijo:

— ¿Con qué eres tú la que robas á los niños para emplear su sangre en tus operaciones diabólicas?

Azenor no contestó, y el cantero, cuya mirada habia adquirido un brillo fatal, exclamó exhalando un suspiro:

— ¡Vas á morir, mujer infame!

— ¡Padre mio, no la mates! dijo vivamente el niño abrazando las rodillas del cantero; ¡oh! no la mates! me estaba acariciando cuando has entrado.

Estas palabras turbaron á Fergan cuyo pico cayó sin herir, y quedó mirando con sorpresa á Azenor que, sombría, pensativa, con los brazos cruzados sobre su seno palpitante parecia arrostrar la muerte, dijo al niño:

— ¿Esa mujer te acariciaba?

— Si, padre mio... y desde que me han conducido aquí ha sido buena para conmigo.

— Entonces, dijo Fergan á la hechicera ¿porqué me has robado á mi hijo?

Azenor la Pálida, sin contestar á la pregunta del siervo y absorvi-

da por la idea que germinaba en su mente, le dijo:

— ¿A donde conduce el camino que te ha guiado hasta aqui?

— ¿Qué te importa?

La jóven abrió un arcon de encina, sacó de él un cofrecillo y enseñando al cantero las monedas que contenia, le dijo:

— Toma ese oro y déjame salir contigo; si has podido introducirte en la fortaleza por un oculto camino, tambien podrás salir de ella.

— ¿Quieres acompañarme?

— Deseo abandonar este castillo, donde me hallo prisionera, y reunirme en Angers con Guillermo de Aquitania...

Pero callando de repente, Azenor hizo seña á Fergan de que permaneciese mudo y prestó el oido á un rumor lejano. Luego dijo en voz baja:

— ¡Silencio! oigo voces y pasos en la escalera: suben... sin duda es Neroweg!

— ¡Neroweg! exclamó el cantero con una alegría feroz empuñando su pico de hierro y adelantándose hácia la puerta. ¡Ah! *Peor que un lobo* ¡ hoy acabará tu vida!

— ¡Infeliz, nos pierdes! dijo Azenor en voz baja. ¡El conde no viene solo, y la lucha es imposible; piensa en tu hijo!

É indicando con un gesto rápido el pesado mueble de encina, dijo al siervo con precipitacion y en voz baja:

— Pronto, coloca ese arcon á través de la puerta cuya llave tiene el conde. Pronto... corre... Neroweg solo dista algunos escalones ¿oyes el sonido de sus espuelas?

Fergan olvidó su odio contra Neroweg para no pensar mas que en su hijo, y siguiendo el consejo de Azenor puso, merced á su fuerza hercúlea, el macizo mueble al través de la puerta. La hechicera se envolvió en un manto, sacó del arcon una bolsa de cuero llena de pedreria, y mostrando al cantero el cofrecillo, le dijo:

— Toma ese oro y huyamos.

— Lleva tu misma el oro, yo llevaré á mi hijo y mi pico para defenderle, contestó el siervo empuñando con una mano la barra de hierro y tomando en su brazo izquierdo al tierno Colombaik.

En aquel momento oyeron los fugitivos el ruido de la llave al penetrar en la serradura, y luego la voz del señor de Plouernel que gritaba con sorpresa y enojo:

— Azenor ¿quien sujeta la puerta por dentro? ¿Es acaso uno de tus sortilegios, maldita bruja?

Mientras que Peor que un lobo golpeaba la puerta con violencia y la conmovia en vano profiriendo mil imprecaciones, el cantero, su hijo y Azenor, reunidos en la torre, se preparaban á huir por el camino secreto. Una de las baldosas del suelo, girando sobre si misma por medio de un contrapeso y de unas cadenas enroscadas en un eje de hierro, dejó en descubierto los primeros escalones de una escalera tan estrecha que á penas podia dar paso á una persona. Azenor bajó la primera, el tierno Colambaik la imitó, y siguióles Fergan, quien soltando al contra peso, hizo que la baldosa recobrase su posicion natural. La estrecha escalera conducia al espiral de piedra que, practicada en la muralla de quince piés de espesor, llegaba hasta las profundidades de la fortaleza; varias puertas secretas hacian que cada piso comunicase con el oculto camino, que no alumbraba luz alguna exterior, pero Fergan, provisto de eslabon, de yesca y de la mecha de que se servia en sus trabajos subterráneos precedia á su hijo y á Azenor con una luz en una mano y su pico en la otra. En breve los fugitivos, dejando encima de sus cabezas el nivel de la sala de piedra, situado en el piso bajo, llegaron á la parte de la escalera que correspondia á los calabozos subterráneos, en cuyo punto no solo servia de retirada en caso de sitio, sino que permitia al castellano espiar á sus prisioneros; estos, que ignoraban tal peligro, hablaban libremente entre si, y sus secretas confianzas solian serles funestas. El calabozo de Bezenecq el Opulento facilitaba este espionage pues además de la horrible figura esculpida en la pared, por cuyos ojos y boca, abiertos en toda la estencion de la pared, podia verse el interior de la estancia y oirse cuanto se hablaba en ella, habia una puerta formada por una piedra movable, que si bien no acertaba á distinguirse por la parte interior, podia abrirse fácilmente desde el camino secreto. Los fugitivos se encontraban al nivel del calabozo de Bezenecq, cuando de repente pasaron algunos rayos de luz al través de las aberturas del mascarón de piedra. Fergan, que precedia á su hijo y á Azenor, se detuvo al oir sordas carcajadas, miró por un agujero de la pared y á la luz de una linterna puesta en el suelo vió el mas horrible espectáculo que imaginarse puede. Dos cadáveres desnudos pendian el uno por el cuello de la horca empotrada en la pared y el otro por el costado del garfio de hierro; el primero estaba horriblemente dislocado por el peso de la piedra atada á sus piés, y el segundo suspendido al agudo garfio que penetraba hasta sus entrañas. Aquellas dos víctimas, presas pocas horas antes en el territo-

rio de Plouernel, y conducidas á aquel calabozo mejor provisto que los demás de instrumentos de tortura, no habian sobrevivido á sus padecimientos. El cadáver de Bezenecq el Opulento estaba encadenado en las parrillas, encima de los restos del brasero entónces apagado. Los tormentos del mercader habian sido tan atroces que sus miembros, sujetos con cadenas de hierro, se habian retorcido convulsivamente, y su rostro amoratado, horrible, conservaba la espresion de su espantosa agonía; á algunos pasos del cuerpo de su padre, Isolina, sentada en el lecho de paja, enlazando sus rodillas con los brazos, se balanceaba suavemente y prorumpia de vez en cuando en insensatas carcajadas... La infeliz se habia vuelto loca. Conmovido Fergan se disponia á dar libertad á la hija de Bezenecq, cuando se abrió la puerta del calabozo y apareció Gontran, el hijo de Neroweg con el rostro encendido y una antorcha en la mano; la espresion de su mirada y sus vacilantes pasos revelaban su embriaguez, y acercándose á Isolina, sin conmoverse por el horroroso espectáculo que á su alrededor veia, cogiÓla con violencia por el brazo y le dijo con voz ronca:

— ¡Ven... sigueme!

La loca no dió señal de haberle oido, y continuó riendo.

— ¡Muy alegre estás, dijo Gontran; tambien estoy yo alegre! Ven conmigo y reiremos juntos.

— ¡Traidor! gritó jadeando un nuevo personaje precipitándose en el calabozo; he sospechado tu designio al verte abandonar la mesa luego que ha subido el conde á ver á la hechicera!

Y arrojándose entre Isolina y Gontran, Guido, pues era él, exclamó:

— No toques á esa mujer si no quieres pagarlo con tu sangre, porque es mia!

— ¡Tuya! dijo Gontran ¿tuya, cuando la desea el hijo de tu señor?

Y ciego de cólera, hirió con su encendida antorcha en el rostro al caballero y desenvainó la espada. Guido exhaló un espantoso rugido y desnudó tambien su acero.

No fué larga la lucha; Guido cayó sin vida á los piés de Gontran, el cual exclamó:

— ¡Muerto queda el insolente... mia es ya!

Y precipitándose hácia Isolina añadió con acento de feroz lujuria y abrazando á la pobre jóven cuya locura sin duda ignoraba:

— ¡Me perteneces! para poseerte he clavado mi espada en el pecho de ese miserable... ¿No basta con un cadáver?

— ¡No; tu morirás también, lobezno de Neroweg! gritó una voz amenazadora, y antes que Gontran que tenia entre sus brazos á la hija de Bezenecq tuviese tiempo para volver el rostro, recibió en el cráneo tan terrible golpe, que sin dar un grito ni exhalar un gemido, cayó exánime sobre el cuerpo del caballero.

— ¡Otro Neroweg muerto, hijos de Joel! exclamó Fergan el Cantero, mientras que la loca sin comprender nada de cuanto sucedia miraba á todas partes con ojos estraviados.

Fergan que desde su escondrijo habia visto empezar la lucha entre ambos caballeros, sobrecogido de horror pensando que la hija de Bezenecq debia ser presa del vencedor, se habia introducido en el calabozo por la puerta secreta y llegó á tiempo para impedir tamaño crimen... Los momentos eran preciosos, algunos servidores del señor de Plouernel, observando la prolongada ausencia de Gontran, podian bajar á los subterráneos; así es que Fergan, tomando las manos de Isolina, le dijo con voz conmovida:

— Ven... ven... pobre niña...

La loca no opuso resistencia alguna, se levantó, y fijando en el siervo sus ojos apagados, le siguió hasta la abertura.

— Inclínate, le dijo Fergan, y pasa por esta puerta.

Isolina permaneció inmóvil, y renunciando á hacerse comprender, Fergan apoyó sus dos manos en las espaldas de la jóven, la que cediendo á la presión cayó arrodillada delante de la puerta secreta.

— Pronto... dijo el siervo á Azenor la Pálida, que habia permanecido fuera del calabozo y miraba con alegría siniestra el cadáver de Gontran; coge las manos de esa infeliz, y procura atraerla hácia tí, quizás te obedecerá mejor.

Isolina, cediendo en efecto al movimiento de la hechicera, salió del calabozo, el cantero pasó despues de ella y cerró la abertura.

— ¿Por qué llevarnos á esa loca que va á retardar nuestra marcha? preguntó Azenor á Fergan.

— ¿No he permitido que vinieras conmigo? dijo el cantero con tono amenazador ¿no te he perdonado la vida quizás contra mi deber? Si te niegas á sostener los pasos de esa infeliz, te juro que...

— Inútiles son tus amenazas, contestó Azenor interrumpiendo al siervo: te obedeceré en todo. Andaria de rodillas el camino que me separa de Angers y de Guillermo IX. Habla ¿qué debo hacer?

—Sostener conmigo á esa infeliz criatura; mi hijo nos alumbrará.

Isolina, apoyada en Fergan al cual precedia Colombaik llevando la mecha encendida, bajó con trabajo la escalera. Los fugitivos hundianse mas y mas en las entrañas de la tierra, y llegaron por fin al subterráneo abierto en la roca viva á tal profundidad, que pasando por debajo de la cisterna del castillo, tenia su salida á una media legua de la fortaleza, entre varias rocas amontonadas en el fondo de un precipicio.

Den-Brao el albañil habia muerto entre las torturas del hambre encerrado en aquel subterráneo en compañía de los demás siervos que participaron de su suerte.

CAPITULO VII.

Predicacion de la cruzada

El alba desvanecía las sombras de la noche durante la cual habian abandonado los fugitivos el castillo de Plouernel, y Juana la Jorobada, sentada en la puerta de su choza, sita en un extremo de la aldea dirigia sin cesar sus ojos al camino por el que debia volver Fergan, cuando de repente llegó á sus oidos el lejano rumor producido por una numerosa multitud. Los frenéticos gritos de ¡*Dios lo quiere!* ¡*Dios lo quiere!* dominaban de vez en cuando los confusos y prolongados clamores, y por fin vió la sierva una muchedumbre desordenada que salia de un camino lateral y tomaba la direccion de la aldea. Acaudillábala un monge montado en una mula blanca y un caballero, armado de todas armas, cabalgando en un brioso caballo; el monge llamado *Pedro el Ermitaño*, llevaba cosida en su hábito una cruz roja, distintivo de los cruzados que marchaban á la tierra santa, una cuerda ceñia su talle y sus piés descalzos descansaban en estribos de madera. Su capuchon caido dejaba ver su cabeza calva y su rostro bronceado por el ardiente sol de Palestina; sus ojos ardientes y brillantes revelaban el entusiasmo, y en su mano sostenia una tosca cruz de madera. El caballero que le acompañaba, Gualtero de Gascuña, llevaba tambien la cruz roja de los cruzados, y habia sido de los primeros en seguir á Pedro, impulsado por su estusiasta elocuencia y por el deseo de socorrer á sus hermanos de Oriente. Seguiales, como ya hemos dicho, una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, llevando todos la cruz roja en la espalda izquierda. Algunas mujeres sostenian en brazos á sus hijos, harto tiernos para andar ó harto fatigados para seguir el viage, y otras se apoyaban en sus esposos, cargados con el zurrón que contenia todo el ajuar de la familia. Los menos miserables viajaban en asnos, en mulas ó en carros llenos con lo poco que poseian; muchos habian llevado consigo sus cerdos y gallinas y otros su cabra ó su oveja favorita. De tiempo en tiempo y contrastando con la haraposa multitud, pasaban algunos caballeros llevando en grupa á sus esposas, y entre ellos veíase á Euchero con su bella Yolanda, despojada de la herencia pa-

terna por la codicia del conde de Plouernel, la jóven, que con la venta de sus joyas habia podido asegurar la existencia de su madre y comprar el caballo que montaba, parecia alegre y feliz y escitada por las ideas religiosas, por la compañía de su esposo y por el porvenir de amor y libertad que á sus ojos se ofrecia, era la que profesaria con mas fuerza las palabras tan gratas á los cruzados; *Dios lo quiere! Dios lo quiere!*

Aquella muchedumbre, compuesta de tres ó cuatro mil personas procedentes de Angers y de los paises inmediatos, se aumentaba insesantemente con nuevos peregrinos; los semblantes de los siervos y villanos revelaban su contento, pues por primera vez abandonaban la tierra á la cual habian estado encadenados de generacion en generacion y por primera vez disfrutaban de un dia de libertad, felicidad incomparable para el hombre esclavo. Sus alegres gritos y sus cantos desordenados resonaban á lo léjos, y á intévalos repetian con frenesí las siguientes palabras: «Jerusalen, tierra de maravillas; quien pudiese llegar á verte! Marchemos á libertar el Santo Sepulcro! Dios lo quiere!» La ruidosa multitud penetró en la aldea pasando por delante de la choza de Fergan; los siervos, en vez de dirigirse á los campos para dar principio á sus trabajos, corrian á ver la causa del tumulto, cuando al llegar á la plaza se detuvo el gentio, y circularon estas palabras repetidas de boca en boca:

— ¡Silencio! Pedro el Ermitaño quiere hablar.

Un silencio sepulcral reinó entre la turba poco antes tan bulliosa, y Pedro, elevando su magestuoso rostro y hablando á varios siervos del señorío de Plouernel que se hallaban reunidos en un extremo de la plaza, dirigióles algunas palabras ardientes y entusiastas, que llegaron al corazon de aquellas gentes, llenándoles de religioso frenesí, y como habian gritado los que seguian al monge y se oiria gritar en breve á la Francia y la Europa entera, lanzaron el grito de: ¡Marchemos á Jerusalen! Dios lo quiere! Dios lo quiere!

Sin embargo, algunos menos entusiastas, menos decididos, y entre ellos Martin, temian ser víctimas de la cólera de su señor abandonando su territorio, y decian:

— ¡Partir! ¿y qué dirá el señor conde? Nos está prohibido salir de sus estados bajo severas penas.

— ¡No temais á vuestro conde, exclamó Pedro, cuando el Señor del cielo manda! ¿quién se opondrá á sus mandatos? Maldicion eterna sobre quien detenga á los libertadores de Jerusalen!

Las palabras de Pedro fueron recibidas por los cruzados con grandes aclamaciones «¡Dios lo quiere! ¡no hay voluntad contra la suya! ¡Marchemos á Jerusalem!»

Los siervos que vacilaban sintiéronse á su vez dominados por el entusiasmo general, y la llanura resonó con el grito atronador de *¡Dios lo quiere!*

Y todos, como poseidos de una especie de delirio corrieron á sus chozas, y reunieron lo poco que poseían; unos aparejaban su asno, otros uncián á sus carros bueyes ó caballos mientras que Pedro y Gualtero entonaban el cántico de los Cruzados.

— «¡Jerusalen! ¡Jerusalen! Ciudad de maravillas, ciudad feliz entre todas, en tí se cifra el amor de los ángeles, y en tí cifran su dicha los hombres.

— «El leño de la cruz es nuestra guía, sigamos nuestra bandera que nos precede bajo las alas del Espíritu Santo.

— «¡Jerusalen! ¡Jerusalen! Ciudad de maravillas, ciudad feliz entre todas, en tí se cifra el amor de los ángeles y en tí cifran su dicha los hombres. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen!»

Juana, que habia sido arrastrada á su pesar por la turbulenta multitud, se disponía á regresar á su pobre cabaña por el camino que rodeaba la aldea, á fin de esperar el regreso de su marido y de su hijo, pero de pronto se puso pálida lo mismo que un cadáver, y el espanto paralizó todos sus movimientos: desde la eminencia en que se encontraba veía en la llanura á Fergan llevando á su hijo entre los brazos y que huía á todo correr delante de Garin Traga-siervos el cual espoleando á su caballo, perseguía al cantero con la espada en mano. Vários hombres de armas á pié seguían á lo lejos las huellas de Garin, sin duda para auxiliárle en caso necesario; Fergan, á pesar de sus esfuerzos, solo llevaba al baile una ventaja de cincuenta pasos, y esta disminuía á cada momento. Por dos veces creyó el baile tener al fugitivo al alcance de su espada, y quiso herirle tendiéndose sobre el cuello de su caballo, pero siempre habia descargado sus golpes en vano. Fergan seguía su desalada carrera y corría con increíble rapidez, cuando de repente desapareció á los ojos de Juana como si se hubiese abismado en las entrañas de la tierra. Pasado un momento, la pobre mujer vió á Garin detener su caballo cerca del lugar en que el cantero acababa de desaparecer, levantar con ira su espada, y luego, en vez de seguir en línea recta su camino, volver á la izquierda y emprender un furioso galope al través

de la llanura. Juana comprendió entonces que su marido, viéndose alcanzado, había saltado con su hijo al fondo de un barranco donde no podía seguirles el caballo del baile, y que este se veía obligado á costear la hondonada hasta llegar al puente que guiaba á la aldea donde contaba Garin apoderarse del cantero. Juana temía que su marido ó su hijo hubiesen recibido algun daño al precipitarse en el barranco, pero en breve vió salir de él al tierno Colombaik con el auxilio de sus manos y de los esfuerzos de su padre, del cual solo se divisaban ambos brazos. Fergan salió tambien, tomó de nuevo sobre los hombros á su hijo, y emprendió su carrera hácia el pueblo donde esperaba llegar antes que el baile; Juana se lanzó á su encuentro, mas Fergan, sin detenerse y sin soltar al niño, dijo á su mujer con voz sofocada:

— ¡Corramos á la aldea y procuremos llegar á ella antes que Garin!

— Hijo mio... ¡te veo otra vez! decia Juana corriendo al lado del siervo, devorando á su hijo con la mirada, y olvidando al verle los peligros pasados y presentes, mientras que Colombaik tendia hácia ella sus brazos y gritaba:

— ¡Madre mia! ¡madre mia!

— ¡Ab! exclamó el siervo redoblando sus esfuerzos á fin de llegar á la aldea antes que Garin que espoleaba su caballo; á no ser por el cadáver que debí enterrar al salir del subterráneo hubiera llegado aqui antes del dia.

— Hijo mio ¿qué te han hecho? dijo Juana pensando solo en su hijo y besando una de sus manecitas.

En aquel momento resonó con fuerza el canto de los cruzados.

— ¿Qué significan esos cantos? preguntó el cantero: ¿Porqué se ha reunido allí tan grande multitud?

— Son gentes que marchan á Jerusalem, y les siguen muchos habitantes de la aldea.

— ¡Nos hemos salvado! exclamó Fergan herido por una repentina idea ¡partamos con ellos!

— ¡Cómo, Fergan! exclamó Juana sin aliento por la precipitada carrera ¿Quieres marchar tan lejos con nuestro hijo?

Pero el siervo que se veia á lo mas á cien pasos de la aldea, no contestó, y seguido de Juana, penetró entre la multitud estenuado de fatiga exclamando:

— ¡Estamos salvados! ¡estamos salvados!

Garin continuó galopeando á lo largo del barranco hasta el puente que atravesó, y vió con sorpresa á la multitud que inundaba la plaza y los alrededores de la aldea. Próximo ya á llegar á ella acercáronsele algunos siervos que no habian podido resolverse á emprender tan largo y azaroso viage, y Martin, que era de este número, le dijo temblando:

— Buen baile, ya lo veis; no imitamos nosotros á esos rebeldes que se atreven á abandonar el territorio de su señor para marchar á Palestina, con esa banda de cruzados que atraviesan el pais... Nosotros no hemos querido salir del estado de nuestro buen señor.

— ¡Ira de Dios! exclamó el baile olvidando al cantero al saber la desercion de los siervos. Los miserables que han pensado en fugarse serán castigados con la muerte.

La multitud abrió paso al fogoso caballo de Garin, el cual llegando ante Pedro el Ermitaño y Gualtero, que segun le habian dicho, eran los jefes de los cruzados, les dijo con tono amenazador.

— ¿Con qué derecho penetrais con tanto séquito en el territorio de mi señor Neroweg VI, conde de Plouernel?

Y elevando la voz, y dirigiéndose á los habitantes de la aldea, gritó:

— Siervos y villanos, escuchad mis palabras. Los que abriguen el atrevido pensamiento de seguir á esos vagabundos, serán ahorcados sin dilacion... Temblad; miserables, si...

— ¡Calla, impio! exclamó Pedro con voz solemne ¿te atreves á amenazar á los cristianos que marchan á libertar el Santo Sepulcro?

— ¿Y quién eres tú para dar órdenes aqui en el señorío de Plouernel?

Y diciendo esto lanzó su caballo contra Pedro, y levantó la espada; pero Gualtero paró el golpe, y la espada de Garin se rompió en dos pedazos al caer sobre el escudo del caballero.

— ¡Muera el malvado que quiere ahorcar á los vengadores de Cristo! gritaron muchas voces ¡muera! ¡muera!

Y uno de los siervos de la aldea, que se dirigia á la Tierra Santa armado con su horca, la hundió en el costado de Garin, le derribó de caballo y cortándole la cabeza, la alzó como un trofeo entre gritos, cantos y aplausos.

LA CONCHA DEL PEREGRINO

ó

FERGAN EL CANTERO.

1099-1140.

PARTE SEGUNDA.

LA CRUZADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los cruzados en Palestina.— Su marcha.— Sus padecimientos.— *Wilhelm*, duque de Aquitania.— *Azenor la Pálida* y el caballero *Gualtero Sin Haber*.— El camino de *Maratha*.

El sol de Palestina inunda con su deslumbrante y abrasadora luz un desierto cubierto de rojiza arena, y tan léjos como puede abarcar la mirada no se distingue una casa, un árbol, un matorral, una mata de yerba ni una piedra: unaavecilla no hubiera podido albergarse á la sombra de aquella inmensidad.

La arena movediza, profunda y menuda como la ceniza, refleja por do quiera con mayor ardor el calor con que la penetra ese sol abrasador en medio de un fuego que se funde en la tierra árida, en una zona de vapor ardiente.

Aparecen á intervalos medio sepultados bajo olas de arena, levantadas no ha mucho por el terrible viento de aquellas regiones, los blancos huesos de hombres, niños, caballos, asnos, bueyes y camellos, pues los gavilanes, los chacales y los leones han devorado la carne de los cadáveres, y se ha realizado el proverbio sarraceno.— «Los cristianos no hallarán aquí sombra mas que en el vientre de los gavilanes, los chacales ó los leones.»

Aquellos despojos humanos y otros en putrefaccion, trazan al través del desierto el camino de *Marhala*, ciudad situada á diez jornadas de *Jerusalen*, la ciudad hácia donde se dirigen los diferentes

ejércitos de los cruzados, venidos de la Galia, de Germania, de Italia y de Inglaterra.

Si se ven esqueletos y cadáveres medio devorados en aquella soledad, tambien se encuentran moribundos y vivos; numerosos los primeros pero escasos los segundos, los cuales escitarian la risa si no fueran mas dignos de compasion que los muertos y moribundos.

Ved á esos cruzados que, impelidos por la fé, abandonaron hace un año, la tierra ingrata de Occidente por el maravilloso país de Oriente á donde han llegado tras un viaje de mas de mil y cien leguas. El grueso del ejército venido de las Galias y mandado entónces por BOHEMUNDO, *príncipe de Tarento*, desaparece allá en medio de esas densas nubes de polvo alzadas por la marcha de los cruzados. Despues van desbandados los rezagados, los heridos, los enfermos y los desgraciados moribundos de sed, calor y cansancio, y caen á intervalos en aquel desierto sin límites para no levantarse jamás.

Los menos dignos de lástima entre estos infelices rezagados, son los que, habiendo perdido sus caballos, montan un asno, un buey, un macho cabrío y hasta uno de esos enormes perros de Siria de tres piés de altura, y los cuales caminan de esta suerte al paso de sus grotescas monturas con la espada sobre el muslo y la lanza en la espalda; llevan gorras estrañas para preservarse del devorador ardor del sol que, cayendo á plomo sobre su cráneo, causa con frecuencia la locura ó la muerte; unos se abrigan bajo un pedazo de lienzo tendido sobre palos; otros, mas ingeniosos, han tejido con hojas secas de palmera enormes sombreros que dan sombra á su rostro, y la mayor parte llevan unas como caretas hechas de trozos de lienzo y abiertas delante de los ojos para preservar sus párpados del polvo, tan abrasador y corrosivo, que tras una inflamacion violenta producía con frecuencia la ceguera.

Seguian á larga distancia de estos cruzados tan grotescamente montados, los peones hundiéndose hasta media pierna en la movediza arena cuyo contacto abrasador hacia insufrible la escoriacion de sus piés llagados por las fatigas del camino. Los heridos marchan con los miembros envueltos en vendajes, apoyados penosamente en palos, y mujeres con tardo aliento, llevan sobre los hombros sus hijos ó los arrastran amontonados en toscos carros que tiran con auxilio de sus maridos.

Veianse entre estos infelices casi desnudos, algunos estrañamente ataviados; unos, vestidos apenas con una mala túnica, ostentaban

un rico turbante árabe de tela oriental, y otros, cuyo roto calzado dejaba ver sus piés, llevaban un esplendido albornoz de seda bordada. Estos desventurados, sofocados por un calor abrasador, cegados por el polvo que alzaban sus piés, bañados en sudor, la garganta seca por una sed devoradora, la tez tostada por el sol, el ademán hosco, sombrío y abatido, andaban murmurando ó quejándose de su suerte, cuando vieron acercarse tras ellos al través de torbellinos de polvo una brillante y numerosa cabalgata, y al frente de ella un jóven vestido con esplendidez: era Wilhelm IX, el bizarro duque de Aquitania, el poeta impío, el enemigo de la Iglesia, el seductor de Malborgiana, cuyo retrato llevaba pintado en su escudo. Su rostro osado y burlesco desaparecía bajo una capucha de seda blanca que cubría sus hombros; su talle elegante y esbelto se manifestaba bajo una túnica de delgada tela de color de púrpura, y sus anchos calzones á la oriental, dejaban ver sus borceguies de cuero verde bordados de plata y apoyados sobre sus estribos de oro.

Wilhelm IX no lleva armas ni armadura; guía con la izquierda el caballo, y con la diestra, cubierta con un guantelete de piel de gamo bordado, sostiene su falcon favorito con su caperuza de escarlata y las patas adornadas de campanillas de oro. Es tal el valor de esta valiente ave de caza, que su amo la lanza con frecuencia contra los gavilanes del desierto, así como lanzó mas de una vez contra las hienas y los chacales los dos grandes lebreles blancos con collares de plata que siguen su caballo.

Se vé en la grupa de este arrogante bruto un negrito de ocho á diez años estrañamente vestido, y el cual lleva un ancho quitasol oriental cuya sombra abriga la cabeza de Wilhelm IX. Camina á su diestra dominándole con su elevada talla un camello ricamente enjaezado y que guía otro negrito sentado en la delantera de una doble litera cerrada con cortinages de seda y sujeta con fajas sobre dos camellos, de modo que en cada una de aquellas literas podia estar cómodamente sentada una persona al abrigo del sol y del polvo.

Iba á su lado *Gualtero sin Haber*. El aventurero gascon llevaba pendiente del arzon de su silla un casco á la veneciana que habia trocado por un turbante que era mas cómodo para el camino, y una larga dalmática de tela delgada puesta sobre su rica armadura y que apagaba los rayos abrasadores del sol. El gascon solo conservaba de su pobre equipo que sacara de las Galias, su templada espada la *Comadre de la Ke* y su caballejo *Sol de Gloria*, que sobreviviendo por

una milagrosa casualidad á las fatigas de tan penoso viaje, andaba ligero, bastante robusto y manifestando aun con el lustre de su pelo la excelente calidad de la cebada sarracena.

Detras de estos tres personajes iban los escuderos del duque de Aquitania llevando su pendon, su espada, su lanza, su escudo y sus caballos de batalla. Seguian á los escuderos las mulas y los camellos cargados con los bagages y las provisiones y uno de ellos estaba destinado á llevar varios sacos de limones y gruesos odres llenos de vino y agua, recursos inapreciables para atravesar aquel tórrido desierto. Unos trescientos hombres de armas cerraban la marcha de la cabalgata del duque de Aquitania, y eran los únicos guerreros que habian sobrevivido á los tres mil que habian partido á la cruzada y estaban habituados ya á los combates, al sol abrasador de la Siria y á todos los peligros de aquel mortífero clima. Su enorme armadura de hierro era tan ligera para sus cuerpos robustos como una delgada túnica, el desprecio del peligro y la ferocidad se leian en sus facciones, y algunos de ellos llevaban en el arzon de su silla, á guisa de triunfante trofeo, cabezas de sarracenos recientemente cortadas, pendientes de la trenza de cabello que los mahometanos se dejaban crecer en el extremo del cráneo. Las armas de los guerreros del duque de Aquitania se componian de una pesada lanza de fresno con flotantes banderolas, una larga espada de dos filos y en el arzon de su silla una hacha ó una maza de armas erizada de puntas, escudos ovalados, cascos, corazas, guanteletes y martingalas de hierro.

El duque de Aquitania era el tipo de aquellos caballeros sin fé ni honor que partieron en las primeras cruzadas á la Tierra Santa, impelidos por su genio aventurero y que tan desgraciadamente contribuyeron al descrédito de aquella gigantesca empresa. Los historiadores de la época lamentan sus desórdenes y los describen circunstanciadamente al mismo tiempo que elogian la devocion, la templanza y las heróicas virtudes de los eminentes guerreros que tanto lustre dieron al nombre cristiano.

La tropa de Wihelm IX atravesaba rápidamente por entre los grupos de rezagados, cuando una mano blanca entreabrió los cortinages de la litera junto á la cual iba el duque, y una voz le dijo:

— Wilhelm, tengo sed.

— ¡Azenor tiene sed! dijo el cruzado parando el caballo y dirigiéndose á Gualtero sin Haber. Corre á buscar agua.

— Voy al momento, respondió el aventurero dirigiéndose á los ba-

gages en tanto que el duque de Aquitania acercó la cabeza hácia los cortinages de la litera.

— Wilhelm, dijo la melodiosa voz de Azenor, tengo los labios secos de sed, pero tu mirada templó mi ardor.

— Lo cual me prueba que no soy menos hechicero que tú, hermosa hechicera.

— No me llames así, porque me recuerdas días horribles... Al pensarlo abrasan el odio mi corazón y la vergüenza mi frente.

— ¿Porqué la vergüenza? Fingiste ser hechicera con la esperanza de engañar á ese salvaje de Neroweg que te tenía presa en su castillo. Deseabas librarte de su poder y vengarte de él dándole un filtro envenenado, lo cual era un recurso ingenioso. ¿No te he dicho que yo, soberano feudal de ese oso, de ese lobo, estuve tentado mas de una vez á pegar fuego á su guarida, el negro castillo de Plouernel donde te tenía cautiva? A fe de caballero que hasta esperaba romper con él algunas lanzas en tu obsequio, pero no pude encontrarle. Por otra parte, los dados se encargaron de tu venganza: no ha mucho supimos que apenas habia desembarcado en Joppe el conde de Plouernel perdió en una noche de juego con señores franceses tan tabures como él, mil besantes de oro, su vajilla, sus bagages, sus caballos y sus armas inclusa la espada.

El duque de Aquitania prorumpió en estrepitosas carcajadas y añadió:

— Me parece que estoy viendo á ese Neroweg, que tan mal parado queda al principiar la cruzada, con un gorro viejo por casco, un palo por lanza y por corcel un asno ó un perro, si es que ha conservado dinero para pagar tan soberbia montura. ¡Qué magia tienen, hermosa hechicera, los dados y el ajedrez! En una noche convierten á un caballero en un mendigo. Pero á mi no me alcanza el refran de feliz en el juego, desgraciado en amores, pues me amas tú, bella hechicera.

— ¡Ojalá sucediera lo contrario!

— ¿Tienes celos?

— ¿Crees que he olvidado á tus antiguas queridas?

— Tu hermosura ha borrado completamente su memoria en mi alma.

— Hasta que otra borre la mia.

— No temas.

— Eres un libertino, y no vacilas en elegir objetos de tu cariño de cualquiera nacion que sean...

— Siendo hermosas. Tranquilízate, Azenor mía; hay sin embargo una raza de la que no debo temer tus celos. ¡Vive Dios! La presencia de las mujeres de esa raza vil basta tan solo para hacerme casto como un niño.

— ¿Qué raza es esa?

— Las mujeres judías, respondió el duque de Aquitania con expresión de repugnancia, horror y casi miedo. Cuando mandé exterminar en mis estados á todos los judíos, ni una mujer de esa raza maldita se libró de los suplicios.

— Wilhelm, dijo Azenor la Pálida con voz ligeramente conmovida ¿cual es la causa de tu odio contra esas desventuradas? ¿qué mal te han hecho?

— ¡Cielos! Si por ignorancia amase á alguna judía, respondió Wilhelm IX estremeciéndose, me creeria perdido.

— ¿Perdido! ¿Porqué?

— ¿Y me lo preguntas? ¡amar á una judía! dijo el duque de Aquitania con nuevo estremecimiento.

— Estraño en tí tan necia preocupacion.

— Mirame con atencion.

— ¡Estás pálido!

— Yo, Azenor, que no palidezco ante la muerte, me estremezco de horror al pensar en las judías.

Algunos gritos lejanos y una especie de tumulto que se alzó entre los hombres de armas del duque de Aquitania interrumpieron su conversacion con Azenor, y volviendo la cabeza vió á Gualtero sin Haber que se dirigia hácia él con una pequeña ámfora de plata.

— ¿Qué ruido es ese? preguntó Wilhelm IX tomando el ámfora que le traía el aventurero gascon y dándosela á Azenor.

— Señor duque, en el momento que los esclavos negros descargaban de un camello un odre lleno de agua para llenar esta ámfora, donde habia esprimido antes el jugo de dos limones y el de una de esas cañas que se encuentran en este país, varios de los rezagados que se esfuerzan en seguir el ejército, se arrojaron sobre el odre gritando: ¡Agua! ¡agua! ¡Me muero de sed!

— ¿Y qué has hecho?

— Les ahuyenté á mandobles mientras movian mas algazara que las ranas de un estanque.

— ¡Ha sido chistoso el percance! dijo Wilhelm IX mientras Aze-

nor medio inclinada fuera de la litera bebia con ansiedad.

Despues de algunos momentos el duque se volvió hácia su tropa, y dijo en alta voz:

—Apresuremos el paso para que el ejército no tome antes de nuestra llegada la ciudad de Marhala.

Y los guerreros continuaron su marcha al través del desierto, dejando tras ellos á la multitud sedienta y cansada que maldecia su suerte ú oraba con fervor alzando las manos al cielo en actitud suplicante.

CAPÍTULO II.

Fergan el cantero, Juana y Colombaik encuentran un viajero. — La tromba de arena.

La nube de polvo que levantaban los guerreros del duque de Aquitania se perdía á lo lejos en una neblina ardiente, cuyos rojizos vapores invadían por instantes todo el horizonte, y los rezagados que hasta entonces no habían sucumbido al cansancio, á una sed devoradora ó á sus heridas, seguían penosamente á larga distancia unos de otros y sobre ellos veía revolotear una bandada de gaviñanes que habían huido momentáneamente espantados.

El último grupo de rezagados desapareció en torbellinos de polvo, y pronto tres infelices, un hombre, una mujer y un niño, *Fergan el cantero, Juana y Colombaik* se quedaron solos en medio del desierto.

Colombaik estaba agonizando de sed, tendido en la arena al lado de su madre cuyos piés doloridos, llagados y cubiertos de harapos ensangrentados no podían sostenerla, y Fergan estaba arrodillado junto á ellos vuelto de espaldas al sol y esforzándose en hacer sombra con su cuerpo á su esposa y á su hijo.

Veíanse á corta distancia los cadáveres de un hombre y una mujer; ella espirara una hora antes con los dolores del aborto y daba al mundo un niño muerto, y él yacía á su lado traspasado por las lanzas de los guerreros del duque de Aquitania. Había sido uno de los mas amenazadores de los que á gritos pedían agua, pues exasperado por los padecimientos de su esposa, rendida del cansancio y de devoradora sed, quiso apoderarse de uno de los odres de Wilhelm IX y recibió en medio del pecho una lanzada. Después llegó arrastrando hasta donde yacía su esposa moribunda y espiró á su lado.

Juana estaba sentada junto á Colombaik cuya cabeza sostenía en su regazo y le decía llorando:

— ¿No me oyes ya, hijo mio? ¿no me respondes?

Las lágrimas de la pobre mujer caieron sobre el polvoriento rostro de su hijo, y surcaron también su mejillas bajando hasta sus secos labios. Colombaik, con los ojos entreabiertos, y sintiendo su rostro bañado con las lágrimas de Juana, se llevó maquinalmente las manos

á su mejilla y despues á la boca como si tratase de apagar su sed con las lágrimas maternales.

—Hijo mio, murmuró Juana reparando en el movimiento de su hijo, si mi sangre pudiera volverte á la vida te la diera gustosa.

Y queriendo poner por obra esta idea dijo al cantero :

—Fergan, abre una de mis venas, y tal vez se salvará nuestro hijo.

—En eso mismo pensaba, respondió el cantero, pero yo soy mas robusto que tu, y voy...

El siervo se interrumpió al oír de pronto el rumor que producian unas alas sobre su cabeza; despues sintió agitarse el aire en torno suyo, y alzando los ojos, vió un enorme gavilan negro, con el cuello y el cráneo desnudos de plumas, que se arrojaba lentamente sobre el cadáver del recién nacido que yacia en la arena al lado de sus padres. El ave cogió el cuerpo entre sus garras, y se elevó al espacio con su presa lanzando un grito prolongado.

Juana y su marido, distraídos durante algunos momentos de sus angustias, siguieron con aterrados ojos el vuelo circular del gavilan y vieron despues á lo lejos un peregrino montado en un asno que hacia ellos se dirigia.

—Fergan, dijo Juana al cantero cuya mirada no se apartaba del peregrino que por momentos se aproximaba, si estás tan débil ¿cómo has de dar tu sangre para nuestro hijo? Si morimos ambos ¿quién protegerá á Colombaik? Aun tienes fuerzas para andar y tomarle en hombros; yo no puedo continuar el camino porque mis piés ensangrentados se niegan á sostenerme. Déjame que me sacrifique por mi hijo, y abrirás despues una huesa en la arena, pues tengo miedo de ser devorada por las aves.

Fergan gritó en vez de responder á su mujer :

—Tiéndete en la arena, no te muevas y finge que estás muerta. ¡Nos hemos salvado!

El siervo se tendió entónces de bruces al lado de su mujer.

Oíase ya la respiracion anhelosa del asno del peregrino que se acercaba. El animal estaba rendido de cansancio y andaba lenta y penosamente hundiéndose en la arena hasta las rodillas, y su dueño, que era un hombre robusto y de elevada estatura, vestia una túnica parda y raída, sujeta con una cuerda y cayendo hasta sus piés calzados con sandalias. Se habia levantado sobre la cabeza para librarse del ardor del sol su esclavina cubierta de conchas, y se veia la cruz

de tela roja de los cruzados cosida sobre el hombro derecho. Pendían de la albarda del asno un saco y un odre lleno de agua. Al acercarse á los cadáveres de los padres del niño que habia arrebatado el gavilan, el peregrino dijo en voz baja y como hablando para si:

— ¡Aun mas muertos! El camino de Mahrata está lleno de cadáveres.

Al pronunciar estas palabras, llegó cerca del parage donde estaban tendidos é inmóviles sobre la arena Juana y su marido, y repitió:

— ¡Aun mas muertos!

Y apartando el rostro dió dos golpes con los talones al asno para apresurar su marcha.

Apenas se habia alejado algunos pasos, cuando Fergan se levantó, dió un salto, se montó en las ancas del asno, cogió al viagero por los hombros, le dobló hácia atrás, le obligó á caer de la montura, y poniéndole las rodillas sobre el pecho, le sujetó gritando:

— Juana, hay un odre lleno, atado á la albarda del asno. ¡Tómalo al instante y da de beber á nuestro hijo!

La animosa madre, que no se hallaba en estado de andar, se arrastró sobre las rodillas y las manos hasta el asno, que se habia quedado inmóvil despues de caer su amo, llegó á desatar el odre de la albarda, y volvió hacia su hijo llorando de gozo, arrastrándose otra vez sobre sus rodillas, ayudándose con una mano, llevando en la otra el odre y diciendo:

— ¡Dios mio! ¿llegaré tarde? ¿recobraré mi hijo la vida?

Mientras Juana se apresuraba á dar de beber á su hijo, esperando arrancarle de la muerte, Fergan luchaba vigorosamente con el viajero, cuyas facciones no podia distinguir porque la esclavina se habia arrollado con la caída sobre su cabeza. Aquel hombre, que era tan robusto como el cantero, hacia violentos esfuerzos para desasirse del siervo.

— No quiero hacerte mal, decia Fergan que continuaba luchando con su adversario; mi hijo se muere de sed, tienes agua en tu odre, y la tomo, porque te hubieras negado si te la hubiese pedido.

— ¡Oh! ¡no tener armas para matar á ese perro que me roba el agua! murmuró el peregrino redoblando su energia; te ahogaré, malvado!

— ¡Conozco esa voz! exclamó Fergan, y separando con un brus-

co movimiento los pliegues de la esclavina que ocultaba el rostro del viajero, el siervo exclamó lleno de estupor: ¡Qué veo! ¡Neroweg Peor que un lobo!

El señor de Plouernel se aprovechó del momento de inercia en que dejaba á Fergan la sorpresa, se desasíó de sus brazos, se levantó, y no pensando mas que en su odre, tendió en torno suyo la mirada, y vió á algunos pasos á Juana radiante y llorosa, arrodillada junto á Colombaik, y sosteniendo el odre que el niño tenia cogido entre sus manecitas bebiendo con avidez. El infeliz parecia que volvía á la vida á medida que apagaba su sed devoradora.

— ¡Ese aborto se bebe mi agua! gritó Neroweg VI con furor. ¡Y en este desierto el agua... es la vida!

E iba á arrojarse sobre Juana y su hijo cuando el cantero salió de su estupor, y recobrando las fuerzas, asió entre sus robustos brazos al conde de Plouernel y le dijo:

— No estamos ya aquí en tu señorío, cubierto tú de hierro y yo desnudo: estamos cuerpo á cuerpo y hombre á hombre, en medio del desierto; somos iguales, y te mataré ó me matarás!

Principió entónces una lucha terrible y decisiva entre los gritos de dolor de Juana y de Colombaik que temblaban por un padre y un esposo. El señor de Plouernel tenia una fuerza temible, pero el siervo, aunque debilitado por las privaciones y fatigas, sentia redoblar-se su energía en el odio contra su enemigo. Los dos se estrechaban con furor, adelantando, retrocediendo, mudos, encarnizados, pecho á pecho, cara á cara, lívidos, terribles, espumosos de rabia y palpitantes de ardor homicida bajo aquel cielo abrasado, en medio de densos torbellinos de polvo levantados por sus piés; y Juana y Colombaik, arrodillados, con las manos en cruz, pasando alternativamente de la esperanza al terror, no se atrevían á acercarse á los dos atletas que á intervalos aparecían aterradores al través de una nube de polvo.

De pronto se oyó el sordo estruendo de un cuerpo que cayera en la arena al mismo tiempo que la voz apagada de Fergan.

— ¡Desgraciado de mi! gritaba el siervo ¡Esposa mia! ¡hijo mio!

Estos vieron entónces á Fergan tendido en la arena y luchando en vano contra Neroweg VI Peor que un lobo, que se aprovechaba ferrozmente de la ventaja para ahogar á su adversario.

A los desesperados gritos del siervo llamando á su esposa y á su hijo, Colombaik corrió hácia su padre, se arrojó de bruces, se asió

convulsivamente de la pierna desnuda de Neroweg, y le mordió en la pantorrilla. El conde lanzó un grito al sentir aquel dolor vivo é imprevisto y se volvió bruscamente hácia Colombaik, en tanto que Fergan, libertado de las manos de su señor, se levantó, volvió á luchar con ventaja y logró arrojar en la arena á Neroweg. El siervo llamó entónces en su auxilio á su hijo, pudo atar las manos al conde con una larga cuerda que le servia de ceñidor y las piernas con las correas de sus sandalias, pero conociendo que le habia agotado las fuerzas aquella lucha encarnizada, se arrojó en la arena bañado en sudor al lado de Juana y de su hijo que se apresuraron á acercar á sus labios el odre donde aun quedaba agua, mientras el señor de Plouernel lanzaba al cantero miradas de impotente rabia.

— ¡ Nos hemos salvado ! dijo Fergan cuando apagó su sed y recobró poco á poco sus fuerzas. Economizando el agua que contiene aun este odre, nos bastará para llegar á Marhala; tengo una provision de dátiles en mi zurrón, y este asno os servirá de montura á ti y á tu hijo, pobre Juana, porque no puedes dar un paso. El señor Neroweg, añadió Fergan con aire sombrío, cesará de necesitar muy pronto provisiones y montura.

Y levantándose mientras su mujer y su hijo seguian sus movimientos con mirada inquieta, el siervo se acercó á su señor, el cual continuaba tendido en la arena, retorciéndose á veces bajo sus ligaduras que se esforzaba en vano en romper, y quedando despues inmóvil y aniquilado por sus vanos esfuerzos.

— ¿ Me conoces ? dijo el cantero cruzándose de brazos y bajando los ojos hácia el conde atado á sus piés; ¿ me conoces ? En Galia eras mi señor y yo tu siervo.

— ¡ Tu... malvado !

— Si; soy el nieto de *Den-Brao el Albañil* que tu abuelo Neroweg IV hizo morir de hambre en el subterráneo de tu castillo de Plouernel, y soy pariente de *Bezenecq el Rico*, muerto en los tormentos delante de su hija que se volvió loca de terror. La desdichada recobró la razon antes de espirar y me contó la muerte de su padre; abrí su sepultura en medio de los peñascos que hay junto á la salida del paso secreto de tu castillo.

— ¡ Por el sepulcro del Salvador ! ¿ Es decir que eres tú el que se introdujo en la torre de Azenor la Pálida ?

— Si, en busca de mi hijo, ese niño que ves allí: uno de tus hombres me lo habia robado para entregarlo al cuchillo de tu hechicera.

— ¿Porqué perdí en el juego mi espada que hubiera castigado á este infame? ¡desgraciado de mi! ¡Todo lo perdí... todo! Como no podia mantener á mis hombres de armas, me han abandonado, y estoy solo en este desierto á merced de un siervo vil. ¡Desgraciado de mi! ¿Porqué ha sobrevivido este malvado á tan largo viaje?

— He sobrevivido para vengar en tí el mal que hiciste á los míos. ¡Oh! No es esta la vez primera que un hijo de *Joel el Galo* se encuentra con un descendiente de *Neroweg el Franco...* tus antepasados y los míos se han encontrado durante los pasados siglos. ¡Así lo ordena el destino! Es una guerra á muerte entre nuestras dos familias; y esta lucha continuará tal vez mucho tiempo al través de los siglos.

— ¿Este siervo es el espíritu infernal que evoca lo pasado y vaticina lo venidero?

— Neroweg, soy el demonio de tu raza así como tú eres el de la mía...

— ¡Encontrar aquí á este miserable siervo que me odia á muerte y estar bajo su poder en un desierto de la Siria! murmuraba el señor de Plouernel víctima de un terror supersticioso. Dice que es un espíritu infernal... Si... es verdad. A no ser así ¿cómo me hubiera vencido tan fácilmente á no tener una fuerza sobrenatural?

Y aterrado con esta idea, se encomendó á Dios en fervorosa oración.

— Escucha, Neroweg, repuso Fergan despues de un momento de reflexion, y sin inquietarse por las palabras conjuradoras del conde, el calor es cada vez mas sofocante, aunque el sol se oculta bajo esa neblina rojiza que se alza lentamente hácia el cielo desde todos los puntos del horizonte. Estoy rendido de cansancio, el calor me abruma y sofoca, y no volveré á ponerme en camino con mi esposa y mi hijo hasta que asome la luna. Podremos en tanto hablar de lo pasado...

El señor de Plouernel contemplaba á su siervo con una mezcla de sorpresa, desconfianza y miedo, y Fergan, despues de hablar en voz baja con Juana, se sentó en la arena á cierta distancia de Neroweg VI. La atmósfera iba haciéndose por momentos tan sofocante, que hubiera sido imposible á los viajeros, rendidos, sin aliento y bañados en sudor, ponerse otra vez en camino.

— Neroweg, dijo el siervo con voz grave, en Galia, en tu señoría eras á un tiempo acusador, juez y verdugo de tus siervos, pero

hoy mi señorío es el desierto y eres tú mi siervo. Voy á ser pues acusador, juez y verdugo, y mi acusacion será el relato de mi viaje... Entonces conocerás tal vez que si he arrostrado como otros muchos tantos peligros, ha sido con la esperanza de librarme de tu tiranía y gozar la anhelada libertad. Al partir de tu señorío, éramos tres ó cuatro mil cruzados, hombres, mujeres ó niños, y cada dia iba creciendo el número, de modo que despues de haber atravesado la Galia de occidente á oriente, de Anjou á Lorena, éramos sesenta mil y mas al pasar las fronteras de Germania. Otras tropas de cruzados, no menos numerosas que la nuestra, partian tambien de la Galia, al norte por Flandes, al mediodia por Borgoña ó Provenza, y tomaban como nosotros el camino de occidente. Despues de atravesar la Hungría y la Bohemia, de costear el Adriático hasta Valaquia y de seguir las orillas del Danubio, llegamos á Constantinopla, desde donde entramos en el Asia Menor y desde allí hemos llegado á este pais. ¡Qué viaje, Neroweg! ¿Pero es largo el camino para los pobres siervos descalzos y cubiertos de harapos que andan mil y quinientas leguas para alcanzar la libertad y huir de sus señoríos? ¡Vano afán! Huimos de los señoríos y ellos nos persiguen hasta Palestina. BALDUINO se ha erigido conde de Edesa; *Godofredo*, duque de Bouillon, es príncipe de Tripoli, y la libertad que se nos prometiera huye aqui ante nosotros como en nuestra patria; Maldito sea el destino del el siervo! Nació para ser oprimido, y aunque se ocultara en centro de la tierra, allí le irian á buscar para ponerle la cadena.

—Este miserable ha perdido la razon, murmuró el señor de Plouernel, y tal vez se olvidará de matarme.

—No, Neroweg, nada olvidaré porque no he perdido la razon. Partimos, pues, de la Galia en número de sesenta mil personas, guiados por el ermitaño Pedro, y á pesar del fervoroso esmero con que nuestro gefe trataba de contener los excesos de una multitud ignorante, durante el camino saqueaban, devastaban y pasaban á cuchillo pueblos inofensivos, los bandidos y aventureros que se habian unido á los fieles con objeto de hacer fortuna. Engañados con la duracion del viage, era tal la ignorancia de los mas, pobres siervos, rústicos y embrutecidos, que apenas salíamos de las Galias, preguntaban ya al ver una ciudad:

—¿Es Jerusalem?

—Aun no, respondia el fervoroso ermitaño que creia en su fé noble y santa que las turbas de los cruzados secundarian sus esfuer-

zos. Las naciones extranjeras, aterradas en un principio, se dejaron saquear y acuchillar por los aventureros, pero no tardaron en dar el grito de alarma, y volaron á las armas para esterminarnos, y fué tal la carnicería que hicieron que de las sesenta mil personas que habíamos salido de las Galias, solo cinco ó seis mil llegamos con vida á Constantinopla, y aun este número se redujo á la mitad al atravesar el Asia Menor y la Palestina por los combates, la peste, la sed, el hambre y el cansancio. Entre los que han sobrevivido, unos son siervos de los nuevos señoríos de Edesa, Antioquia ó Tripoli y se ven obligados á cultivar las tierras de los señores bajo el sol devorador de la Tierra Santa, y otros, prefiriendo como yo la libertad á una nueva servidumbre, han espuesto su vida para continuar su marcha hácia Jerusalem. He aquí, Neroweg, como se ha hecho la peregrinación de esos millares de villanos y siervos cuyos huesos forman un largo rastro desde las fronteras de la Galia hasta Palestina. De modo que al huir de tu señorío para librarme de tus verdugos, he tenido que continuar mi camino porque prefería el cansancio, el peligro de la muerte y el hambre á la esclavitud. He aquí, Neroweg, como volvemos á encontrarnos aquí, en este desierto donde me perteneces, como te pertenecía yo en tu señorío... á vida y muerte.

El señor de Plouernel habia escuchado á Fergan con hosco silencio, y murmuró con voz sorda y con concentrada rabia:

— ¡Morir á manos de un siervo!

— Si, vas á morir. Pero quiero gozarme en tu agonía. Oye. El fastidio, la codicia y la ambición de fundar señoríos en Oriente, no la religion, te indugeron á seguir á los cruzados. ¡Qué estúpido has sido, señor altanero! Despues de vender tus tierras, arruinado por el juego y el libertinage, te ves reducido á mendigar. Los que poseen tus bienes se estan riendo ahora de tí en la Galia. Que esta idea te atormente en tu agonía, Neroweg: vas á morir como un mendigo en medio de las arenas de la Siria y tus rivales gozan en tanto de tus bienes. *Peor que un lobo*, ahulla de impotente rabia porque comienza mi venganza.

— ¡Maldigo mi suerte! esclamo con furor el conde de Plouernel. ¿Porque partí de la Galia?

— ¿Porque te dejaste arrastrar por tu vil codicia?

— El cielo me castiga.

— Castigo justo, Neroweg.

— Pero algun dia seré vengado , exclamó el conde. Aun vive mi hijo ; Pobre hijo mio ! ; Pobre Gontran !

Enterneci6 á Fergan la espresion de amor paternal que á pesar suyo se exhalaba del corazon del señor de Plouernel.

— ¿ Amas á tu hijo ? le preguntó.

Neroweg , que continuaba tendido en la arena á los piés del siervo , le lanzó una mirada de odio , y dos lágrimas surcaron su rostro feroz , pero queriendo ocultar su emocion á los ojos de Fergan , volvió bruscamente la cabeza.

Juana y Colombaik se habian acercado al cantero y escuchaban con silencio su conversacion con Neroweg VI cuando este quiso disimular sus lágrimas , pero la sierva lo advirtió y dijo en voz baja á su esposo :

— A pesar de su maldad llora al pensar en su hijo.

Y Colombaik añadió juntando las manos :

— Padre mio , ¿ no ves como llora ? No le hagas mal.

El siervo permaneci6 un momento en silencio , y dijo mirando con incertidumbre á su señor :

— Te estremeces pensando en tu hijo y querias matar el mio ¿ crees acaso que un siervo no tiene como tú entrañas de padre ?

Neroweg VI prorumpió en una carcajada sardónica.

— ¿ De que te ries ? preguntó Fergan.

— Me rio como si un buey de labranza hablase de sus entrañas de padre , respondi6 el señor de Plouernel. Malvado , sino estuviera en tu poder en medio de este desierto , te mataria como á un perro.

— ¿ Un siervo no es para él mas que un irracional ! repiti6 lentamente el cantero. Si , este hombre habla con la sinceridad de su orgullo ; llora á su hijo , y es hombre ¿ pero qué es sin embargo para él un siervo ? Un animal sin corazon , sin razon y sin entrañas. Mas ¿ porqué me asombro ? Nuestra brutal abyeccion justifica ese pensamiento.

Rein6 un momento de silencio.

— Neroweg , añadió Fergan , estás en mi poder desarmado y voy á cumplir con un acto de justicia matándote á palos como un lobo cogido en una trampa. Mereces la muerte , y si tuviera una espada me serviria de ella contra tí , pero lo que acabas de decirme me obliga á olvidar la generosidad. Vas á morir , si , en nombre de los horribles males que tu raza ha hecho sufrir á la mia. Unicamente quiero , co-

mo digno descendiente de Joel, conservar un recuerdo tuyo, hijo de los Neroweg.

Y al decir estas palabras Fergan se inclinó bruscamente hacia el señor de Plouernel, el cual, creyendo que había llegado su última hora, no pudo contener un grito de espanto, pero el siervo arrancó de la esclavina de Neroweg una de las conchas que llevaba en señal de peregrinacion.

Fergan contempló durante algunos momentos aquella concha con ademan pensativo; Juana y su hijo, siguiendo con mirada sorprendida é inquieta los movimientos del cantero, le vieron alzar su túnica harapienta y desatar un ancho ceñidor de rústica tela que sujetaba su cuerpo. Dentro del cinturón se veia la *flecha* legada por EIDIOL á su descendencia, y el cráneo del nieto de IVON EL MONTERO, así como los pergaminos escritos por él, por su hijo Den-Brao y su abuelo Eidiol, el marinero parisiense, piadosas reliquias de familia que llevaba consigo Fergan antes de reunirse con los cruzados. Juntó con estas reliquias la concha que acababa de arrancar de la esclavina de Neroweg VI y volviéndose á atar el ceñidor dijo:

— Ahora... justicia y venganza, Neroweg. Te he acusado, juzgado y condenado, y vas á morir.

Y buscando con la mirada su enorme palo nudoso, lo asió con ambas manos como una maza en el momento que su mujer y su hijo gritaban:

— ¡Perdon!

Pero el siervo se lanzó sobre el señor de Plouernel y le puso un pié en el pecho diciendo á Juana con voz terrible:

— No, no hay perdon. ¿Perdonaron acaso los Neroweg á mi abuelo, á Bezenecq el Rico y á su hija?

El cantero levantó el palo sobre la cabeza de Peor que un Lobo que apretaba los dientes y esperaba la muerte impávido, y que hubiera sucumbido si Juana no hubiese abrazado las rodillas de su esposo gritando con voz suplicante:

— Perdónale por el amor que tienes á tu hijo. ¿Olvidas que á no ser por el agua de este hombre, Colombaik hubiera espirado de sed en este desierto?

Fergan cedió á las súplicas de su esposa, aunque debemos decir en honor á la verdad que tambien le repugnaba matar á un enemigo desarmado. Arrojó, pues, el palo, permaneció un momento sombrío y silencioso, y dijo á su señor:

— Oye : á pesar de tus maldades , eres buen católico y como noble , respetas á veces tus juramentos. Júrame por la salvacion de tu alma y por tu fé de caballero que respetarás desde este instante la vida de mi mujer , la de mi hijo y la mia. No te temo mientras nos hallemos á solas en este desierto , pero si te encuentro en Marhala ó en Jerusalem entre los demás señores de la cruzada , yo y los míos estaremos espuestos á tu venganza. Júrame pues que respetarás nuestra vida , y con esta condicion te perdono la vida y te dejo libre.

— ¡ Qué te preste juramento , siervo vil ! ¡ qué me deshonre con tal baja ! exclamó Neroweg VI.

Y añadió prorumpiendo en una carcajada sardónica :

— Lo mismo seria que prestára juramento de cristiano y de caballero á un animal de labranza.

— ¡ Bien ! exclamó Fergan corriendo á coger el palo que habia arrojado á algunos pasos de distancia cediendo á las súplicas de su esposa ; ¡ vas á morir , Neroweg !

En el momento que el siervo asia el palo , Juana se abrazó con él aterrada y le dijo :

— ¿ Oyes ese ruido que se acerca y que muje como el trueno ?

— Padre mio , gritó Colombaik no menos aterrado que Juana ; mira el cielo ; está rojo como la sangre.

El siervo alzó los ojos y olvidó á Neroweg VI ante un espectáculo extraño y terrible. La órbita del sol , cercano ya del horizonte , era de enorme dimension y aparecia teñido de brillante color de púrpura y sus rayos se extinguian por momentos en medio de una neblina ardiente que iluminaba con fulgar sombrío , y cuyos reflejos inundaron rápidamente el desierto y el espacio. Parecia que se veia tan horrible escena al través de la transparencia de un cristal teñido de color rojo bronceado. Un viento furioso , lejano aun y que barria el desierto , traia con sus mugidos sordos y prolongados una brisa tan abrasadora como la exhalacion de un horno , y bandadas de gaviñanes , huyendo velozmente delante del huracan , caian en la arena donde yacian inmóviles , palpitantes , y exhalando gritos quejumbrosos.

El sol , cada vez mas apagado , desapareció de pronto bajo una inmensa nube de arena rojiza que , ocultando el desierto y el cielo , avanzaba con la rapidez del rayo , empujando ante su soplo de fuego chacales y leones , que pasaban lanzando alaridos y aterrados á algunos pasos de Fergan y de su familia.

— ¡ Estamos perdidos ! exclamó el cantero.

Apenas habia pronunciado el siervo estas palabras de desesperacion, cuando se vió envuelto en un torbellino de arena, fina como la ceniza y espesa como la niebla.

El suelo móvil , abierto , esparcido y azotado por la fuerza irresistible del huracan, dió vueltas y se abismó bajo los piés de Fergan que desapareció con su mujer y su hijo bajo una ola de arena , porque el simoun surcaba , agitaba y alzaba las arenas del desierto como surca , agita y alza la tempestad las olas del Océano.

CAPITULO III.

El palacio del emir de Marhala — La reina de los truanes y Yolanda — Una orgía — Desesperacion del duque de Aquitania.

La ciudad de **MARHALA**, como todas las ciudades de Oriente, se componia de calles angostas, tortuosas, con edificios blanqueados con cal y sin ventanas, y únicamente la cúpula de alguna mezquita ó la copa de alguna palmera plantada en medio de los patios interiores, interrumpian la uniformidad de las líneas rectas formadas por los terrados con que terminaban todas las casas. Hacia quince dias que la ciudad de Marhala, habia caido tras un sitio sangriento en poder del ejército de los cruzados mandados por **BOEMUNDO**, príncipe de Tarento, y las murallas de la ciudad, medio desmanteladas por las máquinas de guerra, solo presentaban en algunos puntos montones de escombros de los que salia un hedor pestilencial causado por la putrefaccion de los cadáveres de los sarracenos heroicamente sepultados bajo los escombros de sus murallas.

La puerta de *Agra* habia sido uno de los puntos mas vivamente atacados por una columna de cruzados á las órdenes del libertino **Wilhem IX**, duque de Aquitania, y cerca de esta puerta se alzaba el palacio del emir de Marhala, muerto en el sitio de la ciudad.

Wilhem IX, segun las costumbres de las cruzadas, habia clavado su bandera despues de la victoria sobre la puerta del palacio, tomando de esta suerte posesion del edificio.

Se ocultaba el sol, y *Gertrudis*, una vieja arrugada, de nariz de ave de rapiña, de barba puntiaguda y vestida con una túnica sarracena procedente del saqueo, estaba recostada en un rico almohadon en una de las salas bajas del palacio del emir. Acababa de decir á una persona invisible:

— Que entre esa muchacha.

La muchacha entró: era **Marta**, la querida del rey de los truanes con quien habia partido de Galia para la Palestina. La tez de la jóven, tostada por el sol, hacia resaltar la blancura de sus dientes, el carmin de sus labios y el ardor de sus miradas. La espresion de su lindo aspecto presentaba el jovial descaro que tenia ya en su patria, pero lo aumentaba su trage medio masculino, pues un turbante de vieja

tela amarilla y encarnada ocultaba casi sus negros y abundantes cabellos, le servia de saya ancho albornoz de seda verde con bordados, despojo de un sarraceno é inmensamente ancho, llevaba por cinturón un pedazo de rica tela, cubrian sus piés unas viejas sandalias y sostenia en la punta de un palo un paquete de ropa.

Cuando entró en la sala dijo á la vieja con desembarazo y con tanta franqueza como si hiciese muchos años que la conociera.

— Estaba en la plaza donde vendian despojos á pública subasta. Una buena vieja reparó en mi, y despues de mirarme con detencion me dijo: «Me pareces una buena muchacha; ¿quieres trocar tus harapos por un rico vestido y vivir alegramente en un palacio? «Sígueme.» Seguí á la vieja y aqui me teneis.

— Veo que no te falta travesura.

— Asi me lo decian ya cuando era niña.

— Lo creo. Me gustas, y te tomo bajo mi proteccion.

— Acepto. Pero me parece que os he visto en otra parte.

— Lo creo.

— ¿No teniais una taberna en Antioquia?

— Es cierto.

— ¿Cuanto dinero ganabais allí! ¿cómo atraiais á los cruzados, no con el vino, sino con vuestras lindas protegidas!

— ¿Y qué hacias en Antioquia?

— Estaba enamorada.

— No lo dudo. Pero ¿de quién?

— De un rey.

— ¿Te chanceas? No hay ningun rey en la cruzada.

— ¿Olvidais al *rey de los Truanes*?

— ¿Qué dices, niña? ¿El rey de esos vagos, de esos bandidos que siguen á los cruzados sin obedecer á ningun gefe y que cometen tantas maldades?

— El mismo. Antes que fuese rey de los Truanes le amaba ya en mi pais bajo otro nombre y otra posicion menos elevada.

— ¿Porqué le has dejado?

— ¿Qué quereis? Disputamos un dia, y en mi enojo, dejé al rey de los truanes por un duque.

— ¿Duque de tunos?

— No, un verdadero duque; Wilhem IX.

— ¡El duque de Aquitania!

— Si. El duque que tanto horror tiene á las judias. Es un amante

á quien se engaña facilmente. Cuando una teme que otra mujer le pueda enamorar, con solo decir es judia, consigue que el galante duque la odie y la desprecie.

— En efecto, Wilhem IX tiene fama de enemigo encarnizado de los judios, y su odio se estiende hasta las judias hermosas. Si amas al duque, voy á darte una buena noticia.

— ¿Cuál?

— Estás en el palacio del duque de Aquitania. Pertenece al emir de Marhala y Wilhem clavó en él su pendon cuando los cruzados tomaron por asalto esta ciudad. Hoy dá un festin á varios caballeros, tan distinguidos como él en aventuras amorosas, y que mas que á conquistar el sepulcro del Señor, han venido á Palestina con intencion de conquistar hermosuras.

— ¿Y no se quejará al verme Azenor la Pálida?

— Azenor no saldrá de su aposento é ignora la fiesta que se prepara. Interumpió la conversacion de la vieja y de la reina de los truanes una jóven miserablemente vestida que acababa de entrar en la sala.

— ¿Tambien tu estás aqui, Yolanda? dijo la bulliciosa reina. Veo que se han dado cita en Marhala todas las antiguas amigas del duque.

Yolanda conservaba su hermosura, pero hacia mucho tiempo que su fisonomía habia perdido aquella candidez que le daba tanto atractivo cuando ella y su madre suplicaban á Neroweg VI que no las despojase de sus bienes, y su mirada, ya osada, ya sombría, segun se olvidaba de su degradante situacion ó se avergonzaba, manifestaba al menos que conocia su envilecimiento.

Yolanda se detuvo turbada al ver á la reina de los truanes, pero esta le dijo con acento de reproche leyendo en las facciones de la noble jóven una espresion de inquietud y de desprecio:

— No estabas tan orgullosa cuando á diez leguas de Antioquia impedí que perecieras de sed y de hambre. Haces alarde de virtuosa y vienes á este palacio como yo, como una aventurera.

— ¡Ah! ¿porqué partí de la Galia? dijo Yolanda con doloroso abatimiento. Reducida á vivir en la miseria con mi madre, no hubiera sucumbido al menos á la ignominia... no seria una vil cortesana. ¡Maldito seas, Neroweg, que al despojarme de la herencia de mi padre fuiste la causa de mis desgracias y de mi deshonra!

Y no pudiendo reprimir el llanto, se ocultó el rostro entre las ma-

nos, mientras la vieja, que la habia mirado con detencion, dijo en voz baja á la reina de los truanes:

— Esta jóven es buena y hermosa, y me honrará cuando la haya vestido con lujo porque ahora parece una mendiga. ¿La conoces?

— Salimos juntas de la Galia, yo del brazo de Rompe lanzas y Yolanda á caballo con su amante Euchero. El pobre jóven murió en Bohemia en una escaramuza contra aquellos salvages, y Yolanda quedó viuda y desconsolada; pero como en un viaje tan largo y tan peligroso como el nuestro, una viuda necesita apoyo, su belleza le atrajo las miradas de varios caballeros, y de esta suerte fué á parar á las manos del duque de Aquitania. Sin embargo, Wilhem se cansó de protegerla á los ocho dias...

— ¡ Es tan inconstante el duque !

— Fué no obstante quince dias su fiel caballero.

— Es en efecto asombrosa tanta fidelidad. ¿ Y qué hizo despues la pobre niña ?

— Lo ignoro. Solo recuerdo que un dia la encontré en el camino de Trípoli espirando de hambre, de sed y de cansancio...

— Y me socorríste con generosidad, dijo Yolanda que habia escuchado en silencio el relato de la reina de los truanes.

— No me costó grandes esfuerzos, porque viajaba en una magnífica mula y tenia á mi disposicion criados y provisiones.

— ¡ Qué desgraciadas somos !

— Dejate de lamentaciones, Yolanda. ¿ Somos acaso las únicas que llevamos esta vida de aventuras ? ¡ Cuantas castas esposas, cuantas tímidas doncellas que siguieron á sus esposos ó á sus padres á la cruzada, se han visto separadas de ellos en tan peligroso viaje y han tenido que recurrir á tan miserable estado !

— ¿ Perdiste tambien á tu amante ?

— ¡ Perdí á mi rey... á mi Rompe lanzas !

— ¿ Ha muerto ?

— No murió como el tuyo. El infame despreció el amor por la gloria.

— ¡ Pobre Euchero ! dijo Yolanda cuyos ojos inundaron las lágrimas. ¡ Qué bellos eran nuestros primeros dias de amor y libertad !

— Niñas, dejad á un lado los lloriqueos, dijo la vieja, y advertid que las lágrimas afean. Olvidad lo pasado y no penseis mas que en vivir con alegría.

La vieja que habia introducido en el palacio á la reina de los trua-

nes y á Yolanda entró entónces riendo á carcajadas y dijo á su compañera :

— ¡ Feliz hallazgo , Gertrudis !

— ¿ Porqué te ries así ?

— Despues de enviarte esta muchacha , respondió la vieja designando á Yolanda, volví á echar mi anzuelo en la plaza del mercado, y encontré...

La risa no le permitió continuar.

— ¡ Acaba !

Pero la vieja , en vez de responder , desapareció un momento detrás del cortinaje que ocultaba la puerta de la sala, y volvió á entrar riendo y seguida de Juana la Jorobada que apenas podia dar un paso y que llevaba de la mano á Colombaik , no menos abatido que su madre por las privaciones y el cansancio. La pobre mujer tenia efectivamente un aspecto capaz de escitar la risa , porque sus largos cabellos destrenzados caian sobre sus hombros llenos de polvo como su seno , sus brazos desnudos y sus piés descalzos, y no llevaba mas vestido que unos harapos atados sobre la cintura con una cuerda de esparto y presentando su deformidad con toda su desnudez. Juana se habia quitado los harapos que formaban su justillo para envolver los piés de Colombaik que estaban despedazados y sangrientos por su largo viaje al través de la arena abrasadora del desierto. La mujer del cantero seguia á la vieja sin atreverse á levantar los ojos.

— ¿ Para qué me traes este monstruo ? dijo Gertrudis á su compañera.

— He tenido una idea feliz , respondió la otra vieja. La vestiremos lujosamente , y hará el papel de bufon en el banquete.

— ¡ Escelente proyecto ! exclamó Gertrudis acompañando á la vieja en su desapiadada risa. ¡ Cómo van á divertirse los convidados del duque !

Las dos viejas continuaron su conversacion en voz baja y lanzando á intervalos ruidosas carcajadas.

— ¿ No habitabais , buena mujer , en la Galia una de las aldeas inmediatas á Anjou ? preguntó Yolanda á Juana.

— Si , respondió esta con voz débil ; de alli partimos para la cruzada.

— Tambien yo recuerdo esa figura ridícula , dijo la reina de los truanes riendo.

— ¿ Tienes valor de burlarte de una madre delante de su hijo ?

dijo Yolanda á su compañera de envilecimiento.

La reina de los truanes cesó de reir, y permaneció silenciosa en tanto que Yolanda decia á Juana con bondad:

— ¿Porqué os habeis decidido á venir á este palacio?

— Acababa de llegar á esta ciudad con otros peregrinos, salvados por milagro de un huracan que sepultó hace quince dias centenares de viajeros en las arenas del desierto, y estaba sentada en la sombra de una pared llorando con mi hijo, cuando esa mujer me dijo con cariño despues de mirarme con atencion:— Tú y tu hijo pareceis rendidos de cansancio. ¿Quieres seguirme? Te llevaré á casa de una noble y caritativa dama que cuidará de tí y de tu hijo.— Era para mí una dicha tan inesperada, añadió Juana, que creí en sus palabras y la seguí.

— Habeis caido en un lazo odioso, porque quieren hacer de vos un juguete, dijo tristemente Yolanda en voz baja. ¿Habeis oido lo que decian esas mujeres?

— No me importa: sufriré todas las humillaciones y todos los desprecios si dan pan y abrigo á mi hijo, respondió Juana con acento animoso y resignado. ¡Oh! todo lo sufriré con condicion de que mi pobre hijo pueda descansar algunas horas y recobrar las fuerzas y su salud, porque ahora le amo mucho mas que antes...

— ¿Porqué?

— Porqué á nadie mas que él tengo en el mundo.

— ¿Habeis perdido á su padre?

— Se quedó sepultado en la arena, respondió Juana y no pudo contener las lágrimas al recordar á Fergan. Cuando el huracan nos sorprendió en el desierto, quedeme ciega y ahogada por el torbellino, y mi primer movimiento fué abrazar á mi hijo. El suelo se hundió entónces á mis piés y perdí el sentido.

— ¿Y cómo habeis podido llegar á esta ciudad, pobre mujer? dijo la reina de los truanes interesada por tanta dulzura y resignacion. ¡Es tan largo el camino al través del desierto!

— Cuando recobré el sentido, respondió Juana, estaba acostada en un carro con mi hijo al lado de un anciano que vendia á los cruzados algunas provisiones; se habia compadecido de mí y de mi hijo al encontrarnos moribundos y medio sepultados bajo la arena. Mi marido sucumbió tal vez porque el anciano me dijo que no habia visto otras víctimas al lado nuestro cuando nos recogió. Con su auxilio hemos continuado una gran parte del camino sin cansancio,

pero el mulo que tiraba del carro de aquel anciano caritativo murió á diez leguas de Marhala, y obligado mi protector á quedarse en el camino y á abandonar á los peregrinos, fué asesinado queriendo defender sus provisiones contra los rezagados. Todo se lo robaron sin hacernos daño alguno, y les seguimos con el temor de estraviarnos. Llevaba á mi hijo sobre la espalda porque no podia dar un paso, y de este modo hemos llegado á esta ciudad.

— ¿Porqué os desesperais? dijo Yolanda. Tal vez se habrá salvado vuestro marido como vosotros...

— ¡Ah! si se salvó de la muerte tal vez se vió en otro peligro, porque el señor de Plouernel...

— ¡El señor de Plouernel! exclamó Yolanda interrumpiendo á Juana ¿Conoccis á ese infame?

— Eramos siervos de su señorío: partimos del país de Plouernel al seguir á los cruzados, y la casualidad nos hizo encontrar con el conde pocas horas antes del huracan. Mi marido combatió con él...

— ¿Y no le mató?

— No, porque intercedí por él.

— ¡Interceder por Neroweg Peor que un lobo! exclamó Yolanda con esplosion de cólera y de odio. No soy mas que una débil mujer... pero no tendria remordimiento en asesinarle.

— ¿Qué mal os ha hecho?

— Me despojó de la herencia de mi padre, y de baldon en baldon he llegado á ser la compañera de la reina de los truanes.

— ¿Nunca dejarás de ser orgullosa? dijo la reina de los truanes, ya no eres la noble Yolanda.

— Tienes razon, respondió la jóven con triste y amarga sonrisa; soy menos que tú puesto que eres mi reina.

— Hijas mias, dijo Gertrudis acercándose á las jóvenes, anochece y es preciso que vayais á engalanaros. Y tú, buena pieza, añadió la infame vieja dirigiéndose á Juana y riendose á carcajadas, prepárate para adornarte, lavarte y perfumarte que bien lo necesitas.

— ¿Dareis de comer á mi hijo? ¿Le permitireis que descanse algunas horas?

— No tengas cuidado por tu hijo, porque tanto tú como él estareis aqui servidos como reyes.

— ¡Ah! exclamó Juana; el cielo me envia tanta dicha.

— Serás recompensada generosamente como representes con gracia el papel que te reservo esta noche.

El patio interior del palacio del emir de Marhala ofrecia aquella noche un golpe de vista sorprendente. En cada uno de sus cuatro costados se estendia una ancha galeria de ojivas moriscas sostenidas por columnitas de mármol de color de rosa, y entre cada columna grandes vasos de alabastro oriental llenos de flores servian de base á candelabros dorados donde se veian antorchas de cera perfumada. Mosaicos de variados colores cubrian el pavimento de las galerias; sus artesonados y sus paredes desaparecian bajo arabescos blancos y oro saliendo de un fondo de púrpura, y blandos almohadones de seda se apoyaban en las paredes, donde se abrian varias puertas ojivales cubiertas por espléndidos cortinajes con franjas de perlas y que conducian á los aposentos interiores. Jaulas de verjas de oro y cubiertas de plata encerraban rarísimas aves de Arabia, sobre cuyo plumaje reberveraban el zafiro, el rubi y la esmeralda, y en medio del patio un surtidor, que salia de una ancha concha de pórfiro, volvía á caer en brillante lluvia, y hacia hervir y rebosar continuamente el agua cristalina que caia en un gran receptáculo cuyo revestimiento de mármol servia de zócalo á enormes candelabros dorados semejantes á los de los vasos de las galerias. Aquella fresca fuente radiante de luz servia de adorno central á una mesa redonda y baja colocada en derredor del receptáculo y cubierta con un mantel de seda bordada, donde brillaba al resplandor de las antorchas la espléndida vajilla de oro y plata traída de Galia por el duque de Aquitania y aumentada con todos los despojos ganados á los sarracenos: eran copas adornadas de pedrerias, grandes ámforas de plata llenas de rojo nectar de Chipre ó de Grecia, y muchos platos de oro donde se ostentaban la púrpura y el azul del plumaje de los pavos reales de Fenicia y los faisanes de Asia, pues los siervos cocineros de Wilhem IX los habian adornado, despues de cocerlos, con sus alas y colas cubiertas de pluma. Veíanse además manjares mas sustanciosos que estas aves, como cuartos de antilopes y carneros de Siria, jamones de Bizancio, y á intérvalos altas pirámides de frutas de aquellos climas alzándose de grandes fuentes de plata.

Formaba la bóveda el cielo estrellado, y la noche era tan tranquila y serena que ni el mas leve soplo de viento agitaba la llama de las antorchas.

En tanto que reinaban en el firmamento la calma y la serenidad, estallaba el tumulto de la orgia en aquella mesa suntuosa, en torno de la cual estaban sentados en anchos almohadones los convida-

dos de Wilhem IX. Todos eran aventureros y libertinos como su amfitrión, indignos compañeros de los Godofredos y otros piadosos guerreros de la cruz, pues no habían partido como ellos á Palestina con el afán de rescatar el Santo Sepulcro, sino para continuar en las comarcas de Oriente la vida desordenada que habían llevado en la Galia. Los prelados y nobles que seguían la cruzada habían hecho desesperados esfuerzos para conducir á una buena senda á la turba de impíos aventureros que denigraban con sus desórdenes y excesos la santa empresa, pero Wilhem y los que le imitaban se arrepentían por algunos días al oír las reprensiones de los sacerdotes, pero luego volvían á caer en el libertinaje para baldón de la cruzada.

Aquellos alegres convidados se habían sentado á la mesa al anocheecer y era ya media noche, y gastados ya por las costumbres orientales, en vez de permanecer armados desde el alba hasta la noche como en la Galia, habían trocado sus armaduras por anchos vestidos de seda. El duque de Aquitania, cuyos cabellos flotaban sobre una túnica de paño de oro, llevaba según la moda antigua, una corona de rosas mustias con los vapores del festín, y Azenor la Pálida, cuyos labios brillaban con el más vivo carmín, estaba sentada al lado de Wilhem y engalanada con lujo. Las pedrerías de sus brazaletes y sus gargantillas brillaban en su cuello y en sus brazos, pero estaba sombría, abatida y pensativa en medio de la ruidosa orgía y su distraída mirada vagaba con expresión siniestra en torno del patio como si el festín fuese para ella un espectáculo extraño.

No repetiremos los diferentes diálogos que se cruzaban en la mesa y cuyas palabras ofenderían los oídos castos. ¿Qué prudencia podía reinar en un banquete donde el vino caía á torrentes desde las ámforas á las copas?

Durante el festín se habló varias veces de las bellezas judías que algunos caballeros celebraron, pero Wilhem dijo al señor de Radulfo que le preguntaba si creía que eran sus semejantes el sarraceno y el judío:

— El sarraceno... tal vez, pero el judío es para mí un objeto de odio y horror.

Azenor la Pálida, que por un momento estuvo más atenta y sombría, no apartaba los ojos de su amante mientras expresaba la repugnancia invencible que le inspiraban los judíos.

— Creo, continuó el duque, que la raza judía es tan poco semejante á la nuestra, que aunque soy un libertino, sino hubiera en el

mundo mas que una muger, y esta muger fuese hermosa como Azenor... seria mas casto que un cenobita.

— Soy de tu misma opinion, Wilhem, dijo el señor de Hautpoul en tanto que Azenor se sonreia con siniestra amargura.

— Si la judia es linda, replicó otro caballero vaciando la copa ¿qué importa? Y por otra parte, si se ignora que es judia...

— ¡ Si se ignora! dijo el duque ¡ Dios me libre de semejante engaño! ¡ Una judia es un animal inmundo!

— No creo que las judias sean animales inmundos cuando son judias, dijo el señor Rodulfo, y son hermosas...

— ¡ Son judias! dijo Wilhem con ímpetu é interrumpiendo al cruzado. Con eso está dicho todo.

— Tu repugnancia raya ya en mania, contestó Rodulfo, y extraño que un hombre incrédulo como tú, un poeta, cuyos versos eróticos é impíos se cantan en toda la Aquitania, incurra en una supersticion tan ridícula.

— Rodulfo, gritó Wilhem con las mejillas inflamadas por la ira, eres mi huesped, pero te responderé que quien se atreve á sostener en mi presencia que una judia es muger...

— ¿ Qué responderás?

— ¡ Qué quién tal dice... es un perro!

Rodulfo, al oir esta ofensa, se levantó bruscamente y cogió una ámfora para lanzarla al rostro de Wilhem, pero sus amigos le contuvieron mientras decia con ira:

— Duque de Aquitania, te reto á espada y puñal: te espero mañana debajo de las murallas de Marhala. Abi tienes mi guante.

Y se lo arrojó al duque que lo recogió diciendo:

— Acepto el desafio.

Reinó un momento de silencio.

Aquellos combates eran tan frecuentes entre los francos que no causaban emocion alguna, y unicamente Azenor la Pálida manifestó el mas vivo interés durante la disputa, pues á pesar de sus esfuerzos, brillaron dos lágrimas en sus ojos cuando oyó las denigrantes palabras que dirigia su amante á Rodulfo.

Pronto volvió á reinar, sin embargo, la alegria y las carcajadas y los chistes hicieron olvidar la desagradable escena que acababa de turbar la orgía.

— ¡ Ola! escuderos, dijo el duque, traed dados, ajedrez y mi cofrecillo de oro. Quiero ganar todo el dinero á mis huéspedes.

— ¡A jugar! ¡á jugar! gritaron los caballeros.

Ejecutaronse las órdenes del duque, que habló al mismo tiempo en voz baja á un escudero y cuyas palabras llegaron á los oídos de Azenor la Pálida, quien con las facciones descompuestas por la angustia de los celos, cogió con mano convulsiva el brazo de su amante que abría en aquel momento una caja llena de oro.

— Wilhem, dijo con voz sorda y alterada, he oído que mandabas á ese escudero que introdujese mas mujeres.

— Es cierto.

— ¿Qué mujeres son esas?

— ¿Qué te importa?

— ¿Has convertido acaso tu palacio en casa de prostitucion?

— Quiero obsequiar á mis huéspedes.

— ¡Infame!

— ¡Celosa!

— Teme mi ira, Wilhem... No me obligues...

— ¿No sabes que solo á tí te amo?

Entraron entónces varias mujeres que al compás de una música armoniosa bailaron en torno de la mesa dejando asombrados á los huéspedes del duque.

Tambien estaba entre ellas Juana la Jorobada vestida con un traje ridículo y escitando universales carcajadas. La pobre madre se habia prestado á aquella humillacion para dar un momento de descanso á su hijo.

Cuando Azenor la Pálida vió que el duque de Aquitania reconocia á Yolanda y á la reina de los truanes y que se dirigia hácia ellas con rostro risueño, se levantó con furor celoso y resuelta á vengarse de su infiel amante.

En medio del estruendo, y cuando un franco se atrevia en su embriaguez á poner su mano sobre los hombros de la pobre Juana la Jorobada dirigiéndola palabras obscenas, entró en el palacio un hombre medio desnudo y lanzando golpes terribles con su nudoso palo á los escuderos que le impedían la entrada.

— Juana... Colombaik ¿dónde estais? dijo Fergan el Cantero precipitándose en medio de la orgia con aspecto amenazador y terrible.

— ¡Fergan! ¡padre mio! gritaron á un tiempo Juana y Colombaik.

El siervo hizo al oírles un esfuerzo desesperado para abrirse paso, llegó hasta dónde estaban su esposa y su hijo, repartiendo á

derecha y á izquierda palos tan terribles que dejó aterrados á los caballeros, y estrechó contra su corazon apasionadamente á los objetos queridos que creia haber perdido para siempre.

Los escuderos acudieron levántandose del suelo, y casi sin aliento dijeron á los señores:

— Estabamos en la puerta de la calle jugando á los dados, cuando se acercó este loco y nos preguntó si habian traído al palacio una mujer jorobada y un niño. Le respondimos que sí, y entónces penetró á pesar nuestro entrando hasta aqui atraído por vuestras carcajadas.

— ¡ Es preciso ahorcarlo al momento ! dijo Rodulfo.

— ¡ Qué muera ! gritaron todos.

Varios señores se precipitaban sobre Fergan, cuando se oyó á lo léjos el sonido de los clarines y rumor de voces lejanas que gritaban:

— ¡ A las armas ! ¡ Los sarracenos ! ¡ á las armas !

Y no tardaron en entrar algunos guerreros del duque de Aquitania con la espada desnuda en la mano y gritando:

— Los sarracenos se han aprovechado de la noche para sorprender la ciudad, y acaban de introducirse cerca de la puerta de Agra por la brecha que hicimos en el asalto. Se combate ya en las murallas. ¡ A las armas, señores, á las armas ! ¡ A las armas, duque de Aquitania !

Apenas acababan de pronunciar los guerreros el nombre del duque cuando apareció Wilhem IX en medio del tumulto causado por el anuncio del inesperado ataque, pero su vestido estaba en desorden, y salia de uno de los aposentos que daban á la galería, pálido, aterrado, gritando y estrujando entre sus manos un pergamino.

— ¿ Qué tienes ? le preguntaron.

— ¡ Desdichado de mi... desdichado ! gritaba el duque.

— ¿ Qué sucede ?

— ¡ Una judia ! ¡ una judia !

— ¡ Armate, Wilhem ! le dijeron sus compañeros. ¡ Los sarracenos atacan la ciudad !

— ¡ Corramos á las murallas !

— ¡ A las armas !

Pero el duque repetia con terror:

— ¡ Una judia !

Y con la mirada fija, la frente bañada en frio sudor y pareciendo

que no oía ni veía á sus compañeros de guerra, continuó murmurando palabras incoherentes y lanzando prolongados suspiros.

Sentóse abatido en un almohadon, y dijo á Rodolfo que se habia acercado con interés:

— ¡ Estoy perdido !

— ¿ Qué te sucede , Wilhem ?

— ¡ Dios mio , tened piedad de mi !

— ¿ Porqué estás tan desesperado ?

— Azenor la Pálida me ha seguido cuando entraba en ese aposento con la reina de los truanes...

— ¡ Acaba !

— Y me ha dicho : « Soy judia : si lo dudas , haz que te lean este pergamino escrito en hebreo. » Mirad el pergamino fatal. ¡ Estoy perdido ! ¡ Dios mio , tened piedad de mi ! Me arrepiento ¡ Una judia ! ¡ una judia ! ¡ Oh ! ¡ perecerá en las llamas esa mujer infame !

CAPÍTULO IV.

Los truanes profanando los cadáveres.—Hospitalidad sarracena.—La toma de Jerusalén.

El sol apareció sobre la llanura que rodea la ciudad de Marhala, intrepidamente atacada durante la noche por los sarracenos y defendida con valor por los cruzados. Los infieles, confiados en su audacia mas que en su número é inflamados de patriótico heroismo, sucumbieron en el asalto á escepcion de unos pocos, de modo que las cercanias de la brecha de la muralla, cerca de la puerta de Agra, por la cual intentaron los sarracenos sorprender la ciudad, desaparecian bajo montones de cadáveres, y bandadas de gavilanes revoloteaban ya sobre tan abundante carniceria sin atreverse á lanzarse á celebrar el rico festin.

Los mendigos y aventureros que seguian la cruzada y que, organizados en una banda con su rey y sus dignatarios, cometian mil excesos que no podian evitar los guerreros, examinaban los cadáveres, les despojaban de sus vestidos y hasta abrian sus entrañas creyendo encontrar en ellas alguna moneda ó alhaja preciosa.

Todos obedecian á su gefe y á su senescal, los cuales habian sido siervos del señorío de Plouernel: llamábase el primero que ostentaba sacrilegamente el título de rey, Corentin Rompe Lanzas, y el segundo era aquel villano que habia dado muerte á Garin Traga-servos cuando se predicára la cruzada en la aldea de Fergan el Cantero.

El rey de los truanes y su senescal manifestaban una rara destreza en despojar los cadáveres. Acababan de coger por los piés y por la cabeza el cuerpo de un sarraceno, cuyo rostro, su vestido despedazado y los cadáveres de varios cruzados tendidos en torno suyo, indicaban la resistencia encarnizada de aquel guerrero.

—Este perro, dijo el rey de los truanes, era sin duda un gefe. ¿No ves que hermoso albornoz verde lleva? Lástima que esté tan estropeado, pues hubiera servido para Marta.

—¿Aun piensas en ella? dijo el senescal ayudando al gefe á desnudar al sarraceno, pero recurriendo al cuchillo cuando la rigidez cadavérica impedia sacar el vestido de entre los miembros.

—¿Qué puede hacer un rey sin su reina? respondió el bandido

sonriendo. Haz un paquete con estos vestidos. Auaque están rotos, encontrarán compradores en la plaza del mercado de Marbala... Ahora que hemos sacado la cáscara de este fruto de la Siria, añadió designando al muerto, abrámosle y veamos si esconde dentro preciosas pepitas, como monedas de oro y diamantes. Dame el cuchillo y voy á afilar con el mio que ha perdido el filo abriendo el cuerpo de ese sarraceno de barba cana ; que cartílagos tan duros tenia el maldito!

Y mientras su senescal hacia un paquete con los vestidos, el rey de los truanes afilaba el cuchillo lanzando miradas de triunfo á los cadáveres de que estaba rodeado.

— He aqui las ventajas del que madruga. Los cruzados se han acostado despues de su combate nocturno, y cuando vengán á despojar los muertos no encontrarán ni una hilacha.

— Gran rey, es fácil madrugar cuando no se duerme en toda la noche, y por eso hemos llegado á tiempo para hacer nuestro agosto.

— ¿ Me acusareis, truanes, porque os he traído del castillo de Jafa? ¿ Qué hacemos alli? Recorrer diez y doce leguas en medio de arenas ó peñascos para hallar alguna comitiva de viajeros que, en vez de dejarse robar sin resistencia, nos diezmaban y salían de entre nuestras garras sin dejar un cabello.

— Hablas como un sabio, gran rey, porque mientras estuvimos en aquel maldito castillo solo dimos dos golpes felices, y aun en los dos volvimos bien apaleados.

— Eres muy charlatan, senescal, y mas te valiera que en vez de abrir tu boca de la que solo salen palabras vanas, abrieras la de este sarraceno de la que saldrán quizás hermosas monedas de oro ó diamantes de Basora.

El rey de los truanes cogió la cabeza del cadáver entre las rodillas en tanto que su senescal se esforzaba en separarle las mandíbulas que estaban muy contraídas, y no pudiendo conseguirlo, dijo á Corentin:

— Este perro infiel estaria rabioso al morir porque tiene los dientes apretados como si fueran de hierro.

— Introduce la hoja del cuchillo de plano y da despues una vuelta sobre el filo, ya verás como le abres entónces las mandíbulas y puedes registrar la boca con los dedos.

En tanto que el senescal continuaba su investigacion sacrílega segun los consejos del rey de los truanes, este decia sonriendo con cruel ironia:

— ¡Picaros sarracenos! No os valdrá el ardid de ocultar en las mejillas y hasta de tragaros las monedas y las piedras preciosas.

— ¡Nada! dijo el senescal con enojo; no tiene nada en la boca.

— ¿La has registrado bien?

— Si, por todos lados. Presumo que durante el combate de esta noche algun astuto cruzado habrá apretado el cuello á este sarraceno en el momento de espirar, y le habrá obligado de este modo á escupir el oro que ocultaba en la boca ¿Quién sabe? ¿Si se lo habrá tragado?

— De todo es capaz este infame. Registremosle el tragadero, y si no hallamos nada allí pasemos al pecho y al vientre.

Dicho y hecho. Aquellos dos monstruos hicieron en el cadáver una espantosa carniceria y su feroz codicia quedó satisfecha porque, tras las profanaciones que nos repugna describir, sacaron de las entrañas del cadáver tres diamantes, un rubí y cinco pequeñas monedas de oro.

Mientras aquellos dos truanes terminaban su diseccion, se alzó una humareda negra, densa y nauseabunda de una hoguera que los demas truanes habian hecho con ramas de encina verde y terebinto, madera cuya combustion es muy pronta, porque ellos, en vez de abrir los cadáveres, los quemaban para buscar entre la ceniza el oro y las piedras preciosas que podian haberse tragado los sarracenos.

Cuando terminaron tales monstruosidades, los truanes se dirigieron á una fuente inmediata á lavar sus cuerpos manchados de sangre, se repartieron despues el botin compuesto de armas, trages y calzados y entraron en la ciudad por la puerta de Agra.

Fergan el Cantero, felizmente libertado del furor de los convidados del duque de Aquitania con el ataque imprevisto de los sarracenos, se habia aprovechado del tumulto para salir del palacio del emir con Juana y Colombaik, y mientras los cruzados corrian á las murallas de la puerta de Agra, el siervo se alejó del lugar del combate que apenas duró una hora. Habiéndose restablecido la tranquilidad en Marhala pocos instantes antes de amanecer, Fergan entró en una de esas numerosas tabernas comunmente establecidas despues de la toma de las ciudades en algunas casas sarracenas por las gentes que seguian al ejército, y con grande asombro de Juana, sacó del ceñidor una moneda de oro que cambió por otras de plata para pagar el alquiler de su aposento. Cuando se vió solo con su fami-

lia pudo desahogar su cariño y contar como , despues de haber sido separado de los suyos y arrojado léjos de ellos por el huracan , se habia encontrado medio sepultado debajo de la arena y sin conocimiento ; que cuando llegó la noche , salió de su letargo con un agudo mordisco que recibió en el hombro : era una hiena que escarvando con sus patas la arena bajo la cual Fergan iba sin duda á parecer , queria devorarle creyéndole cadáver , pero que huyó al verle incorporarse. El siervo , libertado de este modo de un doble peligro , vagó durante la noche oyendo los abullidos de las hienas. Al amanecer vió medio devorados los restos de Neroweg VI. Tal fué el fin del señor de Plouernel...

Fergan , despues de buscar en vano á su esposa y á su hijo , les creyó perdidos para siempre y siguió el camino que le indicaban los esqueletos humanos , y al cabo de algunas horas de marcha , encontró los restos del cadáver de un *señor* á juzgar por las riquezas de su traje hecho girones por las fieras. Veiase entre aquellos girones una bolsa bordada y llena de oro , de la cual se apoderó Fergan sin escrúpulo , y no tardó en reunirse con una comitiva de viajeros que se dirigian á Marhala. Llegó con ellos á la ciudad , y habiendo sabido que se hallaban en la ciudad varias personas que se habian salvado tambien del huracan , les preguntó si habian visto una mujer contrahecha acompañada de un niño. Un mendigo que habia visto por casualidad á Juana y á su hijo cuando entraban en el palacio del emir , dió á Fergan datos exactos y á tiempo para poder salvarles de los ultrages de los libertinos convidados del duque de Aquitania.

La ciudad de Marhala presenció aquel dia un terrible espectáculo. Se habia alzado en una plaza una inmensa hoguera , y los cruzados acudian á aquel punto á ver quemar una judia acusada de hechicera y á presenciar la penitencia que hacia el duque de Aquitania que , arrepentido de sus escesos , deseaba convertirse y dedicarse á seguir la cruzada con el piadoso ardor que animaba á los guerreros cristianos.

Azenor la Pálida murió maldiciendo al duque de Aquitania y asegurándole que las llamas que la devoraban eran menos ardientes que sus celos.

Durante la ceremonia un mensajero de Godofredo de Bouillon se presentó á Boemundo para avisarle que era preciso que partiese con su ejército á Jerusalem , bajo cuyas murallas se hallaba ya el duque dando principio al sitio de la ciudad eterna. Resonaron al momento

los clarines , formáronse las cohortes , y habiendo dejado guarnicion en Marhala el ejército del príncipe de Tarento , se pusieron en marcha entonando canticos de victoria.

Yo , Fergan , partí de Marhala con mi mujer y mi hijo á quienes habia comprado trages nuevos con el oro que encontré en el desierto. Un asno nos llevaba las provisiones , un odre lleno de agua y un saco de dátiles , y me habia armado para defenderme de los bandidos. Hubiera sido una locura separarme en aquel momento del ejército de los cruzados , y esperaba que despues de la toma de Jerusalem un gran número de cristianos regresaria á Europa embarcándose en Trípoli en las naves genovesas ó venecianas , y que con auxilio de mi pequeño tesoro podria pagar nuestro pasage hasta Génova ó Venecia , y atravesando desde alli una parte de Italia , regresar á Francia y dirigirnos á la ciudad de LAON, donde sin duda viviria aun *Gildas* , hermano mayor de Bezenecq , descendiente como nosotros de Joel. Sentia un vivo deseo de ver á Jerusalem , la ciudad santa por cuya conquista habia hecho tantos prodigios de valor el ejército cruzado. Juana y Colombaik montaban á intérvalos en el asno cuando estaban cansados , y yo experimentaba un gran placer en ver por la primera vez en mi vida á mi mujer y á mi hijo decentemente vestidos y recobrando poco á poco sus fuerzas que habian agotado tantas fatigas y privaciones.

Seguimos el ejército. Marchaban al frente los caballeros que llevaban la bandera de San Pedro , y seguian al mando de sus señores los hombres de armas llevando el pendon de cada señorío donde se veian bordados escudos y rótulos que servian de gritos de guerra , como: *¡ Al Cristo vencedor ! ¡ Al reinado de Jesus !* Este era el mote del pendon del príncipe de Tarento. Venia despues el legado del papa acompañado del clero , los bagages con otras partidas de á pié y á caballo y finalmente la multitud de hombres , mujeres y niños harapientos que seguian el ejército. Nosotros ibamos entre ellos , y deseoso de ahorrar nuestro tesoro , me empleaba cuando podia , ya en cuidar de las mulas , ya en conducir los carros , recibiendo en cambio de estos servicios algun dinero y la comida.

El viage de Marhala hasta las cercanias de Jerusalem fué muy penoso ; un gran número de infelices se quedó en el camino , murieron de sed ó de cansancio , fueron presa de las hienas y los gavilanes y sus huesos dejaron una larga huella en el camino de Jerusalem. Por poco perdí á mi hijo á media jornada de esta ciudad , pues fué

derribado por un caballo y se fracturó la pierna por dos puntos. Padecía horribles dolores, y tuve que renunciar á trasladarle en el asno. Nos hallabamos en la retaguardia del ejército, y como nuestros compañeros siguieron su camino, nos quedamos solos en medio de un valle árido y escabroso. Los padecimientos de mi hijo eran por momentos mas terribles. Con la esperanza de descubrir á lo lejos algun albergue, subí á una palmera, y ví á gran distancia en la falda de una colina y ocultas en un bosquecillo algunas casas. Como sabia que entre los sarracenos habia personas generosas y compasivas, y que este pueblo se distinguia por el religioso respeto con que cumple los deberes de la hospitalidad, me decidí á trasladar á mi hijo, ayudado por Juana, á una de aquellas casas y pedir auxilio, temiendo ser atacado por los rezagados ó los truanes que venian á corta distancia y que nos hubieran asesinado para robarnos los vestidos y el asno.

Los habitantes de la aldea habian huido al acercarse el ejército á escepcion de un árabe y de su mujer, que imposibilitados por su extrema vejez, estaban sentados en el umbral de su casa, con los rosarios en la mano, orando tranquilos y esperando la muerte porque estaban persuadidos de que los soldados irian á devastar su casa. Pero no sucedió así, pues los cruzados estaban tan impacientes de llegar á Jerusalem donde creian encontrar un rico botin, que ninguno se separó del ejército. El anciano sarraceno y su esposa nos vieron al dirigirnos hácia ellos, llevando en nuestros brazos á nuestro hijo que lanzaba continuos ayes, y conocieron que no éramos enemigos; salieron por consiguiente á nuestro encuentro con solicitud afectuosa, y como ignoraban nuestra lengua, asi como nosotros ignorábamos la suya, pronunciaron algunas palabras designando á Colombaik con ademan compasivo. Mientras su esposa se dirigia hácia un huerto, el anciano nos indicó que le siguiéramos á su casa que, segun la costumbre del pais, estaba blanqueada con cal, tenia en vez de tejado una azotea y no tenia mas abertura que una angosta puerta. Despues de invitarnos á que acostáramos á mi hijo en un jergon, y que le desnudásemos la pierna, examinó largo rato la fractura y salió á buscar vendages y yervas para curarla.

—Fergan, me dijo Juana que estaba arrodillada; con qué solicitud miraban á mi hijo ese sarraceno y su esposa! Y sin embargo somos para ellos desconocidos y enemigos.

— En todas partes hay almas generosas , le respondí , y el cielo se compadece de nosotros.

El sarraceno volvió á entrar con su esposa. Esta llevaba un vaso lleno de agua , un puñado de ojas de palmera recién cortadas y algunas otras yerbas que acababa de machacar entre dos piedras , y el anciano llevaba varias varillas de la longitud de la pierna de Colombaik , y un largo pedazo de lienzo con el cual sujetó con fuerza las varillas en derredor de la pierna fracturada de mi hijo , despues de haberla cubierto de yerba. Cuando quedó arreglado el vendage , la anciana lo roció con agua fresca y lo cubrió con ojas de palmera. Nuestro hijo se alivió como por encanto , y llenos de gratitud é incapaces de espresarla en una lengua que ignorábamos , Juana y yo besamos las manos á nuestro huesped , por cuya canosa barba rodó una lágrima.

Entonces nos indicó el cielo como para espresar sin duda que debíamos dar gracias á Dios , y saliendo en busca del asno que estaba en la puerta lo condujo á la caballeriza. La anciana nos trajo miel , dátiles frescos , leche de oveja y una torta de harina de avena. Juana y yo estábamos enternecidos al ver tan generosa hospitalidad ; el dolor de mi hijo se calmaba por instantes , y el anciano nos dió á entender con un ademan significativo , abriendo y cerrando tres veces los dedos de sus manos y designándonos á Colombaik tendido en el jergon , que deberia permanecer treinta dias sin levantarse para que el hueso tuviera tiempo de consolidarse. La soledad en que se hallaba aquella aldea nos permitió que pasáramos tranquilamente el tiempo necesario para la curacion de nuestro hijo , y á buen seguro que fueron los dias mas felices que habiamos alcanzado hasta entonces. El anciano , despues de ejercer con nosotros la hospitalidad sin conocernos , se hizo muy amigo , se interesó por nosotros , y un dia me tomó de la mano y me condujo á una eminencia escarpada desde la cual se descubria á lo lejos el horizonte que me designó haciendo un gesto negativo con la cabeza. Despues me mostró en la falda de la colina la tranquila morada donde viviamos hácia un mes y comprendi que me inducia á que permaneciese en aquel retiro. Yo le miraba con sorpresa ; se puso una mano sobre el pecho , cerró los ojos moviendo melancolicamente la cabeza , y me designó la tierra , queriendo decirme que era muy viejo , que moriria pronto asi como su esposa y que si aceptábamos nos pertenecerian su casa , su huerto y su campo.

Rehusé la oferta del anciano porque ardia en deseos de regresar á mi patria.

El día 15 de julio del año 1099 (no olvidaré jamás esta fecha) Colombaik ensayaba sus fuerzas al medio día apoyándose en su madre y en mi; se levantaba por primera vez despues de treinta y dos días y mis huéspedes contemplaban con tierna solicitud los movimientos de mi hijo. De pronto oimos el galope de un caballo que bajaba rápidamente por la falda de la colina que dominaba nuestra morada. El anciano dirigió algunas palabras á su esposa, salieron precipitadamente, y al cabo de algunos momentos volvieron acompañados de otro musulman de larga barba gris y cubierto de polvo, y cuyas facciones descompuestas espresaban el horror y la desesperacion. Hablaba á nuestros huéspedes con voz doliente y anhelosa, y los lienzos ensangrentados que cubrian un brazo y una pierna demostraban que habia recibido recientemente dos heridas. En la animacion de sus palabras repitió varias veces el nombre de Jerusalem que es lo único que pude entender, y á medida que hablaba, el horror y la indignacion se pintaban en los rostros venerables del sarraceno y de su esposa que prorrumpieron al fin en amargo llanto y cayeron arrodillados tendiendo las manos al cielo. El extranjero, que en su preocupacion no nos habia visto, reconoció por nuestros trages que éramos cristianos, y lanzando un grito de rabia, desenvainó el alfange; pero nuestro huesped se levantó, corrió hácia él, y tras algunas palabras de reprension amistosa, el sarraceno pareció arrepentirse de su arrebató y volvió á envainar el acero. Los ancianos suplicaban al extranjero que se quedase á su lado, pero movió la cabeza, les apretó afectuosamente las manos, salió, montó en su caballo bañado en sudor, invocó con un ademan la venganza del cielo, subió á galope la pendiente de la colina y desapareció entre una nube de polvo. Aquel amigo de nuestros huéspedes habia venido á anunciarles la toma de Jerusalem por los cruzados y los estragos que habian hecho los guerreros en la ciudad santa. Queriendo cerciorarme de la verdad, pronuncié con tono triste é interrogativo el nombre de Jerusalem, pero en vez de responderme, se alejaron bruscamente y sollozando. Estaba mirando á Juana con tristeza cuando nuestro huesped, arrepentido sin duda de su primer movimiento, volvió á entrar, se inclinó hácia mi hijo y le besó en la frente. Comprendí la delicadeza de aquel sentimiento y me conmoví hasta derramar lágrimas... Aquel anciano creia que era uno de los

soldados de la cruzada, y depositaba un ósculo de perdon y olvido en la inocente frente de nuestro hijo.

—Jerusalen ha caido en poder de los cruzados, dije á Juana; en pocas horas puedo llegar á esa ciudad que tanto deseo tengo de ver. No temas por mí: espérame. Mañana al amanecer estaré de vuelta.

Juana no trató de detenerme aunque le inquietaba mi partida, y despues de haberla abrazado, le confié nuestro tesoro, el cinturon que contenia nuestros pergaminos y nuestras reliquias de familia, y partí á Jerusalen. Cuando llegué á la carretera que pasaba á larga distancia de nuestro albergue encontré una multitud de peregrinos que se apresuraban á llegar á la ciudad santa, cuyas torres, cúpulas, minaretes y murallas vimos cuatro horas antes. Aquella vasta ciudad formaba un cuadrilongo de una legua de estension, y su recinto, dominado al ocaso por el alto monte de Sion, contenia las cuatro colinas peñascosas sobre las cuales está construida Jerusalen en forma de anfiteatro: al oriente, la colina de Moriah donde se alzaba la mezquita de Omar edificada en el sitio que ocupaba el templo de Salomon; al mediodia, la colina de Acra, al norte la de Bezetha, y al occidente el Gólgota donde murió el Redentor. En la cima del calvario se alzaba la iglesia de la *Resurreccion*, edificada en el sitio del suplicio de Jesus, templo espléndido respetado hasta entonces así como sus tesoros por los sarracenos á pesar de la guerra con los cruzados.

Tal era el aspecto que presentaba desde léjos Jerusalen. A medida que me acercaba veia mas claramente dentro del recinto de las murallas sus anfiteatros de casas blancas, cuadradas y cubiertas con azoteas, las cúpulas de sus mezquitas, las torres de las basílicas cristianas y algunos verdes grupos de palmeras. No se veia árbol alguno en las cercanías de la ciudad y el suelo rojizo, pedregoso y quebrado reflejaba el tórrido calor del sol que iba á desaparecer en el horizonte. En las inmediaciones del campamento, cuyas tiendas se alzaban á corta distancia de las murallas, ví un gran número de cruzados muertos ó moribundos de las heridas causadas por la última salida de los sitiados, pero los infelices que no habian espirado aun pedian auxilio en vano lanzando quejidos dolorosos porque todos los guerreros, hasta los que apenas podian moverse por sus heridas, se habian precipitado á la ciudad con el afan de tomar parte en el saqueo.

No descubriré el espectáculo que ofreció á mis ojos Jerusalem. Unicamente diré que en la plaza de la mezquita de Omar la sangre hacia resbalar á los cruzados y que murieron en las calles setentamil sarracenos.

Dos dias despues de la toma de Jerusalem, Fergan tomó pasage en una nave genovesa que se hallaba anclada en Trípoli, y se embarcó con Juana y Colombaik. De Génova se dirigieron á las fronteras de la Galia, llegaron á Picardia, y finalmente á la ciudad de Laon, donde encontraron á Gildas el Tundidor, hermano mayor de Bezenecq. Gildas acogió á Fergan y á su familia con cariño.

Yo, Fergan, escribo esto el dia diez de octubre del año 1100 algunos meses despues de nuestra llegada á la ciudad de LAON, donde he terminado el relato de lo que padecimos en la esclavitud y en la cruzada.

Te lego, Colombaik, este relato para que lo legues tambien á tu descendencia.

Mi buen pariente Gildas me dijo ayer:

— Mi hija Martina tiene cuatro años menos que tu hijo Colombaik y seria para mi una satisfaccion en que el matrimonio enlazase los últimos descendientes de las dos ramas de nuestra familia. Si quieres, tu hijo me sucederá en mi oficio de tundidor con el que he ganado algun dinero. Ayer compré para tí una cantera; esplotala mientras yo exista, y será tuya despues de mi muerte.

La paternal bondad de Gildas nos enterneció profundamente, y apenas principiamos á acostumbrarnos á nuestra felicidad que tanto contrasta con nuestra vida pasada, tan llena de dolores, peligros y aventuras. Si sucede algun acontecimiento importante lo escribiré á continuacion de este relato.

LA CONCHA DEL PEREGRINO

ó

FERGAN EL CANTERO.

(AÑO 1112 Á 1147.)

PARTE TERCERA.**LA MUNICIPALIDAD DE LAON.****CAPÍTULO PRIMERO.**

Una municipalidad en el siglo XII —La carta, el sello y la campana —Martina.—Rollon, gobernador del palacio episcopal.—Simona la Pastelera y su esposo Cuatro manos.

LAON tuvo durante algunos siglos por señor temporal al obispo de la diócesis, y fué siempre una de las ciudades mas considerables de la Picardia y del dominio particular de los reyes francos.

La Galia continuaba sumida en su miseria desde las invasiones de los normandos, y las victimas eran siempre el pueblo bajo, los siervos y los villanos. De modo que la plebe de los campos, diezmada por el ardor de las cruzadas que continuaban á pesar de la toma de Jerusalem por los turcos, veia aumentarse todos los dias sus miserias, pues estaba obligada á atender á las necesidades, cada vez mayores, de sus condes y duques. Los habitantes de las ciudades, mas unidos y mas ilustrados que los siervos de las aldeas, se habian alzado de algunos años á esta parte en gran número de ciudades contra sus señores laicos ó eclesiásticos, y á fuerza de valor, energia y constancia, habian recobrado á precio de su sangre la independendencia y exigido la abolicion de los escesivos derechos que estaba gozando el feudalismo. Un reducido número de ciudades, sin tener que recurrir á las armas, habian comprado con grandes sacrificios pecuniarios su emancipacion, redimiéndose á precio de oro de los derechos señoriales, y libertados de su secular y cruel servidumbre, los habitantes de las ciudades celebraban con entusiasmo todas las circunstancias que se referian á su emancipacion.

Los ciudadanos, mercaderes y artesanos de la ciudad de LAON estaban llenos de júbilo el día 15 de abril de 1112, y de un extremo á otro de las calles, vecinos y vecinas se llamaban por las puertas y ventanas y hablaban con alegría.

— Vecino, decia el uno, ya ha llegado el hermoso día de la inauguración de nuestra consistorial y de nuestro Ayuntamiento.

— No he podido cerrar los ojos en toda la noche, vecino; mi mujer y mis hijos han velado hasta las tres de la mañana para limpiar mi casco de hierro y mi coraza. Nuestra milicia armada dará gran brillo á la ceremonia.

— Y no será menos magnífica la marcha de las corporaciones de artesanos. ¿ Creereis, vecino, que á pesar de que en mi vida he cogido una aguja, porque soy carpintero como sabeis muy bien, he ayudado á mi mujer á coser las franjas de nuestra bandera?

— A Dios gracias, hará un tiempo hermoso para la ceremonia. Mirad qué clara y brillante es la aurora.

— ¿ Y habia de hacer mal tiempo en un día como hoy? Me parece que cuando oiga por vez primera el sonido de nuestra campana municipal, cada campanada hará dar un brinco á mi corazón.

Estos diálogos y otros muchos, sencillos testimonios del júbilo de los habitantes de Laon, se oían en todas las calles, de casa á casa, desde las mas pobres á las mas ricas. Casi todas las ventanas, abiertas desde la aurora, dejaban ver rostros risueños de hombres, mujeres y niños, activamente ocupados en los preparativos de la fiesta, y esta gozosa animación, casi universal en cada barrio de la ciudad, hacia mas notable el contraste que formaba el aspecto sombrío de cierto número de edificios de construcción antigua, y cuyas puertas estaban generalmente defendidas por dos torrecillas de tejado piramidal que terminaba con una veleta. Ninguna ventana de aquellas casas negruzcas de la antigüedad se abrió en toda la mañana, pues pertenecian á sacerdotes dignatarios de la iglesia metropolitana ó á nobles caballeros, que no poseyendo grandes dominios para vivir en el campo á su gusto, la habitaban las ciudades y abrazaban siempre contra los ciudadanos, el partido del señor laico ó eclesiástico. Así pues, en Laon se designan á estos sacerdotes y caballeros con el nombre de *episcopales*, en tanto que los habitantes, que segun el lenguaje de estos tiempos han jurado la municipalidad, se llaman *comuneros*. Las antiguas torrecillas de los episcopales eran una fortificación al mismo tiempo que un símbolo de la nobleza de su origen.

Actualmente no se distingue ya la nacion en *francos* y *galos* sino en *nobles* y *plebeyos*; la nobleza principia en la caballería y acaba en el trono, y la plebe abraza todas las condiciones laboriosas desde el siervo hasta el rico mercader; pero ya no se dice francos y galos, conquistadores y conquistados: únicamente ha cambiado el nombre de las condiciones, y el rey y su nobleza, descendientes, herederos ó representantes de los francos continuan tratando á la plebe gala como á un pueblo vencido. Hasta en el seno de las ciudades las moradas de los nobles presentan un aspecto feudal y guerrero, pero aquella mañana estaban en Laon cerradas y silenciosas, manifestando al parecer el disgusto que causaba á los nobles episcopales el alborozo del pueblo laonés. Veianse no obstante otras casas que no pertenecian á nobles y que estaban defendidas por torreones, pero la blancura de sus piedras, que contrastaba con el color sombrío de los edificios primitivos, de que no eran mas que dependencias, manifestaba su reciente construccion.

Una de aquellas casas, fortificada no hacia mucho tiempo, se alzaba en la esquina de la calle del *Cambio*, calle de mercaderes por excelencia. La antigua puerta, á cuyos lados se alzaban dos torrecillas nuevamente edificadas, estaba abierta desde el amanecer y se veian entrar ó salir á cada instante varios ciudadanos que iban á informarse sobre ciertos preparativos de la ceremonia. Hallábanse en uno de los aposentos de aquella casa Fergan y Juana la Jorobada que hacia cerca de quince años que habian llegado de Tierra Santa. Los cabellos y la barba de Fergan, que tenia entonces cuarenta años cumplidos, empezaban á encanecer; no era ya el siervo de otro tiempo, inquieto, hosco y haraposo; sus facciones respiraban dicha y serenidad, y equipado casi como un guerrero, llevaba una cota de mallas de hierro y estaba sentado delante de una mesa escribiendo. Juana, vestida con una saya de lana parda y cubierta con un gorro del cual caia un largo velo blanco que ondeaba sobre sus hombros, parecia tan alegre como su esposo, y se leia en el dulce y venerable rostro de aquella valerosa madre, tan rudamente atormentada en época mas infausta, la espresion de una íntima felicidad. Acababa de sacar, segun el deseo de Fergan, de una vieja arca de encina un cofrecillo de hierro que colocó sobre la mesa en que escribia su marido: aquel cofrecillo era herencia de Gildas el Tundidor y contenia varios rollos de pergamino ennegrecidos por los siglos y los diversos objetos que formaban las reliquias de la familia de Joel desde la se-

gur de oro de Hena , la vírgen de la isla de Sen , hasta la *concha de peregrino* que Fergan el Cantero habia quitado en los desiertos de Siria á Neroweg VI, señor de P!ouernel.

Fergan acababa de copiar en un pergamino la *Carta municipal* bajo cuyo imperio vivia hacia tres años libre , pacífica y floreciente la ciudad de LAON. El cantero queria unirla á las leyendas de la familia de Joel , como testimonio del espíritu de libertad de aquella época. Hacia quince años que otras ciudades además de la de Laon , habian conseguido cartas semejantes , ya por medio de la insurreccion, ya haciendo grandes sacrificios pecuniarios , y al abrigo de estas constituciones se gobernaban libremente como en los siglos heróicos que precedieron á la invasion romana.

La Carta municipal de Laon , cuyo original, depositado en la casa del alcalde , llevaba el sello y firma de *Gaudry , obispo de la diocesis de Laon* , y de *LUIS EL GORDO , rey de los franceses* , estaba concebida en estos términos :

CARTA DE LA MUNICIPALIDAD DE LAON.

I.

« Todos los hombres domiciliados en el recinto de la murallas de
« la ciudad y de los arrabales , sea cualquiera el señor de quien de-
« penda el terreno que habiten , prestarán juramento á esta Muni-
« cipalidad.

II.

« En toda la estension de la ciudad cada cual prestará auxilio á los
« demas lealmente y segun su poder.

III.

« Los hombres de esta Municipalidad tendrán dominio enteramen-
« te libre de sus bienes , y *ni el rey , ni el obispo ni otro alguno* , po-
« drán reclamar nada de ellos sino por fallo de los regidores.

IV.

« Cada cual guardará en toda ocasion fidelidad para con los que ha-

«yan jurado la Municipalidad y les prestará auxilio y consejo.

V.

«En los límites de la Municipalidad todos los hombres se auxilia-
rán mutuamente segun su poder : y no sufrirán en modo alguno y
«bajo ningun concepto que el señor obispo ú otro arrebate alguna
«cosa ó haga pagar impuesto á alguno de ellos.»

VI.

«La Municipalidad elegirá trece REGIDORES , y uno de ellos , segun
«votacion de todos los que hayan jurado la Municipalidad , será ele-
«gido ALCALDE.

VII.

«El alcalde y los regidores jurarán que no favorecerán á nadie
«por causa de amistad , y darán en todas las cuestiones , segun
«su poder , una decision equitativa , y todos los demás jurarán que
«obedecerán y apoyarán las decisiones del alcalde y de los regido-
«res. Cuando la campana de la ciudad toque para llamar al conse-
«jo , el que no acuda á la asamblea pagará doce sueldos de multa.

VIII.

«Cualquiera que haya hecho daño á un hombre que haya jurado
«esta Municipalidad , el alcalde y los regidores , si se les demanda ,
«harán justicia del cuerpo y de los bienes del culpable.

IX.

«Si el culpable se refugia en algun castillo , el alcalde y los regi-
«dores de la Municipalidad hablarán sobre esto al señor del castillo
«ó el que esté en su lugar , y si , segun su parecer , se les dá satis-
«faccion del enemigo de la Municipalidad , no se pasará adelante , pe-
«ro si el señor niega la satisfaccion , se harán justicia ellos mismos
«sobre sus bienes y sus hombres.

X.

«Si alguno de la Municipalidad hubiere confiado su dinero á otro
«de la ciudad, y este se refugiase en algun castillo, el señor, des-
«pues de recibir la queja, devolverá el dinero y arrojará al deu-
«dor de su castillo; pero si el señor no accede á ninguna de estas
«dos cosas, *se hará justicia en sus bienes y sus hombres.*

XI.

«Cuando el alcalde y los regidores quieran fortificar la ciudad po-
«drán hacerlo en terreno de cualquier señorío.

XII.

«Los hombres de la Municipalidad podrán moler el trigo y cocer
«el pan donde quieran.

XIII.

«Si el alcalde y los regidores de la municipalidad necesitan dine-
«ro para los negocios de la ciudad y señalan un impuesto, podrán
«fijar este impuesto sobre las herencias y el haber de los ciudada-
«nos y sobre las ventas y beneficios que se hacen en la ciudad.

XIV.

«Ningun extranjero, censatario de las iglesias ó de los caba-
«lleros, establecido fuera de la ciudad y de los arrabales, será
«comprendido en la Municipalidad sin el consentimiento de su
«señor.

XV.

«El que sea admitido en esta Municipalidad edificará una casa en
«el plazo de un año ó comprará viñas, ó traerá á la ciudad bastan-
«tes efectos muebles para que se haga justicia si contra él se eleva
«alguna queja.

XVI.

«Si alguno atacáre con palabras injuriosas al alcalde en el ejercicio de sus funciones, su casa será demolida ó pagará rescate por ella, ó se entregará á la misericordia de los regidores.

XVII.

«Nadie causará vejamen ni daño á los estrangeros residentes en la Municipalidad, y si se atreve á hacerlo, será reputado violador de la Municipalidad y se hará justicia sobre su persona y sus bienes.

XVIII.

«Cualquiera que hiriere con armas á alguno de los que como él han jurado la Municipalidad, á no ser que se justifique con juramento ó testimonio, perderá la mano ó pagará nueve libras; seis para las fortificaciones de la ciudad y de la Municipalidad y tres para el rescate de su mano; pero si no puede pagar, entregará su mano á la misericordia de la Municipalidad.»

Fergan acababa de copiar esta carta, cuando se abrió la puerta del aposento y entró Colombaik acompañado de una jóven de unos diez y ocho años. El hijo del cantero era un buen mozo que reunia en la espresion de su rostro la dulzura de su madre y la energia de su padre, é iba vestido como él con traje de guerrero. Su casco de cuero negro, guarnecido de placas de hierro brillantes, daba un aspecto marcial á su fisonomia franca y simpática; llevaba sobre el hombro una pesada ballesta, y pendian del costado derecho una vaina de cuero que contenia las armas arrojadizas y del izquierdo una corta espada. Su esposa *Martina*, hija única de *Gildas*, hermano mayor de *Bezenecq*, tenia la edad y la hermosura de la pobre *Isolina*, víctima como su padre de la feroz codicia de *Neroweg VI*.

—Padre, dijo jovialmente Colombaik al entrar en el aposento y haciendo alusion á sus arreos de soldado, vos que sois condestable de nuestra milicia ciudadana ¿me juzgais digno de figurar en la compañía? ¿Colombaik el soldado hace olvidar con su aspecto guerrero á Colombaik el tundidor?

—A Dios gracias, respondió Juana con dulce sonrisa, confio que

Colombaik el soldado no tendrá que hacer olvidar á Colombaik el tundidor, así como Fergan el condestable no hará olvidar á Fergan el maestro cantero, porque continuarás guerreando con las pieles de tu fábrica y tu padre seguirá combatiendo con las piedras de su cantera. ¿No es esa tu esperanza? ¿no es ese tu deseo, querida Martina? añadió Juana dirigiéndose á la esposa de su hijo.

—Es verdad, madre mia, respondió afectuosamente Martina. Por fortuna está muy distante ya aquel tiempo maldito en que los ciudadanos de Laon, para librarse de las violencias ó de las exacciones del obispo, de los clérigos y de los caballeros, se hacian fuertes en sus casas para sostener sitios, y en que con frecuencia se apoderaban de ellos á pesar de su resistencia y los conducian al palacio para obligarles á pagar rescate. ¡Qué diferencia, Dios mio! ¡Qué libres y felices somos desde que vivimos en *Municipalidad!*

Martina exhaló un suspiro y añadió:

—¡Cuanto siento que mi padre no haya sido testigo de este cambio! No hubiera amargado sus últimos momentos la inquietud que le inspiraba nuestro porvenir. Al ver las terribles violencias ejercidas en aquel tiempo por los nobles en los habitantes de Laon, mi padre tenia constantemente en la memoria la desgraciada suerte de mi tio Bezenecq y de su hija Isolina.

—Tranquilizate, le dijo Colombaik; aquel tiempo no volverá, no. La antigua Galia vé alzarse por do quiera municipalidades libres que son las fortalezas de los hijos del pueblo. No debemos temer ya á los nobles.

—Martina, hija mia, añadió Juana con emocion, vosotras sereis mas felices que las que vimos á nuestros hijos bajo el pesado yugo de la servidumbre.

—Si, somos libres los habitantes de las ciudades, dijo Fergan con ademan pensativo, pero ¡pesa aun tan cruelmente la esclavitud sobre los siervos de las aldeas! Por eso he combatido con todo mi poder la cláusula de nuestra carta que escluye de la municipalidad á los siervos que viven fuera de la ciudad ó á los que no posean dinero para edificar una casa. ¿Cómo han de edificarla los que no poseen mas que sus brazos? Creedme, hijos mios, los habitantes de las ciudades no romperán el yugo que les impone la nobleza hasta que se unan con los aldeanos, y la lucha será larga y penosa...

—Sin embargo, padre, dijo Colombaik, el obispo no se ha atrevido á quejarse desde que mediante una crecida cantidad renunció á sus

derechos y nos vendió la libertad. Recordad que, aconsejado por Rollon, ese normando feroz que antes de establecerse la municipalidad mandaba sacar los ojos ó dar muerte á los ciudadanos, y que hace cuatro años mató por su propia mano al desgraciado Bernardo de las Bruyeras, no ha vuelto á echar mano de la violencia y teme que la ciudad se subleve como han hecho Cambrai, Abbeville, Noyon, Beauvais, Reims y otras tantas ciudades cuyos habitantes han conquistado la libertad por medio de las armas.

— Colombaik, dijo Martina no puedo menos de estremecerme cuando veo pasar por las calles á *Juan el Negro*, ese gigante africano que servia en otro tiempo de verdugo á ese infame Rollon, decano del capítulo episcopal y gobernador del palacio. Ese negro medita alguna crueldad como la fiera que espera el momento de romper la cadena.

— Tranquilizate, Martina, respondió riendo Colombaik; la cadena es sólida, tanto como la que contiene á ese otro bandido *Tiegaldo*, siervo de la abadia de San Vicente y favorito de Rollon que le llama familiarmente su *compadre Lobo*; Pero creeriais, madre mia, que ese Tiegaldo, manchado con todos sus crímenes, adora á su hija?

— Hasta las fieras aman á sus hijos, respondió Juana: *Peor que un Lobo*, nuestro antiguo señor, ¿no lloraba en Palestina al pensar en su hijo?

— Es cierto, madre mia; lo mismo sucede con el lobo de Tiegaldo. El arrendador de la hacienda que nos ha legado tu padre, querida Martina, me decia ayer que hace dos meses estuvo á las puertas de la muerte la hija de este malvado, quien estaba como loco de dolor. Aun mas, ese miserable está tan celoso de la castidad de su hija, como si siempre hubiera sido un hombre honrado.

— Consuela al ver la idea del bien hasta en el corazon de los mas perversos, dijo Martina, porque Dios sabe si, segun lo que dicen de él, es malo ese Tiegaldo.

— Creo que ese pícaro queria robarnos, replicó Colombaik, porque si nuestro arrendador me habló de Tiegaldo es para decirme que este queria comprar en nombre del obispo el potro criado en nuestras praderas.

— Ten cuidado, dijo Fergan, porque en el palacio episcopal hay muchas deudas, y si vendes el caballo, dificilmente cobrarás su importe.

— Tranquilizaos , padre , conozco al señor de Rollon que preside el capítulo durante la ausencia del obispo. Por eso dije al arrendador que si Tiegaldo pagaba el potro al contado se lo vendiera , y que á no ser así , se guardase muy bien de entregarlo. Ha pasado ya el tiempo en que los nobles tenían derecho de comprar al fiado , ó por por mejor decir , de no pagar , porque mas de una vez el obligarles á hacerlo equivalia á arriesgar la vida ; pero en el dia si Rollon se atreviese á estafar á algun comunero , la Municipalidad se haria justicia en los bienes episcopales , como dice el texto de nuestra carta , firmada , no tan solo por el obispo , sino por el rey Cárlos el Gordo mediante una enorme cantidad.

— ¡ Enorme cantidad en efecto ! replicó Fergan. Nuestro amigo , *Roberto el Gloton* , que era uno de los comuneros enviados á Paris tres años ha para alcanzar la confirmacion de nuestra Carta , nos acaba de contar los excesos que vió en aquella corte. En primer lugar fué preciso dar dinero á los consejeros reales para granjearnos su influjo , y el secretario del rey quiso que se aumentase la cantidad propuesta en una cuarta parte y despues en una tercera , y finalmente , además del rescate de los antiguos derechos de hospedage y cabalgata , exigió que si el rey pasara por la ciudad de Laon se le asegurase tres dias de hospedage por año , y veinte y tres libras de plata anuales si no usaba este derecho , pidiendo además el pago de tres años por adelantado. Confesad , hijos míos , que nos han hecho pagar bien caros esos derechos , procedentes segun ellos dicen de la conquista.

— Es cierto , padre mio , respondió Colombaik.

— Pero mas vale dar el dinero que la sangre , dijo Juana , porque á fuerza de trabajo y de privaciones se recobra el dinero , y nos vemos al menos libres de la horrible servidumbre en la cual no puedo pensar sin estremecerme.

— Y además , padre mio , añadió Martina , me parece que no debemos temer el renacimiento de la tirania de los señores por cuanto el rey los odia tanto como nosotros y los combate sin descanso : todos los dias se oye hablar de nuevas guerras contra ellos.

— La consolidacion del trono es la esperanza del pueblo , hijos míos , y debemos pedir á Dios que dé la victoria á nuestro rey para que humille el orgullo de los señores.

— ¿Cuál es el plan que se propone Luis el Gordo combatiendo á los nobles y protegiendo á las ciudades?

— Cortar, hijo mio, la cabeza de la hidra de la anarquía obligando á los señores á respetar el trono.

— Y por eso, padre mio, hace tres años vivimos en completa paz, en medio de la prosperidad, libres de insufribles impuestos y gobernados por magistrados de nuestra eleccion que no tienen otro fin que el bien público. Laon es una ciudad cada vez mas industriosa y rica. Los episcopales no serán tan locos para atentar ahora contra nuestra libertad.

— Hijo mio, si deseamos conservar nuestras franquicias, tenemos que hacer esfuerzos de vigilancia y energía.

— ¿Temeis acaso?

— El obispo Gaudry y los nobles de la ciudad nos imponian tributos á su antojo, y los plebeyos les dijimos: Renunciad para siempre á vuestros derechos y tributos anuales, emancipadnos, firmad nuestra Municipalidad y os daremos una cantidad considerable. Como no pensaban mas que en lo presente, aceptaron nuestra oferta, pero á estas horas el dinero ha desaparecido, y se lamentan, como dice el cuento, *de haber muerto la gallina de los huevos de oro.*

— ¿Y se atreverian ahora... dijo Colombaik.

— Escuchame, respondió Juana interrumpiendo á su hijo, no quiero exagerar los temores de tu padre, pero creo haber advertido...

La buena mujer calló y añadió despues de un momento de reflexion.

— Tal vez me habré equivocado.

— ¿Qué quieres decir, madre mia?

— ¿No has advertido de algun tiempo á esta parte que los caballeros de la ciudad, todos los del partido del obispo, á quienes llamamos *episcopales*, insultan y retan con sus palabras y sonrisas á los artesanos?

— Tienes razon, Juana, respondió Fergan con ademan pensativo; tambien á mi me han llamado la atencion las bravatas de los episcopales y la insolencia de sus criados; es un sintoma muy grave.

— ¡Rencor ridículo y nada mas! dijo Colombaik sonriendo con desden. Esos nobles no perdonan á los ciudadanos el que sean libres como ellos, que vayan armados, que construyan si les place torreones en sus casas, gusto que he tenido recurriendo á las hermosas piedras de vuestra cantera, padre mio, de modo que nuestra casa podria sostener ahora un sitio contra los episcopales, sin con-

tar con que he arreglado un lindo albergue para Martina en uno de los torreones , y que sus iniciales , grabadas por mí en una plancha de cobre , brillan en las veletas que he puesto en el tejado.

— Nunca necesitamos con mas razon que ahora una casa fortificada , dijo Fergan , y no son las veletas de nuestras torres sino sus fuertes muros lo que ofuscan á los nobles.

— Sin embargo , se habrán de acostumbrar á verlas ..

— No te enardecas , Colombaik , dijo Juana interrumpiendo nuevamente al impetuoso jóven ; tu padre ha hecho la misma advertencia que yo , y si los criados de los caballeros manifiestan su jactancia , es señal de que sus amos traman alguna perfidia. La ceremonia de hoy atraerá sin duda por mas de un motivo gran número de episcopales á las calles por donde pasa el cortejo , y te suplico , hijo mio , que seas prudente.

— No temas , Juana , dijo Fergan , estamos sobrado convencidos de que nos apoyan el derecho y la fuerza de la Municipalidad para que perdamos la moderacion ante los insolentes retos , si se atreven á hacerlos.

Apenas acababa de pronunciar el cantero estas palabras cuando se abrió la puerta y se vió entrar con petulancia una linda jóven vivaracha , morena y lujosamente vestida , como rica artesana , con un corpiño de seda de color de naranja , sujeto por el talle con un cinturón de plata , y una saya de paño blanco de Arras , adornado con una franja de piel de martra , que le llegaba hasta algunos dedos debajo de la rodillas , y sobre sus cabellos negros , brillantes como el jaspe , llevaba una caperuza encarnada como sus medias que dibujaban su pierna fina y torneada y sus piés calzados con unos zapatitos de marroqui brillante. *Simona la Pastelera* , que así se llamaba , estaba casada con *Ancel Cuatro manos* , maestro *pastelero* , muy famoso en la ciudad de Laon y hasta en los arrabales por el pan , los pasteles con crema , los barquillos con miel y otras golosinas fabricadas en su casa : ejercia tambien el oficio de mercader de harinas y la Municipalidad de Laon le habia elegido regidor. Ansel Cuatro manos (le llamaban asi por su prodigiosa actividad en amasar) ofrecia un notable contraste con su mujer ; era tan tranquilo y reflexivo como ella petulante y aturdida , tan sóbrio de palabras como ella charlatana , tan grueso como ella esbelta , y su fisonomía anunciaba una honradez á toda prueba que se unia en él con un recto sentido , un corazón generoso y una extrema probidad. El paste-

lero, deseoso de complacer á su linda esposa, á quien amaba siendo correspondido, se habia puesto un traje guerrero, porque un gran número de ciudadanos y artesanos, privados hasta entónces del derecho de llevar armas, derecho reservado exclusivamente á los señores, á los caballeros y á sus soldados, tenian un placer en engalanarse con los arreos militares. Ancel Cuatro manos no era muy aficionado al traje guerrero, pero deseoso de complacer á Simona, á quien gustaban en extremo los adornos bélicos, se habia puesto un coselete de cuero muy recio que no se habia hecho segun su medida y que por consiguiente comprimia su pecho hasta privarle á intervalos el aliento y hacia resaltar mas de lo regular su enorme vientre; por el contrario, su casco de hierro, que era ancho en demasia, le caia continuamente hasta los ojos, inconveniente que el buen pastelero remediaba de vez en cuando empujando hácia atrás tan incómodo y pesado mueble; añadase á esto que con frecuencia se cruzaba entre sus piernas la larga espada suspendida de un tabali de búfalo, bordado de seda encarnada por Simona, la cual estaba empeñada en imitar á las nobles damas en los regalos que hacian en aquella época á sus hazañosos caballeros.

Ancel era antiguo amigo de Fergan que le apreciaba en extremo, y Simona, que se habia criado con Martina y tenia casi la misma edad, la queria como á una hermana. Como eran vecinas, las dos jóvenes se visitaban todos los dias despues de cumplir sus numerosos deberes de amas de casa y de artesanas, porque si Martina ayudaba á Colombaik en los trabajos de tundidor, Simona, no menos laboriosa, dejaba á Ancel Cuatro manos y á sus aprendices el cuidado de hacer el pan, y amasaba con sus lindas manos, tan blancas como la flor de la harina, las ricas golosinas que tanto gustaban á los ciudadanos y hasta á los nobles episcopales.

Simona la Pastelera entró en casa de sus vecinos con su acostumbrada petulancia, pero su rostro agraciado, no tan jovial como otras veces, espresaba una viva indignacion, y exclamó adelantándose algunos pasos á su marido:

— ¡ Insolente! Es tan cierto, como que á Ancel le llaman Cuatro manos, que hubiera querido tener cuatro manos para abofetear á esa vieja... á esa bruja aunque sea una noble dama.

— Muy enojada venis, vecina, dijo Fergan sonriendo, porque conocia el caracter impetuoso de la pastelera.

— ¿ Qué tienes, Simona? añadió Martina; ¿ qué te ha sucedido?

— Nada , respondió el pastelero moviendo la cabeza y respondiendo á las miradas interrogadoras de Fergan , de Juana y de Colombaik ; nada , buenos vecinos.

— ¿ Cómo nada ? gritó Simona volviéndose de un salto bácia su marido. ¿ Nada son para tí semejantes insolencias ?

El pastelero volvió á mover negativamente la cabeza , y aprovechándose de la ocasion para desembarazarse del casco que le pesaba como una torre , se lo puso debajo del brazo.

— ¿ Con qué no es nada ? repitió Simona dirigiéndose á Fergan y á Juana ; os tomo por jueces ; decid si tengo ó no razon , vosotros que sois prudentes y juiciosos.

— Es decir que Martina y yo no lo somos , dijo riendo Colombaik ¿ Rehusais acaso nuestro fallo ?

— No os tomo por jueces á vos ni á Martina porque seriais de mi opinion , respondió Simona interrumpiendo á Colombaik , pero Fergan y su esposa no son aturdidos como nosotros , y decidirán si me enojo... por nada , añadió lanzando una mirada de indignacion al pastelero que , no sabiendo qué hacer de su larga espada , se habia sentado poniéndosela cruzada sobre las rodillas despues de dejar el casco en el suelo. He aqui lo que ha sucedido , continuó Simona ; segun prometí ayer á Martina que vendria á buscarla para asistir á la ceremonia de la inauguracion de nuestra campana , salimos de casa Ancel y yo , y siguiendo la calle del Cambio , pasamos por delante de la ventana baja de la casa fuerte de Arnulfo , señor de Alto-Puerco como él se llama.

— Le conozco , dijo Colombaik , es uno de los episcopales mas furibundos de la ciudad.

— Y su mujer es una furibunda insolente , exclamó Simona. Luego vais á verlo , vecinos. Figuraos que estaba con su criada en una ventana baja cuando pasábamos Ancel y yo. « Mira , mira , dijo en voz alta á su criada riendo á carcajadas ; ahora pasa la pastelera como un barco empavesado con su corpiño de seda lombarda , su cinturón de plata y su saya con franja de martra. ¡ Dios me ampare ! ¿ No es una vergüenza que tales mujezuelas se atrevan á vestirse de seda y á adornarse con ricas pieles como las mas nobles damas , en vez de llevar humildemente los trajes que corresponden á su bajo linage ? Me inspira compasion esa necia entonada. Pero por fortuna su corpiño amarillo es del color de sus barquillos y pasteles y le servirá de muestra. »

— Lo cual prueba en favor de los pasteles de Simona ¿ no es verdad , vecinos ? dijo Cuatro manos , porque los pasteles al salir del horno han de ser amarillos como el oro.

— ¡ Qué necia he sido ! Segun mi buen esposo , debí haber tomado como elogios las palabras de la noble dama , dijo Simona ; pero ya he respondido como era debido á aquella insolente : « Señora de Alto-Puerco , le he dicho , si mi corpiño es la muestra de mis barquillos y pasteles , vuestra cara es la muestra de vuestros cincuenta años cumplidos , aunque os haceis la niña »

— La respuesta ha sido oportuna , dijo Colombaik riendo , porque la tal dama es la vieja mas presumida de Laon. Ya se vé ; los adornos de nuestras mujeres causa tan mal efecto á las nobles como las torres de nuestras casas.

— La respuesta fué un dardo que dió en el blanco , añadió Simona , porqué la dama se asió como una furia á la reja de la ventana gritando : « ¡ Tunantuela ! ¡ atreverse á hablarme asi la sierva emancipada ! Pero paciencia... que pronto te haré azotar por mis criadas. »

— No digais disparates , señora , le respondí entonces , dijo el pastelero , porque ya sabeis que ha pasado aquel tiempo en que las damas nobles mandaban azotar á las plebeyas.

— Si , añadió Simona con indignacion , y ¿ sabeis lo que ha dicho esa arpia amenazando con la mano á Ancel ? « Villanos , no hablareis tan alto mucho tiempo. No llevareis muchos dias el casco de los caballeros ni vuestras mujeres corpiños de seda pagados por sus amantes. »

Y Simona , al pronunciar estas palabras , se puso encendida de vergüenza , rodaron dos lágrimas por sus mejillas y añadió con acento doloroso y conmovido :

— ¡ Tal ultrage á mi ! ¡ Y atreverse Ancel á decir que esto no es nada !

— No , nada , porque eres virtuosa y hacendada , respondió afectuosamente el pastelero acercándose á Simona que se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. Que sean jueces mis vecinos : ¿ una injuria tan necia vale la pena de que se recuerde ?

— Ancel tiene razon , dijo Fergan ; esa vieja es loca y no debe hacerse caso de las palabras de los locos. Sin embargo , hemos de reconocer , amigos mios , que la insolencia de los episcopales va cada dia en aumento. ¡ Ah ! esas amenazadoras alusiones al tiempo pasado , anuncian algun secreto y pérfido designio.

— ¿Creeis, padre, que serán tan locos que piensen en atacar nuestra Municipalidad? ¿Hemos de hacer caso de su insolencia?

— Levadura que fermenta siempre está ágría, Colombaik, respondió el pastelero moviendo la cabeza con ademan pensativo. La observacion de tu padre es justa, y la insolencia de los episcopales tiene una causa oculta. No hace mucho decia á Simona: no es nada, pero ahora digo que es algo.

— ¡En horabuena! ¡que se atrevan! exclamó Colombaik, pero los esperamos y nos veremos las caras.

— Y si las mujeres toman parte como en la revolucion de Beauvais, dijo Simona apretando los puños, ya que no tengo hijos, acompañaré á mi marido á la batalla, y me las ha de pagar esa dama. La hija de mi madre santiguará con su mano á esa vieja mas seca que una oblea de Pascua por Navidad.

El buen pastelero se sonreia al ver el heróico entusiasmo de su linda esposa cuando se oyó á lo lejos el tañido de una campana.

Fergan, su familia y sus vecinos se estremecieron y escucharon con silencioso recogimiento aquel tañido sonoro y prolongado.

— Amigos míos, dijo Fergan con voz conmovida, ¿oís tañer por primera vez la campana de nuestra Municipalidad? ¿La oís? Ella nos llama para una fiesta, mañana nos llamará para el consejo donde arreglamos los intereses de la ciudad, y algun dia nos llamará tal vez para volar en defensa de nuestros derechos. Campana, tu voz de bronce proclama la emancipacion de los hijos del pueblo.

Apenas acababa de pronunciar el cantero estas palabras cuando todas las campanas de las iglesias de Laon empezaron á tocar, y aquel repique dominó y acordó completamente el tañido aislado de la campana de la Municipalidad. Aquella rivalidad de campaneos no era casual sino cálculo del partido de los nobles que, no ignorando la importancia patriótica que los comuneros de Laon daban á la inauguracion de su independendencia, trataban de turbar la fiesta.

— ¡Tocad... tocad! exclamó Colombaik. Vuestras campanas no harán callar, altivos nobles, nuestra campana municipal. Venid, padre, venid; la milicia urbana se habrá reunido ya en los pórticos del mercado. Vos sois condestable y yo decenero; no nos hagamos esperar.

CAPÍTULO II.

La milicia urbana. — Inauguración de la casa consistorial — El palacio del obispo. — Rollon. — El arcediano Anselmo. — Juan el Negro. — Tiegaldo el Lobo y su hija. — El regidor en el palacio episcopal.

Fergan tomó el casco, y dando el brazo á Juana la Jorobada al mismo tiempo que Colombaik daba el suyo á Martina y Cuatro manos el Pastelero á su esposa Simona, las tres parejas salieron seguidos de los aprendices tundidores que formaban tambien parte de los comuneros.

Continuaba la rivalidad de repique, y aunque á intervalos callaban las campanas de las iglesias esperando sin duda haber asordado á la de la Municipalidad, su tañido sonoro y regular seguia haciéndose oír y redoblaba con nueva furia el repique de los episcopales. Este incidente, pueril en la apariencia y grave en el fondo, porque su intencion era manifiesta, producía en la ciudad un vivo descontento contra los nobles. El trayecto que habian de recorrer las tres parejas hasta los pórticos del mercado, punto de reunion de la milicia urbana, era bastante largo, y la multitud inundaba las calles dirigiéndose hácia la casa consistorial que hacia tres años se estaba construyendo y se habia terminado recientemente. La fundición y la colocación de la campana en la torre habian retardado la inauguración de aquel monumento tan querido y respetable para los ciudadanos.

Juana la Jorobada se volvió varias veces con inquietud hacia su hijo que la seguía con Martina, precediendo á Cuatro manos el Pastelero y á su mujer. Los temores de Juana eran fundados porque se mezclaban con la muchedumbre los siervos y criados de los nobles, y de vez en cuando lanzaban alguna injuria grosera contra los comuneros, despues de lo cual huían á toda prisa, y caballeros cubiertos con sus armaduras cruzaban las calles á caballo con la mano en la cadera, la visera levantada y arrojando sobre la plebe y la clase media miradas de desprecio ó de desafío. Estas provocaciones fueron aun mayores en las cercanías del punto de la reunion de la milicia, á cuya cabeza debían ir procesionalmente á la casa consistorial el alcalde de Laon y sus doce regidores para inaugurar con una

sesion solemne las reuniones de estos magistrados que se habian verificado hasta entonces en casa de *Juan Molrain* el alcalde. El mercado, lo mismo que todos los de las ciudades de la Galia, se componia de vastos pórticos á donde los mercaderes acudian todos los sábados y á veces algunos otros dias de la semana á esponer sus géneros y mercancías, de modo que los habitantes de las cercanías y de los arrabales, que iban á proveerse á Laon, encontraban un punto de venta fijo y en dias determinados. Pero en aquel dia de fiesta los pórticos de la plaza servian de punto de reunion á un gran número de ciudadanos que se habian armado para reunirse con el cortejo y darle un carácter mas imponente. En caso de guerra todos los comuneros debian acudir á la cita al primer llamamiento de la campana armados de una lanza, una hacha ó un palo.

La multitud hacia poco caso de las insolentes burlas ó de las provocaciones de los episcopales, pues la mayoría de los comuneros se sentia bastante fuerte para despreciarlas, y otros, menos resueltos, cedian á cierto temor que les inspiraban aquellos nobles cubiertos de hierro, acostumbrados al manejo de las armas y contra las cuales no se habian batido aun los laoneses porque debian su emancipacion, no á una inserruccion como otras ciudades de la Galia, sino á un arreglo pecuniario. Por otra parte, muchos ciudadanos, libertados apenas de su servidumbre, conservaban involuntariamente un antiguo hábito, sino de respeto, al menos de temor hácia aquellos cuya opresion habian sufrido tanto tiempo.

Los deceneros, que mandaban á diez hombres, y los centuriones que mandaban á los primeros bajo las órdenes de Fergan, elegido condetestable ó gefe de la milicia, formaron á sus soldados debajo de los pórticos. Colombaik era decenero y su gente estaba completa á escepcion de un jóven llamado Bernardo, hijo de *Bernardo de las Bruyeras*, rico artesano asesinado tres años antes en la catedral de Laon.

—El pobre Bernardo no acudirá hoy sin duda, dijo Colombaik, porque es dia de fiesta y no hay alegria para él desde la desgraciada muerte de su padre.

—Sin embargo, alli viene, dijo uno de los milicianos indicando con la mano á algunos pasos del pórtico un jóven pálido, flaco, enfermizo, de aspecto tímido, cubierto con un casco de cuero y armado de una pesada hacha, que apenas podia sostener en el hombro. ¡Pobre Bernardo! añadió el miliciano, es tan débil y enfer-

mizo que no es extraño que no haya vengado la muerte de su padre. Bernardo fué acogido cordialmente por sus compañeros, y respondió á sus testimonios de interés con cierto embarazo, despues de colocarse silenciosamente en su puesto. Pronto llegó el alcalde acompañado de los regidores, unos sin armas y otros armados como Ancel Cuatro Manos, que fué á incorporarse con ellos. Juan Molrain, hombre en la fuerza de su edad y de un rostro tranquilo á la par que enérgico, iba al frente de los magistrados de la ciudad, y uno de ellos llevaba la *bandera* de la municipalidad de Laon, porque si la torre de las campanas populares se alza actualmente con orgullo en frente de los castillos feudales, las banderas municipales se alzan á no menos altura que los de los señores. La de Laon representaba dos torres almenadas entre las cuales se veia una espada desnuda, y el significado del emblema era el siguiente:— «Nuestra ciudad fortificada con murallas sabrá defenderse con las armas contra sus enemigos.»— Otro regidor llevaba en un cofrecillo de plata sobre una almohada de seda la *carta municipal* firmada por el obispo y por los nobles y confirmada con el sello y firma de Luis el Gordo, rey de los franceses. Finalmente, otro regidor llevaba tambien sobre una almohada el *sello* de plata de la municipalidad destinado á sellar las actas y fallos dados en su nombre por los regidores: era una medalla que representaba al alcalde vestido con una toga, la mano derecha levantada hácia el cielo como si prestase un juramento, en tanto que con la mano izquierda empuñaba una espada cuya punta descansaba sobre su corazon. (1) La significacion patriótica del sello municipal era la siguiente: «Yo, alcalde de Laon, he jurado conservar y defender las franquicias de la municipalidad, y moriré antes que hacer traicion á mi juramento.»

Cuando llegaron los magistrados de la ciudad, Fergan, que daba sus últimas órdenes á los milicianos, vió salir de entre la multitud á un sacerdote, arcediano de la catedral llamado ANSELMO, á quien amaba y respetaba el cantero.

— Fergan, le dijo el arcediano en voz baja, aconseja á tus amigos que tengan calma y prudencia, y sobre todo no permitas que contesten á ninguna provocacion. No puedo decirte mas: el tiempo urge y corro al palacio episcopal.

Y Anselmo desapareció entre la multitud.

El aviso del arcediano, persona prudente, amado de todos y que

(1) Historia de la municipalidad de Laon. t. I, lib. V, p. 56.

por su posición estaba bien informado, sorprendió á Fergan, el cual no dudó ya de que se habia urdido en secreto una conspiración contra la municipalidad. Se puso al frente de la milicia inquieto y pensativo y escoltó hasta la casa consistorial al alcalde y á los regidores. Fergan inscribe aquí sus nombres oscuros para que no los olvide la descendencia de Joel.

El alcalde se llamaba JUAN MOLRAIN, y los regidores FOULCO, *hijo de Bomar*; RAUL CABRICION; ANCEL, *yerno de Lebert*, HAYMON; PAYANO SEILLE; ROBERTO; REMIGIO BUT; MENARDO DRUY; RAIMUNDO *el Soisonés*; PAYENO OSTE LOUP; CUATRO MANOS, y RAUL GASTINES (1)

El cortejo se puso en marcha en medio de las alegres aclamaciones de la multitud que gritaba con entusiasmo:— ¡MUNICIPALIDAD! ¡MUNICIPALIDAD! á cuyo grito se unia el tañido sonoro de la campana popular, porque habia cesado por fin el repique de las iglesias, temiendo sin duda los episcopales parecer que tomaban parte en la fiesta con el estruendo de sus campanas. Antes de llegar á la plaza donde se alzaba la casa consistorial, el cortejo pasó por delante de la casa del caballero de Alto-Puerco, inmenso edificio flanqueado con dos torreones enlazados por una especie de galería almenada que sobresalía encima de la puerta. Hallábanse reunidos en esta galería un gran número de caballeros y de damas elegantemente engalanadas, unas jóvenes y lindas y otras viejas ó feas, y entre las menos viejas y mas feas, se distinguía especialmente la señora de *Alto-Puerco*, mujer de unos cincuenta años, seca, huesosa, de aspecto arrogante, que llevaba un justillo de color violeta con botones de oro y adornado con una esclavina de plumas de pavo real. Se habia puesto sobre sus canosos cabellos un ramo de flores á guisa de pastorcilla, y los colores brillantes de las margaritas, las rosas y los claveles hacian parecer mas amarilla su tez biliosa, menos amarilla sin embargo que sus largos dientes. Al ver el cortejo á cuya cabeza iban el alcalde y los regidores, se dirigió á las personas que la acompañaban y dijo con voz agria y penetrante que llegó á los oídos de los comuneros, porque la galería solo estaba á doce ó quince piés de altura:

—Señoras y señores, ¿habeis visto jamás una bandada de gorriónes acudir con mas alegría á un granero?

—Mirad, dijo en voz alta uno de los caballeros riendo á carcajadas y designando con el mango del látigo al alcalde Juan Molrain, mi-

(1) Véanse sus nombres en la *Colec. de las orden. de los reyes de Francia* t. XI, p. 136.

rad especialmente al que guía á toda la bandada, ¡Cómo se pavonea con su toga forrada de pieles!

— ¡Lástima que su sombrero nos impida ver sus largas orejas!

— ¡Vive Dios! ¿no es vergonzoso ver á esos necios esclavos con sus cascos y sus espadas como nosotros los nobles? añadió el señor de la casa ¿Y hemos de tolerar los caballeros tanta osadía?

— ¡Ola! ¡Eh! Cuatro manos el Pastelero, gritó la dama con voz chillona é inclinándose en la barandilla de la galería; tened la bondad de escucharme, señor regidor que vais así armado de guerra; el último pan que mi mayordomo fué á comprar á vuestra tienda no estaba bastante cocido y sospecho que me habeis estafado en el peso.

— ¡Ola! ¡Eh! señor Remigio el Guarnicionero, añadió otro de los nobles, señor regidor, que vais á administrar los negocios de la ciudad; sabio magistrado, entretanto dejais descuidado el trabajo y no me entregareis á su tiempo la silla de mula que os he encargado.

— Señores, he aquí la caballería, dijo una jóven riendo y aspirando el aroma de un ramo de flores; mirad qué ademan de maton tiene el truan que manda á esos valientes. Cualquiera diría que va perdonando la vida á todo el mundo.

— Señores... señores, mirad aquel heroe que, ofuscado sin duda por su visera, lleva el casco en el cogote.

— ¿Y aquel otro que lleva la espada como un penitente su cirio?

— ¡Bravo! por poco saca un ojo aquel gordote á su vecino con la lanza.

— Señores ¿no os sentís aterrados como yo y helados hasta en la médula de los huesos, al pensar que algun día podríamos encontrarnos lanza en ristre delante de esa plebe, formidable cohorte de frentes calvas, enormes vientres y piés gigantescos?

Estas injurias, acompañadas de insultantes carcajadas y ademanes de desprecio, no hicieron mella en un principio á los comuneros pero acabaron por exaltar á los mas impacientes y se alzaron sordos murmullos en la multitud. El cortejo se paraba ya á pesar de las instancias de Fergan, que aconsejaba en vano á los milicianos la calma y el desprecio; unos amenazaban con los puños y otros con las armas á los episcopales, cuyas carcajadas redoblaron al ver la irritacion popular. Juan Malrain, subiéndose entonces en uno de los bancos de piedra que hay cerca de las puertas de las casas y que comunmente sirven para montar mas fácilmente á caballo, impuso silencio y dijo con voz sonora que llegó á oídos de los episcopales:

— Hermanos y jurados de la municipalidad de Laon, no respondais á los impotentes ultrages. Que se atrevan á atacar nuestra municipalidad con hechos y no con palabras, y entonces vosotros, vuestro alcalde y vuestros regidores citaremos el culpable ante nuestro tribunal y se hará pronta y enérgica justicia de nuestros enemigos. Hasta que llegue ese caso, respondamos á las provocaciones con el desprecio, porque el hombre resuelto y fuerte desprecia las injurias, y en la hora del juicio condena y castiga.

Estas palabras tranquilas y mesuradas calmaron la agitacion de la multitud, pero llegaron á los oídos de los nobles reunidos en la galería y escitaron su enojo hasta el punto de amenazar á los comuneros con la espada redoblando sus insultos.

— ¡Vuestras espadas no son bastante largas y no nos alcanzarán! gritó Colombaik el Tundidor al pasar con sus milicianos por debajo del balcon almenado; bajad á la calle y veremos si el acero pesa mas en la mano de un industrial que en la de un caballero.

Los episcopales no respondieron con nuevos ultrages á pesar de su orgullo y su valor, pues siendo poco numerosos, hubieran caido prisioneros en poder de los milicianos. El cortejo, despues de haberse párado un momento en su marcha, siguió la carrera y llegó á la plaza donde se alzaba la casa consistorial que era el orgullo de los artesanos y de la clase media porque simbolizaba su emancipacion. Aquel edificio era vasto y hermoso, recientemente construido y formado de un cuadrilongo; elegantes esculturas adornaban su fachada, eran numerosas sus ventanas y su pórtico estaba compuesto de tres arcadas ojivales sostenidas por graciosos haces de columnitas de piedra; pero la parte que se habia edificado y embellecido con particular predileccion era la torre de la campana que se alzaba desde el tejado con osadia, formando bellas ojivas sostenidas por columnitas que dejaban ver al través de un rejado de piedras esculpidas, la espiral de la escalera que subia al campanario, oculto debajo de lienzos hasta el momento que el cortejo entró en la plaza.

Cuando se descorrieron los lienzos se exhaló de todos los pechos un grito de admiracion y de patriótico entusiasmo. No puede idearse nada mas ligero que aquel campanario, especie de jaula de hierro dorado cuyos adornos aparecian al través del azul del cielo como un encage de oro resplandeciendo á los primeros rayos del sol, y dominando la cúpula la bandera municipal ondeaba al soplo del viento primaveral. Los gritos de entusiasmo de la multitud redoblaron, y

la brisa debió llevar en sus alas hasta los oídos de los episcopales, la palabra mil veces repetida.— ¡ *Municipalidad!* ¡ *municipalidad!*

El obispado de Laon estaba inmediato á la catedral, cercado de altas murallas y fortificado con dos torreones entre los cuales se veía la puerta principal. El interior de aquel palacio era idéntico al castillo de un señor feudal, guerrero y cazador, la cual formaba un contraste á los ojos de los pocos hombres que en aquella época de hierro profesaban las ideas humanitarias de nuestro siglo. Uno de ellos era Anselmo que, algunos momentos despues de haber aconsejado á Fergan que indujese á los comuneros á despreciar las provocaciones de los episcopales, cruzaba los patios del palacio. Los balconeros lavaban y preparaban en aquel sitio la carne viva destinada á los halcones, ó limpiaban sus jaulas; á algunos pasos de distancia los monteros, con el cuerno de caza en la espalda y el látigo en la mano, conducían á la perrera una trahilla numerosa, y mas allá algunos siervos del dominio episcopal se ensayaban, al mando de un escudero, en el manejo de las armas. Esta última circunstancia llamó la atención al arcediano cuya tristeza se aumentó temiendo por el reposo de la ciudad.

Anselmo era bondadoso, puro, desinteresado, austero y muy instruido, de modo que le llamaban el *doctor de los doctores*, y varias veces habia rehusado el episcopado por temor de parecer que censuraba con su rigidez la conducta que observaban algunos obispos que empuñaban el báculo despues de haber esgrimido largos años la espada en los campos de batalla. Su pálido rostro, pensativo á la par que sereno, y su frente calva, arrugada por el estudio, daban á su persona un aspecto imponente que suavizaba la dulzura de su mirada. Anselmo cruzaba lentamente los patios del palacio, comparando aquel ruidoso tumulto con la calma de su retiro, cuando vió salir á su encuentro un negro de gigantesca estatura, vestido á la moda oriental y con un turbante encarnado. Aquel esclavo africano, de una fisonomía sardónica y feroz, se llamaba *Juan* desde su bautismo, y habia sido regalado algunos años antes al obispo Gaudry por un señor cruzado á su regreso de Tierra Santa. Juan el Negro llegó á ser poco á poco el favorito del obispo y de Rollon, que en aquel entónces era gobernador del palacio como presidente del capítulo

episcopal, porque Gaudry se hallaba casi continuamente ausente y al lado del rey de quien era privado y consejero. Cuando el arcediano vió á Juan el Negro, bajaba este de una escalera que terminaba en una puerta abierta debajo de una boveda separada por medio de una verja de los primeros patios; una mujer encubierta con una capucha que le ocultaba el rostro acompañaba al esclavo. Anselmo no pudo contener un movimiento de indignacion, porque sabiendo que la bóveda conducia al aposento de Rollon, no podia dudar que aquella mujer encubierta salia de alli á una hora tan irregular dando escándalo á los siervos, de modo que el arcediano se ruborizó de casta confusion, y volvió la cabeza con repugnancia en el momento en que, despues de haber abierto la verja, el esclavo y la mujer pasaban por su lado. Penetró entónces en la boveda, y salió á un prado cercado de arbustos y árboles que se estendia delante de la fachada de los aposentos particulares del palacio que ocupaba Rollon.

El gobernador era de origen normando y descendiente de los piratas de Rolf, habia hecho la guerra con Guillermo el Bastardo durante la conquista de Inglaterra, y poseia algunos castillos en las cercanias de Laon y una casa, donde residia habitualmente, en el recinto de esta ciudad. El obispo Gaudry, que era tambien de origen normando y que habia hecho la guerra á su lado hasta el año 1106 en que fué promovido al obispado de Laon, le encargaba el gobierno de sus fuedos durante sus continuas ausencias dándole amplos poderes porque le amaba entrañablemente como antiguo compañero de guerra. Rollon, ademas de cruel, avaro y libertino, era un terrible cazador, y aunque bastante viejo, tenia aun bastante robustez y estaba domando aquel dia un brioso potro en medio del prado cuando entró Anselmo. El escudero de Rollon aplaudia con la voz y el ademan la destreza de su señor, en tanto que un siervo robusto y de aspecto patibulario seguia aquella equitacion con mirada sardónica. Aquel siervo, que pertenecia á la abadia de San Vicente, feudo del obispado, se llamaba *Tiegaldo*, y habia sido recaudador de un pontazgo inmediato á la ciudad, y dependiente de la castellanía de Engerrando de Coucy, uno de los tiranos feudales mas crueles de la Picardia. El obispo lo obtuvo en cambio de un siervo que deseaba poseer el señor de Coucy y le encargó la recaudacion de los tributos que imponia á sus vasallos, cargo que Tiegaldo cumplia con tal rigidez, que el obispo y Rollon le llamaban en sus ratos de buen humor *compadre lobo*. El gobernador le hacia su confidente

en ciertas aventuras secretas despertando los vengativos celos de Juan el Negro.

Rollon vió al arcediano, paró el potro para darle nueva dirección, y despues de algunos saltos del brioso animal, llegó al lado de Anselmo. Saltó entonces con presteza en el suelo, y dijo entregando las riendas al escudero:

—Me quedo con el caballo; llévalo á la caballeriza. No tendrá igual para la caza del ciervo ó del javalí.

—Si os quedais con el caballo, señor, respondió Tiegaldo, dadme ciento veinte sueldos de plata que es el dinero que piden.

—Bien... bien; no corre prisa, respondió Rollon que añadió dirigiéndose al escudero: Gerardo, llévate el caballo.

—Os digo que no puede ser, replicó Tiegaldo; el arrendador espera en la puerta del palacio; se le ha de devolver el caballo ó pagarle el dinero. Asi se lo ha mandado el amo del potro.

—El descarado que ha dado esa órden merece recibir tantos palos como crines tiene la cola de su caballo, dijo Rollon. ¿No tengo, como representante del obispo, seis meses de crédito en mi señorío?

—No; respondió friamente Anselmo; ese derecho señorial, como otros muchos, está abolido desde que la ciudad de Laon es una municipalidad independiente; no lo olvideis.

—No lo olvido, no, pues lo recuerdo con frecuencia, respondió Rollon con concentrado enojo. Pero á pesar de todo llévate el potro, Gerardo.

—Señor, dijo Tiegaldo, os repito que el arrendador espera el dinero... ó el potro.

—Y yo repito que me quedo con el caballo, respondió Rollon pateando con cólera. En cuanto al dinero, si se atreve á quejarse ese arrendador, dile que me envíe á su amo, y veremos si tiene la audacia de de venir aquí.

—Tendrá esa audacia, señor, respondió Tiegaldo; el amo del potro es Colombaik el Tundidor, comunero de Laon, hijo de Fergan el dueño de las canteras del Molino. Conozco á esas gentes, y os prevengo que el padre y el hijo son... de los que se atreven.

—¡Vive Dios... silencio! gritó Rollon; Gerardo, lleva el potro á las caballerizas.

El escudero obedeció, y el arcediano Anselmo iba á demostrar á

Rollon la injusticia y el peligro de su conducta, cuando oyendo el gobernador cierto tumulto en los patios que precedian al prado, cedió á la impetuosidad de su genio irascible y se lanzó fuera del recinto del patio. Apenas habia cruzado el primer patio, seguido del escudero que llevaba el caballo y de Tiegaldo que se sonreia en su perversidad al ver la nueva iniquidad de Rollon, cuando este vió llegar á su encuentro un gran número de criados lanzando clamores y gesticulando con violencia, que rodearon á Juan el Negro cuya gigantesca estatura sobresalia sobre todas las cabezas y que, no menos animado que sus compañeros, gritaba y gesticulaba tambien blandiendo en una mano su largo puñal sarraceno.

—¿Qué ruido es ese? dijo Rollon poniéndose delante del grupo ¿porqué lanzais esos gritos?

— Varias voces irritadas respondieron al gobernador:

— Son los ciudadanos de Laon... los infames comuneros!

— ¡Siempre ellos! dijo Rollon ¿qué ha sucedido?

— ¡Qué lo diga Juan el Negro! gritaron varias voces. ¡Habla, Juan... habla!

El gigante africano se volvió hácia sus compañeros, les hizo con la mano un ademan imponiéndoles silencio, y enjugando en la pierna la hoja ensangrentada de su puñal, dijo á Rollon con voz alterada aun por la cólera y arrojando sobre Tiegaldo una mirada de odio y de burla:

— Acababa, señor, de acompañar hasta la puerta exterior á *Musina la Carbonera*...

— ¡Mi hija! exclamó Tiegaldo estupefacto en tanto que el gobernador, pateando con rábia y encogiendose de hombros, reprendia con la mirada al esclavo por la indiscrecion de sus palabras. Juan el Negro guardó silencio y afectó la inquietud del que conoce demasiado tarde la necesidad que ha soltado, en tanto que los servidores del palacio se reian á hurtadillas del aspecto asombrado de Tiegaldo, porque unos le temian por su maldad y otros le tenian envidia por su familiaridad con el obispo y con Rollon, entre los cuales contaremos á Juan el Negro. Tiegaldo, que se habia quedado pálido al oír tan terrible revelacion, lanzó á Rollon una mirada espantosa... pero rápida como el relámpago, y recobrando al momento su espresion habitual, se puso á reir con mas fuerza que todos los demas de la torpeza de Juan el Negro y hasta se inclinó con deferencia irónica ante Rollon. Este, que conocia mucho tiempo hácia la vida criminal

del siervo de San Vicente, no se admiró al verle permanecer en la apariencia tan indiferente por la deshonra de su hija, pero impulsado por ese respeto humano de que jamas se despojan enteramente los caracteres mas depravados, apaciguó con un ademán imperioso la hilaridad general y dijo:

— Esas risas son inoportunas, porque la hija de Tiegaldo vino esta mañana como otras muchas penitentes á consultar con su padre espiritual, y sé que Juan el Negro la ha acompañado hasta la puerta para evitar las maliciosas suposiciones de los siervos.

— Eso es tan cierto, añadió Tiegaldo con completa calma, que cuando trage esta mañana un potro al señor Rollon, creia volver con mi hija, pero ha salido mientras me hallaba en el prado.

— Compadre Lobo, replicó Rollon con una mezcla de altivez y familiaridad, mis palabras no necesitan tu testimonio.

Y deseando cortar aquel incidente que tenia por testigo al arcediano Anselmo, que continuaba silencioso pero indignado, Rollon dijo al esclavo negro:

— Habla: ¿qué ha sucedido con esos comuneros?

— Abria la puerta del palacio á Musina la Carbonera, cuando tres artesanos, que venian de los arrabales y se dirigian á la puerta de la ciudad para ir á asistir sin duda á la ceremonia anunciada por la campana municipal, pasaron por delante del palacio. Al ver salir una mujer encubierta, aquellos pícaros prorumpieron en carcajadas malignas, tocándose con los codos y continuando su camino, pero yo corrí hácia ellos y les dije: — ¿De qué os reis, perros comuneros? Me respondieron con insolencia y me llamaron verdugo del obispo; entonces saqué el puñal, herí á uno de ellos en el brazo, porqué paró el golpe, y en tanto que sus compañeros decian que iban á pedir justicia á la municipalidad, volví á entrar y cerré la puerta. Por Mahoma que estoy contento de lo que he hecho, pues he vengado á mi señor de los insultos de esos malditos.

— Si, Juan el Negro ha hecho lo que debia, gritaron los siervos; no podemos salir sin ser hostigados por los artesanos de Laon.

— Ayer, dijo uno de los halconeros, el carnicero de la calle del Cambio, que es uno de los regidores de la municipalidad, se negó á darme al fiado carne para los halcones de nuestro señor el obispo.

— Y ahora tenemos que pagar en las tabernas antes de beber.

— ¿Sucedia lo mismo hace tres años?

— ¡Qué tiempo aquel! Todos los servidores del obispado tomaban sin pagar lo que querían en las tiendas y nadie se atrevía á chistar.

— ¡Chistar? Caro lo hubieran pagado. Entonces mandábamos nosotros.

— Pero desde que hay municipalidad ellos son los amos.

— ¡Mueran los comuneros! dijo uno de los siervos que pocos momentos antes se estaba ejercitando en el manejo de las armas.

Y dirigiéndose resueltamente al gobernador que, lejos de calmar la efervescencia de los siervos, les animaba con una sonrisa de aprobación, añadió:

— Pronunciad una palabra, señor; somos aquí unos cincuenta que empezamos á saber manejar el arco y la lanza, poned algunos caballeros á nuestra cabeza, y entraremos en la ciudad donde no dejaremos piedra sobre piedra.

— Si, pronuncia una palabra, gritó Tiegaldo, y te traigo un centenar de leñadores y carboneros del bosque de San Vicente que harán de las casas de esos artesanos y mercaderes una hoguera capaz de tostar al mismo Belcebú.

Si el gobernador hubiera podido conservar alguna duda sobre la indiferencia del siervo de San Vicente acerca de la deshonra de su hija, se hubiese desvanecido al oír las palabras de Tiegaldo, de modo que Rollon, satisfecho con el testimonio de adhesión del siervo, dijo á los subditos que le rodeaban:

— Estoy contento al veros animados de tan buenos deseos, y os aseguro de que llegará antes de lo que os figurais el momento de correr á las armas en defensa de nuestro señor el obispo: Juan, te has vengado de la insolencia de los comuneros, y no temas, pues nadie se atreverá á perseguirte, y tú, compadre Lobo, dirás al arrendador que me quedo con el potro y le pagaré cuando me parezca bien. Corre á ver á nuestros amigos los leñadores y carboneros del bosque, pues de un día á otro los necesitaremos, y diles que cuando llegue ese día podrán hacer el botín que quieran en las tiendas y casas de los mercaderes y artesanos de Laon.

Se acercó entonces al arcediano Anselmo que habia presenciado esta escena sin desplegar los labios y le dijo:

— Seguidme; lo que acaba de pasar os habrá preparado para la conversacion que vamos á tener y con cuyo objeto os envié á llamar esta mañana.

El arcediano siguió á Rollon , y ambos subieron á la habitacion del obispo.

— Anselmo , dijo el gobernador cuando estuvo solo con el arcediano , acabais de oir y de ver cosas que tal vez os habrán sorprendido. Os he mandado á llamar para daros las órdenes que envió ayer el obispo por un mensajero. Sé cuanto amais á la plebe... es vuestro flaco.

— No es flaqueza sino afecto verdadero.

— No lo negaré. ¿ Quereis hacer un favor á vuestros protegidos?

— Con mucho gusto.

— Pues leedles esta carta que escribe desde Paris nuestro santo prelado.

Rollon entregó á Anselmo un pergamino en que se leia lo siguiente :

« Habitantes de Laon, renunciad á ese espíritu execrable de novedad, á ese afan diabólico que induce en nuestro siglo al vasallo á alzarse contra su señor, y abjurad cuanto antes ese orgullo desenfrenado é impio que persuade al artesano y al mercader que pueden sustraerse de la autoridad señorial para gobernarse por si propios. Volved á vuestros oficios y á vuestras tiendas. Abandonais la Iglesia por la casa consistorial, dais oido á las sujestiones de vuestra rebeldia, tratais de asordar con vuestra campana la voz de los templos, y acabareis por olvidar la sumision que debeis á los sacerdotes, á los nobles y al rey. No confundais las clases y dejad á cada cual sus derechos y sus deberes; el derecho de la nobleza y del trono es mandar, y el deber del siervo, del artesano y del mercader es obedecer á sus señores naturales. Renunciad á ese ensayo de municipalidad que estais haciendo de tres años á esta parte, y dejad de representar los papeles de alcalde y de regidores, porque vuestra ignorancia os arrastrará á mil errores y excesos, y ya podeis estar convencidos de que necesitais quien os guie y aconseje. Hemos resuelto con el rey anular las novedades que habeis introducido en el gobierno de la ciudad, y confiamos en que obedecereis y no os espondreis á un justo y severo castigo.»

Anselmo leyó la carta con sorpresa é indignacion y guardó silencio durante algunos momentos.

— ¿ Es decir, preguntó al fin, que induces á que aconseje á los habitantes de Laon que renuncien á su carta... esa carta que juraron el rey y el obispo?

— El obispo se hallaba entónces en Inglaterra y nunca ha consentido en el arreglo que hizo el capítulo en su nombre.

— ¿Y puedes negar que cuando regresó de Londres firmó y selló esa carta el obispo mediante una cantidad considerable?

— Hizo muy mal: Gaudry no tenia derecho para enagenar los derechos de la iglesia.

— ¿Ha devuelto acaso el dinero que recibió por consentir de la municipalidad?

— El dinero que recibió representaba cuatro años de tributo, y habiendo trascurrido tres desde la fundacion de la municipalidad, todo se reduce á que los habitantes de Laon tienen pagado un año por adelantado.

— ¿Faltará Gaudry á su juramento?

— Asi lo exige la paz de su señorío.

Anselmo se contuvo haciendo un penoso esfuerzo y añadió:

— ¿Es decir que se trata de abolir la municipalidad de Laon?

— Si, por todos los medios posibles.

— Pero veo un obstáculo poderoso.

— ¿Cuál?

— La firma del rey.

— El rey está convencido de que cometió un error al firmar la Carta, y tanto es asi, que mañana llega á la ciudad Luis el Gordo, acompañado del obispo y al frente de un gran número de caballeros y hombres de guerra, para castigar á esas gentes si se oponen á la abolicion de su municipalidad.

— ¡El rey!

— Si.

— Parece increíble..

— El rey ha llegado á comprender que sigue una errada senda, y que aunque le conviene vender la emancipacion á las ciudades sometidas á los señores laicos, que son sus rivales, compromete su poder alejándose de los obispos que son sus consejeros y amigos y el mas firme sosten de su trono. Asi pues, Luis el Gordo, al confirmar provisionalmente las cartas de emancipacion de las municipalidades sometidas en otro tiempo á señores laicos, está firmemente resuelto á hacer entrar nuevamente bajo la autoridad de sus señores á todas las ciudades eclesiásticas emancipadas. Por eso te repito que mañana estará Luis el Gordo en esta ciudad al frente de sus hombres de armas: todos los nobles de Laon lo saben ya.

— No me admiran pues sus locas provocaciones. ¡ Ah ! no me engañaban mis presentimientos cuando aconsejaba esta mañana á los comuneros que tuvieran calma y prudencia.

— Haciais muy bien , y como conozco la influencia que ejercéis en esas gentes , os he enviado á llamar para encargaros que les aconsejéis que renuncien voluntariamente á su municipalidad si desean evitar un terrible castigo.

— Rollon , dijo Anselmo con voz conmovida y solemne , rehusó el encargo que me das , y no quiero ver derramar la sangre de mis hermanos.

— ¿ Qué decís ?

— Digo que , segun el entusiasmo de que he sido testigo hoy , estallaria una sublevacion terrible si llegasen á sospechar los comuneros semejante proyecto , y que tú y todos los nobles de la ciudad seriais las primeras víctimas de su furor.

— ¡ Una sublevacion ! repitió Rollon prorumpiendo en una carcajada ; Juan el Negro cogeria por las orejas al comunero mas valiente y lo traeria de rodillas temblando y arrepentido.

— Digo que , á pesar del apoyo y de la presencia del rey , si te atreves á atentar contra los derechos de la municipalidad , tú y los nobles sereis esterminados por el pueblo sublevado. ¡ La maldicion de Dios caerá sobre mí antes que desencadene con mis palabras tan horrible tempestad !

— ¿ Os negais á cumplir los mandatos del obispo ?

— El obispo es incapaz de mandar tal alevosia , y tú representas aqui su poder temporal pero no el espiritual y puedo desobedecerte. Reflexiona , Rollon ; no te hablaré de los horrores de la guerra civil que asolará esta ciudad tan tranquila y feliz hace tres años , ni del juramento que prestó Gaudry al firmar la carta de Laon , porque te reirias , pero no te reirás cuando te diga que espones la vida , y que tal vez tendré que disputar al furor popular tus restos sangrientos para darles sepultura.

El acento de conviccion y la imponente autoridad del carácter del arcediano impresionaron á Rollon , que aunque no retrocedia ante los medios para satisfacer sus pasiones , apreciaba mucho la vida. Asi pues , á pesar del ciego desprecio que le inspiraba la plebe , vaciló un momento en su resolucion y permaneció sombrío y silencioso pensando en las triunfantes rebeliones que en circunstancias semejantes habian tenido lugar hacia pocos años en otras municipalidades de la

Galia. Porque es forzoso confesar que él habia sido el instigador constante para que Gaudry se decidiese á abolir la municipalidad de Laon, y que á sus instancias se debia el que el rey Luis el Gordo hubiese salido de Paris para apoyar las pretensiones de los episcopales.

Entró de pronto Juan el Negro que dijo á Rollon con ademan sardónico y triunfante:

— Señor, uno de esos perros comuneros acaba de caer en el lazo. Está en nuestro poder con su mujer que ¡ por Mahoma! es linda como una hourí del paraíso.

— Deja á un lado tus heréticas chanzas, dijo Rollon con impaciencia. ¿ Qué sucede ?

— Hace un momento llamaron á la puerta principal, estaba en el patio con los siervos que se ejercitan en el manejo de las armas, y mirando por la cerradura ví un hombre corpulento con el casco hasta los ojos, rebentando en su coselete de cuero, y tan apurado con su espada como un perro que le han atado una sarten en la cola. Le acompañaba una linda jóven. — ¿ Que quieres ? pregunté al buen hombre. — Hablar con el señor Rollon al momento para un asunto grave: soy regidor de la municipalidad de Laon. — Me ha parecido muy oportuno tener aqui en rehenes uno de esos comuneros, y despues de enviar á uno de los siervos á las saeteras de la torre para ver si nuestro hombre estaba solo, le abrí la puerta. Os hubierais reido, añadió Juan el Negro riendo, si le hubieseis visto, en el momento de pasar el umbral de la puerta, abrazar á su mujer como si entrase en el infierno, en tanto que la jóven le decia: « Te espero aqui; estaré menos inquieta que si te hubiese esperado en la casa consistorial. » ¡ Por Mahoma! dije para mi, he aqui una excelente presa, y sin reflexionar mas, la cojo como una pluma, la llevo al patio, y aunque me daban tentaciones de dejar con un palmo de boca al marido en medio de la plaza, pensé que era preferible tenerle aqui encerrado. Su mujer ha gritado y hasta me ha arañado en el rostro cuando la cogí en mis brazos, pero luego que ha estado al lado del comunero ha recobrado el valor y la lengua de un modo prodigioso. Los dos esperan en el aposento inmediato. ¿ Les permito que entren ?

El anuncio de la llegada de uno de los comuneros, objeto del odio de Rollon y de todos los nobles, despertó su colera, contenida momentaneamente por las palabras del arcediano Anselmo, y el gobernador gritó:

— ¡Vive Dios! ¡á tiempo llega ese comunero! Que entre...

— ¿Y su mujer?

— Tambien.

Juan el Negro salió y Anselmo dijo á Rollon :

— Mira lo que haces; considera que los regidores son elegidos por los habitantes, y que fuera una mortal injuria para ellos el que ultrajases al hombre de su eleccion.

— Agradezco vuestros consejos, pero no los necesito, dijo Rollon con altiva impaciencia.

— Te suplico en nombre del obispo á quien representas, en nombre de la salvacion de tu alma, en nombre de tu vida... que no seas causa de un incendio que no podrás apagar.

— ¿Qué no apagaré el incendio? dijo Rollon sonriendo con sarcasmo. Lo apagará la sangre de esos villanos.

Rollon acababa de pronunciar estas palabras cuando entró Ancel Cuatro Manos el Pastelero acompañado de su esposa Simona y precedido de Juan el Negro que, dejándoles en el umbral de la puerta, salió sonriéndose con crueldad. El regidor estaba pálido y conmovido, pero la benevolencia que habitualmente espresaban sus facciones, se habia trasformado en reflexion y firmeza; sin embargo, forzoso es confesar que su casco puesto desmesuradamente hácia atrás y su vientre hinchado debajo del coselete de acero daban al ciudadano una apariencia casi grotesca que sorprendió en extremo á Rollon, de modo que el gobernador no pudo reprimir una carcajada y dijo al arcediano con desprecio:

— ¿Son como este todos los valientes que van á hacer temblar á los nobles?

El regidor y su esposa que se estrechaba contra él se miraron sin entender el sentido de las palabras de Rollon. Simona, no menos turbada que su marido, parecia alternativamente dominada por el temor del peligro á que se esponia Ancel y el horror que le inspiraba el gobernador.

— ¿Qué quieres, ilustre regidor de la municipalidad de Laon? preguntó Rollon con acento burlon y desdeñoso. Deseabas verme y hablarme: habla, pues.

— Señor, no deseaba veros sino para cumplir con un deber; soy este mes regidor judicial y como tal encargado de los procedimientos. Bajo este concepto vengo á desempeñar mi cargo.

— ¡Os saludo, señor regidor judicial! dijo Rollon inclinándose

ironicamente ante el pastelero. ¿ Puedo saber al menos el objeto del procedimiento que vais á verificar en este palacio ?

— Si ; vengo á proceder contra vos.

— ¿ Contra mi !

— Contra vos y contra Juan , el esclavo africano.

— Y ya que mi marido ha empezado á proceder , añadió resueltamente Simona , pedirá tambien justicia y reparacion de las injurias que me ha dirigido la noble dama de Alto-Puerco , mujer de uno de vuestros episcopales.

Rollon se rió de la ocurrencia de la pastelera y preguntó á Cuatro Manos :

— ¿ Qué delito hemos cometido , ilustre regidor ?

— Hace una hora que Pedro el Zorro , arrendador de Colombaik el Tundidor , ha venido á declarar al alcalde y á los regidores convocados en la casa consistorial que vos , Rollon , gobernador del palacio episcopal , os habiais apropiado contra todo derecho un caballo perteneciente á dicho Colombaik...

— ¿ A eso se reduce mi delito ? preguntó Rollon riendo ¿ no he cometido ningun otro ?

— German el Fuerte , maestro carpintero de la Grande Selva , se ha presentado tambien con dos testigos á declarar al alcalde y á los regidores que al pasar por delante de la puerta del palacio ha sido primeramente ultrajado y despues herido con un puñal en el brazo izquierdo por Juan el Negro.

— Condenadme , pues , señor segidor y juez , dijo Rollon sin cesar de reir.

— Aun no , respondió friamente el pastelero , es preciso instruir antes el proceso , en segundo lugar , oir los testigos , en tercer lugar pronunciar el fallo y en cuarto lugar egecutarlo.

— Instruid , pues , ese proceso ; tengo curiosidad de ver hasta donde llega tu audacia.

— Mi audacia es la de un hombre honrado que cumple con su deber.

— Un hombre honrado que no se intimida , añadió Simona , un hombre que no hace caso de risas y desprecios.

— Te advierto , hermosa pastelera , que si tengo paciencia para escuchar las sandazes de tu marido es porque hablan en su favor tus graciosos ojos.

— Pues yo os juro por los pobres ojos de Gerardo el Soisonés á

quien tan cruelmente privasteis de la vista, y por la sangre de Bernardo de las Bruyeras, que asesinasteis que no hablan en vuestro favor vuestro aspecto ni vuestra risa orgullosa.

Cuando la pastelera pronunció estas palabras, que le arrancaba una generosa indignacion, volvió bruscamente la espalda á Rollon, y el gobernador, enojado al verse reprendido por dos de sus crímenes, se puso pálido y exclamó incorporándose en su sillón cuyos brazos apretó convulsivamente:

— ¡ Miserable sierva !

— ¡ Simona! dijo el regidor á su mujer con acento de reprension é interrumpiendo á Rollon; no debias hablar asi; esos crímenes pasados pertenecen á Dios... pero no á la municipalidad como los atentados de que vengo á acusarle.

— Voy á ahorrarte la mitad del trabajo, exclamó Rollon con furor concentrado en vez de continuar burlándose con desden del regidor; es verdad que me he apropiado el caballo del arrendador, y que Juan el Negro ha dado una puñalada á uno de los vuestros. ¿ Qué harás contra mi ?

— Ya que confesais vuestro delito, haré que devolvais el caballo á su dueño ó que le pagueis lo que vale y haré justicia del crimen cometido por Juan, vuestro esclavo negro.

— Y yo te respondo que pagaré el caballo cuando me plazca y que Juan ha castigado justamente á un audaz comunero. Pronuncia ahora tu sentencia.

— Rollon, esas palabras son gravísimas, respondió el regidor con emocion: os suplico que os digneis reflexionar mientras os lea dos textos de nuestra carta municipal jurada por el obispo, firmada por su mano, sellada con su sello, y confirmada además por nuestro señor el rey Luis el Gordo.

Y el regidor sacó un pergamino del bolsillo y leyó lo siguiente. « Si alguno hiciere violencia ó daño á algun hombre que haya jurado la comunidad de Laon, el alcalde y los regidores harán justicia, despues del informe y de la deposicion de los testigos, del cuerpo y bienes del culpable... Si el culpable se refugiare en algun castillo, el alcalde ó los regidores hablarán sobre esto al señor de dicho castillo ó al que esté en su lugar, y si el señor se niega á dar satisfaccion, la municipal se hará justicia sobre los bienes y los hombres de dicho señor. » Tales, Rollon, la ley de nuestra municipalidad consentida y jurada por el obispo y por nosotros. Asi pues, si no restituís el ca-

ballo y no nos dais satisfaccion sobre el crimen de Juan, vuestro esclavo, nos veremos obligados á hacer justicia sobre vuestros bienes.

Los episcopales estaban tan seguros del apoyo del rey, que deseaban y provocaban hacia algun tiempo una lucha con los comuneros creyendo asegurado el triunfo, y esperando al mismo tiempo reconquistar sus derechos señoriales, tesoro antiguamente inagotable pero vendido por ellos hacia tres años por una cantidad considerable que habian ya disipado. Rollon, negándose á dar satisfaccion á las legítimas reclamaciones de los regidores, debia producir un conflicto en el momento en que Luis el Gordo estaba para llegar á Laon con una numerosa cohorte de caballeros, y por esta razon, no dudando el gobernador de que la ciudad sucumbiria en la lucha y viéndose favorablemente secundado por las circunstancias, en vez de responder con arrebató á las prudentes y firmes palabras del pastelero, dijo afectando una humildad sardónica:

— Veo, ilustre regidor, que los pobres señores tendremos que recurrir á la resistencia para impediros que hagais justicia sobre nuestras vidas y haciendas como acabais de decir con aire de triunfo, señor comunero.

— Reflexionad bien lo que decis, dijo el pastelero cruzando las manos con ansiedad; vuestra negativa á dar satisfaccion á la municipalidad es la guerra entre los nobles y la ciudad.

— Lo adivinasteis, intrépido regidor, respondió Rollon remedando irónicamente á Ancel, tendremos que resignarnos á la batalla, pero por fortuna los episcopales son bastante diestros en el manejo de la espada y la lanza.

— Rollon, la guerra seria un mal terrible, exclamó el regidor con voz alterada. ¿Porqué se nos ha de reducir á tal extremo, cuando depende de vos el precaver tantos desastres cumpliendo el juramento que prestó el obispo á quien representais en su ausencia?

— Te suplico que accedas á peticion tan justa y prudente, dijo entonces el arcediano á Rollon; tu negativa desencadena todas las calamidades de la guerra civil.

— Rollon, añadió el regidor con acento triste y conmovido. ¿Qué pedimos? Justicia... ¡nada mas! Restituid el caballo ó pagadlo. Vuestro servidor ha cometido un crimen: castigadle. ¿Es excesiva acaso la exigencia? ¿Entregareis por vuestra ciega resistencia nuestro pobre país á calamidades sin cuento? Por piedad, pensad en las con-

secuencias de la batalla ; pensad en la sangre que se derramará , en las viudas... en los huérfanos !

— Veo , heróico regidor , dijo Rollon con una sonrisa sardónica , que aunque nos amenazas con la guerra , tienes como todos tus compañeros un miedo terrible.

— ¡ Miedo ! exclamó Simona no pudiendo dominar su impetuoso carácter , ¡ miedo ! que la campana llame á los habitantes á la defensa de la municipalidad , y como en Beauvais , en Noyon y en Reims , los hombres correrán á las armas y las mujeres les acompañarán para curar á los heridos...

— Hermosa amazona , dijo Rollon riendo , si llegases á caer prisionera fácilmente podrias pagar el rescate.

— Señor Rollon , dijo el regidor , semejantes palabras son indignas del que representa , aunque temporalmente , á un obispo. Decis que tememos la guerra. Si , es verdad ; la tememos porque sus males son irreparables , y yo la temo mas que nadie porque en ella se muere , y tengo apego á la vida y á la paz de mi casa.

— Pero combatirias como los demás , exclamó Simona casi irritada con la sinceridad de su marido. ¡ Oh ! si , te conozco y sé que combatirias con tanto arrojo como cualquier otro.

— No he combatido en mi vida , dijo ingenuamente el pastelero pero creo que cumpliria con mi deber , aunque soy mas diestro en manejar la pala del horno que la espada.

— Confiesa , heróico guerrero , dijo Rollon riendo á carcajadas , confiesa que prefieres el fuego del horno al de la batalla.

— Lo confieso , todos los ciudadanos prefieren como yo el bien al mal , la paz á la guerra , pero sabed que hay una cosa que preferimos sobre todo y es el honor de nuestras esposas , hijas y hermanas ; el goce tranquilo de lo que hemos adquirido á fuerza de trabajo , nuestra dignidad , nuestra independenciam y el derecho de gobernarnos. Todos estos beneficios los debemos á nuestra emancipacion de los derechos señoriales ; y ya podeis figuraros que , aunque somos torpes guerreros , derramariamos la última gota de nuestra sangre... no os riais , señor Rollon , derramariamos la última gota de nuestra sangre para defender nuestra municipalidad y conservar nuestra emancipacion. Si , nos resignariamos á tan terrible extremo porque no es muy gustoso el morir , y por eso os suplicamos en nombre de la paz pública que accedais á nuestras reclamaciones.

— Señor , dijo Juan el Negro entrando precipitadamente ; acaba

de llegar un escudero del rey, y dice que antes de dos horas estará con sus caballeros y con nuestro ilustre señor Gaudry en las puertas de la ciudad.

— ¡El rey y el obispo en Laon! exclamó el regidor con alegría. Nada tenemos ya que temer... Han firmado nuestra municipalidad y os obligarán á acceder á nuestras reclamaciones. El obispo permanecerá en la ciudad y dejareis de ser nuestro tirano.

— ¡Contad con el apoyo del rey... contad! dijo Rollon con sonrisa sordónica. ¿Sabes porque viene á Laon con una numerosa cohorte de caballeros bien armados? Preséntate pidiendo justicia y verás como te contestará el verdugo. El rey está cansado de vuestros excesos; no puede permitir que la plebe le dispute su poder y sus derechos, y vosotros, necios comuneros, habeis formado con vuestra municipalidad un Estado independiente para disputarle al fin hasta su corona. Puedes retirarte, heróico regidor, y dí á tus compañeros que Rollon es noble y solo depende de Dios y de su rey.

Y dirigiéndose á Juan el negro añadió:

— Qué mi escudero ensille el caballo que me has traído esta mañana y que se avise á los nobles de la ciudad para que esten prontos á salir al encuentro del rey.

Y Rollon entró precipitadamente en otra estancia dejando al pastelero tan absorto como alarmado, viendo destruidas sus esperanzas acerca de la intervencion del rey y vacilando en dar crédito á las palabras del gobernador.

— Ancel, le dijo el arcediano, no lo dudes; Luis el Gordo apoyará á los episcopales... ¡Prudencia! Haré cuanto pueda para conjurar la tempestad que nos amenaza.

— Ven, Simona, dijo el regidor con los ojos bañados en lágrimas, ven... Si el rey de los franceses es enemigo nuestro... ¡Dios proteja la municipalidad de Laon!

— ¡Dios la proteja! repitió Simona, pero tambien es forzoso que la proteja el valor de los comuneros.

CAPÍTULO III

Llega Luis el Gordo a la ciudad de Laon.— ¡ A las armas , comuneros ! — Astucia de Robin el pilluelo.

El rey Luis el Gordo entró en la ciudad de Laon la víspera del jueves santo del año 1112.

Colombaik , su esposa y su madre se hallaban el día de viernes santo reunidos en el aposento bajo de su casa. Despuntaba la aurora : el hijo de Fergan , Martina y Juana la Jorobada habían velado toda la noche ; aun no habían apagado la lámpara que les alumbraba , y las dos mujeres , profundamente tristes é inquietas , hacían de sábanas viejas vendas y trapos , en tanto que Colombaik y sus tres aprendices tundidores manejaban la lima y el cepillo , y fabricaban con ramas de encina y fresno recién cortadas , astas de lanzas de cuatro piés de longitud. Colombaik no participaba al parecer de la alarma de su madre y de su hermana que , silenciosas y ahogando á intervalos un suspiro , continuaban su tarea prestando de vez en cuando el oído hácia el lado de la ventana que daba á la calle , pues esperaban con tanta impaciencia como inquietud el regreso de Fergan que estaba ausente desde el día anterior.

— ¡ Aprisa , muchachos ! decía jovialmente Colombaik á los aprendices , manejad con presteza el cepillo y la sierra. No importa que los mangos no estén muy lisos pues deben manejarlas manos callosas como las nuestras.

— Colombaik , dijo riendo uno de ellos , estos mangos seran menos suaves para la mano que las pieles finas de cabretilla que tundimos para los guantes bordados de las damas.

— El adorno de la lanza es el acero , respondió Colombaik , pero Robin el pilluelo tarda mucho en traer esos adornos , y sin embargo no hará como el aprendiz del pastelero , porque á buen seguro que no se comerá la mercancía por el camino.

El chiste de Colombaik escitó la risa de los jóvenes , pero el tundidor volvió los ojos casualmente hácia Juana y Martina y le admiró la creciente inquietud que espresaban sus facciones.

— Querida madre , si os aflige mi buen humor , dijo á Juana con

voz cariñosa y penetrante, perdonadme... y perdóname también tú, Martina.

— Hijo mio, respondió tristemente Juana ¿Es acaso un espectáculo agradable el que ofreceis vosotros fabricando armas en tanto que nosotras preparamos lienzos para curar las heridas?

— Y mas al pensar, dijo Martina sin poder contener las lágrimas, que tal vez estarán entre los heridos un padre, un hijo ó un esposo. ¡Malditos sean los que quieren la guerra en esta ciudad que tan venturosa ha sido durante tres años!

— Querida Martina, respondió Colombaik para tranquilizar á su esposa y á su madre, prepararse á la guerra no es hacerla, pero es prudente tomar precauciones.

— ¡Tu padre... ya está aquí tu padre! dijo vivamente Juana oyendo llamar á la puerta de la casa.

Y se levantó lo mismo que Martina en tanto que uno de los aprendices corria á abrir, pero salió frustrada la esperanza de las dos mujeres porque oyeron una voz infantil que gritaba:

— ¡Calentitos! ¡calentitos! ¿Quién quiere barquillos? ¡Recien salidos del horno!

Y Robin el pilluelo aprendiz de herrero, muchacho de doce á trece años, de rostro despejado, pero ennegrido por el humo de la fragua entró trayendo en el delantal de cuero veinte hierros de lanzas que dejó caer en el suelo gritando:

— ¿Quién quiere barquillos? ¡calentitos! ¡Recien salidos del horno!

— Casualmente estábamos temiendo que te hubieras comido alguno en el camino, dijo uno de los tundidores. Eres capaz de semejante golosina, Robin.

— Es cierto respondió riendo el pilluelo, y espero que me dareis un mango para adornarlo con el barquillo que he hurtado.

— ¿Y qué harás de una lanza? dijo Colombaik.

— Pelear si hay combate. Mi amo acometerá á los grandes y yo me las arreglaré con los de mi edad. Bastantes veces me han insultado señalándome con el dedo por las calles diciendo: «¡Mira... mira ese herrero! ¡Parece un negrito!»

— Toma, heróico muchacho, dijo Colombaik á Robin, toma este hermoso mango de encina. ¿Qué sucede en la ciudad?

— Hay tanto bullicio como en la noche de Navidad. Se ven luces en todas las ventanas, las fraguas chispean y suenan los martillos.

¡Qué estruendo! Parece que los herreros están acabando una obra maestra que espera en la puerta el parroquiano.

— Ahora sí que es tu padre, dijo vivamente Juana á su hijo oyendo llamar otra vez á la puerta.

En efecto, á los pocos momentos entró Fergau al mismo tiempo que salía Robin el pilluelo blandiendo el palo de encina y gritando:

— ¡Municipalidad! ¡Municipalidad! ya tengo lanza.

— ¡Ah! dijo el cantero siguiendo con la mirada al aprendiz de herrero ¿hemos de temer por nuestra causa cuando hasta los niños...

E interrumpiéndose para dirigirse á su esposa que corría á su encuentro lo mismo que Martina, les dijo:

— Tranquilizaos, miedosas. Las noticias son favorables á la paz.

— ¿Será cierto? exclamaron las dos mujeres juntando las manos ¿no habrá guerra?

Y Martina añadió arrojándose en los brazos de Colombaik:

— ¿Oyes lo que dice tu padre...? Qué no habrá guerra. ¡Qué dicha!

— Mejor, querida Martina, dijo el tundidor correspondiendo al abrazo de su esposa, no me espantaba la batalla, pero prefiero la paz. ¿Qué decís, padre? ¿Se ha arreglado todo? ¿Paga Rollon el caballo? ¿Se hace justicia de ese malvado Juan el Negro? ¿Sostiene el rey la municipalidad cumpliendo su juramento?

— Hijos míos, respondió el cantero, no exageremos la esperanza de nuestra conciliación.

— ¿Pues no acabas de decir al entrar que las noticias son favorables á la paz? dijo Juana con sorpresa é inquietud.

— Es cierto y para que juzgues por tí misma, voy á contar en breves palabras los sucesos de esta noche. Ya sabes la insolente respuesta que dió Rollon á Cuatro manos el pastelero, comisionado por el consejo de los regidores para ir al palacio á pedir justicia, y que este suceso creció en importancia con la entrada del rey y del obispo en nuestra ciudad, al frente de algunos hombres de armas. El ayuntamiento se decidió á tomar medidas de resistencia y seguridad. Yo propuse, como condetestable de la milicia, que se colocasen guardias en las torres que fortifican las puertas de la ciudad, que se cerrasen y no se permitiese entrar á nadie, y que se mandara hacer además á las corporaciones de herreros, cerrageros y armeros un gran número de lanzas para poder armar á todos los comuneros.

Cuatro manos el pastelero, que es persona de prevision y de criterio, propuso despues que se enviase á buscar con una escolta á los molinos de los arrabales todas las provisiones de harina, temiendo que los nobles las confiscasen para sitiar por hambre á Laon. Luego que se tomaron estas precauciones, el consejo decidió que no se retrocediese ante la guerra, aunque se emplearan todos los medios para evitarla, y se convino que Juan Molrain se presentase al rey para suplicarle que nos hiciese justicia y se respetase en lo sucesivo nuestra carta. El alcalde se dirigió á la casa del caballero de Alto-Puerco donde se hospedaba el rey, pero no pudiendo ver al príncipe, habló largo rato con el abad Pedro de la Marche, uno de los consejeros reales, y le demostró que todo lo que pedíamos era muy equitativo. El abad no ocultó á Juan Molrain que Rollon habia salido al encuentro del rey con quien habia hablado largo y que tanto el obispo como Luis el Gordo estaban muy enojados contra los habitantes de Laon. Juan Molrain habia tratado ya en Paris con el abad de la Marche para la confirmacion de nuestra municipalidad, y como sabia que era muy avaro, le dijo: «Estamos resueltos á defender «nuestros derechos con las armas, pero antes de llegar á este «extremo, queremos emplear todos los medios de conciliacion sin «perdonar ningun género de sacrificios. Hemos pagado ya á Luis el «Gordo una cantidad considerable para alcanzar su adhesion á «nuestra carta, pero si se digna confirmarla de nuevo y manda al «obispo que se nos haga justicia, ofrecemos al rey una cantidad igual «á la que ha recibido, y á vos, señor abad, un buen regalo en «dinero.»

— Y cebado con la promesa, dijo Colombaik, el abad habrá consentido, ¿no es asi, padre?

— El abad, sin dar su palabra, prometió que cuando el rey se acostase le hablaria del negocio, y citó á Juan Molrain para las once de la noche. Los regidores aprobaron la proposicion del alcalde y recorrieron la ciudad para suplicar á los vecinos que contribuyesen segun su riqueza para reunir la cantidad ofrecida al rey, diciéndoles que este último sacrificio alejaria al menos de la ciudad los males de la guerra. Todos los habitantes se apresuraron á contribuir; los que no tenian dinero suficiente daban una alhaja de plata, las mujeres ofrecieron sus anillos y collares, y al anocheecer estaba ya depositada en la caja municipal la cantidad ó su equivalente en objetos de oro y plata. Juan Molrain volvió á la casa donde

se hospedaba el rey para saber su respuesta, y el abad Pedro de la Marche dijo al alcalde que Luis el Gordo manifestaba deseos de aceptar nuestras proposiciones, pero que queria esperar hasta hoy para decidirse. He aqui el estado de las cosas. Obligado á ir á visitar las avanzadas y las guardias de las torres, y no habiendo tenido tiempo para venir aqui á buscar dinero, he suplicado á nuestro vecino el pastelero que pagase por nosotros la parte que nos tocaba en la contribucion, y vas á llevar al momento, Colombaik, á Ancel el dinero que ha adelantado.

— Es indudable que el rey aceptará la oferta de los regidores, dijo Juana, ¿Qué interés puede tener en rehusar semejante beneficio?

— No debia hacerlo, dijo Colombaik, ¿se ha de hacer pagar otra vez despues de haber tomado la cantidad que exigió para confirmar nuestra carta?

— ¿Qué importa, hijo mio? dijo Juana; con tal que no se vierta sangre, paguemos, que el dinero se recobra pero no la vida.

— Tienes razon, Juana, le dijo su esposo.

— Fergan, dijo de pronto Juana, prestando el oido hácia la calle. Escucha. ¿No es la campana y la voz de un pregonero?

La familia se acercó á la ventana baja y la abrió. El sol habia asomado ya hacia algunos momentos, y vieron un pregonero del obispo que se conocia por los escudos de armas que llevaba bordados en la parte anterior de la túnica. Pasó por delante de la casa agitando una campanilla, se paró y dijo en alta voz:

— ¡En nombre de nuestro señor el rey y de nuestro señor el obispo! Habitantes de la ciudad de Laon, acudid al mercado á las ocho de la mañana.

Y el pregonero volvió á agitar la campana cuyo sonido se perdió lentamente en la calle inmediata.

La familia del cantero permaneció en silencio durante un momento, tratando cada cual de interpretar con qué objeto daban el rey y el obispo aquella cita á los habitantes de la ciudad. Juana, que no desistia aun de su esperanza, dijo á Fergan:

— El rey quiere probablemente reunir á los habitantes para anunciarles que acepta el dinero y renueva la confirmacion de nuestra carta.

— Lo dudo, dijo el cantero moviendo tristemente la cabeza. Si hubiera tenido el rey esa intencion ya se la hubiera comunicado al alcalde.

— ¿Quién sabe? Tal vez lo haya hecho.

— En ese caso el alcalde hubiera dado orden de que se tocara la campana municipal para reunir á los comuneros y anunciarles tan fausta noticia. No me gusta esa convocacion hecha en nombre del rey y del obispo.

— ¡Cómo! dijo Juana alarmada ¿crees, Fergan, que debemos renunciar á toda esperanza de arreglo?

— No lo sé, pero pronto saldremos de dudas porque no tardará en dar la hora de la cita.

Y Fergan tomó el casco y la espada que habia dejado al entrar en una mesa, y dijo á su hijo:

— Ármate y vamos al mercado. Vosotros, hijos míos, añadió dirigiéndose á los aprendices, uno de los cuales se habia dormido en un banco rendido por el sueño, continuad poniendo los hierros de las lanzas.

— ¡Ah! Fergan, dijo Juana con angustia, ¿es inevitable la guerra?

— Colombaik, dijo Martina llorando y abrazando á su marido; muero de horror al pensar en los peligros á que vas á esponerte.

— Tranquilízate, Martina; si mi padre manda que se continuen esos preparativos de defensa, lo hace como una medida de prudencia, dijo Colombaik; no perdamos aun la esperanza.

— Pobre Juana, dijo tristemente el cantero, te he visto mas animosa en medio de los desiertos de la Siria. Acuérdate de qué peligros nos salvamos durante nuestro largo viage á Palestina, y que entonces éramos siervos del señorío de Neroweg VI.

— Fergan, respondió Juana con angustia profunda, por terribles que hayan sido los peligros pasados, no es menos amenazador nuestro porvenir.

— ¡Eramos tan felices en esta ciudad! murmuró Martina; Esos episcopales que quieren trocar en luto nuestra alegría tienen sin embargo esposas, madres, hermanos é hijos!

— Si dijo Fergan con amargura, pero se arrepienten de habernos dado la felicidad y quieren recobrar sus odiosos derechos.

El cantero abrazó á Juana y á Martina y añadió:

— ¡Adios, esposa mia! ¡adios, hija mia!

— ¡Adios, madre mia! ¡adios, Martina! dijo Colombaik; acompaño á mi padre hasta el mercado; luego que sepa alguna cosa cierta vendré á decíroslo.

— Hija mia: dijo Juana á Martina despues de haber dado otro abrazo á su esposo y á su hijo que se alejaban , continuemos nuestro trabajo. ¡ Ah ! hace un momento esperaba que no tendríamos necesidad de continuar.

Y las dos mujeres volvieron á preparar lienzos para la curacion de los heridos en tanto que los aprendices continuaban armando de aceros las astas de encina.

Una multitud cada vez mas numerosa penetraba en el mercado , pero no era como el dia anterior una multitud alegre , llena de seguridad y acudiendo con los ancianos , las mujeres y los niños á celebrar la inauguracion de la casa consistorial y su campana , no ; no acudian á aquella reunion tan diferente de la primera mas que hombres solos, sombríos, inquietos, resueltos unos y abatidos otros, pero presintiendo todos un inminente conflicto.

Los comuneros se reunieron en numerosos grupos bajo los pórticos del mercado hablando de las últimas noticias , que ignoraba Fergan cuando salió de su casa acompañado de su hijo , y que eran por cierto noticias significativas y alarmantes. Los comuneros apostados en las dos torres entre las cuales se abria una de las puertas de la ciudad y que daba al paseo que se estendia entre las murallas y el palacio episcopal , habian visto entrar en él al amanecer una numerosa tropa de siervos leñadores y carboneros , llevando á su cabeza á Tiegaldo , y poco tiempo despues de salir el sol , el rey se habia tambien retirado á la morada fortificada del obispo con sus caballeros y gentes de armas , saliendo de Laon por la puerta del mediodia cuyo paso no se habian atrevido á negar á la regia cabalgata. Habiendo advertido los cortesanos á Luis el Gordo que los habitantes habian velado toda la noche , que los yunques de los herreros habian resonado constantemente bajo el martillo fabricando un gran número de lanzas , y habiendo despertado la desconfianza y el temor del rey aquella agitacion nocturna tan opuesta á los pacíficos hábitos de los ciudadanos , se habia apresurado á trasladarse al palacio episcopal donde se creia mas seguro.

Cuando Juan Malrain tuvo noticia de la partida del rey , corrió al palacio , cuya entrada le negaron , pero como preveia que asi iba á sucederle , se habia previsto de una carta para el abad consejero del rey , en la cual el alcalde le recordaba sus proposiciones del dia anterior , y se las renovaba suplicando al rey que las aceptase en nombre de la paz pública , y añadiendo que la municipalidad tenia la

cantidad prometida á disposicion de Luis el Gordo. Este leyó la prudente y conciliadora carta de Juan Malrain y mandó que se respondiera que aquella misma mañana haria saber su voluntad á los habitantes de Laon. Finalmente, durante la noche se habia advertido dentro de la ciudad que los episcopales, atrincherados en sus casas fortificadas, se habian hecho diferentes señales por medio de antorchas colocadas en las ventanas y que se apagaban y encendian á intervalos. Estas noticias alarmantes, que desvanecian casi completamente la esperanza de un arreglo, tenian á los comuneros sumidos en la mayor ansiedad. Los regidores habian sido los primeros en acudir al mercado, en donde no tardó en reunírseles el alcalde que con ademan grave y resuelto impuso silencio, subió sobre el mostrador de una tienda y dijo á la multitud:

— Van á dar las ocho y he mandado que introduzcan en la ciudad al mensajero real cuando se presente, pero aunque el rey y el obispo nos ordenan que nos reunamos en el mercado, me parece mas digno que vayamos á esperar y recibir al mensajero en la casa consistorial. Allí está el asiento de nuestro poder, y aunque traten de disputarnoslo, debemos manifestar que estamos resueltos á defenderlo.

La proposicion del alcalde fué acogida con vítores y aclamaciones, y en tanto que la turba seguia á sus magistrados, Fergan y su hijo, encargados de esperar el mensajero del obispo, vieron llegar precipitadamente al arcediano Anselmo que era de todos respetado y querido. El sacerdote se acercó al cantero y le dijo con voz conmovida:

— Me consta que eres animoso y prudente, ¿quieres unirte á mi para precaver las desgracias que amenazan á la ciudad?

— ¿No ha convencido al rey el último sacrificio que nos hemos impuesto? ¿Ha rechazado la oferta de Juan Molrain?

— Fergan, lo que sucede llena de amargura mi corazon, dijo Anselmo. Habiendo sabido que el alcalde ofrecia al rey una cantidad considerable para una nueva confirmacion de vuestra carta, y que estaba decidido á aceptarla, Rollon ha ofrecido en nombre de los episcopales doble cantidad á Luis el Gordo para alcanzar la abolicion de la municipalidad.

— ¿Y el rey ha aceptado?

— Si.

— ¿Y ha olvidado su juramento?

— Sus consejeros le han convencido de que el establecimiento de las municipalidades era un peligro para el trono.

— ¿Y no es un peligro mayor el de la nobleza?

— Así lo ha creído hasta ahora el monarca, pero es débil é inconstante, y los que le rodean le pintan vuestra paz y ventura como un estado anárquico.

— Añadid que también le ciega la avaricia.

— ¡Dios ilumine su alma!

— El rey ha comprado la sangre de esta desventurada ciudad, por que estad seguro, Anselmo, de que defenderemos hasta la muerte nuestras libertades municipales. Pero ¿en donde está ese dinero? Han engañado á Luis el Gordo; los nobles prodigan sus riquezas en fiestas y en trajes opulentos, y tienen que recurrir á los judios y á los mercaderes para atender á las mas precisas necesidades. ¿Cómo pudo creer el rey en las promesas de los nobles?

— Restableciendo el poder señorial como antes, los habitantes pagarán la cantidad que hoy ofrece la nobleza al rey. ¿Olvidais que entonces vuelven á ser vuestros señores en vidas y haciendas?

— ¡Os comprendo..! exclamó Fergan con voz sombría. ¡Maldición! ¿Es decir que despues de haber pagado para obtener nuestra emancipacion, volveremos á pagar para caer otra vez en la servidumbre?

— Conozco que os quejais con justicia, que habeis pagado á buen precio vuestra libertad y que debieran respetar vuestras franquicias; pero vuestros enemigos son poderosos, y con vuestra resistencia no lograriais mas que empeorar vuestra situacion y encontrar tal vez la muerte. Por eso he venido á suplicarte que hagas un esfuerzo para calmar la efervescencia popular cuando se sepa la resolucion del rey...

— ¡No esperéis de mi tal cobardia! Nos hacen traicion y nos retan..! Pues bien, aceptamos el reto. Ya se agotó mi paciencia y yo seré el primero en gritar: ¡Municipalidad! ¡municipalidad! empuñando mi espada en defensa de nuestro derecho.

— Por justas que sean vuestras quejas, procurad ante todo ganar tiempo y no precipitaros. Confio que mis instancias y mis consejos convencerán al obispo y que le haré ver que Rollon es un tirano que le ha engañado.

Apenas terminaba Anselmo estas palabras cuando apareció en el mercado un hombre á caballo precedido de un heraldo.

— Aquí está el mensajero real, dijo el cantero al arcediano adelantándose hácia los dos ginetes; si la resolucion de Luis el Gordo y

del obispo es como acabais de anunciarme... ¡ que caiga sobre sus cabezas la sangre que va á verterse !

Y añadió dirigiéndose al mensajero real :

— El alcalde y los regidores te esperan en el salon de la casa consistorial.

— Mi señor el rey y el obispo han mandado á los habitantes que se reunan en este sitio, en el mercado , para oir la lectura del decreto que traigo , respondió el mensajero , y debo cumplir las órdenes que me han dado.

— Si quieres cumplir tu encargo , sígueme , replicó el cantero ; nuestros magistrados , que representan á los habitantes de esta ciudad , están reunidos en la casa consistorial , porque les ha parecido mejor esperar alli.

El mensajero real , temiendo caer en algun lazo , vacilaba en seguir á Fergan quien adivinó su pensamiento y añadió :

— No temas , aunque eres solo y estás desarmado , te respetarán ; respondo de tí con mi cabeza.

La sinceridad del acento de Fergan tranquilizó al enviado que para mayor prudencia mandó al ginete que le acompañaba que le esperase en aquel sitio , y siguió al cantero.

— Fergan , dijo el arcediano con voz conmovida ; por última vez os suplico que trateis de contener la indignacion del pueblo. Vuelvo al lado del rey y del obispo y les convenceré de que siguen una errada senda , engañados por Rollon y los episcopales.

Y el arcediano se separó precipitadamente del cantero.

Este salió del mercado y llegó á la plaza de la casa consistorial precediendo al mensajero guiándole al través de la multitud y diciendo con voz alta :

— Abrid paso á este mensajero , está solo , sin armas...

— ¡ Y es muy feo ! Si su mensaje se le parece , arreglados estamos , gritó la voz infantil y chillona de Robin el pilluelo , el aprendiz de herrero que se hallaba entre la multitud.

— No temas , dijo una voz varonil ¿ qué culpa tiene la copa si contiene veneno ?

Estas apreciaciones no disgustaron al mensajero pues preferia las burlas á las piedras. Llegó , siguiendo á Fergan , hasta el umbral de la casa del ayuntamiento , y dejando el caballo encargado á la custodia de Robin que se ofreció con solicitud á prestarle este servicio , subió con el cantero al salon donde estaban reunidos el alcalde y los

regidores, armados unos, y otros con sus trages de ceremonia. La fisonomia de los magistrados espresaba á la vez firmeza y ansiedad, pues presentian la proximidad de acontecimientos desastrosos para la ciudad.

Encima del sillón del alcalde ondeaba la bandera municipal, y delante de él se veia sobre una mesa el gran sello de plata destinado para sellar las actas.

—Alcalde y regidores, dijo Fergan al entrar, aqui está el mensajero real.

—Le escucharemos, respondió el alcalde Juan Molrain; que hable.

El mensajero parecia tener mucha prisa de cumplir su encargo, y sacado del pecho un pergamino sellado con el sello real, lo desplegó con presteza y dijo con voz algo conmovida:

—Esta es la voluntad de nuestro señor el rey, el cual me ha mandado que os leyera en alta voz este decreto, y os lo entregára despues para que no alegueis ignorancia.

—Leed, dijo Juan Molrain.

Y colocando los codos sobre la mesa, apoyó en sus manos la frente pensativa despues de decir á los regidores:

—Os recomiendo, amigos, que no interrumpais la lectura del mensaje aunque sea desagradable la impresion que os produzca.

El mensajero real leyó entónces en alta voz lo siguiente:

«Luis, por la gracia de Dios, rey de los franceses, al alcalde y á
«los habitantes de Laon, salud.— Os mandamos y ordenamos es-
«trictamente que entregueis sin contradiccion ni retardo á nuestro
«amigo y leudo Gaudry, obispo de Laon, las llaves de esta ciudad,
«y os mandamos y ordenamos igualmente que pongais en manos de
«dicho nuestro amigo y leudo Gaudry, obispo de Laon, el sello, la
«bandera y el tesoro de la municipalidad que declaramos abolida.
«Serán demolidas en el término de un mes la torre de la campana
«y la casa consistorial. Os mandamos y ordenamos además que obe-
«dezcais en lo sucesivo los decretos y órdenes de nuestro amigo y
«leudo Gaudry asi como fueron siempre obedecidos sus antecesores
«antes de establecerse dicha municipalidad, porque no podemos
«privar á nuestros vasallos soberanos de la posesion de los derechos
«que gozan como Nos por gracia divina y para la mayor felicidad de
«nuestros súbditos. Esta es nuestra voluntad.—LUIS (1).

(1) *Scriptores rerum Franc.*, t. XII, p. 245-255.

Los regidores guardaron el mas profundo silencio como les habia rocomendado Juan Molrain , pero se advirtió que á medida que el mensajero del rey iba leyendo el decreto , el alcalde y los regidores se dirigian miradas en que retrataban sucesivamente la sorpresa , el enojo , el dolor y la consternacion.

Si , inmensa fué la sorpresa de los regidores , porque Fergan no habia podido comunicarles la conversacion que acababa de tener con el arcediano , y aunque esperaban una infausta nueva , jamás habian llegado á suponer una negacion tan brusca de sus derechos reconocidos y solemnemente jurados por el rey y el obispo. Si , grande era la indignacion de los regidores , porque los menos belicosos sentian latir violentamente su corazon ante aquel reto inesperado que restablecia los derechos odiosos que una carta , comprada á precio de oro , habia abolido para siempre. Si , inmenso era su dolor , porque Luis el Gordo les mandaba que entregasen al obispo la bandera , el sello , la campana , el tesoro y destruyesen la casa consistorial que eran los símbolos queridos de una emancipacion obtenida á costa de tantos sacrificios. ¡ Ah ! lágrimas de cólera y desesperacion brotaban de todos los ojos al ver desvanecida en un momento la grata esperanza de legar á sus hijos una libertad tan costosamente comprada. Y era profunda su consternacion porque los mas enérgicos , los que despreciaban mas la vida y estaban resueltos á sacrificarla en defensa de las franquicias municipales , pensaban sin embargo con profunda afliccion en los desastres que amenazaban á aquella ciudad tan floreciente y en los torrentes de sangre que iba á hacer derramar la guerra civil. Vencidos ó vencedores ; cuanta miseria , cuanto estrago , cuantas viudas y huérfanos !

En aquel momento supremo algunos regidores , como lo confesaron despues cuando dominaron su terror pasajero , sintieron que vacilaba su resolucion porque recordaban que luchar contra su soberano , ademas de ser una culpable rebeldía , era un alarde insensato , era esponer los habitantes á un terrible castigo , y aquellos magistrados , esposos y padres , no solo eran fieles súbditos y buenos cristianos , sino que ignoraban el arte de la guerra. Resignarse , empero , á llevar otra vez el yugo despues de haber gozado durante tres años la dulzura de la independendencia , les parecia un doloroso sacrificio. Vieron , pues , que era forzoso elegir entre la servidumbre y la rebeldía , y aunque esta les repugnaba , el orgullo acalló sus humildes sentimientos.

Cuando el mensajero acabó de leer, Juan, Molrain le dijo con voz conmovida y solemne :

— ¿Tienes encargo de escuchar nuestras reclamaciones?

— No puede reclamarse contra un acto de la voluntad soberana de nuestro señor el rey, firmado de su mano y sellado con su sello, respondió el mensajero.

— ¿Es decir, preguntó el alcalde, que la voluntad del rey es irrevocable?

— Irrevocable, respondió el mensajero. Y como primera prueba de vuestra sumision á sus órdenes, el rey os manda que me entreguéis las llaves, el sello y la bandera de la ciudad, pues tengo encargo de ponerlas en mano del obispo en testimonio de que consentís en la abolicion de vuestra municipalidad.

Estas palabras exasperaron á los regidores mas impacientes que se levantaron bruscamente de su asiento en tanto que los demás alzaban al cielo las manos ó se ocultaban el rostro con desesperacion. Sallieron de todos los labios amenazas, imprecaciones y gemidos, pero Juan Molrain dominó aquel tumulto, é impuso silencio. Todos los regidores volvieron á sentarse, y el alcalde se levantó entonces con calma y serenidad, se dirigió á la bandera de la municipalidad que ondeaba sobre su asiento, la designó con la mano al mensajero de Luis el Gordo, y dijo :

— Esta es la bandera que nos reclama el rey despues de habernosla entregado hace tres años. Mira bordadas en ella dos torres y una espada: esas torres son el emblema de la ciudad de Laon y esa espada el de la municipalidad. Nuestro deber está escrito en esa bandera. Defender con las armas las franquicias de nuestra ciudad. Aquí está el sello que se nos exige como un testimonio de sumision á la renuncia de nuestras libertades, añadió Juan Molrain tomando de encima de la mesa la medalla de plata; representa un hombre alzando la mano derecha al cielo para atestiguar la veracidad de su juramento, y con la izquierda empuña una espada cuya punta descansa en su corazón. Este hombre es el alcalde de la municipalidad de Laon que jura por el cielo morir antes que faltar á su juramento. ¿Quereis saber el juramento que hice ante un representante del rey? Oidlo. Yo, alcalde de la municipalidad de Laon, libremente elegido por sus conciudadanos, juro sostener y defender hasta la muerte nuestros derechos y franquicias.

— ¡Sí, sí! gritaron todos con entusiasmo. Asi lo juramos; an-

tes morir que renunciar á nuestras franquicias!

—Ya has oído la respuesta del alcalde y de los regidores de Laon, dijo Juan Molrain al mensajero del rey cuando se apaciguó el tumulto. Dirás á Luis el Gordo que nuestra carta fué jurada y firmada por él y por el obispo Gaudry en el año 1109, y que la defenderemos apoyados en su promesa.

Apenas habia pronunciado Juan Molrain estas palabras, cuando resonó en la plaza un inmenso clamor. Colombaik se habia reunido con su padre para acompañar al mensajero real hasta el salon del consejo de los regidores, y despues de la lectura del decreto de Luis el Gordo, no pudiendo reprimir su indignacion y volviendo á bajar á la plaza, anunció que el rey abolia la municipalidad y restablecia al obispo en el goce de sus antiguos derechos. En tanto que la noticia corria de boca en boca por toda la ciudad con la rapidez del rayo, los comuneros mas exaltados invadieron el salon donde se hallaban los regidores y gritaron unos con furor:

— ¿Dónde está el mensajero?

— ¿Qué repita delante de nosotros el mensaje, gritaron otros!

— ¡A las armas!

El mensajero real palideció de terror y corrió á guarecerse detrás del alcalde y de los regidores, diciéndoles con voz trémula:

— ¡Protegedme! No he hecho mas que obedecer las órdenes del rey.

— No temas, le dijo Fergan, he respondido de tu vida con la mia y te acompañaré hasta las puertas de la ciudad.

— ¡A las armas! gritaron los comuneros; que llame al pueblo la campana! ¡A las armas, comuneros!

En medio del tumulto quedó olvidado el mensajero del rey, y en tanto que algunos subian á la torre á tocar á rebato, los demás bajaron precipitadamente á la plaza y se esparcieron por la ciudad gritando:

— ¡A las armas! ¡Municipalidad! ¡municipalidad!

Y pocos instantes despues acompañó estos gritos el monotonó tañido de la campana.

— Molrain, dijo Fergan al alcalde, la exasperacion de la multitud crece de tal modo que para librarle de cualquier violencia voy á acompañar al enviado de Luis el Gordo hasta la puerta de la ciudad que se abre en frente del palacio episcopal, y despues me quedaré custodiando la poterna que es uno de los puntos mas importantes.

— Nosotros nos quedaremos aquí en sesion permanente , dijo el alcalde , para discutir y resolver las medidas necesarias.

Fergan y Colombaik bajaron del salon del consejo acompañando al mensajero del rey. La multitud habia corrido á armarse, y solo quedaban en la plaza algunos grupos. El pilluelo Robin , á quien se habia confiado la custodia del caballo del mensajero , se habia aprovechado de la ocasion para montar por vez primera en su vida y estaba triunfalmente en la silla , pero desmontó rapidamente al ver al cantero y dijo entregandole las riendas :

— Fergan , aquí teneis el caballo, prefiero pelear á pié. Voy á buscar mi lanza. ¡ Ay de los muchachos episcopales que encuentre!

Y el pilluelo echó á correr saltando y gritando :

— ¡ Municipalidad ! ¡ municipalidad !

El ardor belicoso de aquel niño causó al mensajero real gran sorpresa , pues le indicó el espíritu de resistencia que animaba á todos los habitantes de la ciudad desde los de mas tierna edad , y volvió á montar á caballo , escoltado por Fergan y su hijo. Resonaba á lo lejos el tañido incesante de la campana municipal , y en todas las calles que atravesó el mensajero para dirigirse á la puerta de la ciudad las tiendas se cerraban apresuradamente y con estruendo , y rostros de hombres, de niños y de ancianos se asomaban á las ventanas, y seguian con mirada llena de ansiedad al padre , al hijo ó al hermano que salia de casa para acudir armado al llamamiento de la campana.

El mensajero real, taciturno y sombrío, no podia disimular la sorpresa y el temor que le causaba la animacion guerrera de aquel pueblo de mercaderes y artesanos corriendo con entusiasmo á defender la municipalidad.

— Ya ves , dijo Fergan al enviado pocos momentos antes de llegar á la puerta de la ciudad que , lo mismo que en Beauvais , en Cambrai , en Noyon y en Amiens, el pueblo de Laon se resiste á ceder los derechos que han adquirido y odia la servidumbre. Refiere fielmente á Luis el Gordo todo lo que has visto al cruzar por la ciudad , y tal vez en este momento dará oidos á consejos mas prudentes y evitará la sangre que va á derramarse si insiste en anular lo que nos habia solemnemente concedido.

— Tengo poca autoridad en los consejos de mi señor el rey , respondió tristemente el mensajero , pero te juro que no esperaba ver lo que he visto ni oir lo que oido , y que se lo contaré todo exactamente á mi soberano.

— El rey de los franceses es poderoso y es además nuestro señor natural, en tanto que la ciudad de Laon solo es fuerte por su derecho y el valor de sus habitantes, pero espera á sus enemigos, y ya ves como se prepara, añadió Fergan designándole una partida de milicia urbana que como medida de prudencia ocupaba desde el dia anterior las murallas inmediatas á la puerta por dónde salió el mensajero.

El palacio episcopal, fortificado con torres y recios muros, estaba separado de la ciudad por un espacio plantado de árboles que servia de paseo. Fergan y su hijo organizaban el transporte de los materiales destinados para la defensa de las murallas en caso de ataque, cuando el cantero vió á lo lejos abrirse la puerta exterior del obispado, y que varios hombres de armas del rey, habiendo mirado por todos lados con precaucion como para cerciorarse de que el paseo estaba desierto, volvieron á entrar precipitadamente en el palacio. Pocos momentos despues apareció una crecida escolta de caballeros dirigiéndose al camino que conduce á las fronteras de la Picardia; era una vanguardia que seguian algunos guerreros cubiertos con brillantes armaduras, uno de los cuales, que iba delante, se distinguia por su enorme obesidad. Dos hombres hubiesen cabido holgadamente dentro de su coraza, su casco llevaba por cimera una corona de oro con flores de lis, y la ancha gualdrapa de color de escarlata que cubria su caballo estaba tambien bordada de flores de lis. Fergan reconoció en él por su corpulencia y sus insignias á Luis el Gordo, y tambien distinguió á algunos pasos detras al mensajero á quien habia acompañado hasta la puerta de la ciudad, el cual hablaba con mucha animacion con el abad de la Marche y el obispo Guadry que montaban robustas mulas. Iban detras varios cortesanos, carros con equipage y servidores, y cerraba la marcha otro grupo de caballeros.

Aquella cabalgata partió apresuradamente, y Fergan vió al rey que volvia el rostro hacia las murrallas de Laon, donde no cesaba de oirse la campana municipal, y que amenazaba á la ciudad con un ademan de enojo, tendiendo el puño cerrado y cubierto con un guantelete de hierro. Espoleó despues el brioso corcel, y Luis el Gordo desapareció con su escolta entre una nube de polvo que se perdia á lo lejos como una ténue neblina.

CAPITULO IV.

La revolucion.—Venganza de Bernardo de las Bruyeras.—Triunfo de las armas del rey.—Renacimiento de la municipalidad de Laon.

— La campana mayor de la catedral, que solo se tocaba en las fiestas principales, empezó á sonar lentamente, y le acompañaron con un ruidoso repique todas las demas campanas, pero despues de algunos intervalos de silencio, calló de pronto exhalando prolongados tañidos.

— ¡A las armas! gritó Fergan con voz terrible, los caballeros de la ciudad van á salir sin duda á atacarnos, y la campana de la catedral ha dado la señal del combate. Creen que van á vencernos. ¡A las armas! ¡A las murallas!

A la voz de Fergan y á la de su hijo que corrió á reunir á los insurgentes, acudieron estos, armados unos de arcos y ballestas y otros de lanzas, hachas ó espadas, prontos á rechazar el asalto. Algunos se colocaron cerca de varios montones de piedras y de vigas destinadas para arrojarlas á los hombres de armas del obispo; otros encendieron hogueras debajo de calderas llenas de pez, en tanto que sus compañeros arrastraban penosamente máquinas de guerra que lanzaban enormes piedras á mas de cien pasos de distancia.

De pronto se oyó en el interior de la ciudad un gran rumor de gritos y el choque de las armas. Los episcopales, como habia previsto Fergan, salian de sus casas al toque de la campana de la catedral, y atacaban á los comuneros en la ciudad al mismo tiempo que los siervos del obispado, mandados por varios caballeros, se preparaban á sitiar las murallas, de modo que los rebeldes iban á verse acosados por el enemigo dentro y fuera de la ciudad. En efecto, Fergan vió abrirse la puerta del recinto del palacio episcopal, y salir empujado á fuerza de brazos un gran carro de cuatro ruedas lleno de paja y de ramas amontonadas á tal altura, que aquel monton de combustibles, elevado doce ó quince piés de las ruedas del carro, ocultaba á los que le empujaban y les servia de abrigo contra los proyectiles que podrian lanzarles desde las murallas. Los sitiadores confiaban en que podrian prender fuego á las materias inflamables amon-

tonadas en el carro, y que cuando lo habrían aproximado á la porterna, incendiarían la puerta de la ciudad. La astucia de Robin, el aprendiz de herrero, frustró este plan tan habilmente concebido, pues fué uno de los primeros que acudieran á las murallas armado con su lanza y vió llegar al carro lentamente. Varios rebeldes armados de arcos cedieron á un movimiento irreflexivo y se apresuraron á disparar sus flechas contra el carro, pero se clavaron inutilmente en la paja ó en las ramas. Robin el pilluelo, cuyo trage consistía en unos calzones de tela, el mandil de cuero y la camisa, se quitó la camisa, la hizo pedazos, y viendo á un obeso miliciano que, seducido por el ejemplo de sus compañeros, iba á disparar también inutilmente contra el carro, le desarmó bruscamente, cogió la flecha, la envolvió con un giron de la camisa, corrió á empaparla en una caldera de pez que estaba hirviendo, y aplicándola á la cuerda del arco con el líquido inflamado, la lanzó en medio del carro lleno de combustible que estaba ya á corta distancia de la muralla. El pilluelo palmotea al ver la feliz idea que ha concebido y salta y grita entregando el arco al miliciano estupefacto:

— ¡Municipalidad! ¡municipalidad! Los episcopales preparan hogueras y los comuneros las encienden.

Y el aprendiz vuelve á apoderarse de la lanza.

En efecto, apenas cayó la flecha inflamada en medio de la carretada de paja y ramas, cuando se encendió rápidamente y solo presentó una masa de llamas coronada por una densa humareda que el viento llevaba hácia el palacio.

Fergan advirtió tan favorable incidente y gritó:

— Amigos, completemos la obra de Robin. Esas nubes de humo ocultarán nuestro movimiento á los episcopales. Hagamos una salida y tomemos el palacio por asalto.

— ¡Si! ¡si! gritaron los insurgentes. ¡Al asalto! ¡Municipalidad! ¡municipalidad!

— Que se queden aquí la mitad de los nuestros con Colombaik para custodiar la muralla, dijo Fergan, porque los episcopales que pelean en la ciudad podrían atacarnos por la espalda. ¡Siganme los que quieran asaltar el palacio!

Un crecido número de comuneros siguieron á Fergan, distinguiéndose entre ellos Bernardo, el hijo de Bernardo de las Bruyeras asesinado algunos años antes por Rollon en la iglesia metropolitana. Bernardo, que era jóven, débil y de pequeña estatura, había per-

manecido silencioso y casi impasible hasta entonces en medio de la ruidosa efervescencia popular, pensando unicamente en no dejarse caer la pesada hacha que apenas podian sostener sus hombros.

El plan de Fergan era acertado. Los rebeldes, ocultos durante algunos instantes á los ojos del enemigo por la llama y el humo que despedia el carro, llegaron muy pronto cerca de las murallas del palacio del obispo, vieron una puerta abierta, y debajo de los pórticos, una multitud de siervos armados que, mandados por algunos caballeros, se disponian á atacar la poterna, pues sus gefes habian creido, como Fergan, que les seria fácil ocultar su ataque al abrigo del carro inflamado. Pero al ver á los rebeldes, quisieron cerrar la puerta del palacio. Era ya tarde: se travó una lucha sangrienta bajo la oscura bóveda que separaba las dos torres que flanqueaban la puerta, y los comuneros pelearon con ardor quedando muchos heridos y algunos muertos. Fergan recibió de un caballero un terrible mandoble que le partió el casco y le hirió en la frente.

Sin embargo, los habitantes de Laon rechazaron á los episcopales de la bóveda tras una lucha encarnizada y el combate continuó en los vastos patios del palacio. Fergan continuaba peleando á pesar de su herida, pero se creyó perdido con todos los suyos porque en medio de la sangrienta lucha y cuando apenas conservaban la ventaja, Tiegaldo salió del prado del palacio á la cabeza de una numerosa turba de siervos leñadores armados de enormes hoces. Este refuerzo iba á aniquilar á los rebeldes, pero fué grande su sorpresa cuando oyeron gritar al siervo de san Vicente y á sus compañeros:

— ¡Muera Rollon! ¡Saquemos el palacio! ¡Municipalidad! ¡municipalidad!

El combate cambió entonces de aspecto, pues la mayor parte de los siervos del palacio rindieron las armas al oír el grito de los leñadores, y los caballeros, viéndose abandonados por la mayor parte de su gente, hicieron vanos esfuerzos de valor y quedaron sin vida ó fuera de combate. Los rebeldes, dueños ya del palacio, se esparcieron por todos lados gritando:

— ¡Muera Rollon! ¡Muera el traidor! ¿Dónde está ese verdugo?

Fergan vió entonces á Tiegaldo con el rostro radiante de odio y de júbilo feroz y blandiendo un cuchillo.

— Habia salido fiador de la lealtad de los leñadores de la abadía, gritó el siervo de San Vicente, pero los he insurreccionado para vengarme del traidor que ha deshonrado á mi hija.

Fergan se retiró lleno de dolor al ver el palacio dominado por un bandido y no quiso contribuir á los horrores que iban á cometer aquellos mónstruos sedientos de sangre y de saqueo.

— ¿Dónde está ese traidor? gritaban los rebeldes blandiendo las armas. ¡ Muera! ¡ muera!

— Compañeros, saciareis vuestra venganza y yo la mia; Rollon morirá á nuestras manos, dijo Tiegaldo. Sé donde se oculta ese cobarde. Luego que forzasteis la puerta del palacio y vió perdida la batalla, trató primeramente de huir disfrazado con el traje de un siervo, pero se ha ocultado en una bodega y vamos á sacarle de su escondite para darle el castigo que merece.

Y el siervo de San Vicente se dirigió á la bodega seguido de la turba de rebeldes sedientos de la sangre de Rollon. Hallabáse entre aquella multitud furiosa el hijo de Bernardo de las Bruyeras. El débil jóven, que habia salido por casualidad sano y salvo de la pelea, seguia los pasos á Tiegaldo, esforzándose á pesar de su pequeña estatura y su debilidad en no perder el puesto que acababa de elegir. Sus facciones pálidas y enfermizas se teñian por momentos del mas vivo carmin; un ardor febril iluminaba sus ojos y le daba una fuerza ficticia; su pesada hacha no doblegaba sus hombros, y de vez en cuando la contemplaba con alegría feroz pasando el dedo por encima del filo del acero y exhalando una exclamacion sorda y terrible.

Los siervos encontraron en un corredor el cadáver de Juan el Negro bañado en sangre y traspasado de heridas, y se encarnizaron con los restos inanimados del feroz instrumento de la crueldades de Rollon. En el momento tumultuoso que acompañó estas represalias el hijo de Bernardo de las Bruyeras se vió á pesar de sus esfuerzos separado de Tiegaldo, cuando este, auxiliado por varios rebeldes, forzaba la puerta de la bodega, cerrada interiormente con cerrojo por Rollon para mayor seguridad. La turba se lanzó en aquel vasto subterráneo, iluminado apenas por estrechas troneras y obstruido por cubas y vasijas llenas y vacias.

Tiegaldo mandó á los siervos que permaneciesen inmóviles á alguna distancia, y queriendo prolongar la agonía de Rollon que indudablemente se habia ocultado en alguna de las cubas colocadas en la parte mas sombría junto á la pared, golpeó con la hoja del cuchillo en cada una de ellas, diciendo á cada golpe:

— ¿Quién está aquí?

Naturalmente no habia de recibir contestacion alguna, pero al llegar en frente de una enorme cuba, que era la única que estaba perpendicularmente y separada de su sustentáculo, volvió el rostro hacia los siervos haciendo un gesto sardónico, rompió la cubierta de la cuba y repitió la pregunta.

— ¿Quién está aquí?

— ¡Ten compasion de mí! respondió la voz trémula de Rollon.

— ¡Ola, compadre lobo! dijo Tiegaldo dando su apodo á su señor ¿qué ocurrencia os ha dado de poner os en esta cuba? ¡Salid, salid! Quiero ver si por casualidad está mi hija oculta con vos.

Y el siervo de San Vicente asió con mano vigorosa á Rollon por sus largos cabellos, y le obligó, á pesar de su resistencia, á levantarse.

Ofrecióse entonces un espectáculo espantoso... Hubo un momento en que Tiegaldo, que continuaba tirando á Rollon por los cabellos á medida que este se levantaba del fondo de la cuba, parecia que tenia en la mano la cabeza de un cadáver: tan lívido estaba el rostro de Rollon. Salió por fin y se mantuvo un instante en pié, pero sus piernas vacilaban de tal modo que, queriéndose apoyar en el borde de la cuba, le imprimió un brusco movimiento que la hizo caer, y Rollon rodó á los piés del siervo, el cual se inclinó, en tanto que el gobernador se levantaba penosamente, y exclamó mirando el fondo de la cuba:

— No, no está mi hija, compadre lobo.

— ¡Compasion! gritó el gobernador con voz trémula. Acordaos de que me debeis obediencia y que es un crimen imperdonable atentar contra la vida de vuestro señor.

— No hay aqui siervos ni señores.

— Pensad en el castigo del cielo...

— Pensamos en las mujeres que esta mañana tenian un esposo y esta tarde son viudas y piden venganza.

— Venganza piden tambien los niños que esta mañana tenian un padre y esta tarde son huérfanos...

— Murieron por ser rebeldes á su rey...

— Y tu morirás por cruel verdugo.

— Amigos míos, perdonadme la vida, añadió Rollon cuyos dientes se chocaban con terror. Os prometo que partiré hoy mismo á Paris y lograré que el rey y el obispo os devuelvan vuestros derechos y libertades. Os lo juro... ¡pero no me mateis!

— ¿Y perdonaste tu la vida á mi hermano Gerardo á quien por mandato tuyo arrancaron los ojos? dijo un comunero asiendo á Rollon por el cuello de la túnica y sacudiéndole con furor.

— ¿Y perdonaste la vida á mi amigo Roberto del Molino, asesinado por Juan tu negro? añadió otro rebelde.

Y aquellos dos acusadores, apoderándose de Rollon que se resistia en vano y que mas bien que andar se dejaba arrastrar arrodillado, gritaron:

— ¡Ven, ven á morir en presencia de todos tus enemigos!

Y Rollon, sufriendo golpes y ultrages, fué arrastrado fuera de la bodega mientras exclamaba en vano:

— Os juro que el rey y el obispo os restituirán la municipalidad.

Y los amotinados respondian:

— ¿Y restituirán á las viudas sus esposos, á los huérfanos sus padres?

— ¡Muera! ¡muera! gritaban con furia.

Entónces se oyó una voz chillona que dominaba el tumulto y decia:

— ¿No podrá vengar á su padre el hijo de Bernardo de las Bruyeras?

Los rebeldes abrieron al momento paso por un movimiento instantáneo al hijo de la víctima, que se abalanzó con el rostro radiante hacia el gobernador que yacia tendido en el suelo, y alzando la pesada hacha, la hundió en el cráneo de Rollon.

Arrojó entonces el arma ensangrentada y dijo:

— Padre mio, ya estás vengado.

— ¡Buen golpe, mozo! Has vengado á un tiempo la muerte de tu padre y la deshonra de mi hija, dijo Tiegaldo.

Rollon inspiraba un odio tan terrible á sus verdugos que se encarnizaron con su cadáver, y ya iban á arrojar su cuerpo en una cloaca inmediata, cuando entraron Fergan y el arcediano Anselmo que lograron arrancar de las manos de aquellos furiosos siervos el cadáver mutilado de Rollon.

El digno sacerdote contuvo á la turba con sus súplicas, y dijo á Fergan con voz conmovida y sin poder contener las lágrimas:

— Voy á dar sepultura al cadáver de este desventurado y á orar por él; Ah! ¡porfin se han realizado mis vaticinios! Rollon despreciaba mis consejos ayer en su jactancia y funesta cegedad. Fergan, la guerra civil es un terrible azote.

— ¡Terrible! repitió el cantero con voz solemne.

— ¡ Dios castigará á los que han ocasionado tan sangrientos desastres !

Fergan se separó del arcediano y se reunió con Cuatro Manos el pastelero que mandaba los comuneros contra los episcopales en el centro de la ciudad. El buen regidor se habia quitado los arreos militares que tanto embarazo le causaban, y trocando su casco de hiera por una gorra de lana y su coraza por una túnica de paño, y alzándose las mangas como hacia cuando amasaba el pan, se armó de su horquilla que era un pesado instrumento de hierro de que se servia para atizar el fuego del horno. Simona le seguia, animosa y radiante, llevando un saco lleno de lienzo para curar los heridos y una vasija cubierta de mimbres que contenia un bálsamo maravilloso, segun ella decia, para contener la sangre. Brillaban en las lindas facciones de la pastelera el triunfo y la alegria, pero cuando vió á Fergan con el rostro ensangrentado, exclamó tristemente :

— ¿ Estais herido, vecino ? Dejad que os cure la herida. Ha terminado la batalla. No esteis inquieto por vuestro hijo pues acabamos de verle en la muralla sano y salvo aunque se ha peleado alli de lo lindo como os contará mi marido. Sentaos en ese banco ; voy á cuidaros como habria hecho con mi pobre Ancel si lo hubiera necesitado.

Fergan aceptó la oferta de Simona y se sentó en un banco en tanto que la jóven buscaba en el saco el lienzo necesario para la curacion. El pastelero se alejó para informarse de los pormenores de la toma del palacio episcopal, y volvió pocos momentos despues para saber si la herida de Fergan era de gravedad.

— A no ser por el casco, dijo el cantero, me hubieran hundido el cráneo.

Y alzando la cabeza que habia tenido inclinada hasta entonces para facilitar la curacion de Simona que con unas tijeras, le cortaba parte del cabello para descubrir la herida, reparó en el traje nada guerrero de su amigo, y le dijo :

— ¿ Cómo es eso ? ¿ Te has quitado la armadura en el momento de la batalla ?

— Te confieso, vecino, que el casco se me caia hasta las narices, la coraza me apretaba como una prensa y la espada se me cruzaba continuamente entre las piernas, por cuya razon, cuando empezó el combate, me puse á mis anchas como cuando estoy delante de mi artesa amasando ; me alcé las mangas, y en vez de esa pícara espada, de la que no podia servirme, empuñé mi atizador de hierro que sé manejar mejor.

— ¿Y de qué podía servirte ese instrumento en la batalla, vecino?

— De mucho, respondió Simona empapando en el líquido de su vasija cubierta de mimbre un lienzo que aplicó sobre la herida del cantero. ¡Oh! No es manco mi Ancel. Cuando veía llegar un noble á caballo y armado con todas sus armas, le cogía por el cuello con los ganchos de la horquilla, tiraba con toda su fuerza, y como el mango es tan largo, el ginete daba cuchilladas al aire hasta que caía del caballo...

— Después de lo cual, añadió tranquilamente el pastelero, le sacudía sendos golpes en la cabeza hasta dejarlo fuera de combate. Ya ves, amigo mio, que cuando uno quiere y está decidido á defenderse, no hay mejor arma que la que uno maneja con destreza.

— Habéis de saber, vecino, dijo Simona con entusiasmo, que la horquilla de Ancel ha hecho prodigios en el sitio de la casa del caballero de Alto-Puerco. Varios episcopales y sus servidores estaban atrincherados en una galería almenada disparando contra nosotros con ballestas, y no solo habían muerto ó herido un gran número de comuneros, ni nadie se atrevía ya á acercarse á aquella maldita casa, sino que los mas osados se habían retirado al extremo de la calle. Vemos entonces al caballero de Alto-Puerco con su ballesta en la mano que se asomaba por las almenas de la galería para ver si podía herir á alguno de los nuestros. Entonces...

Pero Simona se interrumpió y dijo á su marido:

— Acaba la historia, Ancel, porque mientras hablo me distraigo y no acabaría la curación de la herida de nuestro vecino.

El pastelero continuó de este modo mientras Simona acababa de curar á Fergan:

— Al ver al caballero inclinarse varias veces fuera de su galería, me aprovecho de un momento en que se había retirado, me deslizo á lo largo de las paredes hasta debajo de su casa, y como la salida de la galería impedía que me viera, sigo en acecho. Pocos momentos después asoma la cabeza, introduzco mi gancho entre la unión de su casco y su coraza, tiro con toda mi fuerza, y tengo el placer de ver al caballero con la cabeza hacia abajo y los piés en el aire y dando una solemne caída. Los episcopales salen entonces de la casa del caballero para libertarle, pero son rechazados y los perseguimos...

— Y entonces, exclamó heroicamente Simona la pastelera, como yo no me separaba un instante de Ancel, entramos en la casa y me

encontré cara á cara de aquella vieja que chillaba como una bruja diciendo: — ¡Matad, matad á esos bandidos! Monté en cólera, y recordando las injurias que me habia dirigido ayer, me arrojé sobre ella, la cogí del cuello, y tan cierto como que Ancel se llama Cuatro manos, que la abofeteé como si tubiera seis pares de manos, diciéndole: — Repite ahora, vieja malvada, que los galanes me pagan los corpiños. Por vida mia que á no ser por sus canas la hubiera abogado entre mis manos.

— Fergan no pudo menos de sonreirse al ver la exaltacion de Simona, y despues dijo á Ancel:

— Cuando oí tocar la campana mayor de la catedral de un modo tan particular, creí que era la señal convenida entre Rollon y sus partidarios para atacar á los nuestros dentro y fuera de la ciudad.

— No te equivocaste, vecino; los episcopales, que durante la noche se habian puesto de acuerdo, salieron de sus casas gritando: ¡Mueran los comuneros! Otros nobles como el caballero que arrojé á la calle desde la galería fueron sitiados en sus casas, y el combate principió en las calles al mismo tiempo que una partida de episcopales se dirigia á las murallas que dan á la puerta del palacio.

— Para atacar á los nuestros por la espalda, dijo Fergan, creyendo que los atacaban al mismo tiempo por fuera; por eso encargué á mi hijo que estuviese alerta. ¿Me aseguras que no le han herido?

— Si está herido, respondió Simona, es muy levemente, porque no hace mucho que nos ha visto y hablado desde la muralla.

— Ahora, dijo Ancel, creo que el alcalde y los regidores debieran reunirse en la casa consistorial para resolver lo que ha de hacerse.

— Opino como tú, Ancel; dejaremos aquí un número de hombres suficiente para custodiar el palacio, y se vigilará igualmente en las murallas de la ciudad cuyas puertas deben cerrarse y fortificarse.

No abusemos de nuestra victoria, pues la insurreccion que acabamos de llevar á cabo impelidos por la desesperacion atraerá á Luis el Gordo á la ciudad con un numeroso ejército para castigarnos.

— Lo creo, dijo el regidor con resignacion y firmeza. Juan Molrain dijo al mensajero real que si Luis el Gordo era poderoso, la municipalidad de Laon lo era tambien por su derecho y el valor de sus habitantes. ¿Qué haremos, Fergan, si viene el rey á sitiarnos?

— ¿Preferis la muerte por mano del verdugo á la que se alcanza combatiendo?

- ¿Hemos de combatir contra el rey?
 — Así lo quiere nuestra desgracia.
 — ¡ Maldito sea Rollon que ha sido la causa de tantos desastres!
 — Gracias por vuestros cuidados, vecina, dijo Fergan á Simona; si llega á saberlo Juana va á estar celosa.
 — Mas celosa debo estar yo, porque al pasar por nuestra calle hemos visto la sala baja de vuestra casa llena de heridos á quienes prodigaban sus cuidados vuestra esposa y Martina.
 — ¡ Qué inquietas estarán por mi ! dijo Fergan; voy á tranquilizarlas, y vuelvo al instante á velar por nuestra defensa.

Turbaron la conversacion de Fergan y de Ancel los gritos que llegaban desde el palacio episcopal entregado á la devastacion. La turba de amotinados cometia todo género de excesos: unos destrozaban con las hachas las cubas de la bodega y se embriagaban con los ricos vinos; otros amontonaban las colgaduras y los muebles de los aposentos en los patios y les prendian fuego, y en tanto que algunos se apoderaban con impiedad sacrilega de los hábitos sacerdotales y de los vasos sagrados formando una procesion grotesca de la que era el héroe el pilluelo Robin.

Fergan y sus vecinos se apartaron de aquella escena horrible no pudiendo impedirla porque todos sus actores estaban lastimosamente embriagados.

Invadian ya el horizonte las primeras sombras de la noche. Fergan suplicó á sus vecinos que al pasar por su calle entrasen en su casa para tranquilizar á Juana y á Martina y despues subió á la muralla en busca de su hijo, el cual, pensando que era prudente custodiar la ciudad aun despues de la victoria, se ocupaba en tomar disposiciones para la noche.

Cuando Colombaik vió á su padre con la frente envuelta en un vendaje no pudo contener un grito de alarma, pero Fergan le tranquilizó, y ambos volvieron á su casa despues de haber recomendado algunas nuevas medidas de defensa.

La noche era oscura, los comuneros reunian sus muertos y heridos al resplandor de las antorchas, y mujeres desconsoladas acudian á los sitios donde se habia combatido con mas encarnizamiento y buscaban sollozando un padre, un marido, un hijo ó un hermano en medio de los cadáveres tendidos en las calles. Los insurgentes, exasperados contra los gefes del partido episcopal, destruian sus casas, pero no contentándoles el hierro echaron mano del fuego en su in-

sensato furor y eran presas del incendio la casa del tesorero del obispo, uno de los partidarios mas decididos de la nobleza, y la magnífica catedral, ornato y orgullo de la ciudad de Laon.

— Hijo mio, no olvides jamás este horrible espectáculo. ¡ He aquí los frutos de la guerra civil! dijo Fergan á su hijo parándose en medio de la plaza del Cambio, uno de los puntos mas elevados de la ciudad, y desde donde se descubria el incendio de la catedral.

— Regocijaos mas bien, padre mio, porque es nuestra la victoria y hemos conquistado la independendencia.

— ¡ Insensata ilusion!

— El rey ha huido, los comuneros han vencido á los episcopales, y nadie se atreverá á arrebatarnos nuestras franquicias.

— Aun no ha llegado el dia de la emancipacion para los hijos del pueblo.

— La ciudad es nuestra. ¿ Qué debemos temer ya?

— ¿ Y mañana?

— Mañana... conservaremos nuestra conquista.

— Eres muy jóven aun, hijo mio. Oye, Colombaik, y no digas una palabra de esto á tu mujer ni á tu madre. ¿ Porqué hemos de alarmarlas? No abrigues una ilusion vana. Luis el Gordo ha huido ante la insurreccion porque no tenia fuerzas para combatirla, pero antes de pocos dias estará delante de los muros de Laon con un poderoso ejército.

— Combatiremos hasta la muerte.

— Será un heroismo inútil.

— ¿ Porqué, padre?

— Porqué sucumbiremos.

— ¿ Es decir que debemos desesperar del porvenir?

— No, hijo mio, pero el pueblo vive aun bajo la opresion que ejerce la conquista, y pasarán muchos años tal vez antes que cese la distincion de clases y la desigualdad ante la ley. Apenas asoma la aurora de ese dia que creiamos ya llegado.

Aquí acaba la crónica que me legó mi padre Fergan el cantero que murió combatiendo en los muros contra las tropas reales.

— ¡ Dios le haya dado el premio que mereció por sus virtudes!

Si; tres dias despues de haber escrito esta crónica incompleta,

mi padre murió en la muralla que defendía con los comuneros contra los soldados de Luis el Gordo. Se realizaron los tristes vaticinios de mi padre!... Hemos sucumbido.

He aquí lo que ha sucedido desde nuestra primera victoria.

Mi padre y yo, después de la conversación que tuvimos en la plaza del Cambio, y de la cual solo escribió una parte en el relato anterior, nos retiramos á nuestra casa donde encontramos á mi madre y á Martina, tranquilizadas sobre nuestra suerte por nuestros buenos vecinos Ancel cuatro manos el pastelero y su esposa Simona. Mi padre volvió aquella noche al punto que ocupaba en una de las torres de defensa de la puerta de la ciudad, llevándose un pergamino para contar á nuestra descendencia la insurrección de la municipalidad de Laon.

¡ Ah! parecía que había presentido que sus días eran contados. Continuó este relato en algunos momentos de ocio en medio de los días de agitación y de duda que siguieron á nuestra primera victoria.

El alcalde, los regidores y varios habitantes notables de la ciudad se reunieron el día siguiente para deliberar sobre los peligros de la situación. Esperábamos un ataque de Luis el Gordo, cuyo resultado no era dudoso, y por este motivo se trató de hacer alianza con alguna otra ciudad ó poderoso señor de la Picardía. Uno de los más temidos era TOMAS, señor del castillo de *Marle*, famoso por su valor y su ferocidad, que competía con la de Neroweg VI, y enemigo personal de Luis el Gordo, pues se había ligado en 1108 con GUIDO señor de *Rochefort* y otros varios caballeros para impedir que el rey fuese consagrado en Reims. La municipalidad, al verse amenazada por el monarca, y sin hacer caso de los consejos de mi padre, ofreció al señor de *Marle*, que poseía un gran número de hombres de armas, una alianza ofensiva y defensiva contra Luis el Gordo. Tomas de *Marle*, no atreviéndose á arrostrar el poder del rey, se negó á declararle la guerra, pero consintió mediante una cantidad considerable en recibir en sus dominios á los habitantes que temieran el castigo por sus excesos en la insurrección. Un gran número de insurgentes, previendo las consecuencias de una lucha contra el trono, aceptaron la oferta de Tomas de *Marle*, y partieron de Laon con sus mujeres y sus hijos llevándose consigo los objetos más preciosos, y otros como mi padre, prefirieron quedarse en la ciudad y defenderse hasta la muerte. Aunque el número de los comuneros se

redujo con la emigracion de muchos de ellos á los países vecinos, los habitantes de Laon aceptaron las proposiciones pacíficas de los episcopales consternados por su derrota, pero cuando estos vieron que una gran parte de los nuestros abandonaba la ciudad, se envalentonaron, y habiendo dado cita á los siervos de las posesiones de la abadia para uno de los dias de mercado, atacaron á los comuneros en sus casas y pasaron á cuchillo á cuantos cayeron en sus manos. Volvió á encenderse la guerra civil; se peleó de calle á calle, y los siervos saquearon é incendiaron las casas de los mercaderes de que pudieron apoderarse. Mi padre, mi esposa, mi madre y yo, atrincherados con nuestros aprendices en nuestra casa, que felizmente estaba bien fortificada, sostuvimos varias veces verdaderos sitios.

Durante estas turbulencias que diezmaban nuestras filas, Luis el Gordo reunia sus fuerzas. Habiendo sabido que Tomas de Marle daba asilo en sus tierras á los habitantes de Laon, marchó primero contra ese señor, le sitió en su fortaleza de Coucy, le hizo prisionero, le impuso un crecido rescate, y mandó ahorcar á todos los comuneros que encontró en las tierras de Marle. Luis el Gordo marchó entonces contra Laon. Mi padre, el alcalde, los regidores y varios de los nuestros, fieles á su juramento de defender la municipalidad hasta la muerte, quisieron oponerse á la entrada del rey y corrieron á las murallas, pero la mayor parte de los comuneros cayeron heridos ó muertos en aquella última batalla. Mi padre fué muerto y yo recibí dos heridas. Nuestra derrota era inevitable.

Luis el Gordo se apoderó de la ciudad y la sometió al señorío del obispo, pero segun las previsiones de mi padre, se modificaron los exorbitantes derechos del obispo y de los nobles, pues aunque el rey estaba enojado con nuestra rebeldia, tampoco estaba satisfecho del orgullo y la tirania de los episcopales.

No pude gozar de la suerte de los demás ciudadanos, pues fui desterrado por haberme señalado en la insurreccion, aunque no perdí la vida en el cadalso como el alcalde y los regidores. Luego que me curé de mis heridas partí de Laon con mi esposa, algunos dias despues de la muerte de mi madre que sobrevivió poco tiempo á mi padre. Martina y yo no poseíamos mas que algunas monedas de oro que habíamos salvado cuando los soldados del rey saquearon nuestra casa despues del asalto, y yo llevaba en un saco alguna ropa y las reliquias de la familia. Uno de mis amigos tenia un pariente tun-

didor en Tolosa y me dió una carta para él suplicándole que me tomase por obrero. Despues de un largo y penoso viaje, llegamos sanos y salvos á la capital del Languedoc, donde el maestro Urbano nos acogió con bondad, y me empleó en la fábrica luego que se cercioró de mi destreza en el oficio. Mi querida Martina, resignándose animosamente á su suerte, se hizo hiladora de seda, pues uno de los principales comercios del Mediodia con Italia era el de las sederias que enviaban á buscar á aquel pais los lombardos. Fiel observador de los consejos de mi padre, sufro con resignacion los golpes de mi adversa fortuna, confiando en el porvenir y abrigando gratas ilusiones.

La adversidad me ha lanzado á un pais próspero y libre. El Languedoc y la Provenza son las únicas comarcas independientes de la Galia; cada ciudad ha conservado ó reconquistado hace mucho tiempo sus antiguas franquicias, y constituyen todas otras tantas repúblicas gobernadas por *cónsules* ó *capítulos*, magistrados elegidos por el pueblo. Este afortunado pais ha padecido apenas la opresion feudal, y la servidumbre le es casi desconocida porque la raza de los primeros conquistadores germanos llamados *visigodos*, en vez de conservarse unida, compacta y sin mezcla como en el norte de la Galia, ha desaparecido casi enteramente con su fusion con la raza gala y la árabe, tantos años dueña del Mediodia.

La religion cristiana ha sido sin embargo modificada aquí por la heregía de los *albigenses*, pero la tolerancia de los principios ha dejado en paz á los sectarios aunque amenazan con derrocar desde sus cimientos la iglesia romana; Quién sabe los desastres que causará algun dia esta secta tan imprudentemente tolerada! Los señores carecen de orgullo y proceden en su mayor parte de mercaderes enriquecidos que continuan los negocios de sus padres ó cultivan sus campos, de modo que obedecen á los *cónsules* populares lo cual ocasiona el que no existe diferencia alguna entre la nobleza y la clase media. Nuestra vida es laboriosa y tranquila; Urbano nos colma de bondades, y nuestro salario es suficiente para atender á nuestras necesidades.

Hace tres dias (dos años despues de nuestro destierro de Laon), mi esposa me dió un hijo, y esta circunstancia me ha inducido á añadir estas líneas á la leyenda que me legó mi padre, abrigando la esperanza de que la transmitiré á mi hijo para cumplir la postrera voluntad de Joel, el brenn de la tribu de Karnak. Cuando Martina y yo

pensabamos el nombre que dariamos á nuestro hijo , y recordando que acostumbramos añadir un apellido al nombre de pila , he decidido que se llame *Sacrovir* , en honor de uno de los mas valientes heroes de la Galia , y que lleve el apellido de *Brenn* en memoria de nuestro antepasado Joel , deseando que én adelante se perpetue en nuestra familia tan glorioso apellido.

— Escribo estas líneas el dia veinte de agosto del año 1114.

Hemos recibido una fausta noticia. Se ha restablecido por fin la municipalidad de Laon , suprimida hace diez y seis años. Hoy , siete de noviembre de 1128 , ha llegado de Laon un viagero lombardo que ha traído á Urbano de parte del amigo que me recomendó el preambulo de la nueva Carta municipal concebido en estos términos :

« En el nombre de la Santa é indivisible Trinidad, asi sea.— Luis,
« por la gracia de Dios , rey de los franceses , hacemos saber á todos
« nuestros vasallos presentes y futuros que , con consentimiento de
« los barones de nuestro reino y de los habitantes de la ciudad de
« Laon , hemos instituido en dicha ciudad un *establecimiento de*
« *paz.* (1)

Este nombre de *establecimiento de paz* , dice el pariente de Urbano , sustituye el de *municipalidad* que recuerda la insurreccion popular , pero aunque se ha cambiado el nombre , la institucion es idéntica , y los habitantes de Laon estan completamente emancipados de los derechos de los señores. Se han reedificado la casa consistorial y la torre de la campana , se ha recobrado el sello y la bandera , y los habitantes de Laon han reconquistado por fin sus franquicias despues de prolongados y dolorosos sufrimientos.

Hoy , primer dia del año 1140 , habiendo llegado yo á la edad de sesenta años y mi hijo Sacrovir Le-Brenn á la de veinte y ocho , experimento el mas grato placer en recordar en esta leyenda que mañana se casa mi hijo. Mi esposa Martina , ejerce alegremente su oficio de hiladora á pesar de su edad ; Sacrovir tiene el mismo oficio que yo ; el Languedoc goza de la mas envidiable prosperidad , y Tolosa ha llegado al apogeo de la opulencia. Luis VII , rey de los franceses , ha sucedido á su padre Luis el Gordo , muerto en 1137 ; la

(1) Coleccion de las órdenes de los reyes de Francia , t. XI , p. 136.

guerra continua asolando el norte de la Galia; Enrique II, rey de los ingleses, descendiente de los piratas alemanes de *Rolf*, se ha apoderado tras varias batallas del Anjou, del Maine y de la Turena, y Luis VII, escomulgado por el papa, se ha libertado de la escomunion partiendo á la Tierra Santa, porque Jerusalem y el santo sepulcro han vuelto á caer en poder de los sarracenos, han sido destruidos los señoríos franceses y han desaparecido los barones y las baronías de Galilea y los marqueses y marquesados de Nazaret.

Estas líneas serán las últimas que escribiré en este pergamino que te lego, Sacrovir Le-Brenn, con las reliquias de nuestra familia, á las cuales he agregado la CONCHA DEL PEREGRINO legada por mi padre y arrebatada por él durante la primera cruzada á nuestro antiguo señor Neroweg VI, conde de Plouernel.

LAS TENAZAS DE HIERRO

ó

MILIO EL TROBADOR Y KARVEL EL PERFECTO.

(AÑO 1140 A 1300.)



CAPÍTULO PRIMERO.

Costumbres francesas del siglo XIII.—El jardín de Marfisa.—Las doce amigas.—Milio el trovador y Piel de Ganso el juglar.

Milio el trovador, biznieto de Colombaik, ha escrito este JUEGO segun la moda de este siglo (1).

Los acontecimientos siguientes han tenido lugar en el reinado de Felipe Augusto, hijo de Luis VII, muerto en el año 1180. Este monarca continuó la empresa de su abuelo contra los señores feudales, apoyándose en el pueblo para consolidar el poder del trono, y durante su reinado asolaron nuestra patria las guerras civiles y extranjeras. Batalló sin paz ni tregua contra los grandes señores y contra sus vecinos, de modo, que en 1182 tuvo guerra en el Berry contra los bravanzones que se habian apoderado del país; en 1183, guerra con el conde de Flandes por la posesion de Vermandois; y en 1187 y en los años siguientes, guerras incesantes contra el emperador de Alemania y contra el rey de Inglaterra el cual descendia de Rolf, poseia la tercera parte de la Galia y aumentaba todos los años sus conquistas. Felipe Augusto se cruzó como su padre, y como él regreso completamente derrotado de la Tierra Santa que, á escepcion de algunas ciudades del litoral, estaba en poder de los sarracenos, de modo que Felipe Augusto juró que no volveria á Palestina.

(1) Con objeto de variar de forma de nuestros relatos, hemos adoptado para este episodio una accion dialogada muy usada por los trovadores del siglo XIII, bajo el nombre de JUEGO. (Véas. entre otros *el Juego del Pastor y la Pastora*, por Adam le Hale, *antiguos fabliaux*, t. II, p. 193. *Le Grand de Aussy*.) En estos juegos, dialogados como los dramas de nuestros dias, y recitados por los trovadores ambulantes se suplían las decoraciones con la narracion descriptiva de los sitios donde pasaban las diferentes escenas. *Nota del autor.*

Esta tibieza respecto á la guerra santa, ciertos decretos sobre la validez de los testamentos hechos sin la presencia de un sacerdote, y especialmente su matrimonio con *Ines de Merania*, estando aun con vida su legítima esposa *Lugerburga*, le acarrearón la escomunion, y el papa desató de su juramento de fidelidad á los pueblos y á los barones, le puso fuera de la ley y le destronó moralmente. Aterrado el rey volvió á unirse con *Lugerburga* y mandó encerrar á la pobre *Inés* en un convento donde murió, pero tuvo que contribuir con hombres y dinero para la cuarta cruzada, y los barones cruzados, creyendo mas lucrativo y menos peligroso el no llegar hasta la Tierra Santa, se apoderaron de Constantinopla y se repartieron el imperio de Grecia. Hubo entonces marqueses de Esparta, condes del Poloponeso y duques de Atenas, y Balduino (descendiente del Balduino de la primera cruzada que fué rey de Jerusalem), llegó á ser emperador de Constantinopla. Los acontecimientos siguientes representados en este JUEGO, pasan en el año 1208, cuando estaban mas encarnizadas las guerras de Felipe Augusto contra *JUAN*, rey de Inglaterra, y contra el emperador de Alemania.

Esto pasa en la tarde de un hermoso dia de otoño, en el jardín de *Marfisa*, la noble dama de *Ariol*. El jardín está situado cerca de las murallas de la ciudad de *Blois*, y rodeado de un elevado muro adornado de enredaderas; álzase un lindo pabellon de verano en medio de los árboles, cuyas ramas, cediendo al peso de sus purpúreos frutos, están enlazadas con las parras de morados racimos; á corta distancia del pabellon, un pino inmenso cubre con su sombra un receptáculo de mármol blanco lleno de agua cristalina y cercado de verde y sedoso cespced en el que la rosa, la anémona y la espadaña combinan sus vivos colores; hay un banco al pié del pino gigantesco cuyas densas ramas dejan penetrar á intervalos los últimos rayos del sol que van á dorar el agua cristalina del receptáculo, y están reunidas en aquel jardín doce mujeres de las cuales la de mayor edad, que es *Marfisa*, tiene apenas veinte y cinco años, y la mas jóven, la vizcondesa de *Seligny*, no cuenta aun diez y seis; doce mujeres, de las cuales la menos linda hubiera parecido un astro de hermosura.

Despues de una merienda en que los vinos de *Blois*, de *Saumur* y de *Baugency* han regado los delicados pasteles de carne, las an-



Esta tibieza respecto á la guerra santa, y la
 validez de los sacramentos, y es especialmente en el punto
 con vida se las... esposa...
 nion, y el país... de su...
 á los...
 Ateri... el...
 á la...
 tribui...
 cruza... creyendo...
 hasta la Tierra Santa...
 tieron el imperio de...
 condes del Palop...
 te del Baldu...
 llegó á ser...
 guient...
 do estabau...
 JUAN, rey de Inglaterra, y...

Esto... la tarde...
 de María, la noble dama de...
 las murallas de la ciudad de *Bice*, y...
 adornado de enredaderas; álzase en...
 medio de los árboles, cuyas ramas, con...
 púreos frutos, están enlazadas con...
 á corta distancia del pabellon, en...
 bra un receptáculo de...
 cercado de verde y...
 y la española...
 pino gigante...
 últimos...
 táculo, y...
 les la de...
 años, y la...
 y seis; de...
 cido un astro de...
 Despues de una...
 y de Bau...



Editor Juan Oliveras, Barcelona.

La sorte de amor.

guilas con mostaza y las perdices en friambre con salsa de agraz, y terminada con las mas ricas pastas y dulces, no menos pródigamente regados con hipocrás ó vinos azucarados, aquellas nobles damas tienen la mirada brillante y las mejillas teñidas de viva escarlata.

Como estan seguras de que se hallan al abrigo de miradas indiscretas y de oídos curiosos, las alegres jóvenes no guardan en sus palabras ni en sus ademanes la reserva que conservarían si no estuvieran solas: unas, tendidas en el cesped, tomando el agua cristalina por espejo, se miran en él y se hacen á si propias toda clase de graciosos gestos; otras encaramadas en una escala, se divierten en coger en los árboles del vergel las manzanas púrpureas y las amarillentas peras, y como les justillos de aquellas lindas damas les sirven de delantal para recibir los frutos, se ven formas preciosas y dignas del mas habil cincel; algunas cogidas de las manos se entregan á un loco baile en dilatados círculos que hinchan sus anchos vestidos y lanzan ruidosas carcajadas, y otras mas indolentes, agrupadas en el banco de cesped, disfrutan muellemente recostadas de la calma de aquella tarde apacible y serena.

Forzoso es nombrar á estas indolentes: son *Marfisa* de Ariol, *Eglantina*, vizcondesa de Seligny y *Deliana*, que está destinada á ser canonesa del santo capítulo de Nivelles. Marfisa es alta, morena, de cejas osadamente arqueadas, no menos negras que sus cabellos y sus rasgados ojos, y se parecería á Minerva si llevára como esta diosa un casco de bronce, si su ancho seno, blanco como el mármol, estuviera aprisionado en una coraza, y si su fisonomia recordase el austero orgullo de la sabia divinidad; pero la comparacion desaparece cuando se admiran la jovialidad de la mirada de Marfisa y sus labios risueños, sensuales y purpurinos. Su caperuza de tela de color de naranja con rodetes levantados sobre sus orejas, descubre las trenzas de sus cabellos negros cubiertos con un hilo de perlas; su talle esbelto se adivina sobre su vestido de seda blanca, rica tela lombarda con dibujos de color de naranja, y sus mangas abiertas y flotantes, su cuello vuelto y su corsé escotado dejan ver sus hermosos brazos y su camisa de lino, tan blanca como la nieve, plegada con rizos y con borde de oro en el nacimiento del seno. Marfisa agita un abánico de plumas de pavo real con mango de marfil para refrescar sus animadas mejillas, y muellemente recostada sobre el banco de cesped, no advierte la perezosa que un pliegue del vesti-

do deja ver el extremo de una de sus medias de seda verde claro bordada de plata y su precioso zapato de seda de Lion con hebilla de plata adornada de rubies. Marfisa se vuelve risueña hacia Eglantina que, en pié detrás del banco de cesped, está apoyada en el respaldo. Por eso no se ven mas que el rostro y el cuerpo de aquella hermosa *Eglantina*, nombre muy adecuado porque ninguna flor de zarza-rosa tuvo jamás un colorido mas delicado, fresco y primaveral que el rostro encantador de aquella rubia de ojos azules como el cielo de mayo. Todo es de color de rosa en ella; sus mejillas, sus labios, su adorno de flores perfumadas que corona su redecilla de hilos de plata entrecruzados sobre el oro de sus cabellos y la seda de su paletina estrechamente abotonada desde su cinturon hasta el cuello con una hilera de gorquerines de plata prodigiosamente calados. En tanto que Eglantina está recostada sobre el respaldo del banco de cesped se ve arrodillada en el extremo opuesto á Deliana, la que debe ser canonessa, y que con uno de sus brazos se apoya familiarmente en los blancos hombros de Marfisa y escucha sonriendo la graciosa conversacion de Eglantina y de la dama de Ariol.

Si Marfisa tiene una hermosura altiva y magestuosa y Eglantina es linda y graciosa, la belleza de Deliana es celestial. Figuraos la imágen de la madre del Redentor, si es que vuestra mente se atreve á idearla, vestidla con un traje de armoniosos contornos, y tendreis el retrato de Deliana. Dorad entonces con un rayo del sol al ocultarse en occidente el grupo de estas tres mujeres, y reconocereis que el vergel de Marfisa se parecia á los campos eliseos que describen los poetas y que aun le aventajaba.

Ahora que habeis admirado, escuchad.

MARFISA.— ¡Qué graciosa es esa historia, Eglantina!

DELIANA.— El viejo entra con una luz y encuentra ¿qué creereis qué encuentra? A su pupila tirando á un cordero de la cola.

EGLANTINA.— ¿Y el amante habia desaparecido entre la oscuridad?

MARFISA.— ¡Qué astutos son los estudiantes!

DELIANA.— Es cosa que ignoro. Dicen que son mas discretos que los demas hombres...

EGLANTINA.— Y casi todos son pobres, joviales y poetas, pero graciosos y de hermosa figura.

MARFISA.— Y no gastan tanto como los caballeros, ni os piden bandas bordadas en premio de su constancia.

EGLANTINA. Los caballeros son unos amantes tan rústicos como sus caballos y solo piensan en torneos y en correr el mundo en busca de locas aventuras.

MARFISA.— ¡Qué diferentes son los estudiantes! Humildes, chistosos y fieles, son capaces de estar toda una noche al sereno para tener el gusto de vernos asomadas un instante á nuestra ventana. ¡Lástima que todos ellos pertenezcan á la plebe y sigan por lo comun la carrera eclesiástica!

DELIANA.— Sin embargo, en cada diez mujeres tal vez no hallaréis dos que no tengan por amante un caballero.

MARFISA.— Creo que Deliana se equivoca...

EGLANTINA.— Somos doce en ese jardin jóvenes... ya lo sabemos, y lindas... así al menos se dice y no somos necias porque tratamos de divertirnos mientras los que deben ser nuestros esposos estan en Tierra Santa.

MARFISA.— Dónde ganan victorias para volver rendidos y con la frente cargada de laureles...

EGLANTINA.— Y tostados como sarracenos, lo cual dará realce á su natural gallardía. Pues bien; Deliana sostiene que de cada diez mujeres no hay dos que no tengan por galan un caballero. Somos doce, y supongo que cada cual tiene su secreto. ¿Quién es capaz de ser fiel durante un año al amante de cuya fé y mano está segura? ¿Quién no trata de hacer mas grato el pesar de la ausencia prestando oído á los que le hablan de amor?

MARFISA.— ¡Y hay hombres que lo espresan con tanto ardor y tanta dulzura..!

EGLANTINA.— Escuchad, amigas, mi proyecto. Las doce tenemos nuestro secreto de amor. Elijamos una por confidente, vayamos una tras otra á confesárselo francamente; que publique el resultado de nuestras confidencias, y de este modo sabremos el número de las que tienen por galan, un caballero.

DELIANA.— ¡Escelente idea! ¿Qué te parece, Marfisa?

MARFISA.— La adopto, y estoy segura de que nuestras amigas la aceptarán tambien. Esto nos divertirá hasta la noche.

Las demas jóvenes aceptan en efecto con alegría la proposicion de Eglantina, se reunen y designan por unanimidad á Marfisa depositaria de sus secretos.

La hermosa dama se sienta en el banco de cespéd, sus compañeras se alejan algunos pasos y lanzan sus maliciosas miradas á la con-

fidente, y la que confía primero su secreto es Eglantina que se sienta al lado de Marfisa que le dice con acento amable y burlon:

MARFISA.— Abreme tu corazon, no me ocultes nada y habla con franqueza: ¿quién es tu galan?

EGLANTINA *con los ojos bajos y ruborizada*. El que amo es jóven y bello, valiente como un caballero, ingenioso y poeta como un estudiante, y aunque tiene mas nombradia que los mas famosos condes y duques, no es sin embargo duque ni conde. (*Marfisa escucha la confidencia con atencion y ansiedad*). Su cuna es tal vez oscura pero su gloria brilla como el sol.

MARFISA.— Orgullosa debes estar con tal eleccion: ¿cual es el nombre de ese fenix de los galanes?

EGLANTINA.— Puedo nombrarle con orgullo. Se llama Milio el Trobador.

MARFISA *estremeciéndose y con voz alterada*.— ¡Qué escucho!.. ¿Milio el Trobador?

EGLANTINA *con los ojos bajos*.— Si.

MARFISA *reprimiendo su sorpresa y su viva emocion*.— Te deseo, querida amiga, que tu amante te sea fiel.

DELIANA se acerca sonriendo y con humilde ademan.

MARFISA.— Esa turbacion mezclada de alegria me indica que ha sido acertada tu eleccion.

DELIANA.— Si, y lo único que siento es no ser bastante bella para merecer á mi amante, porque es el conjunto de las perfecciones.

MARFISA.— ¿Un conjunto de perfecciones?

DELIANA.— Si, es jóven, hermoso, tiene talento, gracia, *donaire*...

MARFISA.— ¿Cuál es el nombre de ese portento?

DELIANA *ruborizándose y bajando los ojos*.— Se llama... Milio el Trobador.

MARFISA *con ira*.— ¡Tambien!

DELIANA.— ¿Cómo... tambien? ¿Qué quieres decir?

MARFISA *conteniéndose*.— ¿Te pregunto si le amas tambien?

DELIANA *con entusiasmo*.— ¡Oh! le amaré eternamente.

MARFISA. Retirate. Qué se acerque otra (*Exhalando un suspiro*)
¡Dios proteja los amores constantes!

URSINA, prometida esposa del conde Mont Ferrier, corre saltando como una cabrilla en el mes de mayo. No habreis visto ni vereis jamas

una criatura mas linda , mas viva , mas graciosa ni mas petulante. Habia sido una de las mas atrevidas escaladoras para coger fruta en los árboles , de modo que una de las trenzas de su abundante cabello de color rubio cae despeinada sobre sus mórbidos hombros. Lleva un corpiño verde y una falda de color de rosa ; su traviesa y diminuta boca está aun manchada con el jugo de un enorme racimo , tan purpurino como sus labios , muerde por última vez algunos granos con sus dientes de perla , y , riendo á carcajadas , se acerca á Marfisa á quien dice con volubilidad sin igual sin esperar á ser interrogada:

— Querida amiga, mi galan no es un bachiller , pero es tan hermoso , tan divertido , tan gracioso que merece ser duque , rey ó emperador.

MARFISA *con vago recelo*. — ¿ Y cual es el nombre de este modelo de amantes ?

URSINA. — ¿ Me preguntas su nombre ? (*mordiéndolo nuevamente el racimo que tenia en la mano*) ¿ su nombre ? Por su valor debiera llamarse el valiente , por su gracia el encantador y por su constancia el constante.

MARFISA. — Eres feliz , hija mia , porque la constancia es muy rara en estos tiempos.

URSINA *con arrebató*. — Si mi amante me hiciera una infidelidad... le arrancaria los ojos. Pero no, no ; mas de veinte veces me ha cantado su fidelidad con su laud... porque has de saber que mi galan canta como un cisne (*con orgullo*.) ¡ Es Milio el Trobador !

URSINA se levanta despues de hacer su confesion , y saltando como una cabrita , va á reunirse con sus compañeras.

Marfisa suspira y llama á Florida.

MARFISA. — ¡ Cómo se llama tu galan ?

FLORIDA — Milio.

Y todas , HUGUETA , DULCELINA , ESTEFANIA , ALICE , EMNA , ARGENTINA y ADELINA responden del mismo modo y pronuncian el nombre de MILIO.

Marfisa está á punto de estallar de celos , pero acaba por reirse de la aventura , especialmente cuando la morena Adelinda , que es la última en depositar su secreto , le dice con gracia infantil y ruborizándose:

— Mi galan es el mas glorioso de los trovadores y se llama Milio.

MARFISA *riendo á carcajadas*. — ¡ Pobrecillas ! si esos malignos

juglares, Adan el Jorobado de Arras ó Audefredo el Bastardo, supieran nuestra historia, mañana se cantaria en todos los laudes y correria de castillo en castillo.

EGLANTINA. — ¿Qué quieres decir?

DELIANA. — Decide ahora, Marfisa: ¿cuantas de nosotras tienen por galan un caballero?

MARFISA. — Ninguna.

Las once jóvenes se miran en silencio y muy sorprendidas.

MARFISA. — Queridas amigas, se nos ha hecho una burla indigna. Todas tenemos el mismo galan. Si, ese infame Milio el Trobador nos ha engañado á las doce.

La revelacion de Marfisa causa en un principio general asombro y despues el mas vivo enojo; todas claman venganza: Deliana dice que ya no pondrá obstáculo alguno para ser canonesa, Eglantina jura en su desesperacion que va á hacerse monja, y Ursina pisotea su corona de flores y dice que se vengará del infame aventurero. Pregúntanse despues todas por medio de qué diabólico sortilegio ha podido aquel malvado disimular su infidelidad durante tanto tiempo y de un modo tan admirable, y este recuerdo redobla el enojo de las nobles damas.

MARFISA *que despues de haberse reido de la aventura participa del enojo de sus compañeras.* — Amigas, nuestra corte de amor celebra mañana su última sesion de otoño, y opino que se emplace al traidor ante nuestro tribunal para oirle, juzgarle y condenarle segun la enormidad de sus crímenes.

URSINA *con energia.* — ¡No, no! Hagamonos justicia, porque el tribunal pudiera perdonarle en premio de habernos engañado con tanta astucia, lo cual no deja de ser meritorio.

UN GRAN NÚMERO DE VOCES. — Ursina tiene razon. — Hagamonos justicia. — ¡Venganza! ¡venganza!

DELIANA *con dulzura.* — Antes de emplear el rigor ¿porqué no hemos de valernos de la persuasion? Dejadme que hable á Milio, y estoy segura de que le obligaré á que siga mejor senda, se arrepienta de su enorme crimen y elija á una de nosotras.

URSINA. ¡Miren la mogigata! Lo hace con la esperanza de ser la preferida. Nada de compasion. Nos ha engañado y solo debemos pedir justicia y venganza.

Y todas las voces, menos la de la compasiva Deliana, piden como Ursina justicia y venganza.

MARFISA. Nos vengaremos, amigas mías. Ese traidor me ha prometido venir esta noche al pié de mi ventana, y le juro que ha de pagar cara su felonía.

El proyecto de Marfisa es aceptado con unánime aprobacion y se discuten con calor los pormenores del castigo que tratan de imponer al pérfido amante.

Es de noche, brillan las estrellas en el firmamento, aun no ha salido la luna, y en vez del vergel de Marfisa, veis una de las últimas casas de Blois, y á pocos pasos de allí una copuda encina bajo cuyo ramage duerme sobre el ceped un hombre corpulento. Cualquiera diria que era el viejo Sileno si no vistiese una túnica de paño burdo manchado de grasa y vino, unos calzones remendados de sarga amarilla y unos borceguies que dejan una parte del pié descubierto. Su enorme cuerpo hinchado por ronquidos sonoros, ha hecho rebentar los botones de cuerno de su túnica, y su nariz informe, abultada, montuosa y cubierta de erupciones, ha tomado como la piel de su cráneo el color vinoso del jugo de vid con que aquel durmiente tiene costumbre de henchir continuamente su estómago. Se vé á su lado sobre el cespel el gorro de hojas de parra con que cubre los escasos cabellos grises que le restan, y á algunos pasos mas allá está su guitarra, vieja pero sonora, que sabe hacer cantar bajo sus dedos ágiles porque maese *Piel de Ganso*, (este es su nombre) es habil *juglar*, y sus cantos báquicos ó licenciosos no tienen igual para poner de buen humor á los truanes y aventureras. Es tan profundo su sueño que no oye los pasos de otro personage que sale de la última casa del arrabal.

Este personage es *Milio el Trobador* jóven de veinte y cinco años cuyo retrato es inútil que hagamos porque, parecido ó no, lo han hecho ya Marfisa y sus compañeras. Lleva sobre sus negros cabellos rizados la capucha de una túnica de color de escarlata cuya esclavina cubre sus anchos hombros, su túnica blanca de fino paño de Frisia, cerrada sobre el pecho por una hilera de botones de oro está bordada de seda de color de escarlata en el cuello y en las mangas, las cuales son dobles, mas flotantes y abiertas desde debajo de los hombros, y otras ajustadas en la muñeca con botones de oro, y penden de su cinturón dorado una corta espada y una escarcela. Milio ha desmontado hace poco rato del caballo porque en vez

de llevar, según la moda de la época, borceguies de larga punta encorbada en forma de cuerno de carnero, calza grandes botas de cuero amarillo bordado de encarnado que le suben hasta los muslos.

En tanto que *Piel de Ganso* sigue durmiendo y ronca con serenidad, MILIO se para á algunos pasos del viejo juglar y dice con acento melancólico y ademán pensativo:

—No he podido hallar en Amboise de donde vengo á ese mercader lombardo, y me han dicho en esta posada donde se hospeda siempre que sin duda ha partido á Tours á vender sederias. Esperaré que vuelva. Hace dos meses que salió del Languedoc y sin duda me trae noticias de mi hermano Karbel, y de su esposa Morisa.

Momentos de pausa.

—Flora, te amo, y aunque mi pasión me enloquece, respetaré tu inocencia. ¡Ah! Cuando comparo este amor casto y puro con los impuros lazos que me han unido á damas de alta cuna, me siento inclinado á dejar la vida de aventuras que llevo hace cinco años y seguir la inspiración que despierta en mi alma el amor de Flora. (*Reflexiona*). En efecto, en estos tiempos de desenfrenada corrupción, las victorias galantes se cruzan por todas partes cuando se tiene cierta fama, audacia y una figura más agraciada que mi amigo Piel de Ganso que ronca como un filósofo que no está en ayunas. Buscado, agasajado y bien pagado por las hermosas castellanas en cambio de sus cantos, un trovador no tiene nada que envidiar á los más poderosos caballeros; alegre como ave de paso, cuando ha entonado su amorosa canción, lanza el vuelo huyendo de las blancas manos que le aprisionan sin pesar por lo pasado y va á cantar á otra parte y á halagar el odio con sus trobas y los ojos con su plumage. ¿Qué más pueden pedirle? Si, en nuestros días, el amor no tiene ya por emblema la paloma de Citeres sino el Gorrion lascivo de Lesbia. ¡Qué grato sería salir de esta ardiente bacanal para refrescar el alma, para dar paz al corazón, con la pureza de un casto amor con el encanto inefable que se siente rodeando de tierno respeto por la inocencia de una niña de quince años! (*Largo silencio.*) ¡Cosa extraña! Cuando pienso en Flora, siempre se me representa la idea de una solitaria cabaña donde pasa mi vida en la paz y la ventura lejos del mundo y de sus vicios. Es forzoso que me decida, es forzoso que esta misma noche liberte á Flora del peligro que la amenaza. (*Se oyen campanas á lo lejos.*) Tocan la oración, y la

hermosa niña no me espera hasta que salga la luna. Marfisa me perdonará esta noche pues no me verá al pié de su ventana... Despertemos á Piel de Ganso pues le necesito. (*Le llama.*) ¡Eh! ¡Piel de Ganso! ¡Cómo ronca! Digiere sin duda el vino que habrá bebido prestado en alguna taberna. (*Se inclina y le empuja con fuerza.*) ¡Te despertarás, holgazan?

PIEL DE GANSO lanza primeramente sordos gruñidos, despues sopla, bosteza, se mueve, ensancha los brazos con la boca abierta hasta unirla con las orejas y finalmente se incorpora estregándose los ojos con los puños.

MILIO. — ¡Cómo! ¿Te suplico que me esperes un momento debajo de este árbol y te duermes en seguida?

PIEL DE GANSO se levanta de mal humor, coge su sombrero de hojas de parra, se lo pone bruscamente en la cabeza, y enarbolando la guitarra, amenaza al trovador gritando:

— ¡Traidor! ¡Ladron! ¡Qué tesoro me has robado!

MILIO. — ¿Yo te he robado?

PIEL DE GANSO. — ¡Despertarme en el momento mas hermoso de mi sueño! Asistia al combate de *Cuaresma* contra *Martes Carnestolendas*. *Cuaresma*, armado de piés á cabeza, avanzaba montado en un salmon, llevaba por casco una enorme ostra, un queso por escudo, una raya por coraza, erizos de mar por espuelas y por honda una anguila que tenia en los dientes un huevo en vez de piedra.

MILIO. — Es tal tu glotoneria que solo piensas en tragar.

PIEL DE GANSO. — ¡Desdichado! ¡Arrancarme de la boca manjares que nada me costaban! Si, nada, porque si *Cuaresma* estaba sabrosamente armada, no lo estaba menos *Martes Carnestolendas*. Llevaba una armadura de jamon, por casco un pastel de venado cuya cimera formaba un succulento pavo asado, montaba en un ciervo cuyos cuernos estaban cargados de perdices, y en vez de lanza empuñaba un largo asador adornado de capones asados (*Dirigiéndose al trovador con fúria grotesca.*) ¡Pícaro! ¡hombre sin fé ni ley! Me has despertado en el momento que *Cuaresma* sucumbia bajo la lanza de *Martes Carnestolendas*, y me lo iba á comer todo... todo, vencedor y vencido, armas y armaduras... hasta los caballos de los combatientes. Jamás te perdonaré tal maldad...

MILIO. — Tranquilízate, que yo reemplazaré tu sueño con la realidad.

PIEL DE GANSO. — ¡Bella promesa por vida mia! ¿Qué tiene de particular el comer con los ojos abiertos? Mayor era mi dicha el comer durmiendo.

MILIO. — ¿Y me guardarás rencor si te doy para que puedas recrear tu estómago durante un día y una noche?

PIEL DE GANSO *con gravedad*. — Si me llenas la boca me obligarás á que la cierre.

Milio. — ¿Quieres hecerme un favor?

PIEL DE GANSO. — Soy gloton, borracho, jugador, libertino, mentiroso, charlatan, pendenciero y cobarde, pero no ingrato, y jamás olvidaré que tú, Milio, el admirado y célebre trovador, cuyo laud forma la delicia de los castillos, has partido mas de una vez tu dinero con el viejo Piel de Ganso el Juglar, cuya humilde guitarra solo se aplaude en las tabernas frecuentadas por los vagos, los siervos y las aventureras. No, jamás olvidaré tu generosidad, Milio, y te juro que contaré siempre con ella.

MILIO. — ¿No somos compañeros en la gaya ciencia? Tu alegre guitarra que recrea á los pobres y les hace olvidar por un momento sus miserias ¿no vale tanto como mi laud que divierte la corrompida ociosidad de las nobles damas? No hablemos de los servicios que te he prestado. Escucha pues...

PIEL DE GANSO *interrumpiéndole*. — Al favorecerme no has hecho mas que tu deber.

MILIO. — Enhorabuena; pero...

PIEL DE GANSO *con tono solemne*. — Decia un viejo en mi lugar que cuando Dios creó el mundo puso en él tres clases de hombres los sabios, los tontos y los pícaros, y estos tienen derecho á exigir á los otros toda clase de favores sin obligacion de pagarlos. Así pues, tú que eres sabio debes partir tu bolsillo conmigo que soy pícaro, y mas que pícaro, vago y...

MILIO. — ¿Me dejarás hablar, charlatan?

PIEL DE GANSO *con acento triste y haciendo una mueca sentimental*. — ¡Ah! pasó ya el siglo de oro de los juglares, el tiempo aquel en que siempre estaban llenos su estómago y su escarcela! Nuestros padres se comieron la carne y nos dejaron los huesos. Habla ahora, Milio, y te juro que seré mudo como una estatua. Habla, caritativo y generoso trovador, que estoy pronto á escucharte.

MILIO. — ¿Has acabado?

PIEL DE GANSO. — Aunque me arrancases la lengua no me saca-

rias una palabra , y ni la misma Juanita , la hermosa posadera cuya nariz chata se remanga cuando se rie de mis chistes...

MILIO *alejándose*. — Veo que no se puede hablar contigo un instante con formalidad.

PIEL DE GANSO corre detrás del trovador , é imitando los gestos de un mudo , le jura por su guitarra que no pronunciará una palabra mas.

MILIO *volviendo*. — Tengo en mi escarcela diez hermosas monedas de plata , y serán tuyas si me sirves bien , pero reprime la lengua , pues por cada palabra supérflua te quito una moneda.

PIEL DE GANSO jura nuevamente con gestos por su guitarra y su sombrero de hojas de parra que seguirá siendo mudo.

MILIO. ¿ Conoces á Raimundo de Reguier , ese conde viejo y libertino que tiene su castillo cerca de Blois ?

PIEL DE GANSO hace con la cabeza un ademan afirmativo.

MILIO *sonriendo*. — Veo , señor Piel de Ganso , que economizais el dinero. Pues bien ; en los dominios de Reguier hay un molino , y el molinero que se llama Chaillot es un borracho que por un vaso de vino venderia su alma al diablo , y su mujer es la bruja mas infame que he conocido. Hace quince dias que el conde...

PIEL DE GANSO. Aunque me cueste una moneda , diré que el conde es un viejo libertino... un sátiro... un perverso.

MILIO. — Te perdono la interrupcion porque has dicho una verdad , pero que sea sin ejemplo. Este conde me dijo hace quince dias hallándome en su castillo : — « ¿ Quieres ver un tesoro de belleza rústica ? Ven mañana á merendar conmigo á mi molino donde hay una niña de quince años que su tia educa bajo mis auspicios porque soy caritativo con las hermosas. Ven á ver aquel portento y á envidiar mi futura dicha , y sé juez de su belleza. » Acepté la oferta del conde , porque me complacen las ridiculeces de los viejos libertinos y me proporcionan temas para mis sátiras. Acompañé al molino al conde y algunos de sus amigos. Las provisiones traídas del castillo eran tan esquisitas y el vino tan generoso , que al fin de la merienda todos estaban embriagados y pidieron á la molinera que presentase á su sobrina. Era una niña de quince años , linda , pero linda no , un prodigio , una flor de gracia y de inocencia. Al verla se levantaron para victorearla en su embriaguez , pero la pobrecilla , llena de terror al ver aquellas caras vinosas y aquellos ojos osados , retrocede bruscamente olvidando que hay detrás de ella una

ventana sin barandilla y que cae á la acequia del molino...

PIEL DE GANSO *con acento compasivo*. — ¿Y se cayó la pobrecilla al agua?

MILIO. — Si , pero afortunadamente me arrojó... Aun era tiempo; Flora , arrebatada por la rápida corriente , iba á despedazarse en la rueda del molino cuando la saque de la acequia.

PIEL DE GANSO. — Aunque me cueste las diez monedas diré que te portaste como valiente y honrado.

MILIO. — Deposito á Flora en la orilla , vuelvo en sí , leo en su dulce mirada su gratitud ingénua , y aprovechando el tiempo que emplea la infame molinera en reunirse con nosotros , dije á la pobre niña : — «Corres un inminente peligro; finge durante todo el tiempo posible que estas enferma de resultas de la caída ; ya velaré por tí. » Y advirtiéndome que nos hallábamos en un cercado , añadí : «Después de mañana , ven aquí cuando tu tia se haya acostado si te es posible y te diré la infamia que tratan de hacer contigo ; pero finge que estás enferma. » Flora me prometió todo lo que quise y dos dias después acudió á la cita...

PIEL DE GANSO. — Lo cual quiere decir que se la has pegado al conde.

MILIO. — No , respeté á esa encantadora niña que me ha seducido con su candor , y no solo estoy locamente enamorado de ella , sino que trato de robarla esta noche porque la tia ha accedido á las promesas del conde y quiero evitar una infamia.

PIEL DE GANSO. — ¡Malvado viejo ! Es preciso que te des prisa á arrancar á ese inocente paloma de las garras del gavilan.

MILIO. — La última vez que la ví , Flora me ofreció que me esperaria esta noche al asomar la luna...

PIEL DE GANSO. — ¿Consentirá en seguirte?

MILIO. — Puedo asegurarlo.

PIEL DE GANSO. — En tal caso ¿para qué me necesitas?

MILIO. Podria suceder que Flora no llegára á burlar hoy la vigilancia de la molinera para acudir á la cita.

PIEL DE GANSO. — Y seria lástima porque el tiempo urge , y ya me parece que veo al gavilan apoderándose de la paloma.

MILIO. — Y es indispensable que vea á Flora esta noche. Como he previsto que alguna noche no podria salir del molino , he concebido el siguiente proyecto que he comunicado á Flora. El molinero se va á la cama todas las noches embriagado ; si Flora faltase á la cita por

no poder salir del molino, irás á llamar estrepitosamente á la puerta, y como Chaillot estará durmiendo y no se levantará de la cama para salir á ver quien llama...

PIEL DE GANSO *rascándose la oreja*. — ¿Estás seguro de que Chaillot no se levantará?

MILIO. — Si, aunque se levantara...

PIEL DE GANSO. — Has de saber que los molineros tienen la detestable costumbre de estar escoltados por un perro monstruoso, y además...

MILIO. — Señor Piel de Ganso, ya que os he perdonado interrupciones que hubieran reducido á cero las diez monedas de plata, dejadme acabar, y si no os conviene prestarme ayuda, podeis hacer lo que os plazca cuando os haya confiado mi proyecto.

PIEL DE GANSO jura que será mudo.

MILIO. — Así pues, si Flora falta á la cita, irás á llamar con estruendo á la puerta del cercado. Entonces sucederá una de estas dos cosas: ó la molinera al ver la embriaguez de su marido se levantará á ver quien es el que llama, ó enviará á Flora; en el primer caso, como quedó convenido entre ella y yo, Flora se aprovechará de la ausencia de su tia y vendrá á reunirse conmigo, y en el segundo caso, teniendo un pretesto para salir de la casa, vendrá hácia donde esté yo, en vez de ver quien llama á la puerta. Supongamos que por una casualidad Chaillot no esté borracho y sale á responder (*Piel de Ganso imita el ladrido de un perro*). Supones que sale con el perro ¿no es eso? ¿Pero ignoras, cobarde, que los habitantes de las casas aisladas no abren al momento la puerta por temor á los ladrones, y que preguntan y miran antes quien es? Así pues, no te espante el perro. Dirás únicamente á Chaillot que deseas hablar al instante á solas con su mujer de parte del conde; el molinero correrá en busca de su digna esposa, y esta se apresurará á salir porque tiene muchos secretos con el viejo Reguier. Confio entonces, señor juglar, en tu fecundia para contarle el objeto de vuestra nocturna visita y detener todo lo que puedas á la molinera en la puerta con tu irresistible charlataneria.

PIEL DE GANSO. — Venerable matrona, diré á la molinera, vengo á llamar á vuestra puerta para ofreceros mis servicios: sé romper huevos andando sobre ellos, vaciar un tonel por la jeta, hacer rodar una pelota y apagar una luz soplando. ¿Necesitais gorras para vuestras cabras, guantes para los gatos y zapatos para

las vacas? Se fabricar estos objetos, y sé tambien...

MILIO.— No dudo de tu elocuencia, pero reservala para la molinera. He aqui mi proyecto ¿quieres ayudarme? Si consientes, son tuyas estas diez monedas de plata.

PIEL DE GANSO.— Dámelas...

MILIO poniéndole el dinero en la mano.— Toma.

PIEL DE GANSO (*salta, hace cabriolas, se estremece su enorme vientre y suenan las monedas en su bolsillo. Sigue á Milio diciendo:*)—

¡Bendito seas, don Dinero! Tu eres el rey del mundo, la perdicion de las mujeres, el encanto de los bebedores, la varilla mágica, la llave que abre todas las puertas y el arma que vence á los mas poderosos. Aunque recelo que el diablo te inventó para cebo con que atrae á todos los hombres, aplaudo al espíritu maligno por su invencion y le ciño una corona.

Y Piel de Ganso sigue saltando y cantando á Milio que toma al través de los árboles una senda que conduce al molino de Chaillot.

CAPÍTULO II.

La molinera.— Flora.— El conde de Reguier.— Combate entre el conde y Piel de Ganso.— La corte de amor.— La reina de la hermosura.— Consejo de amor.— Acusacion contra Millio.— Predicacion de la cruzada contra los Albigenses.

Olvidad, hijos de Joel, la diversion de las nobles damas reunidas en el jardin de Marfisa; olvidad los árboles raros, las flores cultivadas con esmero, y los estanques de mármol para recrearos con el agreste espectáculo que se ofrece á vuestros ojos.

Mirad: la luna asoma en un cielo estrellado iluminando con sus rayos una arboleda sombría, bajo la cual corre murmurando un arroyuelo formado por el exceso de las aguas encauzadas para el servicio del molino de Chaillot, y la armonia de aquella noche hermosa y embalsamada con el perfume de la retama, de los lirios y del tomillo es el murmullo del agua saltando espumosa sobre un alveo de piedras y á intervalos el canto del ruiseñor oculto en los sauces. Una niña de quince años, es Flora, está sentada en la orilla del arroyo sobre el tronco caido de un sauce, y un rayo de luna que penetra por entre el espeso ramaje ilumina la mitad de su gracioso rostro. Sus largos cabellos castaños, separados sobre su frente virginal, y repartidos en dos largas trenzas, llegan hasta el cespced, y no lleva mas traje que una vieja saya de sarga verde sobre su camisa de recio lienzo, cerrada en el nacimiento de su seno con un boton de cobre. Desnudos estan sus brazos lo mismo que sus piés que acaricia la plateada onda del arroyo, porque Flora está sentada allí pensativa y llorosa sin advertir que tiene los piés dentro del agua.

Habeis visto, hijos de Joel, los hermosos ó encantadores rostros de las nobles amigas de Marfisa, pero confesad que ninguna de ellas estaba dotada de ese gracia púdica é interesante que dá á las ingenuas facciones de Flora un encanto inesplicable. ¿Veis el fruto en su primera flor cuando medio oculto por la mañana bajo las hojas húmedas con el rocío, ofrece á vuestros ojos estasiados esa frescura que puede marchitar el mas ligero aliento? Pues asi es *Flora la hiladora*. La laboriosa niña hila el lino y el cáñamo con la punta de sus dedos tan ágiles como su huso desde el alba hasta la noche, y como está encerrada continuamente en un aposento oscuro, no ha tostado

el ardor del sol la tez pura y blanca de la jóven sierva ni el duro trabajo del campo ha desfigurado sus miembros delicados.

Flora está allí tan absorvida en su tristeza, que no oye á lo léjos un leve rumor al través de los arbustos que rodean el vallado del molino; si, tan pesarosa y meditabunda está Flora que no vé á Milio que despues de escalar el cercado se adelanta con precaucion, mirando á todos lados, y que despues de ver á la jóven que continua sentada y vuelta de espaldas, se acerca sin que le oiga y le pone las manos sobre los ojos sonriendo. Pero al sentir al trovador empapado los dedos con las lágrimas de la sierva, salta sobre el tronco, se arrodilla ante ella y le dice con voz inquieta y enternecida:

— ¡Lloras!

FLORA *enjugándose los ojos y esforzándose para sonreir.* — Ya estás aquí, Milio, y no lloraré mas.

MILIO. — Temí que no pudieras acudir á la cita, pero te veo á mi lado y confio calmar tu dolor. Dime ¿cuál es la causa de tu pesar?

FLORA. — Esta tarde me ha dado mi tia un vestido nuevo y me ha traído un ramo de flores para que me adorne con ellas.

MILIO. — ¿Y ese obsequio puede causar tus lágrimas?

FLORA. — ¡Ah! Mi tia quiere que me adorne porque mañana viene el conde al molino.

MILIO. — ¡Cómo! ¿Esa infame mujer..?

FLORA. — Me ha dicho que el conde me ama mucho y que yo debo amarle.

MILIO. — Y qué le has respondido?

FLORA. — Me ha amenazado... me ha dicho que me mataria si no era obediente.

MILIO. — Pero ¿qué le has respondido?

FLORA. — Qué obedecería...

MILIO. — ¿Qué obedecerías?

FLORA. — No he querido enojar hoy á mi tia con una negativa, y por eso no me ha vigilado y he podido venir aquí.

MILIO. — Pero mañana, cuando venga el conde.

FLORA. — Mañana no estarás allí, Milio, como hace quince dias para defenderme y salvarme de la rueda del molino.

MILIO. — ¿Qué dices?

FLORA. — Hace quince dias me inspiraron tal terror aquellos caballeros que caí en el agua sin querer, pero mañana me arrojaré en la acequia voluntariamente. *(La jóven se enjuga las lágrimas, y*

sacando del seno un pequeño huso se lo da al trovador). Sierva y huérfana, nada poseo en el mundo mas que este huso; durante seis años ha rodado entre mis dedos desde la mañana á la noche, pero hace quince dias que se ha parado mas de una vez cuando interrumpia el trabajo pensando en tí, Milio... en tí que me salvaste la vida... Así pues, te pido como un favor que aceptes ese huso como memoria mia.

MILIO *vertiendo lágrimas y estrechando el huso contra sus labios*.— Querido huso, compañero de las veladas solitarias de la pobre huérfana, tú que le has ganado un pan tan amargo, tú á quien ella ha mirado tantas veces pensativa suspendida de un hilo ligero... te guardaré eternamente y serás mi mas precioso tesoro. (*Se quita de los dedos varios ricos anillos adornados de piedras preciosas y los arroja en el arroyo que corre á sus piés*).

FLORA *con sorpresa*.— ¿Qué haces? ¿Porqué arrojas tus preciosos anillos?

MILIO.— ¡Léjos de mi, recuerdos que maldigo, prendas efímeras de un amor tan inconstante como el agua que os arrastra; léjos de mí! Prefiero el huso de Flora.

FLORA *toma las manos del trovador, las besa llorando y murmura*.— Milio, conservarás mi huso y moriré contenta.

MILIO.— ¡Morir tú, querida Flora! No, no. ¿Quieres seguirme?

FLORA *tristemente*.— Te burlas de mi.

MILIO.— ¿Quieres acompañarme? Conozco en Blois una digna mujer y esta noche te llevaré á su casa, donde permanecerás oculta dos ó tres dias, y despues partiremos al Languedoc y nos reuniremos con mi hermano. Durante el viaje serás mi hermana y cuando llegaremos te daré mi mano de esposo. Responde: ¿confias en mí? ¿quieres seguirme al instante?

FLORA *ha escuchado al trovador con creciente sorpresa, se pasa las manos por la frente y dice con voz trémula*.— ¿Estoy soñando? ¿Tú... Milio, me pides que te siga?

MILIO *se arrodilla delante de la sierva, estrecha sus manos y responde con voz apasionada*:— Si, Flora querida: ¿quieres seguirme?

FLORA.— ¿No he de querer tanta dicha?

MILIO *se levanta rápidamente y presta el oido hacia los arbustos del cercado*.— Es la voz de Piel de Ganso y pide auxilio. ¿Qué sucede?

FLORA *cruzando las manos con desesperacion*.— ¡Ah! bien decia yo que era un sueño.

MILIO *saca la espada y toma la mano de la sierva.* — Sigueme, Flora; no temas.

FLORA. — No me quejaré si muero á tu lado.

El trovador corre hácia el cercado llevando de la mano á Flora, y los gritos de Piel de Ganso aumentan á medida que Milio se acerca á los arbustos que rodean el huerto del molino, y detrás de los cuales hace que se oculte Flora encargándola que esté inmóvil y muda. Despues salta el cercado, y ve al resplandor de la luna al juglar luchando con un hombre cuyo rostro no puede distinguir. Al ver Piel de Ganso que Milio corre en su auxilio, hace un esfuerzo y derriba á su adversario, y abusando entonces de su enorme peso y conteniendo facilmente debajo de su cuerpo al desconocido, el juglar, que apenas puede respirar á consecuencia de la lucha, se estiende á su sabor sobre el vencido á quien aplasta y que murmura con voz a un tiempo ahogada y furiosa:

— Miserable... truan... me ahogas...

PIEL DE GANSO *con voz anhelosa.* — ¡Qué grato... qué delicioso es descansar sobre los laureles!

— EL DESCONOCIDO. — Me muero... bajo este monte de carne.

MILIO. — Jamás olvidaré, amigo mio, el servicio que acabas de prestarme. No te muevas; no dejes escapar á ese hombre.

PIEL DE GANSO *que por momentos toma una postura mas cómoda sobre su adversario.* — Estoy tan cansado que aunque quisiera moverme no podria. Por otra parte, me encuentro así muy cómodamente.

— EL DESCONOCIDO. — ¡Socorro! ¡Asesino! ¡Qué me aplastan! ¡Socorro!

MILIO *inclinándose vivamente.* — Conozco esa voz... (*Examina el rostro del vencido y esclama:*) ¡El conde de Reguier!

PIEL DE GANSO *haciendo un movimiento brusco que arrastra al conde, un grito doloroso.* — ¡Un conde! ¡tengo un conde por cama! Por vida mia que si me duermo soñaré que soy poderoso y rico.

MILIO *al conde.* — Señor libertino, veo que no habeis podido dejar para mañana la dicha de que me hablabais hace quince dias, y que ibais á introducir en el molino protegido por la bruja que arregla vuestros negocios. Señor libertino, estais como una zorra cogido en el lazo.

PIEL DE GANSO. — Te esperaba oculto en la sombra cuando ví á este rondador nocturno que se preparaba á escalar el cercado, pe-

ro me lancé sobre él, y por vida mia que aunque viejo tiene fuerza en los puños y que me ha costado trabajo rendirle.

EL CONDE *que sigue gimiendo bajo el peso de Piel de Ganso.* — Viles juglares, me habeis de pagar caro este ultrage.

MILIO. — No te temo, y has de saber que, aunque juglares, no somos cobardes y que despreciamos tus amenazas. Escucha con atencion lo que voy á decirte: si tienes la audacia de perseguirnos por la aventura de esta noche, haremos una cancion, y Piel de Ganso en las tabernas y yo en los castillos cantaremos por toda la Galia el *Lai* del conde Reguier y de la linda molinera.

PIEL DE GANSO. — Y te aseguro que he de contar tu derrota y el rato que me serviste de cama con tu cuerpo.

EL CONDE *con voz ahogada.* — Sois unos infames... abusais de la fuerza, y os prometo el silencio. Pero, Milio ¿deseas mi muerte? Manda á este monstruoso pícaro que se levante... y me deje respirar.

MILIO. — Purga algo mas tu delito que bien lo merece tu libertinage. Piel de Ganso, no te muevas hasta que haya gritado: ¡Buenas noches, señor conde! Entonces dejarás á este zorro que se vaya con las orejas bajas á su madriguera. Aquí está mi espada para contenerle si tratase de rebelarse contra tí. Ven á verme mañana y te contaré mis proyectos.

PIEL DE GANSO *toma la espada, y cambiando de postura, se sienta sobre el vientre del conde: despues dice imponiendo respeto á su víctima con la punta de la espada:* — Puedes marcharte, Milio.

El trovador vuelve á entrar en el jardin, y sale al momento con Flora cubriéndola con su capa; la toma en sus brazos para ayudarla á saltar el cercado, y los dos amantes se dirigen rápidamente hácia un camino y desaparecen en la sombra de los árboles. El conde ve á la sierva y lanza un suspiro de pesar, suspiro doblemente quejumbroso por la presion de los pies del juglar que sigue sentado sobre el vientre de su víctima y trata de pasar el rato cantando:

Quando florece en el prado
La modesta violeta
¿Qué le canta su poeta
El amante rui señor?
No te escondas, flor hermosa,
Y osténtate entre las flores
Cual reina de los amores,
De pureza y de candor.

EL CONDE *con voz desfallecida*. — Este infame... me ahoga...

MILIO *desde lejos*. — ¡ Buenas noches, señor conde !

PIEL DE GANSO, *se levanta penosamente, y amenazando con la punta de la espada al conde, se aleja andando de espalda*. ¡ Buenas noches, señor conde ! Hé aquí la moralidad de la aventura: hay quien va por lana y vuelve trasquilado y no falta quien levanta la liebre paraque otro la caze.

Ha pasado una noche y dos terceras partes de un día desde las aventuras que acabamos de contar. Estais viendo una larga calle de árboles que conduce á la CORTE DE AMOR, ó en otros términos el Consejo bajo el álamo, que se celebra en el jardin de la hermosa Eglantina. A cada lado de la calle de árboles se ven zanjas rodeadas de balaustradas de piedra y llenas de agua cristalina en que nadan cisnes y otras hermosas aves acuáticas que, amorosamente unidas por parejas, surcan las aguas con gracia. Los peces del canal, brillantes con la púrpura y el oro, y las aves parleras que revolotean de rama en rama están tambien reunidas por parejas y unicamente una pobre tórtola que ha perdido á su amante gime con tono plañidero, en la copa de un árbol sin hojas. La larga calle de árboles, interrumpida por el puente del canal, termina en un inmenso prado esmaltado de mil flores, y en medio del canal se eleva un magnífico álamo de densa copa é impenetrable por los rayos del sol. Debajo de aquel árbol se celebra el consejo de amor, tribunal licencioso que toma tambien el nombre de *Cámara de las dulces promesas*, presidida por una *Reyna de hermosura* que representa á VENUS. Esta reina es Marfisa, y las demás damas jueces son Deliana, Eglantina, y Huguetta de Montrueil. Los caballeros jueces son: *Don Hércules, señor de Chinon* temible guerrero, tuerto, feo, pero, segun cuenta la fama, muy querido de las damas, que lleva una rica túnica de mangas flotantes, y sobre sus negros cabellos una gorra adornada de lazos de color de rosa; *Adan el Jorobado de Arras*, trovador famoso por sus cantos licenciosos, pequeño, jorobado por detras y por delante, cuyos ojos chispean malicia y se parece á un mono viejo; el maestro *Onobarbo*, retórico sutil y disputador invencible, hombre seco, bilioso, calvo y que sin embargo presume, guiña el ojo y se pinta las mejillas de vermellon, y *Foulco señor de Bercy*, que ha

estado en la Tierra Santa y tiene por consiguiente el rostro bronceado y lleno de cicatrices.

Guirnaldas de flores y lazos de cintas suspendidas en pilastras pintadas y doradas indican el recinto del tribunal, fuera del cual se vá una multitud brillante y escogida, como nobles damas y caballeros, pages malignos y burlones escuderos. Tambien se encuentran en la asamblea las once compañeras de Marfisa que han jurado vengarse de Milio el trovador que se ha salvado de sus asechanzas faltando á la cita que le diera una de ellas para la noche anterior. La petulante y rencorosa Ursina no puede permanecer un instante en un mismo sitio; vá y viene de una amiga á otra con ademan inquieto y enojado, hablando al oido á esta, haciendo una seña á aquella, y cruzando de vez en cuando una mirada de inteligencia con Marfisa. Dos grandes postes cubiertos de ramage y flores, y sobre los cuales ondean dos banderas de seda en que está pintada la imágen de *Venus*, indican la entrada al tribunal de amor, y se ve allí á *Gerardo de Lanzon*, noble caballero, conserge de la *cámara de las dulces promesas*, que no deja entrar á ninguna demandante sin exigir por derecho un abrazo. Dentro del recinto se hallan además á las órdenes del tribunal, Guillermo, señor de Lamote, *Conservador de los altos privilegios de amor*; Lamberto, señor de Limoux, *Baile de la alegría de las alegrías*, y Hugo, señor de Lascy, *Senescal de las Mejoras*, y como tal introductor de las litigantes y con derecho á exigirles un abrazo, pero obligado á prestar auxilio al *Baile de la alegría de las alegrías* para encadenar á las condenadas con lazos de cintas y de flores y conducir las á la cárcel de amor, sombrío recinto de verdor con lechos de musgo y situado en un parage apartado del jardin.

La multitud enmudece al oir que se ha abierto la sesion, y Marfisa, que preside el tribunal, abre una jaula de verjas de oro colocada á su lado, y de la cual salen dos palomas que revolotean un momento y despues van á posarse en una de las ramas del álamo donde se besan con los picos amorosamente.

MARFISA levantándose. — *El Baile de la alegría de las alegrías* nos entregará, si es que se han presentado, las cuestiones de controversia amorosa sobre las cuales debe de discutir el tribunal para que sus decisiones tengan fuerza de ley.

EL BAILE DE LA ALEGRIA DE LAS ALEGRÍAS acercándose á la presidencia con un rollo de pergaminos adornado de cintas é inclinándose—

se antes de hablar. — Reina ilustre, he recibido un gran número de cuestiones relativas á los puntos mas graves, mas difíciles y mas delicados de la ciencia amorosa. De todas las provincias del imperio de Venus se dirigen á la infalible autoridad de nuestro consejo supremo para implorar la luz de sus decisiones, y *el ducado de los Deleites, el marquesado de los Deseos, el condado de la Negativa, la baronía de la Esperanza* y otros muchos feudos de vuestro reino, suplican humildemente, oh graciosa soberana, á la cámara de las dulces promesas, que resuelva las cuestiones siguientes para que su fallo ponga término á las dudas de los pueblos y fije su doctrina porque es para ellos muy importante todo lo que interesa al amor.

MARFISA. — Que nuestro baile nos lea las cuestiones sometidas al consejo, y en seguida se deliberará á no ser que tenga que juzgarse alguna causa urgente.

Al pronunciar estas palabras Marfisa dirige una mirada de inteligencia á Ursina cuya petulante impaciencia crece por momentos.

EL BAILE DE LA ALEGRIA DE LAS ALEGRÍAS. — Hé aquí las cuestiones que se someten á la suprema é infalible decision del consejo.

1.^a ¿Quién experimenta mayor pesar, aquel cuya querida se muere ó aquel cuya querida se casa?

2.^a ¿Quién sufre mas, el marido cuya esposa le es infiel ó el amante engañado por su querida?

3.^a ¿Quién merece mayor vituperio, el que se alaba de favores que no ha conseguido ó el que divulga los que ha alcanzado?

4.^a Teneis una amada y os la arrebatan un rival ¿quién alcanza mas gloria, vos que fuisteis el primer amante de la hermosa ó vuestro rival á quien ella prefiere?

5.^a Un amante goza del favor de su dama y un rival está seguro de alcanzarlo; si ella muere ¿quién de los dos ha de tener mayor pesar?

6.^a ¿Quién debe creerse mas feliz, una vieja que tiene por galán á un jóven ó un viejo que tiene por amada á una jovencilla?

7.^a ¿Es preferible una amada de poca edad á otra de treinta ó treinta y cinco años?

8.^a ¿Debe preferirse una amada hermosa infiel á otra menos hermosa pero fiel?

9.^a ¿La mujer que por su crueldad ha causado la muerte á su galán merece ser considerada y castigada como si hubiese cometido un asesinato? (1)

(1) *Contes et fabliaux*, colec. de Legrand de Aussy.

Tales son las graves cuestiones que se someten á la infalible decision de la cámara de las dulces promesas, y sobre las cuales suplican humildemente los habitantes del imperio de Citerea que se delibere y falle para tener sus sentencias por guía y no esponerse á incurrir en error en materias amorosas.

ADAN EL JOROBADO DE ARRAS. — Como miembro del consejo, pediré á la hermosa que nos preside que me permita hacer una observacion sobre la última cuestion que se ha presentado.

MARFISA. — Ilustre trovador, tendremos un placer en escucharos. Podeis hablar.

ADAN EL JOROBADO DE ARRAS. — Soy de parecer que se omita esa cuestion porque se ha resuelto ya varias veces afirmativamente.

EL MAESTRO ONOBARBO. — Pido sin embargo al consejo permiso para recordar lo que he dicho en otras ocasiones sobre esta materia.

MARFISA. — Hablad, docto Onobarbo.

EL MAESTRO ONOBARBO. — Consultado el consejo sobre si debe considerarse y castigarse como un asesinato la muerte de un galan causada por la dureza de su amada, diré que el amor aborrece los corazones duros y es una deidad que se enternece con tiernas súplicas, y que cualquiera que sea la manera con que hayais causado la muerte á un hombre, sois culpable de homicidio desde el momento que se sabe que la muerte procede de vuestra dureza. Por tanto, el consejo de las dulces promesas falla y debe fallar que la mujer que con sus rigores haya causado la muerte de un galan lealmente enamorado, es homicida á los ojos de los hombres y del dios Amor y como tal digna de castigo.

Todos los miembros del tribunal se levantan y declaran que estan acordes con las palabras de Onobarbo.

ADAN EL JOROBADO DE ARRAS. — Para corroborar nuestro decreto y hacerlo mas popular, diré formulándolo de un modo fácil de retener en la memoria:

Sois tan jóven como hermosa,
Y aunque os falte la ternura,
Debeis de ser piadosa
Porque teneis hermosura.
Y si con vuestro rigor
Dais muerte vil al que os ruega,
Sabed que del justo Amor
Al fin la venganza llega.

El tribunal y el auditorio aplauden los versos de Adan el Joroba-

do de Arras en tanto que el retórico Onobarbo se muerde las uñas de celos porque envidia la facilidad poética del trovador.

MARFISA. — Nuestro Baile insertará esta memorable decision en los archivos del tribunal, y mandamos y ordenamos á nuestros trovadores, *menestres*, juglares y otros propagadores de la gaya ciencia, que canten por todo el reino de Citerea los versos de Adan de Arras para que nadie pueda en lo sucesivo alegar ignorancia y se sepa que la hermosa que causa la muerte de un galan por su dureza es culpable de asesinato y digna de la venganza del dios Amor.

Observaré que antes de pasar á la discusion de las demás cuestiones, desearia saber si hay quien tiene que demandar con urgencia al tribunal.

Apenas acaba de hablar la reina de la hermosura, la petulante Ursina se presenta en la entrada del pretorio, y Gerardo, señor de Lanzon, reclama como portero el abrazo que tiene derecho á exigir. Ursina le da dos, y se presenta al pié del tribunal gritando:

— ¡Justicia! ¡justicia!

MARFISA *exhalando un suspiro de alegria y de triunfo*. — Hablad, amiga; se os hará justicia si os ampara el derecho.

URSINA *impetuosamente*. — Si me ampara el derecho ¡justo cielo! si nos ampara el derecho, debí decir, porque soy la intérprete de doce víctimas que nos hallamos presentes!

MARFISA. — Se hará justicia á cada una y á todas. Esponed los hechos.

URSINA. — Seré breve. Mis once compañeras y yo teníamos un galan hermoso, de talento, gracioso y valiente, pero ignorábamos que el traidor nos engañaba á un tiempo á las doce.

ADAN EL JOROBADO DE ARRAS *juntando las manos con asombro*. — ¡A las doce! ¡Qué héroe!

La acusacion de crimen tan inaudito deja por un momento mudos de sorpresa á los miembros del consejo, menos Marfisa, Deliana, Hugueta y Eglantina que se cruzan á hurtadillas miradas de inteligencia.

FOULCO DE BERCY. — Haré á la demandante una pregunta. En el momento en que su infidelidad se ha descubierto ¿se mostraba ese traidor portentoso mas tibio que de costumbre con la demandante y sus compañeras de infortunio?

URSINA. — Jamás habia prodigado mas protestas de amor á todas, la última vez que oimos sus engañosas palabras.

FOULCO DE BERCY.— ¿Es decir que os engañaba con habilidad portentosa?

URSINA furiosa.— Si; y eso aumenta el crimen del traidor.

Foulco de Bercy mueve la cabeza manifestando que no participa de la opinion de la demandante sobre la agravacion de la culpabilidad del acusado, y varios miembros del consejo, menos Marfisa, Deliana, Eglantina, Hugueta y la mayoría de las hermosas damas del auditorio, manifiestan como Foulco de Bercy y otros varios jueces, que la enormidad del delito es una circunstancia atenuante.

MARFISA, reparando con terror esta propension á la indulgencia, se levanta magestuosamente y dice:— Me complazco en creer que todos los miembros del consejo estan como yo animados de la mas legítima indignacion contra el malvado que, pisoteando todas las leyes del amor, ha osado cometer un formidable atentado contra la fidelidad; pero si me engaño, y hay alguno de los miembros de este tribunal que sienta indulgencia para un delito tan enorme, que lo confiese en alta voz, y su nombre y su opinion serán proclamados en toda la estension de nuestro reino.

(Profundo silencio entre los miembros del consejo de amor.)

MARFISA con alegría.— ¡Ah! segura estaba de que este tribunal augusto, fundado para velar con severa solicitud sobre los delitos de amor, vituperarlos y hasta castigarlos si es necesario, se mostraria digno de su mision. (*Se dirige á Ursina*) ¿Habeis emplazado al delincuente?

URSINA.— Si, le he emplazado ante el tribunal de las dulces promesas, y ora sea audacia, ora convencimiento de su atentado, ha acudido á la citacion. Pido á los jueces que le entreguen á las doce victimas de su felonía para que se venguen cumplidamente con el desprecio ó cualquier otro medio.

MARFISA interrumpiendo á Ursina.— El consejo debe oír al acusado antes de aplicarle la pena; ¿dónde está?

URSINA.— Ha acudido á la citacion en compañía de un corpulento villano de feisimo aspecto, pues dice el acusado que el testimonio de aquel hombre puede ser necesario para su defensa. Los dos estan encerrados en la cárcel de amor.

MARFISA.— Requerimos á nuestro *Senescal de las mejoranas* y á nuestro *Baile de la alegría de las alegrías* para que vayan en busca del culpable y lo traigan aqui encadenado como es costumbre, con guirnaldas floridas.

El Senescal y el Baile se proveen de dos largas cintas azules y rosadas en que se ven á trozos atados algunos ramos de flores y se dirigen al recinto umbrío en busca del preso. Reina grande agitacion en la multitud , y aunque los pareceres sobre el grado de culpabilidad del acusado varian , caballeros, damas, escuderos y pajes , todos tienen una curiosidad unánime de verle. No tarda en presentarse Milio el Trobador conducido por los dos respetables dignatarios del tribunal , y Piel de Ganso se queda modestamente fuera del pretorio. La juventud y la agraciada figura del acusado unidas á su fama de poeta , disponen en su favor á la parte femenina de la asamblea.

MARFISA , á Milio , con voz impcnente. — Te se acusa ante la Cámara de las dulces promesas de un crimen inaudito en los fastos del amor.

MILIO. — ¿Cuál es mi crimen ?

MARFISA. — Has engañado á doce mujeres á un tiempo , pues cada cual se creía que era la única á quien amabas.

MILIO. — ¿ Y quien me acusa ?

URSINA *impetuosamente*. — ¡ Yo ! Si, te acuso porque soy una de tus doce víctimas ; ¿ te atreverás á negar tu crimen ?

MILIO. — Mi acusadora es tan encantadora que aunque fuera inocente me declararia culpable. He venido aqui á hacer una espiacion solemne de mi pasado , no podria escoger mejor el sitio , la ocasion y el auditorio.

MARFISA. — Tu franqueza no atenua tu criminalidad , pero honra tu carácter. ¿ Confiesas , pues , tu felonía ?

MILIO. — Si, he tratado de divertirme galanteando á damas de tanta ligereza como yo...

MARFISA. — ¡ Te atreves á acusar á tus víctimas !

MILIO. — Por el contrario, las compadezco. Educadas en la ociosidad y en las erroneas ideas de la galanteria, acostumbran por desgracia á olvidarse de la nobleza de su cuna para dar oidos á las protestas de amor de su oscuro trovador, de un aventurero, y quiero manifestarlas que su imprudencia llega á un extremo culpable confesando su amor públicamente y olvidándose del pudor que dá á la belleza su mas brillante aureola. Conozco que no es falta suya sino de las costumbres de su siglo , que reunen en un jardin á personas que por su edad y su posicion debieran ocuparse de negocios mas graves, en vez de pasar el tiempo en necias bagatelas , como son este tribunal de amor y las cuestiones que en él se ventilan.

Un increíble estupor acoge las palabras de Milio; los miembros de la cámara de las dulces promesas se miran entre si absortos con tan irreverente lenguaje, y el maestro Onobarbo el retórico y Adan el Jorobado de Arras se levantan para responder en tanto que el caballero Foulco de Bercy, el Senescal y el Baile echan maquinalmente la mano al costado buscando la espada, pero se sienten desarmados segun el uso del consejo de amor.

MARFISA *imponiendo silencio y dirigiéndose al trovador con voz magestuosa é indignada.*— ¡Desventurado! ¿tienes la audacia de insultar á estos tribunales augustos fundados en toda la Galia para propagar las leyes de la bella galanteria?

—¿Y de la gran tonteria? dice una voz atiplada interrumpiendo y remedando á Marfisa.

Es Piel de Ganso que para lanzar aquellas palabras ha disfrazado la voz y se ha ocultado traidoramente detras de un arbusto en el cual está recostado un page, cerca de la entrada del pretorio y del Senescal de las mejoranas. Este dignatario vuelve el rostro con furia y coge al page por el cuello de la túnica en tanto que Piel de Ganso esclama alejándose del arbusto y ahuecando su ronca voz:

—¡Insolente pagecillo! ¿Cómo te has atrevido insultar tan nobles damas? Es preciso arrojarle de aqui al instante, señor Senescal. ¡Espulsemos á este malvado!

El pobre pajecillo está aturdido, encendido como la grana y quiere balbucear algunas palabras en su defensa, pero es atropellado por la concurrencia y huye hácia el canal.

Se calma poco á poco la viva agitacion producida por este incidente.

MARFISA *con dignidad.*— No sé que insolentes palabras han salido de la boca de ese miserable page, pero han caido en el lodo de su groseria y no pueden subir hasta el eter de amor en que nos hallamos.

Un murmullo de aprobacion acoge la respuesta eterea de Marfisa que continua dirigiéndose á Milio:

—¿Has cantado mil veces en tu arpa los fallos del tribunal de amor y te atreves á insultarlo? ¿Olvidas que solo á tus cantos debes el que nobles damas se hayan dignado escuchar benevolamente tus galanterias? ¿No sabes que á no ser por tu talento, se alza entre tu humilde condicion y la nuestra un dique insuperable?

FOULCO DE BERCEY.—¿Olvidas que eres un villano?

MILIO.— El villano eres tú y todos los que se degradan hasta olvidar su condicion entregándose á necias diversiones. Busca una espada; yo tengo la mia en el pabellon que llamais cárcel de amor, y te reto á muerte.

FOULCO *de Bercy furioso*. — ¡ Yo... tocar tu espada con la mia! A palos castigaré tu insolencia, siervo vil.

MILIO.— ¡ Mal caballero!

VARIAS VOCES.— ¡ Venga tu ofensa! ¡ Mata á ese villano!

Milio, que está desarmado, se cruza de brazos y reta á su adversario; pero Piel de Ganso que, despues de haber cedido al primer impulso de su cobardia habia huido hácia la cárcel de amor donde Milio habia dejado la espada, al oír las amenazas de Foulco y pensando en el peligro que corre el trovador, toma la espada, vuelve apresuradamente y en el momento que el señor de Bercy se lanza con la espada levantada contra Milio, este oye detrás la voz anhelosa del juglar que le dice:

— Aquí tienes la espada; defiéndete y defiéndonos porque me aborcarian por ser tu compañero. ¿ Qué idea diabólica has tenido al entrar en este jardin maldito?

MILIO *toma la espada y se pone en guardia*. ¡ Gracias, Piel de Ganso! trabajaré por los dos.

El juglar se coloca temblando detras de Milio, y Foulco se para sorprendido al ver al trovador armado.

MILIO.— ¿ Tienes miedo, Foulco?

FOULCO DE BERCEY.— ¡ Miedo yo!

MILIO.— Defiéndete, cobarde, ó te asesino.

FOULCO DE BERCEY *lanzando un grito de rabia y atacando á Milio con furor*. — Tu insulto es tu sentencia de muerte.

MILIO.— No te temo.

PIEL DE GANSO *que sigue atrincherado detras de Milio*. — Deten la lengua ó no vamos á salir de aqui con vida.

FOULCO DE BERCEY *combatiendo con furor pero sin poder herir á Milio*. — Este villano maneja la espada como un caballero!

El combate continua durante largo rato con encarnizamiento en medio de un círculo formado por el auditorio y por los miembros del consejo de amor, sin que el trovador ni el caballero reciban la menor lesion, porque ambos son ágiles y robustos y diestros en el manejo de las armas. El corpulento Piel de Ganso sigue penosamente las evoluciones de Milio que ora avanza, ora retrocede, ya se inclina

á la izquierda, ya á la derecha. Finalmente el trovador para hábilmente un terrible mandoble que le descarga Foulco de Bercy y le traspasa el muslo. El caballero lanza un grito de furor, vacila y cae de espaldas sobre el cesped que enrogece con su sangre. Los testigos del combate se agrupan en rededor del vencido y olvidan por un momento al trovador.

— *PIEL DE GANSO casi sin aliento y siguiendo detras de Milio.* — ¡Uf! Respiro. Gran trabajo nos ha costado este endiablado caballero. Sigue mi consejo, Milio; aprovechemonos del tumulto para salvarnos de una solemne paliza.

Se oye de pronto en la puerta del jardin sonido de clarines, y entran por la calle de árboles varios caballeros llevando en el centro al abad Reguier, superior de los monjes de Citeaux, vestido con su hábito blanco.

El juglar y el trovador desaparecen en medio de la agitacion de la multitud en tanto que el abad impone silencio, y dirige á los caballeros reunidos en el jardin un discurso elocuente en que principia reprendiéndoles por la vida ociosa que llevan, vitupera sus costumbres y les anuncia la cruzada contra los Albigenses. El ilustre prelado pinta con vivos colores los progresos que hace la heregia en el Languedoc, contagiando hasta á los príncipes, les dice que el peligro es tanto mayor por cuanto los hereges ejercen todas las virtudes sociales y seducen con su vida ejemplar á los incautos.

Los caballeros le escuchan en un principio con profundo silencio, pero la elocuente voz del abad enardece sus corazones y acaban por gritar: ¡A las armas! ¡Mueran los hereges!

Queda olvidado el tribunal de amor, y salen todos del jardin resueltos á tomar las armas para formar parte en la cruzada.

Milio y su compañero, felizmente olvidados desde la llegada de los guerreros, se aprovechan de la predicacion del abad para dirigirse al canal y llegar á un parage apartado cerca de las murallas de Blois.

PIEL DE GANSO á su amigo que durante la fuga ha permanecido silencioso y pensativo: — Como tienes piernas de siervo no miras con compasion á un hombre que apenas puede arrastrar su cuerpo. ¡Qué dia de aventuras! Te aseguro que de buena nos hemos librado... Pero afortunadamente se hace de noche y podremos ir á tomar aliento á la taberna de mi Julieta... ¿Apruebas mi plan? ¿No respondes? ¿En qué piensas?

MILIO *sale de su meditacion y tiende la mano al juglar.* — ¡Adios!

PIEL DE GANSO — ¿Cómo adios?

MILIO. — No volveremos á vernos mas... Parto.

PIEL DE GANSO. ¿Partes... y abandonas á un amigo rendido de cansancio?

MILIO *poniendo la mano en la escarcela.* — Partiré contigo mi dinero porque no he olvidado los servicios que acabas de prestarme.

PIEL DE GANSO *acepta el dinero que le dá el trovador.* — ¿Así abandonas á tu antiguo compañero? ¡Y yo que creia correr el mundo sirviéndote de escudero!

MILIO. Es imposible... Llevaré á Flora en la grupa de mi caballo, y vamos...

PIEL DE GANSO. — Escucha, Milio. No abrigo la bárbara idea de rebentar tu caballo con mi enorme peso. ¿No acabas de darme dinero? Compraré un asno, y le daré tan de firme con los talones, que tendrá que seguir el paso de tu caballo.

MILIO. — ¿Sabes el objeto de mi viaje?

PIEL DE GANSO. — Vas á cantar de castillo en castillo enamorando á las damas y recibiendo obsequios sin cuento.

MILIO *haciendo un ademan negativo con la cabeza.* — Te equivocas.

PIEL DE GANSO. — Si tu no te diviertes, lo harán los que te escuchan. Permíteme que te siga... Tú recrearás á las damas, y yo seré el bufon de los pages y reinas de la cocina; tu tocarás el arpa en los salones, y yo mi guitarra en las puertas y caballerizas.

MILIO. — No, renuncio á esta vida de aventuras, y voy á reunirme con mi hermano en el Languedoc donde me casaré con Flora.

PIEL DE GANSO. — ¿Y hemos de renunciar á una vida tan alegre y variada? Sin embargo, á todo me reduciré por no abandonarte. Me parece que si me separo de tí por mucho tiempo, me sabrá el vino á ajenos y no podrá salir una cancion de mi garganta.

MILIO. — Tu afecto me admira. ¡Sígueme! Compra sin tardanza tu montura. Yo corro á buscar á Flora en la casa donde permanece oculta, y nos será preciso salir cuanto antes de Blois pues podrian perseguirnos el conde y los amigos de Foulco de Bercy.

PIEL DE GANSO. — ¡Qué vengan! Me parece que me has infundido valor al darme la alegría. ¡Qué vengan! Os desafío, gigantes, vesti-

glos y hechiceros. Milio os abrirá en canal con su invencible espada. (Sigue á Milio cantando una balada báquica que termina con este estribillo.)

Es mas bella

La botella

Que rebosa

De licor

Que hermosura

La mas pura,

Que las dichas

Del amor.

CAPÍTULO III.

Karvel el *Perfecto* y su esposa *Morisa*. — Creencias y matrimonio de los herejes. — El tormento. — La hoguera. — La fuga.

Estais en *Lavour*, ciudad floreciente del pais de Alby, donde se estableció en 1060 *Sacrovir Lebrenn*, hijo de *Colombaik* y como él tundidor. Compró con sus ahorros y los de su padre una pequeña hacienda que cultiva con ayuda de sus hijos, uno de los cuales murió y otro tuvo por hijo á *Conan Lebrenn*, padre de *Karvel el Perfecto* y de *Milio el Trobador*.

La escena pasa en la humilde y risueña morada de *Karvel*, situada en el extremo de uno de los arrabales de *Lavour*, ciudad fortificada, distante siete leguas de *Tolosa*, capital del marquesado de este nombre cuyo titular era entonces *Raimundo VII*.

Karvel Lebrenn ejerce la facultad de médico; ha arrendado la herencia de su padre á un colono que ocupa con su familia una parte de la casa, y la otra está reservada á *Karvel* y á su esposa. Estais viendo un vasto aposento cuya estrecha ventana guarnecida de cristales unidos con listones de plomo se abre sobre un prado que cruza el rio *Agout*; en medio del aposento hay una gran mesa cubierta de pergaminos, y en estantes colocados en la pared se ven vasijas que contienen hojas, flores ó jugos de plantas medicinales. Un hornillo colocado en un extremo con diferentes vasos de cobre sirve para la destilacion de ciertas yerbas, tarea de que se ocupa *Morisa*, esposa de *Karvel*, en tanto que este, sentado junto á la mesa, consulta diferentes manuscritos sobre el arte de curar.

Karvel tiene unos treinta y seis años, y su hermoso rostro es notable especialmente por su espresion de elevada inteligencia y de noble bondad. Su larga túnica de paño negro, escotada por el cuello, deja ver los pliegues de su camisa cerrada con botones de plata. Su esposa *Morisa* tiene treinta años, y sus cabellos rubios y peinados en trenzas adornan su gracioso rostro en qué por un raro conjunto, la firmeza compite con la suavidad. Interrumpe de pronto el trabajo, permanece un momento pensativa contemplando una vasija de cobre de forma redondeada, y dice á su marido:

— Esta vasija de cobre me recuerda las locuras del pobre *Milio*

que en los ratos de buen humor acostumbraba ponérselo en la cabeza á guisa de casco.

KARVEL *sonriéndose*. — Pero tambien tú le obligabas á probar los cocimientos mas amargos. ¡Querido Milio! ¡Ojalá le haya visto en Turena nuestro amigo el mercader lombardo!

MORISA. — Si nuestro amigo ha preguntado por el célebre Milio el Trobador le habrá encontrado fácilmente... El nombre de tu hermano es tan conocido que ha llegado hasta aquí. ¿No nos citaba ayer mismo con entusiasmo Aimery unos versos de Milio traducidos en *lengua de oc*?

KARVEL. — La noble Giranda no participa del entusiasmo de su hermano Aimery para con esos versos licenciosos, y no porque sea mogigata, pues jamás tan elevada virtud se ha unido á tan graciosa indulgencia... jamás, si no es en tí, Morisa.

MORISA. — ¡Adulador! ¡Compararme con Giranda... con ese modelo de virtud que, viuda á los veinte años, hermosa como un angel y condesa de Lavour, no sabiendo á quien elegir entre los mas ricos señores del Languedoc, ha preferido permanecer viuda para dedicarse exclusivamente á la educacion de su hijo Alois!

KARVEL. — Dí todo el bien imaginable de la condesa y aun te quedarás inferior á la verdad. ¡Qué corazon tan bondadoso! ¡qué caridad tan inagotable! No miente el proverbio del pais: «Pobre que llama á la puerta de la condesa de Lavour no se va sin limosna.»

MORISA. — ¿Y olvidas qué ha fundado una escuela de niños que vigila con tanta solicitud porque dice que la ignorancia y la miseria son origen de todos los vicios?

KARVEL. — ¡Qué valor... que desprendimiento desplegó durante la peste que azotó el pais hace dos años!

MORISA. — ¡Y que educacion ha dado á su hijo! Jamás olvidaré aquel dia en que Giranda llevó á Alois, cuando cumplió doce años, á la casa consistorial, y dijo á los cónsules: «Amigos míos, sed los tutores de mi hijo, porque aunque está destinado á ser vuestro señor, deseo que aprenda á respetar á sus vasallos y á empuñar el arado mas bien que la espada, como su padre.»

KARVEL. — ¿Olvidas qué el castellanõ de Lavour era un distinguido agricultor? De todas partes acudian á pedirle consejos. ¡Qué diferencia entre los señores del norte de la Galia y los de nuestro afortunado pais! Los primeros solo piensan en guerras, en torneos y imponer enormes tributos para atender á su desenfrenado lujo, en

tanto que aquí cultivan sus haciendas ó tripulan buques para el comercio. ¡Nunca fué tan próspero y feliz el Languedoc!

MORISA.—Aimery nos decía ayer mismo que el Languedoc causa envidia á toda la Galia.

KARVEL.—Ahora que nombras á Aimery recuerdo, Morisa, que es interesante el afecto que le une á su hermana Giranda. De modo que cuando les veo juntos echo de menos la ausencia de nuestro Milio.

MORISA.—¡Paciencia! Su corazón es bueno, y cuando pase su primer ardor, volverá á nuestro lado.

KARVEL.—Así lo creo. ¿Pero sabes, Morisa, que la única alegría que falta á nuestra union es no tener hijos? Tendria un placer en ver á Milio casado y en que no se extinguiera la raza de Joel.

MORISA.—Yo me encargo de eso. Cuando vuelva tu hermano, no tendrá mas que escoger entre las jóvenes mas lindas y juiciosas de Lavour.

En aquel momento se abre la puerta del aposento y entra precipitadamente el arrendador de Karvel diciendo:

—Karvel, aqui están la señora Giranda, su hermano y su hijo que traen una joven desmayada.

En el momento en que Karvel va á salir para ir á su encuentro, Aimery, su hermana Giranda y su hijo entran trasladando á Flora desmayada. La condesa de Lavour y su hermano sostiene á la joven en sus brazos, la depositan con precaucion en una especie de lecho de paja, y mientras Morisa corre á buscar un cordial, Karvel toma el pulso á la niña. Se ve por su vestido polvoriento y sus zapatos despedazados que acaba de hacer un largo viaje, su frente está bañada en sudor y su rostro pálido y apenas puede respirar. La condesa de Lavour, su hermano y su hijo esperan silenciosos é inquietos las primeras palabras del médico. Giranda, cuya belleza es admirable y tiene la misma edad que Morisa, lleva un sencillo vestido verde, un sombrero de color de naranja del que pende un velo blanco que rodea una parte de su rostro y descubre sus hermosos cabellos negros. Sus rasgados ojos azules humedecidos con las lágrimas estan fijos en Flora con la espresion del mas vivo interes. Aimery tiene cuarenta años y viste un traje de campo, ancho sombrero de fieltro, túnica sujeta al talle por un cinturón de cuero, capa corta de paño y gruesas botas de cuero. Aloy se parece de un modo sorprendente á su tío, con la única diferencia de que su gracioso rostro está ligeramente tosta-

do por el aire y el sol, porque su madre y su tío le dan una educación varonil: sus ojos están también llenos de lágrimas al contemplar á Flora á quien el médico hace beber un cordial á pesar de su desmayo.

LA CONDESA DE LAVOUR *sosteniendo á Flora, dice en voz baja á Karvel y á Aimery*:— ¡Pobre niña! Aun no vuelve en sí... ¿No ves, hermano, qué rostro tiene tan hermoso y tan cándido?

AIMERY.— Un rostro de ángel. ¿Cuál puede ser, Karvel, la causa de su desmayo?

KARVEL.— No veo huella alguna de herida ó contusion. Esta desgraciada ha experimentado sin duda una grande emoción ó tal vez ha sucumbido á una violenta fatiga. (*Dirigiéndose á su esposa*). Morisa, un poco de agua.

Aloys ha estado muchas veces en casa de Kerval, y adelantándose á Morisa, corre hácia una gran vasija de arcilla, saca agua con una taza, la llena y vuelve á presentarla al médico. Enternecido este con la solicitud del niño, mira á Giranda sonriendo, y ella se inclina hácia su hijo y le besa en la frente diciendo á Karvel:

— Aloys se acuerda de vuestras lecciones.

Flora, cuyas sienes acaba de humedecer Karvel con agua fresca mezclada con algunas gotas de electuario, recobra poco á poco el sentido: su rostro se colora ligeramente, suspira dos veces, brotan dos lágrimas de sus largos párpados y murmura con voz débil:

¡Milio! ¡Milio!

KARVEL *con asombro*.— ¿Qué dice?

AIMERY.— ¡El nombre de vuestro hermano!

MORISA.— ¡Qué extraña casualidad!

Flora se lleva penosamente las manos á la frente en medio del mas profundo silencio; se incorpora, sus ojos tímidos y asombrados vagan en torno suyo, y reuniendo sus recuerdos, esclama con voz desgarradora y vertiendo un torrente de lágrimas:

— ¡Salvad á Milio... salvadle!

KARVEL *alarmado*.— ¿Mi hermano... corre algun peligro?

FLORA *cruzando las manos*.— ¿Sois Karvel?

KARVEL.— Si, si, pero tranquilizaos, pobre niña, y respondedme ¿En dónde está mi hermano? ¿Qué peligro le amenaza? ¿Dónde le habeis conocido? ¿Dónde está?

FLORA.— Soy una pobre sierva del pais de Turena; Milio me salvó la vida y el honor, le amé y me dijo: «Flora, parto al Langue-

doc. Durante el viaje serás mi hermana, y cuando llegue á la casa de mi hermano, serás mi esposa. Quiero que él bendiga nuestra union.» Milio cumplió su promesa, y llegabámos llenos de alegría cuando á cuatro ó cinco leguas de aquí... (*Los sollozos ahogan la voz de Flora*).

LA CONDESA DE LAVOUR, *en voz baja á Karvel*.—El amor que Milio profesa á esta pobre sierva me indica que el corazon de vuestro hermano no se ha pervertido á pesar de los estravios de su juventud.

KARVEL *enjugándose las lágrimas*.—Jamás lo habíamos dudado. Pero ¿qué habrá sido de él, Dios mio?

AIMERY.—Giranda, voy á recorrer las cercanías del arrabal y tal vez descubriré alguna cosa.

ALOYS.—Tío, os acompañaré si mi madre lo permite.

KARVEL *á Aimery*.—Esperad un instante, amigo mio. (*A Flora que solloza*). Hija mia, hermana querida, pues lo sois ya desde ahora tranquilizaos y contadnos lo que ha sucedido á Milio.

FLORA.—Me habia dicho que además de su deseo de veros pronto otra razon mas poderosa le obligaba á apresurar la marcha y por eso viajábamos de noche y de dia. Yo iba en la grupa del caballo de Milio, y uno de sus amigos nos acompañaba montado en una mula. Esta mañana nos paramos en una aldea en la cual se entra por un arco de piedra.

KARVEL *á Morisa*.—La aldea de Montjoire, á cuatro leguas de aquí.

FLORA.—Desde nuestra salida de Turena viajabámos tan apresuradamente que se habian gastado las herraduras del caballo, y hasta perdió dos al entrar en aquella aldea. Milio preguntó donde vivia el albeitar para herrar el caballo y nos condujeron á su meson donde me dijeron que esperásemos. El compañero de Milio es un juglar muy divertido y se puso á cantar contra los monjes delante de las gentes que habia en la posada, pero entró en aquel momento un sacerdote acompañado de varios caballeros y mandaron al juglar que callase. El juglar respondió con chistes, y los caballeros se arrojaron sobre Piel de Ganso, que así se llama, y empezaron á apalearlo. Entró entonces Milio, que quiso defender á su amigo, pero los hombres de armas eran numerosos, y las gentes que habia en la posada huyeron aterrados dejando á Milio y al juglar en poder de sus enemigos. Estos dijeron que iban á poner presos á los dos hereges en el castillo del señor de la aldea.

AIMERY.—¡Es imposible! Rodolfo de Montjoire es albigense y no

habrá accedido á las pretensiones de esos caballeros.

FLORA.—Es cierto, señor, lo que os cuento, de modo que al verse encadenado á pesar de su resistencia, Milio me dijo: Flora, corre al momento á Lavour; pregunta el camino y cuando llegues á los arrabales de la ciudad, infórmate de la casa de Karvel el médico y dí á mi hermano que estoy aquí preso. Entónces me apresuré á venir...

LA CONDESA *de Lavour*.—¡Pobrecilla!... Y sin duda, no correspondiendo vuestras fuerzas á vuestro valor, caisteis desmayada en la margen del camino donde os encontramos.

FLORA.—Si señora... Pero salvad á Milio... ¡Si le matasen!..

AIMERY á *Karvel*.—Acompañaré á mi hermana á Lavour, y despues montaré á caballo para dirigirme al castillo de Rodolfo. Os prometo que vendrá conmigo Milio.

FLORA *se estremece de pronto, presta el oido hacia el lado de la puerta, se levanta y grita*: ¡Es él... oigo su voz!

Milio entra entónces acompañado de Piel de Ganso, y Flora, Karvel y Morisa salen al encuentro del trovador que responde á sus abrazos con júbilo inefable. Aimery, Aloys y su madre contemplan enternecidos aquel cuadro, y la condesa dice en voz baja á su hermana:

—El que inspira tan dulce afecto debe merecerlo.

ALOYS *en voz baja á Giranda indicándole á Piel de Ganso que se ha quedado aparte*.—Madre mia ¿veis á ese pobre viejo? Nadie le hace caso. ¿Qué triste está? ¿Quereis que le salude?

LA CONDESA DE LAVOUR.—Si, hijo mio.

Mientras Milio responde con mudo trasporte á las caricias de sus hermanos, Aloys se acerca tímidamente al anciano, el cual no está triste, sino embarazado y absorto. Al hablarle Milio de la austera virtud de Karvel y de su esposa, le encargó tanto que reprimiese su lengua y no dijese chistes licenciosos ó groseros como acostumbraba, que el juglar, siguiendo los consejos de su amigo, se estira, se pone grave, frunce las cejas y toma en fin un aspecto serio y venerable que da á su rostro la espresion tan forzada que hace creer á Aloy que está muy triste y conmovido.

ALOYS *con ternura al juglar*.—Bien venido seais, buen anciano...

PIEL DE GANSO *aparte*.—Este muchacho me parece un *perfecto* en ciernes. Reprimamos la lengua.

Perfecto es el nombre que dan los albigenses á los sacerdotes de los hereges los cuales hacen alarde de una austera virtud.

PIEL DE GANSO *con tono grave y sentencioso*.—Dios os guarde, caballero, y os conserve la virtud.

KARVEL *llevando á Milio delante de Aimery y de su hermana, dice á esta*:—Señora, os pido para Milio la amistad con que os dignais honrarme.

LA CONDESA DE LAVOUR.—Ya sabeis, Karvel, que hace mucho tiempo que mis hermanos y yo apreciamos á Milio.

MILIO *con tono respetuoso y conmovido*.—Karvel acaba de contarme, señora, la gratitud que os debo (*Indicando á Flora*). Sé que vos y vuestro hijo habeis prestado auxilio á esta pobre jóven que encontrasteis rendida de cansancio en un camino...

LA CONDESA DE LAVOUR, *interrumpiendo á Milio*.—Si el cumplimiento de un deber mereciera recompensa, la hallaríamos en la satisfaccion de haber socorrido á esta pobre niña que va á ser muy pronto esposa de uno de nuestros mejores amigos.

MILIO *á Aimery sonriendo*.—¿Me permitireis al menos, señor, daros las gracias por el interés que os tomabais por mí y por mi compañero de viaje? Karvel me ha dicho que ibais á montar á caballo para correr á libertarnos.

AIMERY.—Rodolfo es amigo mio, y estoy cierto de que os hubiera puesto en libertad tanto á vos como á vuestro jovial compañero, cuyos cantos licenciosos han causado vuestra desgracia.

PIEL DE GANSO *al oirse llamar jovial y licencioso hace esfuerzos de gravedad y responde*:—Suplico á la noble dama, al noble señor y demás circunstantes, que no me acusen de ese modo. Al ver un respetable sacerdote no pude menos de entonar una cancion satírica que está muy en boga en toda la Galia, y no estraño que aquel buen señor me tomase por impio estando en tierra de hereges.

MILIO *interrumpe á Piel de Ganso lanzándole una mirada terrible*, y el juglar se muerde la lengua, hace un gesto ridículo como reprimiéndose la imprudencia en que acaba de incurrir, y retrocede hasta tropezar con el hornillo y las vasijas de destilacion. Milio mira á Aimery y á Karvel como implorando su indulgencia, y cuenta que habiendo sido presos en Montjoire fueron puestos al momento en libertad por Rodolfo.

Anuncia despues la cruzada que acaba de predicarse contra los albigenses, y tanto Karvel como sus nobles amigos, que pertenecen á aquella secta, se quedan aterrados y lamentan las desgracias que va á ocasionar la guerra en el Languedoc.

La condesa se aleja vertiendo lágrimas, y Aimery dice que es forzoso recurrir á las armas para rechazar á los cruzados.

Milio estrecha entónces á Karvel contra su pecho, y Morisa y Flora participan de la silenciosa emocion de los dos hermanos en tanto que Piel de Ganso se reclina en un banco de madera y se duerme profundamente.

MORISA.—¿ Vienes, Milio, resuelto á quedarte á nuestro lado?

MILIO.— Si, para siempre... ¿ No es verdad, Flora?

FLORA.— Tu voluntad es la mia.

Un sonoro ronquido de Piel de Ganso resuena en medio del silencio que ha seguido á la respuesta de Flora. Milio vuelve el rostro, y al ver el profundo sueño del anciano juglar, dice á Karvel sonriendo:

— Me habia olvidado de hablarte de mi compañero de viaje.

MORISA.— No sé porqué, pero á pesar de su ademan grave, me inspira risa mas que respeto.

MILIO.— Mi compañero es juglar, lo cual equivale á decir que sus groseros cantos, muy aplaudidos en las tabernas, no gustan á los oidos delicados. Le habia encargado que moderase la lengua, y por eso afecta esa gravedad ridícula y forzada. Merece vuestra indulgencia, hermanos queridos, porque me ha dado pruebas de sincero cariño.

KARVEL.— Todo buen corazon merece indulgencia. Pero has hecho mal, Milio, en exagerar nuestra austeridad.

Piel de Ganso se despierta sobresaltado, se frota los ojos y mira en torno suyo con vaguedad, pero se levanta con gravedad y dice á Morisa con afectacion de lenguaje cortés:

— Perdonad, señora, la imprudencia de mi sueño, y tened en cuenta que desde Blois viajamos de noche y de dia y que estoy rendido de cansancio. Por otra parte, el sueño es una virtud por que mientras se duerme cesan los malos pensamientos...

MILIO *interrumpiéndole*.— Querida Morisa, mi amigo os ensalza la virtud del sueño, siendo así que un dia estuvo á punto de estrangularme porque le desperté en medio de un sueño succulento despues de haber visto combatir á *Cuaresma* contra *Martes Carnestolendas*, armado el uno de pescado y el otro de carnes, y cuando se disponia á devorar al vencedor y al vencido.

PIEL DE GANSO *con tono de reproche grotesco que hace reir á Karvel y á su esposa*.— ¡ Milio!

MILIO.— Tened entendido, pues, que mi amigo Piel de Ganso

es algo gloton y mas que algo aficionado al jugo de la vid.

PIEL DE GANSO. — ¡ Yo ! ¡ qué horror !

MILIO. — Y es además algo mentiroso , pendenciero , cobarde , libertino , charlatan...

PIEL DE GANSO *con ademan contrito*. — Señores , no creais á este burlon desapiadado.

MILIO. — Hecha esta confesion que la modestia retenia en los labios de mi amigo , añadiré que sin embargo tiene buen corazon , que parte su pedazo de pan con los pobres y que me ha dado pruebas de afecto que no olvidaré en toda mi vida. Así pues , mis amigos y yo te suplicamos , Piel de Ganso , que ceses de tener la palabra virtud en la boca , y que en vez de bajar los ojos , hacer muecas , morderte los labios y afectar gravedad , des rienda suelta á tu genio chistoso y hasta nos repitas tus canciones favoritas.

KARVEL á *Piel de Ganso que suspira con alegría y cuyo rostro parece dilatarse*. — Mi hermano es el intérprete de nuestro pensamiento. Recobrad , amigo mio , vuestro buen humor. Nosotros nos complacemos con la jovialidad , porque ningun corazon francamente alegre fué falso ó malvado , y porque creemos que es preciso perdonar á los que son buenos , pues pueden llegar á ser mejores. Sed bien llegado , y así como os amaremos tal como sois , amadnos del mismo modo.

PIEL DE GANSO *con toda franqueza á Morisa*. — Señora Virtud...

MILIO. — ¿ Qué es eso ? ¿ volvemos á lo mismo ?

PIEL DE GANSO. — Señora Virtud , el pobre viejo Piel de Ganso ha sido perseguido hasta ahora por una horrible bruja que usurpando vuestro nombre queria convencerme á arañazos y á injurias , pero reconozco tarde sus artificios , y por lo tanto , graciosa Virtud , compadeceos del pobre juglar que os ve por vez primera en vuestra pura y encantadora realidad. Pero ¡ ah ! soy demasiado viejo para atreverme á alzar los ojos hácia vos.

MORISA. — No os contradeciré ; soy la Virtud , y al aceptar ese nombre no soy por cierto la Modestia , pero de todos modos os suplico , amigo mio , que alceis los ojos hácia mí. No soy altiva ni exigente , y jóvenes y viejos conservan algun recuerdo de mí y saben que aprecio su amistad. Así pues , á pesar de vuestros muchos años podeis desde hoy amar á la virtud.

PIEL DE GANSO. — Soy el mas feliz de los hombres puesto que puedo ser útil á una dama tan perfecta.

MORISA. — ¿Sois tambien lisongero?

PIEL DE GANSO. — Soy poeta.

KARVEL á Flora. — Es preciso , hija mia , que hablemos de tu casamiento con Milio. Mañana se celebrará la ceremonia y se inscribirá vuestro nombre en el libro de los magistrados de la ciudad. Sed en adelante felices y constantes , gozad de las mismas alegrías y padeced las mismas penas , consolaos en una misma esperanza y partid enfin vuestro trabajo que asegurará vuestro pan de cada dia. Si , mas felices que Morisa y yo , revivís en vuestros hijos , esforzaos en desarrollar su bondad con vuestras lecciones y ejemplos , educadlos en el amor al trabajo , de la justicia y del bien , sed indulgentes con la ignorancia , y practicad la máxima de perdon , amor y caridad que recibimos de Jesucristo. ¡ Ojalá que los males que amanazan á nuestro pais no puedan alcanzaros ! Creedme , Flora , sereis doblemente amada de nosotros porque nos habeis restituido á nuestro hermano , y desde hoy mi esposa y yo tenemos una hermana.

Karvel el *perfecto* estrecha entonces contra su pecho á Flora y á Milio , y Morisa , con la frente apoyada en el hombro de su esposo , participa de su ternura y de la de los novios. El mismo Piel de Ganso no puede reprimir una lágrima que se enjuga con la mano , pero recobrando al instante su buen humor , dice :

— Señor Karvel , perdonad la sinceridad de Piel de Ganso , pero le parece que tanto en el norte como en el mediodia de la Galia no hay boda sin comida. Creedme , hagamos esta noche el festin de los desposorios y mañana se celebrará la ceremonia.

KARVEL *sonriéndose*. — Afortunadamente tenemos un tonel de vino rancio de Montpellier que vamos á taladrar en celebracion de tan fausto acontecimiento.

MORISA. — Y yo guardo en la dispensa cierto jamon digno de servir de maza á aquel famoso caballero *Carnestolendas* cuya derrota soñasteis en otro tiempo.

PIEL DE GANSO. — Señora Virtud , os aseguro que os parecerá que estais soñando al verme manejar las mandíbulas.

KARVEL. — Podreis manejarlas tambien en un par de hermosos capones que nuestro arrendador nos trajo ayer y en una trucha del Agoult , digna de servir de caballo al guerrero *Cuaresma*.

PIEL DE GANSO. — ¡ Vivan las bodas y sus banquetes !

KARVEL , *indicando á Milio que habla en voz baja con Flora*. — Si el hijo pródigo ha vuelto ¿ no se ha de matar el becerro mas gordo como en la parábola ?

MILIO á Flora en voz baja y apasionada. — ¡Vamos á ser dichosos!

FLORA mirando á su amante con los ojos bañados en lágrimas. — Milio, solo puedo darte mi corazon, mi amor y mi vida en cambio de la dicha que me das.

PIEL DE GANSO interrumpiendo jovialmente á los dos amantes. — ¿Qué secretillos son esos? Cantad mi cancion báquica, y dejad á un lado el amor que disminuye el apetito. Antes que todo es la comida: sobrado tiempo os quedará para dar tributo al Amor; venid á pagarlo á Ceres y á Baco.

Llegaron por fin al Languedoc los cruzados mandados por Simon conde de Monfort, y la resistencia de los albigenses llenó de sangre, ruinas y desolacion el mediodia de la Galia. Distinguianse entre los gefes de la cruzada el duque de Narbona, el conde de Saint Paul, el vizconde de Turena, Ademaro de Poitiers, Bertran de Cardillac, y les seguian veinte mil ginetes cubiertos de hierro y doscientos mil infantes.

La primera fortaleza que cae ante sus esfuerzos es Chasseneuil donde entran los cruzados por asalto y pasan á cuchillo á siete mil hereges, y á este horrible asalto siguen los de Beziers y Carcasona. Llegan á Lavour donde se hallaban Karvel y Milio que defienden la causa de la heregia, pero sucumbe la ciudad y principia la ejecucion de los prisioneros que se obstinan en volver al gremio de la Iglesia.

Estais viendo una de las esplanadas del castillo cercada por altas murallas almenadas y un trozo de foso lleno de combustibles. Los egecutores bajan al foso por unas escalas y encienden las hogueras.

El sol se oculta en el horizonte, y salen de la puerta abovedada del castillo veinte hombres y quince mujeres con las manos atadas por las espaldas.

Un sacerdote les pregunta por vez postrera si quieren abjurar de su heregia, y todos responden que prefieren la muerte.

Entre ellos se ve á Flora que busca con la mirada á Milio, y que no viéndole entre los condenados, lanza una exclamacion de alegria y dice á Karvel que va á su lado:

— ¿Creeis qué Milio se habrá salvado?

—Si, hija mia, le responde Karvel que camina al suplicio con la frente serena y resuelto á morir por sus creencias.

Antes de ser arrojados en la hoguera los hereges son interrogados por los sacerdotes que les acompañan esperando que abjuren, pero al oír su negativa, el verdugo les atormenta con instrumentos terribles. El conde de Monfort se compadece de Flora, y se contenta con imponerle un castigo doloroso para evitarla la muerte. Los demas hereges mueren en la hoguera.

Ha terminado la egecucion, es de noche, y dos hombres pálidos penetran en la esplanada.

Son Milio y Piel de Ganso.

Buscan el cadáver ó las cenizas de Flora.

La luna apareció entre una nube, y alumbró un espectáculo horrible. No habiendo bastado la hoguera para dar muerte á los hereges que de veinte en veinte salieron del castillo, se habia recurrido á la espada de los soldados, y la esplanada estaba cubierta de cadáveres.

Milio tropieza con una tenaza de hierro que habia servido para torturar á los hereges, la coge, la contempla con silencio, y la oculta en su vestido.

Va á salir de la esplanada cuando oye un gemido.

Vuelve el rostro, y vé que uno de los cuerpos tendidos se levanta.

Es Flora que recobra el sentido y que habia quedado abandonada entre los cadáveres.

—¡Milio..! Milio! esclama con voz doliente.

Milio la toma en sus brazos, sale de la esplanada apresuradamente seguido del juglar, se oculta en la casa de un católico amigo de Karvel, y espera que parta el ejército de Monfort para refugiarse en los montes con su esposa.

YO, JULIAN LEBREN, hijo de Karvelaik y nieto de Milio el Trobador, te lego esta crónica que escribió mi abuelo en Paris á donde partió terminada la guerra de los albigenses. He llegado á los cincuenta años de edad, y ejerzo el oficio de escribiente librero. Mi esposa Margarita no me ha dado hijos, y no he añadido nada á la leyenda de nuestra familia, porque temo que va á extinguirse en mi descendencia de Joel.

EL TRÍPODE DE HIERRO Y LA DAGA

ó

MAHIET EL ABOGADO DE ARMAS.

1300-1428.

CAPÍTULO PRIMERO.

La taberna de Alison.—Guillermo Caillet.—Mahiet el Abogado de armas.—Mazurec el Cordero y Avelina.—El derecho de primicias.—El señor de Nointel.—Adan el Diablo.—El torneo.—La hermosa Glorianda.—El duelo judicial.—El duelo del villano desarmado con un caballero armado de todas armas.—El mensajero del rey Juan.—Cobardía de la nobleza.—Los cinco ahorcados.—Mahiet el abogado vuelve á Paris.

Yo, *Mahiet el abogado de armas*, hijo de Mazurec Lebrenn el librero que nació en 1800 cuando su padre Julian, hijo de Karvelaik creia que iba á extinguirse la descendencia de Joel, tengo actualmente cien años cumplidos, y los relatos siguientes que abarcan casi un siglo (1356 á 1432) han sido escritos con largos años de intervalo. Desde 1300 hasta el principio de esta leyenda reinaron en Francia Felipe el Hermoso que condenó á los templarios y fué derrotado en Courtrai por un ejército de plebeyos; Luis X; Felipe V; Carlos V ó el Hermoso, y Felipe de Valois. Las guerras civiles y extranjeras asolaron la Francia durante este último reinado. Eduardo III, rey de Inglaterra, se apoderó de una parte de la Normandia y algunas partidas de su ejército llegaron hasta los muros de Paris. En 1346 Felipe de Valois y su caballeria fueron ignominiosamente derrotados en Crecy, y los ingleses se apoderaron de Calais que se libró del incendio y del saqueo por el heroico sacrificio de Eustaquio Saint Pierre y otros ciudadanos que se presentaron con la cuerda en el cuello al vencedor ofreciendo sus vidas para salvar la de sus ciudadanos. Finalmente, á Felipe de Valois sucedió el rey Juan que reina en la Galia en el principio de la siguiente leyenda.

Un domingo, á fines del mes de octubre del año 1356, se advertia un extraordinario movimiento desde el amanecer en la ciudad de

Nointel situada á algunas leguas de la capital del Beauvoisés. La taberna de Alison la Arisca (llamada así por su genio irascible aunque era buena y caritativa) se llenaba de artesanos, villanos y siervos que iban á esperar la hora de la misa. Era tal la miseria del país que en aquella taberna se bebía poco y se hablaba mucho, de la cual no se quejaba Alison, porque siendo tan habladora con arisca, se complacía en ver su casa llena de ociosos tanto como de bebedores. Aunque había pasado ya de los treinta estaba fresca y rolliza y llevaba corto el justillo y no muy larga la saya para lucir tal vez la blancura de su cuello y sus piés pequeños y graciosos. Alison tenía los ojos y los cabellos negros, los dientes blancos y la mano tan ligera que más de una vez había roto desde su viudez los jarros de su taberna en la cabeza de los bebedores demasiado espresivos en la admiración de sus gracias, de modo que como buena ama de gobierno, reemplazaba por precaución los jarros de barro por los de estaño. Alison estaba aquella mañana de muy mal humor si había de juzgarse por su arrugado entrecejo, sus movimientos bruscos y sus palabras agrias y energicamente acentuadas.

Entró en la taberna un hombre de cuarenta años, cuyo rostro huesoso y tostado por el sol no tenía de notable más que sus dos ojillos pardos, penetrantes y astutos, medio ocultos bajo sus espesas cejas, canosas como su abundante cabello que salía enmarañado de su grasiento gorro de lana. Venía sin duda de un largo viaje porque el polvo cubría su calzado y su harapiento traje, y era tanto su cansancio que andaba penosamente apoyado en un nudoso palo. Apenas entró en la taberna cuando se dejó caer en un banco. Era siervo y se llamaba *Guillermo Caillet*. Apenas se sentó, apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos, pero la Arisca le vió y le dijo bruscamente:

— ¿Qué quieres? No te conozco. Si quieres beber, paga, sino... ¡vete!

— Para beber se necesita dinero y no lo tengo, respondió Guillermo Caillet, dejadme descansar en este banco.

— Mi taberna no es un hospicio, replicó Alison. ¡Fuera de aquí, holgazan... vago!

— Nunca os había visto de tan mal humor como hoy, tía Alison, dijo uno de los bebedores, dejad en paz á este pobre hombre; por otra parte le convidamos á beber.

— Gracias, respondió el siervo con ademán sombrío y moviendo la cabeza; no tengo sed.

— Si no bebes, nada tienes que hacer aquí, dijo la tabernera en el momento en que se oía una voz sonora en la calle que gritaba :

— ¡ Tabernera ! ¡ tabernera ! ¡ Ah de casa ! ¡ Por mil diablos ! ¿ No hay nadie aquí para llevar el caballo á la cuadra ? Uno y otro tenemos seca la garganta y afilados los dientes. ¡ Ah de casa !

La llegada de un caballero distrajo de su enojo á Alison que llamó á su criada y corrió á la puerta para responder al impaciente viajero que con las riendas del caballo en la mano continuaba gritando pero sin manifestar enfado. El recién llegado tenía unos veinte y cuatro años ; la visera de su casco de hierro enteramente alzada descubría su rostro franco , osado , jovial y surcado por una profunda cicatriz que le ocupaba toda la mejilla derecha ; merced á su talle de Hércules , la recia coraza de acero llena de orin , pero en buen estado , parecía que le era tan ligera como una túnica de seda ; su cota de mallas remendada en diferentes sitios caía hasta la mitad de sus martingalas de hierro como sus esquinelas ocultas bajo sus enormes botas de viaje ; pendía de su tahalí una larga espada y de su cinturón un puñal agudísimo llamado *misericordia* ; su maza de armas , compuesta de un grueso mango de madera de la longitud del brazo y terminado por tres cadenillas de hierro atadas á una bola de siete á ocho libras de peso , colgaba del arzon de la silla así como su escudo reforzados con clavos y planchas de acero , y tres palos de lanza de repuesto , atadas y cuyo extremo descansaba en una especie de bolsa de cuero cosida á la correa de uno de los estrivos , se mantenían rectos á lo largo de la parte posterior de la silla donde se veía una maleta de cuero. El caballo , alto y vigoroso , llevaba la cabeza , el cuello y una parte de la grupa cubiertos con un caparazón de hierro , pesada armadura que el robusto animal sostenía tan fácilmente como el jinete la suya.

Alison la Arisca , acompañada de su criada , corrió á los redobladitos gritos del viajero , y le dijo con acento agrídulce .

— ¡ Ya voy , caballero , ya voy ! Si algún día os canonizan no será por vida mía , bajo la invocación de Santa Paciencia.

— ¡ Gracias á Dios que salisteis , sol de hermosura ! ¡ Vivan vuestros graciosos ojos y vuestras encarnadas mejillas ! Juro por mi espada que la mas linda doncella de Paris , de donde vengo , no puede compararse con ese donaire que me mata.

— ¿ Venís de Paris , señor caballero ? dijo vivamente Alison lisonjeada por los piropos del viajero y orgullosa de poseer un

huesped que venia de la gran ciudad; ¿venís de Paris?

—Sin quitar la silla á mi caballo. Pero decidme ¿me han informado bien? ¿Hay en el valle de Nointel un perdon de armas?

—Si, señor; el torneo empezará despues de la misa.

—En ese caso, hermosa huéspeda, en tanto que llevo el caballo á la cuadra para darle un buen pienso, preparadme el mio, y para que me parezca mejor, os convido porque tengo que hablar con vos muy despacio y haceros muchas preguntas.

Y levantando la cota de mallas para poner la mano en su bolsillo de cuero, sacó una moneda de plata, y entregándosela á Alison, le dijo jovialmente:

—Tomad eso de adelantado porque no soy ninguno de esos aventureros que tanto abundan en nuestros dias, y que pagan en las posadas á mandobles ó robando como en ciudad tomada por asalto.

Pero viendo que la tabernera examinaba detenidamente la moneda antes de guardarla, añadió riendo:

—Aceptad esa moneda de plata como yo la he recibido, con los ojos cerrados, porque el diablo, el rey Juan y el acuñador de monedas del buen príncipe son los únicos que saben lo que vale y si contiene mas plomo que plata.

—¡Ah! caballero, es terrible el pensar que el primer monedero falso es nuestro monarca. ¡Qué tiempos corremos! ¡No saber nunca el valor de lo que poseemos!

—Apostaria cualquier cosa, hermosa posadera, á que vuestro amante no lo ignora. ¡Ea! No bajeis los ojos, y acabad de ruborizaros de modestia mientras la criada me enseña la caballeriza. No tardeis en prepararme el almuerzo y no olvideis sobre todo que me habeis prometido acompañarme.

—Como gustéis, caballero, respondió Alison cada vez mas encantada del buen humor del forastero, de modo que se ocupó sin tardanza en los preparativos del almuerzo y puso en una de las mesas de la taberna un apetitoso pedazo de manteca rodeada de hinojo verde, huevos fritos, queso y un vaso de espumosa cerveza.

El siervo Guillermo Caillet, olvidado por la tabernera, permanecia con la frente apoyada en las manos cerca de la mesa donde se sentaron Alison y el viajero y sumido al parecer en profunda y dolorosa meditacion. Cuando el desconocido volvió de la caballeriza, se quitó el casco, el puñal y la espada, los colocó á su lado y demostró que tenia buen apetito.

—Habeis dicho, señor caballero, le dijo Alison, que venís de Paris.

—No me llameis por Dios señor caballero, hermosa huéspedea, porque soy de raza plebeya y no noble. Me llamo Mabiet, mi padre es comerciante en libros y yo *abogado de armas*, como lo demuestran mis arreos de batalla.

—¿Será cierto? dijo Alison cruzando las manos con alegre sorpresa; ¿sois abogado combatiente?

—Si, y aun no he perdido ninguna causa; pues como veis no me han cortado aun la mano derecha, percance reservado á todo abogado vencido en duelo judicial... Es verdad que me han herido muchas veces pero siempre he devuelto á mis adversarios una nuez por un guisante. He sabido en Paris que se daba aqui un torneo, y pensando que, segun la costumbre, habria tal vez antes ó despues de los pasos de armas algun combate judicial en que podria reemplazar al demandante ó al demandado, me puse en camino para probar fortuna. Ahora bien, como tabernera debeis estar enterada de muchos negocios del pueblo, y yo...

—¡Ah! señor abogado, el cielo os envia.

—¿El cielo? ¿Porqué?

—Sabed que por mi desgracia tengo un proceso.

—¿Vos, hermosa huéspedea?

—Hace tres meses presté doce florines á *Simon el Erizado*, y cuando le pedí la cantidad, el indigno ladron me negó la deuda. Le cité ante el señor Senescal, y sostuve mi juramento asi como el vil el suyo, y como no habia testigos en pro ni en contra y la deuda que se disputaba escedia de cinco sueldos, el senescal ha fallado el duelo judicial.

—¿Y no habeis encontrado á nadie para ser vuestro abogado de espada contra Simon el Erizado?

—No, porque en todo el pais le temen por su fuerza y su maldad.

—Contad pues conmigo: me batiré tanto por el amor que me inspiran vuestros hermosos ojos negros, como por vuestra causa.

—¡Oh! mi causa es buena y justa, señor abogado; es tan cierto que le presté esos diez florines como que aquel mismo dia...

—No digais mas; una boca tan linda como la vuestra no puede mentir, y tengo ademas la costumbre de creer siempre á mis clientes. Ya veis que se trata de dar, no buenas razones sino sólidas estocadas, y mientras esta mano derecha se conserve ilesa,

será mas convincente que los argumentos de los mas famosos le-
gistas.

— No debo ocultaros que ese ladron de Simon el Erizado ha sido
arquero y que es un hombre tan peligroso que...

— Hermosa huéspedea, tengo además otra costumbre cuando
pleiteo y es que nunca averiguo como combate mi adversario, de
modo que asi no formo de antemano un plan de ataque que con fre-
cuencia sale frustrado en la práctica. Tengo un golpe de vista admi-
rable por lo certero; cuando estoy en el palenque, examino á mi
adversario é improviso mis golpes. Hasta el presente me ha dado
felicísimos resultados este sistema, y por lo tanto podeis contar con
mi destreza y mi buena estrella. El torneo no empieza hasta el me-
dio dia; mis armas estan en buen estado, y mi caballo se come su
pienso y descansa. ¡Bebamos! ¡Viva la alegría, hermosa huéspedea!
Brindemos por la buena causa.

— Señor abogado, si ganais mi pleito, os daré tres florines, y no
me parecerá caro si considero que recobraré lo que es mio y espe-
cialmente por los golpes que dareis á ese infame.

— Os tomo la palabra: si gano el pleito me dareis tres florines y
un abrazo.

— Caballero...

— No os apureis por eso, que si os da verguenza el dármelo, ya
sabré dároslo yo. Pero ¿qué veo? ¿No os alegrais? teneis un aboga-
do que, segun decís, os envia el cielo, estais á punto de castigar al
ladron ¿y aun seguís triste?

— Es verdad, debiera estar contenta, y sin embargo tengo un
gran pesar.

— ¿Teneis algun otro pleito? ¿os ha hecho traicion vuestro
amante?

Alison permaneció un momento silenciosa y triste, y despues
añadió:

— Señor abogado, venís de Paris y sois muy sabio. ¿Podriais ha-
cer un favor á un pobre muchacho muy digno de lástima que debe
combatir hoy en un duelo judicial?

— Esplicaos.

— En este pais de Nointel cuando se casa una jóven sierva ó villa-
na el señor, si asi le place, tiene derecho á la primera noche de
bodas de su vasalla. Este derecho se acostumbra á pagar en dinero,
pero hay señores tan viles, que se ha visto algunas veces la eje-

cucion de tan ignominioso ultrage. No os riais, señor abogado.

— ¿He de reirme de una cosa tan grave? dijo Mahiet cuyas facciones espresaron repentinamente un sombrío dolor. Me recordais una lúgubre historia. Ese derecho no existe tan solo en Nointel, y he oido contar mas de un caso en que señores desapiadados y libertinos han rechazado el dinero y reclamado á la novia. Oid uno que yo presencié hace dos años. Iba á ejercer mi profesion en un palenque cerca de Amiens, y al cruzar por una aldea, vi una gran multitud de siervos en la plaza. Pregunté y me contaron lo siguiente. Uno de aquellos siervos se habia casado aquella mañana con una jóven del pueblo, y el conde su señor, que perseguia hacia mucho tiempo á la novia, exigió la primera noche y no quiso admitir el dinero que se pagaba por aquel derecho. El siervo respondió al mayordomo del conde que iba á buscar á su esposa, y volviendo algunos instantes despues, dijo: «Mi mujer tiene verguenza y no se atreve á venir; id vos mismo á buscarla.» Y el siervo desapareció. El mayordomo entró en la choza y ¿qué pensais que vió? A la desventurada criatura tendida en un charco de sangre.

— ¡Cielos!

— Su marido la mató con el hacha para libertarla de la deshonra.

Guillermo Caillet, que habia permanecido indiferente hasta entonces, se estremeció, alzó su rostro sombrío y escuchó con atencion mientras Alison esclamaba vertiendo lágrimas:

— ¡Pobre mujer! ¡Morir asesinada! ¿Cómo tuvo valor su esposo para resolverse á tal extremo?

— Si; son raros los hombres resueltos.

— ¡Ah! señor abogado, lloro porque estais contando la historia del pobre Mazurec, el jóven de quien iba á hablaros.

Cuando Guillermo Caillet oyó pronunciar el nombre de Mazurec volvió á estremecerse y se levantó bruscamente del banco, pero haciendo un esfuerzo, volvió á sentarse y prestó una atencion creciente á la conversacion de Alison y de Mahiet.

Tambien sorprendió al abogado de armas el nombre de Mazurec pronunciado por la tabernera, y por eso le preguntó:

— ¿Se llama Mazurec ese siervo?

— Si; ¿porqué os admirais, caballero?

— Porque es uno de los nombres de mi padre. ¿Qué edad tiene ese jóven?

— Todo lo mas veinte años. Su madre, que no era de este pais, murió hace mucho tiempo.

— ¿Pues de donde era?

— Lo ignoro, llegó aquí poco tiempo antes de dar á luz á Mazurec. Era mendiga; inspiró compasion al molinero de Gaillon nuestro vecino, cuya esposa habia muerto hacia dos meses al dar á luz un niño...

— ¿Cómo se llamaba esa mendiga? dijo Mabiet interrumpiendo á la tabernera.

— Gervasia. Si, señor abogado, el molinero se compadeció de ella al verla tan buena y humilde y dijo para sí: Esta pobre mujer dará muy pronto á luz un hijo, y si quiere podrá ser la nodriza del mio y del suyo. » Y así sucedió en efecto. Gervasia crió á los dos niños, y el molinero la tuvo de criada hasta que hace cinco años sucedió una desgracia. El conde de Beaumont declaró la guerra al señor de Nointel, y el molinero se vió obligado á seguir á su señor. Los soldados de Beaumont llegaron en tanto hasta aquí talando el pais é incendiaron el molino donde se habia quedado Gervasia con los dos niños. La pobre pereció en las llamas con el hijo del molinero, y únicamente Mazurec se salvó por un milagro. Mi marido y yo nos compadecimos del huérfano y le dimos albergue en casa...

— Sois tan noble como generosa, y por vida mia que he de hacer vomitar el dinero á ese pícaro de Simon.

— No me alabeis tanto, señor abogado, porque el corazon mas empedernido se hubiera interesado por Mazurec. El pobre niño era tan bueno, tan servicial y tan humilde que nadie le daba otro nombre que el de *Cordero*.

— Dios os lo premiará, hermosa huéspeda.

— El pobrecillo lloraba toda la noche á su madre y á su hermano de leche y durante el dia nos ayudaba segun sus fuerzas en nuestros quehaceres. Cuando terminó la guerra, el molinero no volvió porque murió en una batalla. El señor de Nointel mandó reedificar el molino, y Dios sabe los tributos que nos impuso para indemnizarse de los gastos de su campaña contra el señor de Beaumont. Mazurec entró de criado en el molino cuando lo ocupó otro vasallo, y todos los domingos, cuando venia á misa, se detenia aqui para saludarnos. Ya veis que es imposible encontrar un corazon mas agradecido que el suyo.

— Lo creo , generosa huésped.

— Voy á contaros ahora la causa de su desgracia. De vez en cuando iba por mandato del molinero á llevar sacos de harina á la aldea de Cramosy , á tres leguas de la ciudad , donde el señor de Nointel ha establecido un punto fortificado. El pobre Mazurec , segun me habia confiado varias veces , vió muchos dias sentada en la puerta de una cabaña é hilando á una muchacha muy linda , y algunas veces la encontró cuidando una vaca que pacia en las márgenes de los caminos. Aquella muchacha se llamaba *Avelina*.

— ¿ Y los dos jóvenes se amaron ?

— Si , con pasion. Habian nacido el uno para el otro. ¡ Eran tan buenos y cariñosos !

Guillermo Caillet escuchaba estas palabras con atencion , y no pudo contener una lágrima que surcó sus pálidas mejillas.

La tabernera continuó de este modo :

— Mazurec era siervo del mismo señorío que *Avelina* y su padre , el cual consentia en el casamiento , y el mayordomo del señor , en ausencia de su amo , consentia igualmente. Todo marchaba pues á las mil maravillas , y Mazurec me decia con frecuencia con los ojos bañados en lágrimas : ¡ Qué lástima , señora Alison , que mi pobre madre no pueda ser testigo de mi felicidad ! »

— ¿ Y cómo se han desvanecido tan venturosas esperanzas ?

— Ya sabeis que los señores consienten , con raras excepciones , en que los vasallos rescaten el derecho infame de que hablábamos no ha mucho. El padre de *Avelina* no poseia mas que una vaca y la vendió con este objeto. El dia de los desposorios Mazurec partió al castillo á llevar al mayordomo el tributo establecido , pero este se hallaba por desgracia ausente , y habiendo regresado el novio á casa de *Avelina* , su padre decidió que se casaran el dia siguiente por la mañana y que despues de la misa Mazurec volviera al castillo á entregar al mayordomo el rescate del derecho de primicias. Se efectuó el enlace , y segun costumbre , la novia quedó encerrada en casa del cura hasta que el esposo trajera el permiso del señor.

— ¿ Y sabeis cual es el resultado de ese derecho ?

— Demasiado lo sé. Cuando los novios reciben que el señor por su crueldad ó su libertinage no aceptará el rescate , no esperan la ceremonia y mas de una joven soltera queda deshonrada para siempre y sin casarse.

— Es verdad.

— Pero Avelina y Mazurec no abrigaban tan malos pensamientos, y poseyendo con que rescatarse, no temian la desgracia que les amenazaba. Cuando terminó la misa, Mazurec volvió al castillo llevando el dinero en una bolsa de cuero pendiente del cinto. Encontró á un aventurero armado con todas las armas que le preguntó el camino de Nointel y ¿lo creeriais, caballero? Mientras Mazurec le enseñaba el camino, aquel infame se inclinó sobre la silla como para asegurarse de la correa del estrivo, y arrebatando la bolsa del pobre Mazurec, espoleó el caballo y huyó á todo escape.

— Hay cien ejemplos de hazañas por ese estilo, pero la que me contais traspasa los límites de la infamia.

— Mazurec corre desesperado en persecucion del bandido, pero no tarda en perderle de vista, y al cabo de una hora, llega casi sin aliento al castillo, se echa á los piés del mayordomo, le cuenta su desgracia llorando y pide justicia contra el ladron. El señor de Nointel, que habia regresado aquella mañana de Paris al castillo con varios de sus amigos y que salia de un festin con el rostro descompuesto por la embriaguez, cruzaba por la sala en el momento en que Mazurec imploraba al mayordomo. El señor se enteró del negocio de que se trataba, y preguntó riendo si la novia era hermosa.— No hay otra mas bella en vuestros dominios, señor, respondió el mayordomo. Mazurec vió entonces entre los caballeros de la comitiva del señor de Nointel al que le habia robado y que era capitan de una compañía de aventureros y se lanzó hácia el acusándole del robo.— Miserable siervo, respondió el conde, atreverse á acusar de ladron á uno de mis huéspedes!

— Y el capitan negó sin duda con descaro su crimen.

— Si, señor. Mazurec sin embargo sostenia su acusacion, de modo que el señor de Nointel pronunció el siguiente fallo: «Habiendo tenido la audacia de acusar de robo á un noble caballero, este pedirá la prueba de las armas, y si el villano, despues de ser vencido, sobrevive al combate, será puesto en un saco y arrojado al rio como difamador de un caballero.»

— ¡Está perdido el desventurado! exclamó Mahiet. El caballero es *demandante*, y como tal tiene derecho á pelear á caballo y armado de todas armas contra el siervo que no podrá defenderse mas que con un palo.

— El pobre siervo, continuó Alison, se arrojó á los piés de su señor implorando su misericordia. El conde entonces dijo á sus amigos:—

«Ya que es hermosa la novia quiero castigar á este insolente usando «por vez primera en mi vida del derecho de primicias.» Mazurec el cordero se convirtió entonces en lobo, y se arrojó furioso contra su señor para ahogarle, pero los caballeros derribaron al pobre siervo, le ataron y le llevaron á un calabozo. Al salir de la sala oyó á uno de los huéspedes del señor de Nointel que le preguntaba:—¿Os aprovechareis del derecho de primicias?—Ha sido una amenaza respondió el conde, pero si no estuviera en el castillo Glorianda de Chivry que va á ser mi esposa, de seguro que la cumpliría. Sin embargo, voy á mandar traer la novia al castillo.

—¿Esto es infame! gritó Mahiet con las mejillas encendidas de indignacion y dando con su puño de Hércules un golpe en la mesa que la hizo crujir; ¿esto clama venganza!

—¿Venganza y sangre! dijo una voz sorda al oido de Mahiet.

Y sintiendo el abogado de armas el peso de una mano vigorosa sobre el hombro, se volvió bruscamente y vió detras de si á Guillermo en pié y pálido.

—¿Qué quieres? preguntó el jóven sorprendido al ver el ademan siniestro y desesperado del villano. ¿Quién eres?

—Soy el padre de la mujer de Mazurec.

—¿Vos, desventurado! exclamó la tabernera compadecida. Siento haberos recibido tan duramente. ¿Qué venis á hacer?

—Vengo á buscar á mi hija, dijo Guillermo.

—¿Dios misericordioso! replicó Alison.

—Me han dicho, añadió el villano, que ya no tengo hija.

—¿Qué decís?

—Un page del castillo ha contado en la ciudad que la infeliz habia caido desmayada al saber su desgracia y que hasta esta mañana ha sido imposible hacerla volver en si.

—Y el pobre Mazurec, exclamó la tabernera, está preso en el castillo y hoy antes de la misa va á pedir perdon de rodillas al señor de Nointel.

—¿Y porqué ha de pedirle perdon? dijo Mahiet interrumpiendo á la tabernera.

—La infeliz Avelina se defendió como una leona cuando quisieron llevarla al castillo. El señor de Nointel, que seguia embriagado, quiso que su derecho se confirmase con un fallo del tribunal, y presentó queja contra ello ante la senescalia de Beauvais.

—¿Y qué falló la senescalia?

—Qué segun las leyes del reino, el señor tenia el derecho de primicias, y que Mazurec debia pedirle perdon por haberle insultado y puesto en él las manos. Despues de la espiacion pública, Mahiet combatirá contra el ladron.

—Y como combatirá, segun manda la ley, á pié y armado de un palo contra el ladron cubierto de hierro, será vencido y como tal abogado por calumniador, dijo Guillermo Caillet. Habeis dicho que esto clama venganza, añadió el villano despues de un momento de silencio.

—Si, y lo repito.

—Cuando un hombre habla de, ese modo en voz alta indica que obra como habla, dijo el siervo clavando en el abogado sus ojillos pardos y penetrantes. Si llega el momento de obrar... acordaos de Guillermo Caillet... de la aldea de Cramosy cerca de Clermont...

—No olvidaré vuestro nombre, dijo Mahiet á Guillermo estrechándole la mano; la hora de la venganza sonará tal vez mas pronto de lo que pensais, especialmente si hay muchos siervos resueltos como vos.

—Los hay, respondió el aldeano; el *buen Juan* (1) no puede sufrir mas...

—Para cerciorarme de eso he venido á este pais, dijo Mahiet al oido de Guillermo sin ser oido de Alison. ¡Silencio, esperanza y valor!

El aldeano, cada vez mas sorprendido de encontrar en Mahiet un auxiliar inesperado, le dirigió una mirada penetrante, porque habituado á la desconfianza por la esclavitud, temia ser engañado por las promesas de un desconocido.

Se oyó de pronto el repique de las campanas de la iglesia de Nointel.

La tabernera se estremeció y dijo:

—¡Ah! no tendré valor de asistir á la ceremonia.

—¿Qué quereis decir? preguntó Mahiet en tanto que los hombres reunidos en la taberna salian precipitadamente diciendo:

—Corramos al átrio...

—Van á presenciar el perdon del pobre Mazurec, dijo Alison.

—Yo tendré mas valor que vos, caritativa huéspeda, respondió Mahiet tomando la espada y el casco y buscando con la mirada á

(1) Buen Juan ó *Jacques Bonhomme* era el apodo que daban los nobles á la plebe y de él se deriva el nombre de *Jaquerie* que se dió á la sublevacion de los siervos.

Guillermo Caillet que habia desaparecido, seré testigo de esa triste ceremonia porque la suerte de Mazurec me interesa por varias razones. El torneo no principiará hasta despues de la misa, y tendré tiempo para volver aqui en busca del caballo é ir en seguida á que el juez de armas me inscriba como defensor contra ese pícaro de Simon el Erizado:

— ¿Y no hay medio alguno, caballero, de impedir el duelo judicial de ese pobre Mazurec? ¡Ah! segura es su muerte.

— Y si se niega á combatir será ahogado; tal es la ley que rige en Francia, pero confio en que podré dar algunos buenos consejos á Mazurec. Voy á verle: esperadme aqui, y no perdais la esperanza.

Y Mahiet se dirigió hácia el atrio de la iglesia siguiendo á la multitud.

La iglesia de Nointel se alzaba en el extremo de una plaza bastante anchurosa donde desembocaban dos calles tortuosas. Las casas, construidas generalmente de madera esculpida á veces con arte, tenia tejados de pizarra formando una inclinacion rápida, y algunos de aquellos edificios estaban adornados con balcones en que se agrupaban numerosos espectadores.

Mahiet consiguió con su fuerza atlética abrirse paso facilmente hasta cerca del atrio donde se hallaba ya en compañía de varios caballeros el señor de Nointel, jóven de figura altanera y burlona y cuyos cabellos de rubio claro estaban rizados como los de una mujer. Llevaba segun la moda de la época, una túnica corta de terciopelo ricamente bordado, y calzones de seda de dos colores; el lado izquierdo era encarnado y el derecho amarillo; sus zapatos de cordoban terminaban con una especie de cuerno dorado semejante al de un carnero, y en su gorra de terciopelo, medio amarilla, medio encarnada, adornada con una cadena de piedras preciosas, ondeaban varias plumas de avestruz, adorno de precio exorbitante. Los amigos del señor de Nointel llevaban como él trajes de dos colores, y uno de ellos empuñaba su pendon en el que se veian sus armas que eran tres garras de águila de oro en fondo encarnado.

Cuando Mahiet vió aquel blason particular de la familia de los Neroweg, se estremeció de sorpresa y quedó profundamente pensativo; pero le sacó de su meditacion la voz chillona de un notario

real que adelantándose hasta los límites del atrio, gritó por tres veces: ¡Silencio! y leyó lo que sigue en medio de la atención de la multitud:

«Esta es la carta y el estatuto del *derecho de primicias* que el señor de la tierra y señorío de Nointel, Loury, Berteville, Cramosy, San Leu y otros lugares, tiene derecho á reclamar la primera noche de bodas á todas las doncellas *no nobles* que se casaren en dicho señorío. Y como el undécimo día de este mes, *Avelina* sierva de la parroquia de Cramosy, se casase con *Mazurec* siervo molinero del molino Gaillon, nuestro alto noble y poderoso señor *Conrado Neroweg*, caballero señor de dicha tierra y señoríos arriba expresados, quiso usar de su derecho de primicias con dicha *Avelina*, pero habiéndose opuesto dicho *Mazurec*, su marido, valiéndose de malas palabras y hasta de vias de hecho, y habiéndose negado dicha *Avelina* con obstinación á someterse al derecho de dicho señor, este, por causa de la desobediencia, les mandó poner en prisión separadamente y fué á presentar demanda criminal ante el señor gran senescal del Beauvoisi informándole de lo ocurrido; y como este hiciese averiguación por escrito y por medio de testigos de derecho y de antiguo usage para patentizar que dicho señor de Nointel goza del derecho de primicias, hecha la información, se dió sentencia cuyo tenor es textualmente el siguiente:

Mabiet el abogado no pudo reprimir una exclamación de ira que atrajo las miradas de algunos de los siervos que le rodeaban.

El notario real prosiguió de esta suerte abuecando la voz:

«Entre el alto, noble y poderoso *Conrado de Neroweg*, señor de Nointel y otros señoríos, demandante en derecho de primicias sobre todas y cada una de las doncellas no nobles que se casen en dicho señorío de una parte, y *Avelina* recientemente casada con *Mazurec*, oponiéndose á dicho derecho de otra parte, y el dicho señor de Nointel, igualmente demandante en reparación y castigo de las malas palabras pronunciadas por dicho *Mazurec*:

«Visto por la senescalia del Beauvoisi la demanda criminal de dicho señor y las informaciones y requerimientos practicados, dicho tribunal haciendo justicia á ambas partes, ha dicho y declarado que dicho señor está bien fundado en derecho y en razón en pretender las primicias de toda doncella no noble casada en sus señoríos, y en razón de lo declarado anteriormente, dicho tribunal ha condenado y condena á dicha *Avelina* y á dicho *Mazurec* á obede-

«cer á dicho señor en lo que concierne á su derecho de primicias
 «y en lo que concierne á las malas palabras que dicho Mazurec ha
 «pronunciado contra su señor, el dicho tribunal le ha condenado y
 «condena á satisfacer su señor y á pedirle perdon con la rodilla en
 «tierra, la cabeza descubierta y las manos puestas en cruz sobre el
 «pecho, en presencia de todos los que asistieron á su boda. Y ade-
 «más, dicho tribunal ordena que la presente sentencia sea publica-
 «da por un notario real delante de la iglesia de dicho señorío.» (1)

Esta sentencia en que los órganos de la ley y la justicia confirma-
 ban el mas execrable de los derechos feudales nacidos de la con-
 quista franca, escitó en la multitud una violenta indignacion compri-
 mida apenas por el temor, de modo que ahogaron las últimas pala-
 bras del notario algunos sordos murmullos, pero este sentimiento
 se trocó en angustia y compasion cuando se presentó en el átrio
 de la iglesia el condenado conducido por los hombres de armas del
 señor.

Mazurec el Cordero debia su apodo á la benignidad de sus faccio-
 nes y á la dulzura de su caracter, pero aquel dia parecia transfigu-
 rado por la desgracia y la desesperacion. Tenia apenas veinte años;
 su fisonomia contraida, su vestido hecho girones, su tez lívida, sus
 ojos fijos, ardientes y enrojecidos por las lágrimas y el insomnio
 y su cabello erizado, le daban un aspecto espantoso. Dos hombres
 de armas le desataron, é inclinándose con fuerza sobre sus hom-
 bros, le obligaron á caer de rodillas á los piés del señor de Nointel.

El notario real dijo entonces en alta voz:

—La reparacion y peticion de perdon del reo para con su señor,
 daben tener por testigos á los que asistieron á la boda de dicho Mazu-
 rec. Que se presenten.

Mahiet el abogado vió salir de entre la multitud á Guillermo Cai-
 llet y á otro siervo en el vigor de la edad llamado Adan el Diablo,
 el cual, á juzgar por el sudor que bañaba su rostro huesoso y páli-
 do, acababa de recorrer rapidamente un largo camino. Mahiet, sor-
 prendido en un principio con el ademan resuelto de Adan el Diablo,
 le vió por decirlo asi trasformarse lo mismo que su compañero Cai-
 llet, porque, afectando ambos una humildad temerosa, bajando los
 ojos, encorvándose y arrastrando los piés, se quitaron el gorro con

(1) La sentencia es textual. Véas. la *Biblioteca histórica*, p. 234. En el dorso del do-
 cumento original estan escritas estas palabras: *Esta sentencia fué pronunciada por la se-
 nescalia el miércoles 13 del mes de julio del año 1332.*

aire compungido al acercarse al notario real. Guillermo le saludó dos veces diciéndole con voz trémula.

—Perdonad... señor, si venimos solos mi amigo y yo; pero los otros dos testigos de la boda *Michaud Matapan y Pedro el Gordo* cogieron dias pasados unas calenturas limpiando los pantanos de nuestro buen señor, y estan dando diente con diente en la paja y por este motivo no pueden venir á la ciudad, pero yo soy Guillermo, el padre de la novia...

—Creo, señor, que bastarán estos testigos y que puede principiar la ceremonia, dijo el notario al señor de Nointel.

Este respondió con una señal de cabeza afirmativa.

Mazurec continuaba arrodillado á algunos pasos de su señor y no pudo reprimir las lágrimas al ver el padre de Avelina, que brotaron lentamente de sus ojos inflamados, en tanto que el notario le decia:

—Pon las manos en cruz sobre el pecho.

—¿No oyes lo que te dice este caballero? dijo Guillermo Caillet dirigiéndose á Mazurec con tono de reprension. Te dice que pongas los brazos en cruz como yo... mírame...

Esta última palabra *mírame* fué pronunciada con tal fuerza por el anciano siervo, que Mazurec alzó la cabeza y comprendió la significacion de la rápida y espresiva mirada que le dirigió Guillermo, de modo que obedeciendo desde entonces lo que le mandaba el notario, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ahora, añadió el notario, levanta la cabeza hácia tu señor y repite mis palabras: «Señor, me arrepiento humildemente de haber tenido la audacia de pronunciar contra vos malas palabras»...

El siervo titubeó un momento, pero haciendo un violento esfuerzo repitió con voz sorda:

—Señor... me arrepiento humildemente de haber tenido la audacia de pronunciar... contra vos... malas palabras.

—*Item* prosiguió el notario, «me arrepiento no menos humildemente, señor, de haber querido oponerme á que usareis de vuestro derecho de primicias sobre una de vuestras vasallas que he tomado por mujer.»

La resignacion de Mazurec se habia apurado, y como las últimas palabras del notario recordaban al desventurado siervo la violencia infame de que tal vez habia sido ya víctima la mujer que tan tiernamente amaba, lanzó un grito desgarrador, ocultó el rostro entre sus manos y cayó de bruces en el suelo lanzando sollozos convulsivos.

Mahiet iba á ceder á pesar suyo á su indignacion, cuando oyó la voz de Guillermo Caillet, el cual, inclinándose hácia Mazurec como para ayudarle á que se levantase, le dijo dos palabras al oido sin ser oido de nadie y continuó en voz alta:

— ¿Qué haces muchacho? ¿De qué sirve lloriquear de ese modo? ¿No te han dicho que nuestro buen señor te perdonará tu falta cuando hayas repetido las palabras que te exigen? Levántate y pronuncialas luego.

Mazurec alzó el rostro bañado en lágrimas y repitió con una sonrisa feroz las palabras que otra vez dijo el notario.

— Me arrepiento no menos humildemente, señor, de haber querido oponerme á que usarais de vuestro derecho de primicias sobre una de vuestras vasallas que he tomado por mujer.

— «Y en mi arrepentimiento, señor, continuó el notario, me remito humildemente á vuestra merced y misericordia.»

— Y en mi arrepentimiento, señor, articuló penosamente Mazurec con voz débil, me remito á vuestra merced y misericordia.

— Asi sea, dijo el señor de Nointel con acento altanero, te concedo merced y misericordia, pero no quedarás libre hasta haber satisfecho el duelo judicial á que te ha citado *Gerardo de Chaumontel* á quien disfamaste acusándole de robo.

Y dirigiéndose entonces á uno de los escuderos añadió:

— Que se custodie hasta la hora del torneo y se devuelva la hija á su padre.

— Señor, dijo el escudero, la sierva está moribunda y sumida en el mas espantoso delirio.

— Entrégasela en el estado en que se encuentre.

El señor de Nointel dijo entonces á sus amigos entrando en la iglesia:

— La leccion será buena para el *Buen Juan*. ¿Sabeis, señores, que el Buen Juan empieza á rebelarse contra nuestros derechos? Os aseguro que no he usado de mi derecho porque no soy tan indigno caballero que llegue hasta el punto de hacer violencia á una mujer aunque sea una sierva. Pero he manifestado publicamente que lo he usado para que conste que quiero conservar todos mis derechos. No olvidemos el refran de: *Pegad al villano y os temera; temedle y os pegará.* (1) Vamos á oir misa. Me direis si *Glorianda* de

(1) Proverbio citado por Froissart, *Crónica*, t. II, p. 127.

Chivry, mi novia, que vais á admirar en mi banco señorial, es un astro de belleza.

— Eres feliz, Conrado, dijo uno de los caballeros, tienes por novia un astro de belleza sin contar con que despues de la muerte del conde Chivry, su señorío pasará de lanza á rueca por falta de hijos varones. Conrado; que dias tejidos de oro y seda hilareis gracias á la rueca de Glorianda de Chivry!

Guillermo Caillet siguió al escudero encargado de entregarle muerta ó viva á Avelina.

Mahiet entró en el átrio de la iglesia, se dirigió á los soldados que custodiaban á Mazurec y dijo á uno de ellos:

— Este siervo debe sostener un duelo judicial.

— Si, respondió el hombre de armas, debe batirse contra el capitán Gerardo de Chaumontel.

— Necesito hablar con el siervo.

— Es imposible.

— Soy padrino de armas en el combate y no se me puede impedir que vea y hable á mi cliente. Se cual es el texto de la ley, y si te niegas; vive el cielo!

— No hay que alzar tanto la voz... Si eres el padrino de armas del *Buen Juan*... ven, porque me pareces un famoso campeón.

El torneo ó *perdon de armas*, ruinoso espectáculo ofrecido á la nobleza del país por el señor de Nointel con motivo de sus desposorios, tenia lugar en una vasta pradera situada en las puertas de la ciudad. El sitio del combate llamado palenque ó liza de batalla era, segun la ordenanza del año 1306, de ochenta piés de longitud por cuarenta de anchura y estaba rodeado de una doble barrera que dejaba un espacio de cuatro piés. En este intervalo estan los que tocan la trompa ó los clarines y los pages y escuderos de los combatientes, prontos á sacar á sus amos de la pelea, ó á socorrerlos cuando caen del caballo, porque los hazañosos torneadores estan cubiertos de armaduras tan pesadas que apenas pueden moverse. En la parte interior de estas barreras se ven ademas los heraldos y los sargentos de armas encargados de conservar el órden en el torneo y juzgar de los golpes dudosos. (1)

(1) Véanse para todos los detalles del torneo, y especialmente acerca de la desigualdad del duelo entre el noble y el siervo, las *Ordenanzas de los reyes de Francia y el*

La plebe de la ciudad y de las aldeas inmediatas que han acudido á este espectáculo al salir de misa, se agrupa fuera del palenque, y su aspecto miserable forma notable contraste con el lujo de los caballeros. La multitud contempla con asombro la brillante reunion cubierta de seda, terciopelo, bordados y ricas joyas que ocupa un vasto anfiteatro adornado de alfombras y colgaduras, levantado sobre uno de los costados del palenque y reservado para las nobles damas, los señores y los prelados del pais. Se abren á cada lado de aquel anfiteatro, abrigado contra el sol y la lluvia por toldos, dos tiendas destinadas á los caballeros que toman parte en la justa, y allí se ponen las pesadas armaduras antes del combate y se les traslada cuando reciben una contusion á consecuencia de una caída del caballo. Ondeán en el extremo de postes que rodean la liza, numerosas banderas con las armas del señor de Nointel. La reina del torneo es GLORIANDA, noble señorita, hija de *Rodolfo, conde y señor de CHIVRY* y prometida esposa hace un mes de Conrado de Nointel, que está sentada magestuosamente bajo una especie de dosel colocado en medio de un tablado desde donde se domina el palenque, magníficamente engalanada con un vestido de seda encarnada con bordados de oro. Sus negros cabellos peinados en trenzas realzan su admirable hermosura, y es alta, erguida, de ademan altivo y osado, y de mirar imperioso. Su padre, orgulloso con la belleza de su hija, está en pié detrás de ella, y los nobles caballeros y las arrogantes damas sin distincion de edades, estan sentados en escaños á cada lado del dosel donde brilla la jóven reina del torneo.

Los clarines anuncian la apertura del paso de armas.

Un heraldo, vestido de encarnado y amarillo, colores de Nointel, se adelanta hasta el centro del palenque y grita segun costumbre:

— *Escuchad, escuchad, señores caballeros y gentes de todos los estados; nuestro soberano y señor por la gracia de Dios, Juan, rey de los franceses, prohíbe bajo pena de muerte y confiscacion de bienes el hablar, gritar, toser, escupir y hacer seña alguna durante el combate.*

Reina el mas profundo silencio, se abre una de las barreras, y aparece en la liza el señor de Nointel cubierto con una brillante armadura de acero con adornos de oro y montado en un vigoroso cor-
Formulario; la ordenanza sigue á la del miércoles de la Trinidad del año 1306. Veas igualmente BEAUMANOIR, *el noble legista del Feudalismo*, cap. LXIV.

cel ricamente enjaezado que hace caracolear con destreza, despues se detiene al pié del dosel donde está Glorianda de Chivry, y la señorita se quita la paletina bordada de hilo de oro y la ata en el hierro de la lanza que su novio inclina ante ella.

Es admitido por este don como caballero de honor de la dama, y bajo este concepto ejerce una vigilancia soberana sobre los combatientes, de modo que si toca con el extremo de su arma donde ondea la paletina de la reina del torneo á alguno de los justadores, este debe cesar de combatir al instante.

Cuando la hermosa Glorianda se quitó la paletina para entregarla á su caballero quedaron desnudos sus hombros cuya blancura escitó un murmullo de admiracion en que se distinguieron algunas espresiones que en aquella época se oian sin rubor á consecuencia de la relajacion de las costumbres.

El señor de Nointel da una vuelta en torno del palenque desplegando nuevamente su destreza de escudero, se coloca al pié del tablado donde se halla el dosel de la reina del torneo, y levanta la lanza. Resuenan entonces los clarines, se abren las barreras en los dos extremos del palenque, y cada una de ellas da paso á una cuadrilla de caballeros armados de todas armas, con la visera calada, y conocidos tan solo por los emblemas ó por el color del escudo y de las banderolas de las lanzas. Las dos cuadrillas permanecen un momento inmóviles como estátuas ecuestres en los dos confines de la liza.

Las lanzas de los combatientes de seis piés de longitud y sin aceros son, como se dice, *corteses*, pues su choque no es en modo alguno peligroso y solo pueden arrojar de los caballos á los torpes ginetes.

El señor de Nointel consulta con la mirada á Glorianda que hace con ademan magestuoso una señal con su bordado pañuelo.

Su caballero de honor pronuncia entonces por tres veces las palabras de costumbre:

— *¡Dejadles ir! ¡dejadles ir! ¡dejadles ir!*

Las dos cuadrillas se mueven, sueltan á galope los caballos lanza en ristre y llegan rápidamente al centro del palenque donde ginetes y caballos se chocan con estruendo. La mayor parte de las lanzas vuelan en astillas en el choque, y los justadores desmontados se declaran vencidos, perteneciendo su armadura y su caballo de derecho al vencedor, porque los torneos son un juego de azar como el

de los dados. Un gran número de justadores famosos, mas ávidos de florines que de gloria, sacan gran beneficio de su destreza en las justas pues los adversarios que han vencido rescatan casi siempre sus armas y sus caballos por una cantidad considerable.

Hace una señal el señor de Nointel, y una tregua de algunos instantes sigue al percance de los caballeros que han rodado sobre la recia capa de arena con que está prudentemente cubierto el suelo. Los caballeros caidos presentan un aspecto ridículo y lastimoso; sus escuderos y pages les levantan como de una pieza en la recia corteza de hierro que entorpece sus movimientos, y con las piernas tiesas y apartadas, vuelven á la barrera bañados en sudor, porque los justadores que no brillan por su valor, llevan debajo de la armadura un vestido completo acolchado para amortiguar los golpes y las caidas.

Mientras los vencidos salen del palenque los vencedores dan la vuelta caracoleando, se acercan al anfiteatro donde se halla la reina del torneo é inclinan ante ella sus lanzas á modo de galante homenaje. La hermosa Glorianda contesta con una graciosa sonrisa y salen triunfantes de la liza.

Quedan en la arena dos ginetes de cada cuadrilla, y la lucha va á continuar á pié y á espada, pero espada no menos cortés que la lanza, porque no tiene filo ni punta, de modo que los campeones van á esgrimir con barras de acero de tres piés y medio de longitud que no harán mella alguna en sus armaduras.

A una nueva señal del señor de Nointel se traba entre los cuatro caballeros una lucha tan furiosa como poco mortífera. Uno de ellos tropieza, cae de espaldas y permanece inmóvil como una tortuga caida sobre la concha, otro rompe la espada y unicamente dos continúan la lucha. Lleva el uno un escudo verde donde se ve pintado un leon de plata y el otro un escudo encarnado con un delfin de oro. El caballero del leon de plata descarga tan violento mandoble sobre el casco de su adversario que le obliga á caer aturdido sobre la arena del palenque. ¡Victoria por el caballero del leon de plata! El vencedor saborea su triunfo contemplando con orgullo al vencido lastimosamente sentado á sus piés, y en medio de las entusiastas aclamaciones de la noble asamblea se acerca al trono de la reina del torneo. La hermosa Glorianda, despues de arrojar al cuello del caballero del leon de plata una rica banda en premio de su valor, le da un abrazo, deber que cumple como anexo á su honorífico cargo sin ruborizarse y con aristocratico ademan, porque la señorita de

Chivry ha sido elegida muchas veces por su hermosura reina de los torneos.

Los clarines pregonan la victoria del caballero del leon de plata que, orgulloso con su rica banda, da vuelta al palenque y sale por una de las barreras. Estos primeros pasos de armas son seguidos de un intervalo durante el cual los pages del señor de Nointel salen con copas, platos y jarras de oro y plata que deslumbran los ojos de los villanos, y hacen circular entre la noble asistencia del anfiteatro hipocrás y vinos especiados, acompañados de finas y succulentas pastas. Todos hacen honor á la hospitalaria magnificencia del señor de Nointel, y los señores, sus esposas y sus hijas acaban de tomar alegremente su refresco hablando sobre los diversos incidentes del torneo cuando se oye un sordo rumor en la multitud de aldeanos y ciudadanos amontonados fuera de las barreras. El populacho, testigo hasta entonces de las justas y pasos de armas, solo habia experimentado un sentimiento de curiosidad, pero se creia vivamente interesado en el combate que, segun se decia, iba á seguir á aquellas luchas inofensivas. Se trataba de un duelo á muerte entre un vasallo y un caballero, este á caballo y armado de todas armas, y el vasallo á pié y armado de un palo, de modo que reinaba un silencio lleno de angustia y de reprimida indignacion, cuando uno de los heraldos gritó por tres veces adelantándose al medio del palenque las palabras de costumbre:

— ¡*Que se presente el demandante!*

El capitan Gerardo de Chaumontel, que apelaba á la prueba del duelo judicial contra la acusacion de robo sostenida por Mazurec, sale de una de las tiendas y entra á caballo en liza armado de todas armas, pende de su cuello el escudo; lleva la visera levantada y monta á su lado sus dos padrinos que dan la vuelta con él á las barreras en tanto que la hermosa Glorianda dice á su padre con tono desdeñoso:

— Es un baldon para la nobleza el ver un caballero reducido á combatir con un siervo para defender su inocencia.

— ¡En qué tiempo vivimos, hija mia! respondió el anciano, esos astutos legistas reales ponen su mano en todos nuestros derechos con el impertinente pretexto de legalizarlos. Recuerda que te he dicho muchas veces que el espíritu de rebelion de las municipalidades, aunque en parte destruidas en beneficio de los reyes, se ha propagado hasta nuestros dominios y ha infectado nuestros vasallos, y ya ves que por añadidura, el trono ataca nuestros derechos preten-

diendo que deben ser sancionados por los legistas.

— Pero no hemos perdido ningun derecho.

— ¡Cómo... hija mia! ¿tienen acaso nuestros derechos necesidad de la confirmacion de las gentes de toga? ¿No los poseemos por la espada conquistadora de nuestros antepasados? No, no; el trono lo quiere todo para si y lentamente nos disputa los privilegios señoriales.

— ¿No nos han quitado los reyes, dijo otro caballero, uno de nuestros mejores beneficios, la fabricacion de moneda en nuestros señoríos, bajo el pretesto de que hacemos moneda falsa?

— Eso hace hervir la sangre en las venas, exclamó el conde de Chivry. ¿Hay acaso peor moneda que la real?

— Por vida mia, añadió otro caballero, que el rey Juan se llevará un chasco solemne. Pronto va á espirar la tregua con los ingleses, y si vuelve á comenzar la guerra, no verá el rey uno de mis hombres ni uno de mis escudos.

— ¡Qué fastidiosa es vuestra conversacion, caballeros! dijo Glorianda ahogando un bostezo. Hablemos de la corte de amor que va á celebrar muy pronto en Clermont sus sesiones amorosas. Haré venir para esa galante solemnidad las mas hábiles floristas de Paris y espero un lombardo que debe traerme magníficas telas orientales.

— ¿Y con qué se pagarán todas esas galas? dijo el conde de Chivry. Si; ¿con que daremos brillantes torneos y suntuosas cortes de amor si por un lado el rey nos arruina y el *Buen Juan* no se resigna por otro á trabajar?

— Me estrañan, padre, en vuestra boca esas palabras, dijo la hermosa Glorianda. El Buen Juan es tímido como un cordero y tiembla al oir el chasquido del látigo de uno de nuestros monteros. ¿Quereis ver la terrible imágen del terrible Buen Juan? Mirad á ese pobre hombre.

E indicaba con el ademan á Mazurec que al segundo llamamiento del heraldo de armas entraba en el palenque acompañado de sus dos padrinos Mahiet el Abogado y Adan el Diablo. Mazurec vestia una blusa de lienzo como sus calzones, llevaba un gorro de lana, empuñaba un grueso palo de cuatro piés de longitud (segun la ordenanza) elegido y cortado recientemente por el abogado en una arboleda inmediata, y era de madera de serval silvestre que es muy pesado y dificilmente se rompe. *El demandado y el demandante* en aquel duelo judicial debian dar la vuelta al palenque antes del com-

bate, y el siervo cumplió con esta formalidad acompañado de los dos padrinos.

— Muchacho, decía el abogado á Mazurec, no olvides mis consejos y tienes probabilidad de acabar con el ladron aunque esté á caballo y armado de todas sus armas.

— Prefiero morir, respondió el siervo con abatimiento mientras andaba entre sus padrinos cabizbajo y con la mirada fija. He perdido tal vez á Avelina... ¿qué me importa ya la vida? añadió sollozando.

— ¡Vive Dios! exclamó Mahiet alarmado con el abatimiento de su cliente ¿qué se ha hecho de tu valor? Esta mañana, mas que corde-ro, parecias lobo.

— Prefiero morir, repitió el siervo.

Mazurec habia recorrido la mitad del palenque acompañado de los dos padrinos, los cuales cada vez mas aterrados con el desaliento del desgraciado, pasaban en aquel instante con él por debajo del anfiteatro donde se hallaba la nobleza del país y la hermosa Glorrianda. Adan el Diablo lanzó una mirada significativa al abogado, y tocando con el codo á Mazurec, le dijo en voz baja:

— Mira á la novia de nuestro señor. ¡Qué hermosa es! ¡Soberbio casamiento! ¡Qué felices van á ser los dos amantes!

El vasallo se estremeció convulsivamente al oír estas palabras que cayeron como plomo derretido sobre la llaga sangrienta de su corazón.

— Mira á esa hermosa señorita, prosiguió Adan el Diablo. ¡Qué gozosa está con sus ricas galas! De seguro que se está riendo de tí, Mazurec.

El siervo salió de su abatimiento, y sintiendo renacer la rabia en su corazón, alzó bruscamente la cabeza, y contempló durante un momento con ojos ardientes y enrojecidos por las lágrimas la novia de su señor, aquella señorita resplandeciente de lujo y hermosura, radiante de felicidad y rodeada de caballeros que se agrupaban en torno suyo mendigando sus sonrisas.

— Tu novia está delirando y moribunda, dijo en voz baja al oído de Mazurec la voz sarcástica de Adan el Diablo. Para vengarte á tí y á Avelina ¿no harás un esfuerzo para matar á ese noble que te robó y que ha sido la única causa de tu desgracia?

— ¡El palo! gritó el siervo ébrio de furor en el momento que uno de los sargentos de armas se acercaba á decirle que no podia detenerse en la liza mirando las damas y que se dirigiera á una de las

tiendas para prestar antes del combate los juramentos de costumbre.

Mazurec siguió poseído de odio y furor los pasos del sargento, y Mahiet dijo á Adan el Diablo andando mas lentamente:

—Habeis padecido sin duda mucho... Os escuchaba hace poco. Sentís un odio terrible...

—Hace tres años, respondió el siervo con acento sombrío, maté á mi mujer con el hacha.

—En Bourcy... cerca de Senlis.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Pasaba por aquella aldea el dia del asesinato... Preferisteis ver vuestra esposa muerta que deshonrada por vuestro señor.

—Si.

—¿Y como habeis llegado á ser siervo de este señorío?

—Muerta mi mujer, estuve oculto durante un mes en el bosque de Senlis donde me alimenté con raices, y despues vine á este país. Guillermo me dió asilo, y me ofrecí al mayordomo del señorío de Nointel como leñador. Al cabo de un año me contaron entre los vasallos del dominio donde he permanecido por amistad á Guillermo.

Mazurec llegó durante la conversacion de los padrinos cerca de la tienda donde habia de prestar los juramentos de costumbre asi como el caballero de Chaumontel. Un heraldo de armas dijo al siervo y al caballero enseñándoles un crucifijo:

—Demandante y demandado, no cerreis los ojos al peligro á que espondeis vuestras almas combatiendo por una mala causa: si uno de vosotros quiere retractarse y ponerse á merced de su señor y del rey puede hacerlo aun, pero pronto no será ya tiempo. Uno y otro vais á veros ante la puerta del otro mundo donde encontrareis un Dios que no se compadece del perjuro. Demandante y demandado, pensadlo bien. Todos los hombres son iguales ante la justicia de Dios porque en el reino eterno no existen categorias ni nadie entra armado. ¿Quereis retractaros?

—Sostendré hasta la muerte que este caballero me ha robado y que es causa de mis desgracias, respondió Mazurec con concentrada rabia.

—Y yo juro que este vasallo miente como quien es y me ultraja al difamarme, gritó el capitan Chaumontel, y probaré bien pronto su impostura con auxilio del cielo.

— ¡ Blasfemo! añadió Mahiet; lo probarás con el auxilio de tu buen caballo, de tu armadura, de tu lanza y de tu espada. ¿ Y tienes osadía, cobarde, para combatir á caballo, con casco, coraza, espada y lanza contra un pobre hombre á pié y armado con un palo? Eres cobarde; ergo eres ladron, ergo has robado el dinero á mi cliente.

— ¡ Atreverse á hablarme así! gritó el caballero de Chaumontel. ¡ Miserable aventurero!

— ¡ Me injurias! exclamó Mahiet el Abogado con júbilo. Don ladron, si no eres la mas cobarde de las liebres de dos piés, vas á seguirme detras de esta tienda, y de lo contrario, te cruzo tu innoble cara de malandrin con la vaina de mi espada.

Gerardo de Chaumontel, pálido de ira, iba tal vez á aceptar el reto de Mahiet, cuando uno de los padrinos del caballero le dijo:

— Este bandido quiere salvar á su cliente provocándote al combate; no caigas en el lazo.

Gerardo de Chaumontel siguió este prudente consejo y respondió á Mahiet con acento desdeñoso:

— Cuando haya convencido á este villano de su impostura, veré si mereces que acepte tu desafio.

— ¿ Te empeñas pues en probar la vaina de mi espada? dijo el abogado. Vive Dios que no te privaré de ese gusto, y que si tu rostro no se ruboriza de vergüenza, se pondrá colorado con mis golpes.

— Ni una palabra mas ó te mando espulsar del palenque, dijo el heraldo de armas á Mahiet. Un padrino no tiene derecho para insultar al adversario de su cliente.

Mahiet conoció que se veria obligado á ceder á la fuerza y calló lanzando una mirada de dolor á Mazurec.

El heraldo dijo entónces:

— Demandante y demandado, ¿ persistís en sostener vuestra causa como buena? ¿ Lo jurais por la imágen del salvador de los hombres?

— Juro mi buena causa, dijo Chaumontel.

— Juro mi buena causa, dijo á su vez Mazurec, pero combatamos pronto... pronto!

— ¿ Jurais, añadió el heraldo, que no llevais uno ni otro, piedras, yerba ni otro encanto mágico, pacto ó invocacion del enemigo de los hombres?

— Lo juro, respondió el caballero.

— Lo juro, dijo Mazurec con impaciencia.

— Ahora, gritó el heraldo de armas, la liza está abierta demandante y demandado... cumplid con vuestro deber.

El caballero de Chaumontel cogió su larga lanza, montó en su corcel, que uno de sus padrinos tenia de las riendas, y Mabiet, pálido y conmovido, dijo á Mazurec entregándole el palo:

— ¡Valor! Sigue mis consejos, y espero que matarás á ese cobarde. Una palabra mas sobre tu madre. ¿Te dijo alguna vez como se llamaba tu padre?

— Nunca... ya os lo he dicho esta mañana en la cárcel; mi madre evitaba siempre el hablarme de mi padre.

— Se llamaba Gervasia... dijo Mabiet con ademan pensativo. ¿De qué color eran sus cabellos y sus ojos?

— Sus cabellos rubios y sus ojos negros.

— ¿No tenia alguna señal notable?

— Le vi siempre una cicatriz encima de la ceja derecha.

Resonaron de pronto los clarines que anunciaban el duelo judicial. Mabiet no pudo contener las lágrimas, estrechó en sus brazos á Mazurec y le dijo:

— No puedo en este instante darte á conocer la causa del doble interés que me inspiras... Mis sospechas y mis esperanzas me engañan tal vez, pero valor...

— ¡Valor! Repitió Adan el Diablo en voz baja. Para escitar tu corage piensa en tu mujer. ¡Mata al ladron!

Mazurec lanzó un abullido de rabia y se precipitó en la liza en el momento que el mariscal del torneo, respondiendole á un ademan de Nointel, daba el señal del combate al demandante y al demandado gritando tres veces:

— ¡*Dejadles ir!*

La noble concurrencia del anfiteatro se reia de la pobre facha del Buen Juan, pero en la multitud plebeya todos los corazones latian con angustia en aquel instante decisivo. El caballero de Chaumontel, hombre robusto, armado de todas armas, montado en un brioso caballo cubierto de hierro, y lanza en ristre, esperaba en medio del palenque cuando salió Mazurec con los piés descalzos, vestido con una blusa y empuñando el palo. El caballero que, despreciando á semejante adversario, se habia desdeñado de bajarse la visera espolé el caballo al ver al siervo bajando su lanza con hierro acerado, pues no era arma cortés, y acometió á su enemigo seguro de traspasarle al primer golpe y de pisotearle despues con su caballo. Pero



— Ahora, gritó el heraldante y demandante.

El conde Nointel cogió su hacha y se adelantó al campo. Los padrinos tenia de las dos partes y con el ruido de las espadas se entregó a la batalla. — ¡Sigue mis consejos, y espera un momento. Una palabra mas sobre tu madre. ¿La que yo llamaba tu padre?

— Nunca... ya os lo he dicho esta mañana en la plaza. Evitaba siempre el hablarme de mi padre.

— Se llamaba Gervasia... dijo Mazurec con admiración. ¿Qué color eran sus cabellos y sus ojos?

— Sus cabellos rubios y sus ojos negros.

— ¿No tenia alguna señal notable?

— Le vi siempre una cicatriz encima de la nariz.

Resonaron de pronto los clarines que anunciaban el combate. Mabiet no pudo contener las lágrimas, estrechó a Mazurec y le dijo:

— No puedo en este instante darte á conocer el verdadero interés que me inspiras... Mis sospechas y mis esperanzas se confirman tal vez, pero valor...

— ¡Valor! Repitió Adán el Diablo en voz baja. Para el momento piensa en tu mujer. ¡Mata al ladrón!

Mazurec lanzó un ahullido de rabia y se precipitó al campo. En el momento que el mariscal del torneo, respondiendo á las señas de Nointel, daba el señal del combate al demandante, gritando tres veces:

— ¡Dejadles ir!

La noble concurrencia del anfiteatro se levantó en un momento. Buen Juan, pero en la multitud plebeya tal vez se encontraba con angustia en aquel instante decisivo. El caballero demandante era robusto, armado de todas armas, escudo cubierto de hierro, y lanza en ristre. Cuando salió Mazurec con los padrinos, llevaba una lanza y empuñando el palo. El caballero demandante, semejante adversario, se habia desarmado. Al ver esto, Mabiet leó el caballo al ver al siervo bajando se lanzó al campo. Mazurec era arma cortés, y acometió al demandante para pasarle al primer golpe y de pisotearle despues con su caballo. Pero



El duelo judicial.

Mazurec , acordándose de los consejos de Mabiet, evitó la lanzada arrojándose bruscamente boca abajo, é incorporándose en el momento en que el caballo iba á pisotearle, descargó con ambas manos tan violento golpe en las piernas delanteras del corcel, que el animal flaqueó, dió un paso en falso y sacó medio cuerpo de la silla al caballero.

— ¡Felonia! gritó un heraldo ; está prohibido el herir á los caballos.

— ¡Soberbio golpe ! gritó la plebe palmoteando á pesar de la severidad de las ordenanzas reales que exigian á los espectadores de un torneo el mas profundo silencio.

— ¡Bravo, Mazurec ! gritaron tambien Mabiet y Adan el Diablo ; ¡valor ! ¡Mátale !

Al ver al caballero fuera de la silla, arroja el palo, coge con una mano un puñado de arena, se lanza de un salto á la grupa de Gerardo de Chaumontel mientras este trata de recobrar el equilibrio, y asiéndose con una mano por el cuello del caballero, le inclina hacia atrás y con la otra mano le frota los ojos con la arena que acaba de coger. El caballero se queda casi ciego, lanza un grito de dolor y abandona la lanza y las riendas del caballo para llevarse las manos á los ojos. Mazurec le enlaza entonces con ambos brazos, llega á sacarlo de la silla y los dos caen del caballo rodando por la arena.

La multitud, creyendo al siervo vencedor del caballero, palmo-tea y grita con alegría :

— ¡Victoria !

Gerardo de Chaumontel, aunque cegado por la arena y aturdido por la caída, redobla sus fuerzas impelido por la rabia de verse desmontado por un villano y recobra facilmente la ventaja, porque la lucha es desigual entre un hombre cubierto de hierro y el siervo indefenso. En vano trata de clavar estas uñas en la armadura de su adversario, el cual logra poner al vasallo debajo de sus rodillas y le descarga golpes en la cabeza con su guantelete de hierro como con un martillo.

Mazurec, con el rostro ensangrentado, pronuncia por última vez el nombre de Avelina y queda sin movimiento.

Gerardo de Chaumontel, cuya vista se despeja poco á poco, no contento con haber despedazado el rostro del siervo, saca el puñal para matar á su víctima, pero despues de un momento de reflexion y por un refinamiento de crueldad, vuelve á colocarse la daga en el

cinto, se pone en pié y dice apoyando su pié de hierro en el pecho anheloso de Mazurec:

— Que este vil impostor sea atado en un saco y arrojado al rio como merece; es la ley del duelo.

Y Gerardo de Chaumontel fué á reunirse con sus padrinos frotándose los ojos, en tanto que los sargentos de armas levantaban el cuerpo del vasallo para llevarlo al puente de un rio inmediato al anfiteatro. El cura de Nointel siguió al reo para administrarle los últimos sacramentos cuando hubiera recobrado el conocimiento y antes que fuera puesto en el saco y arrojado en el rio segun la ordenanza. La multitud, llena de estupor y de espanto con el desenlace del duelo judicial, empezaba á salir de su silencio, y á pesar de sus hábitos de respeto hacia los señores, murmuraba con creciente indignacion. Se alzaron varias voces diciendo que habiendo el vasallo desmontado al caballero, este debia declararse como vencido y que era injusto el suplicio, pero un acontecimiento imprevisto sorprendió y cautivó la atencion popular interrumpiendo las quejas y las acriminaciones. Apareció á lo lejos en el prado una numerosa partida de hombres de armas cubiertos de polvo y se acercó rapidamente á las barreras, mandada por un guerrero que llevaba una bandera blanca con flores de lis. Mazurec quedó completamente olvidado, y el señor de Nointel, que participaba del asombro general al ver la tropa armada que llegaba ya á las barreras, montó á caballo y dirigiéndose á uno de los recién venidos, heraldo de armas con la dalmática bordada de flores de lis, le dijo:

— ¿Cuál es el objeto de vuestra venida, señor heraldo?

— Traigo una órden del rey nuestro señor. Estoy encargado por él de un mensaje para todos los señores y hombres nobles del Beauvoisi, y sabiendo que un gran número de ellos estaban aqui reunidos, he venido para notificarlo.

— Entra en el palenque y lee en voz alta tu mensaje, respondió Conrado de Nointel al heraldo que, sacando un pergamino de un saco ricamente bordado, se puso en actitud de leer.

— Este mensaje extraordinario me huele muy mal, dijo á su hija Glorianda el señor de Chivry; el rey Juan nos va á pedir otra vez hombres para su maldita guerra contra los ingleses, á no ser que se trate de algun nuevo edicto sobre las monedas.

— ¡Ah! si como tantos otros señores hubierais querido ir, padre, á la corte de Paris, habriais participado de las prodigalidades

del rey Juan que tan generoso es, según cuentan, con sus cortesanos. Por otra parte, dicen que es muy divertido vivir en la corte, donde son continuas las fiestas reales, los bailes y los juegos y donde brilla la más fina galantería.

— Los cortesanos me inspiran desprecio.

— Sabed, pues, que quiero exigir á Conrado que me lleve á París después de nuestro casamiento.

— Calla; eres una loquilla, dijo el anciano conde encogiéndose de hombros. Y después añadió ahuecando la mano y acercándola al oído para oír mejor al heraldo real: ¿Qué antifona va á cantarnos ese hombre?

«Juan, por la gracia de Dios, rey de los franceses, decía el heraldo leyendo el pergamino, á sus queridos, amados y fieles señores del Beauvoisi, salud.»

— ¡Qué cumplimientos tan inútiles! dijo el señor de Chivry; eso es poner miel en la píldora para hacérsela tragar.

— Por Dios, padre, déjame oír al mensajero real, dijo Glorianda con impaciencia. Hay en el lenguaje real como un perfume que me encanta.

— El heraldo prosiguió así:

«El enemigo mortal de los franceses, el príncipe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, ha roto pérfidamente la tregua que no debía espirar hasta pasado algún tiempo.»

— Ya apareció aquello, dijo el conde de Chivry pateando con cólera. ¿Qué te decía, hija? ¿Qué os decía, caballeros? Nos va á pedir hombres y dinero.

El heraldo continuaba en tanto su lectura de esta suerte:

«Los ingleses, después de pasar á sangre y fuego nuestro reino, se adelantan hácia París, y con objeto de contener una invasión y en este caso de gran peligro público, imponemos á nuestros pueblos y á nuestra querida nobleza doble impuesto este año. Mandamos y ordenamos además á todos nuestros queridos, amados y fieles señores del Beauvoisi que tomen las armas, organicen sus hombres y vengán en el término de ocho días á reunirse con Nos en Bourges, desde donde marcharemos contra los ingleses á los cuales venceremos con el auxilio de Dios y de nuestra esforzada nobleza.»

«Tal es nuestra voluntad. — JUAN.»

Este llamamiento del rey de los franceses á su esforzada y queri-

da nobleza del Beauvoisi fué acogida por la noble concurrencia con sombrío estupor que se trocó muy pronto en murmullo de ira y rebelion.

— ¡Váyase al diablo el rey Juan! exclamó el conde de Chivry. ¿No nos ha impuesto ya subsidios para mantener gendarmes? Que los envíe á guerrear.

— ¡Bravo! dijo otro señor, no ha armado un solo hombre, y todo nuestro dinero se ha gastado en bailes y festines. La corte de Paris es un sumidero.

— ¡Cómo! replicó otro ¿nos esforzaremos en hacer sudar al *Buen Juan* todo lo que puede dar y lo mejor de nuestras rentas irá á hundirse en las arcas del rey? ¡No por Dios!

— ¡Qué se defienda el rey! Si sus dominios estan mas espuestos que los nuestros, que los proteja.

— Apenas bastamos con nuestros hombres para custodiar nuestros castillos de las partidas de aventureros, de navarros y asalariados que devastan el pais, y ¿abandonaríamos nuestras moradas para marchar contra los ingleses? Pues haríamos un buen negocio.

— Y en nuestra ausencia, el *Buen Juan* que nos amenaza con la rebelion, haria de las suyas.

— ¡Por la muerte del Salvador! exclamó un caballero jóven, no podemos sin embargo, con baldon de la caballeria, permanecer cobardemente encerrados en nuestros castillos mientras se combate en las fronteras.

— ¿Quién os detiene, jóven batallador? dijo el conde de Chivry. ¿Teneis deseos de guerrear? Pues bien, partid pronto... Cada cual dispone de su persona, de sus bienes y de sus hombres.

— Por lo que hace á mi, dijo la hermosa Glorianda con altiva indignacion, no concedo mi mano á Conrado de Nointel si no parte á la guerra y vuelve coronado con los laureles de la victoria, trayendo á mis piés diez ingleses encadenados. ¡Baldon y cobardia! ¡Quedarse en su casa un caballero cuando el rey le llama á las armas!

A pesar de las heróicas palabras de Glorianda y de algunas raras protestas contra la egoista é ignominiosa cobardia del mayor número de aquellos señores, un murmullo general de aprobacion acogió las palabras del anciano señor de Chivry que, animado con aquel asentimiento casi unánime, se levantó de su escaño y respondió al heraldo con voz sonora:

— Caballero, oye lo que respondo en nombre de la nobleza del Beauvoisi. Tenemos tanto qué hacer en nuestros dominios que nos seria muy perjudicial ir á guerrear lejos del pais; sin embargo, se discutirá lo que nos pide el rey cuando los diputados de la nobleza y del clero se reunan en asamblea en los estados generales.

Una súbita esplosion de voces y murmullos salida de la multitud, respondió á las palabras del señor de Chivry, y Adan el Diablo, dejando por algunos instantes á Mahiet el Abogado cerca de Mazurec que habia vuelto en si y esperaba la hora del suplicio, corrió á mezclarse en diferentes grupos de siervos diciéndoles:

— ¿Oís á esos señores? ¿Para qué sirven? ¿Para batirse en los torneos con lanzas sin hierros y espadas sin filo?

— Es verdad, respondieron varias voces con enojo.

— ¡Pobre Mazurec el Cordero! Daba lástima ver su rostro ensangrentado.

— Y ahora van á ponerle en un saco y á arrojarle en el rio.

— Cuando, por la cobardia de los nobles, llegue el ingles hasta este pais, añadió Adan el Diablo, seremos entre nuestros señores y los ingleses lo que el hierro entre el yunque y el martillo. Perseguidos y amenazados por unos y saqueados por otros, nuestra suerte será bien digna de lástima.

— Asi sucede cuando las partidas de aventureros caen sobre nuestras aldeas. Huimos á los bosques y ¿qué encontramos cuando volvemos? Las casas en escombros ó en cenizas.

— ¡Qué desventurada es nuestra suerte!

— No nos queda mas consuelo que Dios.

— Si además de todos nuestros males, hemos de ser saqueados por los ingleses, vamos á perecer todos.

— Si, y pereceremos por la cobardia de nuestros señores, dijo Adan el Diablo, porque atrincherados en sus castillos con víveres en abundancia, dejarán que nos saqueen y deguellen los ingleses.

— Y cuando todo haya sido saqueado, continuó otro siervo con desesperacion, nuestro señor nos dirá como cuando pasó últimamente como un huracan una partida de aventureros: «Paga el tributo, *Buen Juan*. — Pero advertid, señor, que nos lo han robado todo y que solo nos quedan ojos para llorar. — ¿Te revelas, *Buen Juan*? ¡Palo, pues... tormento!» Esto no puede durar así... no!

Los murmullos de la plebe rústica , sordos en un principio , estallaron en gritos é imprecaciones tan amenazadoras y directas contra la nobleza , que los señores , asombrados durante un momento con la audacia de las recriminaciones del Buen Juan , echaron mano á la espada, y bajaron precipitadamente la graderia del anfiteatro en medio de los gritos de terror de las damas para castigar á los villanos poniéndose á la cabeza de los sargentos del torneo , de sus hombres de armas y de los del heraldo real que , segun costumbre , se puso al lado de los señores contra los vasallos.

— Amigos, gritó Adan el Diablo recorriendo los grupos de siervos para animar su valor , si los señores son ciento nosotros somos mil. ¿ No ha desmontado hace poco Mazurec á un caballero ? Probemos á esos nobles que no les tememos. Recurramos á las piedras y los palos y libertemos á Mazurec.

— Si , si ; ¡ piedras y palos ! ¡ libertemos á Mazurec ! repitieron los mas atrevidos de la multitud.

Una parte de las barreras de la liza se habia roto ya bajo la presion de la furiosa multitud, y un gran número de vasallos, armándose con los restos de madera, repetian las imprecaciones y las amenazas contra los señores , cuando Mahiet el abogado , atraido por el tumulto se lanzó entre la multitud , y viendo á Adan el Diablo que blandia como una maza uno de los palos de la barrera , corrió al encuentro del siervo y gritó :

— ¡ Detente... esos desgraciados van á sucumbir , y vas á perderlo todo... No te precipites... aun no ha llegado el momento.

— Siempre es ocasion buena para vengarnos , respondió Adan el Diablo rechinando los dientes. ¡ Libertemos á Mazurec !

— Le pierdes , gritó Mahiet desesperado , le pierdes cuando esperabas salvarle.

Y dirigiéndose á los siervos que le rodeaban continuó :

— Os suplico que no ataqueis á los señores... estais en campo raso y sereis pasados á cuchillo.

La voz de Mahiet se perdió en medio del tumulto , y sus esfuerzos se estrellaron ante la exasperacion de la multitud.

Se vió entonces separado de Adan el Diablo por un reflujo de la turba y no tardaron en realizarse los temores del abogado. La nobleza se tranquilizó despues de permanecer un momento sorprendida y aterrada con la agresion del *Buen Juan* , agresion hasta entonces inaudita , y unos cincuenta hombres de armas , sargentos y ca-

balleros capitaneados por el señor de Nointel avanzó en buen orden y cargó con la espada, la lanza y la maza de armas á los vasallos rebeldes. Las mujeres y los niños mezclados con la muchedumbre fueron derribados y pisoteados por los caballos lanzando gritos desgarradores; los villanos, sin orden, sin gefes y aterrados ya de su propia audacia, cuyas consecuencias temian, emprendieron la fuga en todas direcciones al través de la pradera, y algunos de ellos, los mas valientes y encarnizados, se dejaron pasar á cuchillo por los caballeros ó cayeron presos por no permitirles huir sus heridas.

Adan el Diablo, derribado de un mandoble en la cabeza en lo mas fuerte de la pelea, trataba de levantarse, cuando sintió que una mano de hierro le cogia por el cuello del sayo, le alzaba y le arrastraba lejos de aquel campo de carniceria á pesar de su resistencia. El siervo reconoció á Mahiet que le dijo obligandole á que le siguiese:

— Ven, serás un hombre precioso cuando llegue el dia... pero hacer te matar hoy fuera una locura.

— ¡Mazurec está perdido! exclamó el siervo con desesperacion luchando con el abogado. Pero este sin responder á Adan el Diablo muy debilitado por la sangre que brotaba de su herida, le obligó á ocultarse á su lado debajo de un monton de ramas procedentes de los árboles cortados para construir el recinto del palenque.

Se oculta el sol y llega la noche. Las nobles damas, aterradas con el tumulto popular, han abandonado el anfiteatro del torneo, y montando en sus hacaneas ó á la grupa de sus caballeros, se han dirigido á sus castillos. Corre el rio Orville á dos tiros de saeta del palenque donde han quedado los cadáveres de un considerable número de siervos muertos en su loca tentativa de rebelion, y sus orillas son por un lado escarpadas, por el otro están cubiertas por espesos cañizares. Lo cruza un puente de madera, y á la derecha del puente se alzan algunos sauces que acaban de ser cortados, á escepcion de algunas ramas torcidas bastante fuertes para servir de horcas. Ven-se en ella colgados cuatro de los vasallos cogidos presos en la rebelion, y sus cadáveres se dibujan como sombras sobre el sereno cielo crepuscular.

Se aproxima rápidamente la noche. El señor de Nointel, que está en pié en medio del puente y rodeado de sus amigos, entre los

cuales se distingue el capitán Gerardo de Chaumontel, hace una seña y el último de los rebeldes prisioneros es ahorcado en los sauces de la orilla á pesar de sus súplicas y lamentos. Un hombre trae entonces al puente un gran saco de rústico lienzo semejante á los que emplean los molineros y provisto de una récia cuerda destinada á cerrarlo estrechamente. Conducen sólidamente atado á Mazurec que habia estado hasta entonces sentado en un extremo del puente junto á un sacerdote, el cual, despues de haber ayudado á morir como cristianos á los siervos que acababan de justiciar, se reúne con el paciente que van á arrojar al agua. Mazurec está desconocido; su rostro magullado y cubierto de sangre coagulada está repugnante y horrible; le falta un ojo, y su nariz ha sido aplastada bajo los golpes furiosos que despues de la derrota le descargó Gerardo de Chaumontel con el guantelete de hierro. El verdugo abre el orificio del saco en tanto que el baile del señorío se acerca á Mazurec y le dice:

— Vasallo, tu felonía es notoria. Te atreviste á acusar de robo al señor de Chaumontel; fuiste llamado á duelo judicial, donde tu derrota demostró tu mentira y la falsedad de la difamación, y vas á ser ahogado segun dispone la ordenanza real.

Mazurec se acerca á pasos lentos, y en el momento en que le van á coger para ponerle en el saco, alza la cabeza dirigiéndose al señor de Nointel y á Gerardo y les dice:

— Se cuenta en el país que los que van á perecer son adivinos, y yo te vaticino, Gerardo de Chaumontel, tú que me has robado y vas á hacerme ahogar, que morirás ahogado, y te vaticino á tí, señor de Nointel, que tu mujer será violada y deshonorado tu nombre.

Apenas pronunciaba Mazurec estas palabras cuando el verdugo se dispuso á poner al reo dentro del saco. Conrado palideció, se estremeció al oír el siniestro vaticinio de su vasallo y no pudo pronunciar una palabra, pero Gerardo de Chaumontel lanzó una carcajada designándole con la mano los cinco ahorcados que mecía el viento de la tarde y que se distinguían aun vagamente como espectros al través de los pálidos fulgores del crepúsculo.

— Mira, le dijo, los cadáveres de esos villanos que se atrevieron á rebelarse contra sus señores, mira el agua que corre bajo este puente y que va á tragarte, y advierte que si el *Buen Juan* se atreve otra vez á rebelarse, no nos faltarán lanzas para traspasarlo, árboles para ahorcarle, ni ríos para ahogarle.

El verdugo puso en el saco á Mazurec durante estas últimas palabras del caballero, y en el momento en que iban á arrojarle en el rio, la voz sepulcral del vasallo gritó por postrera vez desde el fondo de su sudario:

— Gerardo de Chaumontel, serás ahogado... Señor de Nointel, tu mujer será violada...

Una carcajada de desprecio del caballero respondió al vaticinio del siervo, y un instante despues se oyó en medio del silencio de la noche el ruido sordo producido por el cuerpo de Mazurec al caer en la profunda y rápida corriente del rio.

— Ven, ven, dijo el señor de Nointel é Gerardo con voz conmovida, volvamos al castillo porque este sitio me aterra. La profecia de ese miserable villano me hace estremecer á pesar mio...

— ¡Qué debilidad, Conrado! ¿Estás loco?

— Todo es hoy para mi de siniestro augurio.

— ¿Qué quieres decir? replicó Gerardo siguiendo á su amigo que se alejaba precipitadamente. ¿Porqué hablas de siniestro augurio?

— Esta tarde me ha dicho Glorianda antes de volver á Chivry:

— «Conrado, mañana nos daremos promesa de casamiento en la capilla del castillo de mi padre, y quiero que por la noche partais á guerrear con el rey, pero no seré vuestra esposa si al regreso de la batalla no traeis á mis piés como prenda de vuestro valor diez ingleses encadenados que hayais hecho prisioneros.»

— ¡Qué locura de mujer! dijo Gerardo. Las novelas de caballeria la han trastornado la cabeza.

— «Quiero, añadió Glorianda que mi esposo sea ilustre por sus proezas. Asi pues, Conrado, mañana juraré sobre el altar acabar mis dias en un monasterio si sucumbís en la batalla ó faltais á la promesa que os exijo.»

— Esa mujer está loca con sus diez ingleses encadenados. Puesto que en la guerra solo se encuentran mandobles, y tu esposa se espone á volver á verte tuerto, cojo ó manco, soy de parecer...

— Es preciso que ceda al capricho de Glorianda, dijo el señor de Nointel interrumpiéndole, porque tiene un genio muy tenaz, y por otra parte la amo en extremo, sus bienes son considerables, he disipado una parte de los míos en la corte del rey Juan, y no puedo por consiguiente renunciar á este casamiento: cueste lo que cueste, iré al ejército del rey con mis hombres de guerra.

— No me opondré, pero no hagas alardes necios de valor.

— Esa es mi intencion: tengo sobrado apego á la vida para casarme con Glorianda... con tal que durante mi ausencia el vaticinio de ese miserable vasallo....

Gerardo de Chaumontel prorumpió en una carcajada interrumpiendo á su amigo y le dijo:

— ¿Crees que el *Buen Juan* hará un ultraje á tu esposa mientras te halles ausente?

— Te ries, y sin embargo no hace mucho que esos villanos se han atrevido de un modo inaudito á injuriarnos, amenazarnos y arrojarse sobre nosotros como fieras.

— ¿Hablas formalmente? ¿No has visto cual huian delante de nuestros caballos como una nidada de conejos? Los suplicios de esta tarde completarán la leccion, y el *Buen Juan* será buen Juan como siempre. Aleja ese ceño, y escucha... aunque he sido capitan de una banda numerosa y valiente, prefiero cien veces la caza, los torneos, el vino, el juego y el amor á las vanas y peligrosas proezas de la guerra, pero te acompañaré al ejército para traerte luego al lado de tu hermosa Glorianda. En cuanto á los ingleses prisioneros que debes conducir encadenados á sus pies, como prenda de tu valor, recogeremos á algunas leguas del castillo los primeros villanos que encontrémos, los ataremos prohibiéndoles que pronuncien una sola palabra bajo pena de ser ahorcados, y representarán el papel de ingleses cautivos. ¿No te parece graciosa la idea? Conrado, ¿en qué piensas?

— Tal vez he cometido un error en insultar á la mujer de ese vasallo, respondió el señor de Nointel con aire sombrío y pensativo, pero me exasperó la resistencia del malvado que te acusaba de robo.

Y el señor de Nointel calló durante algunos momentos y continuó despues de mirar á su amigo:

— Dime la verdad. ¿Has robado á ese villano?

— Conrado... tal sospecha...

— No te hago esta pregunta en interés de ese miserable, sino en interés mio.

— No te entiendo.

— Si ese vasallo ha muerto injustamente... su profecia seria tal vez mas amenazadora.

— ¡Vive Dios! Veo, Conrado, que has perdido el juicio. ¿Me ves triste porque el *Buen Juan* me ha vaticinado una muerte igual á la suya? Antes quiero ahogar tu tristeza en una copa llena

de tu vino de Borgoña. ¡A caballo, Conrado, á caballo! La cena nos espera. ¡Vivan la alegría y el amor!

— Tal vez he hecho mal en insultar á la mujer de ese siervo, repetia para si el señor de Nointel. No sé porque acude á mi memoria en este instante una tradicion conservada por la raza primogénita de mi familia que hace muchos siglos habita la Auvernia. Esta tradicion cuenta que el odio de los siervos ha sido muchas veces fatal á los *Neroweg*.

— Conrado, ¿estás soñando? Hace una hora que tu escudero sostiene el estrivo, dijo Gerardo con acento jovial.

— El cielo me iluminó al decidirme á no usar de mi derecho con esa mujer, pero todos creen que la he violentado, y se vengarán los villanos, murmuraba el señor de Nointel al subir á caballo.

Y tomando el camino del castillo, partió acompañado de Gerardo de Chaumontel y seguido de sus hombres de armas.

La sala haja de la taberna de Alison está cerrada, una luz la ilumina, y la puerta y las ventanas están cerradas por dentro. *Avelina* está tendida en un banco con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza apoyada en las rodillas de Alison; pareceria que duerme si de vez en cuando no agitara su cuerpo un estremecimiento convulsivo; su rostro pálido lleva las huellas de las lágrimas que brotan aun de sus párpados hinchados. La tabernera contempla á aquella desventurada con espresion de compasion profunda. Guillermo Caillet, sentado en otro banco, con el codo en la rodilla y la frente en la mano, no aparta la mirada de su hija. Se acordó de Alison despues de la ceremonia del atrio de la iglesia, y contando con su bondad, condujo á *Avelina* á la taberna con ausilio de Adan el Diablo que volvió al momento al sitio del torneo á reunirse con *Mahiet* que posteriormente le arrancó de entre la infausta contienda.

— Ha recobrado por fin la razon, dijo la tabernera.

— ¡Ojalá no la hubiera recobrado! respondió Caillet. No recuerda nada de lo que le ha sucedido en el castillo, pero sabe que está deshonrada á los ojos del mundo para siempre.

Avelina se alzó de pronto aterrada y gritó en medio de un acceso de delirio:

— ¡Le arrojan... le veo... se ha ahogado! ¿Habeis oido el sordo estruendo que ha hecho al caer en el agua?

— Hija querida, dijo Alison vertiendo lágrimas, tranquilízate...

— Tiene razon, es la hora... dijo Guillermo Caillet con voz sorda: debian ahogar á Mazurec al anocheecer. ¡Paciencia! Tras un dia viene otro.

Alison, que sostiene á Avelina en sus brazos, oye que empujan la puerta y dice á Guillermo:

— ¿Quién puede venir á estas horas?

El aldeano se levanta, se acerca á la regilla y dice:

— ¿Quien vá?

— Soy yo, Mahiet el abogado, responde una voz.

— ¡Ah! murmura el padre de Avelina, viene del puente; todo está acabado...

Y abre á Mahiet.

El abogado entra rápidamente y va á hablar, pero al ver á la esposa de Mazurec casi sin fuerzas en los brazos de Alison, se contiene, se acerca al oido de Guillermo, y le dice:

— ¡Se ha salvado!

— ¡Salvado! esclama el siervo con estupor.

— ¡Silencio! dice Mahiet designando á Avelina con una mirada; tened cuidado, porque una noticia tan inesperada puede ser fatal.

— ¿Dónde está?

— Lo trae Adan... Apenas puede sostenerse... Me he adelantado algunos pasos. Llueve á torrentes. Hemos venido cruzando los campos y afortunadamente nadie nos ha visto.

— Voy á su encuentro, dice Guillermo con voz trémula. ¡Pobre Mazurec! ¡Pobre hija mia!

Y sale precipitadamente.

Mahiet se acerca á Avelina que ha cruzado los brazos sobre el cuello de Alison y solloza amargamente.

— Avelina, le dice el abogado, tranquilizaos...

— Ha muerto, murmura la sierva gimiendo y sin responder á Mahiet, ha muerto.

— No... no ha muerto, dice el abogado, hay esperanzas de salvarle.

— ¡Cielos! esclama Alison llorando de alegria y besando á Avelina con trasporte. ¿Oyes, hija mia? No ha muerto...

Avelina cruza las manos y quiere hablar, pero las palabras espiran en sus labios que tiemblan convulsivamente.

— He aqui lo que ha sucedido, continua el abogado. Pusieron á Mazurec en un saco, y le arrojaron al agua, pero afortunadamente,

se apresuró á añadir Mahiet en el momento en que Avelina arrojaba un grito ahogado, Adan el Diablo y yo nos habiamos ocultado en los cañizares á cien pasos del puente con intencion de atraer el saco á la orilla por medio de un remo.

— ¡ Y habreis llegado tarde ! balbuceó la sierva con angustia.

— No, no ; tranquilizaos porque conseguimos traer el saco á la orilla. Adan lo abrió con un cuchillo y sacamos del sudario á Mazurec que respiraba aun.

— ¡ Vive ! exclamó la sierva loca de alegria y en su primer impulso se precipitó hácia la puerta y cayó en los brazos de su padre que habia vuelto hacia algunos momentos y permanecia inmóvil en el umbral.

— Si, vive, dijo Guillermo Caillet á su hija estrechándola contra su pecho ; vive... ¡ mirale !

Al mismo tiempo apareció Mazurec pálido, sin fuerza, bañado en agua y sostenido por Adan el Diablo.

De pronto Avelina en vez de acercarse á su esposo, se para y retrocede con terror exclamando :

— ¡ No es él !

¡ No conocia ya á Mazurec ! Su ojo rebentado y cercado de contusiones azuladas, su nariz aplastada y su labio hundido é hinchado cambiaban de tal modo sus facciones en otro tiempo tan graciosas y agradables, que la incertidumbre de la sierva duró algunos instantes, pero vuelta en si de su dolorosa sorpresa, se arrojó en los brazos de Mazurec y besó sus heridas con cierto frenesí.

Ambos prorumpieron en amargo llanto y permanecieron abrazados con sombría y muda desesperacion.

— ¡ Venganza ! gritó Guillermo Caillet cuyo rostro estaba bañado en lágrimas mientras designaba con la mano á Mahiet á los infortunados esposos.

— ¡ Venganza ! repitió Adan el Diablo. ¡ Y aun nos dices que tengamos paciencia ! añadió dirigiéndose á Mahiet.

— Si ; porque es forzoso esperar.

— ¡ Esperar ! dijo Adan el Diablo. Estamos cansados de esperar

— El pueblo será libre.

— ¿ Cuando ?

— Cuando hable la voz de Paris.

— ¡ De Paris ! exclamaron los dos aldeanos con sorpresa y duda.

— Los parisienses estan cansados como vosotros de los ultrajes y

exacciones de los señores , y mas que cansados, avergonzados de la cobardia de la nobleza que huye ante los ingleses y deja el pais á merced de los invasores.

— ¿ Y quién dirige á los parisienses ? ¿ Tienen un gefe ? preguntó Guillermo con atencion.

— Si , respondió Mahiet con entusiasmo , el mas prudente, el mas animoso , el mejor de los hombres.

— ¿ Y su nombre ?

— ESTEBAN MARCEL , un mercader de paños , preboste de los regidores de Paris. Un gran número de habitantes de las ciudades municipales que estan bajo el poder del rey en el dia, siguen correspondencia con Marcel , pero conoce que la clase media y los artesanos de las ciudades cometerian una baja accion si no ofrecieran su auxilio y sus consejos á los siervos de las aldeas para mejorar su suerte.

— ¿ Y cuál es su plan ?

— Mas tarde lo sabreis, respondió Mahiet. Por consejo de Marcel vine á este pais donde, segun costumbre el torneo debia reunir un gran número de vasallos , y deseaba saber cual era el espíritu de sus habitantes. He visto con mis propios ojos el estado de los ánimos, os he conocido á vosotros , Guillermo y Adan , en quienes podemos fiar , y vuelvo á Paris con el corazon lleno de esperanza. ¡ Paciencia, pues , y confianza en el porvenir !

— Si ; que llegue pronto el momento de vengar á mi hija.

— Estoy pensando , dijo el abogado, en que Mazurec no puede permanecer ahora en el pais.

— Tambien pensaba en eso , dijo Guillermo. Esta noche volveremos á Cramosy con mi hija y su marido , y despues conduciré á Mazurec á una oculta caverna que hay en medio del bosque y que durante mucho tiempo ha servido de asilo á Adan. Todas las noches irá mi hija á llevarle de comer , porque la infeliz está tan desesperada que el separarla enteramente de su marido seria matarla. Vivirá pues alli oculto hasta el dia de la venganza, y cuando llegue ese dia cuenta contigo, con Adan y con otros muchos.

Se oyó entónces un relincho detras de la puerta.

— Es Febo , mi caballo , dijo Mahiet con alegre sorpresa ; le habia atado cerca del palenque , y habrá roto la cuerda para venir á esta casa donde sin embargo solo ha estado una vez. Briosó Febo , añadió el abogado dirigiéndose hacia la puerta, no es la primera prueba de inteligencia que me das.

Apenas habia abierto Mahiet la puerta cuando apareció la cabeza de Febo que lanzó otro relincho y lamió las manos de su amo.

— Valiente compañero de mis glorias y penas, otro pienso y partamos.

— ¡Cómo! ¿Partís esta noche, caballero? dijo Alison enjugándose las lágrimas que no habian cesado de brotar desde el regreso de Mazurec ¿partís á pesar de la noche y de la lluvia?

— El mensajero real ha traído noticias que apresuran mi vuelta á Paris, hermosa huésped, pero espero que no tardaremos en vernos otra vez en Nointel.

— Antes de partir, dijo Alison poniéndose la mano en el bolsillo, tomad estos tres florines de plata que os debo por haber ganado mi proceso.

— ¿Qué decís? ¿Lo he defendido acaso?

— Lo habeis ganado sin defenderlo.

— No os entiendo, hermosa huésped.

— Cuando vinisteis esta mañana á buscar el caballo para ir al torneo, Simon el Erizado salia de su casa en el momento que pasabais.— Vecino, le dije, no habia podido encontrar hasta ahora un campeón, pero ya tengo uno.— ¿Y quién es vuestro famoso campeón? preguntó Simon con tono burlon.— Miradle, es ese jóven que pasa montado en un caballo bayo.— Simon el Erizado corrió detras de vos, y despues de miraros con atencion de piés á cabeza, volvió muy mohino y me dijo: — Os doy tres florines, vecina, y estamos pagados.— No, vecino, devolvedme los doce florines, ó mañana tendreis que haberoslas con mi abogado.— Un cuarto de hora despues Simon el Erizado volvió tan manso como un cordero, y me entregó los doce florines. Aqui teneis tres, señor abogado.

— No he trabajado y por lo tanto solo os exijo un abrazo de amistad antes de montar á caballo.

— Con mucho gusto, señor abogado, respondió cordialmente Alison, los abrazos no se niegan á un amigo y estoy cierta de que me apreciáis.

Cuando Febo acabó el pienso y Mahiet se puso sobre la armadura una capa de viaje, volvió á la sala, se acercó á Mazurec y le dijo con emocion;

— ¡Animo y confianza! No sé porque me inspiras un interés que no le causan tan solo tus desgracias, pero pronto aclararé mis dudas y volveré. Adios, pobre Avelina, añadió dirigiéndose á la sierva, tu

deshonor puede borrarse facilmente descubriendo la verdad de lo que ha sucedido. Aun te reserva dias felices el cielo. Adios, amigos mios, continuó volviéndose hacia Guillermo Caillet y Adan el Diablo cuyas callosas manos estrechó afectuosamente; no olvideis vuestras promesas pues yo no olvidaré las mias.

— Venga el dia en que pueda vengar á mis hijos, respondió Guillermo Caillet, y moriré tranquilo.

Mahiet el abogado recibió el abrazo que le prometiera Alison, montó en su caballo y partió á Paris á pesar de la lluvia y de las nieblas.

CAPÍTULO II

Los estados generales.— Paris, en en el siglo XIV.—Guillermo Caillet y Rufino, estudiante de la Universidad de Paris.—El entierro de Perrin Macé y de Juan Baillet.—ESTEBAN MARCEL, preboste de los comerciantes de Paris, su esposa y su madre.—Petronila Maillart.—Carlos el Malo, rey de Navarra.—Regreso de Mahiet el abogado.—Esteban Marcel arenga al pueblo en el convento de Franciscanos.—El regente y sus cortesanos.—El señor de Nointel y Gerardo de Chaumontel.—¡ A las armas!

Las reuniones que se convocaban todos los años con el nombre de *campos de mayo* durante las dinastías merovingias y carlovingias, y en las cuales discutian sobre los negocios del estado la nobleza y el clero, se convirtieron con el tiempo en *cortes* ó *parlamentos* en que tomaron parte en el siglo XIII los legistas que eran de origen plebeyo. El trono se vió muy pronto cercado de tres clases de enemigos, es decir, los nobles, los obispos y las ciudades municipales, y en vano decretó impuestos sobre impuestos que solo se recaudaban en los castillos ó pueblos que no podian defenderse de los soldados del rey. *Enguerrando de Marigny*, hábil ministro que murió ahorcado, decia con frecuencia al rey Felipe el Hermoso: « Señor, « no sois el mas fuerte, asi pues, creedme, en vez de mandar, « pedid, suplicad si es preciso, y con este objeto convocad *asambleas nacionales* ó estados generales, compuestas de prelados « y hombres del pueblo, diputados de las municipalidades, porque « en nuestros dias, señor, es preciso absolutamente contar con el « pueblo que ha llegado á emanciparse. Esponed con gracia, dulzura « y modestia en esta asamblea nacional vuestras necesidades y os « prometo que llenareis vuestras arcas. » El consejo era prudente y lo siguió Felipe el Hermoso. De modo que los ciudadanos y los plebeyos que representaban el pueblo vencido, tomaron asiento por vez primera despues de nueve siglos, en la asamblea nacional al lado de los conquistadores.

Los Estados generales se componian de tres *estados* ó brazos, la NOBLEZA, EL CLERO Y EL PUEBLO, y cada brazo estaba representado por un número igual de diputados; pero el pueblo se hallaba aislado en su parecer contra la nobleza y el clero que se manifestaban muy solícitos en acceder á los deseos de la corona respecto de los impuestos. La razon era muy sencilla; como los prelados y los señores

no solo estaban exentos de contribucion en virtud de los privilegios de su nobleza ó de su clerecia, sino que participaban de los impuestos por las prodigalidades del rey, consentian en todo facilmente, puesto que se aprovechaban de unas exacciones cuyo peso caia enteramente sobre la clase media y la plebe.

El progreso era sin embargo inmenso, pero nunca podia el pueblo hacer que prevaleciera su voluntad porque se hallaba en minoria en los Estados generales. Esteban Marcel, preboste de los mercaderes, uno de los hombres mas grandes que han ilustrado á la Galia, logró dar á la clase media su legítima preponderancia en las asambleas. El rey Juan veia el año pasado (1359) su tesoro agotado por su ruinoso prodigalidad; la Galia ardia en guerra general; el rey de Inglaterra, dueño de una parte de nuestro pais, pretendia conquistarlo enteramente; *Carlos el malo*, rey de Navarra, á quien Juan habia dado su hija en matrimonio, reclamaba á mano armada varias provincias como dote de su mujer, y en situacion tan desesperada, el rey Juan convocó los Estados generales para obtener de sus diputados hombres y dinero. El arzobispo de Ruen, canciller del rey, espuso sus peticiones con altivez, pero este imperioso dignatario contaba sin Esteban Marcel. Este grande hombre, enviado á los Estados generales por la ciudad de Paris, cansado é indignado al ver la nobleza y el clero ahogar bajo su número la voz de los diputados de las municipalidades, habló con voz de trueno contra abuso tan odioso desde las primeras sesiones de la Asamblea Nacional, y energicamente sostenido por la actitud amenazadora del pueblo de Paris, declaró que en lo sucesivo la *adhesion de la nobleza y del clero no encadenaria á los diputados del pueblo*, y que si los señores y los prelados concediesen contra su decision hombres y dinero sin garantias de que las tropas y los impuestos no se dedicarían en bien del Estado, las ciudades desobedecerían los decretos. Este lenguaje enérgico y sensato, pero no oido hasta entonces, impuso á los Estados generales, y Marcel presentó á la corona en nombre de los diputados del pueblo las condiciones bajo las cuales consentia en conceder hombres y subsidios. El trono aceptó sabiendo que el pueblo estaba dispuesto á sostener á Marcel, pero este conoció por desgracia cuan vanas son las promesas forzadas, porque el dinero votado por la asamblea nacional se gastó locamente en espectáculos y dádivas á los cortesanos, y los hombres alistados, en vez de emplearse contra los ingleses, cuyas invasio-

nes eran de dia en dia mas amenazadoras , sirvieron para las guer-
ras privadas del rey Juan contra varios señores para ensanchar ó
conservar sus dominios particulares. Creció la audacia de los ingle-
ses que rompieron la tregua y amenazaban el centro de la Galia.
El rey Juan convocó entonces apresuradamente á su fiél y amada
nobleza llamándola en defensa del pais. Los nobles rechazaron á
los mensajeros reales , pero conociendo que la invasion estrangera
les amenazaba tanto como al rey , se reunieron con él en las cerca-
nias de Poitiers. Sin embargo , toda aquella brillante caballeria vol-
vió la espalda al primer ataque de los arqueros ingleses , huyó co-
bardemente dejando acuchillar á sus hombres de armas , el rey Juan
cayó prisionero , y su hijo *Cárlos* , *duque de Normandia* , jóven de
veinte años escasos , se salvó de tan vergonzosa derrota con sus
hermanos volviendo á todo escape á Paris , donde convocó los
Estados generales para pedirles enormes sumas destinadas al rescate
del rey de los franceses y de una multitud de señores prisioneros de
los ingleses por su cobardia.

Marcel el pañero salvó á la Galia , pues el ascendiente de su genio
y de su patriotismo dominó á la asamblea nacional , y respondió al
canciller , intérprete de las peticiones del regente , que antes de
tratar del rescate del rey y de su caballeria , era preciso pensar en
la salvacion del pais , la cual era imposible sin llevarse á cabo las
reformas urgentes y radicales que enumeró y exigió con elocuencia.
Marcel desplegó despues una actividad sobrehumana ; en menos de
tres meses rodeó á Paris de nuevas fortificaciones para poner la
ciudad al abrigo de los ingleses que avanzaron hasta Saint-Cloud ,
armó el pueblo , organizó la policia de las calles , aseguró las subsis-
tencias de la ciudad con provisiones de granos , tranquilizó y alentó
los ánimos alarmados , dió un impulso casi igual á las principales
ciudades de la Galia , y al mismo tiempo , fiel al plan de reformas
que habia preparado durante largos años de su vida laboriosa y os-
cura , hizo nombrar una comision de ochenta diputados del pueblo
encargados de redactar las reformas exigidas al regente.

Los diputados de la nobleza y del clero se retiraron desdeñosa-
mente de la Asamblea nacional indignados con la audacia de aquellos
ciudadanos lejisladores , y dueños estos del terreno , redactaron
bajo la presidencia y la elevada inspiracion de Marcel un plan de
reformas que constituye por si solo una inmensa revolucion. Estas
reformas , fruto de las largas vigiliass de Esteban Marcel , fueron

solemnemente aceptadas y juradas por CARLOS, *duque de Normandia*, regente por su padre el rey Juan, prisionero de los ingleses, y se promulgaron bajo el título de *Ordenanza real* del 17 de enero de 1397. (1)

He aquí algunas de las cláusulas principales:

«Los Estados generales se reunirán en lo sucesivo siempre que les parezca conveniente (y sin tener necesidad del consentimiento del rey) para deliberar sobre el gobierno del reino, *sin que el parecer de la nobleza y el clero pueda ligar ú obligar á los diputados de las ciudades.*

«Los miembros de los Estados generales estarán bajo la salvaguardia del rey ó del duque de Normandia, protegidos por sus herederos, y podrán ir además por todo el reino *con una escolta armada encargada de hacerlos respetar.*

«El dinero procedente de los subsidios acordados por los Estados generales serán cobrados y distribuidos, *no por los oficiales del rey, sino por diputados elegidos por los Estados que jurarán resistirse á toda orden del rey y de sus ministros si estos quisieran emplear el dinero en gastos que no fueren ordenados por los Estados generales.*

«El rey no concederá ya perdones por asesinatos, violacion, rapto ó infraccion de treguas.

«No se venderán *ni se darán por arriendo* los cargos de justicia.

«Se reducirán los gastos de procedimiento, informacion y despacho en la cámara del parlamento y en la de las cuentas.

«Quedan prohibidas las aprehensiones de víveres, forrage y dinero en nombre y para el servicio del rey ó de su familia, y se da facultad á los habitantes para reunirse al toque de su campana municipal *para correr contra los aprehensores.*

«Para evitar todo monopolio y vejacion, ninguno de los oficiales del rey podrá hacer el comercio de mercancías ó de cambio. Los gastos de la casa real, del delfin y de los príncipes se reducirán á lími-

(1) Coleccion de *Orden. reales*, t. II, p. 211, año 1357.

«tes razonables por acuerdo de los Estados generales , y los mayor-
«domos reales estarán *obligados á pagar lo que compren.* »

«El rey , el delfin , los príncipes , la nobleza y los prelados , cual-
«quiera que sea su categoria , *estarán sometidos al impuesto como to-
«dos los ciudadanos.* »

Hechas estas consideraciones , continuaremos nuestro relato , in-
terrumpido en el momento en que Mahiet el abogado partia de la
taberna de Alison para volver apresuradamente á Paris.

Paris ha cambiado casi completamente de aspecto desde el siglo IX
en cuya época vivia nuestro antepasado *Eidiol*, el decano de los ma-
rineros parisienses. La ciudad ocupaba entonces únicamente la isla
que bañan los dos brazos del Sena , pero paulatinamente y siglo á si-
glo se ha ido estendiendo á derecha é izquierda de su antigua cuna.
Los campos y los prados , en medio de los cuales se alzaban las aba-
dias y los arrabales , se han cubierto de innumerables casas aline-
das en calles , alguna de las cuales estan empedradas desde 1185.
Nuestros descendientes tendrán tal vez un dia curiosidad de compa-
rar el Paris actual (1356) con el de su tiempo , asi como lo compa-
ramos ahora con lo que era cuando vivia nuestro antepasado *Eidiol*.

La antigua ciudad , contenida entre los dos brazos del Sena , con-
tinua llamándose la *Ciudad (la Cité)* y sirve generalmente de mora-
da al clero cuyas habitaciones parecen agruparse á la sombra de las
altas torres de la inmensa basílica de *Nuestra Señora*. El obispo de
Paris posee casi completamente la jurisdiccion de la Cité. En la ori-
lla derecha del Sena principia en el sitio donde se eleva la gruesa
torre de la puerta del Louvre (1) el recinto fortificado de lo que co-
munmente se llama la ciudad , y que está poblada de comerciantes,
artesanos y clase media y contiene los mercados (2) en cuyo estre-
mo se halla la torre de la picota donde se esponen y egecutan los
malhechores antes de llevar sus cadáveres á los patíbulos de Mont-
faucon. El cinturón de fortificaciones que rodea á Paris se estiende
desde la torre de Louvre hasta la puerta de San Honorato (3), con-

(1) Dónde actualmente desemboca el puente de las Artes en frente del patio del Louvre.

(2) Los mercados se estendian entonces desde la puerta de San Eustaquio á la calle de San Honorato.

(3) Esta puerta se hallaba entonces entre la calle del Gallo y la del Oratorio.

tinua despues hacia la puerta de *Coquillier* (1), llega hasta la puerta de Montmartre (2), describe una curva á poca distancia de la calle de San Dionisio, sube hácia las puertas del Temple (3) y de San Antonio, (4) y llega á la puerta *Barbette*, flanqueada por el torreón de *Billy*, construido en la orilla del Sena en frente de Nuestra Señora y la isla de las vacas. El recinto de murallas, interrumpido por el curso del río, vuelve á principiar en la orilla izquierda, rodea el barrio de la *Universidad*, habitado por los estudiantes y que tiene por salidas las puertas de *San Victor*, *San Marcelo*, *Santa Genoveva*, *Santiago* y *San German*, pasa despues á lo largo del palacio de *Nesle*, y llega á la torre de *Felipe Kamelin*, edificada en la orilla izquierda en frente de la torre del Louvre que se alza en la orilla derecha. Este vasto recinto que asegura la defensa de Paris se ha completado con las inmensas obras de fortificacion debidas al genio y á la prodigiosa actividad de Esteban Marcel, el cual ha armado las murallas con numerosas máquinas de guerra y de varios *cañones*, especie de tubos hechos de barras de hierro enlazadas entre si por círculos del mismo metal. Estos cañones lanzan balas de piedra y de hierro á una gran distancia con un estruendo parecido al trueno por medio de un polvo sorprendente recientemente inventado por un monge aleman. A no ser por estas inmensas obras ejecutadas en tres meses, la capital de la Galia hubiera caído en poder de los ingleses.

Ha trascurrido algun tiempo desde que Mahiet el abogado partió de la ciudad de Nointel. Un hombre cubierto con un gorro de lana, vestido con un viejo saco de tela parda, llevando su surron al hombro y un grueso palo en la mano, entraba en Paris por la puerta llamada de San Dionisio. Era Guillermo Caillet, el padre de Avelina.

El anciano parecia muy triste y abatido, y sus ojos hundidos y ardientes sus enjutas mejillas y su amarga sonrisa, espresaban un dolor profundo y concentrado que cedió sin embargo de pronto al asombro que causaba á Guillermo el aspecto tumultuoso de las calles de Paris que pisaba por vez primera. Aquella multitud inmensa, sus diversos trages, los caballos, los carros y las literas que se cruzaban en todas direcciones, cansaban el campesino una especie de vértigo en que le zumbaban los oídos al ruido atronador de los gritos que lan-

(1) Calle Coquilliere.

(2) Puerta situada entonces en los números 19 y 32 de la calle actual.

(3) En el ángulo de la calle de Sante-Avoie y de la de Braque.

(4) En medio del muelle de San Pablo.

zaban incesantemente los mercaderes ó sus aprendices que , en pié delante de las puertas de las tiendas , provocaban á los transeuntes.

— ¡ Estufas calientes ! ¡ baños calientes ! gritaban los bañistas.

— ¡ Calentitos ! ¡ pasteles ricos ! ¡ á mis pastas ! gritaban los pasteleros.

— ¡ Vino nuevo ! ¡ Llega de Argenteuil y de Suresne ! gritaba un tabernero armado de un enorme cazo de estaño invitando á los bebedores con el ademan y la mirada.

— ¿ Quién quiere remendarse el justillo ? decia el sastre.

— El horno está caliente : ¿ quien quiere cocer pan ? gritaba el hornero.

Y á algunos pasos mas allá se relatava en voz alta un edicto real anunciado primero por el tambor ó la trompeta , y por otro lado los monjes limosneros de alguna cofradia tendian la escarcela diciendo :

— ¡ Para las ánimas del purgatorio !

En tanto los mendigos , ostentando sus llagas verdaderas ó fingidas , decian con acento monotonico y plañidero :

— ¡ Una limosna por amor de Dios !

Guillermo Caillet , antes de aventurarse en el laberinto de las calles de Paris , se sentó en un banco de piedra que habia junto á una puerta , para descansar y acostumbrar sus ojos y sus oidos á aquel espectáculo y aquel estruendo tan nuevos para él. Oyóse entonces un rumor lejano que venia de la calle de *Mauconseil* , á cuyo rumor se unian á intervalos el toque de los tambores y los sonidos lúgubres de los clarines , y el anciano campesino oyó de pronto repetir de boca en boca en torno suyo con acento siniestro y enojado :

— Es el entierro del pobre Perrin Macé.

Y todos los transeuntes y un gran número de mercaderes y de aprendices dejaron sus tiendas bajo la custodia de las mujeres de mostrador , y corrieron hácia las calles de *Mauconseil* y de *Cuecen Gansos* que está en frente y por la cual debia desfilarse el fúnebre cortejo despues de atravesar la calle de San Dionisio. Sorprendió á Guillermo Caillet el abinco que manifestaban los parisienses en ver aquel entierro que parecia un duelo público , y siguiendo á la multitud cuya afluencia fué muy pronto considerable , la casualidad le colocó cerca de un estudiante de la Universidad de Paris. Aquel joven , que tendria unos veinte y cinco años , se llamaba Rufino , llevaba un viejo sombrero de fieltro que habia perdido su color primitivo , y vestia una túnica tan remendada como sus calzones.

Guillermo, contenido largo rato por su timidez rústica, no se había atrevido á dirigir la palabra á Rufino, y sin embargo algunas expresiones que pronunciaban en torno suyo los transeuntes y el estudiante, aumentaban por varias razones la curiosidad del aldeano. He aquí lo que se decía entre la multitud:

— ¡Pobre Perrin Macé! decía un parisiense. ¡ Haberle cortado la mano y ser ahorcado despues sin formacion de causa y por un antojo del regente y de sus cortesanos!

— Así es como respeta la corte la famosa ordenanza de Marcel.

— La nobleza, antes escudo de la nacion, va á ser causa de su ruina.

— Los nobles, dijo el petulante Rufino, son caballos de parada lujosamente enjaezados que solo sirven para tirar de una carreta.

Sin embargo, señor estudiante, se aventuró á decir un hombre corpulento que llevaba una gorra de pieles, la noble caballeria es digna del respeto del pueblo.

— ¡ La caballería! exclamó Rufino lanzando una carcajada de desprecio. Hace mucho tiempo que la caballeria solo sirve para justar en los torneos. ¡ Por Júpiter! Cuando se trata de esponer la piel en la guerra, la nobleza huye vergonzosamente como huyó en la batalla de Poitiers, dando el ejemplo de una cobarde derrota á un ejército de cuarenta mil hombres que volvieron la espalda á diez y ocho mil arqueros ingleses. ¿ Y á eso llamais hombres? Llamadlos mas bien liebres.

— Vamos, señor estudiante, dijo riendo otro parisiense, no hablemos mal de la nobleza porque nos ha quitado de delante al rey Juan que nos abrumaba á impuestos.

— Si, dijo una voz, pero tendremos que pagar el rescate real y en tanto seremos gobernados por el regente, un mozalvete de veinte años escasos que ahorca á las gentes, como ha hecho con Perrin Macé, cuando reclaman lo que les pertenece.

— Afortunadamente Esteban Marcel lo arreglará todo... ¡ Paciencia!

— Marcel es la providencia de Paris.

— No sabeis hablar mas que de Marcel, dijo el de la gorra de pieles con acento socarron. Si Marcel es preboste de los mercaderes y presidente del ayuntamiento, no es un hombre indispensable, y regidores hay que valen tanto como él y tal vez le aventajan. Citaré entre otros á Juan Maillart.

— ¿Quién se atreve á decir que hay quien puede compararse con el gran Marcel? dijo Rufino. ¡Por Júpiter! El que tal dice es un necio.

— ¿Cómo? murmuró el de la gorra de pieles. Yo lo digo.

— Pues vos sois un necio, respondió Rufino. ¡Qué desvergüenza! ¡Atreverse á sostener que Marcel no es el primero de los ciudadanos, el amigo y el padre del pueblo!

— Si, si, repitió la multitud, Marcel es nuestro salvador, y á no ser por él los ingleses se hubieran apoderado ya de Paris.

— Marcel, continuó Rufino con creciente entusiasmo, ha restablecido la economia en la hacienda pública, el orden y la seguridad en la ciudad. El que sostenga lo contrario es un inglés. ¡Por Júpiter! ¿Quereis un ejemplo? Hace quince dias estaba de broma á media noche en compañía de mi amigo *Nicolas Puño de hierro*, y llamábamos causando escándalo en una casa sospechosa donde debian esperarnos dos jóvenes bellas como diosas. En aquel momento pasó una ronda de los ballesteros fundados por Marcel para vigilar las calles, y nos prendieron, llevándonos á la cárcel del Chatelet á pesar de nuestros privilegios de estudiantes de la Universidad de Paris. Decid ahora si Marcelo no conserva el orden público en la ciudad.

— Será posible, replicó el de la gorra de pieles, pero cualquier otro regidor hubiera obrado del mismo modo, y Juan Maillart por ejemplo...

— ¡Juan Maillart! exclamó Rufino. Si él ó cualquier otro, hasta el mismo rey, se hubiera atrevido á atentar contra las franquicias de la Universidad, los estudiantes se habrian alzado en masa y salido armados de su barrio de San German para dar una batalla en Paris. Pero lo que se permite á Marcel, porque es justamente el ídolo de los parisienses, no se permitiria á ningun otro.

— El estudiante tiene razon, dijeron algunos; Marcel es nuestro ídolo, porque es justo, porque defiende el pueblo contra los cortesanos y á los débiles contra los fuertes.

— Y á no ser por la actividad de Marcel y por su valor y prudente prevision, los ingleses hubieran pasado á sangre y fuego á Paris.

— ¿No ha impedido tambien Marcel que la ciudad se viese acosada por el hambre cuando salió al frente de la milicia y llegó hasta Corbeil para defender y salvar un convoy de barcas cargadas de grano que querian robar los navarros?

— No digo que no, respondió el de la gorra de pieles con envidiosa

tenacidad , pero Maillart hubiera hecho lo mismo que Marcel hallándose en igual caso.

— Es cierto , si el regidor Maillart tuviera el genio de Marcel haria todo lo que hace Marcel , dijo Rufino , asi como *Juana la Salada* mi querida , si tuviera bigotes , seria *Juan el Salado*.

El chiste del estudiante mereció la risa y la aprobacion de los circunstantes , porque la inmensa mayoria de los parisienses manifestaba por Marcel tanto afecto como admiracion.

Guillermo Caillet escuchaba silencioso y atento aquella conversacion en que hallaba la confirmacion de lo que Mahiet el abogado le habia contado en Nointel acerca de la legítima y poderosa influencia del preboste de los mercaderes en el pueblo de Paris. El estruendo de los tambores y los clarines y los rumores lejanos de una gran multitud se acercaban por instantes , y el cortejo salia de la calle de Mauconseil para atravesar la de San Dionisio. Una compania de ballesteros de la ciudad mandada por su capitan abria la marcha , precedida de tambores y clarines que hacian oir á intévalos sonidos fúnebres y seguian dos heraldos de la ciudad vestidos con sus colores con trages medio encarnados y medio azules.

Los heraldos gritaban alternativamente y de vez en cuando con voz solemne :

— « ¡ Orad por el alma de Perrin Macé , vecino de Paris , injustamente ejecutado !

— « Juan Baillet , tesorero del regente , decia otro heraldo , habia « pedido prestado en nombre del rey una cantidad de dinero á Perrin Macé.

— « Este reclamó su dinero en virtud del nuevo edicto que ordena « á los empleados reales que paguen lo que compran ó piden prestado para el rey.

— « Juan Baillet se negó á pagar y amenazó , injurió y maltrató á « Perrin Macé.

— « Perrin Macé , usando de su derecho de legítima defensa y del « que le daba el nuevo edicto , devolvió golpe por golpe , mató á Juan « Baillet y se refugió en la iglesia de San Mery desde donde reclamó « Jueces.

— « El regente , duque de Normandia , envió en seguida uno de sus « cortesanos , el mariscal de Normandia , á la iglesia de San Mery « en compania de una escolta de soldados y del verdugo.

— « El mariscal de Normandia arrancó á Perrin Macé de la igle-

«sia, y le mandó ahorcar en el acto y sin formación de causa después de cortarle la mano derecha.

— « ¡ Orad por el alma de Perrin Macé, vecino de Paris, injustamente ejecutado! »

Después de estas palabras alternativamente pronunciadas con voz solemne por los dos heraldos, el sordo redoble de los tambores y los sonidos plañideros de los clarines volvían á oirse dominando apenas las imprecaciones de la multitud indignada contra el regente y su corte. Detrás de los heraldos iban algunos sacerdotes con sus cruces y banderas, después el ataúd del ajusticiado cubierto con un ancho paño negro bordado de oro y llevado por doce vecinos vestidos con largas túnicas y con gorras medio azules y medio encarnadas, así como las llevaban casi todos los partidarios de la causa popular: el cuello de sus túnicas estaba cerrado con corchetes de plata esmaltados también de encarnado y azul sobre los cuales se leía la siguiente divisa dada por Marcel: *¡ A buen fin!* (1) Detrás del ataúd iban los regidores de Paris llevando á su cabeza á Esteban Marcel, preboste de los mercaderes.

Aquel ciudadano oscuro, salido de su tienda de paños para llegar á ser uno de los hombres más ilustres de la Galia, estaba entonces en la flor de su edad; su estatura mediana pero robusta se había arqueado algún tanto á consecuencia de las fatigas, porque su prodigiosa actividad de hombre de acción y de pensamiento no le dejaba un momento de reposo, y su rostro franco y varonil, notablemente caracterizado, terminaba con una espesa barba de color castaño, pero sus labios y sus mejillas estaban afeitados. Las agitaciones febriles y su incesante afán por los negocios públicos habían dejado calva su frente y surcado sus facciones sin alterar en nada la augusta serenidad que una conciencia intachable da á la fisonomía del hombre de bien. Nada era tan dulce y afectuoso como su sonrisa cuando se hallaba bajo la impresión de sentimientos delicados y tiernos, tan familiares á su corazón, pero nada era tan imponente como su actitud ni tan terrible como su mirada cuando Marcel, tan enérgico orador como gran ciudadano, hablaba con la indignación de una alma honrada y animosa contra los excesos de la tiranía y las injusticias de los grandes. El preboste de los mercaderes llevaba también la gor-

(1) Textual. *Crónica de FROISSART*, lib. II, cap. VI, — *Gran crónica de San Dionisio*, p. 337.

ra encarnada y azul y el corchete con la divisa lo mismo que los regidores que le acompañaban.

Aquellos regidores, á escepcion del traidor Juan Maillart, fueron como Marcel mártires de la libertad, y se llamaban *Delille*, *Felipe Giffart*, *Simon Paonnier*, *Juan Sorel*, *Consac*, *Josserand*, *Pedro Caillart*, *Juan Godart*, *Pedro Puisier* y *Juan Maillart*. Este último daba con frecuencia el brazo á Marcel que lo aceptaba gustoso porque era su amigo íntimo desde la infancia. Aunque Maillart no manifestaba abiertamente los resentimientos de envidia y de celos que le inspiraba la gloria del preboste de los mercaderes, no pudo sin embargo dominar una amarga sonrisa cuando oyó los clamores entusiastas con qué la multitud saludó al pasar á Marcel que era mas que nunca el ídolo de los parisienses.

Iba al lado de Maillart una mujer vestida de luto y cuya presencia parecia estraña en medio de semejante ceremonia: era su esposa Petronila, mujer jóven aun, bastante bella pero de rostro bilioso y áspero. Luego que los heraldos de la ciudad terminaban la salmodia lúgubre para repetirla un momento despues, Petronila Maillart prorumpia en sollozos y gemidos y exclamaba torciéndose las manos con desesperacion:

— ¡ Desgraciado Perrin Macé! ¡ Venganza! ¡ Venganza!

Pero los gritos quejumbrosos y las contorciones de la señora Maillart, escitaban en la multitud mas sorpresa que interés.

— ¡ Por Júpiter! dijo Rufino ¿ á que ha venido esa necia al entierro? ¿ Porqué llora y se agita como una endemoniada? ¿ Es acaso viuda ó parienta de Perrin Macé?

— Eso contribuye á que se admire mas su dolor, dijo el de la gorra de pieles á la multitud. ¿ No veis, amigos, á la digna esposa de Juan Maillart? ¿ No la veis como manifiesta con su desesperacion la parte que toma asi como su marido en la terrible desgracia del pobre Perrin Macé? Sed testigos de que Petronila es la única de las mujeres de los regidores que asiste á la ceremonia.

— Es verdad, dijeron varias voces. ¡ Pobre mujer! ¡ Qué desconsolada está!

— Si, y no sucede sin duda lo mismo con la mujer de Marcel, nuestro primer magistrado, que asi como las otras se está tranquilamente en su casa sin hacer caso alguno de esta desgracia pública, dijo el de la gorra de pieles. ¿ No lo habiais advertido, amigos?

— ¡ Por Júpiter! dijo Rufino. La mujer de Marcel no es una necia

y tiene razon en no venir á hacerse la desconsolada y á exhalar unos gruñidos capaces de dejar sordo al mismo Belzebú, y casualmente lloriquea cuando callan los tambores y los clarines, como si la afliccion de esa mujer estuviera escrita en un papel de música.

— Por mas que os chanceeis, señor estudiante, respondió el de la gorra de pieles, se sabrá que la esposa de Maillart asistia al entierro de Perrin Macé y que no le imitaba la de Marcel. Esto me da que cavilar y sospechar muchas cosas ó mas bien confirma ciertos rumores.

— ¿Qué cosas? ¿qué rumores? dijo Rufino.

Pero el de la gorra de pieles no respondió al estudiante y se perdió entre la multitud hablando en voz baja á los que estaban á su lado. El cortejo habia continuado desfilando durante este ligero incidente. Detrás de los regidores iban los gremios de artesanos precedidos de sus banderas, y finalmente una multitud de todas clases y condiciones lanzando quejas y amenazas contra el regente y sus cortesanos y aclamando á Marcel con entusiasmo.

No tardó en circular de boca en boca que Marcel arengaria al pueblo despues de la ceremonia en el convento de Franciscanos. Guillermo Caillet, que habia asistido silenciosamente á aquella escena que parecia impresionarle profundamente, venciendo su timidez rústica, despues de algunos momentos de reflexion, cogió por el brazo á Rufino en el momento en que este iba á perderse entre la muchedumbre. El estudiante se volvió, y cediendo á la jovialidad de su caracter y queriendo burlarse del campesino, segun inveterada costumbre de la Universidad de Paris, le dijo con tono de zumba:

— Apuesto, rústico villano, que me has oido nombrar á mi querida Juanita la Salada y que deseas admirar las bellezas ciudadanas. Silvano campestre, podrás elegir entre una docena de lindas niñas preciosas como el oro, alegres de genio y...

Guillermo le interrumpió, ofendiéndose de la broma del estudiante, diciéndole bruscamente:

— No soy de Paris, vengo de léjos y quisiera...

— ¡Ah! ¿quisieras entrar en la Universidad? dijo Rufino interrumpiéndole tambien y riendo á carcajadas. Eres algo barbudo para estudiante, pero no importa. ¿Qué facultad eliges? ¿la teologia ó la medicina? ¿Las artes, las letras ó el derecho canónico?

— Lo veo, dijo el anciano con amargura, las gentes de las ciudades valen tanto como las de los castillos. ¡Todos son enemigos del pobre siervo!

Y Guillermo dió un paso para alejarse, pero enternecido Rufino con el acento de dolor del campesino, le dijo:

— Perdonad si os he ofendido. No, los ciudadanos no somos enemigos del pobre siervo.

Guillermo permanecía receloso y mudo esforzándose en leer en las facciones del estudiante si sus palabras ocultaban un lazo ó una nueva burla. Rufino adivinó el pensamiento del siervo, le examinó mas atentamente y sorprendido al ver la espresion de resolucion siniestra de su rostro, añadió:

— ¡ Muera como un perro si no os hablo con sinceridad! Parece que habeis sufrido mucho, y estais léjos de vuestro pais; disponed de mi: no os ofrezco mi bolsillo porque no tengo, pero os ofrezco la mitad del lecho en que duermo en un cuarto de estudiantes de mi provincia y una parte en nuestra pobre comida.

El campesino le respondió convencido de la franqueza del estudiante:

— No tengo tiempo para permanecer en Paris, y únicamente quisiera hablar á dos personas, á Mahiet el abogado de armas y á Marcel. ¿ Les conoceis?

— ¿ Conoceis á Mahiet el abogado? preguntó vivamente Rufino, y una espresion de tristeza oscureció su rostro jovial.

— ¿ Le ha sucedido alguna desgracia?

— Habia partido para asistir á un torneo en Beauvois y el pobre jóven no ha vuelto aun. Su anciano padre, que estaba enfermo ya, ha muerto de pesar á consecuencia de la desaparicion de su hijo. ¡ El buen Mahiet! Entré en la Universidad un año antes que él saliera. Era el jóven mas valiente y honrado de Paris, y sin duda habrá sucumbido en el torneo ó le habrán asesinado al volver á Paris porque los caminos estan infestados de aventureros.

— No, no ha sucumbido en el torneo de Nointel, porque la noche que siguió al paso de armas ví á Mahiet montar á caballo para regresar á Paris.

— ¿ Le visteis? ¿ Sois de aquel pais?

— Si, respondió Guillermo Caillet. Y añadió exalando un suspiro: Si ha muerto lo siento, porque son pocos los que como él aman á los siervos.

Reinó un momento de silencio.

— ¿ Y cómo haré para hablar con Marcel? preguntó Guillermo.

— Seguidme al convento de Franciscanos á donde irá el pre-

boste de los mercaderes despues del entierro para arengar al pueblo.

— Os sigo , dijo Guillermo.

— Venid ; saldremos por la puerta *Coquillier* que será el camino mas corto.

El anciano marchó silenciosamente al lado de Rufino que quiso arrancarle algunas palabras acerca del objeto de su viaje , pero el siervo guardó su secreto. Guillermo y su guia , despues de salir por la puerta de San Dionisio y siguiendo las calles de los arrabales mucho menos obstruidas por los transeuntes , acababan de dejar la calle *Traversina* para entrar en la de Montmartre *extra muros* , cuando oyeron á lo léjos los cantos fúnebres que el clero entona en los entierros , y de vez en cuando se oia el lúgubre son de los clarines. Los transeuntes , en vez de correr al encuentro del cortejo como habian hecho al pasar el ataúd de Perrin Macé , retrocedian con disgusto y los habitantes de la calle cerraban las puertas.

— ¡ Pardiez ! dijo el estudiante , la casualidad nos sirve á las mil maravillas. Acabais de ver honrar por el proboste de los mercaderes y por el pueblo las cenizas de Perrin Macé , y venis á ver honradas las cenizas de Juan Baillet , causa y origen de la sangrienta iniquidad que ha indignado á Paris , si , honradas por el regente y por la corte... Venid , venid ; el cortejo conduce sin duda el ataúd al convento de los Agustinos.

Y el estudiante apresuró el paso seguido del campesino y de algunos curiosos que llegaron á la esquina de la calle Montmartre y de la de *Quoque Heron* , en frente de la cual se encuentra el convento de los Agustinos , cuyas puertas se abrieron para recibir el ataúd.

— Mirad , dijo el estudiante á Guillermo ¿ puede darse nada mas significativo que el contraste que ofrecen los dos entierros ? En el de Perrin Macé se agrupaba un pueblo inmenso , grave y abrigando la mas justa indignacion , y al entierro de Juan Baillet asisten únicamente el regente , los príncipes sus hermanos , los cortesanos y los dignatarios ó servidores de la casa real. El pueblo huye de esta manifestacion que parece un reto á la causa popular. ¿ No os indica este contraste que los grandes van enagenándose el respeto y la consideracion de los ciudadanos y que no está lejano el dia en que estallen las iras de los oprimidos ?

Guillermo Caillet escuchó con atencion al estudiante lanzándole

una mirada investigadora y le dijo moviendo la cabeza con ademán pensativo :

—No me engañaba Mahiet.

—Y añadió despues de un momento de pausa :

—¿Qué aguardan pues los parisienses ?

—¿Qué quieres decir ? le preguntó Rufino.

Pero el campesino volvió á abismarse en su sombrío silencio y no respondió.

El cortejo desfilaba en aquel instante. Doce servidores del regente ricamente vestidos con su librea, llevaban el ataud de Juan Baillet adornado con un rico manto bordado de oro y precedido de heraldos y sargentos de armas, y lo seguian el príncipe y sus hermanos acompañados de los señores de la corte. Cárlos, duque de Normandía y regente de los franceses como primogénito del rey Juan, prisionero entonces de los ingleses, habia huido ignominiosamente en la batalla de Poitiers lo mismo que sus hermanos y la nobleza francesa. Este jóven, que gobernaba entonces la Galia, tenia veinte años escasos, era débil y pálido, y su rostro enfermizo, ocultaba bajo una máscara benigna y tímida, un gran fondo de obstinacion, de perfidia, de astucia y de perversidad, vicios odiosos hasta en las personas que no gobiernan una nacion. El regente, magnificamente vestido con un traje de terciopelo verde bordado de oro, y cubierto con una gorra negra adornada con una cadena de pedrerías y una pluma, andaba á pasos lentos y apoyado en un baston. A pocos pasos de él seguian los príncipes sus hermanos, y despues los señores de la corte, y entre estos el mariscal de Normandía que por mandato del príncipe habia presidido á la mutilacion y suplicio de Perrin Macé. El mariscal y el señor de Conflans, otro consejero favorito del regente, lanzaron á los escasos espectadores del cortejo miradas desdeñosas y amenazadoras, y hablaron en voz baja con el señor de Charny, cortesano tan amado del príncipe como odiado del pueblo. Rufino sintió de pronto comprimido su brazo por la vigorosa mano de Gillermo Caillet que, con los ojos fijos y brillantes y el pecho anheloso, decia el estudiante con voz entrecortada :

— ¡Mira... míralos ! ¡Son ellos !

— ¿Quién ?

—El señor de Nointel y Gerardo de Chaumontel. Si : ¿no ves esos dos con sus gorras encarnadas allá... al lado de aquel hombre tan corpulento que lleva un manto de armiño ?

— Si, veo á esos dos señores, respondió el estudiante sorprendido con la emoción del campesino ¿pero porqué temblais así?

— En mi pais les creíamos muertos ó prisioneros de los ingleses, continuó Guillermo, pero felizmente no es cierto. Miralos... Los he visto con mis propios ojos.

Y el siervo añadió alzando sus dos manos cerradas convulsivamente al cielo y contrayendo sus labios con una amarga sonrisa:

— Mazurec... hija mia... han vuelto por fin esos hombres. Irán á Nointel para el casamiento de la hermosa Glorianda... ¡Ya son nuestros... ya son nuestros!

— La mirada de este hombre estremece, se dijo el estudiante contemplando al campesino con estupor.

— ¡Si hubieran muerto...! murmuraba Guillermo.

— ¿Quiénes son esos dos señores? le preguntó Rufino.

Pero Guillermo añadió sin responderle.

— ¡Oh! si; debo hablar cuanto antes á Marcel.

— En ese caso, dijo el estudiante, venid á descansar á mi casa y al anochecer iremos á esperar al preboste de los mercaderes al convento de los Franciscanos donde ha de arengar esta noche al pueblo. Pero respondedme: ¿cual es la causa de vuestra sorpresa al ver á esos dos señores de la comitiva del regente? ¿Les conocéis acaso?

El campesino lanzó una mirada oblicua y recelosa al estudiante y permaneció silencioso y sombrío.

— ¡Por Júpiter! dijo Rufino; he aquí un extraño compañero que enmudece ó habla por enigmas. Me entristece á pesar de que tengo buen humor y me espanta aunque no soy cobarde.

Y el estudiante se dirigió hácia el barrio de la Universidad seguido de Guillermo Caillet.

La casa de Esteban Marcel estaba situada cerca de la iglesia de San Hitacio (San Eustaquio) en el barrio del Mercado. La tienda llena de piezas de paño colocadas en aparadores se comunicaba con un comedor, y en este aposento principiaba una escalera que conducia al primer piso.

Cuando llegó la noche y se cerró la tienda, Margarita esposa de Marcel, y Dionisia su sobrina subieron á uno de los aposentos del primer piso donde se ocupaban en coser á la luz de una lámpara.

Margarita tenia unos cuarenta y cinco años, y habia sido sin duda hermosa porque su rostro conservaba cierta gracia y frescura aunque era pensativo y grave. La sobrina Dionisia contaria diez y ocho años, y su hermoso rostro, habitualmente de serenidad cándida, parecia aquel dia profundamente entristecido.

Las dos estaban silenciosas hacia algunos instantes: Dionisia permanecia cabizbaja y era cada vez mas lento el movimiento de su aguja hasta que sus manos cayeron sobre sus rodillas y brotaron algunas lágrimas de sus ojos, y Margarita, no menos pensativa y triste que su sobrina, dirigió maquinalmente su mirada hácia la jóven y le dijo con ternura al ver sus lágrimas:

—Adivino, pobre Dionisia, la causa de tu pesar porque sé cual es tu pensamiento dominante. No quisiera inspirarte una esperanza que apenas conservo, pero aunque la duracion de la ausencia de Mahiet justifica nuestros temores, no hay que desesperar aun porque volverá tal vez.

—No, no, respondió Dionisia dando rienda suelta á sus lágrimas, si Mahiet viviera aun, no hubiera dejado á su padre en la cruel incertidumbre que ha apresurado el fin de sus dias, y hubiera dado noticia de su paradero á mi tio Marcel á quien amaba y respetaba tanto como á su padre. No, no, añadió Dionisia sollozando; ha muerto... ¡ya no le veré mas!

—Hija mia ¿quién sabe si arrastrado por su imprudente valor ha ido á combatir á Poitiers donde habrá caido tal vez prisionero de los ingleses? Pues bien; se vuelve del cautiverio, y no te afliges de ese modo porque padezco al verte llorar.

La jóven, en vez de responder á Margarita, se acercó á ella, cogió sus manos y las besó diciendo:

—Querida tia, tratais de consolar mis pesares olvidando los vuestros... Me avergüenzo de no poder contener mi dolor cuando os mostrais tan firme, tan animosa delante de Marcel y de vuestro hijo.

—En verdad, Dionisia, que no te entiendo, dijo Margarita con ligera turbacion, mi vida es tan feliz que no se necesita valor alguno para sobrellevarla.

—¿No os veo todos los dias recibir á Marcel y á Andrés con la sonrisa en los labios y la frente serena en tanto que vuestro corazon está lleno de angustia?

—Dionisia, te equivocas...

—¡Oh! creed que no me ha guiado una curiosidad indiscreta

cuando he tratado de penetrar vuestros sentimientos, sino el deseo de no decir nada que pudiese ofender vuestro pensamiento secreto cuando estoy sola con vos, lo cual sucede ahora con mucha frecuencia.

— ¡Querida Dionisia! dijo Margarita abrazando á su sobrina con efusion y sin reprimir las lágrimas; ¿cómo no ha de conmoverme profundamente tanta delicadeza y afecto? ¿cómo no habia de corresponder á tu cariño con una confianza sin reserva?

Y despues de un momento de indecision y haciendo un esfuerzo añadió:

— Pues bien, si, te lo confio... no te has equivocado. Si, mi vida es una continua angustia. Al menos ahora podré llorar delante de tí libremente y desahogar mi corazon, y despues de pagar ese tributo á la debilidad, mostrarme mas firme á los ojos de mi esposo y de mi hijo. ¡Ah! lo confieso, mi único dolor consiste en dejarles adivinar lo que padezco. Sé cuanto me ama Marcel, y si supiera que soy desgraciada tal vez veria debilitarse en él esa tranquilidad y fuerza de ánimo que jamas le han abandonado y que necesita mas que nunca en la época azarosa que atravesamos.

— Las mujeres que os envidian os compadecerian ahora si os oyeran.

— Si, dijo Margarita con amargura, envidian á la mujer de Marcel, el ídolo del pueblo... de Marcel, el verdadero rey de Paris, envidian á la compañera del gran ciudadano cuyo elogio está en todos los corazones, cuyo nombre está en todos los labios... ¿pero cuando ve ella á su marido? ¡Durante algunos momentos apenas! ¡Ternos desahogos, gratas alegrías del hogar, hace mucho tiempo que me sois desconocidos! El artesano y el comerciante, cuando ha terminado su dia de trabajo y han cerrado la tienda al toque de oracion, gozan al menos en el seno de su familia del descanso hasta el dia siguiente, pero ¡cuantas veces he visto yo al alba oscureciendo la luz con que Marcel habia trabajado toda la noche! Y no es eso solo, gran Dios, sino que á todas horas estoy temblando por la vida de mi esposo y de mi hijo.

— ¿Qué decís? ¿Temblais por la vida de Marcel que no da un paso sin que le rodee una multitud idólatra pronta á sacrificar su vida por la suya?

— ¿Y el odio del regente? ¿y el odio de los nobles y de los cortesanos contra Marcel?

— ¿No se ha estinguido?

— No... por desgracia.

Inés la Beata, criada de confianza de Margarita, entró en aquel momento en la estancia y dijo á su señora:

— Viene á visitaros la mujer del regidor Maillart.

— ¡Tan tarde! ¿le has dicho que estaba en casa?

— Si, señora.

Margarita hizo un movimiento de impaciencia, se enjugó apresuradamente las lágrimas y dijo á Dionisia:

— Petronila es una de las envidiosas de que hablabas hace un momento... Te suplico por lo tanto que ocultes tu llanto porque esa mujer haria mil suposiciones sobre nuestra tristeza. Está cruelmente celosa de la popularidad de Marcel, y creo que Maillart participa del rencor y de la envidia de su mujer.

— ¡Celoso él de mi tio, de su amigo de infancia!

— Maillart es débil y su mujer le domina.

— ¡Débil Maillart! ¿No le ois hablar continuamente de correr á las armas?

— Dionisia, la violencia no es la fuerza, y los caracteres mas arrojados son con frecuencia los menos firmes... Pero ¡silencio! Aquí está Petronila. ¿Cuál puede ser el objeto de su visita á estas horas? Me inquieta su presencia.

Petronila Maillart entraba en aquel momento vestida aun con su trage de luto. Luego que estuvo en el aposento lanzó una mirada investigadora sobre la esposa de Marcel y Dionisia, y advirtió sin duda las huellas de sus recientes lágrimas porque contrajo ligeramente sus labios una sonrisa de triunfo. Despues dijo afectando una conmiseracion protectora:

— Perdonadme, Margarita, si vengo tan tarde y especialmente tan inoportunamente.

— Siempre sois bien venida á nuestra casa, Petronila.

— En este momento lo dudo.

— ¿Porqué?

— Porqué el pesar se complace con la soledad, vecina, y advierto con dolor que vuestros ojos y los de vuestra querida sobrina estan aun enrojecidos por las lágrimas; Justo cielo! ¿Tendriais acaso algun temor por nuestro escelente amigo Marcel? ¿Se incurre talvez en la ingratitud de desconocer los servicios que ha prestado á Paris? ¿Empieza á abandonarle la popularidad? ¿O tal vez...

— Tranquilizaos, señora, respondió Margarita interrumpiendo á Petronila; á Dios gracias no abrigo temor alguno respecto de mi marido. Dionisia y yo estamos en efecto muy tristes porque momentos antes de vuestra llegada hablábamos de uno de nuestros amigos cuya suerte nos causa crueles inquietudes. Le habeis visto muchas veces aqui; es Mabiet el abogado.

— Ciertamente me acuerdo mucho de él; era un verdadero Hércules. ¿Con qué ha muerto el pobre jóven? Lo siento en el alma.

— No, no... no podemos creer semejante desgracia, pero hace mucho tiempo que no hemos recibido noticia alguna de Mabiet, y esto nos desconsuela.

— Es muy natural, Margarita, y ahora me esplico la tristeza que ví retratada en vuestros semblantes. Os diré, pues, ahora el objeto de mi visita que debe sorprenderos siendo tan tarde, pues hace mucho rato que se ha oido el toque de queda. Ya sabeis cuanto afecto os profesamos Maillart y yo...

— Y os lo agradecemos correspondiendo como mereceis.

— ¿No es un deber entre verdaderos amigos hablar con toda sinceridad?

— Es cierto, no hay cosa mas preciosa ni mas rara que los amigos sinceros.

— Pues bien, querida Margarita, desgraciadamente se ha reparado vuestra ausencia en el entierro de hoy.

— ¿Qué entierro?

— El del pobre Perrin Macé. Ahora vengo de él; ya lo podeis ver por mi trage. Como mujer de un regidor debia prestar este postrer homenaje á la memoria de esa pobre víctima de una horrible iniquidad.

— Señora... compadezco á la víctima.

— ¡Cómo! ¿no os habeis indignado al pensar en la suerte de ese infeliz?

— Esa grande iniquidad ha indignado á mi marido, el cual como primer magistrado de la ciudad, ha...

— ¡Primer magistrado de la ciudad! repitió Petronila Maillart con cierto enojo; hasta que se elija otro, por supuesto, porque todos los regidores pueden llegar á ser prebostes de los mercaderes.

— Es cierto, dijo Margarita lanzando una mirada á Dionisia que triste y silenciosa continuaba trabajando. El deber de mi esposo,

prosiguió la mujer de Marcel, era en primer lugar protestar contra el crimen de los cortesanos del regente acudiendo solemnemente al entierro de Perrin Macé, y mi marido ha cumplido con ese deber. En cuanto á mi, Petronila, sabiendo que no es costumbre que las mujeres asistan á esas tristes ceremonias, me quedé en casa.

— La costumbre... dijo la señora Maillart. ¿Quién piensa en la costumbre en tales circunstancias? Me parece que lo primero que se hace es consultar el corazón, y así lo he hecho. He seguido el entierro vestida de negro de piés á cabeza como veis, gimiendo y llorando todas las lágrimas de mi cuerpo, y por lo mismo os digo como amiga, querida Margarita, que siento en extremo que no me hayais imitado.

— Cada cual es juez de su conducta, señora.

— ¡Oh! no hay duda, cuando solo se trata de si propia, pero en este caso se trataba tambien de vuestro marido, nuestro escélete amigo Marcel, de modo que temo que le hayais causado grave perjuicio.

— ¡Yo! ¿Qué quereis decir?

— ¡Pobre Margarita! ¿Me hubiera apresurado á venir á veros despues de entrada la noche sino se tratase de daros un consejo?

— No dudo de vuestros buenos deseos, pero os repito que Marcel ha sido el que ha dado un caracter solemne á los funerales de Perrin Macé á los cuales ha asistido á la cabeza de los regidores.

— No hay duda; mi marido iba detrás del vuestro, señora, dijo la envidiosa regidora con despecho, por cuanto, al menos hasta ahora, Marcel va delante de todo el ayuntamiento como preboste de los mercaderes.

— No se trata, señora, de la categoria, dijo Margarita; queria únicamente decir que Marcel ha asistido á los funerales

— Pero no asistiais vos, Margarita. ¿Sabeis pues lo que se decia entre el pueblo?— «¡Mirad! la mujer del regidor Maillart sigue el «cortejo de Perrin Macé. ¿Qué poco se cuida ella de la costumbre! «Ante todo ha querido protestar como su esposo con su presencia «y sus lágrimas contra la iniquidad de la corte. ¿Porqué se ha que- «dado en su casa la mujer de Marcel, el primero de nuestros ma- «gistrados? ¿Acaso Marcel estará menos indignado de lo que parece «por el atentado de los cortesanos del regente? ¿Trata acaso de ju- «gar á dos manos, de preparar secretamente medios de conciliacion «con la corte, en una palabra, de hacer traicion al pueblo?»

— ¡Eso es infame! exclamó Dionisia no pudiendo contener su indignacion. ¡Atreverse á acusar á Marcel de traicion porque mi tia ha sido prudente y no ha ido á ese entierro á hacer vano y fingido alarde de dolor!

— ¡Dionisia! dijo vivamente Margarita á su sobrina temiendo envenenar la discusion, pueril en apariencia pero cuyas consecuencias podian ser peligrosas para Marcel.

Era demasiado tarde porque Petronila se levantó y dijo con enojo dirigiéndose á Dionisia:

— Sabed, niña, que mi dolor, lo mismo que el de mi marido, no era vano ni fingido.

— Petronila, añadió Margarita con ansiedad, no ha querido decir eso Dionisia... hacedme el favor de escucharme.

— Señora, respondió secamente la mujer de Maillart, habia venido aquí para avisaros como verdadera amiga sobre palabras, sin duda irreflexivas, pero muy peligrosas para la popularidad de Marcel, porque á estas horas circulan por Paris tales palabras... mas veo que en vez de darme las gracias se me recibe aquí con expresiones insultantes. La leccion ha sido éscelente y la aprovecharé...

— Pero, Petronila, yo...

— Basta, señora; ni yo ni mi marido volveremos á poner los piés en vuestra casa... Quería indicaros amistosamente [el peligro que corria el buen nombre de Marcel. He cumplido con mi deber: guardaré silencio.

— Petronila, respondió Margarita con dignidad triste y severa, desde que Marcel ha consagrado su vida á los negocios públicos, no hay una sola palabra ni uno de sus actos de que no pueda responder con la frente erguida; ha hecho el bien sin esperar la gratitud de los hombres, y sabrá ser indiferente á su ingratitud. Si algun dia son desconocidos sus servicios llevará á su vida privada la conciencia de haberse conducido siempre como hombre honrado. En cuanto á mi bendeciré el dia en que mi marido se aleje de los negocios públicos para volver á nuestra vida oscura y pacífica.

Margarita se espresaba con tanta sinceridad al hablar de su preferencia al retiro y á la oscuridad que Petronila, furiosa por no haber podido herir cruelmente á la mujer á quien tanto envidiaba, perdió el comedimiento y dijo:

— Estais en un grande error, señora, porque en estos tiempos no depende de un hombre como Marcel el sepultarse tranquilamente

en el retiro, no, no; el que ha sido el ídolo de Paris, ha de esforzarse en conservar la confianza del pueblo, y si la pierde, es considerado como un traidor. ¿Sabeis, señora, lo que se hace con los traidores?

— ¿Han tenido acaso los enemigos de Marcel la execrable audacia de acusarle de traicion? exclamó Margarita vertiendo lágrimas. ¿Quieren tal vez su vida?

La llegada del preboste de los mercaderes interrumpió esta conversacion.

Aunque Marcel parecia abrumado de cansancio, su rostro brillaba de alegria y gritó desde la puerta:

— ¡Margarita! ¡Dionisia! ¡Buena noticia!

Apenas pronunció estas palabras cuando Petronila Maillart le saludó con ademan altivo, pasó por delante de él y salió del aposento sin desplegar los labios. El preboste, sorprendido con aquella brusca y silenciosa despedida, miró á Margarita y á Dionisia como interrogándoles, y advirtiendo despues la turbacion y la inquietud que les habian causado las odiosas calumnias de Petronila, les dijo:

— ¿Qué tienes, Margarita? ¿Porqué se va de un modo tan extraño la mujer de nuestro amigo?

— Tio, dijo la jóven vertiendo lágrimas, hay personas muy crueles y perversas.

— Compadecelas, hija mia, pero supongo que no hablarás de esas personas aludiendo á la mujer de Maillart.

— Esteban, dijo Margarita con turbacion, sé que es preciso despreciar las palabras de los necios, pero en estos tiempos puede tener la necesidad resultados tan graves...

— Solo puedo pasar una hora á vuestro lado, dijo tristemente Marcel, y estoy rendido de cansancio. Esperaba gozar algun descanso, y venia muy gozoso con una buena noticia que debia daros tanto placer como á mi, pero veo frustrado todo mi gozo. ¡Son sin embargo tan gratos para mi estos momentos de paz y expansion que encuentro al lado vuestro!

— Y esos momentos son bien raros, dijo Margarita con un suspiro melancólico, y nos son tan preciosos como para tí...

— Lo sé, pero por fortuna no eres de esas mujeres sin valor cuya continua ansiedad es el tormento de los esposos que las aman y sufren con sus angustias. No, eres animosa, aceptas con firmeza la condicion que me han creado los acontecimientos, segura de que

me porto como hombre honrado; te veo igualmente con la frente serena y la sonrisa en los labios, y en tu prudente y suave serenidad, me reanimo y recobro nuevas fuerzas para la lucha, porque mi vida es actualmente una lucha, lucha santa, gloriosa y fecunda, pero que agota. Al menos hallo por tí, Margarita, en nuestro hogar esa calma feliz, esa confianza y desahogo que es para el alma lo que un sueño pacífico para el cuerpo. ¿Porqué he de encontrarte hoy triste y abatida?

—Querido Esteban, despues hablaremos de la visita de Petronila, dijo Margarita interrumpiendo á su marido y temiendo turbar los pocos instantes de descanso que iba á buscar su lado. Nos anuncias una buena noticia; danosla antes.

—Prefiero hacerlo asi, respondió el preboste de los mercaderes exhalando un suspiro y sentándose entre su mujer y Dionisia, en tanto que esta le quitaba solícita la gorra y la capa. Al subir aqui, añadió Marcel, he dicho á Inés que pusiera un cubierto mas para la cena.

—¿Volverá hoy nuestro hijo de la Bastilla San Antonio? preguntó vivamente Margarita. ¿Esa es la buena noticia que nos traías?

—No, no; Andrés no volverá hasta mañana despues de pasar la noche de guardia en la Bastilla con su compañía de ballesteros. Nadie mas que mi hijo debe dar el ejemplo de la regularidad en el servicio.

—¿Quién viene pues á cenar esta noche con nosotros, tio?

—¿Quién, querida Dionisia? dijo Marcel sonriendo. Uno de nuestros mejores amigos.

—¿Simon Paonier? ¿Pedro Caillart? ¿Delille ó Felipe Giffart?

—No, Dionisia. No busques á nuestro convidado entre mis compañeros los regidores porque no tiene aun edad para desempeñar tan graves cargos. Pero te diré para ayudarte á adivinarlo que nuestro convidado ha llegado esta noche de provincia.

—¿Será acaso mi viejo primo que reside con su hija en *Vaucouleurs*? ¿Habrá dejado el pacífico valle del Mosa para venir á vernos?

—No, querida Dionisia; el amigo que esperamos solo hacia algun tiempo que estaba ausente de Paris.

—¿Algun tiempo? dijo primero maquinalmente Dionisia y acudiendo despues á su mente una idea súbita, pero atreviéndose apenas á sostenerla, la pobre jóven palideció, cruzó las manos tem-

blando, y clavando en el preboste de los mercaderes una mirada llena de angustia y de esperanza á la vez, balbuceó: ¿Qué decís, tío?

— Añadiré además que la suerte de ese amigo nos causaba ya viva inquietud.

— ¡Mahiet! gritó Dionisia abrazando á Marcel. ¿Será cierto? ¿Ha vuelto Mahiet?

— ¡Mahiet! dijo tambien Margarita participando de la sorpresa y la alegría de su sobrina. ¿Le has visto? ¿Está en Paris?

— Si, esta mañana le he visto en la casa consistorial. Está bueno aunque ha padecido mucho.

Forzoso es renunciar á describir la emocion y las dulces lágrimas de Dionisia.

Cuando se calmó esta emocion, el preboste de los mercaderes dijo á su mujer y á su sobrina:

— Presidia esta mañana en la casa consistorial nuestro consejo de regidores, cuando uno de los sargentos me entregó una carta; la abrí y ví que Mahiet me decia en ella que necesitaba hablarme. Le hice subir por órden mia al aposento donde trabajo, y fuí á verle luego que terminó la sesion. ¡Ah! pobre Dionisia, confieso que apenas reconocí á nuestro amigo...

— ¿Porqué?

— Estaba tan cambiado, tan flaco...

— ¿Qué le ha sucedido pues, Dios mio? preguntó Dionisia. ¿Ha ido como temia mi tia á pelear contra los ingleses? ¿Sale de una cárcel?

— Lo adivinaste.

— ¿Sale de una cárcel?

— Si, y no ha ido á la guerra, respondió Marcel. Os contaré lo que le ha sucedido. Ya sabeis que habia partido para Nointel en el Beauvoisi. Despues que salió de Nointel por la noche y hubo descansado una hora al amanecer en Beaumont-sur-Oise, volvió á ponerse en camino, pero al cabo de algun tiempo oyó detrás el precipitado galope de un caballo y vió llegar huyendo á rienda suelta un hombre que llevaba una mujer en la grupa y á quien perseguian tres ginetes armados. Los fugitivos se pararon á algunos pasos de Mahiet, y el hombre que era un jóven de unos veinte años, dijo á nuestro amigo: — Huimos del castillo de Beaumont; el señor es tutor de mi hermana que me acompaña y quiere casarla á la fuerza con uno de sus

viles satélites. Nos persigue con sus hombres de armas. Ya que estais armado, compadeceos de nosotros y ayudadme á defender á mi hermana.

— Conozco el corazon y el valor de Mahiet, dijo Dionisia con emocion; defenderia á aquellos desgraciados.

— Sin vacilar un instante porque, segun me ha dicho, como abogado de armas no podia negarse á defender tan buena causa. El señor de Beaumont llegó con dos escuderos...

— ¡Y se trabó el combate! exclamó Dionisia cruzando las manos. ¡Pobre Mahiet! Solo contra tres...

— Era capaz de vencerlos, pero desgraciadamente uno de los combatientes le descargó al principiar la batalla un golpe tan terrible por detrás sobre la cabeza con una maza de armas, que se rompió el casco de Mahiet, y cayó nuestro amigo sin sentido á los piés del caballo. Cuando volvió en si, se encontró medio desnudo sobre la paja en un oscuro calabozo.

— ¡Pobre Mahiet! dijo Margarita. Ese calabozo era sin duda una de las prisiones del castillo de Beaumont á donde habian trasladado á nuestro amigo despues del combate.

— Si, querida Margarita, y en ese calabozo ha permanecido durante su larga ausencia de Paris.

— ¡Cuanto habrá padecido! Pero ¿cómo ha logrado, tio, librarse de su cautiverio?

— El señor de Beaumont, pocos dias despues de poner preso á Mahiet, habia partido con sus hombres á hacer la guerra á los ingleses. Mahiet ignora si murió ó cayó prisionero en la vergonzosa derrota de Poitiers, pero hace dos dias el castillo de Beaumont fué atacado y tomado por asalto por la partida de cierto capitan inglés llamado Griffith.

— ¿Ese terrible aventurero inglés que llegó hasta San Cloud aquel dia que tanto miedo pasamos porque salisteis á la cabeza de la militia, le vencisteis y le alejasteis de Paris? ¡Cielos! exclamó Dionisia con espanto; en qué manos habia caido el pobre Mahiet!

— Tranquilízate hija mia, porque por una estraña casualidad nuestro amigo solo puede decir elogios de ese aventurero.

— ¡Del capitan Griffith!

— Ese hombre feroz y estraño tiene á veces algunos impulsos nobles y generosos. Pues bien, luego que sus ingleses saquearon, segun su costumbre, el castillo de Beaumont, pasaron á cuchillo los hom-

bres y violentaron á las mujeres, llevados por el ardor del saqueo, registraron el castillo hasta los subterráneos. Llegan al calabozo de Mahiet, rompen sus cadenas y le conducen á presencia del capitán Griffith que afortunadamente estaba aquel día de buen humor. Después de interrogar á nuestro amigo, habiéndole llamado sin duda la atención su robusta y gallarda presencia, le propone que entre en su compañía, y Mahiet se niega con resignación. El capitán Griffith, que estaba sin duda medio ébrio, le manda dar un traje y dos florines, y le dice haciendo alusión á lo flaco que veía á nuestro amigo: — « Cuando lleves carne sobre los huesos, serás indudablemente un mozo terrible, y si vuelvo á encontrarte, tendré un placer en romper contra tí una lanza. Eres libre, vete; y que el diablo, mi protector, te ayude.»

— El capitán Griffith es un perverso bandido, dijo Dionisia, y sin embargo le estoy agradecida por haber devuelto la libertad á Mahiet.

— ¿De modo que nuestro amigo, dijo Margarita, volvió directamente á Paris luego que salió del castillo de Beaumont?

— Si, respondió tristemente Marcel, y le esperaba aquí un golpe tan cruel como imprevisto.

— ¡ Ah! si, dijo Dionisia, la muerte de su padre.

— Terrible ha sido el golpe para él. Juzgad cual sería su dolor. Cuando llegó, corrió gozoso á casa de nuestro antiguo amigo Lebreun el librero, y Mahiet supo allí la dolorosa pérdida que había tenido... Toda la noche y una parte del día de ayer han trascurrido para él en la soledad y el llanto. Esta mañana como os he dicho ya, ha venido á verme á la Casa consistorial, y esta noche podremos ofrecerle al menos los consuelos de la amistad.

Entró en aquel momento Inés la Beata que dijo á Marcel entregándole una medalla de oro esmaltada de verde, sobre la cual se veían una C y una N puestas debajo de una corona.

— Un hombre embozado hasta los ojos espera en la tienda; desea hablar con vos al instante, y me ha entregado esta medalla encargándome que os la enseñara.

Marcel se estremeció de sorpresa al ver la medalla y dijo á su esposa:

— Querida Margarita, ni siquiera disfrutaré ya la hora de descanso en que confiaba... Déjame solo, y baja con Dionisia. No puede tardar en venir Mahiet. No me esperéis á cenar.

Y dirigiéndose despues á Inés la Beata, le dijo:

— Que entre ese hombre.

— Marcel, dijo Margarita con inquietud mientras salia la criada á cumplir la órden de su amo, ¿estás rendido de cansancio y no tendrás tiempo para cenar?

— Bajaré luego y probaré algun bocado antes de salir.

— ¡Cómo! ¿otra noche de vela?

— He convocado una reunion nocturna en el convento de los Franciscanos. ¡Ah! Margarita, añadió Marcel cuyas facciones se oscurecieron, el entierro de Perrin Macé será tal vez señal de grandes acontecimientos.

El preboste de los mercaderes se interrumpió al ver al hombre embozado que acababa de introducir Inés, y Margarita salió tanto mas alarmada cuanto que las últimas palabras de su esposo le recordaban su conversacion con Petronila Maillart.

El desconocido se aseguró de que estaba cerrada la puerta despues de haber salido las dos mujeres, y quitándose la capa, la dejó sobre una silla. Aquel hombre de pequeña estatura, de unos veinte y cinco años á lo mas y vestido tan solo con un justillo de búfalo, tenia las facciones finas y regulares, pero á pesar de la gracia de su rostro, sus afables ademanes y la dulzura casi exagerada de su voz, su sonrisa sardónica y su insidiosa mirada revelaban la perversidad de su alma. Marcel, cada vez mas inquieto, parecia que aceptaba la visita de aquel hombre como una de esas necesidades penosas que sufren á veces los hombres engolfados en los grandes negocios públicos, pero su actitud graciosa y su mirada recelosa revelaban la repulsion que experimentaba.

— No esperaba, dijo, recibir esta noche en mi casa al rey de Navarra.

CÁRLOS EL MALO (este era su merecido nombre) respondió sonriendo y con voz melosa que era uno de sus mas perfidos atractivos:

— ¿No se visitan mutuamente los reyes?

— ¿Los reyes?

— Si. ¿Qué tiene de extraño que Carlos, rey de Navarra, venga á visitar á Marcel, rey del pueblo de Paris?

— Señor, respondió Marcel con impaciencia ¿qué quereis de mi?

— Eres breve en tus palabras.

— Breve es el lenguaje de los negocios, y por otra parte, conviene medir las palabras cuando se habla con vos.

— ¿Desconfías aun de mí?

— Si... y mucho.

— Me gusta tu franqueza.

— Señor, al hecho... ¿qué quereis?

Cárlos el Malo permaneció un momento silencioso, y clavando despues con osadia su mirada viperina en el preboste de los mercaderes, respondió con lentitud y acentuando todas sus palabras:

— ¿Que quiero Marcel? Ser rey de los franceses. ¿Te admira?

— No, respondió el preboste de los mercaderes con una sangre fria que sorprendió á Cárlos el Malo; tarde ó temprano debiais hacerme semejante proposicion.

— Muy de lejos ves las cosas. ¿Y cuando te ha ocurrido esa prevision?

— Cuando ví á vuestra hechura, *Roberto el Gallo*, obispo de Laon, arrojarse con ardor en el partido popular y manifestarse uno de los enemigos mas famosos del rey JUAN con cuya hija os habeis casado...

— Sin embargo, recuerdo que te serviste de la influencia del obispo de Laon en los Estados generales para hacerles aceptar tu famosa ordenanza de reformas.

— Empleo todos los instrumentos que me ayudan en hacer bien.

— ¿Y los rompes despues?

— Si, cuando es necesario, pero Roberto el Gallo es demasiado elástico para romperse. Sin embargo, á pesar de su astucia, adiviné su pensamiento secreto.

— ¿Cuál es ese pensamiento?

— El pueblo de Paris ha dado al obispo de Laon el apodo de *enchillo de dos filos*, y el pueblo, señor, tiene razon.

— Esplicate.

— El obispo de Laon jugaba á dos manos manifestándose tan hostil al rey Juan vuestro suegro y mas adelante tan hostil al regente vuestro cuñado; queria destronar primero la dinastia reinante con ausilio del partido popular...

— ¿Y despues?

— Y despues... daros la corona. He aqui, señor, porque no me admiro cuando me decís: «quiero ser rey de los franceses.»

— ¿Y qué piensas de mi pretension?

— Que teneis algunas probabilidades de subir al trono.

— ¿Con tu cooperacion?

— Tal vez.

— ¿Será cierto? exclamó el rey de Navarra esforzándose en disimular su alegría.

Reflexionó sin embargo algunos instantes, y lanzando una mirada recelosa al preboste de los mercaderes, continuó:

— Marcel, me tiendes un lazo. Sé como has hablado de mí diferentes veces.

— Señor, os llaman *Cárlos el Malo* y creo que con razon; sois activo, astuto y arrojado, disponeis de numerosas partidas de aventureros; vuestros partidarios son poderosos, inmensas vuestras riquezas, y sois en una palabra una fuerza que puede ser útil cuando llegue la ocasion oportuna. Os hice sacar de la cárcel donde os tenia el rey Juan, vuestro suegro...

— ¿De modo que yo, Cárlos, rey de Navarra, no seré mas que un instrumento en las manos de Marcel, el mercader de paños?

— Señor, teneis vuestros proyectos y yo tengo los míos. Voy á manifestároslos. El regente, hipócrita y tenaz y cercado de malos consejeros, hace burla de sus juramentos, pues juró y promulgó las ordenanzas de reformas, me abrazó llorando y llamándome padre, y juró por Dios y todos los santos que deseaba el bien del pueblo y que se adheria lealmente á las grandes medidas decretadas por la Asamblea nacional. El regente ha faltado á todas sus promesas; su doblez y la audacia de sus cortesanos y de la nobleza, soberana en sus dominios, entorpecen ó impiden la ejecucion de los nuevos edictos. El regente escita en secreto los celos de un gran número de ciudades municipales contra Paris que, segun dicen, quiere gobernar por si sola la Galia. La nobleza se encierra con calculada inaccion en sus castillos y deja que los ingleses estiendan sus estragos hasta las puertas de Paris. La moneda falsa real continua arruinando el comercio y aniquilando el crédito, y finalmente hace dos dias que unos favoritos del regente mandaron mutilar y ejecutar á un vecino de Paris, demostrando el insolente desprecio de la corte para con las leyes decretadas por los Estados generales. El plan de la corte es muy sencillo: cansar el pais con los desastres, imposibilitar el bien que tan justamente se esperaba de la Asamblea nacional, y poder decir un dia al pueblo cuya paciencia habrán agotado estos odiosos manejos: Pueblo, ya ves los frutos de la rebelion, en vez de permanecer sumiso como antes á la autoridad de tus gobernantes, has querido reinar enviando tus diputados á los Estados generales, pero sufres

hoy el castigo de tu necia osadía. Esta ruda lección te probará que los pueblos han nacido para obedecer y no para mandar. Sigue ahora llevando tu antiguo yugo.

— ¡Vive Dios! Aunque hubieras asistido como yo con frecuencia á las secretas conversaciones de mi cuñado y sus consejeros, no estarías mejor enterado de sus proyectos. Y si triunfan ¿qué harás?

— Tengo esperanzas en el porvenir, señor. La conquista de la libertad es tan cierta como lenta y penosa, pero no desespero aun, y quiero hacer otra tentativa con el regente.

— Y si sale frustrada ¿recurrirás á mí?

— Entre dos males es preciso acoger el menor.

— ¿Crees encontrar en mí lo que falta al regente?

— Teneis sobre él una inmensa ventaja.

— ¿Cuál?

— Quereis ser rey, y la cuna le ha puesto á él en un trono.

— ¿Olvidas que soy rey de Navarra?

— En efecto, señor, lo olvidaba... así como lo olvidais para ser rey de Francia. Decía pues que un rey por derecho de nacimiento debe considerar las reformas como necesarias á la consolidación de su poder, pero vos al contrario, las considerareis como un medio de llegar al trono. Así pues por pérfido que os crean y aunque os llamen con justicia ó no, Cárlos el Malo, os desafío á que subais al trono sin tomar en vuestro advenimiento, en vuestro propio interés, grandes medidas útiles al bien público. Entónces...

— ¿Trataréis de derrocarle?

— Trataría de hacerlo, señor, con todas mis fuerzas desde el momento que os apartaseis de la buena senda.

— ¿Es decir que destruirías tu obra sin remordimiento?

— Sin remordimiento. Por otra parte, señor, hora es ya de que no suceda como en los siglos de la primera y segunda raza.

— ¿Qué sucedió entonces?

— Que los alcaldes de palacio y los grandes señores feudales, destronaban los reyes y cambiaban las dinastías.

— En efecto.

— ¿Y creéis que semejantes cambios puedan repetirse? Yo lo preveo.

— Creo que no ha de repetirse lo que deseas.

— ¿Porqué venís, pues, á pedir mi cooperación?

— Porqué el pueblo eres tú, su rey y consejero, pero si tu murieras, se quedaria tan débil como antes.

— Me adulais, señor, pero acepto vuestros elogios. Que muera yo hoy ó mañana, que seais ó no rey, que mi última tentativa con el regente se frustre, que triunfe el partido de la corte, suceda lo que suceda, si el presente sale fallido para el pueblo, le pertenece el porvenir. Hágase lo que se quiera, se ha dado ya un paso inmenso, pues la ordenanza de las reformas de 1356 y la acción soberana de la Asamblea nacional dejarán huellas indelebles. Dicen unos que he sembrado muy pronto y añaden: «siembra temprana, cosecha tardía.» Tal vez sea verdad, pero he sembrado, la semilla está en la tierra y tarde ó temprano cogerá el fruto el porvenir. He cumplido mi tarea y puedo morir. Resumiré, pues, señor: si salgo mal en mi última tentativa con el regente recurriré á vos. Se os nombrará primeramente capitán general de Paris... Este será vuestro primer paso hácia el trono, y despues pensaremos lo que debemos hacer para llevar la empresa á *buen fin*, como dice nuestra divisa.

— Mis primeras palabras al entrar aquí han sido: Marcel, quiero ser rey de los franceses. Tenia mi proyecto, pero renunció á él para adoptar el tuyo, dijo Cárlos el Malo tomando la capa. Eres uno de esos hombres incorruptibles á quienes no se convence ni corrompe. Trataré de desvanecer las prevenciones que abrigas contra mí ó de comprar tu alianza que, por peligrosa que sea para mí, acepto tal como me la ofreces. Vuelvo á San Dionisio á esperar el acontecimiento, y en el caso de que mi presencia fuera necesaria en Paris, escribeme y vendré. Te pido un absoluto secreto sobre nuestra entrevista.

— Es secreto que conviene á nuestros comunes intereses.

— Adios, Marcel.

— Adios, señor.

Y el rey de Navarra se embozó hasta los ojos y salió del aposento.

Marcel le siguió con la mirada y dijo cuando se quedó solo:

— ¡Necesidad fatal! ¡Cooperar á la elevación de este hombre! Y sin embargo es preciso. Este cambio de dinastía puede ayudarme á salvar la Galia si el regente frustra mañana mi última esperanza. Si, Cárlos el Malo entrará forzosamente, para conquistar y conservar la corona, en esa senda de reformas que pueden aligerar el peso que abrumba el pueblo en ciudades y aldeas. ¡Pobre plebe rústica! ¡Pobre Buen Juan, tan humilde en tu martirio de tantos siglos! Unido por vez primera con la clase media y el pueblo de las ciudades, veremos

si cuando llega el día que preparo, puede detenerte en tu marcha
Cárlos de Navarra.

Se oyó entonces una campana, y Marcel se estremeció y añadió:
—Apenas tendré tiempo de llegar al convento de Franciscanos para preparar á nuestros amigos á la terrible resolución que hemos de tomar mañana. ¡Caiga la sangre que se derrame sobre los que han provocado la impia lucha con su tiranía!

Y el preboste de los mercaderes bajó la escalera de su tienda para reunirse con su esposa, su sobrina y Mahiet el abogado que, según el deseo de Marcel, le esperaban cenando.

Guillermo Caillet, después de haber descansado en la posada de Rufino, se dirigió al convento de Franciscanos donde se agrupaba una multitud ansiosa de oír al preboste de los mercaderes. Los franciscanos, orden monástica pobre, que envidiaba á las demás órdenes y al alto clero, se habían decidido en favor del partido popular contra la corte, y la sala principal de su convento servía habitualmente de sitio de reunión para las asambleas populares. Rufino, que conocía al hermano portero, obtuvo para él y su compañero el permiso de esperar á Marcel en el refectorio por donde debía pasar para dirigirse á la sala donde había de arengar al pueblo. Aquella sala inmensa, con paredes y bóveda de piedra, iluminada tan solo por dos lámparas que ardían en una especie de tribuna colocada en uno de sus extremos, estaba ya inundada por una multitud impaciente, y los que se hallaban más cerca de la tribuna, recibían toda la luz de las lámparas en sus rostros; pero lo demás, según se iban alejando, permanecían en una media oscuridad que se convertía en densa tiniebla en el extremo opuesto de la sala. El auditorio se componía de mercaderes, propietarios y artesanos, de los cuales la mayor parte llevaban caperuzas medio rojas y azules, colores adoptados por el partido popular y broches que tenían por divisa las palabras: *A buen fin*.

Servían de tema á las conversaciones de la ruidosa y animada concurrencia los dos entierros que habían tenido lugar aquel día y cuyo contraste y significación eran tan evidentes, y los ánimos menos perspicaces preveían la certeza de una crisis decisiva y de un conflicto inevitable entre el partido de la corte y el popular, representado el uno por el regente y el otro por el preboste de los mercaderes.

De modo que esperaban con tanta impaciencia como ansiedad la llegada de Marcel, el cual entró pocos momentos despues por una puerta abierta cerca de la tribuna, acompañado de varios regidores entre los cuales se veia á Juan Maillart: seguianles Mahiet el abogado, Rufino y Guillermo Caillet. Este habia hablado largo rato con Mahiet y el preboste de los mercaderes antes de entrar en la sala.

Aclamaciones entusiastas saludaron la llegada de Marcel y los regidores. El preboste subió al tablado, al pié del cual se quedó Maillart, y los demas regidores se sentaron cerca de Marcel que no tardó en espresarse de este modo en medio de un profundo silencio.

— Amigos, el momento es grave; no os desanimeis, pero no os hagais ilusiones. El regente y la corte se han quitado la máscara. Esta mañana la corte ha respondido, siguiendo el cortejo de Juan Baillet, á nuestra solemne protesta contra la sentencia inicua y sangrienta que con desprecio de las leyes habian fulminado contra Perrin Macé. Es un reto... y lo aceptamos!

— ¡ Si, si! gritó la multitud; no nos harán retroceder el regente y sus cortesanos.

— El regente intimidado por la energia de la Asamblea nacional, habia concedido y jurado el cumplimiento de las reformas; los diputados de las ciudades de Francia, reunidos en Paris en Estados generales, debian regir todo el pais con la cooperacion del regente, como los magistrados de las municipalidades rigen á las ciudades. De este modo desaparecian la tirania feudal, las prodigalidades ruinosas, la falsa moneda, la justicia venal, las contribuciones desmedidas, los impuestos arbitrarios, las exaccion en nombre de los grandes, los privilegios de la nobleza y esos derechos señoriales que indignan por su odiosidad. Si, esto es lo que queriamos, pero se ve que el regente y la corte no lo quieren.

— ¡ Por Dios vivo! A la fuerza habrán de quererlo, exclamó Juan Maillart con voz atronadora, levantándose de su asiento y gesticulando; de lo contrario, los pasaremos á todos á cuchillo desde el regente hasta el último cortesano. ¡ Mueran los traidores! ¡ A las armas!

Gran número de voces en la multitud aplaudieron la exaltacion de las palabras de Maillart, y el hombre de la gorra de pieles, que se hallaba en aquella reunion como se habia hallado por la mañana en el cortejo de Perrin Macé, iba de grupo en grupo diciendo:

— ¿Qué tal, amigos? ¿Qué intrépido es Maillart! No habla mas que de pasar á cuchillo á todos los traidores. Marcel por el contrario siempre está temiendo comprometerse. No me admira eso, porque se dice que ha abrazado secretamente el partido de la corte.

— ¡Marcel... hacer traicion á Paris! respondieron varias voces; estais delirando buen hombre.

— Ved sino como calla y no responde al grito de alarma lanzando con tanta bravura por Maillart.

— ¿Cómo quereis que hable Marcel en medio de este ruido? Ni siquiera le oirian y queremos oirle. Pero ¡silencio! Ya habla; escuchemos.

— Es preciso defender nuestros derechos, dijo Marcel, pero nos perjudicaria una ciega venganza. Tal vez será forzoso por desgracia dar ese grito de ¡á las armas! grito que resonará en todo el reino desde las ciudades á las aldeas.

— ¿Y qué nos importan las aldeas? dijo Maillart. Hagamos lo que debemos pero solo para nosotros y por nosotros. Pronto... ¡á las armas! La tardanza puede ser nuestra ruina.

— Tu valor te arrebató, dijo Marcel á Maillart con acento de reprehension amistosa. ¿La dicha y la libertad han de ser el privilegio de algunos? ¿Formamos acaso todo el pueblo los vecinos y artesanos de las ciudades? ¿No hay millones de siervos, vasallos y villanos abandonados sin piedad al poder feudal? ¿Quién se cuida de esos desventurados? Nadie. ¿Quién representa sus intereses en los Estados generales? Nadie.

Y volviéndose hácia Guillermo Caillet que apartado en la oscuridad escuchaba con atencion al preboste de los mercaderes, designó al viejo campesino á las miradas del auditorio y añadió:

— Pero me equivoco... los siervos estan hoy representados en este sitio. Contemplad á ese anciano y escuchadme...

Todos los ojos se volvieron hácia Guillermo que en su timidez rústica bajó la cabeza.

— Escuchadme, continuó Marcel, y vuestro corazon latirá como el mio de indignacion, y clamareis como yo: ¡justicia y venganza! La historia de este vasallo es la del pueblo de las aldeas. Este hombre tenia una hija, el único consuelo de sus miserias, y se llamaba Ave-lina. Estaba prometida por esposa á un mozo de molino vasallo como ella, y á quién por su mansedumbre llamaban Mazurec el Cordero.

Marcel contó entonces la desgracia de los dos novios, el uso que hizo el señor de Nointel del derecho de primicias, el robo del dinero del rescate por Gerardo de Chaumontel, el duelo judicial entre Mazurec armado de un palo y su adversario armado de todas armas, la sentencia de la senescalia de Beauvois, y la barbarie del castigo de los siervos insurreccionados y de Mazurec arrojándole en un saco en el río.

— ¡Es un baldon! exclamó la multitud en su indignación furiosa.

— ¿Y no somos cómplices de este baldon permitiendo que los aldeanos la sufran? dijo Marcel con voz atronadora que dominó los murmullos de la concurrencia.

— ¡No, no lo permitiremos! exclamaron centenares de voces.

— He aquí lo que pasa á la puerta de nuestras ciudades. El pueblo de las campiñas entregado sin piedad al capricho de los señores, las mujeres violadas y los hombres condenados á muerte. Si los vasallos invocan en su desesperacion la justicia de los hombres, suprema esperanza de los oprimidos, la justicia con sus fallos sanciona el derecho de violacion y de muerte. ¿Qué quereis que hagan entónces? Y si arrastrados á un extremo por la miseria, si respondiendo en su furor con terribles represalias se vengan ellos y sus padres de un martirio de tantos siglos, ¿quién se atreverá á condenarlos?

— Nadie, respondió la multitud.

— Pero no basta eso; es preciso hacer causa comun con los habitantes de las aldeas: ¿lo quereis?

— ¡Si, si! gritaron los regidores presentes en aquella reunion.

— ¡Si, si! repitieron las mil voces de la multitud con entusiasmo imposible de describir; unámonos á nuestros hermanos de las aldeas. Su causa es la nuestra; que nuestra divisa sea tambien la suya. ¡A buen fin para las ciudades! ¡A buen fin para los aldeanos!

— Ven, pobre mártir, exclamó Marcel con los ojos bañados en lágrimas y estrechando contra su pecho á Guillermo Caillet, no menos conmovido que el preboste de los mercaderes, ven. Tomo por testigo al cielo y á los gritos salidos de tantos corazones generosos enternecidos por el relato de los padecimientos de tu familia, de que se halla formada en este dia solemne la indisoluble alianza de todos los hijos de nuestra madre patria. ¡Unámonos contra el enemigo comun! Artesanos, mercaderes y aldeanos, juremos ser todos para

cada cual , cada cual para todos y á *buen fin* la buena causa.

Inmenso era el entusiasmo de la multitud al ver al preboste de los mercaderes vestido con la toga de regidor y estrechando en sus brazos al siervo de manos callosas y vestido de harapos.

Guillermo , profundamente sorprendido y enternecido por lo que veia y oia , conoció que iba á desmayarse á pesar de su rudeza enérgica , y se vió precisado á recostarse en la pared mientras Marcel decía con voz sonora :

— Amigos , todos los que desean llevar la buena causa á buen fin , han de estar mañana por la mañana armados en la plaza de la iglesia de San Eloy ; no esperareis mucho rato , y os daré cuenta de mi resolución.

— Confía en nosotros , Marcel , gritó la multitud.

— Iremos todos , decian otros.

— Te seguiremos con los ojos cerrados.

— ¡ Viva Marcel !

— ¡ Vivan los aldeanos !

— ¡ A buen fin ! ¡ á buen fin !

Y la multitud salió en tumulto de la sala del convento de Franciscanos.

— Ya veis , amigos míos , hasta qué punto desconfía Marcel del pueblo de Paris , dijo el de la gorra de pieles á varios ciudadanos que salian con él de la sala.

— ¿ Porqué ? le preguntaron.

— ¿ No lo habeis oido ? Parece increíble...

— ¿ Qué ha dicho ?

— Llama en su auxilio á los rústicos de las aldeas. ¿ No somos acaso bastante fuertes para defendernos sin el apoyo del Buen Juan ? En verdad que Marcel no habia manifestado nunca tan claramente el desprecio que le inspiramos. ¡ Qué diferencia entre él y Maillart ! Este si que es amigo del pueblo.

Hace algunos instantes que ha salido el sol.

El regente que , recientemente y con sobrado motivo , ha ido á habitar la torre del Louvre , se ha levantado del lecho , situado en su vasta cámara de artesonados de rico labor , de colgaduras magníficas y de suelo cubierto de ricas pieles.

Algunos favoritos tienen el insigne honor de asistir al tocado del

jóven que reina en la Galia; uno de estos servidores, el señor de Noirville, celoso del empleo de los servidores del príncipe, está arrodillado á sus pies y le calza los zapatos de largas puntas retorcidas, en tanto que el regente, sentado en el borde de la cama, cabizbajo y pensativo, se deja calzar maquinalmente. Hugo, señor de Conflans, mariscal de Normandia, el que ordenó la mutilacion y la muerte de Perrin Macé, habla en voz baja en una ventana con Roberto, mariscal de Champaña, otro consejero del príncipe el cual despues de algunos momentos de dar vueltas á sus pulgares, su entretenimiento habitual segun varios historiadores, levanta la cabeza, y llamando con su voz flauteada al mariscal de Normandia, le dice:

—Hugo ¿á qué hora se cierra el portazgo del Sena debajo de la poterna que conduce á la orilla del rio?

—Señor, el portazgo se cierra al anochecer.

Y el mariscal añadió con sonrisa sarcástica:

—Asi lo ha mandado Marcel.

—¿De modo que en hacerse de noche ningun barco puede salir de Paris?

—Ninguno, señor; en haciéndose de noche nadie puede salir de Paris por agua ni por tierra: asi lo ha mandado tambien Marcel.

—En ese caso, respondió el regente sin mirar á su interlocutor y despues de reflexionar algunos instantes, te proporcionarás hoy un barco y le harás amarrar en la orilla fuera del portazgo á corta distancia de la poterna á donde va á parar la escalera de la torre. Tú y Roberto, añadió el regente designando con la mano al mariscal de Champaña, estareis prontos á acompañarme cuando anochezca.

Los dos favoritos permanecieron un momento mudos de sorpresa.

El mariscal dijo entonces con voz animada:

—¿Cómo, señor! ¿Tratais acaso de huir de Paris de noche y furtivamente? ¿Dejais asi el puesto á ese miserable Marcel? Si ese insolente mercader os estorba, señor, seguid el consejo que tantas veces os he dado. Mandad ahorcar á Marcel y á sus regidores como he hecho con Perrin Macé. ¿Ha sublevado á los parisienses esta ejecucion? No, ninguno de ellos se ha atrevido á alzar la voz, y se han contentado cobardemente con acudir en masa á los funerales del ahorcado. Os repito, señor, que me encargueis el quitaros de

delante á Marcel y toda su cuadrilla , y vereis qué pronto pongo manos á la obra.

— Hay entre otros charlatanes dignos de la horca , añadió el mariscal de Champaña , cierto Maillart que tiene la lengua demasiado suelta para insultar y amenazar á la corte.

— ¡ Maillart ! dijo vivamente el regente lanzando una mirada significativa á sus cortesanos ; guardaos de maltratar á ese hombre !

— Se os obedecerá , señor , respondió el mariscal de Normandia bastante sorprendido al oír al regente ; perdonad á Maillart , pero que mueran esos otros revoltosos de los Estados generales , y Marcel el primero de todos.

— Hugo , dijo el príncipe levantándose para ponerse el justillo que el señor de Noirville se apresuró á presentar á su soberano despues de haberle calzado , que el barco esté preparado para esta noche.

— ¡ Cómo , señor ! exclamó el mariscal casi enojado ¿ no escuchais mi consejo ? mirad que os perderá la clemencia con que tratais á esos viles artesanos.

— ¡ Mi clemencia ! dijo el príncipe lanzando al mariscal una mirada de espresion tan siniestra que el cortesano comprendió el secreto pensamiento de su soberano.

— Si estais decidido á castigar á esa insolente turba ¿ porqué tardais , señor ?

— ¿ Porqué ? dijo el príncipe moviendo la cabeza , y no continuó.

Permaneció nuevamente pensativo y dijo despues de algunos momentos de silencio :

— Que esté dispuesto el barco esta noche.

Sobrado sabian los favoritos del regente cuan indómita era su tenacidad y cuan profundo su disimulo para suplicarle que se esplicase con mas claridad ; sin embargo , el mariscal de Normandia iba á hablar cuando entró uno de sus oficiales de palacio y dijo :

— Señor , los caballeros de Nointel y de Chaumontel piden ser introducidos á vuestro presencia para despedirse de vos , favor que les concedisteis ayer.

Habiendo hecho el regente una seña afirmativa , Conrado de Nointel y su amigo entraron en la cámara real y se inclinaron respetuosamente ante el príncipe. Las fatigas de la guerra en nada habian alterado la salud de los dos caballeros , vueltos de la batalla de Poi-

tiers sin la mas leve herida; ambos habian sido de los primeros en huir cobardemente al frente de la nobleza, y el novio de la hermosa Glorianda de Chivry no llevaba los diez prisioneros ingleses que la noble señorita queria ver encadenados á sus piés como prenda del valor de su futuro esposo.

— ¿Es decir, Conrado de Nointel, que partes ya de nuestra corte para regresar á tu señorío? dijo el regente. Esperamos volver á verte en mejores tiempos, y nos complacemos en contar un Neroweg entre nuestros fieles, porque dicen que tu familia es tan antigua como la de los primeros reyes francos que conquistaron el pais. ¿No tienes un hermano mayor?

— Si señor, la rama primogénita de mi familia habita en Auvernia en los dominios que debe á la espada de mis antepasados, compañeros de guerra de Clodoveo. Mi padre salió de su castillo de Plouernel, situado cerca de Nantes para ir á establecerse en Nointel que le pertenecia como herencia de mi madre, porque preferia estar cerca de Paris y de la corte. Yo sigo la opinion de mi padre y jamás pondré los piés en los lejanos dominios que gobiernan mis mayordomos.

— Espero que cumplirás tu promesa porque la ilustre antigüedad de tu estirpe, aumenta mis deseos de conservarte á mi lado.

— Señor, volveré á la corte por un doble motivo, porque el vivir aqui es el mayor anhelo de la señorita de Chivry con quien voy á casarme y con cuyo objeto me apresuro á partir de Paris. Parto ademas para reunir el dinero necesario para nuestro rescate.

— ¡Cómo! ¿Los dos habeis sido prisioneros de los ingleses?

— Si, señor, respondió Chaumontel, pero como no poseo mas que mi casco y mi espada, Conrado se encarga de pagar por mí como buen hermano de armas...

— ¿Os han dejado pues libres los ingleses bajo vuestra palabra?

— Si, señor, respondió Conrado de Nointel, caí prisionero de los soldados del duque de Norfolk, que ha valuado mi rescate en seis mil florines. «Accedo, duque, le dije, pero si me retienes aqui, nunca mi mayordomo podrá obtener de mis vasallos una cantidad tan considerable, pues para arrancarla á esos villanos se necesita la vigorosa mano de su señor. Déjame, pues, volver á mis dominios, y te juro por mi fe de católico y caballero, que te traeré los seis mil florines de mi rescate.»

— ¿Y aceptó el inglés?

— Sin vacilar, señor, y sabiendo que mi señorío está situado en el Beauvoisi, me dijo: «Tengo cierto bastardo, llamado el capitán Griffith, que recorre hace mucho tiempo con su partida las cercanías de Beauvois.»

— Es verdad, dijo uno de los cortesanos, pero por fortuna los castillos de los señores están al abrigo de los saqueos de ese aventurero, porque deja hace dos meses el país devastado pasándolo á sangre y fuego. Cuentan que causa lástima.

— Pues bien, dijo el regente con sonrisa cruel, que los plebeyos, que quieren gobernar por nosotros, hagan cesar esos desastres.

Y dirigiéndose al señor de Nointel añadió:

— Continua, y dinos que tiene qué ver ese capitán aventurero con tu rescate.

— He de entregar á ese Griffith el precio de mi rescate como consta por una carta que para él me ha dado el duque de Norfolk y...

El mariscal de Normandia fué á escuchar á la ventana é interrumpió á Conrado de Nointel diciendo.

— ¿Qué estruendo es ese? me parece oír rumores lejanos.

— ¡Rumores! exclamó el señor de Norville mirando al regente con ademán respetuosamente enojado. ¿Quiénes serán esos audaces que se permiten hacer ruido en las cercanías del palacio del rey?

— Ya no son rumores sino gritos amenazadores, añadió vivamente el mariscal de Champaña corriendo á la puerta que abrió, y al momento una bocanada de clamores furiosos penetró en la estancia real.

Casi al mismo tiempo uno de los oficiales del palacio salió de una larga galería pálido y aterrado, y gritó precipitándose en el aposento:

— ¡Huid, señor! El pueblo de Paris invade el Louvre y ha desarmado las guardias... ¡Huid, señor! Aun es tiempo... ¡huid!

— ¡A mí, amigos míos! gritó el regente pálido de terror, refugiándose sobre su lecho y tratando de ocultarse en los cortinages; defendedme... esos malvados vienen á asesinarme.

Los mariscales de Normandia y de Champaña y algunos de los cortesanos echaron mano á la espada, y Conrado de Nointel y su amigo Gerardo de Chaumontel buscaron con la mirada una salida protectora, en tanto que el señor de Norville saltaba sobre el lecho tratando de ocultarse tras el mismo cortinaje que el regente y gritando:

— No abandono á mi señor.

Abrióse de pronto una segunda puerta que estaba en frente de la galeria, y un gran número de oficiales del palacio, prelados y señores, entraron precipitadamente: habian esperado hasta entonces que se levantase el regente en una sala inmediata y acudieron pavoridos gritando:

— ¡ El pueblo ha invadido el Louvre ! Marcel está á la cabeza de una turba de asesinos ! ¡ Salvad al regente !

Casi al mismo tiempo los cortesanos vieron aparecer en el estremo de la galeria que terminaba en la cámara real, á Marcel acompañado de una multitud compacta armada de lanzas, hachas y cuchillos. Aquellos hombres, mercaderes ó artesanos de Paris, no lanzaban ya ningun grito, y solo se oia el estruendo de sus pasos sobre las losas de la galeria. El silencio de aquella multitud parecia mas temible que los clamores que antes lanzaba. Veiase á su cabeza el preboste de los mercadares, grave, tranquilo y resuelto, y detrás de él iban Guillermo Caillet armado de una lanza, Rufino empuñando una maza de armas y Mahiet el abogado con la espada en la mano. Durante el breve espacio de tiempo empleado en cruzar la galeria, los cortesanos aterrados tuvieron una especie de consejo, pero no prevaleció ninguno de los pareceres confusos y precipitados; el regente permaneció oculto en los cortinages del lecho asi como el señor de Noirville, y la mayor parte de los cortesanos, pálidos y temblando, pero no atreviéndose á huir por un resto de respeto humano, se agruparon en la parte mas remota de la estancia, en tanto que Conrado de Nointel y su amigo, menos escrupulosos, habiendo hallado medio de acercarse á la segunda puerta que daba á otro aposento, se retiraron prudentemente.

Cuando Marcel se presentó en el umbral de la cámara real, solo halló dispuestos á defender la entrada á los dos mariscales con la espada desnuda, pero en aquel instante supremo, sea que conociesen la inutilidad de una lucha fatal para ellos, sea que les impusiera el aspecto del preboste de los mercaderes, bajaron las espadas.

— ¿ Dónde está el regente ? preguntó Marcel con voz firme; deseo hablarle: nada tiene que temer de nosotros.

El acento del preboste de los mercaderes era tan sincero y la lealtad de sus palabras tan generalmente reconocida hasta por sus enemigos, que el príncipe, cediendo á la vez á un sentimiento de dignidad real y á la confianza que le inspiraba la promesa de Marcel, salió

de detras del cortinaje, animado ademas por la presencia de los cortesanos y por la actitud en la apariencia impasible de los rebeldes que acababan de invadir el Louvre.

—Aquí estoy, dijo el regente dando algunos pasos hacia Marcel, y haciendo grandes esfuerzos, á pesar de su profundo disimulo, para disimular la cólera que sucedia en el al espanto; ¿qué quereis?

Marcel se volvió hacia los hombres armados que le seguian y les pidió con el ademan y la mirada que permaneciesen silenciosos y no pasasen de la puerta de la cámara real donde entró solo. El regente, despues de haber consultado durante algunos instantes en voz baja con sus cortesanos, añadió con voz cada vez mas segura dirigiéndose al preboste de los mercaderes:

—Grande es tu audacia...; entrar con armas en mi palacio!

—Señor, hace mucho tiempo que os pedí en vano con cartas una audiencia, y he tenido que forzar las puertas para haceros oír en nombre del pais un language de sinceridad severa...

—Acabemos, dijo el regente con impaciencia; ¿qué quieres?

—Señor, en primer lugar que se cumplan lealmente las ordenanzas de reformas que formasteis y promulgasteis. Estas reformas son la única salvacion del pais...

—Te llaman el rey de Paris, respondió el regente con sonrisa amarga y sardónica. Pues bien, reina y salva el pais. ¿No eres omnipotente?

—Señor, la voz de la Asamblea nacional ha sido oída en Paris y en algunas grandes ciudades, pero vuestros partidarios y oficiales, soberanos en sus señoríos ó en el pais que gobiernan en vuestro nombre, se han ligado para impedir la egecucion de las leyes de que depende la salvacion del reino. Es preciso que semejante estado de cosas cese, señor, muy pronto... al momento.

El regente se volvió hacia un grupo de prelados y señores, á cuya cabeza se veia el mariscal de Normandia, consultó nueyamente con ellos en voz baja durante algunos momentos, y despues respondió al preboste de los mercaderes con tono altanero:

—¿A eso se reducen tus quejas?

—No son quejas, señor, son imperiosos avisos.

—¿Qué mas pides?

—Un acto de justicia y de reparacion, señor: Perrin Macé, vecino de Paris, ha sido mutilado y muerto despues con desprecio del derecho y de las leyes por órden de uno de vuestros cortesanos...

Es preciso, señor, que quien ha muerto á un inocente sea condenado al suplicio que sufrió su víctima.

— ¡Por la cruz del Salvador! exclamó el regente ¿Te atreves á venir á pedirme aquí la muerte del mariscal de Normandia, el mejor de mis amigos?

— El peor de vuestros enemigos, señor, porque ese hombre os pierde con sus detestables consejos.

— ¡Cómo!... ¡desvergonzado villano! exclamó el mariscal de Normandia furioso y amenazando á Marcel con la espada ¿tienes la audacia de...

— ¡Silencio! dijo el regente interrumpiendo á su favorito y bajando con la mano la espada con que amenazaba á Marcel; á mi me toca responder, y diré á Marcel que salga de aquí al momento.

— Señor, respondió el preboste de los mercaderes con cierta compasion protectora, sois jóven y yo tengo canas; vuestra edad es impetuosa y la mia es tranquila. Asi pues, os suplico en nombre del pais y de vuestra corona que cumplais lealmente vuestras promesas, y por penosa que os parezca, conceded la reparacion que os pido en nombre de la justicia. Demostrad de ese modo que cuando se infringe con audacia la ley, castigais al culpable, cualquiera que sea su categoria. Creedme, señor, teneis tiempo sobrado aun para oir porfin la voz de la equidad.

— Y yo te digo, Marcel, exclamó el príncipe furioso, que no tienes tiempo sobrado para dar fin á tus insolentes exigencias. ¡Sal de aquí al momento!

— ¡Si... fuera de aquí ese villano rebelde á su rey! gritaron los cortesanos tranquilizados y engañados como el regente por la actitud de las gentes armadas que acompañaban á Marcel y permanecian inmóviles y mudas, de modo que el mariscal de Normandia se dirigió hácia ellos diciendoles:

— Honrados vecinos de Paris, que como veo, os arrepentís del paso criminal á que os ha arrastrado á pesar vuestro, este infame rebelde, unios á nosotros los verdaderos amigos de vuestro rey, para castigar la traicion del miserable Marcel...

El preboste de los mercaderes ahogó un suspiro de pesar, retrocedió dos pasos para ponerse fuera del alcance de la espada con que le amenazaba el mariscal, y volviéndose hácia los amotinados les dijo:

— Os dejo en libertad para hacer lo que pensabais (1).

(1) Textual. *Crónica de FROISSART*, l. II, c. VI.—*Gran Crónica de S. Dionisio*, p. 337.

Los amotinados que, fieles hasta entonces á la recomendacion de Marcel, habian permanecido inmóviles y silenciosos, al oír estas palabras, prorumpieron en gritos indignados y amenazadores que llenaron de estupor y de espanto al regente y á sus cortesanos.

Rufino se arrojó sobre el mariscal de Normandia y asiéndole del cuello le dijo:

— Has hecho mutilar y ahorcar á Perrin Macé, y vas á ser ahorcado como él. Ven, está preparada la horca.

— Aun no se ha tejido la cuerda que ha de ahorcarme, respondió el mariscal dando al estudiante una estocada que le atravesó el brazo izquierdo.

— No, pero el hierro que te matará está forjado, respondió el estudiante descargando sobre la cabeza del mariscal un golpe furioso con la maza de armas.

Y el mariscal espiró cayendo á los piés del regente cuyo trage salpicó de sangre.

Durante el tumulto que siguió á esta primera muerte, el mariscal de Champaña se arrojó sobre Marcel con la daga en la mano, pero Guillermo Caillet, que hasta entonces habia buscado con mirada ardiente al señor de Nointel entre aquella brillante reunion, se puso delante del preboste de los mercaderes, se adelantó á Mahiet que acudia con la misma intencion, y el viejo campesino hundió la lanza en el vientre del mariscal gritando con alegría salvaje:

— ¡ Y va uno... ! Es el primero.

El cuerpo del cortesano rodó sobre el pavimento.

Los señores y los prelados que habian acudido á la cámara real huyeron pavoridos por la puerta que les diera entrada, y cuando el regente, que desfallecido de terror acababa de lanzarse en el lecho tapándose el rostro con las manos, volvió á abrir los ojos, se vió solo con Marcel al lado de los cadáveres de sus dos consejeros.

Los amotinados se habian retirado lentamente á la galeria así como Guillermo; Mahiet se ocupaba cerca de una ventana en envolver con su pañuelo la herida del estudiante, y finalmente, por debajo de uno de los cortinages del lecho, detrás de los cuales habia estado hasta entonces inmóvil, se veian los piés del señor de Noirville que ni siquiera habia tenido ánimo para huir.

— ¡ La vida, Marcel ! dijo el regente lívido de terror arrojándose á los piés del preboste de los mercaderes y alzando hácia él las manos suplicantes y los ojos bañados en lágrimas; ¡ no me mateis... tened piedad de mi !

— ¡Mataros! dijo Marcel conmovido con aquella sospecha é inclinándose para levantar al regente, ¡mataros! ¡Maldito sea mi nombre si me ha ocurrido jamas idea de semejante crimen! No temais, señor, y levantaos.

— No, no me levantaré hasta que os pida perdon por haber despreciado tanto tiempo vuestros consejos.

Y el príncipe prorumpió en sollozos y se retorció las manos con desesperacion diciendo:

— ¿Porqué puse mi confianza en esos hombres que me engañaban?

Lanzó entonces su mirada sobre los cadáveres de los dos mariscales y añadió con acento de desgarradora pena:

— ¡Esos me han perdido! Me amaban, me habian visto nacer, pero les cegaba el error como á mi. Marcel, no os enoje el llanto que vierto por esos desgraciados.

Y el regente sin levantarse del suelo, se tapó el rostro con las manos y continuó sollozando.

Marcel conocia hacia mucho tiempo la doblez del regente, doblez casi increíble en tan poca edad, pero el acento de sinceridad de aquel jóven, sus tiernas súplicas, su llanto, el pesar que no temia manifestar sobre la muerte de sus dos consejeros, todo hizo creer al preboste de los mercaderes que, aterrado el príncipe con el sangriento espectáculo que acababa de presenciar, se reprendia amargamente sus errores, y que convencido al fin de que su interés le exigia el romper con lo pasado, queria firmamente seguir otra senda. Asi pues Marcel, felicitándose de tan feliz mudanza, dijo á Mabiet en voz baja:

— Haz que se retiren de la galeria; que salgan del palacio y vayan á reunirse con el pueblo debajo de los balcones del Louvre. Rufino, quédate á mi lado. Voy á sacar al regente de este aposento, porque le es penoso el aspecto de estos dos cadáveres.

Mabiet y el estudiante egecutaron las órdenes del preboste de los mercaderes.

El regente continuaba sollozando con el rostro oculto en sus manos, y el señor de Noirville salió de su escondite sin ser visto del príncipe, á quien dijo acercándose de puntillas:

— Señor, el mas fiel de vuestros servidores está orgulloso por haber arrostrado la muerte antes que dejaros con estes rebeldes: permitid, señor que os ayude á levantaros.

El regente obedeció maquinalmente, y reparando que Marcel, ocu-

pado en dar sus instrucciones á Mahiet y á Rufino, no podía verle ni oírle, dijo en voz baja á Noirville :

— No te separes de mi, y espia el momento en que pueda hablar-te sin que nadie lo vea.

Advirtiéndole entonces que Marcel se acercaba en tanto que Mahiet y el estudiante salían de la estancia, el regente lanzó un sollozo, se volvió hácia los cadáveres de los dos mariscales y murmuró con voz ahogada :

— ¡Adios, Marcel!

— Venid, señor, venid, dijo Marcel llamando al regente á la galería; venid y apoyaos en mi.

El señor de Noirville siguió al príncipe y dijo en voz baja al preboste de los mercaderes :

— Tratad á mi señor como un padre á su hijo.

— Solo deseo su bien y su honra, respondió Marcel.

Reinó un momento de silencio, y cuando hubieron dado algunos pasos por la galería, el preboste dijo al regente :

— Creo en vuestras promesas y en la saludable influencia del terrible ejemplo de que habeis sido testigo. Conozco que ha sido un estremo doloroso, pero la violencia engendra siempre la violencia. De vos depende, señor, el que no se renueven semejantes escenas. Sed el primero el dar el ejemplo de vuestro respeto á la ley, y haced que impere en vez de la fuerza. Os declaro, señor, que el momento es decisivo y que si volveis á burlar nuestras esperanzas, el pueblo apoyará las pretensiones de alguno de vuestros rivales y le dará la regencia...

— ¿ Me amenazais, Marcel, cuando me hallo vencido ?

— ¿ Vencido vos, señor ?

— Sujeto al menos á vuestro poder.

— Señor, no os amenazo porque no soy capaz de semejante cobardía. Os muestro las cosas bajo su verdadero aspecto, y de vos depende el cooperar al bien del pais. Podeis hacer que se bendiga vuestro nombre.

— ¿ Qué debo hacer ? Mandad...

— ¡ Mandaros yo ! Os aconsejo tan solo...

— Aconsejadme pues. ¿ Qué debo hacer ?

— El pueblo se halla reunido delante del Louvre, y sabe ya la muerte del mariscal de Normandia. Asomaos al balcon, dirigid á la multitud algunas buenas palabras, anunciad con franqueza vuestra

prudente resolución y declarad que la causa del pueblo será en adelante la vuestra.

Marcel se quitó la gorra y se la presentó al regente diciéndole :

— Tomad, señor; en prenda de alianza, de buen deseo y de concordia, poneos mi gorra con los colores del partido popular; los habitantes de Paris aplaudirán esta primera demostración de buena armonia (1).

— Dadmela... dadmela, respondió vivamente el príncipe poniéndose con ahinco la gorra de Marcel que era azul y encarnada. Os doy gracias por vuestro consejo.

El regente añadió dirigiéndose al señor de Noirville que, habiéndose separado durante la conversación de Marcel y del príncipe, se acercó poco á poco hacia él :

— Abrid ese balcon: quiero hablar á mi pueblo leal de Paris.

— Mahiet, dijo en voz baja Rufino al abogado mientras el regente se dirigia con lentitud hácia el balcon que el señor de Noirville se apresuraba á abrir ¿ qué piensas de las buenas resoluciones del regente ?

— Las creo sinceras como Marcel, no porque me fie de este jóven, sino porque tiene interés en seguir prudentes consejos, y los sigue...

El estudiante hizo un gesto de duda.

— ¿ Supones que el regente es tan disimulado ó tan loco que engañe á Marcel ?

— Te juro por Homero, el rey de los poetas, que nunca Juanita la Salada ha estado tan á punto de hacerme una mala jugada como cuando me llama su *ídolo*, su *bien* y otras denominaciones tan lisonjeras como falaces.

— Pero ¿ qué tiene que ver el regente con tu Salada ?

— Escuchame hasta el fin. Casualmente tengo esta noche cita cerca del Louvre en la orilla del río con Juanita la Salada, porque me ha dicho que su dueña no quiere recibirme en su casa. Pues bien, te aseguro por Ovidio, el poeta querido de Cupido, que mi querida ha estado tan amable y cariñosa al pedirme que vaya á tomar la niebla del Sena, que estoy casi cierto de que faltará esta noche á su palabra.

(1) Textual. *Crónica de FROISSART y Gran crónica de San Dionisio* ya citadas.— Por una singular coincidencia se verá cinco siglos despues á Luis XVI ponerse la escarpela tricolor en su sombrero en circunstancias casi semejantes.

— Rufino, hablemos con formalidad.

— Formalmente recelo, Mabiet, que las promesas del regente serán como las de la Salada. Hubiera preferido recibir una estocada mas, aunque la que me han dado me escuece terriblemente, y haber dado el mismo regalo que al mariscal de Normandia á este mozal-bete.

— Esas son exageraciones dignas de Juan Maillart. Pero ahora que lo recuerdo ¿ en dónde está? ¿ no nos ha acompañado á palacio?

— No, ha desaparecido despues de haber inducido, á pesar de Marcel y de tí que marchabais al frente de nuestros amigos, á algunos miserables á que matasen á Dubreuil que pasaba montado en una mula.

— ¡ Ira de Dios! ¡ ese asesinato es infame! Es verdad que Dubreuil era uno de los traidores del parlamento y uno de los malos consejeros del regente, pero bastaba la muerte del mariscal de Normandia. Marcel sentirá vivamente ese asesinato que puede hacer odiosa nuestra causa.

— Eso es lo que habrá querido Maillart.

— ¿ Porqué?

— Porqué es un traidor...

— Silencio; escuchemos, dijo Mabiet interrumpiendo á su compañero y designándole al regente que, habiendo salido al balcon, se dirigia al pueblo reunido en la calle.

— Leales y queridos habitantes de mi ciudad de Paris, decia el príncipe con voz conmovida, me presentó á vosotros firmamente resuelto á reparar mis yerros. Lo juro por estos colores que son los vuestros y que en adelante serán los míos, añadió llevándose la mano á la gorra encarnada y azul con que estaba cubierto. Reconozco que el mariscal de Normandia dió injustamente muerte á Perrin Macé, honrado vecino de Paris. Acaba de morir el mariscal; ¡ Ojala os satisfaga esta reparacion, fieles parisienses! Os suplico que olvidemos nuestras discordias y unamonos en un comun acuerdo para el bien del pais. Confieso que he errado, que he dado oidos á malos consejeros, pero en adelante solo tendré uno... que es este.

Y el regente se volvió hácia Marcel.

— Fieles habitantes de Paris, añadió, recibid este abrazo que os doy desde el fondo del corazon en la persona del gran ciudadano que todos amamos...

Y al pronunciar estas palabras, el príncipe se arrojó en los brazos

del preboste de los mercaderes y lo estrechó con efusion contra su pecho.

Los clamores entusiastas de la multitud resonaron en todas partes ante aquel tierno espectáculo, y los gritos prolongados de *¡viva el regente!* *¡viva Marcel!* saludaron aquella union como un fausto augurio para el porvenir.

Marcel estaba profundamente conmovido cuando volvió á entrar en la sala con el príncipe.

— Señor, le dijo, ya lo ois; el pueblo, lleno de confianza, aclama con esos alegres gritos una era de paz, de justicia, de grandeza y de prosperidad. No frustréis tan gratas esperanzas. ¡Os es tan fácil hacer el bien! ¡Es tan hermoso legar á la prosteridad un nombre glorioso y de todos bendecido!

— Marcel, respondió el príncipe con voz conmovida; mis ojos se abren á la luz, mi corazon se ensancha, y renazco para una vida nueva. Venid, no os separeis de mi en todo el dia y hasta en toda la noche si es preciso. Manos á la obra. Tomemos de acuerdo medidas prontas y enérgicas.

Y el príncipe se dirigió hácia su gabinete de trabajo tratando á Marcel con familiaridad.

De pronto se paró y añadió con el ademan mas natural y pareciendo que reflexionaba:

— Me olvidaba... Esperad un instante.

Y apartándose del preboste de los mercaderes dió algunos pasos hacia el señor de Noirville y le llamó. Este se acercó al momento, y el príncipe le dijo en voz baja:

— Que me espere al anochecer un barco con dos hombres de confianza fuera del portazgo en frente de la pterna del Louvre. Reune en una arca mi oro y mis pedrerias, y prepárate á acompañarme esta noche.

— Contad conmigo, señor.

— Ya lo ves, Mahiet, decia Marcel al alogado durante la secreta conversacion del regente y el cortesano, no me engañaba mi esperanza. La leccion ha sido terrible pero saludable. Vuelve á mi casa y di á Margarita que no irá hasta muy tarde; voy á aprovechar en el acto los buenos deseos que animan al regente, y tal vez trabajaremos una parte de la noche.

— Perdonad, Marcel, dijo el regente al preboste de los mercaderes volviendo á su lado, velaremos sin duda esta noche, y

quisiera avisar á la reina que no la veré en todo el dia.

— Haced lo que os plazca, señor.

— Seguidme pues.

Y ambos salieron de la galeria seguidos del señor de Noirville.

Mahiet y Rufino se quedaron hablando.

— Despues de lo que acabas de oir, decia el abogado al estudiante ¿dudarás aun de la sinceridad del regente?

— Te acuerdas, Mahiet, de lo que deciamos cuando apuntabamos á algun objeto con una piedra?

— Me acuerdo.

— Decíamos: «Si la piedra dá en el blanco lograré mi primer deseo.»

— Rufino, respondió tristemente el abogado de armas, he perdido el buen humor desde que supe al llegar á Paris la muerte de mi padre. Te suplico por segunda vez que hables con formalidad.

— No quiero, Mahiet, ofender un dolor que respeto, y sin embargo, por extrañas que te parezcan mis palabras, y ¡por Júpiter! que son sinceras, solo puedo responderte de este modo. Juanita la Salada me dió anteayer un gran refuerzo de mimos y cariñosas palabras, una cita en la orilla del rio, cerca de la torre del Louvre. Si Juanita es fiel á su promesa creeré que el regente será fiel á sus buenas proposiciones.

— Eres un loco, dijo Mahiet encogiéndose de hombros con impaciencia y salió de la galeria precediendo á su amigo.

Rufino le seguia dicienco para si con ademan pensativo:

— Amigo Rufino, vas á legar á ser tan fatalista como un mahometano de Turquía. ¿No te avergüenzas?

Era de noche y Marcel no habia vuelto aun á su casa: Margarita, Diorisia y Guillermo Caillet estaban reunidos en uno de los aposentos de la casa, y las dos mujeres escuchaban con creciente interés el dolcero relato de Mahiet que acababa de contarles la historia de Aveina y de Mazurec.

— Libertado de las cárceles del castillo de Beaumont por la estraña generosidad del capitan Griffith, decia el abogado, me dirigí apresuradamente á Paris, y cuando llegué, añadió el jóven sin poder contener sus lágrimas, supe la muerte de mi padre.

— Al menos os amó hasta el postrer instante, dijo Dionisia partici-

pando de la emocion de Mahiet , pues todos los dias venia aqui vuestro padre y solo hablábamos de vos.

— Si , esta idea debe consolaros , Mahiet , dijo Margarita ; vuestro padre os consideraba como el mejor de los hijos.

— Lo sé , señora , y como decís muy bien , esta idea será al menos uno de mis consuelos en mi pesar. Antes de su muerte me dió una prueba de la confianza que le merecian mi respeto y mi cariño , porque á no ser asi no hubiera hecho una confesion penosa para un padre.

— ¿ Qué confesion ? preguntó Margarita.

— Ya os he manifestado el profundo interés que me inspiraba Mazurec , el esposo de la hija de Guillermo , respondió Mahiet con emocion. Pues bien , segun las últimas revelaciones de mi padre no puedo dudar de que Mazurec es hermano mio.

— ¿ Estais seguro ? preguntaron á un tiempo Margarita y Dionisia.

— ¿ Será posible ? dijo tambien Guillermo Caillet con sorpresa. ¿ Mazurec hermano vuestro ? ¿ Cómo lo sabeis ?

— Cuando perdí á mi madre , continuó Mahiet , era niño y mi padre muy jóven. Un dia , cuatro ó cinco años antes de su viudez , al entrar en Paris al anocheecer por los arrabales , encontró en el margen de un camino una aldeana desmayada y herida. Movidó á compasion la levantó y trasladó á una posada inmediata , y cuando la jóven volvió en si le contó que era vasalla del obispado de Paris , y que habiendo perdido á su madre en la cuna , huia del mal trato de una madrastra desapiadada que aquel mismo dia la habia castigado con rigor. Aquella jóven se llamaba Gervasia. Interesó á mi padre por su juventud , su desgracia y su hermosura , la colocó en casa de una lavandera vecina nuestra , la visitó con frecuencia , y ambos se amaron. Un dia Gervasia anunció á mi padre que llevaba en su seno el fruto de su comun estravio ; mi padre quiso cumplir como hombre honrado , y precisado á partir inmediatamente de Paris , prometió por medio de juramento á Gervasia que se casaria con ella á la vuelta. Transcurrieron varias semanas , un mes , dos , y mi padre no volvió...

— Era sin embargo incapaz de faltar á una promesa sagrada , dijo Margarita. Durante muchos años hemos conocido á vuestro padre y sabemos que era recto y bondadoso su corazon.

— Jamás ha dejado de merecer la opinion que de él teniais , Mar-

garita, pero cuando llegaba el término de su viaje fué robado, herido y dejado por muerto por una cuadrilla de aventureros que entonces infestaban la Galia.

— Y no pudo sin duda dar noticias á Gervasia.

— No señora, porque estuvo mucho tiempo enfermo y de peligro de muerte, de modo que la desventurada jóven, aterrada con el silencio de mi padre, se creyó abandonada. Las consecuencias de su falta empezaban á descubrir su flaqueza, y entregada á la verguenza y á la desesperacion, partió de Paris.

— ¡ Desventurada !

— Mi padre se apresuró á escribir á Gervasia apenas se halló convaliente anunciando su próximo regreso, pero cuando llegó la infeliz habia desaparecido. No pudo hallarla á pesar de todas sus pesquisas, y su desaparicion fué para él el pesar y el remordimiento de su vida. Tal es la confesion que me hizo en una carta escrita poco tiempo antes de su muerte, suplicándome que si por una casualidad casi imposible de preveer, encontrara á Gervasia ó á su hijo, reparase la ofensa involuntaria que les habia hecho.

— De modo que gracias á un encuentro extraño, dijo Margarita, estais cierto de que ese desgraciado Mazurec, cuya dolorosa historia nos contabais, es vuestro hermano.

— No puedo dudarlo. Gervasia salió de Paris y llegó mendigando hasta Beauvois poco tiempo antes de dar á luz á Mazurec, y él mismo me dijo que su madre se llamaba Gervasia, que tenia el cabello rubio, los ojos negros y una cicatriz procedia de uno de los golpes que habia recibido de su madrastra. Finalmente, habia una prueba mas decisiva, y es que la madre de Mazurec al llamarle asi le daba uno de los nombres de mi padre.

— Al menos ha muerto, dijo tristemente Dionisia, sin saber la horrible suerte del hijo de Gervasia.

Oyéronse entonces pasos en la escalera, Margarita prestó el oido, se levantó vivamente y se dirigió hácia la puerta diciendo:

— ¡ Bendito sea Dios ! Es Marcel.

Y añadió en voz baja hablando con Dionisia que la seguia:

— Tenia trabajo en ocultar mi inquietud, porque la prolongada ausencia de mi esposo me alarmaba.

El preboste de los mercaderes entró al momento y despues de responder á los testimonios de cariño de su esposa y su sobrina, les dijo sonriendo:

— ¿Me creéis rendido de cansancio? Pues no es así. Vengo de pasar el día y una parte de la noche trabajando con el regente, y jamás me he sentido más alegre y descansado. ¡Es un goce tan grato el de la felicidad! Y era feliz... muy feliz al ver al príncipe volver como por encanto al bien y á la equidad, sentir vivamente sus errores, expiarlos resueltamente. ¡Ah! siempre dije que nunca debe desesperarse de la juventud.

— ¿De modo, dijo Margarita, que el regente no ha burlado tus últimas esperanzas?

— Las ha superado. Acabamos de tomar las medidas más prontas y enérgicas para que se realicen por fin las justas y fecundas reformas promulgadas el año pasado por la Asamblea nacional. Haremos un llamamiento á todos los súbditos leales para terminar la desastrosa guerra de los ingleses, para lo cual no solo se llamará á la nobleza, sino á las ciudades y aldeas, y marchando al frente de nuestro ejército, arrojaremos por fin al extranjero de nuestro suelo. Este gran triunfo será la señal de la emancipación de nuestros hermanos de las aldeas, añadió el preboste de los mercaderes tendiendo la mano á Guillermo. Si, los que hayan gloriosamente vencido y arrojado al enemigo, emancipados por su victoria, serán libertados para siempre de la tiranía de los señores que no han sabido defender nuestra patria. ¡Oh! amigos míos, ¡cuantas angustias y sufrimientos me hace olvidar la esperanza de ver por fin á la Galia victoriosa, libre, pacífica y próspera!

De pronto se oyeron estas palabras pronunciadas con voz anhelosa en la escalera:

— ¡Marcel... traición... traición!

Todos se estremecieron al oírlas, y casi al momento entró Rufino precipitadamente en la sala repitiendo:

— ¡Marcel... traición... traición...!

— ¿Qué traición? preguntó Mahiet. Habla.

— ¿Recuerdas que esta mañana te dije en el Louvre, respondió Rufino casi sin aliento: Si Juanita la Salada acude á la cita que me ha dado, creeré en la sinceridad de las promesas del regente?

— Joven, dijo severamente Marcel al ver que su esposa y su sobrina se ruborizaban al oír la confidencia amorosa del estudiante. ¿Venís á llenar de inquietud mi casa por el placer de haceros el chistoso?

— Solo pronunciaré una palabra que será mi excusa, Marcel, res-

pondió respetuosamente Rufino enjugándose la frente bañada en sudor, el regente ha partido de Paris...

— ¡ El regente ! exclamó Marcel lleno de estupor : pero es imposible, añadió, apenas hace media hora que me he separado de él.

— Es precisamente, dijo el estudiante, el tiempo que ha necesitado para bajar del Louvre, salir por la poterna que sale á la orilla fuera del portazgo y entrar en una barca que le esperaba.

— Sueñas, dijo Mahiet en tanto que el preboste de los mercaderes parecia dudar de lo que oia, sueñas ó sales de alguna taberna con el cerebro trastornado por el vino.

— ¡ Por Baco el dios del vino y Morfeo el dios del sueño ! exclamó el estudiante, estoy tan seguro de no soñar como de que no he bebido para embriagarme. Con estos dos ojos he visto al regente entrar en la barca y á estos oidos ha llegado la voz del regente que decia al noble que le acompañaba : « Parto de esta ciudad maldita y « juro no volver á entrar hasta que Marcel, los regidores y los de- « más jefes de rebeldes hayan pagado con la cabeza su insolente au- « dacia y la rebelion de esos infames parisienses. » ¿ Hablo claro ? Y por otra parte ¿ me atreveria á venir á contar aqui falsedades á Marcel, á quien como el que mas admiro y respeto, especialmente desde que me puso con mi amigo Nicolas en el Chatelet cierta noche en que andaba de aventuras ?

Viendo Rufino que, á pesar de ciertos pormenores de su relato, principiaban á dar crédito á sus palabras, continuó de este modo mientras el preboste de los mercaderes parecia sumido en doloroso asombro y creciente indignacion :

— Os contaré en dos palabras lo que ha pasado. Juanita la Salada me habia dado una cita á la orilla del rio dentro del portazgo; cansado de esperar á aquella infame, iba á retirarme cuando ví al otro lado del portazgo la luz de una linterna que aparecia en la poterna del Louvre, y sabiendo como todo el mundo que la bóveda de aquella salida se comunica con una de las escaleras de la torre, concebí una sospecha porque ya te dije esta mañana, Mahiet, que desconfiaba del regente. La noche era muy oscura, y á riesgo de ahogarme y de ir á esperar de nuevo en casa de Pluton á Juanita la Salada, pero esta vez á orillas de la laguna Estigia, consigo escalar el portazgo asiéndome de los postes y de la cadena. En aquel instante, el que llevaba la linterna, que habia salido sin duda á cerciorarse de que esperaba la barca, volvió á entrar en el palacio. Me deslizo á lo lar-

go de la pared del Louvre hasta la poterna, y ocultándome detrás de la puerta, oigo una voz que dice: «Venid, señor, venid; la barca «y los dos remeros estan en la orilla.» A lo cual responde el regente: Parto de esta ciudad maldita y juro no volver á entrar hasta «que Marcel, los regidores y los demás jefes de rebeldes hayan pagado con la cabeza su insolente audacia y la rebelion de esos infames parisienses.» El regente y el noble se dirigen precipitadamente á la orilla, y no tarda en perderse en el silencio de la noche el rumor de los remos de la barca que rapidamente se aleja.

Y el estudiante se dirigió á Mahiet con ademan de triunfo:

—¿Qué te decia esta mañana? Me tratabas de loco, y sin embargo Juanita la Salada me ha engañado y el regente ha partido de Paris amenazando la ciudad con su venganza. De dia en dia me convenzo mas de que el fatalismo es la única filosofía.

Al saber Margarita los nuevos peligros que corria Marcel, dirigió furtivamente á Dionisia una mirada de angustia, esforzándose en ocultar su terror á su esposo para no acrecentar su pena. Guillermo Caillet, presintiendo que la traicion del regente iba á apresurar la insurreccion de los siervos de las aldeas, movia la cabeza con expresion de triunfo siniestro, y el preboste de los mercaderes con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente inclinada y los labios contraidos por una amarga sonrisa, dijo lentamente despues de algunos momentos de silencio:

—El regente me ha dicho al separarse de mi: «Marcel, os suplico que vayais á descansar porque la noche está adelantada, y «deseo volver á trabajar mañana con nuevo ahinco. Gozad como «yo del dulce sueño que nos da la conciencia despues de haber obrado bien.» Si, tales han sido las últimas palabras del regente.

—Marcel, dijo Margarita con abatimiento ¡cómo te arrepentirás de haber confiado en él!

—Nunca nos arrepentimos de creer en la fé de los hombres porque de lo contrario seríamos desapiadados. Y además, existen traiciones tan negras y monstruosas que para sospecharlas seria preciso tener una alma bastante vil para cometerlas.

Y añadió despues de un momento de silencio y meditacion:

—Creia evitar á la Galia nuevos desastres... ¡Vana esperanza! ¡Guerra, pues, ya que ese hombre la desea! ¡Jóven insensato! ¡Qué glorioso porvenir sacrifica! Le compadezco.

—¡Le compadeces, exclamó Margarita, y sus últimas pala-

bras han sido amenazas de muerte contra tí!

— Margarita, si solo se tratase de mi vida no me empeñaria en una lucha terrible. Suceda lo que quiera, he llevado á cabo actos que tarde ó temprano darán sus frutos, y como mi parte en este mundo ha sido grande y hermosa, mañana dejaria la existencia con el corazon lleno de esperanza y serenidad. No, no quiero disputar mi cabeza al regente sino la vida de todos nuestros regidores y la de una multitud de ciudadanos amenazados por la cruel venganza de la corte: quiero defender nuestras libertades tan caramente conquistadas por nuestros padres, asegurar la emancipacion de esos millones de siervos sujetos á la opresion de los señores, y finalmente, quiero la salvacion de la Galia que se halla actualmente agotada y moribunda. Los señores y el regente quieren la guerra... ¡Guerra pues!

Y el preboste de los mercaderes se sentó á una mesa y escribió rapidamente algunas líneas sobre un pergamino.

— No se habrá visto jamas lo que va á verse, dijo Guillermo Caillet con estremecimiento de furor. ¡Alzate, Buen Juan! añadió el campesino con espresion salvaje; empuña tu hoz y siega señores y señorios. Buena cosecha te espera, siervo... ¡Hace tantos siglos que riegas la mies con tu sudor y tu sangre! Siega bien, villano, y que nadie pueda espigar detrás de tí.

Guillermo añadió tendiendo la mano á Marcel:

— ¡Adios! parto contento. Mañana por la noche llegaré á mi pais, y al amanecer el Buen Juan estará en pié en Beauvois, en Picardia y en el Laonés.

— Suspende tu partida durante una hora tan solo, respondió el preboste de los mercaderes cerrando la carta que acababa de escribir; voy al Louvre y cuando vuelva partirás.

— Marcel, dijo Margarita con angustia ¿porqué vas al Louvre?

— Voy á cerciorarme de la fuga del regente aunque lo que acaba de contar Rufino no me deja casi ninguna duda, pero antes de recurrir á dolorosos extremos quiero estar seguro de la traicion del regente.

Inés entró entonces precipitadamente y le entregó una carta que acababa de traer uno de los sargentos de la ciudad. Marcel la tomó, la leyó rapidamente y exclamó:

— Los regidores están reunidos en la Casa consistorial y me esperan. Uno de ellos, enterado por uno de los pages del palacio de la

fuga del regente, ha ido al Louvre, se ha cerciorado del hecho y ha convocado apresuradamente el consejo municipal. Ya no puedo dudarle: la traicion del regente es cierta.

Y entregando á Mahiet la carta que acababa de escribir, añadió:

—Monta á caballo y lleva este billete al rey de Navarra que se halla en San Dionisio. No esperes contestacion y vuelve al momento.

—¿A San Dionisio? Es mi camino, dijo Guillermo Caillet; montaré en la grupa de tu caballo, Mahiet, y así llegaré algunas horas antes á mi pais.

—Concedido, respondió el abogado que dijo despues al preboste de los mercaderes: Cuando haya entregado la carta, continuaré mi camino con Guillermo para reunirme con mi hermano, el pobre Mazurec.

—Cumple con tu deber, dijo Marcel á Mahiet tendiéndole los brazos, y abrazame por que quien sabe si nos volveremos á ver.

Y despues de abrazar estrechamente al abogado, el preboste de los mercaderes tomó la mano de Dionisia, que apartaba el rostro para ocultar sus lágrimas, y dijo:

—Suceda lo que quiera, Dionisia será tu esposa cuando vuelvas... No te arrepentirás de tener tan digna compañera y ella se alegrará de tener tan digno esposo... Pon tu mano en la suya, y quedareis desposados. ¡Dios quiera que pueda asistir á vuestro enlace! Si algun dia te amenaza algun peligro, hallarás un asilo seguro en Lorena en la casa de los padres de Dionisia.

Dionisia, bañada en lágrimas, casi desfallecida y sostenida por Margarita que estaba tambien muy conmovida, tendió su mano á Mahiet que la cubrió de besos.

Marcel decia en tanto á Guillermo Caillet:

—Llegó la hora. ¡A las armas, siervos de las aldeas!

—Si, dijo Guillermo estremeciéndose de impaciencia; ¡á las armas, y caigan para siempre los opresores de los hijos del pueblo!

—Yo tambien te acompaño, dijo el estudiante á Guillermo mientras Marcel daba algunas instrucciones en voz baja al abogado; tengo buenas piernas y me comprometo á cansar el caballo de Mahiet. ¡Por el Dios Silvano, genio de los campos y los bosques, que deseo encontrarme en esa guerra silvestre y pastoril!

Algunos momentos despues Guillermo Caillet, acompañado del estudiante y de Mahiet, salia de la casa del preboste de los mercaderes tomando el camino de Beauvois y cruzando por San Dionisio.

CAPITULO III.

Estragos de los ingleses. — El capitan Griffith. — Su partida. — Exacciones y tormentos sufridos por los vasallos que se niegan á pagar el rescate de los señores prisioneros de los ingleses. — El subteraneo del bosque de Nointel. — El baile. — Espantoso suplicio. — La Jaqueria.

El dia que siguió á la partida de Guillermo Caillet, de Mahiet el abogado de armas y de Rufino, una partida de aventureros ingleses mandados por el capitan Griffith, se dirigia hácia la aldea de Cramosy. Asomaba el sol en una hermosa mañana de mayo, y los aventureros, diversamente armados y en número de tres á cuatrocientos, marchaban en desórden, á escepcion de unos cincuenta arqueros que llevaban al hombro su arco de fresno de seis piés de longitud, arma familiar á los ingleses y de la cual se servian con tal superioridad, que diez mil buenos arqueros bastaron para poner en completa derrota al ejército del rey JUAN, compuesto de mas de cuarenta mil hombres.

Varios carros vacíos tirados por caballos ó bueyes y conducidos por campesinos obligados á seguir á la partida de Griffith bajo pena de muerte, debian servir para llevar el botin, el cual, lo mismo que los animales que robaban á los labradores, iban á vender por lo comun á alguna ciudad inmediata indefensa, donde siempre hallaban compradores, por la poderosa razon de que los que se negaban á comprar eran ahorcados en el acto, aparte de que el capitan Griffith tenia la generosidad, segun decia, de dar á sus parroquianos algunos despojos y animales en cambio del dinero que pudiera quitarles. Pero siendo bastardo del alto y poderoso duque de Norfolk, queria portarse como caballero y no villanamente como esas cuadrillas de aventureros, asalariados y otros bandidos de las grandes compañías que despues de saquear las casas, no pudiendo llevárselas en el botin, las entregaban á las llamas despues de violentar á las mujeres y pasar á los hombres á cuchillo.

El capitan Griffith, hombre en la fuerza de su edad, robusto, corpulento, de cabellos y barba de rojo encendido, algo canosos ya, cabalgaba al frente de sus arqueros, armado de todas armas y con la cabeza cubierta con un gorro de piel de zorra, pero se veia su casco colgado del arzon de la silla. Leíanse la osadia, la lujuria y

una especie de jovialidad impia en las facciones del inglés, encendidas por el vino y los succulentos manjares, de los cuales tragaba habitualmente una cantidad enorme con prodigiosa voracidad. Como el aire de la mañana le abriera el apetito, si es que alguna vez lo tuvo saciado, el bastardo de Norfolk mascaba á dos carrillos un pedazo de jamon, y de vez en cuando acariciaba amorosamente un pellejo que pendia del arzon de la silla.

Cabalgaba á su lado su teniente á quien llamaba por irrision impia su *capellan*, porque Griffith, bandido sin Dios ni fé, se entregaba á toda clase de sacrilegios con alegria diabólica, digna del viejo *Rolf*, el pirata normando, uno de los héroes de la raza que en otro tiempo conquistó la Inglaterra y en el dia está á punto de conquistar la Galia.

El mal llamado *capellan* era un hombron de facha repugnante y feroz, tan vigoroso como su capitan, y llevaba sobre su armadura un hábito de fraile y en la cabeza un casco de acero.

— Hijo mio, dijo al bastardo de Norfolk, eres un gran pecador; tres veces has empinado ya la bota sin acordarte de mi.

— ¿Tienes mucha sed? Luego has comido.

— He comido... con los ojos el jamon que estás devorando.

— Pues sacia la sed mirando como bebo.

— ¡Sacrílego! ¡Negar el vino á tu prójimo! No esperes que te encomiende al diablo que es tu único dios.

— Bebe y brinda á mis amores.

El *capellan*, despues de aplicar los labios al orificio del pellejo que le entregó el capitan, los separó un momento, menos para responder á su digno compañero que para tomar aliento, y le dijo dando un sonoro resoplido:

— ¿Qué amores?

Y continuó bebiendo.

— ¡Qué amores! Esa linda tabernera que se nos escurrió en el saqueo de la ciudad de Nointel. No sé porqué desde aquel dia me bailan en el cerebro los ojos de aquella mujer. ¡Qué fresca y rolliza! A fé de bastardo de Norfolk, añadió el capitan mientras su *capellan* continuaba su prolongado trago, que por dos cosas venderia el alma á Belcebú, sino se la hubiera dado ya gratis desde niño: la primera por poder ser amado de esa preciosa tabernera, y la segunda por batiirme con aquel buen mozo que sacamos de las cárceles de Beaumont. Solo tenia entónces huesos y piel, pero cuando haya recobrado las

carnes, apostaría tu cuello de toro, á que no hay en todo este país de gallinas un gallo como él. Estoy cansado de encontrar caballeros enclenques que caen ante mis botes como si fueran sacos de paja.

El teniente, que continuaba bebiendo, lanzó de pronto una especie de prolongado gruñido, indicándole con la mano izquierda una pequeña partida de peones armados, que acompañaban á un hombre á caballo y seguían un camino algo divergente al de los ingleses, pero que terminaba también en la cima de una colina. El ginete, jefe de aquellos peones, les mandó que se parasen, y atravesando despues á galope una pradera, se acercó á los aventureros con la mano derecha levantada, como manifestando que no abrigaba ninguna intención hóstil. El capitán Griffith recelando sin duda una emboscada, mandó hacer alto á su tropa, formó en línea sus arqueros, se puso el casco, tomó su larga y fuerte lanza de manos de uno de sus soldados, y viendo á su *capellan* asido aun del pellejo, se lo arrancó de los labios con un golpe dirigido con tal destreza, que la punta de la lanza, despues de pasar rozando por la nariz del bebedor, traspasó el pellejo y lo arrojó á diez pasos de distancia.

— Afortunadamente estaba vacía, dijo tan solo el capellan siguiendo con la vista el vuelo del pellejo y enjugándose la boca con el dorso de la mano.

El ginete desconocido seguía acercándose, pero paró bruscamente su caballo y gritó, al ver que los demás ingleses apoyaban según costumbre el pié izquierdo en medio del palo del arco para empezar á tenderlo:

— Vengo como amigo.

— ¿Quién eres? preguntó el bastardo de Norfolk; ¿qué quieres?

— Soy el baile del señor de Nointel y deseo hablar al capitán Griffith.

— Yo soy...

— Señor, ¿venís á saquear las villas y aldeas de nuestro señor?

— ¿Tratas acaso de impedírmelo?

— Por el contrario, vengo á ofreceros los consejos de mi experiencia para ayudaros á cobrar vuestro tributo, porque el Buen Juan es ladino, y tiene mas de un escondite donde guarda su dinero...

— Capellan, dijo el capitán interrumpiendo al baile, cortemos las narices y las orejas á este tunante que viene á burlarse de nosotros.

— Oídme, señor, oídme, dijo el baile, y os convencereis de que no me burlo. ¿No sois hijo del duque de Norfolk?

— Hijo bastardo, pero aunque mi padre hace tanto caso de mi como del último de sus perros, tengo buenos puños y oro francés suficiente para comprar un ducado.

— ¿Sabe vuestro padre que haceis la guerra en este pais?

— Si, porque algun tiempo ha le escribí por conducto de un arquero que regresaba á Guiena: — «Milor, en toda vuestra vida me «habeis dado nada mas que un puntapié de que aun me acuerdo, pero «soy vuestro bastardo y os ofrezco mis servicios. Hago la guerra en «Francia y me conoce todo el mundo con el nombre de capitan «Griffith.»

— Señor, dijo el baile entregando al capitan una carta; aqui tenéis la contestacion del noble duque vuestro padre.

Griffith rompió asombrado el sobre y leyó:

— «Uno de los caballeros franceses que hice prisioneros en la batalla de Poitiers te entregará esta carta y seis mil florines por su rescate. Adios. NORFOLK.

— ¡Qué padre! dijo el capellan alzando los ojos y las manos al cielo; y qué hijo!

— ¡Seis mil florines! exclamó Griffith. ¡Y yo que hablaba mal de mi respetable padre!

Dirigióse entónces al baile y le dijo:

— Tengo la carta, ¿pero en donde están esos seis mil florines?

— En el bolsillo de los vasallos del señor de Nointel, que fué el que hizo prisionero el noble duque de Norfolk en la batalla de Poitiers.

— ¡Donosa ocurrencia! dijo el capitan.

— Señor, mi noble amo, arruinado por los gastos de la guerra, no tiene en sus arcas un florin, pero ha jurado por su fé de caballero que pagaria su rescate á vuestro noble padre ó á vos.

— ¿Sin poseer un solo florin?

— Cumplirá su promesa.

— Veamos como se hace ese milagro.

— Os lo explicaré. Es inveterada costumbre que los vasallos paguen el rescate de sus señores prisioneros, y vengo, capitan, á ofreceros mis servicios con el único objeto de ayudaros á cobrar la suma, cobro muy difícil sin mi cooperacion. ¿Queréis una prueba de mis palabras? Seguidme á corta distancia de aqui y vereis lo que tal vez no esperabais.

El capitan Griffith, cada vez mas asombrado de la aventura, es-

poleó el caballo, siguió al baile, y su tropa bajó la pendiente de la colina en cuya falda se extendía la aldea de Cramosy compuesta de trescientas cabañas y casas. El silencio del sepulcro reinaba en aquellas moradas desiertas cuyas puertas dejaban ver el interior desnudo y vacío.

Griffith detuvo estupefacto su caballo y dijo al baile:

— ¿Dónde están los habitantes de estas casuchas?

— Las demás aldeas del señorío presentan el mismo aspecto, y no hallareis en ninguna hombres, mujeres, niños ni ganados, respondió el baile. Ya veis señor que solo nos quedan las cuatro paredes de estas casas, de modo que os sería difícil hallar en ellas ni uno siquiera de vuestros seis mil florines. Os decía que el Buen Juan es muy ladino: ha olfateado vuestra llegada y se ha escondido en su madriguera; pero á zorra astuta lebrél fino. Yo se donde se oculta el Buen Juan; seguidme.

— ¿Y á dónde?

— A una legua de aquí, pero tendremos que bajar del caballo en la entrada del bosque: dejareis allí el grueso de vuestra tropa, y una docena de arqueros bastarán para el negocio que medito.

— ¿Porqué quieres que baje del caballo y deje detrás de mí el grueso de mi tropa?

— En primer lugar, señor, nos sería imposible atravesar á caballo las malezas y los pantanos, que tendremos que penetrar antes de llegar al escondite del Buen Juan, y en segundo lugar, el zorro tiene el oído muy fino y le pondría en alarma el ruido de un gran número de hombres armados.

— Capitan, dijo el teniente, ¿y si este malvado nos lleva á una emboscada?

— Capellan, Griffith no retrocedió nunca ante el peligro, respondió el capitan, y por otra parte si este baile de hocico de garduña nos engañase, que tenga por seguro que á la primera sospecha de emboscada le hacemos pedazos.

— Es justo, respondió el teniente; guianos, baile.

— Guianos, baile, repitió Griffith. Y la tropa guiada por el baile, que se habia reunido con sus hombres, salió de la aldea de Cramosy, y se dirigió hácia un vasto bosque que se extendía con oscuro verdor por el horizonte.

A mas de dos leguas de la aldea de Cramosy y en lo mas profundo

del bosque señorial de Nointel se encuentra un inmenso subterráneo, abierto en un peñasco calcáreo que ofrece poca resistencia al pico y al azadon: aquel subterráneo data de las épocas lejanas y desastrosas en que los piratas normandos, al subir por el cauce del Somme, del Sena y del Oise, talaban las comarcas bañadas por estos rios. Los siervos, cuya miseria no les impelia á unirse á los normandos y que querian salvarse de sus saqueos y matanzas, habian abierto aquel lugar de refugio, y llevándose lo poco que poseian, permanecian alli ocultos hasta que los piratas dejaban el pais. Los vasallos de la nobleza han construido en estos tiempos albergues semejantes en casi todos los puntos de la Galia para librarse de los saqueos de los ingleses, de los aventureros y de los asalariados que devastan las provincias, y para librarse tambien de las exacciones de los señores, que son insufribles desde que el Buen Juan se vé obligado á pagar el rescate de los que cayeron prisioneros en la batalla de Poitiers. En otros puntos de la Galia los aldeanos se albergan con sus familias en balsas que anclan en medio de los rios, y que sumergidas ó arrebatadas con frecuencia por las avenidas, se hunden con los infelices que sostienen. Nunca han reinado el desconsuelo y el terror hasta tal punto en este desgraciado pais; la mayor parte de las aldeas están abandonadas, los campos incultos, y se presiente una miseria comparable con la que despobló la Galia antes y despues del año 1000.

El subterráneo donde se han refugiado los habitantes de Cramosy y de algunas otras aldeas del señorío de Nointel, se compone de una larga bóveda, en cuyos extremos de derecha é izquierda hay otros dos vastos recintos donde se amontonan los ganados, bueyes, vacas, cabras y carneros, y se ve un pozo destinado para abrevarlos en medio de la galeria principal. Encima de este pozo, una abertura practicada en la bóveda y medio oculta por gruesas piedras y malezas, permite entrar un poco de luz y de aire á aquel asilo subterráneo, gracial y resudando continuamente la humedad de la tierra. Alli están reunidas mas de mil personas, hombres, mujeres y niños, que han huido de sus moradas: la leche del ganado y algunos puñados de centeno ó de trigo que comen despues de machacarlo entre dos piedras, entretienen mas bien que apagan la angustia del hambre de aquellos desventurados. Un calor húmedo, sofocante y nauseabundo, causado por la aglomeracion de hombres y animales, reina en aquel subterráneo siniestro. Ora se oyen quejumbrosos ge-

midos; ora el estruendo de violentas contiendas suscitadas por la exasperacion del sufrimiento: niños pálidos, casi desnudos, pero conservando la indiferencia de su edad, jugaban en aquel momento en las cercanias del pozo, alumbrados entonces por un rayo de sol que filtraba al través de los peñascos y las malezas que casi obstruian la única abertura de la bóveda, y aquel rayo lanzaba tambien su viva luz sobre un grupo de tres personas colocadas en una cueva á escasa distancia del pozo. Estas personas eran Avelina, Alison la Arisca y Mazurec el cordero.

La tabernera, habiendo podido salvar todo el dinero que poscia cuando los soldados de Griffith saquearon la ciudad de Nointel, se habia refugiado en la aldea de Cramosy donde sabia que encontraria á Avelina. Al saber en la aldea que los ingleses continuaban devastando el pais, habia buscado lo mismo que los campesinos un albergue en el subterráneo.

Avelina está vestida de harapos y acostada en el suelo húmedo y frio, y Alison sostiene compasiva sobre sus rodillas la cabeza lánguida y pálida de la jóven, cuyas hondas mejillas hacen parecer sus ojos desmesuradamente grandes los cuales fija en aquel momento con espresion suplicante en Mazurec que no lejos de ella, afila en una piedra las puntas aceradas de una horca de hierro murmurando en voz baja:

— Mucho tarda Guillermo en volver de Paris; le esperábamos sin embargo para dar principio á la guerra...

Y Mazurec continua afilando silenciosamente su horca. Su aspecto es horrible y repugnante... Tuerto desde su duelo judicial contra el caballero de Chaumontel, sus párpados hinchados y medio cerrados dejan ver, en vez del globo del ojo, una cavidad sanguinolenta; su nariz aplastada está cubierta de cicatrices cárdenas como su labio superior partido en dos que descubre sus dientes medio rotos, y sus largos cabellos erizados caen sobre los girones de su sayo de pelo de cabra de donde salen sus brazos nerviosos y descarnados.

De pronto la abertura practicada sobre el pozo queda casi completamente obstruida por medio de varias enormes piedras amontonadas por los hombres armados del baile de Nointel, y su voz, llegando al través del angosto orificio que deja filtrar un poco de claridad en el subterráneo, hace oir estas palabras:

— Vasallos de la parroquia de Cramosy y aldeas inmediatas, tenéis obligacion de pagar mil florines por la parte que os toca en el

rescate de nuestro noble y poderoso señor. Pagadlos, pues, pronto repartiéndoos como os plazca la cantidad que se os exige, y elegid entre el dinero y la muerte. Voy á rezar un *Credo*, y si al acabar no me ha traído uno de vosotros los mil florines á la entrada del subterráneo, sereis ahogados por medio del humo y despues se registrarán vuestros cadáveres.

El baile calló, y la abertura quedó completamente obstruida con terrones y la caberna hundida en profundas tinieblas.

— ¡Dios santo! ¿Qué va á suceder? No te separes de mi, Mazurec, dijo Avelina estremeciéndose y asiéndose á los brazos de su marido que se habia levantado para escuchar las palabras del baile.

Los vasallos oyeron la amenaza con sombrío silencio de estupor y espanto, y la repitieron despues de boca en boca. Aquellos desgraciados defendian con empeño su pequeño tesoro, su supremo recurso, fruto de incesante trabajo y de privaciones homicidas, porque habian podido sustraerlo hasta entónces á la rapacidad de sus señores á fuerza de cuidados, de astucias y luchando con heroica tenacidad contra el tormento á que les sujetaban para arrancarles la confesion del sitio donde ocultaban lo poco que poseian.

Así pues, pasado el primer momento de estupor, se oyeron entre los siervos gritos de indignacion y de rebeldia.

— ¿Cómo? decian; ¿abandonamos nuestros hogares para vivir en las cavernas como fieras, y vienen á perseguirnos hasta aquí?

— ¡Ser saqueados por los ingleses y vernos además obligados á pagar el rescate de nuestro señor!

— ¡No, no! Que nos ahoguen, que nos abrasen, que nos pasen á cuchillo... pero no nos arrancarán un florin.

— No, antes arrojaremos en el pozo el poco dinero que nos resta.

El baile acabó muy pronto de rezar el *credo*, y no viendo salir ningun siervo del refugio para presentar la cantidad exigida, dió orden de *ahumar el escondite del Buen Juan*. La operacion era fácil: se bajaba al subterráneo por un paso estrecho y de pendiente bastante rápida abierto en la roca; los ingleses y los que acompañaban al baile, amontonaron en aquel corredor ramas secas, las prendieron fuego, y por medio de sus largas lanzas empujaron en aquella hoguera ramas verdes, cuyo vapor acre y denso llenó al momento el interior del subterráneo, pues habian cerrado antes herméticamente la única abertura que hubiera podido dar salida al humo.

¡Horrible espectáculo! Los vasallos, sofocados y cegados por aquel humo negro y amargo, sentían dolores atroces; los animales, participando de los mismos dolores, se enfurecieron, rompieron sus ataduras y corrieron por las tinieblas entre la multitud pisoteándola ó traspasándola con sus cuernos. Los gritos penetrantes y desgarradores de las mujeres y los niños, las imprecaciones de los hombres y los mugidos de los animales formaban un concierto infernal. Varios vasallos llegaron á tientas hasta el pozo y se arrojaron en él para librarse de un tormento prolongado, otros se lanzaron pavoridos hacia la salida del subterráneo, pero ahogados por las oleadas de vapor, caían ahogados en medio de las llamas; otros se arrojaban de bruces en el suelo y arrastrándose con la cara sobre la tierra la escarbaban con las uñas y aplicaban la boca á las excavaciones que abrian, esperando en su delirio poder aspirar así un poco de aire, y finalmente las madres ahogaban á sus hijos en la agonía para evitarles un prolongado suplicio.

Mazurec abrazó estrechamente á Avelina desde que el humo empezó á invadir la caverna, pero la pobre vasalla, debilitada hacia tanto tiempo por la miseria y el dolor, no podía sobrevivir á aquel nuevo peligro, y con mortal aliento aplicó sus labios helados sobre los de Mazurec como si la desventurada quisiera aspirar el aliento de su marido para evitar la sofocación de la agonía. Mazurec se siente despues convulsivamente apretado entre los brazos de Avelina que espiraba...

— ¡Muerta! exclamó el siervo con voz desgarradora; ¡muerta sin venganza!

— Puedes vengarla y salvarnos á nosotros dos y á un gran número de estos desgraciados, dijo Alison con voz anhelosa pero conservando su razon y su energía.

— ¿Cómo?

— Salgamos de aquí, prosiguió la tabernera con voz cada vez mas oprimida. Avelina ha muerto. Tengo trescientos florines cosidos en mi vestido. Se los daré al baile y nos concederá la vida. Huyamos.

Mazurec lanza un grito de alegría salvaje: lo eminente del peligro y la esperanza de vengarse duplican sus fuerzas; empuña la horca con la mano derecha, arrastra tras si con la izquierda á Alison, y guiado por el rojizo resplandor que lanza la salida del subterráneo, maneja su horca sin compasion para abrirse paso al través de la muchedumbre, derriba á unos, pasa sobre los cuerpos de otros,

y llega junto al foco del fuego y del humo, cuyas cercanías están llenas de cadáveres de varios siervos que han caído ya sofocados ó abrasados tratando de cruzar aquella hoguera.

Abandonando entónces la mano de Alison y valiéndose de un medio en el que nadie pensaba en medio del pánico general, Mazurec hunde la horca en el monton de ramas inflamadas, las separa, arroja una gran parte detrás de sí, se abre una salida, atraviesa intrépidamente el suelo cubierto de restos inflamados, sube en pocos saltos la entrada de la caverna, respira un aire puro, vé el cielo y los árboles, su energía se aumenta y haciendo el último esfuerzo sale de la caverna...

El aspecto inesperado de Mazurec, aterrador por su rabia y enarbolando la horca, los ingleses y los hombres armados del baile retroceden llenos de estupor, pero el vasallo se lanza sobre el baile, le hunde en el vientre las aceradas puntas, le derriba, se encarniza con él con furia, le pisotea y continua descargándole golpes en el cuerpo, en el rostro, en donde puede alcanzarle y diciéndo á cada herida:

—Esta por Avelina, esta por mi, esta otra por los vasallos que has martirizado.

El capitan Griffith, el teniente y los arqueros que les acompañan quedan estupefactos ante aquel ataque audaz é imprevisto, pero el bastardo de Norfolk prorumpe un una carcajada y esclama:

—Capellan, ¿no vés con qué ardor está mechando este espantajo al baile? Tomo bajo mi proteccion á este terrible trinchador y admiro la destreza con que maneja la horca...

Pero el capitan Griffith se interrumpe y añade palmoteando:

—¡Por el infierno! Ya tengo mis dos hermosos ojos negros. ¡Ah! no te escaparás esta vez, buena moza.

El inglés se exclamaba así al ver á Alison que salia de la caverna. La tabernera, aunque llena de valor pero no estando como Mazurec arrebatada por el ímpetu de un furor desesperado, en el momento de salir del subterráneo habia reunido sus fuerzas desfallecidas y esperado que se apagasen las ramas que ardian aun en medio del paso. Así pues, apareció pálida, anhelosa, con los cabellos despeinados, el vestido medio abrasado y tan débil que solo podia andar apoyándose en los peñascos.

El capitan Griffith, sin compadecerse del lastimoso aspecto de Alison, solo cedió á su salvaje lujuria, se arrojó de un salto so-

bre su presa y enlazándola entre su brazos nerviosos, gritó:

— ¡Eres mía!

— ¡Perdon! exclamó la pobre tabernera luchando para desprenderse de los brazos del aventurero; tengo dinero... os lo daré... soltadme.

— Tu amor es lo que busco, que tiempo habrá para recibir el dinero, respondió el bastardo de Norfolk.

— ¡Mazurec... socorro! murmuró la tabernera al ver al vasallo, pero exasperado este con la embriaguez de la sangre y ardor de la venganza no oía los gritos de la desventurada.

— ¡Ánimo, hermosa huésped! ¡Aquí estoy! responde de pronto la voz de Mahiet el abogado saliendo de un espeso matorral y apareciendo en la cima de una eminencia peñascosa, seguido de Guillermo Caillet, de Adan el Diablo, de Rufino el estudiante y de algunos siervos armados de hachas, horcas y hoces. Esta reducida partida, atraída por los gritos penetrantes de Alison, acudía precediendo á un gran número de campesinos insurreccionados que avanzaban mas lentamente al través del bosque.

— Aquí estoy, hermosa huésped, repitió Mahiet saltando de roca en roca con la espada en la mano.

— ¡Mi Hércules del castillo de Beaumont! exclamó el bastardo de Norfolk al ver á Mahiet.

Abandonó entonces á Alison que desfallecida por la lucha cayó en el suelo, y añadió:

— Antes decia, primero el amor despues el dinero, y ahora digo: primero la batalla y despues el amor y el dinero.

Y se arrojó con la espada levantada contra Mahiet.

— Mi capellan es testigo de que solo pedia á Satanás, mi único dios, dos cosas: el amor de esta mujer y volver á encontrarte mas gordo que en la cárcel de Beaumont. Principiemos por tí.

— No tengo aun mucha carne sobre mis huesos, respondió el abogado de armas atacando intrépidamente al bastardo de Norfolk, pero mis puños no han perdido su vigor.

Se travó un combate encarnizado entre Mahiet y el capitan, en tanto que Guillermo, Adan el Diablo, Rufino y varios siervos se arrojaban con fúria sobre el *capellan* de Griffith y algunos arqueros que le escoltaban, pues el resto de los ingleses se habia quedado fuera del bosque segun el consejo del baile. Los arqueros emprendieron la fuga al través de las malezas viendo aumentarse por instantes la turba

de vasallos insurreccionados á la voz de Guillermo Caillet y que por todos lados salian de las profundidades del bosque, atraidos por los gritos de sus compañeros.

— ¡ Mueran los ingleses ! ¡ Mueran ! gritaban miles de voces.

Aniquilados por el número y destrozados con las hoces, las horcas y las lanzas, ni uno de los soldados del capitán Griffith se escapó de la matanza. El *capellan*, despues de defenderse heroicamente de Adán el Diablo, armado de una reja de arado, y de Rufino que manejaba con destreza su larga espada, cayó bañado en su sangre.

Mazurec, distraido de su encarnizamiento contra los sangrientos restos del baile con la llegada de los campesinos y de Guillermo Caillet, blandió su horca disponiéndose á reunirse con los combatientes; pero herido de una súbita idea, subió al montículo donde estaba la abertura recientemente obstruida por mandato del baile, y sirviéndose de su horca como de una palanca, hizo rodar á lo lejos las piedras que tapaban el respiradero del subterráneo. El humo, hallando una salida, salió á bocanadas negras y densas.

Mazurec volvió á entrar en la caverna.

Mahiet, herido en el brazo, pero con las rodillas sobre el capitán Griffith, buscaba su daga en el cinto para hundírsela en el cuello diciendo :

— Vas á morir, perro inglés, y á reunirte con tu único Dios el Diablo.

— Eres el francés mas valiente que he conocido en mi vida, y siento morir sin haber logrado el amor de la tabernera.

Tales fueron las últimas palabras del bastardo de Norfolk: Mahiet puso fin á la vida del bandido, en tanto que Mazurec salia del subterráneo llevando en sus brazos el cadáver de Avelina y gritando con voz anhelosa y sombría :

— ¡ Guillermo, mira á tu hija ! Y vosotros, todos los que teneis esposas, hijos, padres y amigos, entrad en este subterráneo y buscadlos entre los muertos y los agonizantes. Nos hemos negado á dar dinero para pagar el rescate del señor de Nointel, y han ahumado nuestro refugio como la madriguera de una zorra. ¡ Id á contar las víctimas del fuego... id á contar los cadáveres !

Un gran número de campesinos, aterrados con estas palabras, corrieron al subterráneo.

Guillermo Caillet se acercó á Mazurec que continuaba abrazando el cuerpo de su esposa y le dijo :

— Déjala sobre el cesped : vamos á abrir la huesa...

Pero apenas depositó Mazurec el cadáver en el suelo , Guillermo se precipitó sobre aquellos restos inanimados lanzando gritos arrancados de lo mas profundo de sus entrañas paternales , y cubrió de besos y de lágrimas el rostro helado de su hija.

— He llorado tanto que se han secado mis lágrimas , dijo Mazurec contemplando con ojos enjutos y ardientes aquel doloroso espectáculo , en tanto que Adan el Diablo abria silenciosamente con su reja de arado la huesa de Avelina.

Un grupo de arboles y peñascos habia ocultado hasta entónces esta escena fúnebre á Mahiet que , no habiendo reparado tampoco en su hermano durante el ardor del combate , estaba sentado en la yerba sostenido por Rufino y entregando su brazo herido á los cuidados de Alison , la cual , animosa y servicial aun á pesar de tantas emociones diversas , destrozó su palatina , y arrodillada delante del abogado de armas para curar su herida , le decia :

— En nuestro primer encuentro ganasteis , caballero , mi proceso , pero ¿ cómo os pagaré ahora la honra y la vida ? Sé que despreciáis el dinero para ofreceros trecientos florines que llevo cosidos en el justillo , y...

— ¿ Quereis pagarme , bondadosa huéspeda ? Seguid mi consejo : la ciudad de Nointel que habitais ha sido saqueada , y una guerra sin piedad va á estallar entre vasallos y señores ; huid del país , y partid á Paris donde se vive al menos con seguridad. Preguntareis allí donde vive Estéban Marcel ; todo el mundo os enseñará su casa , y direis á su esposa que he recibido una herida leve y que no es peligrosa. Esto tranquilizará á la señora de Marcel y á su sobrina... mi novia...

— ¿ Vais á casaros , caballero ? preguntó Alison estremeciéndose y cubriéndose sus mejillas de vivo carmin.

Pero ahogó un suspiro y añadió con voz trémula :

— ¡ Dios proteja vuestros amores ! Seguiré vuestro consejo : iré á Paris , tranquilizaré á la que amais , porque tendria mucho placer... mucho de recibir una noticia semejante si amase á alguno.

— Mahiet , dijo en voz baja Rufino sorprendido al ver la gracia y la bondad de la jóven ; vale mil veces mas que Juanita la Salada.

— Amable huéspeda , añadió Mahiet despues de un momento de reflexion , habeis seguido mi primer consejo... seguid el segundo.

En estos tiempos una mujer que viaja sola se espone á grandes peligros ; aceptad por compañero á mi amigo Rufino.

— Mahiet , dijo vivamente el estudiante , yo...

— Has combatido con valor á pesar de la herida que recibiste anteayer y que , segun me has dicho , te hace sufrir mucho ; además , prestarás un servicio á nuestra causa anunciando á Marcel que los campesinos se ha sublevado en esta provincia á la voz de Guillermo Caillet. Marcel espera estas noticias para obrar , y si con este objeto tiene que encargarte algun mensaje de confianza , volverás despues de acompañar á Alison á Paris á reunirte conmigo en Beauvois. Pregunta la direccion de la tropa de Guillermo Caillet y me hallarás con él.

Viendo Mahiet que el estudiante se convencía , añadió en voz baja :

— A pesar de tus calaveradas , eres hombre de bien : ¿ velarás por Alison como si fuera una hermana ? ¿ Me lo prometes ?

— Si... y puedes fiar en mi promesa.

Mahiet se estremeció de pronto al dirigir la mirada hácia el punto por donde Mazurec y Guillermo pasaban trasladando los restos de Avelina... Lo comprendió todo, sus facciones espresaron un dolor profundo , y arrodillándose dijo :

— ¡ De rodillas , Rufino ! De rodillas , Alison ! ¡ Ah ! debo esperar el fin de esos funerales para ir abrazar á Mazurec que es mi hermano...

Adan el Diablo acababa de abrir la sepultura de Avelina , y Guillermo y Mazurec bajaban el cadáver de la jóven á su tumba sosteniéndolo por los hombros y los piés.

Los campesinos se arrodillaron sombríos y silenciosos.

Hijos de Joel , ¡ qué cuadro de tan lúgubre grandeza presentaban los humildes funerales de la pobre vasalla humildemente celebrados bajo la copa de los árboles , y en medio de los peñascos amontonados en las cercanias del subterráneo... inmenso sepulcro de tantas otras víctimas ! Todo contribuía á que fuera mas terrible é interesante aquella escena. Aquí los restos sangrientos y sin forma del ejecutor desapiadado de las órdenes del señor de Nointel ; allí los cadáveres de los ingleses no menos execrados que los señores por el pueblo de las campiñas ; mas allá la turba de siervos , arrodillados , con la cabeza descubierta , vestidos de harapos , armados de armas estrañas y mortíferas ; y finalmente , aquel padre y aquel

esposo enterrando con sus propias manos la que debia ser el consuelo de la vejez del uno, y la alegria y el amor de la juventud del otro.

Cuando tendieron el cadáver en la huesa, Adan el Diablo principió á llenarla de tierra, y Guillermo Caillet, en pié cerca de la sepultura de su hija, y estrechando contra su pecho á Mazurec, que sollozaba ocultando el rostro porque habian acudido á sus ojos las lágrimas, gritó con voz vibrante que hizo latir todos los corazones:

— ¡Adios, Avelina! ¡adios, hija mia! Tú, que jamás hiciste mal á nadie... ¡adios para siempre!

Levantó entónces sus manos trémulas al cielo, y añadió con acento terrible que resonó en aquellas soledades:

— ¡Juro por el cadáver de mi hija enterrado por mis manos, por los huesos de nuestros amigos y parientes á quienes sirve de tumba ese subterráneo, por los tormentos que sufrimos, por el sudor y la sangre de nuestros padres y por las miserias que esperan á nuestros hijos, que vengaré á mi hija y á mis padres, y vengaré anticipadamente á nuestros descendientes por los padecimientos á que estarán condenados durante largos siglos. ¡Venganza!

Los vasallos, arrastrados por estas palabras, se pusieron en pié blandiendo sus palos, sus hoces y sus podaderas, y respondieron á una voz que repitieron los cien ecos del bosque:

— ¡Venganza!

Los campesinos que habian entrado en la caverna salieron de pronto con terror exclamando:

— ¡Muertos todos ó moribundos, niños, viejos, mujeres y jóvenes... todos muertos!

— ¡Todos muertos! repitió Guillermo Caillet con voz de trueno, ¡niños, viejos, mujeres y jóvenes... todos muertos! ¡Oh! Cuando el Buen Juan haya pasado con su hoz por un castillo, tambien se dirá: ¡Todos muertos! ¡En pié, Buen Juan! Tu nombre ha causado hasta ahora la risa de la mofa, pero en adelante causará lágrimas y terror... ¡Mueran nuestros tiranos!

— Y empieze la guerra por el castillo de Chivry, gritó Adan el Diablo.

Tocó entónces en el hombro á Mazurec y le dijo:

— Hoy esperan en el castillo de Chivry al señor de Nointel para casarse con la hermosa Glorianda. El dia del torneo se rió de tí la noble dama... Ha llegado el momento de que te rias de ella.

— ¡ La hermosa Glorianda! dijo Mazurec prorumpiendo en una carcajada feroz y delirante. Me alegro de tener un ojo rebentado y aplastada la nariz, y de ser un verdadero mónstruo. ¡ Oh! hermosa Glorianda, cual será tu terror cuando me presente ante tí y te diga: Tu esposo quiso valerse de su derecho de primicias con mi esposa: vengo á exigir el mismo derecho.

— ¡ El señor es siervo; el siervo es señor!

— ¡ Venganza!

Los campesinos siguieron tumultuosamente los pasos de Guillermo Caillet, Adan el Diablo y Mazurec, gritando al través del bosque:

— ¡ A Chivry! ¡ á Chivry!

— ¡ Adios, bondadosa huéspedada, dijo Mahiet levantándose y siguiendo con la vista á Mazurec con quien iba á reunirse; adios, Rufino... vela con solicitud de un hermano por la escelente mujer que confio á tu cuidado.

— Confio en vuestro amigo, respondió Alison, porque me habeis dicho que fuera con él...

— Y lo juro, respondió el estudiante con voz conmovida; podeis fiaros de mi como de Mahiet.

— No lo dudo, dijo el abogado. Adios, Rufino; voy á reunirme con mi hermano, á revelarles los lazos que á él me unen y á protegerle. Los siervos no tomarán por asalto el castillo de Chivry. Adios, bondadosa Alison; decid á la señora de Marcel y á Dionisia que si no vuelvo á verlas será para ellas mi último pensamiento. Y tú, Rufino, dí á Marcel que ya se han alzado los siervos.

— Adios, Mahiet, dijo tristemente el estudiante tendiendo la mano á su amigo. Si Marcel tiene que enviarte algun mensaje, le suplicaré que me lo encargue. ¡ Adios!

El abogado estrechó por última vez la mano de su compañero y se reunió apresuradamente con los siervos cuyos clamores se oian á lo lejos.

La bondadosa Alison, antes de seguir al estudiante, se arrodilló llorando sobre la huesa de Avelina y le dirigió un supremo adios con el corazon y con los labios.

CAPÍTULO IV.

El castillo de Chivry.—El salon del dosel.—El señor de Nointel presenta á su novia diez cautivos aherrojados.—Una comida de bodas en el siglo XIV.—La poterna del castillo.—La ley del talion.—El puente del Orville.—El señor de Nointel y el caballero de Chaumontel.—Carlos el Malo.—Mensaje de Mahiet.—Politica del rey de Navarra.—Guillermo Caillet es coronado rey de la Jaqueria.

El castillo de Chivry, situado á tres leguas de Nointel y construido como todas las fortalezas feudales en la cima de un monte escarpado, está al abrigo de un golpe de mano, puede resistir un largo sitio defendido por cien hombres de armas y por su posicion, y para emprender semejante ataque serian indispensables máquinas de guerra y artilleria. La magnificencia interior del edificio señorial compite con su fuerza defensiva, y entre otras suntuosidades, el salon del *dosel* ó de honor presenta un golpe de vista espléndido y sorprendente. Sus vigas pintadas y doradas brillan sobre el azul del techo, ricas colgaduras cubren sus paredes, y enormes chimeneas de piedra esculpida, donde arden troncos de árboles enteros, se ostentan en los dos extremos de la inmensa galeria, alumbrada por diez ventanas ojivales con cristales pintados donde se ven escudos de armas, y de cien pasos de anchura y doscientos de longitud; vastas dimensiones indispensables para las ceremonias de los festines de aparato en los cuales los mayordomos del señor de Chivry entran, segun costumbre, á caballo por una de las puertas del salon trayendo solemnemente en vajilla de plata los *manjares de honor* como pavos reales y faisanes asados, adornados con sus alas y colas de deslumbrantes colores, ó algunas pastas gigantescas representando el castillo señorial con escudos de armas, gloriosas golosinas que los pages colocan en la mesa delante de la reina del festin.

Aquel dia una brillante cohorte de nobles, señores, damas, señoritas y niños de castellanias vecinas, reunidos en el salon del castillo de Chivry se agrupan en torno de la hermosa Glorianda, triunfantemente sentada debajo del dosel, especie de asiento elevado, cubierto de brocado de oro y terminando con un pálio adornado de penachos. Nunca apareció la rica heredera tan bizarra y hermosa á los deslumbrados ojos de sus admiradores; sus negros cabellos,

trenzados con un hilo de perlas y diamantes, estan medio ocultos por su gorra virginal de desposada ; su vestido de terciopelo blanco, bordado de plata, descubre su cuello hasta el nacimiento del seno y sus blancos y torneados brazos, y una banda de seda oriental con franjas de perlas, ciñe su talle esbelto y elevado. Glorianda recibe con ojos radiantes y animadas mejillas los cumplidos y parabienes de la noble asamblea que la felicita por su enlace, cuya hora va á sonar pronto en la capilla del castillo. El anciano señor de Chivry goza como buen padre, la dicha de su hija y los homenajes de que la vé rodeada. Sin embargo, á pesar de la expansion de sus facciones, Glorianda frunce de vez en cuando sus negras cejas mirando con impaciencia hácia las puertas del salon, y el conde de Chivry sorprende una de sus miradas impacientes y le dice sonriendo:

—No temas... No tardará en venir Conrado.

—Padre, su estrañeza es inesplicable. ¿Ha vuelto ya de la guerra, llega hoy aqui, y aun no le he visto?

—Mírale, caprichosa. Ahora llega.

En el momento en que el anciano señor respondia á su hija, entra en el salon un cortejo triunfal. Varios clarines abren la marcha entonando una tocata marcial, y aparecen despues los pages con las libreas del señor de Nointel seguidos de sus escuderos los cuales conducen aherrojados diez hombres de aspecto repugnante, con el cráneo y el rostro completamente afeitados y de un color de hollin, macilentos y cabizbajos y vestidos de largos sayos nuevos de tela blanca y verde, colores del escudo de armas de la casa de Nointel. Aquellos cautivos agitan á intérvalos sus cadenas con estruendo exhalando dolorosos gemidos y pronunciando algunas palabras en una lengua ininteligible y bárbara, y detrás de ellos viene Conrado de Neroweg, señor de Nointel, bizarramente montado en su caballo de batalla, con la visera baja, la lanza en la mano y cubierto con una espléndida armadura. Vá á su lado, pero á pié, Gerardo de Chaumontel, armado tambien de todas armas y participando al parecer del triunfo de su amigo.

La noble asamblea recibe con aclamaciones el cortejo, y la hermosa Glorianda, con las mejillas encendidas por la sorpresa, la alegría y el amor, porque su novio le trae diez cautivos encadenados, se levanta de su asiento y grita agitando su pañuelo perfumado:

—¡Gloria al vencedor!

—¡Gloria al vencedor! repiten los nobles convidados.

El señor de Nointel baja entonces del caballo, que uno de sus pages saca del salon, alza la visera del casco, y mientras sus escuderos mandan con un ademan á los prisioneros que se arrodillen al pié del dosel de la heredera de Chivry, Conrado dice con orgullo:

— Mi dama me mandó que fuera á combatir con los ingleses y le trajese diez cautivos, y el deber de un caballero es obedecer á la reina de sus pensamientos. Fuí á la guerra, y he aqui los diez cautivos cristianos que conquisté en la batalla de Poitiers. Yo, cautivo del dios de amor, conduzco estos prisioneros encadenados á los piés de mi dama que me tiene encadenado con la mas suave de las servidumbres.

Estas caballerescas y galantes palabras, escitan los trasportes de la asamblea.

El señor de Nointel se inclina modestamente y añade:

— Estos cautivos pertenecen á mi dama; disponga de su suerte como soberana.

— Mi esforzado caballero me suplica que decida de la suerte de estos cautivos, dice la hermosa Glorianda, y yo mando que se les quiten las cadenas y se les obsequie con generosidad. El dia de mi casamiento debe ser para todos un dia de júbilo.

Y tendiendo una mano á Conrado que se arrodilla ante ella, continua:

— Tomad mi mano, señor de Nointel; no puedo darla á un caballero mas cumplido.

— ¡Felices dias gocen los esposos! grita la asamblea. ¡Gloria y honor á Glorianda de Chivry y á Conrado de Nointel!

Mientras la brillante reunion manifiesta de este modo la parte que toma en la felicidad de los futuros esposos, el señor de Chivry se acerca al caballero de Chaumontel y la dice en voz baja mirando á los prisioneros ingleses:

— Gerardo ¿qué especie de ingleses son estos? Son negros como topos.

— Señor conde, responde con gravedad el caballero, pertenecen á la tribu inglesa de los *Ratamorfdrich*.

— ¿Cómo? dijo el anciano absorto al oir aquel nombre bárbaro; ¿de la tribu de los...

— De los *Ratamorfdrich*, responde el caballero sin pestañear. Es una de las tribus mas feroces del norte de Inglaterra y se cree que

procede de una colonia siria ó ejiptia venida de los desiertos de Moscovia á las costas de Albion en caballos marinos. He aquí porqué son tan negros estos cautivos.

— ¡ Ah ! muy bien , dice el anciano asombrado con la ciencia geográfica del caballero. Ahora me esplico la causa del color de estos hombres.

Habiéndose oido entónces la campana de la capilla de Chivry , el padre de Glorianda dijo al caballero :

— ¿ Oís el primer toque de la misa de boda ? ¡ Ah ! Gerardo , hoy es para mí un dia doblemente feliz para mi vejez porque brilla en tiempos muy aciagos.

— ¿ De qué os quejais , señor ? Conrado vuelve coronado de laureles , prisionero de los ingleses bajo su palabra , es verdad , pero en este momento están dando sus vasallos el dinero del rescate ; es amado de vuestra hija y él la adora ; vuestro castillo está bien defendido y fortificado , y gracias á su valiente guarnicion , nada tiene que temer de los ingleses ni de los aventureros , y el Buen Juan , escarmentado con la ruda leccion que recibió el año pasado en el torneo de Nointel , no se atreve á alzar el rostro de los surcos que abre para vos : vivís por consiguiente en paz y alegría.

— Padre , se acercó á decir al conde de Chivry la hermosa Glorianda con abinco ; ya se ha oido el segundo toque de la misa. ¿ No partimos ?

— Vamos , te sigo , impaciente , respondió sonriendo el anciano. Da la mano á Conrado y vamos al altar.

— ¡ Qué venturosa soy , padre mio ! ¿ Sabeis que Conrado ha hablado de mí al regente ? El jóven y gracioso príncipe desea verme en la corte , y partiremos dentro de ocho dias á Paris. De aquí á entónces tendré tiempo para hacerme tres vestidos , uno de brocado de oro... otro de...

— Te harás diez vestidos... veinte si quieres , de los mas ricos , dijo el conde con espresion de ternura paternal golpeando con el dedo la mejilla de su hija. ¡ Qué hermosa se presentará Glorianda de Chivry en la corte ! Conviene probar á esos reyes que pretenden humillar á los señores , que tambien tenemos poder y riquezas. Desde mañana se impondrá doble tributo á los vasallos en honor de tu casamiento como es costumbre. Pero he aquí otro impaciente , ten piedad de su martirio , añadió jovialmente el conde designando á Conrado que se acercaba precipitadamente buscando con la mirada á Glorianda.

El señor de Nointel tomó con ternura la mano de su novia, se formó el cortejo, y los nobles convidados se dirigieron á la capilla del castillo seguidos de pages y escuderos.

Los prisioneros ingleses, libertados de sus cadenas por orden de la heredera de Chivry, iban detrás del cortejo. En el momento que pasaban el umbral de la puerta del salon, cayó de debajo del sayo de uno de los cautivos un gran cuchillo con mango de tosca madera.

— Adan el Diablo, dijo en voz baja otro prisionero, recoge tu cuchillo...

El enlace de la señorita de Chivry y del señor de Nointel tuvo lugar por la mañana, y los convidados á tan brillante boda se reunieron en la galeria del castillo, trasformada en salon de banquete. La comida ha durado hasta una hora avanzada de la noche y va á terminar, de modo que los nobles convidados han hecho honor durante seis horas á todos los servicios de aquella interminable comida. Voy á describiros, hijos de Joel, el festin de la boda de la hermosa Glorianda.

El primer servicio, destinado á abrir el apetito, se componia de limones, frutas en conserva con vinagre, cerezas agrias, salazones, ensaladas y otros manjares apetitosos. *Segundo servicio*: pastas de cangrejo y de almendras, pistos de carnes picadas y cocidas con caldo, sopas de arroz, de avena, de trigo, *macarroni*, con carne picada y con mijo, servidas en la mesa de modo que los diversos colores que estaban habilmente teñidos por un esperto cocinero, alegrasen agradablemente la vista de los convidados, formando sopas y potages blancos, azules, amarillos, rojos, verdes ó *dorados* y armonizando sus matices. *Tercer servicio*: asados con salsa, y ¡qué salsas tan variadas! salsa con canela, con nuez moscada, con ubas, con retama, con rosas, con flores y teñidas igualmente de variados colores. *Cuarto servicio*: pasteles y empanadas de todas clases, de javalí, de ciervo, pasteles monstruosos que encerraban en medio de hileras de aves un cordero relleno, y finalmente tortas de *doble aspecto* con yerbas, hojas de rosas, cerezas y castañas. Y en medio de aquella profusion de tortas, pastelillos y dulces, se alzaba un ramillete monumental de tres piés de altura que representaba las torres y murallas del noble castillo de Chivry.

La larga mesa, cargada de rica vajilla donde se refleja la claridad

de los grandes candelabros de plata en los que arden antorchas de cera, presenta un grato desorden; las jarras y las copas de oro, llenas de vino compuesto con azúcar y canela, circulan de mano en mano acrecentando el buen humor de los convidados; algunos empiezan á bambolear sobre los asientos aturridos con los vapores de la embriaguez; muchas nobles damas y señoritas, aunque no han celebrado la boda de Glorianda hasta llegar al delirio báquico, tienen las mejillas mas encendidas, los ojos mas animados y el seno palpitante, y rien á carcajadas al oír los cuentos licenciosos de los señores sentados á su lado y bebiendo en la misma copa. Los servidores y los hombres de armas del castillo participan fuera de la sala del banquete de la alegría general, celebran la boda de la heredera de Chivry con sendos tragos de cerveza, cidra y vino, y la mayor parte están completamente embriagados.

La hermosa Glorianda y Conrado permanecen estraños á la alegría causada por los ricos manjares y las chistosas conversaciones; la embriaguez de los novios es mas grata, pues se aman y arden en sus corazones los deseos legítimos que encienden las miradas de Conrado que encuentran las de Glorianda, mientras su hermoso seno ondula de placer, moviendo sus collares de perlas y diamantes. La hermosa doncella frunce sus negras cejas y alza sus hombros de nieve al oír á su padre que grita con voz ronca pidiendo silencio, y declarando que va á cantar una antigua cancion báquica en veinte y ocho estancias. Cada pareja tendrá que beber una misma copa entre cada estancia, despues de lo cual los novios serán ceremoniosamente conducidos por las señoritas de honor á la cámara nupcial, cuya puerta se abre en el salon.

La hermosa Glorianda, al oír la proposicion de su padre que promete cantar veinte y ocho estancias, proposicion victoreada por los convidados, lanza una mirada de impaciencia á Conrado, y este dice á su amigo Gerardo de Chaumontel que está á su lado:

— ¡Me gusta pardiez la idea! Esa cancion va á durar dos horas.

— Ya que me hablas de tu padre, dijo riendo el caballero medio ébrio, me preguntó esta mañana porqué nuestros prisioneros ingleses eran negros como topos. Yo le respondí...

Pero se interrumpió, y continuó despues de un momento de reflexion:

— Dime, Conrado: ¿no eran once y no diez los siervos que cogimos en el bosque, de donde salian con precaucion armados de

hoces, podaderas y horcas? Iban, según nos dijeron con ademán humilde y compungido, á cazar los lobos que estaban haciendo estragos en el ganado. Aun me rio al pensar en nuestra captura. Pero eran once y no diez los que cogimos. ¿Cómo es que siendo once... no son mas que diez?

— Calla, respondió Conrado con impaciencia; pueden oírte. ¿Olvidas que uno de ellos se fugó en el camino?

— ¡Qué rayo de luz! exclamó Gerardo calculando con sus dedos con gravedad de embriagado. Esos rústicos eran once... ¡Bien! Uno de ellos se escapó... luego solo han de quedar diez. Si, es indudable. ¡Qué talento tienes, Conrado!

El señor de Chivry entonaba entonces con voz robusta la cuarta estancia de su canto báquico. La hermosa Glorianda no pudo sufrir por mas tiempo su impaciencia; cambió una mirada de inteligencia con Conrado, y casi al mismo tiempo lanzó un quejido asiéndose del brazo de su padre, á cuyo lado estaba sentada.

El anciano interrumpió bruscamente su canto y preguntó á Glorianda con sorpresa:

— ¿Qué tienes, hija mia?

— No lo sé, padre: siento cierto desvanecimiento... y quisiera retirarme á mi habitacion.

— Querida Glorianda, dijo vivamente el señor de Nointel levantándose, permite que te acompañe...

— Si, hazme ese favor, Conrado; tomaré un rato el aire libre en la ventana de nuestro aposento; me parece que esto me aliviaria...

— Vamos, dijo tristemente el señor de Chivry; continuaré la cancion en el banquete de mañana.

El anciano se levantó tambien y añadió:

— Que las señoritas de honor de la desposada se dignen acompañarla según costumbre hasta la puerta de la cámara nupcial.

Varias señoritas se separaron entonces con pesar de los caballeros á cuyo lado estaban sentadas y rodearon á la novia, en tanto que Conrado daba vuelta á la inmensa mesa para ir á reunirse con su esposa y que dos pages iban á abrir el aposento de los esposos, brillantemente iluminado con antorchas de cera perfumada. Veíase en el fondo el lecho nupcial con cabecera en forma de dosel rodeado de cortinages de tapiceria bordada de hilos de plata.

De pronto Gerardo de Chaumontel, cuya embriaguez era mayor por instantes, se levanta sobre su asiento, y grita:

— Nobles damas, voy á demostraros que soy un hombre...

Y como acogieran las palabras del caballero con grandes carcajadas que le interrumpieron, continuó sonriendo con aire de satisfacción:

— Dejadme acabar. Voy á demostraros, lo mismo que á vosotros, caballeros, que soy un hombre que adivina.

— ¡ Veamos... demostradlo ! dijo con jovialidad la concurrencia ; demostradlo, caballero.

— El año pasado, prosiguió Gerardo, cuando el torneo de Nointel al cual asistiais todos, y en el que el Buen Juan hizo una de las suyas, Conrado mandó ahorcar algunos de aquellos rústicos y ahogar al que vencí en combate judicial.

— Hubiera querido ver como se ahogaba, gritó la voz de un niño de doce años, el hijo del señor de Bourgueil. He visto azotar, ahorcar y descuartizar villanos, pero no he visto ahogar á ninguno. Padre, mandad ahogar uno... para que lo vea.

— Hijo mio, respondió al niño el señor de Bourgueil con tono doctoral, tu interrupcion es inoportuna... los niños deben callar cuando hablan los hombres.

— Aquel rústico que vencí, prosiguió Gerardo de Chaumontel, en el momento de tomar su último baño me dijo con voz de constipado: « Me haces ahogar y serás ahogado. » Y dijo á Conrado...

— Está ébrio, dijeron los convidados sin dejarle acabar la frase.

— Esa lúgubre historia de ahorcados y ahogados es inoportuna en un dia de bodas.

— ¡ Silencio, caballero, silencio !

— Id á dormir el vino que habeis bebido con exceso.

— Esperad que os demuestre que soy adivino...

Pero las risas y los murmullos ahogaron su voz, y el señor de Nointel, estremeciéndose á su pesar con aquel recuerdo fúnebre evocado por su amigo, tomó de la mano á Glorianda que rodeaban las señoritas de honor, y le dijo dirigiéndose con ella á la cámara nupcial:

— No hagas caso de ese loco... está borracho ; ven, querida Glorianda.

De pronto aparece como un espectro en la puerta del salon un escudero lívido y ensangrentado, dá dos pasos, vacila, cae en el pavimento que enrojece con su sangre y murmura al espirar estas palabras:

— Señor... señor...

Sale un grito de horror de todos los lábios; la hermosa Glorianda se arroja llena de espanto en los brazos de Conrado que busca en vano la espada pues se la habia quitado al cambiarse por la armadura su traje de boda; los convidados, sombríos y absortos, guardan durante un momento profundo silencio, y se oye á lo lejos una espantosa gritería que vá acercándose por momentos.

Aparece otro escudero pálido y cubierto de sangre y dice con voz balbuciente:

— ¡Traicion! ¡traicion! Los prisioneros ingleses han pasado á cuchillo la guardia de la poterna del castillo, y la han abierto á una multitud furiosa. ¡Vedlos!... ya llegan.

Los gritos repetidos por una multitud de voces: *¡Jaqueria! ¡Jaqueria!* resuenan al momento fuera del salon y caen á pedazos los cristales de las ventanas hundidas á hachazos.

Una turba numerosa de siervos conducidos por Adan el Diablo y sus compañeros de rostro ennegrecido, que habian representado así el papel de cautivos ingleses, penetran en la sala del festin al través de las ventanas, y los nobles convidados corren aterrados hácia la puerta principal con la esperanza de huir por aquel lado; pero aparecen por aquella puerta Guillermo Caillet y Mazurec al frente de otra turba de rebeldes armados de palos, rejas de arado y hoces teñidas con la sangre de los soldados del castillo que acaban de asesinar, sorprendiéndoles ébrios en medio de la alegría de la fiesta nupcial.

Casi todos los campesinos insurreccionados eran vasallos de los señores de Chivry y de Nointel. Las damas y las señoritas lanzan gritos de terror y se amontonan pavoridas en el fondo del inmenso salon al ver aquella turba asquerosa, feroz, ensangrentada, medio desnuda y arrastrando sucios harapos; la hermosa Glorianda se arroja estremecida en los brazos de su esposo; los señores, que segun costumbre, habian dejado sus armaduras y sus armas para vestir sus trages de gala, cogen los cuchillos de mesa, las vasijas y los asientos para defenderse, se disipan los vapores del vino, y se colocan en tumulto delante de las mujeres para protegerlas.

Guillermo Caillet levantó tres veces el hacha, y á esta señal cesaron poco á poco los gritos tumultuosos de los siervos, sucediendo un silencio profundo, turbado únicamente por las exclamaciones de espanto y los gemidos de las mujeres aterradas.

— Siervos, dijo Guillerino Caillet, atad con las cuerdas que habeis

traído á estos nobles , matad á los que se resistan , pero no hagais daño alguno al padre y al esposo de la novia... ni al caballero de Chaumontel.

— Yo me encargo de esos tres , dijo Adan el Diablo. ¡A mí, ingleses !

Los vasallos se arrojan sobre sus señores en número de treinta , y algunos oponen á los siervos una resistencia desesperada y encuentran la muerte , pero la mayor parte de los caballeros , aterrados por aquel brusco ataque , se dejan atar , y entre ellos el anciano señor de Chivry , Gerardo de Chaumontel y Conrado de Nointel que arrancan de los brazos de la hermosa Glorianda. Esta , mas furiosa que aterrada , prorrumpe en imprecaciones é injurias contra los rústicos insurgentes , pero Adan el Diablo se apodera de ella , la sujeta y le ata las manos detrás de la espalda diciéndole con sarcasmo feroz :

— A todo el mundo le llega su vez , noble señorita... El año pasado te reiste de nosotros en el torneo de Nointel , y ahora vamos á reirnos de tí.

— ¡ Este prisionero inglés me conoce ! dijo Glorianda. ¿ Es esto un sueño ?

— Soy vasallo del señorío de Nointel y no inglés , respondió Adan el Diablo. El papel de prisioneros lo hemos hecho mandados por tu noble esposo , el valiente caballero Conrado de Nointel : nos encontró en el bosque y nos obligó amenazándonos con la horca , á que le acompañáramos aqui para servir de cómplices en su truaneria y figurar como prisioneros ingleses que debia traer á tus piés. Consentimos en la mascarada porque nos abria las puertas del castillo de tu padre. Uno de nosotros se fugó en el camino y corrió á avisar á nuestros compañeros que se acercasen á las murallas de este castillo á favor de la noche. Acabamos de pasar á cuchillo á los hombres de armas que custodiaban la poterna ; estaban casi embriagados porque celebraban tu boda , y bajamos al puente para introducir aqui al Buen Juan que va á reirse de tí ahora , como te reiste de nosotros en el torneo de Nointel.

Glorianda dejó hablar á Adan el Diablo sin responderle , y gritó estremeciéndose de dolorosa indignacion :

— ¡ Conrado ha mentido... me ha engañado... es un cobarde !

— Si , tu noble esposo es tan embustero como cobarde , respondió Adan el Diablo arrastrando á Glorianda al extremo del salon. Mere-

ces un esposo mas valiente y voy á conducirte á su lado. Ven , hermosa Glorianda ; tu primer matrimonio es nulo...

Glorianda de Chivry olvidó por un instante su peligro y su terror, y abrumada por la idea horrible para su orgullo de que Conrado de Nointel era un cobarde , se dejó arrastrar casi sin resistencia por Adan el Diablo hácia el extremo del salon.

Alli está Guillermo Caillet apoyado en el mango de su pesada hacha en medio de los siervos formados en círculo , y cerca de él se encuentran Mahiet el abogado de armas con los brazos cruzados y la frente pensativa , y Mazurec el Cordero , viudo de Avelina. Este siervo tiene una espantosa fealdad con su sayo de piel de cabra, los cabellos erizados, los brazos desnudos y sangrientos , el ojo rebentado, la nariz aplastada y el labio hundido.

Adan el Diablo empuja á la hermosa desposada hácia Mazurec y le dice con una carcajada feroz :

— ¡ Mira tu nuevo marido !

Glorianda no oye estas palabras y dá un paso atras exclamando con horror al ver el siervo desfigurado :

— ¡ Oh !... ¡ qué mónstruo !

¡ Pero cual es el espanto de la noble heredera cuando vé que el mónstruo se acerca lentamente clavando en ella su hojo hundido, brillante de odio , y al sentir sobre su blanco hombro el peso de la mano callosa del siervo que le dice con voz sorda :

— ¡ En nombre de la fuerza... me perteneces, asi como perteneció Avelina mi esposa á tu marido Conrado de Nointel !

— ¡ Oh ! ¿ que dice ese mónstruo ? murmura Glorianda pavorida lanzándose hácia atrás para desprenderse de la mano del vasallo y grita con voz desgarradora :

— ¡ Padre mio... socorro !

El anciano señor de Chivry estaba á dos pasos de ella, atado como Gerardo de Chaumontel y Conrado de Nointel. Este , atontado por el terror y abrumado por el remordimiento , no oye ni vé nada , y cruza las manos con fuerza murmurando :

— ¡ Señor... Dios mio , tened piedad de mi ! Soy un gran pecador y me arrepiento de haber intentado violar la esposa de ese vasallo. ¡ Desgraciado de mi ! ¡ Dios mio , tened piedad de mí !

— ¡ Padre mio , socorro ! continua gritando Glorianda haciendo desesperados esfuerzos para librarse de las robustas manos de Mazurec, cuyas uñas, crispadas como las de una ave de presa, sujetan á la esposa del señor de Nointel.

ces un esposo mas valiente y voy a conducirle

sa Glorianda; tu primer matrimonio es válido.

Glorianda de Chivry olvidó por un momento

y abrumada por la idea horrible para su

Nointel era un cobarde, se dejó arrastrar.

Adan el Diablo hacia el extremo del salido.

Alli está Guillermo Gaillet apoyado en el mazo

cha en medio de los siervos formados en

él se encuentran Mabiet el abogado de armas

do y la frente pensativa, y Marmon el

Este siervo tiene una espantosa

bra, los cabellos erizados, los

rebatado, la nariz

Adan el Diablo

le dice con una

— ¡Mira tu

Glorianda

con hervor

— ¡No!

¡Pero

montaña

llante

no

— ¡En

Avelina

— ¡Oh!

lanzándose

grita con voz

— ¡Padre mio...

El anciano señor de Chivry

Gerardo de Chaumontal y

el terror y abrumado por el

cruza las manos con fuerza

— ¡Señor... Dios mio, tened piedad

y me arrepiento de haber intentado

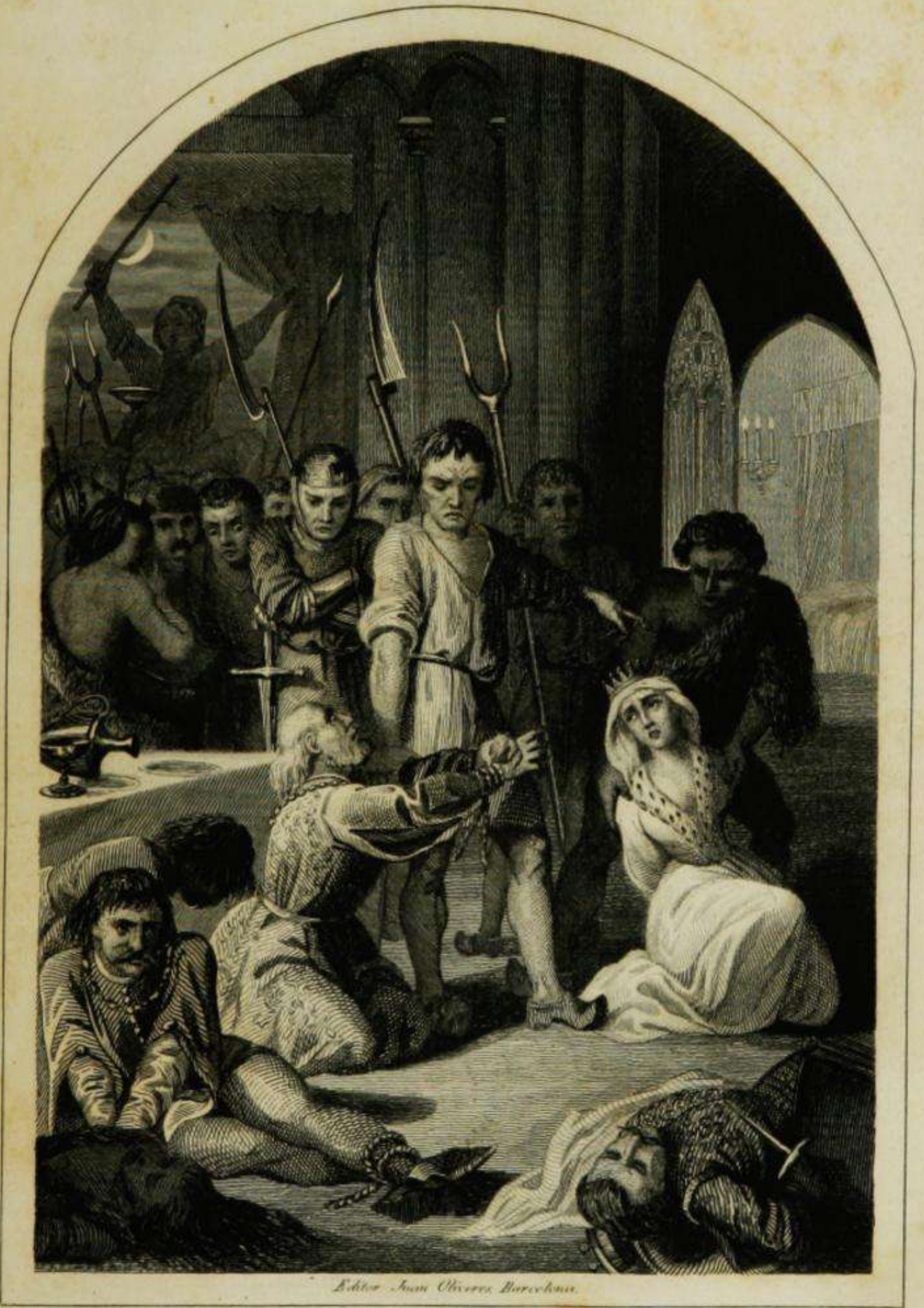
¡Desgraciado de mi! ¡Dios mio, tened piedad!

— ¡Padre mio, socorro!

desesperados esfuerzos para librarse

rec, cuyas añas, crispadas como las

esposa del señor de Nointel.



Editor Juan Oliveres Borachous

La jaqueria.

— Vasallo , dice con voz anhelosa el señor de Chivry á Guillermo Caillet ; si eres el gefe de esta turba de condenados , salva la vida y el honor de mi hija , y te perdonaré... ¡ te lo juro por Dios trino y uno ! y te evitaré el castigo que merecen tus crímenes.

— Dime , noble señor , pregunta el gefe de los insurgentes con calma siniestra ¿ no es verdad que es un dia hermoso el de las bodas de una hija que se ama ?

— ¡ Ah ! esta mañana creia que hoy seria el dia mas feliz de mi vida.

— Tambien yo lo creia el dia de la boda de mi hija Avelina. Aunque villano , tengo entrañas de padre y amaba á mi hija con ternura. Era inocente , hermosa y pura , y formaba el orgullo y la alegria de mi miserable existencia. ¿ Sabes lo que sucedió ? El señor de Nointel , tu yerno , me la arrebató , y aunque él dice que no la deshonoró , lo cual ignoro , me la devolvió moribunda y deshonrada á los ojos del mundo.

— Vasallo , dice el anciano arrebatado por su indómito orgullo de raza , el señor de Nointel usó del derecho que tiene sobre toda doncella no noble.

— ¿ Y quién le habia dado ese derecho ? ¿ La fuerza ? Luego la fuerza es el derecho. Pues bien , los siervos tienen hoy la fuerza y la usan como tu la usabas ayer , respondió Guillermo Caillet sin salir de su calma feroz. Oye además... Mazurec , el esposo de mi hija , quiso oponerse á tan bárbara violencia , y en castigo de tanta audacia , tuvo que pedir perdon de rodillas delante de su señor. Mi pobre hija murió ayer ahogada por el humo en un subterráneo por órden del baile del señor de Nointel... ! Su muerte ha sido horrible... muy horrible !

— ¿ Tengo acaso la culpa ? dijo el señor de Chivry.

— ¿ La tengo yo acaso ? respondió Guillermo Caillet con espantosa sangre fria. « Ojo por ojo , diente por diente » el señor de Nointel deshonoró á la esposa de Mazurec , y Mazurec deshonorará á la esposa del señor de Nointel.

— ¡ Miserable ! exclamó el señor de Chivry ; ¿ qué culpa tiene mi hija ?

— ¿ Y qué culpa tenia la mia cuando fué arrastrada al castillo de su señor ? No , no ; sufrirá lo que hizo sufrir á otro... es justo. El Buen Juan tiene hoy la fuerza y usará de ella...

Los siervos acogieron con gritos de triunfo el fallo pronunciado

por su gefe , en tanto que Adan el Diablo abria de un puntapié la puerta situada en el fondo del salon. Los siervos vieron el interior resplandeciente de la cámara nupcial á la claridad de las antorchas de cera perfumada que ardian en candelabros de plata.

— Vén , dijo Mazurec arrastrando á la hermosa Glorianda de Chivry , ven.

— ¡ Padre mio , defendedme... matadme , pero salvad mi honor ! Y la pobre jóven, desfallecida por el terror, lucha en vano con Mazurec que la arrastra.

— ¡ Padre mio , libradme de este mónstruo !

— ¡ Hija mia ! gritaba el conde de Chivry , agitándose entre los cordeles que le sujetaban con furor impotente y haciendo esfuerzos desesperados para correr hácia Glorianda. ¡ Desventurado de mi !

Y prorumpió en dolorosos sollozos.

— Tambien Avelina me llamaba en vano en su auxilio , dijo Guillermo Caillet conteniendo al conde de Chivry. ¡ Qué terrible es para un padre presenciar el deshonor de su hija ! Tantos vasallos lo han presenciado hace siglos y siglos que bien puedes sufrirlo tu una vez.

— ¡ La muerte ! gritó Conrado de Nointel en quien el furor sucedió al espanto y que Adan el Diablo y uno de los siervos contienen con trabajo ; ¡ la muerte... y no vea estos horrores ! ¡ Vive Dios ! ¿ Te atreves , vil vasallo , á poner la mano en mi Glorianda ?

— No te acalores , dijo Adan el Diablo lanzando una carcajada.

— Ahora vas á pedir perdon de rodillas delante de Mazurec por las injurias que le has dirigido.

— Conrado , sepamos morir , dijo el caballero de Chaumontel. Pronto seremos vengados de estos asesinos ; ni uno se librará de las lanzas de los caballeros.

Mahiet el abogado de armas , que hasta entonces habia estado impassible , se adelanta y apoyando su mano en el hombro del caballero le dice :

— Combatiste cubierto de hierro contra mi hermano Mazurec medio desnudo y armado de un palo , y va á batirse cubierto de hierro contigo medio desnudo y armado de un palo. Si te vence , serás puesto en un saco y ahogado : el siervo se ha convertido de demandado en demandante.

— Pero antes del combate , gritó Adan el Diablo , ya que la mesa está puesta y hay aun vino en las copas , ¡ á la mesa , amigos ! ¡ á la

mesa! Estas nobles damas vendrán á hacernos compañía y nos reiremos y cantaremos. ¡ Viva el vino y el amor!

— Yo, Mahiet, al recordar aquella orgía infernal, me estremezco de horror y me esfuerzo en vano en arrojar un velo sobre las atrocidades de que fuí testigo aquella noche espantosa.

Van á asomar los primeros albores del nuevo día, la luna se oculta y los lejanos montes empiezan á teñirse de color nacarado. Una turba de siervos, despues de haber pasado á sangre y fuego el castillo de Chivry, cuyos habitantes han perecido en el incendio, sube la falda de una colina y se dirige hácia el puente de Orville desde el cual fué arrojado Mazurec el año anterior en el rio despues de ponerlo en un saco. Marchan á la cabeza de la turba feroz Guillermo Caillet, Mazurec y Adan el Diablo y siguen detrás los siervos conduciendo atados al señor de Nointel y al caballero de Chaumontel, medio desnudos y desarmados. Mazurec lleva el casco, la coraza, la cota de malla, el puñal y la espada del caballero de Chaumontel y vá en medio de Mahiet el Abogado de armas y de Guillermo, el cual se para en la cima de la colina que acaban de subir y desde donde se descubre el pais á tres leguas á la redonda con el auxilio de los primeros fulgores de la aurora, y dice designando uno trás otro diferentes puntos del horizonte enrojecido por las llamas ú oscurecido por sus densas humaredas:

— ¿ Veis los castillos de Chivry, de Bourqueil, de Sant Prix, de Montsoriu, de Villiers, de Rochemur pasados á sangre y fuego esta noche por nuestros compañeros? ¿ Ois tocar á rebato en las aldeas? pues toda la noche han tocado, y llamarán á los siervos todo el dia prometiéndoles venganza. ¡ Escuchad!

En efecto, los tañidos precipitados de las campanas tocando á rebato en una multitud de aldeas diseminadas en medio de las llanuras y los bosques, llegaban hasta la cima de la colina en alas de la brisa de la mañana, y el horizonte, reverberando el resplandor de los incendios que devoraban tantos castillos feudales, parecia teñido de color de fuego, de modo que los primeros rayos del sol podian apenas penetrar el espesor de aquellas nubes sombrías y ardientes.

— El golpe de vista vale tanto como la música, dice Adan el

Diablo prestando el oído á los ecos de las campanas. Y cruzando las manos por la espalda, separando las piernas é inclinando su cuerpo, abarca con ávida mirada el cortinaje fulgente de los lejanos incendios.

— Por fin caen en escombros estos altivos castillos desde donde nos dominaban impunemente nuestros opresores, añadió el campesino lanzando una carcajada feroz. ¡Qué cosas tan horribles pasan ahora en esos castillos! Me parece oír desde aquí los gritos de las damas, las imprecaciones de los siervos, los ayes y el estruendo de esas escenas lúgubres de sangre y desolacion.

— A estas horas, prosiguió Guillermo Caillet, el Buen Juan reduce á pavesas todas las moradas de los señores en el Beauvoisi, en el Laonés, en Picardia, en Vermandois, en Champaña y en la isla de Francia.

— Quisiera ver todas las llamas dijo Adan el Diablo con sonrisa feroz, y oír todos los gritos.

— Mayor estruendo formarían todos los gritos que han lanzado hasta hoy los hijos del pueblo desde los primeros siglos de la conquista de los francos.

— Mabiet, dijo Mazurec sombrío y abatido apresurando el paso para adelantarse un poco á Adan el Diablo y á Guillermo Caillet y hallarse un momento solo con su hermano, tus palabras me indican que esta noche he sido bastante débil para no aprovecharme de la ocasion y no vengarme.

— ¿Cuándo?

— Cuando arrastré á la esposa de Conrado á la cámara nupcial...

— Explícate.

— Cuando cerré la puerta del aposento la hermosa Glorianda se postró de rodillas ante mi con las manos cruzadas é implorando mi perdon. Aquel grito de dolor me llegó hasta el corazon, me acordé de Avelina, prorumpí en llanto y olvidé mi odio y mi venganza. ¿No es cierto que fué una gran cobardia?

— Acaba.

— ¿No me reprendes por mi cobardia?

— ¡Acaba!

— Al verme llorar, la hermosa Glorianda redobló sus súplicas, y entonces le dije: « Aunque soy un miserable siervo, el amor de mi Avelina formaba la ventura de mi vida. Su muerte y lo que padeció en aquella noche fatal de que no quiero acordarme me dan

derecho para vengarme y podria hacerlo ahora , pero no lo haré... Me pareceria oír en tus gritos y ver en tus lágrimas los gritos y las lágrimas de Avelina , y ella me inspira en tí compasion. No temas , pues. » La hermosa cogió mis manos , las besó llorando , me suplicó que la dejase huir por una escalera secreta , y consentí , quedándome en el aposento pensando en Avelina... hasta el momento que prendieron fuego al castillo. Guillermo y Adan creen que violenté á la esposa de mi señor antes de perecer como los demás nobles en las llamas. No , no tuve valor. ¿ Me hubiera restituido la venganza mi felicidad ?

— ¡ Pobre hermano mio ! ¡ Alma tierna y generosa ! respondió Mahiet conmovido , tú á quien la naturaleza habia hecho Mazurec el Cordero y los padecimientos convirtieron en Mazurec el Lobo , tú naciste para amar y no para aborrecer. ¡ Ah ! tienes razon ; la venganza , por legítima que sea , no restituye la felicidad , y la muerte con que se castiga al asesino y al ladron , no devuelve la víctima ni el dinero , pero es preciso que el crimen sea castigado. ¡ Caiga la sangre que ahora se vierte sobre los primeros que la derramaron !

Viendo entonces que Adan el Diablo y Guillermo Caillet se aproximaban , Mahiet el abogado de armas añadió en voz baja :

— Mazurec , que nadie mas que yo sepa que has respetado á Glorianda. Es preciso sobre todo que Conrado crea para su castigo en el deshonor de su esposa.

Dirigióse entonces á Guillermo que venia á reunírsele y le dijo :

— Pronto llegaremos al puente de Orville ; apresurémonos...

El sol asoma reflejando sus rayos en las cristalinas aguas del Orville donde el año anterior fué arrojado Mazurec atado en un saco. Se ven aun los viejos sauces en cuyas ramas fueron ahorcados los vasallos que habian caido prisioneros despues de su rebelion , y el viento de la mañana doblega las cañas desde donde Adan el Diablo y Mahiet , ocultos durante los preparativos del suplicio de Mazurec , habian logrado sacarlo despues del agua.

Los siervos llegaron al puente , lo cruzaron , entraron en el inmenso prado en medio del cual se verificó el torneo dado por su señor Conrado de Nointel , y allí se pararon. Un gran número de ellos habian sido espectadores del paso de armas y del desafio judicial entre Mazurec y el caballero de Chaumontel.

Algunos campesinos van por orden de Guillermo Caillet á cortar con sus podaderas postes y ramas de árboles con las cuales forman barreras en torno de un espacio de unos treinta piés cuadrados. Los siervos se colocan y agrupan en torno de aquel palenque improvisado.

Guillermo Caillet se aproxima á los siervos que llevaban atados al señor de Nointel y al caballero de Chaumontel, el cual está pálido pero resuelto, al mismo tiempo que Conrado, abatido y entregándose á un terror supersticioso, vé realizarse el siniestro vaticinio de su vasallo que el año anterior le habia dicho en el momento de su suplicio:

— ¡Tu esposa será deshonrada!

El señor de Nointel no ha conservado de su rico trage mas que su justillo y sus calzones de terciopelo, hechos pedazos ya por las espinas del camino, y un sudor frio apega á sus sienes los cabellos.

— El año pasado, le dice Guillermo Caillet, ultrajaste á mi hija que ha muerto en un subterráneo del bosque de Nointel con otras víctimas, y esta noche ha sido deshonrada tu esposa y ella y otros muchos han sucumbido en los subterráneos del castillo de Chivry incendiado por tus vasallos. Esto no me basta. Mazurec te pidió perdón publicamente porque enfurecido con la deshonra de su esposa te habia injuriado, y habiendo tú injuriado esta noche á Mazurec tratándole de miserable cuando se llevaba á tu esposa, has de pedirle tambien perdón de rodillas. Si te niegas, añadió Guillermo Caillet al ver que su señor pateaba de indignacion, te haré padecer el suplicio de que tantas veces han sido víctimas tus vasallos: se bajarán dos ramas de árboles, te se atará á la una por los piés y á lo otra por las manos, y entonces se soltarán las ramas de pronto. Elige; el suplicio ó pedir perdón.

— Conrado, dijo Gerardo de Chaumontel con desdeñosa amargura, padezcamos hasta morir las infamias de estos villanos. Te repito que pronto seremos vengados.

Conrado de Nointel, estremeciéndose de espanto con la amenaza del tormento, dijo con voz ronca á Guillermo:

— Te sigo. No me dejes solo, Gerardo, añadió volviendo el rostro hácia su amigo.

— Seré tu fiel compañero hasta el fin, respondió el caballero. Hemos bebido mas de una vez alegremente en la misma copa, y moriremos juntos.

Los dos nobles llegaron conducidos por los siervos al palenque en torno del cual se agruparon los vasallos insurgentes, los cuales habian asistido casi todos á la ceremonia del átrio de la iglesia de Nointel.

Mazurec, cubierto con la armadura de Gerardo de Chaumontel, estaba en pié en medio del palenque apoyado en su larga espada.

— ¡Arrodillate! dijo Adan el Diablo al señor de Nointel.

Y poniendo su robusta mano sobre el hombro de su señor, le obligó á caer de rodillas delante del vasallo.

— Repite ahora mis palabras, añadió: « Señor Mazurec, me acuso y arrepiento humildemente de haberos dirigido palabras injuriosas cuando arrebatasteis esta noche á mi esposa, la noble Glorianda de Chivry, para usar del derecho de primicias... »

Las carcajadas y la mofa con que los siervos acogieron estas palabras que recordaban al señor de Nointel la pérdida eterna de su felicidad, y el ultrage que creia haberse hecho á la dama que adoraba, le hicieron exhalar un rugido de dolor, y cayó en el suelo derramando lágrimas abrasadoras.

— ¿ Es verdad que es horrible, señor de Nointel, el pensar en el ultrage que sufre una mujer que se ama cuando la deshonran? preguntó Guillermo Caillet. ¿ Y no es horrible además verse obligado á pedir perdón de rodillas por haberse querido oponer al ultrage que desespera vuestra vida? Es horrible ¿ no es verdad? Pregunta á Mazurec los tormentos que sufrió hace un año...

— ¡ Acabemos, señor de Nointel! dijo Adan el Diablo; pide perdón de rodillas á Mazurec ó vamos á colgarte de dos ramas.

El señor de Nointel solo respondió con un nuevo rugido de furor retorciéndose bajo sus ligaduras.

— Conrado, dijo Gerardo; repite esas vanas palabras y cede á estos cobardes asesinos; ¿ que puedes tú contra la fuerza?

— ¡ Jamas! responde el señor de Nointel enfurecido; antes mil muertes. ¿ He de pedir perdón á este miserable siervo... cuando á mi vista ha arrastrado... á mi esposa... á mi hermosa y altiva Glorianda...

No pudo continuar y prorumpió en sollozos.

— ¡ Vive el cielo! gritó despues con rabia; estaba abatido, pero ahora tengo el infierno en el alma. ¡ Oh! si fuera libre... despedazaria á estos infames como una fiera.

— Conrado de Nointel, si pides perdón de rodillas á Mazurec, te pondré una espada en la mano, dijo Mabiet el abogado de armas

acercándose lentamente. Si, te prometo batirme contigo, y si no eres cobarde, morirás al menos como hombre.

— ¿Me darás una espada? dijo Conrado balbuceando en el estravio de la desesperacion y del furor.

— Si.

— ¡Tendré una espada! ¡Oh! podré morir viendo caer la sangre de uno de vosotros, miserables siervos rebeldes... Tengo sed de vuestra sangre.

— Pues despáchate, respondió Mahiet.

Y tomando la espada desnuda que su hermano Mazurec tenia en la mano, la arroja en el suelo á corta distancia de Conrado, y añade poniendo el pié sobre la hoja:

— Pide perdon, y te desatarán al momento. Tomarás entónces esta espada, y beberás mi sangre si puedes, hijo de los Neroweg.

— Ea pues, repite mis palabras, Nointel, dijo Adan el Diablo: «Señor Mazurec, me acuso y me arrepiento humildemente...»

Y añadió interrumpiéndose al ver que el señor de Nointel apretaba los puños y los dientes:

— Esos gestos te impedirán hablar. Repite pues: «Señor Mazurec...»

— «Señor Mazurec» repitió Conrado de Nointel con voz ahogada por la cólera y mirando con ardor la espada cuyo aspecto le daba fuerza para llevar á cabo expiacion tan terrible, «me acuso y me arrepiento humildemente...»

— «De haberos dirigido palabras injuriosas,» prosiguió Adan el Diablo en medio de nuevas carcajadas, «cuando arrastrabais esta noche á mi esposa, la noble Glorianda de Chivry para usar del derecho de primicias.»

— ¡No, no... jamas! exclamó Conrado de Nointel; ¡jamás repetiré esas palabras infames!

Mahiet arroja el casco, se quita la armadura, se descubre el pecho y dice al señor de Nointel:

— Toma... aqui tienes carne que herir si puedes; de este modo se igualarán las probabilidades de vencer. Te juro además que no te apuntaré mas que al pecho... Te lo juro por los siervos ó esclavos de mi familia que en el curso de los siglos se han encontrado ya con la espada en la mano con tus antepasados. Por eso quiero pelear contigo. Te ofrezco el pecho desnudo y una espada... Pide pronto perdon á Mazurec.

— Te mataré , perro bastardo de la raza conquistada por mis antepasados , gritó Conrado de Nointel casi delirante.

— Y continuando arrodillado á los piés de Mazurec , murmuró con voz insegura :

— « Me arrepiento... de haberos dirigido palabras injuriosas... cuando arrastrabais esta noche á mi esposa... »

— « La noble Glorianda de Chivry... Pronuncia con claridad el nombre , dijo Adan el Diablo.

— « La noble... Glorianda... de... Chivry... repitió Conrado con un sollozo desgarrador , para usar del derecho de primicias. »

— Levántate , poderoso señor de Nointel ; Mazurec te perdona el ultrage que le hiciste , respondió Mazurec en medio de una esplosion de gritos de triunfo.

— ¡ La espada ! ¡ la espada ! gritó Conrado levántandose lívido , aterrador y con las manos atadas por la espalda.

Y dirigiéndose á Mahiet el abogado , añadió :

— Me has prometido tu sangre... quiero morir matando.

— ¡ Desatadle ! dijo el Abogado de armas que sujetaba aun con el pié la espada puesta en el suelo , y desenvainó la suya.

Mientras los siervos desataban las cuerdas , Gerardo de Chaumontel dió un paso hácia su amigo , y le dijo :

— Adios , Conrado... El furor te ciega , estás debilitado por las fatigas de esta noche... Te matará este hércules , campeón de oficio , pero seremos vengados.

— ¡ Muerto... yo ! exclamó el señor de Nointel con una horrible carcajada. No... no ; mataré á este perro bastardo... verás como cae bajo mi espada.

— Encomienda tu alma á Santiago , ya que estos malvados te niegan el morir como cristiano , dijo Gerardo.

— ¡ Invocaré mi odio ! respondió Conrado con delirio y sacudiendo los brazos que acababa de desatar Adan el Diablo.

— Un hijo de Joel , dijo Mahiet , va á combatir con un descendiente de Neroweg , como *Scanvoch* con el *Aguila terrible* , como *Karadoc* con el conde de *Auvernia* y como *Fergan* contra *Neroweg VI*.

— ¡ Ojalá nuestra descendencia pueda encontrarse otra vez con la tuya para su desgracia ! respondió con voz sorda Conrado de Nointel. La rama primogénita de mi familia habita en sus dominios de Auvernia , y el hermano de mi padre tiene muchos hijos.

— Comencemos por tí, dijo Mahiet poniéndose en guardia. Es un combate á muerte.

— Y yo tambien combatiré á muerte con este cobarde ladron, causa de todos mis males, dijo Mazurec enseñando el puño á Gerardo de Chaumontel. Desátale las manos, Adan, que espacio suficiente hay aquí para pelear dos á dos. Pelea, Mahiet, con la espada y mata á Nointel, y dame á mi la horca, que es el arma del villano, para combatir con Chaumontel.

Gerardo, desatado, vestido con la camisa y los calzones y armado de un palo, se coloca delante de Mazurec empujado por Adan el Diablo, y el siervo, protegido de piés á cabeza con la armadura de hierro del caballero, empuña una larga horquilla que termina en tres puntas aceradas.

— ¿No acometes? le dice Mazurec, ¿esperas que te mate sin defenderte?

El caballero se esfuerza en sonreirse en medio de su terror, coge el palo con ambas manos y responde:

— Espera, espera; aun no han dado la señal los heraldos de armas.

El señor de Nointel, vuelto en si de su acceso de furor, inclina la cabeza con abatimiento y se niega á combatir.

— Veo, dijo Mahiet, que huiste por cobarde en la batalla de Poitiers. ¿Necesitaré para estimularte que te ponga la mano en el rostro?

Y añadió el ademán á las palabras.

La amenaza irrita á Conrado que se lanza contra Mahiet con la espada levantada, en tanto que Gerardo de Chaumontel retrocede huyendo de la horca de Mazurec.

— ¡Defiendete cómo yo me defendí! gritó el vasallo corriendo tras el caballero y blandiendo la horca; era mas valiente que tú cuando te acometia á pesar de tu armadura de hierro, de tu lanza y de tu espada.

— Compañeros, dijo Adan el Diablo al ver que al caballero de Chaumontel retrocedia á cada paso de Mazurec, crucemos las hoces delante de él y caerá sobre ellas si trata de huir de la horca de su adversario.

Los siervos siguen el consejo de Adan, y Gerardo de Chaumontel, en el momento que Mazurec se precipitaba sobre él con la horca levantada, vé alzarse á sus espaldas un terrible circulo de hoces amenazadoras.

— Cobardes villanos, gritó el caballero, abusais de vuestra fuerza.

— ¿Y no abusabas tú, respondió Adan el Diablo riendo, de tu fuerza combatiendo á caballo y armado de todas armas contra Mazurec medio desnudo y no teniendo mas que un palo para defenderse?

Mientras tenia lugar esta escena, el señor de Nointel acometia á Mahiet con impetu. Diestro en el manejo de la espada por el hábito de los torneos, jóven, ágil y robusto, dirige varios golpes muy certeros al abogado de armas, el cual los para como gladiador consumado diciendo con desprecio:

— ¿Porqué huiste cobardemente en la batalla de Poitiers sabiendo manejar tan bien la espada?

En aquel momento Mahiet evita una estocada de Conrado de Nointel ladeando el cuerpo, contesta con vigor, hiere á su adversario en el hombro, y le ve caer súbitamente con asombro en la arena donde queda inmóvil como un cadáver.

— ¿Muerto por tan poco? dice el abogado de armas bajando la espada.

— No te fies, Mahiet... es tal vez un ardid, le grita Mazurec á quien Gerardo de Chaumontel acaba de descargar tan furioso garrotazo que el palo se hace trizas sobre el casco de hierro del vasallo. A no ser por el casco, era perdido. ¡Oh! es una idea magnífica la vuestra, caballeros, la de combatir armados de este modo contra villanos medio desnudos, dijo Mazurec.

Y aunque aturdido por el golpe, hunde la horca hasta el mango en el vientre del caballero ladron, el cual cae lanzando un quejido.

Y Mazurec repite al ver á Conrado inmóvil en la arena:

— No te fies, Mahiet; es un ardid.

En efecto, Mahiet se inclinaba hácia su adversario sorprendiéndole su caída, cuando el señor de Nointel se levantó bruscamente, se asió con una mano de las piernas del abogado de armas, y empuñando con otra mano una daga oculta hasta entonces en los calzones, trató de herir en el costado á su enemigo que, asido por las piernas, perdió el equilibrio.

— ¡Malvado! dijo Mahiet dejándose escapar á pesar suyo la espada al caer sobre el cuerpo de Conrado cuyo brazo pudo sujetar á tiempo, era finjida tu muerte.

— Con villanos como tú todos los ardides son justos, dijo Conrado.

Mahiet arrancó entonces la daga de la mano del señor de Nointel y se la hundió en el pecho diciendo:

— ¡ Muere , pues , hijo de los Neroweg !

— Gerardo... murmuró Conrado con voz moribunda ; hice mal en insultar á la mujer de este vasallo , pero te juro que no la deshonré. Si he dicho lo contrario... he mentado. ¡ Glorianda... ! ¡ Glorianda !

Y el señor de Nointel espiró en medio de los gritos de alegría de sus vasallos.

— Conservaré esta daga en cuyo mango estan grabadas las armas de los Neroweg , dijo Mahiet sacando del cuerpo de Conrado el arma ensangrentada , y aumentará las reliquias de nuestra familia.

Apenas se alejó Mahiet del cadáver del señor de Nointel , cuando sus vasallos , tantas veces víctimas de su tirania , se arrojaron en el palenque , y se encarnizaron sobre sus restos palpitantes con sus hoces , horcas y hachas mutilándolos con furor salvaje , en tanto que Adan el Diablo alzaba al caballero de Chaumontel que vivia aun á pesar de estar mortalmente herido.

— Dadme el saco y la cuerda , dijo Adan.

Uno de los campesinos trajo un saco que se habian proporcionado en el castillo de Chivry , y pusieron dentro el cuerpo sangriento de Gerardo de Chaumontel , dejando fuera de aquel sudario su cabeza cárdena y desfigurada por la agonía.

Los siervos se lo cargaron al hombro y se dirigieron hácia el puente de Orville.

— Recuerda mi vaticinio , dijo Mazurec al caballero con siniestra sonrisa : hace un año , cuando me iban á arrojar al rio , te anuncié que moririas ahogado.

Gerardo de Chaumontel exhaló dolorosos gemidos , y sucediendo á su audacia un terror supersticioso , murmura con voz débil:

— ¡ Dios mio , tened piedad de mi alma ! Soy castigado justamente... Robé á este vasallo... ¡ Dios mio , tened piedad de mí !

Los siervos llegaron al puente de Orville trasportando el cuerpo del caballero de Chaumontel atado en el saco , y lo arrojaron en la rápida y profunda corriente del rio entre frenéticas aclamaciones.

— ¡ Perezcan asi todos nuestros tiranos ! ¡ Guerra de esterminio y sin piedad ! grita con voz de trueno Guillermo Caillet que estaba en pié sobre el puente rodeado de una turba feroz y siniestra.

— ¡ Mueran nuestros verdugos ! repiten los siervos con voz ronca y horrible. ¡ Que no quede uno solo !

— ¡ No haya piedad con ellos !

— ¡ Vengüemos á los que murieron en el subterráneo del bosque de Nointel !

— ¡ Venganza !

— ¡ Mueran ! ¡ mueran !

Mahiet vé desde el puente donde estan agrupados los siervos un ginete que se dirige hacia ellos á escape , y reconociéndole entre la nube de polvo que levanta , esclama:

— ¡ Rufino !

El Abogado de armas sale al encuentro del estudiante á quien siguen á larga distancia varios grupos de insurgentes.

Rufino desmonta con precipitacion y dice á Mahiet :

— Por los campesinos que precedo he sabido que habia aqui una gran reunion de siervos, y esperaba encontrarte entre ellos; á no haber sido asi hubiera recorrido el pais para entregarte una carta de Marcel.

— ¿ Una carta ? preguntó Mahiet con impaciencia.

— Sí , tómala , respondió Rufino.

Mahiet toma la carta con ansiedad , y mientras la lee , le dice Rufino.

— ¡ Por Júpiter ! La compañía de una mujer honrada nos trae en verdad la ventura. Cuando hacia el amor á Juanita la Salada siempre me sucedia algun percance desagradable , en tanto que todo ha sido dichas en mi viaje con esa preciosa Alison , que temo se ha puesto de acuerdo con Cupido para hechizarme. Llegamos á Paris sin novedad , y Margarita acogió á Alison perfectamente. ¡ Ah ! amigo mio , adoro á la hermosa tabernera. ¡ Qué nombre tan feo ! Tabernera... no ; adoro á la Hebe , á la tabernera de los dioses en el Olimpo. Si Alison me aceptara por esposo , estableceriamos una taberna , destinada particularmente á los estudiantes de la Universidad. La muestra seria espléndida, y se leerian en ella versos griegos y latinos llamando á los bebedores ; he aqui la traduccion de esos versos. *Así como el señor Baco puede...*

Mahiet interrumpió al estudiante y le dijo despues de leer la carta de Marcel :

— Rufino , vuelvo á Paris contigo : me llevarás en la grupa. El preboste de los mercaderes tiene que darme algunas órdenes. Ma-

zurec se ha vengado , los siervos se sublevan en todas partes segun han contado á Marcel personas que han llegado á Paris de las provincias, y es preciso aprovechar ahora y dirigir á buen fin este movimiento formidable. Espérame aqui algunos momentos: pronto vuelvo.

Y Mahiet se dirigió á Guillermo Caillet , á Mazurec y Adan el Diablo , y llamándoles aparte les dijo :

— Marcel me llama á su lado. El regente se ha retirado á Compiègne , y despues de declarar á Paris fuera de la ley , se prepara á marchar contra esta ciudad al frente de las tropas reales. Se le espera , y creo que tendrá un recibimiento que no será de su gusto. Todas las ciudades de municipalidades , Meaux , Amiens , Beauvois , Noyon y Senlis , estan sobre las armas , y en todas partes se insurreccionan los campesinos y se unen á ellos los mercaderes y los gremios de oficios. El rey de Navarra es capitán general de Paris , y aunque este hombre merece el nombre de *Malo*; es un poderoso instrumento que Marcel hará pedazos si se desvia de la senda que ha emprendido en favor del pueblo. Ha llegado por fin la hora de la libertad de la Galia ; pero para llevar la empresa á buen fin , es preciso regularizar la revolucion de los siervos , reunir sus partidas dispersas , disciplinarlas y formar un ejército capaz de combatir con el del regente y despues con los ingleses. Venzamos á los enemigos interiores y despues arrojaremos de nuestro suelo á los extranjeros.

— Es justo , dijo Guillermo Caillet pensativo ; diez partidas dispersas no tienen fuerza, pero reunidas podrán llevar á cima grandes empresas. Soy conocido en el Beauvoisi , y nuestros siervos me seguirán á donde les lleve. Cuando hayamos esterminado los traidores, nos arrojaremos sobre los ingleses...

— ¡ Mueran los ingleses ! dijo Adan el Diablo blandiendo su hoz ; que vuelvan á su pais si no quieren que los seguemos á todos.

— Y la cosecha será magnífica si seguimos unidos , respondió Mahiet. Meaux , Senlis , Beauvois y Clermont esperan á los aldeanos para abrirles las puertas y proporcionarles víveres y armas...

— ¡ Pan y acero !... nada mas , dijo Guillermo Caillet. ¿ Y cual es el proyecto de Marcel ?

— Esas ciudades fuertes ocupadas por los siervos y los ciudadanos armados tendrán estrechadas á las tropas del regente en esta provincia , respondió Mahiet , y las demás se organizarán del mismo

modo. Presta atención á lo que voy á decirte... porque son las instrucciones que ha dado Marcel. El rey de Navarra es de los nuestros porque espera destronar al regente con el apoyo del partido popular; ocupa á Clermont con sus tropas, y de allí debe dirigirse á Paris para esperar en sus cercanias al ejército real. Tiene necesidad de refuerzo, y como Marcel desconfia de él, me encarga que te diga que reunas todas las partidas de siervos y te dirijas á Clermont al frente de una fuerza de siete á ocho mil hombres. Entonces podrás reunirte sin temor con Cárlos el Malo de quien es preciso desconfiar, pero como su ejército cuenta apenas unos dos mil hombres de á pié y quinientos caballos, en caso de taicion, podrías aniquilarlo teniendo una fuerza tres ó cuatro veces superior en número.

—Entiendo el plan, dijo Guillermo Caillet despés de escuchar con atención al Abogado de armas. Y de Clermont... ¿marcharemos directamente á Paris?

—Cuando llegues á Clermont recibirás nuevas instrucciones de Marcel. El plan del preboste de los mercaderes consiste en humillar á la nobleza; destronar al regente y arrojar al extranjero de nuestro suelo. Terminada la campaña, llegará la hora de la emancipacion de los siervos, que libres de la tirania de los señores francos y de los saqueos de los ingleses, gozarán por fin en paz el fruto de sus trabajos y los gratos goces de la familia. Si... vosotros, Guillermo, Adan, Mazurec y otros tantos desgraciados, sereis las últimas víctimas de los señores feudales y los libertadores del pueblo...

—Mahiet, suceda lo que quiera, vencedor ó vencido, puedo morir ahora porque he vengado á mi hija, dijo Guillermo Caillet. Te prometo conducir mas de diez mil hombres á Clermont, y dejarán por huellas la ruina de los castillos... Díme ahora donde volveré á verte.

—En Clermont á donde te llevaré las instrucciones de Marcel. Me llama á Paris y voy á partir, respondió Mahiet.

Y estrechando á Mazurec entre sus brazos le dijo:

—¡Adios pobre hermano mio, adios... hasta luego! Guillermo, lo dejo á tu lado; vela por él.

—Le amo como amaba á mi hija. Hablaremos de ella... y combatiremos como hombres que desprecian la vida.

Mahiet da otro abrazo á su hermano, y se dirige á Paris apresuradamente á la grupa de Rufino, y los rebeldes, cuyo número crece por

instantes , se preparan á marchar sobre Clermont donde se encuentra Cárlos el Malo.

Cárlos el Malo, rey de Navarra, ocupaba en Clermont el castillo de los condes de aquel pais, inmenso edificio que dominaba con una de sus torres la plaza llamada *del Arrabal*. El primer piso , alumbrado por una larga y estrecha ventana ojival formaba un vasto salon circular, donde estaba sentado cerca de una mesa Cárlos el Malo.

Acababa de asomar el dia, y el príncipe decia á uno de sus escuderos :

— ¿ Se ha construido ya el cadalso ?

— Si , señor ; podeis verlo desde la ventana.

— ¿ Qué dicen los ciudadanos ?

— Están consternados ; se han cerrado todas las tiendas y nadie circula por las calles.

— ¿ Y la plebe ? ¿ y los gremios de oficios ?

— Desde la egecucion de ayer , no se ve apenas al populacho.

— Pero los que se ven...

— Estan aterrados como la clase acomodada.

— Sin embargo , que mis navarros custodien con vigilancia las puertas , las murallas y las calles, y que maten sin compasion al ciudadano , artesano ó siervo que se atreva á salir hoy de su casa.

— Se ha dado ya la órden , y se egecutará.

— ¿ Qué hacen los gefes de esa canalla de rebeldes ?

— Continuan impasibles , señor.

— ¡ Vive Dios ! Yo haré que se conmuevan muy pronto. ¿ Se ha buscado un trípode ?

— Si , señor.

— Qué esté todo dispuesto para las siete.

— Todo estará dispuesto , señor.

Cárlos el Malo reflexionó un instante , y dijo designando una medalla en que estaba grabada su cifra y que se veia sobre la mesa :

— ¿ Ha llegado el hombre que se ha prendido esta noche en las puertas de la ciudad y que me ha enviado esta medalla por uno de mis arqueros ?

— Si , señor... acaban de traerlo desarmado y atado como mandasteis , y espera en el patio.

— Introducidlo aquí.

El escudero salió, y Cárlos Malo se levantó de su asiento, se acercó á la ventana que daba á la plaza donde se habia alzado el cadalso, y despues de entreabrirla para mirar hácia fuera, la cerró y volvió á sentarse junto á la mesa con los labios contraidos por una sonrisa de triunfo. En aquel momento volvió á entrar el escudero precediendo á algunos arqueros entre los cuales se veia á Mahiet el Abogado de armas, con las manos atadas por la espalda y el rostro inflamado por la ira.

Cárlos el Malo hace una seña el escudero que se retira con los navarros, y quedan solos al príncipe y Mahiet.

— Señor, ¿soy víctima de un error ó de una indigna traicion? pregunta el Abogado de armas. Deseo por vuestro honor que sea una equivocacion.

— No es equivocacion.

— ¿Luego es una traicion? ¡Desarmarme... atarme, á mi que traigo la medalla que os hice entregar con una carta en que se demostraba que soy un mensajero de Esteban Marcel! Repito, señor, que es una traicion, una felonía...

— Ni es traicion ni felonía.

— ¿Cómo me esplicais, pues...

— Es simplemente una medida de prudencia, responde friamente Cárlos el Malo. ¿Porqué has firmado tu carta en el nombre de *Mahiet el Abogado de armas*? ¿Es tu nombre y profesion?

— Si.

— ¿Te envia Marcel?

— Os lo he dicho y demostrado al enviaros esta medalla.

— ¿Cuál es el objeto de tu mensaje?

— Lo sabreis cuando me hayais desatado.

— Me parece que tienes suelta la lengua.

— Pero atada mi dignidad.

— ¿Respondes con sutilezas?... Pero tén cuidado porque los instantes son preciosos, tu mensaje es sin duda importante... y puedes comprometer su buen éxito con tu prolongado silencio.

— Señor, venia como aliado, ya que no como amigo, pero tratándome como enemigo, no me arrancareis una palabra, y Marcel podrá enojarse de lo que aqui sucede.

— Qué se enoje, dijo Cárlos el Malo; y tocó una campanilla.

El escudero volvió á entrar, y el príncipe le dijo:

— Conducid á este hombre fuera de la ciudad y no le permitais la entrada.

Mahiet hizo un movimiento , reflexionó y añadió despues de vacilar un momento :

— Hablaré , pues , por injurioso que sea el modo con que recibís á un enviado de Marcel.

El escudero salió á una nueva seña del rey de Navarra , y este dijo á Mahiet :

— Habla... ¿ cuál es tu mensaje ?

— Esteban Marcel me ha encargado que os dijera , señor , que es hora ya de abrir la campaña : el ejército del regente marcha sobre Paris , todos los vasallos se han sublevado , numerosas partidas de siervos deben estar en marcha hácia esta ciudad para reunirse con vuestras tropas , y me sorprende no hallar aqui á los siervos...

— ¿ Por qué puerta has entrado en Clermont ?

— Por la del camino de Paris. Era aun de noche cuando llegué á la ciudad y os envié uno de los arqueros que me prendieron.

— ¿ Has hablado con algun soldado mientras esperabas mi respuesta ?

— No , me han dejado solo y encerrado en una de las torres.

— Continua.

— Esteban Marcel desea saber cual será vuestro plan de campaña cuando refuerzen vuestras tropas los ocho ó diez mil siervos que de un momento á otro llegarán á Clermont.

— Hablaremos de eso despues. ¿Cuál es el estado de los ánimos en Paris ?

— Los adversarios de Marcel y partidarios del regente trabajan mucho y se esfuerzan en estraviar á los habitantes imputando á la rebelion todos los males que sufre la ciudad. Las tropas reales se habian apoderado de Etampes y de Corbeil para impedir la entrada de granos y sitiar por hambre á Paris ; Marcel se puso á la cabeza de las milicias urbanas, y tras un combate mortífero, rechazó á los realistas y aseguró la subsistencia de Paris. Pero los adversarios del preboste de los mercaderes redoblan sus sordos manejos para que una parte de la clase media se declare en favor del regente. El pueblo se resigna porque está mas habituado á las privaciones , y lleno de fé en un porvenir que ha de emanciparlo , no se desalienta ni pierde su energia y su adhesion á Marcel , especialmente desde que llegó á Paris la noticia de la sublevacion de los siervos. Los vasallos de todo el valle de Montmorency se han sublevado , asi como los...

Mahiet se interrumpió de pronto y añadió :

— Pero haced, señor, que me desaten porque mi posición es un baldon para vos y para mí...

— ¿No me resigno yo á ese baldon? Imitame pues. Decias que los partidarios del regente trabajan... ¿Está entre ellos Maillart?

— No... al menos abiertamente. Los gefes del partido de la corte son nobles, y entre otros el caballero de Charny y Santiago de Pontoise. Es preciso por consiguiente obrar pronto y con decision. Teneis gran probabilidad de reinar si venis en auxilio de los parisien- ses, si combatis las tropas del regente y utilizais segun las miras de Marcel la poderosa cooperacion de la Jaqueria. Los siervos no tienen despues de los señores, enemigos mas implacables que los ingleses, y el objeto de Marcel al apoyar la insurreccion de los campesinos y al organizar sus partidas, se dirige especialmente á lanzarlos en masa contra los ingleses en nombre de la patria asolada por ellos y arrojar por fin al extranjero de nuestro suelo. El triunfo es seguro si se aprovecha la exaltacion de los siervos dirigiéndola á tan noble fin: la salvacion y la independendencia del reino. Por esto ha deseado Marcel que se reuniesen los siervos con vuestras tropas.

— ¡Oh! si... respondió Cárlos el Malo con una sonrisa sardónica, nuestro amigo Marcel es muy prudente y me ha proporcionado excelentes auxiliares.

— ¿Qué quereis decir?

— Luego vas á saberlo. Espera.

El rey de Navarra volvió á tocar la campanilla, y se presentó de nuevo el escudero que volvió á salir despues de escuchar algunas palabras que el príncipe le dijo al oido.

— Señor, dijo Mabiet; me admira tanto misterio: ¿se trama alguna nueva traicion contra mí?

— ¡Qué idea mas peregrina! respondió Cárlos el Malo encogiéndose de hombros. Deseo únicamente tomar precauciones para que nuestra conversacion sea como ahora mesurada y tranquila.

— ¿He faltado acaso á las atenciones que mereceis?

— Hasta ahora no, pero voy á poner á ruda prueba tu moderacion y temo...

La aparicion de dos escuderos jóvenes y robustos que acompañaban al confidente de Cárlos de Navarra interrumpió las últimas palabras del príncipe, y antes que Mabiet, que tenía ya las manos atadas, hiciera un movimiento, fué derribado en el suelo á pesar de su enérgica resistencia, porque de un puntapié envió rodando

á uno de los escuderos á diez pasos de distancia.

Cárlos el Malo exclamó al ver caer á su escudero :

— ¡Pardiez! tienes una fuerza hérculea. ¿Me engañaba acaso al tomar precauciones contra las consecuencias de nuestra conversacion á pesar de tus promesas de moderacion ?

Los tres escuderos se arrojaron sobre el abogado de armas, y llegaron con mucho trabajo á atarle las piernas tan sólidamente como los brazos.

El rey de Navarra le dijo entonces :

— Colocad á este hombre en una silla cerca de la ventana, y que esté en pié ó sentado como le acomode. Salid ahora.

El príncipe continuó cuando se quedó solo con Mahiet que estaba encendido de impotente cólera :

— Nuestra conversacion puede seguir ahora pacíficamente y sin que me esponga á ser interrumpido por uno de esos argumentos *ad hominem* que has dado á mi escudero.

— Cárlos el Malo, ¿tendrán razon los que asi te llaman? dijo Mahiet. ¡No me engañaban mis sospechas! Tienes que comunicarme alguna traicion... y temes mi cólera.

El rey de Navarra se encogió de hombros con desden y respondió:

— Vasallo, si te hiciera el honor de temerte, te hubiera mandado ahorcar, y si hiciese traicion á Marcel, estaria en Compiègne al lado del regente. No estás ahorcado ni yo estoy en Compiègne, luego divagas. Continuemos tranquilamente nuestra conversacion, interrumpida en el momento que me hablabas de los siervos, esos excelentes auxiliares que me enviaba Marcel. Has de saber pues que han venido.

— ¿A Clermont ?

— Sí... á Clermont.

— ¿Cuándo ?

— Ayer.

— ¿En dónde estan ?

— ¿Dónde? dijo Cárlos el Malo con sonrisa siniestra; ¿dónde? Pregunta es esa algo embrollada, porque desde que el mundo existe es la desesperacion de los que tratan de saber á donde se va al salir de este mundo...

— ¡Qué escucho! Los siervos...

— Esos feroces bandidos estan... donde estaremos todos.

— ¡Muertos! exclamó Mahiet con estupor y espanto; ¡muertos!

— Tranquilízate y escucha.

— ¡ Muertos alevosamente ! dijo Mahiet con la frente bañada en frío sudor. ¿ Se me tiende un lazo ?

— Si , llegaron esos animales feroces , continuó Cárlos el Malo , esos bandidos que saquean é incendian los castillos , pasan á cuchillo á los señores, fuerzan á las mujeres, asesinan á los niños y quieren aniquilar á la nobleza.

— ¡ Desventurados ! exclamó Mahiet incorporándose á pesar de las ataduras, la venganza de los siervos solo ha durado un dia tras largos siglos de padecimientos y miserias...

— Vasallo , dijo con altivez soberana el rey de Navarra interrumpiendo á Mahiet , los derechos del señor sobre sus siervos son absolutos , y el villano que se rebela merece la muerte.

El Abogado de armas se estremece , lanza una mirada amenazadora á Cárlos el Malo y le dice :

— No me dejarás salir vivo de aqui , porque tu perdicion seria cierta si repitiese tus palabras á Marcel.

— Saldrás con vida de aqui , respondió friamente el príncipe , y ademas de mis palabras comunicarás á Marcel hechos... hechos que voy á referirte.

Mahiet volvió á caer en su asiento abatido por inesplicable angustia , y el rey de Navarra continuó :

— Dirás en primer lugar á Marcel que por astuto que sea no he caido en el lazo que me tendia. Los gefes de los rebeldes que me enviaba como auxiliares debian ser mis vigilantes y en caso necesario mis verdugos... si me separaba de la línea que me habia trazado ese insolente mercader. Solo era en sus manos , segun me dijo , un instrumento que haria pedazos cuando le conviniera ; pero pagándole en la misma moneda , he roto uno de los temibles instrumentos de Marcel aniquilando la Jaqueria... esa asquerosa rebelion de feroces bandidos que sin Dios ni ley querian destruir todo lo mas sagrado que hay en la sociedad, convirtiendo el reino en un monton de ruinas y en un pais de salvages. En este momento , mis amigos Gaston Febo , conde de Foix , y el adalid de Buch destruyen los restos de la serpiente de la rebelion.

— ¡ Vencida... aniquilada la Jaqueria ! dijo Mahiet con creciente estupor.

Pero abrigando despues su primera sospecha añadió :

— Cárlos , te llaman el Malo y creo que me tiendes un lazo. Si los

siervos han venido á Clermont en número de ocho ó diez mil no tenias fuerzas suficientes para esterminarlos.

— ¡Sabes, Mahiet, lo que se hace con una manada de lobos cuando causan estragos en una comarca? Se forma una batida, se les cerca y se les persigue hasta esterminarlos. Lo mismo he hecho yo con esos bandidos que eran peores que lobos. Ayer al mediodia me anunciaron la llegada de los siervos; la clase media de Clermont y los gremios de oficios, infectados del antiguo veneno comunero, salieron de la ciudad al encuentro de los incendiarios con objeto de obsequiarlos. Aprobé su idea, y mientras los siervos hacian alto en cierto valle situado cerca de Clermont, tres de sus gefes se presentaron en el puente levadizo pidiéndome audiencia porque venian segun dijeron como amigos...

— ¡Los nombres... exclamó Mahiet con ansiedad, los nombres de esos gefes!

— Guillermo Caillet, Adan el Diablo y Mazurec... tu hermano.

— ¡Mi hermano! repitió el Abogado de armas estupefacto. ¿Cómo sabes...

— ¡Oh! sé muchas cosas y nada te ocultaré. Mandé que trajesen á mi presencia á los gefes, les recibí con la cortesania que merecia su dignidad y les traté como á iguales. Quedamos convenidos en que, segun la voluntad de Marcel, serian mis auxiliares, que pronto nos pondriamos en marcha hácia Paris, que hasta su partida permanecerian sus tropas acampadas en el valle, y que los gefes despues de dar órden para acamparse, se pondrian de acuerdo conmigo para nuestras operaciones. Dicho y hecho: los tres gefes, fueron á arreglar el campamento y volvieron, pero mi primer cuidado fué hundirlos en un calabozo, porque sabia que los sanguinarios bandidos estaban casi vencidos faltándoles los gefes. Envié entonces uno de mis oficiales, el señor de Bigorra, á anunciar á los siervos que terminada mi conferencia con sus gefes, deseaban estos que sus soldados diesen principio á algunos ejercicios de batalla con mis arqueros y ginetes para acostumbrarse á la ordenanza militar. Los siervos cayeron en un lazo en que no hubieran caido sus gefes, y aceptaron con júbilo la proposicion.

Cárlos el Malo vió la indignacion y la cólera de Mahiet espresadas por bruscos movimientos á pesar de sus ataduras, se interrumpió un momento y añadió:

— Me felicito de haber mandado que te atasen, porque te hubie-

ras arrojado sobre mi para estrangularme. Reserva tu furor para otra ocasion mas favorable. Prosigo. La clase media y los gremios de oficios de Clermont habian abierto numerosas cubas de vino para obsequiar á los siervos , y como la alegre algazara era inmensa despues de beber , pidieron á grandes gritos una marcha militar á manera de ejercicio. El señor de Bigorra, que es un hábil capitán, mandó la maniobra de modo que , tras algunas marchas y contramarchas , los siervos se encontraron formados en masa en el fondo del valle en tanto que mis arqueros ocupaban todas las colinas y mis ginetes las dos únicas salidas que permitian la fuga.

— ¡ Qué traicion ! dijo Mahiet con amargura desesperada.

— ¿ Traicion ? No ; fué una verdadera batida contra los lobos que asolaban el pais , y creo haber prestado un señalado servicio á la humanidad esterminando á sus verdugos , respondió Cárlos el Malo. Los siervos , tan estúpidos como feroces , se esforzaban en arreglar su marcha al paso militar , se erguian y manejaban sus palos , horcas y hoces con tanta gallardia como si llevasen las nobles armas de la caballeria , y aplaudian el bélico continente de mis gentes de armas que coronaban las alturas que dominaban el valle. Suenan de pronto los clarines con gran regocijo de los siervos , pero la diversion dura poco , porque al primer toque preparan mis soldados los arcos , y una lluvia de saetas lanzadas de arriba abajo diezma las masas compactas de la Jaqueria. Se apodera un pánico terror de los siervos salvages , y quieren huir por las dos salidas del bosque , pero se encuentran en frente de mis quinientos ginetes cubiertos de hierro , que con espada , lanza y maza , cargan con impetu á la canalla , en tanto que mis arqueros continuan acribillando á saetazos á los que intentan subir á las colinas.

Mahiet no pudo reprimir en su consternacion un sordo gemido que interrumpió á Cárlos el Malo.

— Los siervos , continuó el rey de Navarra , demostraron que solo eran valientes con indefensos y no sabian mas que robar é incendiar castillos. Era tal su terror , segun cuenta el señor de Bigorra , que se dejaban degollar como corderos , arrojándose de rodillas , ofreciendo el cuello á la espada , el pecho á la flecha y la cabeza á la maza , de modo que en poco rato quedó el valle cubierto de cadáveres y concluida la batida de esos lobos furiosos. Me aseguré despues de los ciudadanos mas señalados por su aficion á la Jaqueria , me apoderé de la ciudad , y mientras la custodio , podeis ir á decir á Mar-

cel que no admito auxiliares como los siervos, porque aun soy caballero, cristiano y honrado, y que solo valian para sembrar el espanto y la destruccion. Van á desatarte y á devolverte el caballo. Si dudas de mis palabras y quieres cerciorarte de la realidad de mi batida, antes de volver á Paris, puedes pasar por el valle y verlo por tus propios ojos.

Mahiet se olvidó de que estaba atado é hizo un movimiento para lanzarse sobre Cárlos el Malo, pero este le dijo sonriendo:

— ¿Quieres matarme cuando he sido generoso hasta el punto de perdonar la vida á los tres gefes de esos bandidos? ¿Lo dudas? añadió el rey de Navarra respondiendo á un suspiro doloroso de Mahiet que pensaba en su hermano. ¿Porqué no has de creerme? ¿Quién me impide que diga la verdad? ¿Qué he de temer de tí?

— ¿Será cierto? exclamó el Abogado de armas cediendo á una vaga esperanza; ¿mi hermano se ha salvado?

— Si. Y si en vez de mujir como un toro, hablases pacíficamente como debe hablar un mensajero bien educado, te doy mi palabra de caballero de que pronto verias á tu hermano.

— ¡Vive Mazurec... y le veré!

— Vive... y le verás; te lo repito. Pero hablemos con calma y veamos los medios que deben tomarse para que Marcel y yo podamos obrar de acuerdo.

— ¡Marcel obrar de acuerdo con un verdugo.... con quien acaba de decir que los vasallos que se rebelan merecen la muerte! No; desde hoy queda rota esa alianza funesta contraida bajo la imperiosa necesidad de las circunstancias. Terrible ha sido la leccion.

— Estás calumniando el buen sentido de Marcel cuya prudencia política aprecio mejor que tú. ¿Sabes lo que responderá cuando vuelvas á Paris lleno de indignacion y le anuncies la destruccion de la Jaqueria?

— Si, lo sé...

— Yo tambien. Responderá: «El pueblo bajo era mi ejército y esperaba disciplinarlo y poder decir al rey de Navarra: Mi ejército es superior al tuyo, acepta mis condiciones, marchemos juntos contra el regente, te prometo la corona si consientes en sufrir la ley absoluta de las Asambleas generales, y sino, no. Me importa poco que te unas con el regente porque las milicias urbanas ocupan las ciudades y los siervos las aldeas, y no te temo. Pero está aniquilado lo mejor de mi ejército, la Jaqueria, añadirá juiciosamente Marcel, y

el desastre es irreparable. Solo me quedan dos partidos que tomar : someterme al regente , entregarle mi cabeza y la de mis amigos , ó coadyuvar á los proyectos del rey de Navarra que tiene un ejército capaz de resistir á las tropas reales. Pues bien , en vez de imponer condiciones al rey de Navarra , me veo obligado á sucumbir á las suyas. » Esto es lo que te dirá Marcel.

— ¡ Hacer traicion á la causa que ha consagrado su vida !

— ¡ Hacer traicion ! ¿ Porqué ? Asegura por el contrario una parte de sus designios. ¿ Me crees bastante necio para ignorar que forzosamente... (así me lo dijo Marcel con franqueza) , que forzosamente habia de aceptar , en el caso de subir al trono , la mayor parte de las reformas revolucionarias que desea establecer hace tantos años ? ¿ Acaso tarde ó temprano dejarían de rebelarse contra mi las clases plebeyas , como se han rebelado contra el regente ? Marcel me dijo además con franqueza : « Vos , señor , que ambicionais la corona , solo vereis en cada reforma un medio de afirmaros en el trono , y el regente por el contrario solo veria en ellas un atentado contra la soberania de sus derechos hereditarios. »

— Cárlos , si tales son tus intenciones , si cada una de tus palabras no es una mentira ó escondes un lazo ¿ porqué has destruido la Jaqueria ? ¿ porqué has aniquilado la sublevacion popular ? ¿ No debia asegurar la independendencia del reino y arrojar á los ingleses de nuestro suelo ?

— ¿ Me crees un estúpido ? ¿ Sobre quién reinaria si el pais fuera enteramente libre ? ¿ Qué seria de la nobleza ? No , no ; me veré obligado á consentir en la mayor parte de las reformas que desean los plebeyos ; me resignaré , no á ser el instrumento pasivo de las Asambleas nacionales como quiere Marcel , sino á gobernar de acuerdo con ellas , y emplearé todos mis esfuerzos en esterminar la guerra contra los ingleses. Pero ¿ quieres que , elevando á la plebe , me cree un enemigo de cada señor ? El siervo continuará obedeciendo á quien tiene derecho á mandarle : es su destino en la tierra , y su ignorancia le cierra la puerta á goces que no comprende , á derechos sociales que mancillaria con su hábito de inveterado odio y su miserable ceguedad. Tal vez llegue un dia en que esa plebe sea mas ilustrada y capaz de gozar la libertad que Marcel y otros ilusos quieren darle , pero esa libertad seria para él como un juguete precioso en manos de un niño , como una arma en poder de un loco. ¿ Y quién pagaria los impuestos ? ¿ Se habian de arrancar á los nobles los

territorios que hace tantos siglos poseen? Desengáñate; hay proyectos que encantan y alucinan á las almas generosas, pero al ponerse en planta, se desvanecen como el humo ó dejan un reguero de sangre, ruinas y lágrimas como las huellas que ha dejado la Jaqueria en el breve espacio de tiempo que por desgracia ha existido.

El rey de Navarra guardó un momento de silencio y añadió:

—Dirás á Marcel que mañana reuniré mis tropas y marcharé á Paris cuyas puertas espero que me abrirán, y que venga á verme á Saint Oven, donde estaré pasado mañana por la noche, para ponernos de acuerdo sobre este punto y otros de la mayor importancia.

La terrible lógica de Cárlos el Malo redoblaba el horror que inspiraba á Mahiet, é iba á manifestar su indignacion, cuando dieron las seis en el reloj de la iglesia parroquial de Clermont.

El rey de Navarra se sonrió y dijo al abogado de armas:

—Te he prometido que verias á tu hermano... y vas á verle. Voy á decirte cómo he descubierto tu parentesco. Uno de los carceleros espíó ayer la conversacion de los tres gefes de la Jaqueria, y oyó decir varias veces á uno de ellos que no sentia perder la vida, sino el no tener una entrevista con su hermano Mahiet el Abogado de armas, amigo de Marcel. Cuando esta mañana recibí tu carta, con la firma de Mahiet, y en la cual te anunciabas como enviado del preboste de los mercaderes, me ha sido fácil reconocer tu parentesco con ese rebelde.

—¿En donde está mi hermano?

—Cerca de aquí, y vas á verle. Dirás á Marcel que pasado mañana le espero en Saint Oven.

—Pero mi hermano... mi hermano...

—Te repito que vas á verle pronto, respondió Cárlos el Malo dirigiéndose hácia la puerta.

Y en el momento de salir se volvió para repetir á Mahiet:

—No te olvides de decir á Marcel que pasado mañana por la noche le esperaré en Saint Oven.

Salió el rey de Navarra, y un momento despues volvió á abrirse la puerta, y el Abogado de armas hizo un movimiento de alegría creyendo ver entrar á Mazurec, pero solo se presentó uno de los escuderos del príncipe.

—El rey me ha prometido que veria á mi hermano, dijo Mahiet con creciente ansiedad.

El escudero abrió la ventana junto á la cual estaba sentado el abogado de armas y designándola con la mano , le dijo :

— Mira.

Y se setiró despues de encerrar al abogado en la sala.

Impelido por un presentimiento siniestro , Mahiet se acercó á la ventana tan rápidamente como le fué posible á pesar de los cordones que sujetaban sus piernas.

He aquí el espectáculo que se presentó á su vista...

Vió debajo de la ventana , á una profundidad de treinta piés , un recinto bastante espacioso , rodeado de casas y en el cual terminaban dos calles , obstruidas entonces por pelotones de soldados para que ningun habitante pudiera penetrar en aquella plaza. En su extremo y á corta distancia de la ventana donde estaba Mahiet , se alzaba un ancho cadalso en cuyo centro se veia un poste en que se apoyaba una tabla formando asiento , y á cada lado , dos tajos que servian de base á dos estacas terminadas en agudísima punta. Varios verdugos van de uno á otro lado sobre el tablado del cadalso , colocando unas cadenas en el poste del centro , ocupados otros en derredor de un hornillo en poner en todas direcciones , con auxilio de unas tanazas , dentro de las ascuas uno de esos trípodes de hierro ó trébedes de que se sirven los campesinos para colocar la olla cerca del hogar. El trébede principia á enrojecerse , y los verdugos , arrodillados en rededor del hornillo , soplan con toda la fuerza de de sus pulmones para avivar las ascuas.

Se oyen varias trompetas en direccion de una de las dos calles , y los soldados apostados en su salida se separan y dan paso á una primera partida de arqueros. Entre esta y la segunda llegan con paso firme Guillermo Caillet , Adan el Diablo y Mazurec el Cordero , los dos primeros vestidos con la antigua blusa gala , zapatos y gorros de lana , y el hermano de Mahiet cubierto con un viejo sayo de piel de cabra. No se han dignado atarles los piés ni las manos ; Adan y Mazurec apoyan uno de sus brazos en los hombros de Guillermo que va en medio , y los tres se dirigen asi hácia el cadalso , enlazados , con la cabeza erguida , la mirada intrépida y ademan resuelto.

Un gran número de arqueros formando la retaguardia de la escolta se dispersan por la plaza con el arco preparado y los ojos alzados hácia las ventanas de las casas inmediatas.

Se abre una ventana , y al momento dos flechas lanzadas por los arqueros vuelan , silvan y desaparecen dentro del edificio... donde

se oye un lúgubre gemido. Los dos arqueros ponen otra flecha en sus arcos. Se habia dado orden por pregon público á los habitantes de la ciudad cuyas casas rodeaban la plaza para que no se asomasen á sus ventanas durante el suplicio de los gefes de la Jaqueria.

Los tres llegan cerca del cadalso.

Mahiet se cree en medio de un espantoso sueño, respira con afan, corre por su rostro un sudor frio, y el horror y la desesperacion se suceden en su espíritu hasta el punto de delirar... Distingue las figuras y oye las voces de Mazurec, de Adan y de Guillermo que se dan el supremo adios al pié del cadalso, mientras los verdugos se ocupan sobre el tablado en los últimos preparativos del suplicio.

Guillermo Caillet toma de la mano á Adan y á Mazurec, y grita con voz robusta que llega hasta los oidos del Abogado de armas:

— ¡Animo hasta la muerte! ¡Adan, tu mujer está vengada...! ¡Está vengada nuestra Avelina, Mazurec! ¿Qué importa que el verdugo nos atormente y nos dé una muerte horrible? ¿Renacerán al morir los millares de nobles que sucumbieron bajo nuestras armas tras una lenta agonía? ¡Buen Juan, la Jaqueria te ha vengado!

— ¡La Jaqueria te ha vengado, Buen Juan! repiten Adan y Mazurec alzando el puño hácia el cielo en un ímpetu de exaltacion feroz. ¡Animo hasta la muerte!

Los verdugos, ocupados en los preparativos del suplicio, no imponian silencio á los tres campesinos, cuyas palabras no podian tener eco en aquella plaza desierta, pero uno de los egecutores gritó cuando el trípode de hierro adquirió en las brasas un color blanco:

— ¡Ya está!

Los arqueros ataron entonces á los tres gefes, los subieron al tablado y los entregaron á los verdugos.

Colocan á Guillermo Caillet en el banco que se ve al pié del poste entre los dos tajos que terminaban en agudas estacas, y conducen á los tajos á Mazurec y Adan con las manos atadas por la espalda y desnudos de cuerpo á escepcion de los calzones.

Un verdugo arranca el gorro de lana que cubre los cabellos canosos de Guillermo Caillet, en tanto que otro coge con las tenazas el trípode candente con los piés vuelto hácia arriba, hunde el círculo de hierro en el cráneo del anciano, y le dice:

— Te coronó, rey de la Jaqueria.

Guillermo Caillet lanza rugidos de dolor atroz, arden sus cabellos, y la piel de su frente se arruga, arroja negruzca y humeante sangre



se oye un lúgubre gemido. Los dos arqueros ponen otra flecha en sus arcos. Se había dado orden por pregon público á los habitantes de la ciudad cuyos casas rodeaban la plaza para que no se asomaran á sus ventanas durante el suplicio de los gefes de la Jaqueria.

Los tres llegan cerca del cadalso.

Mabiel se erexa en medio de un espantoso sueño, respira con corre por su rostro un sudor frio, y el horror y la desesperacion suceden en su espíritu hasta el punto de delirar... Distingue las figuras y oye las voces de Mazurec, de Adan y de Guillermo. Dan el supremo adios al pié del cadalso, mientras los verdugos ocupan sobre el tablado en los últimos preparativos del suplicio.

Guillermo Caillet toma de la mano á Adan y á Mazurec, y con voz robusta que llega hasta los oidos del Abogado de la Jaqueria.

— ¡Animo hasta la muerte! Adan, tu mujer está vengada; ¡Está vengada nuestra Avelina, Mazurec! ¿Qué importa que el diablo nos atormente y nos dé una muerte horrible? ¿Qué importa morir los millares de nobles que sucumbieron bajo el yugo de la Jaqueria tras una lenta agonía? ¡Buen Juan, la Jaqueria se ha vengado!

— ¡La Jaqueria se ha vengado, Buen Juan! ¡Buen Juan, Mazurec alzando el puño hacia el cielo en un grito de indignacion!

¡Animo hasta la muerte!

Los verdugos, concibiendo en sus profundos corazones el deseo de poner en silencio á los tres campesinos, se apresuran á preparar un nido en aquella plaza desierta, para uno de los ejecutores cuando el tripode de hierro preparado se ha hecho un calor excesivo.

— ¡Ya está!

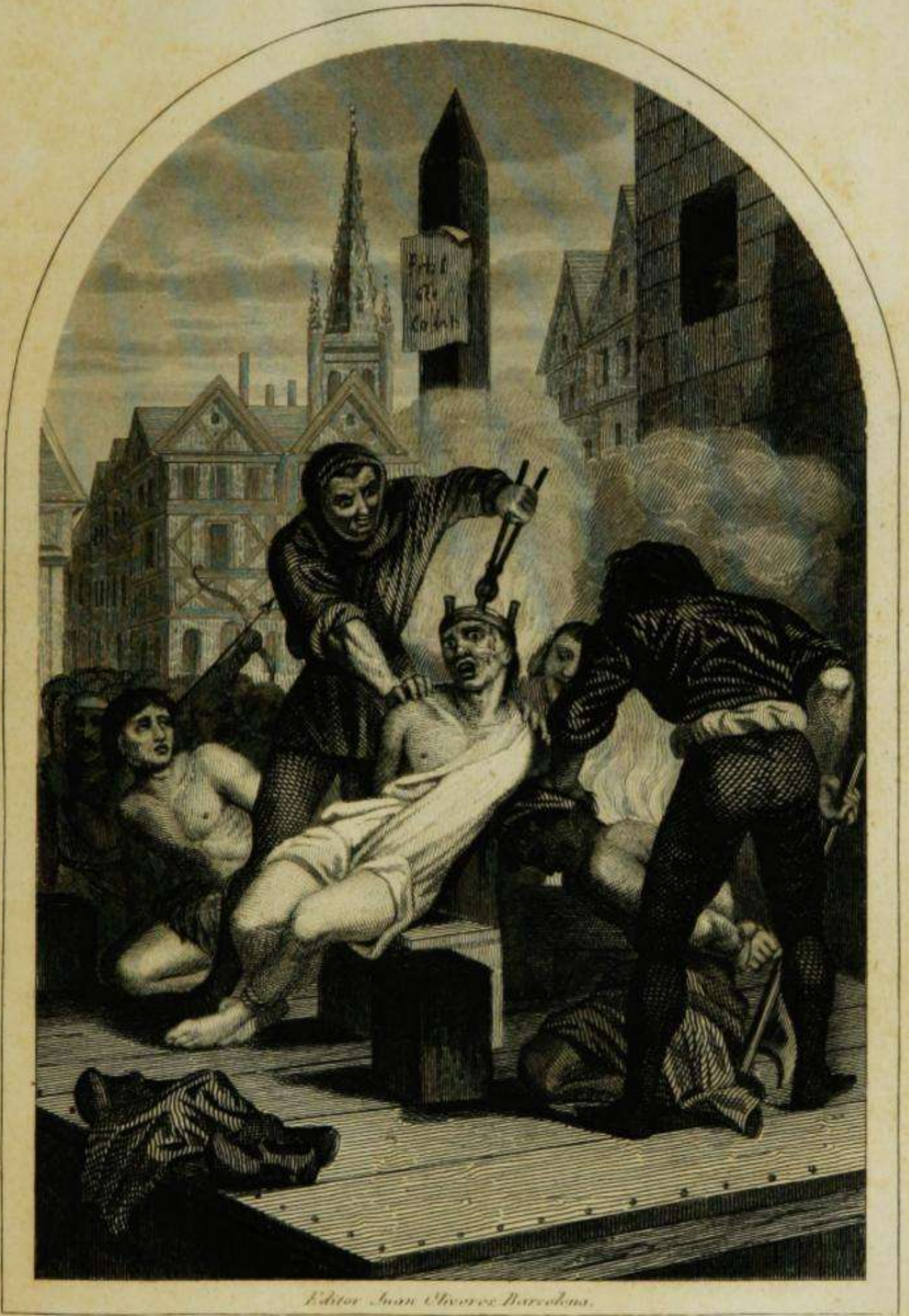
Los arqueros atan en silencio á los campesinos, los arrojan al tablado y los entregaron á los verdugos.

Colocan á Guillermo Caillet en el banco que se ve al pié del cadalso entre los dos tajos que terminaban en agudas estacas, y con los tajos á Mazurec y Adan con las manos atadas por la espalda y los nudos de cuerpo á escepcion de los calzones.

Un verdugo arranca el gorro de lana que cubre los cabellos de Guillermo Caillet, en tanto que otro coge el pie del campesino que el tripode caudante con los pies vuelto hacia arriba. El verdugo de hierro es el mismo del asiano, y le dice:

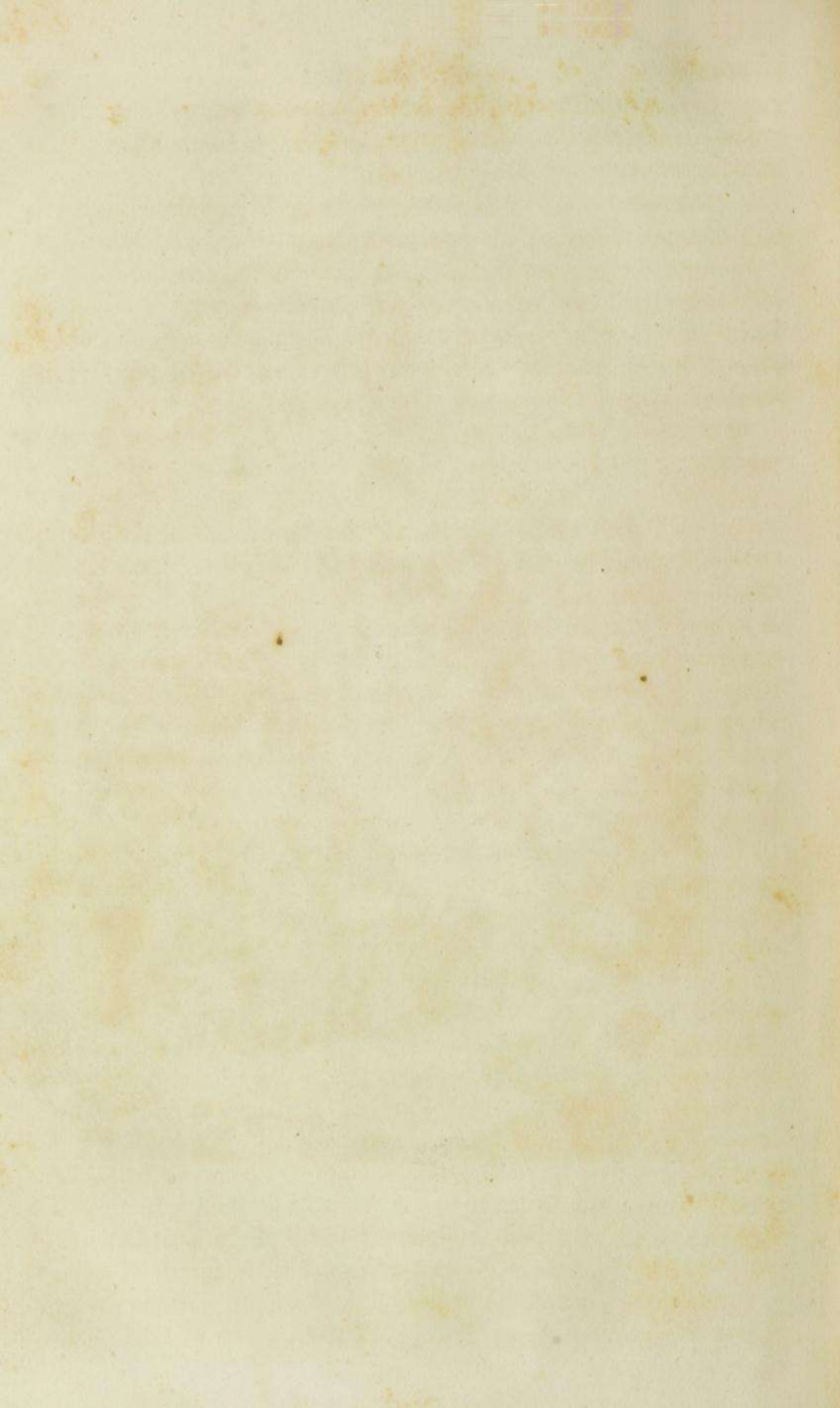
— Te coronas, rey de la Jaqueria.

Guillermo Caillet lanza un grito de asombro, y se levanta sobre sus pies y la piel de su rostro se vuelve blanca como la nieve.



Editor Juan Oliveres Barcelona.

El rey de los siervos.



y se hiende bajo la presión del trípode candente.

Las hachas de los demás verdugos se levantan sobre Adan y Mazurec arrodillados delante de los tajos.

— ¡Hermano mio! grita Mahiet el Abogado logrando vencer la opresión que ahogaba su voz como en medio de una pesadilla.

Mazurec vuelve y levanta la cabeza hacia la ventana de donde ha salido aquel grito desgarrador, pero al mismo tiempo el reflejo de la hacha de los verdugos que cae y hiere brilla á los ojos de Mahiet, el cuerpo de su hermano se inclina, y su cabeza rueda sobre el cadalso que riega con numerosos chorros de sangre.

Apoderase el vértigo del Abogado de armas, bambolea y cae desmayado.

.....

Cuando Mahiet volvió en sí, se vió libre de sus ataduras y tendido en la paja en medio de un pórtico. Un arquero le custodiaba á la luz de una lámpara. Era de noche. Mahiet reunió sus recuerdos como si se despertase de un sueño penoso y supo la horrible realidad: el arquero le dijo que habiéndole encontrado sin sentido en la sala de la torre los escuderos de Carlos el Malo, le habían trasladado á aquel sitio; que tras un largo acceso de delirio había quedado sumido en un entorpecimiento profundo, y que el rey acababa de mandar que cuando recobrára el sentido le devolvieran las armas y el caballo y le permitieran salir de Clermont cuando quisiese.

Mahiet suplicó al arquero que le acompañara á la presencia de uno de los oficiales del rey de Navarra con la esperanza de obtener el permiso de ver el cadáver de Mazurec. El príncipe accedió á la petición del Abogado de armas, el cual salió del castillo, se dirigió á la plaza y á la claridad de la luna subió al cadalso custodiado por arqueros.

Las cabezas de los tres gefes estaban clavadas en las estacas. Mahiet besó la frente helada de su hermano, y bajó del cadalso, pero su pié tropezó con el trípode de hierro que había caído en el suelo después de la ejecución de Guillermo Caillet.

— Este instrumento de tortura, testigo de la muerte de mi hermano, aumentará las reliquias de nuestra familia, y lo uniré á la daga de Neroweg, señor de Nointel, dijo el abogado de armas recogiendo furtivamente el trípode que escondió debajo de la capa.

Y montando á caballo en la puerta de Clermont, partió para dirigirse sin detenerse hasta Paris y dar cuenta á Marcel del resultado de la embajada.

CAPÍTULO V.

La esposa de un gran ciudadano.—Petronila Maillart.—Alison.—Regreso de Marcel.—El testamento.—Rufino y el hombre de la gorra de pieles.—La puerta de San Antonio.—Principales acontecimientos de 1350 á 1428.

Un mes habia trascurrido desde la muerte de Guillermo Caillet, Adan el Diablo y Mazurec el Cordero.

Dionisia, la sobrina de Marcel y novia de Mahiet el Abogado de armas, se hallaba cosiendo en una sala situada encima de la tienda de paños del preboste de los mercaderes, y la luz que la alumbraba demostraba la mas viva inquietud en su apacible semblante. A intervalos suspendia el movimiento de la aguja y prestaba el oido hácia la ventana, al través de la cual se oian de vez en cuando el murmullo confuso y los pasos precipitados de un gran número de personas que atrevesaban la calle corriendo, y despues este ruido se alejaba y desvanecia quedándose la calle silenciosa. Aquellos rumores, sintoma de la agitacion que reinaba en Paris, alarmaban cada vez mas á Dionisia.

—¡Cielos! decia; el tumulto aumenta y mi tia Margarita no vuelve. ¿A donde habrá ido? ¿porqué ha pedido el manto á Inés? ¿para qué ese disfraz? ¿porqué se ha ocultado el rostro al salir? ¿Ha ido á la casa consistorial donde mi tio y Mahiet estan desde esta mañana?

El recuerdo del Abogado de armas hizo ruborizar á Dionisia que añadió despues de suspirar:

—Si corriera algun peligro, Mahiet velaria por Marcel como por su mismo padre. Pero la prolongada ausencia de mi tia principia á aterrarme...

Inés la Beata entró precipitadamente y dijo á Dionisia á quien habia visto nacer:

—¿No sabes lo que advierto en la calle hace una hora?

—¿Qué adviertes, Inés?

—Tres hombres de mala facha estan clavados cerca de la puerta. Los he observado desde la ventana; á veces consultan entre sí en voz baja, á veces se separan, y uno se pone entonces á la izquierda de la puerta, otro á la derecha y el tercero en frente de casa... Sin

duda estan apostados alli para espiar las personas que entren ó salgan de aquí.

— Me inquieta ese espionaje: se lo avisaré á mi tia cuando vuelva.

— Ya vuelve quizás, dijo la criada; he oido abrir y cerrar la puerta de la tienda.

En efecto, no tardó en presentarse en la sala Margarita que, arrojando el manto de capucha con que se cubria, dijo á Inés:

— Dejanos solas.

La mujer del preboste de los mercaderes se sentó abatida y rendida por el cansancio. Su abatimiento, su palidez y la palpitacion de su seno aumentaron los recelos de Dionisia, la cual se apresuraba á interrogar á su tia, cuando haciendo esta un grande esfuerzo, se tranquilizó y dijo á Dionisia con voz firme:

— ¡Valor, hija mia, valor!

— ¡Cielos! tia, ¿tenemos que lamentar alguna desgracia?

— Ahora no, pero mañana, esta noche quizas...

Y Margarita se interrumpió y continuó con acento cada vez mas tranquilo y resuelto:

— He pagado tributo á la debilidad, pero ya he recobrado la presencia de ánimo y estoy preparada á todo. Sabré elevarme al menos por medio de la resignacion hasta la altura del hombre á quien tengo hoy mas que nunca orgullo de pertenecer. Ningun hombre de bien fué tan indignamente desconocido ni atacado con tanta cobardia.

— ¿Está espuesto Marcel á nuevos peligros?

— No me engañaban los presentimientos, y lo que acabo de ver por mis propios ojos lo confirman. Se trama un complot contra Marcel y sus partidarios, y estan en peligro tal vez su vida y la de sus amigos. ¡Vengan, pues, los peligros! Marcel cumplirá con su deber y yo con el mio... sacrificándome por él hasta la muerte.

Margarita pronunció estas palabras con acento de resolucion tan siniestra, que Dionisia no pudo contener un grito de sorpresa y de terror.

— ¿Te asombra mi resolucion, pobre niña? añadió la esposa de Marcel ¿me juzgas hoy muy esforzada y animosa? Sin embargo, hace un año te confiaba mis angustias y mis terrores continuos al pensar tan solo en los peligros á que se esponia mi marido. Solo pensaba en deplorar sus fatigas y en maldecir sus desvelos y trabajos inmensos que le dejaban apenas dos horas de descanso cada noche, y echaba de menos aquellos dias pacíficos en que estraño á los nego-

cios públicos solo se ocupaba de los intereses de nuestro comercio de paños. Nuestra oscuridad nos evitaba al menos el triste espectáculo de los odios y la envidia desencadenados mas adelante contra la gloria y justa popularidad de Marcel.

— Teneis razon, tia. Acordaos de la envidiosa Petronila Maillart... Afortunadamente no ha vuelto aqui desde el dia del entierro de Perrin Macé.

— ¡Qué orgullosa y triunfante estará ahora!

— ¿Porqué?

— Su marido es sin duda alguna uno de los gefes del complot que se trama contra Esteban.

— ¡Maillart!... el amigo de infancia de mi tio... el que no ha mucho le hacia protestas de cariño!

— Maillart es débil y sufre el yugo de su mujer á quien devora la envidia. Odiaba en mí á la esposa del que el pueblo idólatra llamaba el *Rey de Paris*. Ya te dije entonces que hubiera sacrificado la gloria de Marcel á su tranquilidad y su genio á la paz de mi casa. La menor agitacion popular me aterraba por él... y era débil y cobarde, pero hoy que el odio, la ingratitud y la iniquidad le persiguen, me siento fuerte, animosa y altiva de ser la esposa del gran ciudadano, y me creo capaz de probarle mi adhesion hasta la muerte.

— ¡No permita Dios que vuestro cariño se vea espuesto á tan terrible prueba! ¿Pero cómo habeis sabido que se está tramando un complot contra mi tio?

— Esta noche, deseando poner término á mi ansiedad y saber á punto fijo el estado de los ánimos respecto de Marcel, me encubrí en un manto por temor de ser conocida y me introduje en los numerosos grupos que se han formado en nuestro barrio.

— ¡Todo lo entiendo ahora! ¿Es decir que habeis oido...

— Que nos amenazaba una crisis pronta y terrible; por eso te he dicho al entrar ¡ánimo hija mia!

— ¡Cielos! tal vez os exagerais el peligro...

— No, no. Las privaciones, los padecimientos y los males que arrastra inevitablemente la laboriosa conquista de la libertad, son otras tantas acusaciones contra Marcel á quien atacan violentamente los emisarios del partido de la corte ó de Maillart. Se introducen entre este pobre pueblo, tan crédulo para el mal como para el bien, movable en sus afectos y caprichoso en sus odios, le repiten hasta la saciedad y hacénselo creer, que si se hubieran atendido los consejos del

regidor Maillart, el verdadero amigo del pueblo, se habrían evitado todas las desgracias, y otros proponen una pronta sumisión al regente como el único término de los desastres públicos. — «¿Qué exige, añaden los secretos emisarios, para perdonar á los parisien- ses por su rebelión? Ochocientos mil escudos de oro destinados al rescate del rey Juan y la cabeza de los gefes de la rebelión así como la de sus principales partidarios. ¿No vale más comprar la paz de la ciudad á precio de un poco de baldón, de oro y de san- gre?»

— ¡Cielos! exclamó Dionisia pálida y trémula; esos gefes de los rebeldes cuya cabeza pide el regente son...

— Marcel... mis hijos... mis mejores amigos... hombres honrados cuyo crimen consiste en desear la felicidad pública, y en ser adver- sarios de la opresión y enemigos encarnizados de los ingleses que desde la batalla de Poitiers, perdida por la cobardía de la nobleza, asuelan nuestro desventurado país y que más de diez veces hubiesen pasado á sangre y fuego á Paris á no ser por las fortificaciones tan rápidamente construidas por Marcel. Pero se olvidan ya tantos ser- vicios, y se olvida también que, á no ser por la reforma impuesta por Marcel al regente para poner voto á las violencias de la corte, estaríamos aun como cuando Perrin Macé murió en el cadalso por haber tenido la audacia de exigir el dinero que le debía un cortesano y de matarle defendiendo su vida.

— ¡Tanta ingratitud es horrible!

— Su alma es sobrado grande y justa para haber fiado jamás en la gratitud de los hombres. ¡Cuántas veces me ha dicho: Obremos bien y con justicia, que en obrar así se alcanza la recompensa! Marcel está preparado á todo; sin embargo, creyendo que el resultado de mis observaciones podría serle útil, entré en casa de nuestro amigo Simon Paonier, que vive cerca de la casa consistorial, y escribí á mi marido todo lo que oí en los grupos. Un hombre de confianza llevó mi carta y...

Margarita añadió con ternura al ver que las lágrimas, largo rato contenidas, inundaban el rostro de Dionisia:

— ¿Qué tienes, Dionisia? ¿Porqué lloras?

— Tía, no tengo tanta fuerza ni valor como vos, y tiemblo de horror al pensar en los peligros que amenazan á Marcel... y... á sus amigos...

— ¡Pobre niña! ¿piensas en Mahiet?

— ¿Ne le conoceis? Si hay tumulto ó batalla, se arrojará en el mayor peligro...

— Casi me arrepiento por tu felicidad, pobre niña, de haberte traído á Paris: vivias tranquilamente en el ignorado valle de Vaucouleurs, alejada del centro de las torbulencias y de la guerra...

Inés la Beata entró en aquel momento, precediendo á la persona que anunciaba, y dijo precipitadamente á Margarita:

— Petronila Maillart pregunta por vos diciendo que viene á prestaros un gran servicio: desea hablaros al momento.

— No quiero verla, respondió Margarita con impaciencia; esa mujer me es odiosa.

— Ya no es posible impedirle que entre, respondió la criada sintiendo haber faltado involuntariamente á los deseos de su señora; se empeña en hablaros y me ha seguido. Vedla.

Petronila Maillart apareció en efecto en el umbral de la puerta.

Un odio triunfante y apenas reprimido se espresaba en la mirada que la mujer del regidor lanzó á Margarita antes de hablar, pero tomando de pronto una máscara de bondadosa compasion, se acercó á la esposa de Marcel y le dijo con voz melosa y tono melancólico:

— ¡ Buenas noches, Margarita!

— Su fingida compasion oculta alguna odiosa perfidia, pensó Dionisia cuyo rostro inundaban las lágrimas; no quiero dar placer á esta infame con mi llanto.

Dionisia salió del aposento con la criada, y Margarita se quedó sola con la mujer del regidor á quien dirigió una mirada glacial y dijo con desden:

— Mucho me asombra veros hoy en mi casa, señora.

— No me estraña vuestro asombro, pobre Margarita, porque no nos hemos visto desde el dia del entierro de Perrin Macé. ¡ Oh! ¡ qué inmensa era entonces la popularidad de Marcel! Llamabanle el rey de Paris, le adoraban como á un Dios, le miraban como el salvador de la ciudad, le...

— Os suplico, señora, que hablemos menos de lo pasado y mas de lo presente. ¿Cuál es el objeto de vuestra presencia?

— Vengo á pedirlos en primer lugar que olvidemos la disputa que tuvimos el dia del entierro de Perrin Macé, y despues... á prestar un inmenso servicio... al desventurado Marcel.

— Mi marido no necesita la compasion de nadie.

— ¡ Ah ! No puedo dejaros en ese grato error, Margarita, y me veo obligada á declararos la verdad y á deciros , ya que lo ignorais , que habeis dejado de ser la reina de Paris como en la época en que Marcel era el rey. Aunque me esponga á ofender vuestro inocente orgullo , añadiré con pesar que la posicion de vuestro esposo es muy desesperada. No podeis figuraros la lástima que me inspira vuestra desgracia...

— Me parece , Petronila , que vuestro escelente corazon exagera...

— Por desdicha vuestra estoy segura de lo que os digo.

— Permitidme que lo dude.

— ¡ Desventurada ! ¿ Ignorais acaso lo que pasa en Paris ?

— Sé que hay y habrá siempre en Paris malvados , ingratos y envidiosos.

— Os conozco muy á fondo , Margarita , para suponer que una persona tan prudente y discreta como vos me dirija la acusacion de envidiosa...

— Es verdad , señora ; no me atreveria á tanto...

— Y tendriais razon porque ¿ acaso es digna de envidia vuestra posicion actual ?

— Los envidiosos se contentan con poco , Petronila , pues envidian hasta la calma y el valor de una conciencia pura en el dia de la desgracia...

— Luego confesais porfin que ha llegado para vos y vuestro marido el dia de la desgracia , dijo Petronila triunfante de odio y olvidando su papel de hipócrita compasiva.

Pero hizo un esfuerzo para dominarse y añadió con tono cariñoso :

— Esa confesion que tanta pena me inspira , me induce al menos á esperar que aceptareis las ofertas de mi esposo.

Margarita comprendió la gravedad de las últimas palabras de la esposa del regidor y respondió lanzándole una mirada penetrante :

— ¿ Maillart os envia á ofrecer sus servicios á mi esposo ?

— ¿ No son amigos desde la infancia ? No se olvida tan facilmente una amistad de tantos años.

— Asi sucede al menos con los corazones generosos ; pero si Maillart quiere prestar algun servicio ¿ porqué os envia aqui ? ¿ No vé á Marcel en la casa consistorial ?

— Maillart y sus amigos no han puesto los piés en la casa consis-

torial desde ayer noche. Tienen motivos poderosos para obrar así y por la misma razón no puede venir aquí. Por eso me ha encargado que viniera á ofreceros sus servicios y consejos.

— ¿Qué servicios y consejos son esos?

— Maillart aconseja á vuestro esposo que salga esta misma noche secretamente de Paris.

— ¿De Paris?

— Sin detenerse un momento.

— ¿Tan pronto?

— Mi marido, aunque lamenta con dolor las faltas inmensas é irreparables de Marcel, no lamenta menos las acusaciones de traición que lanzan contra él, y...

— Acabemos, señora, y dejemos á un lado los lamentos para venir al hecho. Maillart aconseja á mi marido que huya secretamente de Paris esta misma noche. Este es el consejo, ¿cual es el servicio?

— Favorecer la fuga de Marcel.

— ¿Cómo?

— Maillart enviará esta noche un hombre de confianza para acompañar á Marcel. Se embozará bien para que no le conozcan, seguirá al emisario, y será conducido á un sitio seguro donde encontrará todo lo necesario para la fuga. Pero es necesario que vuestro marido salga solo, pues de lo contrario le abandonaría el que le acompañará.

— Me parece que Maillart olvida una cosa en su solícito afán de servir á mi marido.

— ¿Cuál?

— Marcel y el consejo de la ciudad, *los gobernadores* como les llaman, son aun dueños de Paris; los capitanes de las milicias y los que custodian las puertas les obedecen, y si mi marido se resolviera, lo que creo imposible, á abandonar cobardemente su puesto en el momento del peligro, montaría á caballo con algunos amigos y mandaría que le abriesen una puerta de Paris...

— Me dais lástima, Margarita.

— Explicaos.

— ¡Me traspasais el corazón, desventurada!

— ¿Volvemos á las lamentaciones? Hablad sin rodeos.

— Lo haré ya que lo exigís. Vuestra observación sería justa si fueran obedecidas aun las órdenes del infeliz Marcel, si estuviéramos en aquella época en que dominando á todo el mundo en Paris,

ocupaba el primer puesto en todas las ceremonias, mientras mi marido y los demas regidores eran como sus subalternos; pero han cambiado completamente los tiempos, señora, y actualmente, casi es del todo desconocida la autoridad de vuestro marido. Si quisiera hacerse abrir una de las puertas de la ciudad para huir, esa fuga corroboraria ciertos rumores de traicion abominable que me resisto á creer. ¿Imagináis acaso que le dejarían salir tranquilamente de Paris? No, no; gritarian: « ¡Detened al traidor! ¡mueran los traidores: » cien brazos vengadores se levantarían contra él y vuestro desventurado esposo caeria bajo cien espadas, bañadas en sangre...

— ¡Basta! ¡basta! balbuceó Margarita estremeciéndose y ocultando el rostro entre sus manos; ¡eso es horrible!

— ¿No es verdad que esa muerte seria espantosa? preguntó la mujer del regidor lanzando una mirada feroz á Margarita que esta no vió en medio de su terror. Asi pues, para evitar un fin tan desastroso á su desdichado amigo, mi marido me ha encargado que viniera á ofreceros sus servicios.

Margarita, á pesar de la mala opinion que tenia formada de Maillart y de su esposa, cuyo caracter envidioso conocia, no llegó á suponer que las proposiciones del regidor, uno de los amigos mas antiguos de Marcel y perteneciendo como él al partido popular, pudiesen ocultar un lazo, y hasta creyó en la compasion sincera, fácil de concebir en el envidioso en el momento en que triunfa con la caida de su rival. Finalmente, el estado de los ánimos en Paris de que Margarita habia querido cerciorarse aquella noche, confirmaba las palabras de la mujer del regidor respecto de la impopularidad creciente de Marcel; pero Margarita conocia bastante la energia de caracter y la fuerza de alma de su esposo, para estar segura de que Marcel no se resolveria á salir de Paris como un fugitivo á no verse reducido á un extremo terrible. Sin embargo, podia llegar la hora de ese extremo amenazador, en cuyo caso no era de despreciar la oferta de Maillart. Estas reflexiones se presentaron con rapidez á la mente de Margarita, y permaneció un momento pensativa y silenciosa mientras la mujer del regidor la observaba atentamente esperando su respuesta con ansiedad mal disimulada.

— Petronila, dijo Margarita; creo en el generoso sentimiento que ha dictado las ofertas de servicios que venís á hacerme...

— ¿Y los aceptais? exclamó la mujer del regidor con una viveza que debió escitar la desconfianza de Margarita. Quedamos pues acor-

des; el emisario de que os hablaba vendrá aquí á media noche, y vuestro marido le seguirá sin que nadie le acompañe. Voy á ver á Maillart al momento y á decirle que...

— Permitid, Petronila, que os advierta que no puedo aceptar vuestra oferta sin consentimiento de mi esposo, el cual es el único jaez de su conducta. Me ha prometido que vendria á descansar un rato esta noche, y si no me engaña mi esperanza, le veré pronto y le comunicaré las proposiciones de Maillart. Suplicadle únicamente que envíe el emisario á la hora convenida, y mi esposo resolverá.

— Que no vacile un momento. Creedme, Margarita; valeos de toda la influencia que ejercéis en vuestro marido para decidirle á que acepte la única probabilidad que le resta de salvarse.

Dionisia entró de pronto con ademan inquieto y dijo á Margarita:

— Tia, Alison desea hablaros al instante á solas.

Y dirigiendo una mirada significativa á la mujer del regidor parecia decir á su tia:

— Aprovechad la ocasion para dar fin á la visita de esta mala lengua.

Margarita tuvo la misma idea que su sobrina y dijo á Petronila:

— Perdonadme; tengo de recibir á la persona que me anuncian.

— Adios, querida Margarita, dijo la mujer del regidor dando un paso hácia la puerta, y sobre todo no olvidéis mis consejos. Es forzoso resignarse á lo que no tiene remedio. Los dias se suceden y no se parecen... el que ayer era poderoso hoy se ve... ya entendeis lo demas. ¡ Buenas noches, pobre Margarita!

La envidiosa salió lanzando á hurtadillas una mirada de víbora, y no tardó en presentarse Alison á quien llamó Dionisia.

La linda tabernera conservaba su frescura, y sus hermosos ojos negros, sus blancos dientes, su graciosa cintura y especialmente su buen corazon que justificaban la preferencia que Rufino le daba en detrimento de la Salada. Alison, no solamente habia salvado su honor de las violencias del capitan Griffith, sino tambien la cantidad de oro respetable que llevaba cosida en el justillo. Mabiet el abogado de armas, primeramente su defensor contra Simon el Erizado y mas adelante su libertador cuando se viera espuesta á los insultos del bastardo de Norfolk, habia inspirado á Alison un sentimiento mas tierno que la gratitud, pero cuando la tabernera supo los amores de Mabiet y de Dionisia, luchó con valor contra su naciente inclinacion, y deseando distraerse, se complació en advertir que Rufino,

á pesar de su caracter turbulento, era bondadoso, amable y fiel y no carecia de talento ni de gracia en su exterior. De modo que desde que se habia refugiado en Paris huyendo de los horrores de la guerra que asolaba el Beauvoisi, Alison volvió á ver con frecuencia al estudiante en el aposento de la posada donde vivia, y pensaba á las veces que Rufino no seria un mal esposo, halagándole ademas la esperanza de abrir una taberna cuyos principales parroquianos serian los estudiantes de la Universidad. Alison, recibida cordialmente por Margarita y Dionisia, les conservaba una profunda gratitud, y se apresuraba á visitarlas con la esperanza de serles útiles.

Margarita le dijo afectuosamente al ver la inquietud retratada en las facciones de la tabernera:

— ¡Buenas noches, Alison! Estais muy alarmada. ¿Qué sucede?

— Motivo tengo para estarlo, Margarita, sino por mi, al menos por vos. En primer lugar, añadió interrumpiéndose, y para no olvidar esta circunstancia, debo avisaros que al entrar aqui he visto tres hombres que encubrian el rostro y parecian...

— ¿Espiar la casa? preguntó Dionisia. En efecto, tambien los ha visto Inés.

— ¿Para qué ese espionage? dijo Margarita. Marcel lleva siempre la cabeza erguida y nunca oculta sus facciones. Pero ¿qué importa? El odio sigue nuestros pasos. Os doy gracias por vuestro aviso, Alison, porque puede ser útil.

— No solamente me trae aqui eso. ¡Ah! me es penoso daros una mala noticia, Margarita, cuando os debo tantos favores desde que me acogisteis con tanta bondad al venir á Paris.

— Nuestro amigo Mahiet os recomendaba contándonos vuestras desgracias y los tiernos cuidados que prodigasteis á la desventurada Avelina á quien no debia sobrevivir Mazurec, y nuestro afectuoso recibimiento era muy natural. ¿Pues qué sucede?

— Me hallaba esta noche asomada á la ventana de mi aposento mirando el tumulto de la calle, porque hoy reina grande agitacion en Paris, cuando un jóven, enviado por Rufino, me trajo esta carta corriendo y casi sin aliento.

Alison sacó del seno un papel que entregó á Margarita; esta lo tomó con precipitacion y leyó en alta voz:

«Asi como Venus en su hermosura olímpica os ha comunicado...

— Pasad adelante, Margarita, y leed desde la cuarta ó quinta línea, dijo Alison ruborizándose; son flores con que me obsequia el

señor Rufino , pero haced el caso que yo he hecho. Me parece que debia haberse escusado esas chanzas al escribirme sobre un asunto tan grave.

Margarita recorrió con los ojos las primeras líneas de la carta , en las cuales desplegaba el estudiante su fecundia amorosa y mitológica , y al llegar al punto esencial del escrito leyó lo siguiente :

« Id al momento á casa de Esteban Marcel , y sino está en casa ,
« decid á su esposa que le envíe un recado para que no salga de la
« Casa consistorial sin que le acompañen. Sigo las huellas de un com-
« plot que le amenaza , y luego que sepa alguna cosa cierta iré á
« casa de Marcel ó al consejo á darle parte de mi descubrimiento.
« Que desconfie sobre todo del regidor Maillart porque es su mayor
« enemigo. Deberia ponerle preso al momento... asi como quisiera
« tener por cárcel vuestro corazon , cuyo carcelero es Cupido...

— Pasad... pasad adelante , Margarita. El resto de la carta se reduce á lisonjas y piropos , dijo Alison. Repito que me asombra que el señor estudiante mezcle sus chanzas en cosas tan graves.

— ¡ Si , muy graves ! Esta carta redobla mis temores , respondió Margarita estremeciéndose.

Se acordó entonces de su reciente conversacion con la mujer del regidor , y añadió hablando para si :

— ¿ Luego la oferta de Maillart ocultaba un lazo ? ¡ Oh ! me resisto aun á creer en tan horrible trama.

— ¡ Cielos ! exclamó Dionisia con amargura ¿ como es que mi tio , á pesar de nuestros presentimientos , nos contesta siempre cuando le hablamos de las sospechas que nos infunde Maillart , que es honrado y que únicamente cede ciegamente á la influencia de su esposa á quién devoran la envidia y la vanidad ?

— Querida Alison , dijo Margarita tras algunos instantes de reflexion ¿ no habeis hecho ninguna pregunta al que os trajo la carta ?

— Si señora ; le pregunté en qué sitio habia dejado á Rufino.

— ¿ Qué os respondió ?

— Me dijo que el estudiante se hallaba en una taberna inmediata al atrio de San Nicolas cuando le entregó este billete.

En el momento que Alison pronunciaba estas palabras entraron en la sala dos hombres embozados hasta los ojos , y Margarita reconoció á su marido y á Mahiet el Abogado de armas cuando se descubrieron.

— ¡ Gracias á Dios que te veo ! dijo Margarita sin poder dominar

su profunda emocion y abrazando á Marcel, en tanto que Dionisia tendió con júbilo la mano á su novio que la estrechó respetuosamente contra sus labios.

Mahiet llevaba encima de sus armas un velo negro desde que vió el suplicio de su hermano Mazurec, y sus facciones pálidas y tristes manifestaban la constancia de su pesar.

Margarita, despues de abrazar con ternura á su marido que le devolvió sus caricias con efusion, le dijo conteniendo su angustia y entregándole la carta de Rufino:

— Lee este billete que la bondadosa Alison acaba de traer con una solicitud que prueba la amistad que nos profesa.

Marcel leyó la carta, y Margarita, su sobrina y Alison observaban atentamente la fisonomia del preboste de los mercaderes en medio de un profundo silencio; pero Marcel permaneció tranquilo, hasta se sonrió al leer los párrafos sembrados de piropos mitológicos, y devolviendo la carta á Alison, le dijo afectuosamente:

— Os doy las gracias por vuestra solicitud, pero creo que nuestro amigo Rufino se alarma sin motivo.

— Sin embargo, ¿y ese complot de que habla el estudiante? dijo vivamente Margarita.

— Rufino habrá exagerado sin duda la importancia de un hecho insignificante, querida Margarita.

— ¿Y lo que dice de Maillart?

— ¡Maillart! ayer noche me estrechó amistosamente la mano al salir de las casas consistoriales, despues de una discusion en que su opinion era opuesta á la mia...

— «Las opiniones son diferentes, pero los lazos de una antigua amistad son imperecederos, añadió Maillart, dijo Mahiet; oí estas palabras...

— Marcel, repuso Margarita sintiendo una desconfianza cada vez mayor contra el regidor desde el aviso del estudiante; esta noche ha venido la mujer de Maillart... á proponerme para tí un refugio en caso de peligro...

— No me asombra esa oferta generosa.

— Enviaré un hombre esta noche para que le sigas solo y disfrazado, añadió Margarita. Solo... ¿oyes, Marcel? y te conducirá á un sitio seguro desde donde podrás huir sin peligro.

— Mucho se interesa por mí, respondió sonriendo el preboste de los mercaderes. Agradezco la proposicion, pero no pienso en

huir porque nunca he estado tan seguro del triunfo.

—¿Qué dices? exclamó Margarita recobrando la esperanza ¿Será verdad? sin embargo, esa agitacion... ese tumulto... tantos rumores alarmantes...

Y sucumbiendo nuevamente bajo el peso de su angustia calmada por las palabras tranquilizadoras de su esposo, añadió con tristeza:

—La precaucion que habeis tomado Mahiet y tú de embozaros para que no os conocieran en la calle, me induce á temer que me engañas... ó que disimulas para no darme pesar.

—Mi tia se olvidaba de deciros que hay tres hombres espiando la casa, dijo Dionisia y advirtió que sorprendia á Mahiet esta circunstancia.

—Les he visto al entrar, dijo Alison.

—Esteban, dijo Margarita esforzándose en leer en la fisonomia de su esposo si la seguridad que manifestaba era verdadera ó fingida ¿no lo oyes? Además, esta noche te he escrito en casa de nuestro amigo Simon diciéndote con sinceridad el resultado de mis observaciones...

—He recibido tu carta, querida Margarita, respondió Marcel estrechando con afecto entre sus manos las de su esposa. ¿Fias en mi?

—¡Oh! si...

—Pues bien, creeme cuando te aseguro que son vanos los temores. Nadie sabe mejor que yo lo que pasa esta noche en Paris. ¿Qué sucede? ¿Se agitan mis enemigos? ¿me calumnian? ¿Es nuevo eso por ventura? ¿No soy hace mucho tiempo el blanco de las acusaciones de mis adversarios? Les dejo que hablen y obren porque estoy seguro de que llevaré mi proyecto á *buen fin*, como dice nuestra divisa. Por otra parte, ¿no es mi presencia aqui la mejor prueba de mi confianza? He deseado despues de recibir tu carta salir un momento de las Casas consistoriales para venir á tranquilizarte y suplicarte que no te inquietes si mañana no me ves en todo el dia... porque mañana se resolverán graves intereses. Finalmente, añadió Marcel con jovialidad, como me empeño en destruir todas las objeciones, te confesaré, aun que pese á mi modestia, que embozado, podria venir y volver sin ser detenido veinte veces en la calle por los vítores populares. Creeme, á pesar del odio y de la envidia, á pesar de algunos vanos clamores, el pueblo de Paris tiene aun afecto á Marcel.

— No lo dudariais, Margarita, añadió Mahiet, si hubierais oído hoy las arengas de varios gremios de oficios que han venido á ofrecer á Marcel su adhesión y su apoyo...

Las palabras de Mahiet, la fisonomía risueña y serena del preboste de los mercaderes y el acento de convicción que se advertía en sus respuestas, apaciguaron en parte los temores de Margarita y de Dionisia. Esta dijo á Marcel:

— Vuestra presencia basta para tranquilizarnos, querido tío, lo mismo que la vista del médico en quien tiene fe el enfermo, basta muchas veces para calmar sus padecimientos.

— Mahiet, repuso jovialmente Marcel mirando al Abogado de armas, eso se dirige á mí tanto como á tí... novio feliz y enamorado...

— Querida Dionisia, dijo el Abogado de armas á la jóven que se ruborizaba, el luto de mi pobre hermano ha retrasado la época de nuestro enlace, pero siento menos el retardo al pensar que en estos días de turbulencia no hubiera podido dedicaros todos mis instantes. Creed sin embargo á nuestro tío; se acerca un tiempo mejor. ¿Necesito deciros que lo apresuro con mi afán porque presenciará nuestra unión.

— Alison, dijo cordialmente Marcel, ya que hablamos de bodas, compadeceos de ese pobre Rufino, de ese martir de amor que á pesar de sus arrebatos juveniles, será un excelente marido bajo la influencia saludable de una mujer amable y honrada como vos. Vería con doble placer el enlace vuestro y de Rufino al mismo tiempo que el de Dionisia y Mahiet.

— ¡Oh! eso exige mucha reflexión, respondió la tabernera con ademán pensativo. Además, añadió sonriendo y ruborizándose, no digo que sí... ni que no...

— Buen augurio para Rufino, repuso riendo el preboste de los mercaderes, mujer que no da el nó tiene mucho deseo de dar el sí.

— Marcel no conservaría tanta libertad de ánimo si se creyera próximo á un gran peligro, pensaba Margarita cada vez mas tranquilizada con la alegría de su marido. Me habré exagerado la importancia de lo que he oído esta noche. La calumnia le perseguía cuando era mayor su popularidad, y Maillart puede ceder á un tiempo á la envidia y á un generoso sentimiento nacido de una antigua amistad. Petronila ha envenenado una oferta honrosa, pues de lo contrario, Maillart sería el mas execrable de los hombres, lo cual me

resisto á creer... semejante perversidad traspasaria los límites de lo posible...

— Dionisia , dijo el preboste de los mercaderes , haz que Inés lleve una luz á mi cuarto.

Y dirigiéndose á su esposa cuya mano estrechó con ternura, añadió...

— Volveré luego á despedirme. Ven conmigo, Mahiet.

Dionisia se apresuró á llevar una luz al gabinete de Marcel donde se quedó solo con Mahiet.

Marcel permaneció algunos momentos pensativo, y á la risueña serenidad que habian espresado sus facciones durante su conversacion con Margarita , sucedió una gravedad melancolica. Dirigió una mirada á su estudioso retiro , testigo de las profundas meditaciones de su edad madura , y apoyándose sobre una mesa cubierta de pergaminos , dijo á Mahiet despues de suspirar con tristeza :

— ¡ Cuantas noches he pasado aqui elaborando al resplandor de esta lámpara esos planes de reformas que serán algun dia la base inmutable de las franquicias del pueblo y de los derechos del ciudadano ! Aqui han trascurrido las horas mas felices y hermosas de mi vida. ¡ Cuanta era mi dicha ! Sostenido por mi ardiente amor á la justicia y al bien é ilustrado con las lecciones de lo pasado , me elevaba hasta las mas sublimes teorias de la libertad. Ignoraba entonces los desengaños, los males, los entorpecimientos, las luchas y las borrascas que engendra fatalmente la práctica de las ideas mas sencillas, y la verdad se me aparecia radiante porque no sabia entonces que la oscurecian las pasiones humanas. No importa: la verdad es absoluta, y tarde ó temprano imperará en la sociedad que marcha incesantemente y progresa...

Mahiet escuchaba á Marcel con mudo respeto al verle abismarse en profundas meditaciones con la frente inclinada y sombría.

Marcel se levantó algunos momentos despues, se acercó á una arca de encina ennegrecida por los años, la abrió, sacó diversos pergaminos, los puso sobre la mesa, se sentó y empezó á escribir... Su rostro varonil y caracterizado reveló una ternura creciente, y Mahiet vió con gran sorpresa que se desprendian algunas lágrimas de los ojos del preboste de los mercaderes y caian sobre las líneas que acababa de trazar. El llanto de aquel gran ciudadano, dotado de tan

rara energía y de un estoicismo antiguo, impresionó vivamente al Abogado de armas, cuyo corazón se acongojó y que empezó á sospechar los motivos de la afectación de seguridad que Marcel había demostrado delante de su familia. Finalmente, le vió enjugarse las lágrimas y sellar sobre cera con un anillo de oro que llevaba en el dedo el pergamino en que acababa de escribir, después de lo cual, uniéndolo con los demás papeles de que hizo un legajo sellado también, lo volvió á poner en el arca, dió la llave á Mabiet y le dijo con acento conmovido:

— Guarda esta llave... Te encargo que se la entregues á mi esposa y le digas, si ciertas circunstancias se realizan, que en esta arca encontrará, unida á mi testamento y á algunos papeles que conviene conservar, una carta que le escribo esta noche...

— Marcel, dijo Mabiet estremeciéndose, esas disposiciones son siniestras...

— Siniestras, no... prudentes. He cumplido con un deber sagrado. Escucha. Me hallo en una situación de ánimo extraña... los últimos acontecimientos, los de hoy, llenan mi mente, no de duda acerca de la resolución que debo tomar, sino de una especie de confusión respecto de los medios que he de emplear. Nunca he necesitado tanto la lucidez de mi juicio como en este momento en que me es forzoso adoptar un partido extremo é irrevocable. Me parece que examinando contigo fría y brevemente el estado de las cosas, se me aparecerán con mayor claridad, porque el pensamiento hablado se precisa en tanto que mudo se extravía con frecuencia en reflexiones y se aparta del fin á donde debe llegar. Escuchame con atención.

— Hablad, Marcel, con franqueza.

— Desde tu regreso de Clermont he sentido vivamente como sabes la desgraciada suerte de tu hermano, porque con esa noticia me dabas otra muy fatal... el esterminio de la Jaqueria. El día siguiente supimos que el adalid de Buch y el conde de Foix destruyeron completamente otra partida considerable de campesinos insurgentes. Finalmente, la nobleza, despertando del estupor en que la habían sumido esas formidables insurrecciones, se reunió, recorrió el país, pasó á cuchillo en medio de espantosos suplicios á una multitud de siervos, hombres, mujeres y niños, partidarios ó no de la Jaqueria, y entregó sus aldeas á las llamas... Se ha frustrado, pues, para mucho tiempo al menos, la alianza del pueblo de las ciudades con el de las aldeas. El esterminio de la Jaqueria reduce á la clase

media á sus propias fuerzas para luchar contra el regente , y ha de aceptar una lucha desigual ó entregarse á Cárlos el Malo , y en vez de imponerle condiciones , aceptar las suyas.

— Tal era su esperanza , y no me lo ocultó en la entrevista fatal que tuvimos en Clermont.

— Sin embargo, ese hábil político se ha privado con el esterminio de la Jaqueria de poderosos auxiliares contra el regente cuyas tropas son superiores en número y disciplina á las del rey de Navarra.

— Sí ese pérfido príncipe hubiera seguido nuestros generosos consejos , las partidas de siervos , disciplinadas y unidas á las milicias urbanas , habrían derrotado á las tropas reales , y aprovechando el entusiasmo de los pueblos , tan exasperados contra los ingleses como contra la nobleza, Cárlos de Navarra hubiese arrojado al extranjero de nuestro suelo y subido al trono en medio de aclamaciones y apoyado por las asambleas nacionales.

— Si, tal podia ser la gloriosa mision de Cárlos el Malo , y aun la cumpliria si tuviese valor , prudencia y lealtad para dedicarse en cuerpo y alma á nuestro objeto. Te lo demostraré. Pero en la actualidad , en la incertidumbre en que le he dejado no es mas que un rebelde á la autoridad del regente lo mismo que nosotros. El regente es poderoso , manda fuerzas considerables , tiene en su favor la tradicion monárquica tan arraigada en los pueblos , su nombre real , la corte , el clero , los dignatarios y los empleados del fisco y de justicia. Asi pues , no lo dudes , Mahiet , conozco á Cárlos el Malo demasiado para no haber visto ya todo lo que ha perdido esterminando á la Jaqueria , y cuan escasas probabilidades tiene ahora de usurpar la corona. Supongo que habrá pensado en un arreglo eventual con el regente en el caso de que nuestra causa , hacia la cual se muestra aun adicto , se vea perdida ó espuesta...

— ¡ Cómo ! ¿ Cárlos el Malo se pondrá de acuerdo con el regente ?

— No lo dudes. La conducta del rey de Navarra en estos últimos dias es la de un hombre que vacila entre la ambicion de subir al trono y el temor de una derrota que pagaria con la vida y con la pérdida de sus estados. Nos envia algunos refuerzos insignificantes , pero se niega á entrar en Paris ; ha aceptado el título de capitán general de nuestra ciudad , pero sé por buen conducto que la reina su madre tiene frecuentes entrevistas con el regente ; finalmente , amigo , es preciso no hacerse ilusiones , y aunque me he esforzado en tranquilizar á mi mujer , el momento es muy crítico. El partido de

la corte explota contra nosotros con su perfidia habitual las desgracias públicas, siendo así que su primera causa son las prodigalidades de la corte y la cobardía de la nobleza, cuya vergonzosa derrota en la batalla de Poitiers entregó el reino á los ingleses. El rey Juan y sus hechuras incitaron á la rebelion á las aldeas y ciudades abrumadas con las violencias y los exorbitantes impuestos; pero las revoluciones son sangrientos episodios de la vida de las naciones que raras veces dan resultados felices. El pueblo ha sufrido los males de la guerra con la esperanza de gozar las reformas promulgadas en 1357. El consejo de la ciudad presidido por mi, los *gobernadores* como nos llaman, tuvimos que ejercer una dictadura provisional y recurrir con frecuencia á medidas enérgicas y terribles porque veíamos á los ingleses á nuestras puertas y al partido de la corte dentro de nuestros muros. El pueblo aceptó en un principio esta dictadura en nombre de la salvacion de la ciudad, pero irristible en su primer ímpetu, no tardó en desfallecer y desesperar por que no veia realizados al momento sus deseos. En esas horas de desaliento, sus eternos enemigos recobraron la audacia y la confianza, y actualmente asistimos á uno de esos momentos de desaliento perfidamente explotado por el partido de la corte. El pueblo está cansado de nuestra dictadura, y en su crédula desesperacion, ha prestado oídos á las perniciosas palabras de sus enemigos. ¿Y cuándo? ¿Cuándo estaba á punto de completar su obra, despues de haber abierto penosamente el surco, sembrado la semilla, y estando el fruto sazonado! Empieza á deplorar su rebelion, y casi vá á maldecir á los que por libertarle hemos sacrificado nuestro reposo, nuestros bienes y nuestra vida. Cree que sometiéndose con humildad al regente y volviendo á inclinar su cerviz bajo el yugo acabarán sus males. ¿Quién sabe? Tal vez mañana arrastrará por el lodo á su idolo. ¡Pobre pueblo! Eres un niño heróico y sencillo, tan fuerte en la lucha como débil en la victoria... ¿Cuántos siglos necesitarás para llegar á ser hombre?

El preboste de los mercaderes permaneció un momento en profundo silencio, y dijo á Mahiet que le escuchaba con respeto:

—Resumamos: apenas podemos contar ahora con el apoyo de las masas populares; Carlos de Navarra es un aliado dudoso, y el regente un adversario formidable. He aqui el estado de las cosas. ¿Cuál es tu parecer?

—Esos síntomas de descontento y cansancio del pueblo, sosteni-

dos y aumentados por los manejos de los agentes de la corte, me han llamado tambien hace mucho tiempo la atencion. ¿Es forzoso renunciar á toda esperanza?

—No, no; he sentado nuestra posicion como crítica, pero no se ha perdido todo. El pueblo es inconstante y capaz de despertarse de su letargo, y una fraccion notable de la clase media, firmemente resuelta á llegar á *buen fin*, segun nuestra divisa, nos apoyará sin reparar en los peligros que amenazan sus vidas y haciendas si somos vencidos. Podemos aun escitar á la poblacion, arrancarla de su fatal desesperacion y de las sugeriones de sus amigos, tomar contra ellos medidas terribles y empeñar una lucha decisiva contra el regente; pero como la Jaqueria está aniquilada, fuera insensato emprender esa lucha sin el apoyo de las fuerzas de Cárlos el Malo. He aqui la única probabilidad que nos resta: esta misma noche convenceré al príncipe para que se declare contra el regente y se comprometa por fin hasta el punto de verse en la alternativa de vencer con nosotros y reinar... ó perder sus estados y la vida si vence el regente. Aceptadas estas proposiciones y resuelto Cárlos el Malo á jugar su cabeza por una corona, entrará en Paris al frente de sus navarros, haremos el último esfuerzo, exaltaremos al pueblo, combatiremos al regente, y si salimos vencedores, sublevaremos contra los ingleses á los aldeanos que se han salvado de la venganza de la nobleza.

—Aun podemos esperar, dijo Mahiet, si Cárlos el Malo se declara contra el regente y triunfamos.

—Lo he pesado y calculado todo... Si sucumbimos en esta lucha suprema, Cárlos el Malo participa de nuestra derrota y paga como nosotros su rebelion con la cabeza. Ya te he dicho que he resuelto convencer al rey de Navarra, y que todo lo tengo preparado para que suceda asi esta noche.

—¿Esta noche!

—A la una de la mañana espero en la puerta de San Antonio á Cárlos el Malo, segun se lo pedí ayer en San Dionisio. No contaré con él y le miraré como á un traidor si á la hora indicada no acude á la cita, para entrar en Paris conmigo y anunciar solemnemente mañana en las Casas consistoriales que abraza nuestra causa y nos da el apoyo de sus armas. Así pues, nos veremos abandonados á nuestras propias fuerzas si Cárlos el Malo falta á la cita.

—¿Y qué os respondió ayer el rey de Navarra?

—Que lo meditaria. Ahora bien, si el temor de perder sus estados y su cabeza vence á su ambicion, irá á arrojarse á los piés del regente, le ofrecerá sus servicios contra nosotros en arrepentimiento de su pasada traicion, y como el regente tiene interés en atraerse tan poderoso adversario, le concederá su perdon, y ambos marcharán sobre Paris al frente de sus tropas reunidas.

—En ese caso, Marcel, llamemos á las armas á todos los ciudadanos, encerremos en nuestras murallas, tan hábilmente fortificadas por vos, y defendámonos hasta derramar la última gota de sangre.

—Esa resolucion es heroica, pero ¿olvidas los horrores que siguen al asalto de una ciudad? ¿Te olvidas de Meaux entregado á las llamas por el adalid de Buch y el conde de Foix, las mujeres violadas y los niños y los ancianos pasados á cuchillo ó pereciendo en las llamas? ¿He de entregar á semejante suerte á Paris, corazon y cabeza del reino? No, no; tratar de resistirnos del regente sin el apoyo de Cárlos el Malo, equivale á esponernos á una pérdida segura. Prefiramos al heroismo esteril el sacrificio saludable, y nuestra derrota será fecunda.

—No os entiendo, Marcel...

—A pesar de la tenacidad y doblez del caracter del regente, no quedarán sin fruto las terribles lecciones que ha recibido. Se ha visto precisado á huir de Paris para salvarse de la sublevacion popular y á punto de perder la corona, y si vuelve á entrar por la sumision de los parisienses, conservará ciertas reformas con tal que queden bien satisfecho su orgullo y su venganza. Las reformas serán menos numerosas que las que hubiera aceptado Cárlos el Malo para consolidar su usurpacion, pero el porvenir nos deberá alguno de los frutos de nuestros derechos. ¿Me entiendes ahora? ¿Porqué te asombra lo que te digo?

—Pero para saciar la venganza del regente, para satisfacer su resentimiento, se necesitará...

—El sacrificio de algunas cabezas, respondió Marcel con sencillez antigua interrumpiendo á Mahiet. Si, el regente pedirá en primer lugar mi suplicio y el de los *gobernadores*, principales gefes de la rebelion... Pues bien, conseguirá lo que pida... asi lo he convenido con mis amigos.

El Abogado de armas contempló á Marcel con silencioso asombro.

—He aqui mi proyecto: á la una iré á la puerta de San Antonio

en donde esperaré á Carlos el Malo ; si no acude á la cita, monto á caballo, voy á presentarme al regente en su campamento de Charenton, le ofrezco mi vida, y si no le basta, la de nuestros amigos — tengo ya su palabra — y pido en cambio al príncipe que conserve las reformas que juró en 1357 y que sea clemente con Paris que le abre las puertas. Pediré mucho para conseguir algo. Confío sin embargo obtener algunas concesiones dirigiéndome, no á su corazón, sino á su verdadero interés, y las concederá. Las demás llegaran tal vez algun dia.

— Me habia formado la ilusion de que vuestros esfuerzos completarian la obra de regeneracion social inaugurada con la creacion de las municipalidades.

— Tambien yo abrigaba ilusiones que no veré realizadas. He aqui las bases, Mahiet, de mi plan político : *Unidad social y uniformidad administrativa ; derechos políticos iguales á los civiles ; transferir de la corona á la nacion el principio de autoridad ; Estados generales convertidos en asambleas nacionales bajo la influencia del pueblo y de la clase media , y soberanía nacional atestiguada con el destronamiento de una dinastía y delegacion de la corona á otra rama...* (1) ¿ Qué habré conseguido ? La muerte en un cadalso.

Mahiet contemplaba al preboste de los mercaderes, cuando Dionisia entreabrió la puerta del aposento, y dijo con timidez al Abogado de armas :

— Vuestro amigo Rufino desea hablaros al instante.

— Marcel, dijo Mahiet, sin duda viene á hablarnos de ese complot cuyas huellas cree haber encontrado.

— Dionisia, dí á Rufino que entre, repuso el preboste de los mercaderes. Algunos momentos despues se presentó el estudiante.

— Marcel, dijo vivamente, creo que en esta ocasion me ha servido la diosa Fortuna como cuando, vagando rabioso por la orilla del Sena cierta noche en que diera una cita á Juanita la Salada, descubrí la fuga del regente... con la única diferencia de que hoy no tiene que ver nada aquella pérfida mujer en la aventura, porque ; voto á Júpiter ! la encantadora y amable Alison me...

Pero interrumpiéndose á una mirada de Mahiet, el estudiante sacó una carta del bolsillo, y añadió entregándola al preboste de los mercaderes :

(1) M. Agustin Thierry espone admirablemente la doctrina política de Esteban Marcel en su *Introduccion á la Historia del Tercer Estado*..

— Dignaos enteraros de esto , Marcel , y si ha de presumirse del mensage por el mensajero, esta letra no debe contener nada bueno.

Marcel recibió la carta , rompió los sellos , se estremeció al reconocer la mano que la habia escrito, y principió á leerla con atencion profunda en tanto que Mahiet decia en voz baja al estudiante despues de llevarlo á un extremo del aposento :

— ¿ Qué carta es esa , Rufino ? ¿ Quién te la ha entregado ?

— ¡ Por Hércules ! La conquisté con la fuerza de los puños , sin olvidar sin embargo el auxilio que me han prestado tres estudiantes escoceses con quienes hice conocimiento el año pasado sosteniendo contra ellos la superioridad de la retorica de *Ficheto sobre el verdadero arte de plena retórica de Faber*... Nuestra discusion se habia trocado de oral... en manual en mayor honra de la retórica y me quedó doloroso recuerdo de sus puños...

— Rufino, los instantes son preciosos , el asunto grave , y te suplico que dejes á un lado las digresiones.

— Diré pues , sin digresiones que al anochecer me paseaba por la calle de *Cuecen-ocas*, olvidando, á pesar del perfume que se exhalaba de las pastelerias , que como estudiante pobre habia comido un arenque y pensando en ese tesoro, en ese carbunco , ó mas bien en ese ramo de lises que Venus , su madrina, ha bautizado con el succulento nombre de Alison, y digo succulento porque...

— ¡ Rufino !

— No te enojés ; impongo silencio á mi corazon y voy al hecho. Veo un grupo numeroso en el extremo de la calle de *Cuecen-ocas*, me deslizo al través de la multitud , llego hasta la primera fila , y veo á cierto pícaro cuya gorra de pieles me ha indicado que era un furibundo partidario de Maillart. El pícaro peroraba contra Marcel atribuyéndole todos los males que se padecen, y gritaba : « Es preciso acabar con la tiranía de los gobernadores ; el ejército del regente se halla reunido en Charenton resuelto á marchar contra nosotros ; el regente está furioso y quiere pasar á sangre y fuego su ciudad de Paris , y unicamente Maillart , el verdadero amigo del pueblo, es capaz de combatir al regente ó de tratar con él y salvar á la ciudad de los males que la amenazan » ...

— ¡ Siempre Maillart !

— Su language me exaspera , te lo juro por la divina Alison cuyos encantos hubieran puesto en apuro á...

— ¡ Rufino... Rufino !

— ¡ Por Júpiter! el dulce nombre de Alison se me sube involuntariamente á cada instante del corazon á los labios. Estaba á punto de reventar y á confundir al de la gorra de pieles, cuyo lenguaje producía bastante impresion en la multitud, pues algunos empezaban á vituperar á Marcel y á los gobernadores, cuando oí detrás de mi en latin: *El agua empieza á hervir y no debemos tardar en echar el pescado.* Otra voz añadió tambien en latin: *Y para hacerlo, vayamos pronto á avisar el cocinero.* Tratando de penetrar el sentido misterioso de aquella parábola, me vuelvo hácia mis latinos, cuando gritan entonces en francés: « ¡ Viva Maillart! ¡ Muera Marcel! ¡ Es un traidor, un malvado que conspira con los navarros! ¡ Viva Maillart! Unicamente él puede dar fin á nuestros males. » Una parte de la multitud repite estos gritos, y el pícaro de la gorra de pieles se retira triunfante. Los dos latinos se acercan á él, y mientras el grupo se dispersa, mis tres amigos se alejan hablando con animacion. No les perdía de vista, les seguí de cerca, y llegaron á mi oido estas palabras: *Cita... caballo... arco de San Nicolás.* Ya sabes que el arco de San Nicolás es oscuro hasta en medio del dia, y me ocurrió la idea de que aquellos pícaros tendrian tal vez una cita en sitio tan apartado y desierto, porque recordaba las palabras en latin: *E agua empieza á hervir* que podian significar el *hervidero de la cólera popular...* y el *pescado que era preciso hechar en el agua* podria ser Marcel, y finalmente el *cocinero á quien iban á avisar...*

— Podia ser Maillart ó el regente, añadió Mahiet. Creo que no te falta penetracion. Continua.

— Las palabras *cita... caballo... arco de San Nicolás* podian significar tambien que un mensajero á caballo les esperaba en aquel sitio retirado.

— Tal vez no te equivocas, dijo el Abogado de armas que tomó á su amigo por el brazo, y le designó con un ademan significativo en el extremo opuesto del aposento al preboste de los mercaderes, que contemplaba con la frente apoyada en su mano la carta que acababa de leer, y se sonreia con dolorosa amargura.

El estudiante comprendió la idea de Mahiet y añadió en voz baja:

— Tengo piernas de ciervo, y me aproveché de ellas cruzando por el campo de San Paterno para llegar antes que mis tres amigos al arco de San Nicolás. Llego, estaba oscuro como boca de lobo, presto el oido y no percibo el mas leve rumor. Como conozco á fondo el sitio, busco á tientas y hallo cierto nicho donde en otro tiempo

estaba la estatua del santo. Me acurruco allí y espero. Habia trascurrido un cuarto de hora cuando se oyen pasos en la bóveda y conozco la voz del hombre de la gorra de pieles que decia á media voz :

— ¡ Chist ! ¡ *Juan Cuatro Sueldos* !

Y añadió despues de un momento de silencio :

— Aun no ha llegado... ¡ Holgazan !

— No se ha perdido mucho tiempo, respondió otra voz, porque necesita mas de tres horas para ir á caballo á Charenton.

— Esto es grave, dijo Mahiet, porque el regente está acampado en Charenton.

— Es cierto. Ya puedes figurarte pues cuanto me felicitaria de mi descubrimiento. Era indudable que se tramaba algun complot con el partido de la corte. Finalmente, llega Juan Cuatro Sueldos por un lado del arco, y el de la gorra de pieles le dice :

— ¿ « Estás pronto á partir » ?

— « Si, tengo el caballo ensillado en la posada de los *Tres Monos* »

— « Aqui está la carta, añade el de la gorra de pieles. Haz todo lo posible para llegar al cuartel del ejército real, y entregarás el mensaje al senescal del Poitou. »

— ¿ « Pero me dejarán salir de la ciudad ? preguntó el mensajero. »

— « Si. La puerta de San Antonio está custodiada por personas de nuestro partido, y debe hallarse entre ellos Maillart á quien dirás como santo y seña : *Por el rey y por el duque*, y te dejará pasar. ¡ A caballo ! »

Y el de la gorra de pieles y sus dos compañeros se alejaron por un lado y Juan Cuatro Sueldos por otro. Salgo entonces de mi escondite y sigo al mensajero que puedo distinguir en la plaza al resplandor de la luna. Era un mozo robusto y bien armado, y no parecia dispuesto á entregar la carta al primero que llegase. Meditaba yo mil planes contradictorios, cuando veo que entra en la posada de los *Tres Monos*. Creí que iba á sacar el caballo, pero Juan Cuatro Sueldos es hombre previsor, y pide la cena antes de ponerse en camino. Veo al través de la puerta que se sienta á la mesa, y como era amigo del posadero, fogoso partidario de Marcel, despues de escribir á la divina Alison, á quien la diosa Venus...

— Ya lo sabemos eso... deja á un lado las digresiones.

— Dudoso del buen éxito de mis designios, quise al menos avisar con tiempo á Marcel de que se tramaba contra él un complot.

El posadero se encarga de enviar mi billete á la casa de Alison, y muy pronto... ¡bendita sea la diosa Fortuna! veo entrar á los tres estudiantes escoceses con quienes habia discutido en otro tiempo á puñetazos en honor de la retórica de Ficheto. Formo entonces mi plan y lo comunico á mis amigos y al posadero, confiándoles las sospechas que me habia despertado la cita del arco de San Nicolas. Mi proyecto era muy sencillo: armar contienda á Juan Cuatro Suelos, arrojarse sobre él, apoderarse de su carta y encerrar al pícaro en la bodega para que no fuera á dar el grito de alarma al partido de Maillart. Puse manos á la obra; me acerco á la mesa donde cenaba, le provocho, me responde insultándome, me arrojo sobre él, los escoceses le echan mano al bolsillo, le quitan la carta, y...

Marcel interrumpió el relato del estudiante levantándose despues de haber estado largo rato pensativo, y dijo á Mahiet:

—Esta carta me ha decidido y he dado fin á mi incertidumbre. ¿Sabes de quién es esta carta?

—No; ¿quién es su autor?

—Mi mas antiguo amigo, respondió el preboste de los mercaderes con pesar y repugnancia; Juan Maillart.

—¡Infame! gritaron á un tiempo Mahiet y el estudiante. Es decir que ese complot...

—Es cierto, respondió Marcel. Esta carta me prueba que Maillart, á pesar de sus protestas de adhesion por la causa popular y su violento lenguaje contra la corte, negociaba secretamente con el partido realista, cuyos gefes son en Paris el señor de Charny y el caballero Santiago de Poitiers por la nobleza, y por el pueblo Maillart y los antiguos regidores Pastorel y Juan Alfonso.

—Marcel, dijo vivamente Mahiet ¿no tomareis medidas vigorosas contra esos traidores?

—¡Atreverse á conspirar dentro de la ciudad! añadió Rufino ¡Estraviar con perfidia á un pueblo crédulo!

—Ya que nuestros enemigos lo han querido, es preciso aterrarlos ya que atraen sobre Paris terribles venganzas, dijo Marcel. Si, Maillart comunica al regente las divisiones intestinas, el desaliento que los agentes de la corte han inspirado á la poblacion y el odio que han escitado contra nosotros, y aconseja al príncipe que venga á Paris, asegurándole que estallará un movimiento en su favor dentro de la ciudad cuando se acerquen sus tropas, y diciéndole que hallándose sus partidarios hoy y mañana de guardia en la puerta

de San Antonio, la abrirán á las tropas reales, y entregarán el alma de la revolucion... á mi, al regente.

— No hay que dudarlo, dijo Mahiet con horror. De modo que al venir esta noche la mujer de Maillart á proponer á vuestra esposa medios para facilitar vuestra fuga...

— Me tendia un lazo, respondió Marcel con desdeñosa amargura; confiaba en mi mas antiguo amigo, y si hubiera ido solo á su casa me hubiese puesto preso para entregarme al regente cuando entrara en Paris.

— ¡Qué traicion! ¡qué cobardia! exclamó Rufino indignado. Esa mujer es un monstruo. ¡Ah! la habia juzgado bien cuando lanzaba aquellas lamentaciones hipócritas en el entierro de Perrin Macé. ¡Cocodrilo!

— La envidia y el orgullo que la devoran han perdido á Maillart, repuso el preboste de los mercaderes. La vanidad de esa loca ha inducido á su marido al mal y á la mas indigna bajeza. ¿Creereis que ese hombre sin caracter ni conviccion, recuerda en su carta al senescal que el regente le ha prometido la nobleza en premio de los servicios que presta al partido de la corte? (1) ¡Maillart mendigando el ennoblecimiento! ¡Él... que me acusaba sin cesar porque no esterminaba á los del partido de la corte que quedaban en Paris... él que vituperaba con violencia á la nobleza!

— ¡Vive Dios! exclamó Mahiet. ¡Y vuestra sangre, Marcel, debia ser el precio del ennoblecimiento de ese infame!

— Confieso que su traicion es doblemente cruel para mi, porque á pesar de conocer á los hombres, me he resistido hasta el último instante á creer en la odiosa felonía de Maillart... mi amigo de infancia. Pero insisto aun en creer que jamas hubiera llegado á tanta abyeccion á no ser por su debilidad y el orgullo infernal de su mujer, envidiosa hasta el odio de mi pobre Margarita, cuya modestia se ruborizaba casi de mi popularidad. No, no debo vacilar... la reaccion del partido de la corte seria desapiadada... Nuestro único medio de salvacion estriba en el apoyo del rey de Navarra y en medidas terribles contra nuestros pérfidos amigos. Ellos las han provocado... ¡caiga sobre ellos la responsabilidad!

— Marcel, dijo Mahiet con voz baja al preboste de los mercaderes; ¿y si Carlos el Malo no acude esta noche á la cita?

— En tal caso, ya te he dicho que montaré á caballo é iré á entre-

(1) Juan Maillart recibió título de nobleza el 13 de octubre de 1360.

gar al regente mi cabeza y la de los *gobernadores*... Nuestra sangre apagará la sed de venganza del príncipe... y perdonará á Paris.

Un gran tumulto, primeramente lejano y que se fué acercando por momentos, se oyó de pronto en la calle, y resonaron los gritos de *¡viva Marcel! ¡A buen fin! ¡á buen fin! ¡viva Marcel!*

Casi al mismo tiempo entró Margarita en el gabinete de su marido diciendo:

— Simon Paonier, Felipe Giffart, Conrac y otros varios amigos nuestros, estan armados en la calle en medio de un gran número de tus partidarios fieles que te demuestran con vítores su adhesion. Nuestros amigos han creido prudente venir á buscarte para acompañarte hasta las Casas consistoriales.

— ¡Adios, querida Margarita! dijo Marcel con emocion profunda, pero reprimida pensando que abrazaba quizás por vez postrera á su fiel esposa. ¡Adios! repitió abrazándola con ternura.

— Esos gritos que aclaman tu nombre con entusiasmo me tranquilizan. Nuestros amigos velan por tí.

— No temas... mañana volveré á verte... ¡Adios... adios! dijo Marcel que á pesar de su valor sentia su corazon despedazado en el momento de aquella separacion tal vez eterna.

El preboste de los mercaderes bajó á la calle, donde varios regidores le esperaban en medio de una multitud de sus partidarios cuyas entusiastas aclamaciones redoblaron al verle. Es verdad que el desaliento se habia apoderado de la mayoria del pueblo, pero Marcel podia contar aun con corazones intrépidos y adictos.

— Amigos, dijo Marcel en voz alta á los regidores, no vamos á la casa consistorial sino á la puerta de San Antonio. En el camino os daré mis intrucciones.

Estas palabras fueron oidas por uno de los tres hombres que durante toda la noche no se habian separado de las cercanias de la casa del preboste de los mercaderes.

El espia dijo á sus compañeros:

— Vaya uno de vosotros al momento á avisar al señor de Charny que Marcel va con sus partidarios á la puerta de San Antonio; otro de vosotros irá delante de estos alborotadores á dar parte á Maillart de su llegada, y yo les seguiré desde léjos para espiar sus movimientos.

Iba á dar la una de la noche, y la luna en el momento de desapa-

recer en el horizonte lanzaba aun bastante claridad para platear con una franja de viva luz las últimas almenas de los dos altos torreones que defendian la puerta de San Antonio, hácia la cual se dirigia Esteban Marcel llevando en la mano dos llaves y acompañado del regidor Felipe Giffart y de Mahiet: los demas magistrados y un grupo de sus partidarios se habian quedado por órden del preboste de los mercaderes en una casa inmediata á las murallas. Reinaba un profundo silencio en la ancha y sombría bóveda que conducia á la puerta de la ciudad.

Un hombre que llevaba un caballo de la rienda seguia á Marcel á cierta distancia.

— El momento es decisivo, decia á sus compañeros; si Cárlos el Malo ha acudido á la cita, nos queda una probabilidad de triunfo; de lo contrario, monto á caballo y voy al campamento de Charenton á entregarme al regente...

Apenas acababa de pronunciar Marcel estas palabras cuando los dos centinelas colocados fuera de la bóveda oscura en la cual iba á entrar gritaron:

— ¡*Por el rey y por el duque!*

Este grito de guerra del partido de la corte hizo parar á Marcel que á la incierta luz de las estrellas vió salir á Juan Maillart del negro paso que conducia á la puerta.

Al ver á su antiguo amigo, cuya infame traicion no ignora, la indignacion arde en su pecho, y no vé, como tampoco Mahiet y Felipe Giffart, entre la oscuridad la actitud de Maillart que lleva la mano derecha oculta en la espalda.

— *Marcel*, dijo el regidor con tono imperioso *¿qué haceis aqui á estas horas?*

— *¿Qué os importa?* respondió Marcel con desprecio. *Estoy aqui para velar por la seguridad de la ciudad cuyo gobierno ejerzo.*

— *¡Pardiez!* exclamó Maillart acercándose insensiblemente al preboste de los mercaderes; *no estais aqui para nada bueno.*

Y volviéndose hácia los dos centinelas que estaban inmóviles á algunos pasos de él, añadió:

— *Ya lo veis, tiene en la mano las llaves de la puerta de la ciudad... viene á entregarla.*

— *¡Miserable!* exclamó Marcel; *mentís...*

— *No, traidor; tú eres el que mientes.*

Y levantando de pronto una hacha corta que hasta entonces ha-

bia tenido oculta en la espalda, se lanzó de un salto sobre el preboste de los mercaderes gritando:

— ¡ *A mi, amigos! ¡ Muera Marcel! ¡ Mueran él y los suyos! ¡ Todos son traidores!*

Y antes que Mahiet y Felipe Giffart pudieran preveer y parar aquel súbito ataque, descargó tan furioso hachazo sobre la cabeza de Marcel, que éste vaciló y cayó bañado en su sangre. (1)

Al grito de Juan Maillart: ¡ *A mi, amigos!* la bóveda se iluminó de pronto con el resplandor de varios faroles, ocultos hasta entonces bajo las capas de los que los llevaban, y á su rojiza claridad se vió un gran número de hombres armados de lanzas y espadas, emboscados en aquel sitio tenebroso. Distinguianse entre ellos el señor de Charny, el caballero Santiago de Pontoise y el regidor Pedro Dessarts.

Apenas cayó Marcel bajo el hacha de Maillart cuando la turba de asesinos corrió gritando: ¡ *Por el rey y por el duque!* y se precipitó sobre el preboste de los mercaderes para acabarlo de matar. El desgraciado, con el cráneo abierto y el rostro ensangrentado, trataba de levantarse sostenido por Mahiet y por Felipe Giffart, los cuales hicieron esfuerzos sobrehumanos para defender al herido, pero pronto cayeron traspasados de heridas. Los demas *gobernadores* y varios de sus partidarios, retirados en la casa inmediata á las murallas, al oír un tumulto creciente y los gritos de: ¡ *Por el rey y por el duque!* acudieron á la puerta de San Antonio para ausiliar al preboste de los mercaderes, pero sus caperuzas rojas y azules les designaron al furor de los asesinos, y á pesar de su heroica defensa, murieron como su jefe.

Aquella carnicería no sació la rabia de Maillart y del señor de Charny.

— ¡ Mueran los enemigos del regente! gritó el caballero. Sabemos donde viven. ¡ Corramos á sus casas y matemosles en el lecho!

— ¡ Mueran! repite Juan Maillart blandiendo el hacha; ¡ mueran los partidarios de Marcel!

— ¡ Por el rey y por el duque! repite la turba lanzando gritos furiosos ¡ Mueran las caperuzas rojas y azules!

— ¡ Mueran! ¡ que no quede uno con vida!

(1) Porque Juan Maillart hirió á Marcel con el hacha en la cabeza y le arrojó en el suelo, aunque era su amigo. (Crónica de *Juan Froissart*, lib. I, part. II cap. LXIII, p. 384) — Las líneas subrayadas están tomadas textualmente de la misma crónica,





Editor Juan Oliveros Barcelona.

Muerte de Marcelo preboste de los mercaderes.

— Amigos , dijo de pronto el señor de Charny , el cadáver del caballero de Conflans , víctima del partido popular , ha sido espuesto en el *Valle de los estudiantes* ; espongamos el de Marcel en represalias. Cargadlo sobre vuestros hombros.

— Mañana lo arrastraremos por el lodo hasta en frente del Louvre , de donde el regente tuvo que huir amenazado por Marcel , y despues arrojaremos en el Sena la podredumbre de este infame , indigno de sepultura cristiana , añadió Juan Maillart.

Despues dijo para si pensando en su mujer :

— Ya no me acusará Petronila de ser inferior al preboste de los mercaderes ; ya no la consumirá la envidia , ya no oirá decir que Margarita es la mujer del *Rey de Paris*.

Ejecutáronse las órdenes de Charny y de Maillart : se buscó el cadáver del preboste de los mercaderes entre los cuerpos de sus amigos , algunos de los cuales respiraban aun ; cuatro hombres levantaron sobre sus hombros los restos desfigurados del gran ciudadano , y el siniestro cortejo se dirigió al valle de los estudiantes blandiendo las armas al resplandor de las antorchas y gritando :

— ¡ Mueran los partidarios de los *gobernadores* !

— ¡ Mueran las caperuzas rojas y azules !

— ¡ Por el rey y por el duque !

El odio de los enemigos del preboste de los mercaderes le persiguió hasta mas allá de la tumba. Su cadáver fué llevado al valle de los estudiantes donde estuvo espuesto á las injurias y burlas de la multitud inconstante é ingrata cuya libertad y ventura habia anhelado hasta el último suspiro , y al dia siguiente sus restos sangrientos y mutilados fueron arrastrados hácia el Sena en frente del Louvre y arrojados en el rio.

Los principales gefes del partido popular , en número de sesenta , y entre otros Simon Poaonier , Consac y Pedro Caillart , fueron ejecutados por orden de Juan Maillart y el señor de Charny , que se habian erigido en dictadores.

Despues de llevar á cabo estas ejecuciones , enviaron al regente á Simon Maillart , hermano del regidor , al caballero Dessessarts y á Juan Pastorel para manifestar al príncipe que estaba vengado de sus enemigos y que en adelante podia entrar en su ciudad de Paris , sumisa y arrepentida.

El regente respondió que lo haria gustoso , y partiendo del puente de Charenton , se dirigió al Louvre acompañado de numerosa caba-

lleria. Allí se encontraba Juan Maillart que disfrutaba de gran privanza y afecto.

«Al pasar por cierta calle el rengente dirigiéndose al Louvre, un artesano se atrevió á decirle en voz alta :

— «Si me hubieran creído, señor, no hubierais entrado en Paris, pero nada se hará por vos. (1)

El recuerdo de Marcel se perpetuó en muchos corazones fieles á la causa popular, y á pesar del triunfo de la corte, se tramaron varias conspiraciones con objeto de vengar la muerte del preboste de los mercaderes y de sus amigos. El último de estos conspiradores fué un rico mercader de Paris llamado MARTIN *Pisdoe*, que subió al cadalso y pagó con la cabeza su adhesion á la memoria de Esteban Marcel.

Mahiet el Abogado de armas fué dejado por muerto en la puerta de San Antonio en medio de un monton de cadáveres. Alison y Rufino, sabedores durante la noche del asesinato de Marcel y de sus partidarios, corrieron al teatro de la matanza para informarse de Mahiet, y encontrándole traspasado de heridas y casi moribundo, le trasladaron á una casa inmediata donde recobró el sentido. Protegido por la oscuridad de su nombre, permaneció mucho tiempo oculto en aquel asilo á donde iba á visitarle un cirujano amigo de Rufino.

Margarita supo la muerte de su marido por los enviados de Juan Maillart que fueron á prenderla en su casa durante la noche. Aquella desventurada mujer pidió en vano desde la cárcel que se le permitiera amortajar por sus propias manos el cadáver de su esposo. Le negaron este consuelo, y mas adelante supo las ignominias que prodigaron á los restos de su marido.

Margarita murió en la cárcel, y los considerables bienes del preboste de los mercaderes fueron confiscados en provecho del regente. Alison dió albergue á Dionisia en la posada donde se hospedaba, y ambas fueron á visitar con frecuencia á Mahiet en su retiro. Entre otras heridas, un hachazo debia privarle para siempre del brazo derecho, pero las demás heridas se curaron felizmente y se casó con Dionisia el mismo dia que Alison dió su mano á Rufino. Mahiet habia heredado un reducido patrimonio con el cual á duras penas podia atender á sus necesidades, porque el defecto resultante de su herida no le permitia continuar su oficio de Abogado de armas. El único pa-

(1) *Crónica de Froissart*, lib. I, part. II, cap. LXXIII.

riente que tenia Dionisia vivia en *Vaucouleurs*, pequeña ciudad de la frontera de Lorena, y Mahiet resolvió trasladarse á aquella comarca. Hubiera sido una imprudencia permanecer en Paris despues de su curacion porque la reaccion del partido de la corte se mostraba inclemente. Mahiet vendió su patrimonio, se separó con pesar de Rufino y Alison, y al través de mil peligros causados por las partidas de ingleses y aventureros que asolaban la Galia, llegó con Dionisia á la ciudad de *Vaucouleurs*.

(Yo, *Allan Lebrenn*, nieto de Mahiet Lebrenn el Abogado de Armas, intercalo aqui algunas lineas para esplicar y llenar un vacío que existe en la crónica que me legó mi abuelo. Faltan trece pliegos que contenian el relato de su larga vida desde el año 1359, época de su matrimonio, hasta el 1425 ó 1426, y que sin duda se estraviaron. Este período de su existencia, así como me ha contado mi padre, no ofrece acontecimiento alguno de importancia. No pudiendo mi abuelo ejercer su oficio de campeon, abrió una escuela en que enseñaba á leer á los niños, y el producto de esta enseñanza, unido á su reducido patrimonio, le permitió educar á su familia que se componia de mi padre y dos hermanas que han muerto. La vida de mi abuelo trascurrió pacíficamente, pues *Vaucouleurs* y toda la orilla izquierda del Mosa hasta *Domremy* no padecieron durante mas de medio siglo las invasiones de los ingleses, que asolaban el interior de la Galia y no se atrevian á llegar hasta aquel pais alejado del centro de la guerra. Desgraciadamente por el mes de julio de 1424, despues de la batalla de *Verneuil*, perdida por *Cárlos VII*, numerosas partidas de ingleses invadieron nuestro valle hasta entónces tan tranquilo; pero los habitantes, apesar de la inferioridad de su número y guiados muchas veces por mi abuelo, que aunque no combatia, conservaba su enérgico carácter y era atendido por sus consejos, rechazaron varias veces al enemigo despues de luchas encarnizadas y heróicas. Mi padre murió en el último ataque: habia nacido en el año 1368, cerca de diez años despues del casamiento de mi abuelo con Dionisia, sobrina de *Esteban Marcel*. En memoria de aquel grande hombre, mi padre se llamó *Esteban*, y Dionisia murió al darle á luz. Manifestaba desde infancia una aficion decidida por la pintura, y aprendió el oficio de dibujador y pintor de figuras en cristal y yo seguí la industria de mi padre. Nací el año 1399, y mi padre murió en 1424 á los cincuenta y seis años de edad. Mi abuelo

quiso contar á nuestra descendencia los acontecimientos mas notables del período de su vida desde 1339 hasta 1426 (fragmento del manuscrito extraviado). Este relato estaba precedido de los pliegos perdidos. Helo aqui, asi como la segunda parte de esta leyenda, es crita tambien por mi abuelo y titulada: *El Cuchillo de Carnicero ó JUANA LA DONCELLA.*)

...Yo, Mahiet Abogado de armas, despues de contar, hijos de Joel, los raros incidentes de mi oscura existencia, consolada por las virtudes angelicales de mi querida Dionisia, voy á daros á conocer sucintamente lo que ha pasado en la Galia desde la muerte de *Esteban Marcel* hasta el dia, como lo hicieron de siglo en siglo nuestros padres al legarnos estos anales de nuestra familia.

Setenta años han trascurrido desde la muerte de Marcel, y pronto voy á cumplir los noventa y seis. Apesar de las innumerables miserias y de la opresion de los señores, han estallado nuevas insurrecciones, ora vencidas, ora victoriosas, pero asi como el libre y altivo espíritu de las *Municipalidades*, que Luis el Gordo creyó haber ahogado con la sangre de los comuneros, se reanimó de edad en edad hasta alzarse con todo su poder en 1357 á la patriótica voz de Marcel, las inmensas reformas impuestas al trono por el genio de aquel virtuoso ciudadano, pasageramente estinguidas ante el desaliento del pueblo, el perjurio, la traicion y la violencia, han sido exigidas nuevamente y lo serán de siglo en siglo en las sublevaciones populares.

El suplicio de Marcel y de sus partidarios y la destruccion de la Jaqueria empeoraron las desgracias de la Galia, pero los campesinos al combatir á sus señores con las hoces, las horcas y las hachas, aprendieron á manejar estas armas rústicas, y las emplearon contra los ingleses con mejor éxito que la nobleza la lanza y la espada.

Conservad, hijos de Joel, los nombres oscuros de dos de aquellos héroes labradores. El uno se llamaba *Guillermo de las Alondras* y el otro el *Gran herrado*, y se habian atrincherado con otros aldeanos y sus familias en un sitio bastante fuerte, inmediato á Compiègne, para salvarse de las rapiñas de los ingleses. Estos se hallaban acampados en *Creil*, y creyeron que bastaba presentarse para arrojar á los villanos de su albergue. Guillermo de las Alondras, jefe de los campesinos, cayó mortalmente herido, y sus compañeros exasperados

empezaron á descargar golpes sobre el enemigo como si apelearan las mieses en el granero y aterraron á los sitiadores. El *Gran Herrado*, gigante de extraordinaria fuerza, manejó tanto y tan bien su pesada podadera de leñador, que mató por su parte *cuatro ingleses*, y los aldeanos quedaron dueños de su refugio. El gigante, fatigado del combate, bebió agua helada de una fuente, y acometiéndole el frio de la calentura, se acostó en la paja, único lecho del villano. La enfermedad se agravó durante la noche.

Los ingleses, avergonzados de su derrota volvieron el dia siguiente á la carga.

La mujer de *Gran Herrado* corre al lecho del enfermo y grita:

— ¡ *Pobres de nosotros!* ¡ *Aquí están los ingleses!*

— ¡ *Ladrones...!* creen prenderme, porque estoy enfermo dijo el aldeano; pero aun no me tienen.

Y olvidando su mal, se levanta medio desnudo, empuña la podadera, se arrima á una pared, mata cinco ingleses y abuyenta á los demas. El aldeano se vuelve á acostar en la paja, y acalorado con la lucha, bebe otra vez agua fria y muere llorado de todos sus amigos de la aldea. (1)

Hijos de Joel, conservad en la memoria los nombres rústicos de los dos aldeanos, dignos precursores de la heróica hija del pueblo, de la pobre pastora de Domremy, de *Juana la Doncella* que setenta años mas tarde arrojará á los ingleses de la Galia, invadida desde la batalla de Poitiers con baldon eterno de la nobleza que tan cobardemente huyó en aquel infausto dia.

El rey de Navarra, temiendo la venganza del regente que entró en su capital despues de la muerte de Marcel y el suplicio de sus amigos, continuaba la guerra, y dueño de Etampes y Corbeil, interrumpia la navegacion del Sena y no entraban víveres en Paris, de modo que llegó á ser tal la escasez de las subsistencias que la medida de trigo que en tiempos normales se vende á *doce sueldos*, se pagaba á *treinta libras*. Los ingleses, los navarros, los aventureros y los asalariados, asolaban el pais é incendiaban las villas y las aldeas. Desde la destruccion de los siervos de la Jaqueria, que eran todos labradores, faltaban brazos para cultivar las tierras, y se declaró una espantosa carestia que fué el preludio de numerosas desgracias.

(1) La defensa heróica de *Guillermo de las Alondras* y del *Gran Herrado* está contada esteusamente en una crónica contemporánea, *CRÓNICA DE NANQUI*, continuador, p. 123, col. 2. Las palabras subrayadas son textuales.

Eduardo, rey de Inglaterra, desembarca en Calais en 1360 á la cabeza de un ejército considerable, se aproxima á Paris hasta Burg-la-Reine, incendia los arrabales de San German, San Marcelo y la Virgen de los Campos, y aterrado el regente firma la paz con la Inglaterra el primero de mayo de 1360 en las conferencias de Bretigny, paz humillante y desastrosa. Los ingleses, dueños hacia mucho tiempo de Normandía, del Maine y de Anjou, conservaban la Aquitania en absoluta soberania, asi como la ciudad de Calais y los condados de Ponthieu, de Guines y de Montreuil, y el regente debia pagar ademas por el rescate de su padre el rey JUAN la enorme cantidad de tres millones de escudos (1), impuesto enorme que pesó esclusivamente sobre los campesinos, el pueblo de las ciudades y la clase media. Aquel rey que tantas lágrimas, tanto oro y tanta sangre costaba á su pueblo, se quedó por gusto en Inglaterra donde vivia en medio de los placeres.

Una peste espantosa diezmó la Galia en 1361 cebándose especialmente en las mujeres y los niños, de modo que no se veian mas que hombres vestidos de luto. En 1362, numerosas turbas de gentes reducidas á la miseria por los impuestos y las exacciones de toda clase, se alzaron bajo el nombre de *Tarde llegados*, y atacaron y saquearon las ciudades poco populosas, los castillos, los monumentos y las iglesias. Uno de los gefes de los *Tarde llegados* se titulaba AMIGO DE DIOS Y ENEMIGO DE TODO EL MUNDO. El papa establecido en Aviñon (porque habia ademas dos antipapas) predicó la cruzada contra el falso *amigo de Dios*, pero los cruzados se unieron á los rebeldes y redoblaron los saqueos. El rey Juan, que seguia divirtiéndose en Inglaterra, permanecia allí á pesar de haber pagado su rescate, y murió en Londres de indigestion en 1364. Su hijo, duque de Normandia y regente, le sucedió con el nombre de CARLOS V el *Prudente* ó el *Astuto*, y como era muy amigo de los retóricos, astrólogos y procuradores salia raras veces de su palacio de *San Pablo* en Paris y de su castillo en Vincennes, donde se encerraba cuidadosamente custodiado por temor á la plebe. Sin embargo, Carlos V se vió obligado, como lo habia previsto Esteban Marcel, por la marcha irresistible de los acontecimientos, á aceptar una parte de las reformas impuestas al trono por la revolucion de 1357.

Carlos V quiso conquistar en 1378 la Bretaña, cuna de nuestra familia. Los reyes franceses no habian podido reunir este pais á sus

(1) Mas de treinta millones de francos.

dominios, pues los duques bretones, aunque prestaban homenaje al monarca, reinaban como soberanos. Carlos V trató de aprovechar la ocasión que le proporcionaba en 1378 el destronamiento de Juan IV, duque de Bretaña, expulsado por sus propios súbditos, y tomó á sueldo y nombró condestable de Francia á BERTRAN DUQUESCLIN, famoso guerrero, traidor á su raza, porque siendo breton atacaba á su patria á las órdenes de un rey franco.

Conocí en la aldea de *Domremy* no lejos de *Vaucouleurs*, una mujer de *Vannes* llamada *Sibila* que habia llegado á Lorena despues de esta guerra. Sibila era una de las madrinas de Juana la Doncella, que entonces era niña, y sabia muchas leyendas y cantos; entre otros el siguiente compuesto con motivo de la traicion de Duquesclin. Los bretones, amenazados por las tropas de Carlos V, habian llamado á su duque Juan IV, refugiado en Inglaterra desde su caída. Leed, hijos de Joel, esta leyenda que os demostrará el odio que conservaba la Armórica contra la raza de los conquistadores de la Galia.

GRITO DE GUERRA CONTRA LOS FRANCESES.

«Una nave ha entrado en el golfo con las blancas velas desplegadas.

«Ha vuelto el duque para defender el pais de los franceses que amenazan á los bretones.

«Un clamor de alegría hace estremecer las orillas, los montes de Saz resuenan, la yegua blanca relincha y salta de gozo, y las campanas cantan en todas las ciudades del contorno.

«Vuelve el verano, brilla el sol y tenemos otra vez en nuestra patria al poderoso Juan, nuestro soberano.

«Es valiente y esforzado porque se alimentó con la leche de una bretona, leche mas sana que el vino viejo.

«Su lanza, cuando la esgrime, arroja tal resplandor que deslumbra todas las miradas.

«¡Acomete á los franceses, señor duque!

«¡A ellos! ¡Valor! Lava tus manos con sangre francesa.

«¡Defendámonos, bretones! No haya paz, perdon ni tregua.

«El heno está sazonado ¿quién lo cortará? El trigo está amarillo ¿quién lo segará?

«El rey de los franceses dice que será él; viene á Bretaña con una hoz de plata y segará nuestros campos con una segur de oro.

«¿Quieren saber los franceses si los bretones son mancos? ¿Quiere enseñar el señor rey franco si es el hombre de Dios?

«Los lobos de la Armórica rechinan sus dientes al oír el grito de guerra.

«¿No los oís ahullar de alegría al olor de la sangre francesa?

«Pronto se verá correr la sangre á torrentes, y correrá tanto que las plumas de los cisnes que se bañarán en ella, se enrojecerán como ascuas.

«Se verán astas de lanzas esparcidas por el campo de batalla, como se ven ramas en el suelo en el bosque despues del huracan.

«Donde caigan los franceses yacerán sus cadáveres hasta el dia del juicio final, en cuyo dia serán juzgados y castigados con BERTRAN DUQUESCLIN el traidor que manda á los enemigos.

«La lluvia de tempestad será el agua bendita que regará sus sepulcros.»

Cárlos V murió en 1360 dejando á su hijo Cárlos VI de tierna edad con un consejo de regencia compuesto de los duques de Borgoña, de Berri y de Orleans bajo la presidencia del duque de Anjou.

Nuevas revoluciones populares estallaron entonces y sucumbieron los ciudadanos sublevados como Esteban Marcel.

El duque de Anjou restableció los impuestos abolidos en 1380, se insurreccionó casi toda la Galiá, y la recorrieron turbas de rebeldes con los nombres de *Maillotines*, *Tarde llegados* y *Tuchines*.

Cárlos VI es acometido á la edad de veinte y tres años de un primer acceso de locura que dura un mes, pero el año siguiente, á principios de julio, viajando con su comitiva y su hermano el duque de Orleans, volvió á tener de pronto otro acceso de locura tan furiosa, que se precipitó sobre sus escuderos espada en mano, hirió á algunos y casi mató á su hermano.

El duque de Borgoña se apodera de la regencia del reino, y Cárlos VI continua con intervalos lúcidos en medio de su delirio en tanto que despedaza el reino la mas espantosa guerra civil ocasionada

por las contiendas de los príncipes de la familia real que peleaban en dos bandos llamadas *Armañacs* y *Borgoñones*.

El rey de Inglaterra, al ver la Galia víctima de sus discordias, la invade en 1415 al frente de un numeroso ejército y la batalla de *Azincourt* donde sucumbe la nobleza, continua los desastres de la derrota de *Poitiers*.

El monarca inglés se casa con la hija de *Cárlos VI*, se ciñe la corona de Francia, entra en *Paris*, y el delfin huye al morir su padre sin trono, sin pueblo y sin soldados.

Este hecho se ha interpretado de diversos modos, algunos han visto en él la prueba sobrenatural de la acción directa, positiva y casi personal de la Divinidad sobre la vida de la doncella de Orleans, los escépticos han pretendido que Juana Darc había sido víctima de las fantasías hábilmente puestas en juego para exaltar su imaginación, ó que la pastora de Domremy, queriendo darse importancia, anunció desvergonzadamente sus visiones y revelaciones; y finalmente, la mayor parte de sus contemporáneos aceptaron dichas revelaciones como ciertas, pero sin poderlas explicar racionalmente.

No es esta nuestra opinión. Este hecho es perfectamente espírita y se ha explicado bajo el punto de vista de la razón, de la ciencia y de la historia.

La materia es delicada y la narración por consiguiente con toda reserva.

Daron, escudero de Juana Darc, que no se separó de ella en su vida militante, dice lo siguiente en el proceso:

«Dico que he oído decir á varias mujeres que han visto á la di-

(*) El verdadero nombre de la doncella es Darc y no de Arc, como he visto en algunos y lecciones.

APÉNDICE

NOTICIA SOBRE JUANA DARCI. (*)

I.— De lo milagroso en la vida de Juana Darc.

Existe un hecho histórico exento de toda discusion, y es el siguiente :

«Juana Darc tuvo desde la edad de trece años y medio visiones «y revelaciones, vió santos y un ángel que se le aparecian, y oyó «voces divinas que le anunciaban que estaba predestinada para ar- «rojar á los ingleses del reino de Francia y restituir á Cárlos VII la «corona.»

La realidad de estas visiones y revelaciones se desprende de innumerables testimonios contemporáneos y de las confesiones de Juana Darc, confesiones reiteradas, idénticas siempre y llenas de innegable sinceridad.

Este hecho se ha interpretado de diversos modos, algunos han visto en él la prueba sobrenatural de la accion directa, positiva y casi personal de la Divinidad sobre la vida de la doncella de Orleans, los escépticos han pretendido que Juana Darc habia sido víctima de fantasmagorias hábilmente puestas en juego para exaltar su imaginacion, ó que la pastora de Domremy, queriendo darse importancia, mintió descaradamente afirmando sus visiones y revelaciones; y finalmente, la mayor parte de sus contemporáneos aceptaron dichas revelaciones como ciertas, pero sin poderlas explicar racionalmente.

No es esta nuestra opinion. Este hecho es perfectamente espliable y se ha explicado hajo el punto de vista de la razon, de la ciencia y de la historia.

La materia es delicada y la trataremos por consiguiente con toda reserva.

DAULON, escudero de Juana Darc, que no se separó de ella en su vida militante, dice lo siguiente en el proceso :

... «Dice que ha oido decir á varias mujeres que han visto á la di-

(*) El verdadero nombre de la Doncella es *Darc* y no de *Arc* ó *Arco* como leemos en originales y traducciones.

«cha doncella algunas veces desnuda y saben sus secretos, que nunca habia tenido la secreta enfermedad de su sexo, y que no se le ha conocido ni aun por los mas leves vestigios.» (*Proceso*, t. III, p. 219).

De esta deposicion resuelta que Juana Darc nunca estuvo sujeta á cierto fenómeno peculiar á su sexo.

Ahora bien, en la edad de la pubertad un trastorno violento causado por un espectáculo horrible, es capaz de producir una perturbacion incurable en la organizacion de una jóven, y espondremos las consecuencias casi siempre inevitables de estos desórdenes orgánicos citando algunos pasages de obras fisiológicas que gozan en el mundo sabio una reconocida autoridad.

«En la constitucion actual de la especie humana, la mujer está sujeta á un fenómeno periódico que se reproduce todos los meses desde la edad de catorce á quince años hasta la de cuarenta á cuarenta y cinco, funcion carasterística y necesaria al sexo, y á la cual parecen subordinadas todas las demas funciones y por cuya falta se altera el órden de los movimientos vitales, etc. (*Roussel, Sistema fisiológico y moral de la mujer*, p. 151.)

«Los prácticos son llamados diariamente para demostrar que la falta de aparicion de esta funcion ocasiona turbaciones y desórdenes en la salud de las jóvenes, y tan pronto es la fiebre menorragica de la edad de pubertud, como la *clorosis* el *histérico*, la *alucinacion*, etc. (p. 377) La mujer llega á la edad de pubertad, y entonces por una asombrosa metamórfosis el cuerpo adquiere un crecimiento considerable, y el corazon, mas enérgico, da lugar á una circulacion mas activa. Pero donde se observan especialmente cambios mas notables es en el órden moral, pues la jóven inquieta y pensativa, no sabe á qué atribuir la turbacion que la agita (p. 379); experimenta vértigos y ansiedad precordial, se vuelve triste y melancólica, se entrega á meditaciones y vierte lágrimas involuntarias sin saber la causa. En la época de la pubertad, las facultades mentales de la mujer se desarrollan de un modo sorprendente, etc.» (J. P. MAYGRIER, *Diccionario de ciencias médicas*, t. XXXII, p. 381).

De lo cual se desprende que las jóvenes experimentan una especie de trasformacion moral y física al aproximarse la edad de pubertad, y cuando el síntoma esencial no aparece por un trastorno cualquiera, esta perturbacion engendra grandes desórdenes en su salud

y se hallan sujetas á afecciones nerviosas como el histérico y la alucinacion.

¿ Cuáles son los caracteres particulares de la alucinacion?

Oigamos á un ilustre sabio extranjero, cuyos recientes trabajos constituyen lo mejor que se ha escrito en este siglo.

« Las *alucinaciones* son la percepcion de sensaciones que dependen de las causas internas sin objeto escitante exterior, y que *tienen el caracter de la energía propia de cada sentido especial. La persona atacada de alucinaciones CREE EN SU REALIDAD, porque tienen lugar en los sentidos y se producen con la realidad de los fenómenos sensorios (p. 546.)* He aqui algunos de estos fenómenos:

« Inmediatamente antes de dormirse, durante la vigilia y en el estado intermedio entre esta y el sueño ¿ quién no recuerda aquellas imágenes que flotan delante de los ojos antes de dormirse, la claridad que entonces aparece en estos órganos aunque estén cerrados, las apariciones y metamórfofis tan bruscas de estas imágenes, y los sonidos que se oyen de pronto sin ninguna causa exterior *COMO SI ALGUNO NOS HABLASE EN VOZ ALTA AL OIDO?* (Véase la esposicion circunstanciada de estos estados en *Moritz* y *Pokel*, lib. II, p. 38; *Nasse*, Antropología, t. III, p. 166, y *Mueller*; p. 20.)

« Estos fenómenos tienen tambien lugar en las personas completamente despiertas. *Aristóteles* habia hecho ya esta observacion (*Tratado de los sueños*, cap. III), lo mismo que *Spinoza* (*Obras póstumas*, carta XXX) y *Grinthusen*. Yo mismo estuve espuesto á este fenómeno al cual tengo en el dia menos disposicion. Durante estas visiones acostumbro abrir los ojos en el acto y dirigirlos hacia la pared donde las imágenes persisten durante algun tiempo y despues se desvanecen.

« Segun los informes que he tomado de mis discípulos, he adquirido la conviccion de que hasta cierto punto existen pocos que desconozcan este fenómeno de vision; uno ó dos sobre ciento.

« Las enfermedades en que se observan con frecuencia visiones son la *calentura*, la *irritacion del cerebro*, etc. Una simple escitacion cerebral sin delirio *puede causar fantasmas que perciben los que llamamos visionarios.*

« El visionario citado por Bonnet era una persona de consideracion, gozaba de una completa salud, buen criterio y memoria excelente, y aunque estuviese despierto, no recibia impresion alguna de lo exterior. Se le aparecian de vez en cuando figuras de hom-

«bres y aves, y estas visiones le causaban tan profunda impresion
«como los mismos objetos, pero apreciaba exactamente su posicion
«y rectificaba sus primeros juicios.

«El célebre visionario NICOLAI estuvo espuesto á estos fenómenos
«á consecuencia de la omision de una sangria y de una aplicacion
«de sanguijuelas cuya costumbre habia contraido casi cada mes. De
«pronto, tras una viva emocion, vió delante de si la figura de una
«persona muerta, y el mismo dia pasaron ante sus ojos otras diver-
«sas figuras, lo cual se repitió los dias siguientes. Las fantasmas se
«aparecian de dia lo mismo que de noche y cubiertas de colores,
«pero mas pálidas que los de los objetos naturales. Al cabo de algu-
«nos dias estas fantasmas empezaron tambien á hablar.

«Es un caso muy raro el que presenta un individuo sano de cuer-
«po y alma que tiene facultad de ver realmente los objetos que le
«acomoda cerrando los ojos. La historia moderna cita un reducido
«número de estos fenómenos, entre otros el ilustre GOETHE y Car-
«dan.

«Goethe dice: «Cuando cierro los ojos, bajo la cabeza y me figu-
«ro ver una flor, este objeto no conserva un solo instante su forma
«primera, sino que se descompone al momento, y nacen de su in-
«terior otras flores de pétalos colorados y hasta verdes, figuras fan-
«tásticas, pero regulares como los rosetones de los escultores.»

«En 1828 tuve ocasion de hablar con Goethe sobre este punto
«que tenia para ambos igual interés. Habiendo sabido que tranquila-
«mente sentado en el lecho, con los ojos cerrados sin dormir, veia
«frecuentemente figuras que podia observar muy bien, Goethe tenia
«curiosidad de saber lo que experimentaba entonces. Le dije que mi
«voluntad no tenia ninguna influencia en la produccion de aquellas
«figuras, y que jamas distinguia nada simétrico ó que tuviera el
«carácter de la vegetacion, y Goethe me aseguró por el contrario que
«tenia la facultad de establecer á su antojo el tema, que se trasfor-
«maba en seguida de un modo involuntario, pero obedeciendo siem-
«pre á las leyes de la simetria. La diferencia que mediaba entre él
«y yo dependia de que él poseia la imaginacion poética en el mas
«alto grado, en tanto que yo consagro mi vida al estudio de la natu-
«raleza y de la realidad.» (*Manual de Fisiología*, por J. MUELLER,
«profesor de anatomia y fisiologia en la academia de Berlin, tradu-
«cido por LITTRE, miembro del instituto, etc, etc, t. V. II, p. 547
«á 549.—1851.)

Goethe uno de los mas grandes genios de nuestra época, estaba por consiguiente sujeto á ciertas visiones lo mismo que el autor que acabamos de citar. Este conoció en su larga carrera científica hombres perfectamente sanos de cuerpo y espíritu que, á consecuencia de *la simple omision de una sangria*, tuvieron visiones y oyeron *la voz* de los fantasmas, sin que el recuerdo ó la presencia de tal aparicion, turbasen en nada sus facultades intelectuales ni su juicio.

Completemos este estudio fisiológico con otra cita tomada de un sabio de celebridad europea :

«El cérebro puesto en accion por una impresion violenta puede comoverse, produciendo este trastorno un estado convulsivo del cérebro que es causa de las *alucinaciones y visiones* mas variadas.

«Estas ideas é imágenes son por lo comun *relativas á las ocupaciones del cuerpo y del espíritu á que se entregaba el alucinado*, «ó se enlazan con la *índole de la causa que produjo el trastorno del cérebro...*»

Comprenderemos toda la importancia del aserto científico anterior cuando veámos cómo y porqué Juana Darc estuvo desde la edad de catorce hasta diez y siete años poseida por la idea de poner término á los espantosos males desencadenados sobre la Francia por la dominacion inglesa, males que padecieron con frecuencia la familia Darc y otras muchas de labradores.

Continuemos nuestra cita.

«*Ejemplos* (dice el mismo autor): Un hombre es preso y sumido en un calabozo y poco tiempo despues recobra la libertad; vé entónces y oye por todas partes denunciadores y agentes de policia que tratan de prenderle nuevamente.

«2.º Una mujer lee una obra fantástica sobre brujas; se sorprende de su imaginacion, se vé trasportada al *sábado*, y es testigo de todas las prácticas cuyo relato habia leido antes de su vision.

«3.º Una señora lee en un periódico la historia del suplicio de un parricida, y vé por todas partes una cabeza ensangrentada, separada del tronco y cubierta de una gasa negra. Esta vision le inspira un horror inesplicable y le induce á atentar varias veces contra su existencia (p. 69).

«La alucinacion puede depender igualmente de *repeticiones multiplicadas de los movimientos del cérebro para profundizar algun asunto...* En este caso, la accion interior del cerebro domina á la de los sentidos externos, hay delirio y se establece una especie de

«*aparte* en los visionarios , asi como sucede á veces en las personas
«de mejor criterio absorvidas ó preocupadas por alguna meditacion
«profunda. (p. 70).

«Las alucinaciones son á veces fugaces y confusas , pero el pro-
«greso de la enfermedad las hace tan claras como las sensaciones
«actuales. Con frecuencia el alucinado *calla* en medio de una con-
«versacion *para contemplar el objeto que cree ver ó para responder*
«á las voces que cree oir.

«Las alucinaciones se observan con frecuencia en las personas
«afectas de melancolía , manía , éxtasis é histérico , lo cual *es pro-*
«ducido casi siempre en las mujeres por la supresion del flujo periód-
«dico.

«Los hombres mas notables por *la capacidad de su inteligencia y*
«*la fuerza de su espíritu* no están al abrigo del fenómeno de la alu-
«cinacion , causado con frecuencia en ellos por una intensa lucha de
«espíritu. (p. 71).

«Así pues , el alucinado oye hablar , pregunta , responde , tiene
«una conversacion seguida , y nadie le habla , ninguna voz está á
«su alcance y todo se halla en torno suyo en profundo silencio...

«Otro vé al cielo abierto y contempla á Dios cara á cara... *Dar-*
«*wir* cuenta que un estudiante , que hasta entonces habia disfruta-
«do de perfecta salud , vuelve á su casa asegurando á sus compa-
«ñeros que moriria á las treinta y seis horas ; *Hufeland* le cura , y
«aquel jóven le confesó que habia visto una calavera y oido una voz
«que le decia : Morirás á las treinta y seis horas.

«Una jóven muy preocupada con las desgracias de la época ; vé á
«Dios bajo la figura de un anciano de barba canosa que le descubre
«el porvenir y le manda que se lo comuniqué al gese del gobierno.

«He visto en la Salitreria una mujer á quien *se aparecia Jesucristo*
«todas las noches bajo la figura de un hermoso jóven moreno ; las
«mas brillantes estrellas alumbraban su aposento y percibia el per-
«fume del jazmin y del azahar. *Jesucristo prometia á la visionaria*
«*las mayores prosperidades para la Francia...* y una pingüe renta
«para ella. (p. 69.)

«Las sensaciones de los alucinados son ideas é imágenes repro-
«ducidas por la memoria , que hace visibles la imaginacion y perso-
«nifica el hábito ; el hombre en tal estado dá un cuerpo á los pro-
«ductos de su entendimiento y sueña despierto , y asi como en el que
«sueña las ideas de la vigilia se continuan con frecuencia durante

« el sueño , el alucinado acaba su sueño despues de despertarse.
 « El alucinado no se sorprende jamás por las imágenes que creia ver,
 « pues su conviccion es tan completa y franca, *que raciocina, juzga*
 « *y resuelve en consecuencia de su alucinacion.*

« He conocido alucinados que me decian despues de su curacion:
 « *He visto y he oido tan claramente como os veo y os oigo.* (p. 68.) Y
 « cuentan sus visiones con una sangre fria propia de la conviccion
 « mas íntima.

« He prestado mis ausilios á un antiguo negociante que despues de
 « una vida muy activa fué atacado de gota serena. Algunos años mas
 « adelante llegó á ser visionario, y hablaba en voz alta con personas
 « *que creia ver y oír.*

« Las alucinaciones no son por consiguiente falsas sensaciones,
 « ilusiones de los sentidos ni percepciones erróneas, pues subsisten
 « fuera de los objetos exteriores que obran sobre los sentidos (p. 68.)
 « ¿ Son por consiguiente reales á los ojos del cuerpo y del espíritu del
 « alucinado? ¿ Son reales respecto de él? » ESQUIROL, *Diccionario de*
ciencias médicas, v. XX, H-B-H-E-M.)

¿ Se quiere, en fin, un hecho reciente en apoyo de los suceso que
 acabamos de citar?

Leemos en la *Presse* del 13 de octubre de 1853 una carta de uno
 de nuestros antiguos colegas en la Asamblea nacional; nos merece
 entero crédito, conocemos la elevacion de su inteligencia, su gran
 mérito como legista, y la gracia de su ingenio, el vigor de su elo-
 cuencia y especialmente la distincion de su carácter. Puede espre-
 sar actualmente convicciones radicalmente opuestas á las nuestras,
 pero no ponemos ni un momento en duda su completa sinceridad.

He aquí su carta citada en la *Presse*.

« La *Independencia belga* publica una nueva carta de M. VICTOR
 HENNEQUIN que dice asi:

« *Paris 11 de octubre de 1853.*

« Señor redactor:

« Me han asegurado que vuestro periódico ha anunciado la próxi-
 « ma publicacion de: ¡ SALVEMOS AL GÉNERO HUMANO! libro escrito por
 « mí en coloboracion del *Alma de la tierra*.

« Desgraciadamente no estamos tan adelantados, y hablo en plural
 « porque no tengo el orgullo de aislarme como autor del poder que
 « me inspira.

«El director de la librería ha respondido á mi peticion de autorizacion para imprimir con una negativa.

«He recurrido al ministro del interior cuya decision aun no he recibido.

«Me seria imposible intentar una publicacion fuera de Francia, «y espero que el gobierno de este pais atenderá á las observaciones «siguientes :

«Mi libro no discute ninguna religion establecida.

«Admite la teoría de *Juan Journet* que es muy inofensiva, pues «sustituye á la atraccion apasionada, ciega y fatal, la conciencia y «la voluntad, suprime la ciencia de amor y pone la conservacion de «la familia y de su interior antes que los prodigios del órden material que puede originar la asociacion.

«La teoria que enseño es de conservacion y respeta todas las «posiciones y todos los derechos.

«Rechazar un apoyo dado por Dios seria un error en que espero «no se incurrirá.

«En todo caso, mi pluma ha sido guiada, HE OIDO VOCES *y las «oigo aun*, é ideas fecundas y luminosas toman continuamente forma en mi papel. No tengo aun el derecho, segun los hombres, de «sacar á luz pública estas doctrinas, pero mi deber ante el cielo es «creer que una revelacion no puede perecer en un atolladero.

VICTOR HENNEQUIN.»

Luego M. Victor Hennequin ha oido *voces divinas* en pleno siglo diez y nueve que le dictaban un libro destinado á *salvar el género humano*, asi como Juana Darc oia VOCES que la aconsejaban igualmente que salvase á la Francia libertándola del yugo de los ingleses.

¿Y hemos de decir por esto que *hay milagro* y accion directa y personal de la divinidad respecto de M. Victor Hennequin?

Nadie se atreverá á afirmarlo. M. Victor Hennequin está sujeto á uno de esos fenómenos de *alucinacion* de que tratan los autores que acabamos de citar, fenómenos á que estan espuestos los hombres mas notables por el poder de su espíritu y la firmeza de su inteligencia, como dice el doctor *Mueller* citando en apoyo de su aserto á SÓCRATES, ARISTÓTELES, SPINOZA, CARDAN y GOETHE. La concordancia es notable. Es posible que M. Victor Hennequin haya escrito un libro elocuentísimo dictado por *voces* que cree oír y oír, pero que no son mas que el eco exterior de la *voz interna* de sus convicciones.

Creemos haber sentido racionalmente que Juana Darc, á consecuencia de graves desórdenes de su organizacion física á la edad de trece á catorce años, estuvo en adelante sujeta á alucinaciones, durante las cuales la jóven creia ver, ó mas bien veia y oia á santos que le decian: «Tú salvarás la Francia, arrojarás al extranjero y «devolverás á tu rey la corona.»

La historia de nuestra heroína nos demostrará hasta la mas completa evidencia que, en razon de un estraño conjunto de acontecimientos políticos, de circunstancias dependientes de su carácter, de sus hábitos, de su genio, de las tendencias de su espíritu, de su educacion, de las personas que la rodeaban y hasta del pais en que vivia, Juana Darc debia estar especialmente predispuesta á las alucinaciones. Se hace mencion entre estas *causas predisponentes* de una leyenda muy popular que habia oido contar desde la cuna; es una leyenda atribuida á MERLIN, bardo galo del siglo sexto, en que se vaticinaba *que la Galia, perdida por una mujer, seria salvada por una vírgen de las fronteras de Lorena y salida de un bosque de encinas.*

Ahora bien, la familia Darc vivia en Domremy, aldea de las fronteras de Lorena é inmediata á un antiguo bosque de encinas.

II. — Del genio militar de Juana Darc.

Tambien se invoca sobre este punto lo sobrenatural para explicar un hecho en apariencia inesplicable. No se ha llegado á creer humanamente posible que una pobre aldeana de diez y siete años, que sale de los campos paternos para tomar el mando de un ejército, haya podido sin *milagro* llegar á ser uno de los mas famosos capitanes de su siglo.

En primer lugar, como veremos en su historia, Juana Darc no era enteramente estraña á las cosas militares cuando partió de Domremy para ir á hacer levantar el sitio de Orleans, porque vivia hacia tres años en medio de las sangrientas peripecias de una guerra encarnizada. El gérmen del genio militar de que estaba dotada Juana Darc fructificó y se desenvolvió en la ruda escuela de las batallas, como sucedió posteriormente á MARCEAU y á HOCHÉ, los dos héroes republicanos cuya gloria es imperecedera. Juana Darc, inflamada como ellos por el mas ardiente patriotismo, sentia un santo horror contra

el extranjero que tantas veces habia pasado á sangre y fuego ante sus ojos el valle donde naciera. Finalmente, como Hoche y Marceau, como los voluntarios de 1792, Juana Darc no consideraba el estado de *gefe de guerra* (como se decia entonces) como un oficio sanguinario y lucrativo, sino como el cumplimiento del mas sagrado de los deberes: arrojar al enemigo del suelo de la patria.

En una palabra, Juana Darc ganó con su patriotismo y su genio militar brillantes y fecundas victorias. ¿Se han atribuido jamás los admirables hechos de armas de Hoche y Marceau á alguna intervencion milagrosa? ¿Porqué no hemos de admitir esta realidad tan sencilla, tan humana, esto es, que Juana Darc *habia nacido gran capitán* asi como en nuestros dias pobres pastores ignorantes nacen grandes geómetras y artistas?

Añadamos porfin, que sus contemporáneos reconocian universalmente la vocacion militar de Juana Darc, y que veian en ella mas que una inspirada una *guerrera práctica*.

Los textos que vamos á presentar sobre este punto son indudables, y varios de ellos hasta insisten sobre las cualidades particulares del genio militar de la heroína que sabia sacar un excelente partido de la artilleria que se hallaba entonces en su infancia.

«... Como he dicho anteriormente, la Doncella era de una completa inocencia, á escepcion del oficio de las armas de que hablabá con grande admiracion de los hombres de guerra.» (*Dep. de Margarita de Toronde, Proceso, t. III, p. 88.*)

«... Declara en fin que Juana era en todas las cosas de una sencillez juvenil, á escepcion de lo relativo á los hechos de guerra, en que era en extremo esperta, tanto para formar el ejército en batalla como para mandar, y sabia igualmente *ordenar muy bien las maniobras de la artillería*. Y esto causaba mucho asombro, porque obraba con tanto arte y prudencia en hechos de guerra, que parecia un capitán que hubiera seguido veinte ó treinta años de campaña» (*Dep. del duque de Alenzon, t. III, p. 100.*)

«... En dichos asaltos, Juana Darc demostró tal valor y conocimiento de la guerra, que el mejor capitán no hubiera obrado mejor, y todos admiraban su bravura y su aptitud militar.» (*Dep. del señor de Termes, t. III, p. 119.*)

«... Aparte del arte de la guerra, era sencilla é inocente, pero en la direccion y arreglo de un ejército, asi como para *animar y arastrar* á los soldados, se portaba como el *mas sutil capitán* del

« mundo , y como si hiciese mucho tiempo que supiera el oficio de
« las armas (*Dep. de HAIMOND DE MACY*, t. III, p. 120.)

« ... He oido decir á varios capitanes que era muy sabia en el arte
« de la guerra , y admiraban su ciencia en esto. » (*Dep. de PEDRO*
« *MILET* , t. III, p. 126.)

« ... En todo lo que no pertenecia á hechos de guerra , en que ad-
« miraba , era de grande inocencia. » (*Dep. de ANIANO VIOLE* , t. III,
« p. 128.)

« ... Juana sabia tanto de la guerra , y como capitan sabia hacer-
« la , que cuando en el ejército se introducía la alarma ó el mie-
« do , venía á pié ó á caballo , con tanto valor como hubiera po-
« dido hacerlo un capitan de compañía , y daba ánimo y osadia á los
« demas. En todas las demas cosas era de sencillo carácter y de vida
« hermosa y honrada. » (*JUAN CHARTIER* , t. IV. p. 64.)

« ... La Doncella fué armada y montada en Poitiers , y de allí par-
« tió á caballo , llevando tan bizarramente su armadura como si no
« hubiera hecho otra cosa en toda su vida , de lo cual se maravi-
« llaban algunos , pero especialmente los capitanes por las respues-
« tas que les daba sobre las cosas de la guerra. » (*CRÓNICA DE LA DON-*
« *CELLA* , t. IV, p. 212-213.)

« ... Cuando se hablaba de guerra ó era preciso formar en batalla
« á los soldados , era un placer oír y ver á la Doncella dar sus dis-
« posiciones , y si se gritaba algunas veces : ¡ A las armas ! era la mas
« diligente y la primera , ya á pié , ya á caballo. Y causaba grande
« admiracion á los capitanes el conocimiento que tenia de las cosas
« de la guerra. » (*PEDRO SALA* , t. IV , 249.)

Terminaremos estos extractos con el admirable retrato de Juana
Darc bajo el punto de vista militar , debido á la elocuente pluma de
ALAIN CHARTIER. Desgraciadamente nuestra traduccion no espresa-
rá jamas la enérgica concision , el colorido y el vigor de la prosa la-
tina. Dice asi :

« ¿ No parece sorprendente que la Doncella haya hecho cosas tan
« admirables y en tan poco tiempo ? Pero ¿ qué tiene de extraño ?
« ¿Cuál es la cualidad necesaria á los capitanes que Juana no posea ?
« ¿ La ciencia militar ? La suya es admirable. ¿ El valor ? El suyo esce-
« de á todos los demas. ¿ La prontitud ? La suya es sin igual. ¿ La pre-
« cision de un golpe de vista ? ¿ la osadia en el ataque ? Ella reúne es-
« tas ventajas en alto grado : en el momento del combate manda el
« ejército , elige el campo de batalla , señala á cada cual su puesto , dá

« la señal de la accion , espolea el caballo y se lanza impetuosa so-
 « bre el enemigo... Ella ha vencido á los feroces ingleses , reani-
 « mado la audacia de la patria y alzado á la Galia (*Gallicam*) de sus
 « ruinas. ¡ Virgen sin igual , digna de toda gloria , de todo elogio y de
 « los honores divinos ! ¡ prez del reino ! ¡ luz de las lises ! no solamen-
 « te eres la gloria de los galos (*Gallorum*) sino de todos los cristia-
 « nos ! Si Troya se acuerda y enorgullece con Hector , la Grecia con
 « Alejandro , el Africa con Anibal y la Italia con César y tantos ilus-
 « tres capitanes , la Galia debe enorgullecerse con la Doncella , etc.»
 « (*Carta de ALAIN CHARTIER á AMADEO VIII , DUQUE DE SAVOYA. DELI-*
 « *CIA ERUDITORUM, t. IV , p. 36 ; ap. I. QUICHERAT , t. V , p. 131.)* »

III.— De la lucha de Juana Darc contra la rencorosa envidia de los capitanes y cortesanos.

Confieso que el carácter de Juana Darc y su patriotismo , me ins-
 piran mas admiracion que su genio militar. Aquella jóven , DE TAN
 HERMOSA Y HONRADA VIDA , como dice el cronista Juan Chartier , fué
 sublime por su valor moral , su dignidad y su abnegacion en sus te-
 naces luchas contra la cobardía de Carlos VII y contra la envidia
 rencorosa de sus generales y cortesanos. Mas de una vez se han ba-
 ñado de lágrimas mis ojos al pensar cuanto debió sufrir aquella alma
 virginal y tierna , leal é ingénua en sus relaciones con aquel prínci-
 pe egoista y aquellos hombres indignamente corrompidos.

Vamos á probar lo siguiente por medio de textos de autores con-
 temporáneos :

« Todas las importantes operaciones militares de Juana Darc á las
 « cuales debió la Francia su salvacion , fueron abierta ó solapada y
 « traidoramente entorpecidas , ya por los consejeros del rey , ya por
 « el monarca mismo , ya por los generales obligados á prestar á la
 « guerrera la cooperacion de sus soldados. Su odio , su envidia im-
 « placables , la persiguieron hasta la muerte , su infame traicion la hi-
 « zo caer en manos de los ingleses , y estos entregaron á la heroína
 « al tribunal eclesiástico compuesto de inquisidores franceses que la
 « condenaron á la horca.

Parecerá tal vez imposible esta odiosa liga de cortesanos y capi-
 tanes contra una pobre jóven cuyo único crimen consistia en supe-
 rarles á todos en genio , en valor y especialmente en amor al pais ,
 pero pronto veremos desarrollarse tan infame trama. Circunscribá-

monos, sin embargo, por ahora á citar algunas pruebas en apoyo de nuestro aserto.

Juana Darc llega á Orleans la noche del sábado 30 de abril de 1429; conoce la necesidad de un ataque pronto y decisivo, y convoca los capitanes despues de examinar los atrincheramientos enemigos y de madurar su plan de batalla.

«La Doncella aconseja á los gefes de guerra que el dia de la Ascension vayan á atacar con ella el reducto de San Lorenzo, donde se encontraban los gefes mas considerables de los ingleses, diciendo que habia llegado el momento y que lo tomarian. *Pero los gefes no quisieron pelear aquel dia por respeto á la fiesta de la Ascension.* Se conviene que el dia siguiente se atacaria los atrincheramientos del lado del Soloña y del puente para poder abastecer á la ciudad por el Berry. Esta dilacion, este dia perdido *causaron un gran disgusto á la Doncella que quedó descontenta de los capitanes y los gefes de guerra.* (T. IV, p. 225.)

Algunos dias despues, á pesar de la oposicion de los capitanes, Juana Darc habia tomado casi todas las posiciones de los ingleses desplegando un valor prodigioso y una inteligencia superior de la guerra. Aunque gravemente herida dos veces, quiso llevar á cabo su obra y acometer el dia siguiente al amanecer al enemigo desmoralizado ya por sus anteriores derrotas.

¿Qué responden los capitanes?

«Aquel mismo dia los capitanes dijeron á Juana despues de cenar que les parecia que no eran *bastantes en comparacion de los ingleses*, que estando abastecida la ciudad, podian esperar auxilios del rey, y que el consejo de guerra creia muy imprudente salir el dia siguiente, *de lo cual se enojó en extremo la Doncella* (T. II, p. 109.)

Sin embargo, Juana Darc ganó una nueva victoria saliendo á pesar de la decision del consejo de guerra. Otras veces mandaba á los gefes que llevasen sus compañías al asalto, y ellos éludian ó ejecutaban á medias sus órdenes, pero la valerosa heroína marchaba al combate seguida de las milicias urbanas de Orleans que jamas la desobedecieron y combatieron con prodigioso esfuerzo en aquel sitio.

«... No la siguieron como ella queria, y acompañada *de poca gente*, fué á atacar el fuerte de San Agustin con el pendon en la mano y dando á son de trompeta la voz de asalto. Se alojó aquella noche en el fuerte y dijo: «Mañana nos apoderaremos del reduc-

«to del puente, y no entraré en Orleans hasta que esté en poder
«del rey Cárlos. (PERCEVAL DE CAGNY, t. IV, p. 9.)

Leemos en otra obra:

«El día del ataque del reducto de San Agustín el señor de Gau-
«court, que estaba encargado de la dirección de los soldados del rey
«y de los gefes militares, tuvo á mal que Juana hiciera una sa-
«lida, y se encargó de la custodia de la puerta de Borgoña para
«impedir que saliera.»

«Juana llegó al frente de *muchas buenas gentes de Orleans arma-*
«*das* para ir á atacar dicho fuerte, y como el señor de Gaucourt se
«oponia al paso de Juana, la Doncella le dijo:

«— ¡*Sois un mal hombre! Qué queráis ó no, mis hombres me se-*
«*guirán y vencerán como tantas veces han vencido.*»

«Y á pesar del señor de Gaucourt, las buenas gentes de Orleans
«salieron armadas y atacaron y tomaron el fuerte de San Agustín.
«El señor de Gaucourt se quejó aquel día de haberse espuesto á un
«inminente peligro (Dep. de SIMON CHARLES, RELATOR REAL, t. III,
«p. 117.)

Los capitanes se creían además humillados al combatir á las ór-
denes de una humilde campesina.

«... El día siguiente á su llegada á Orleans, la Doncella quiso con-
«ducir las tropas al combate; la mayor parte de los gefes de guerra
«dijeron que su proyecto era una temeridad, y habiéndose suscita-
«do una contienda en el seno del consejo de guerra entre la Donce-
«lla y el señor de Gamaches, este dijo con enojo que estaba aver-
«gonzado *al ver que una MOZUELA DE INFIMA CLASE mandaba á tantos*
«*caballeros* (Vida de GUILLERMO GAMACHES, p. 76.)

Los cortesanos tenían interés en que se eternizase la guerra, y
este fué el origen de su odio contra Juana Darc y de sus esfuer-
zos para frustrar todos sus proyectos.

La heroína fué vendida cobardemente y sucumbió en una hogue-
ra antes de cumplir los diez y ocho años. (1)

(1) Para dar á los lectores una idea sucinta de la riqueza de documentos reunidos en la obra de M. Julio Quicherat sobre Juana Darc, y por la cual nos hemos guiado para escribir el *Cuchillo de Carnicero ó Juana la Doncella*, citaremos los títulos de las crónicas y documentos que hemos tenido á la vista en la lectura de dicha obra.

CRONISTAS FRANCESES.

Perceval de Cagny.
El Heraldo Beroy.

El Cronista de Alençon.
Juan Chartier.

- | | |
|---|---|
| Diario del sitio de Orleans y del viage de Reims. | Crónica de la Doncella. |
| El abreviador del proceso. | El Espejo de mujeres virtuosas. |
| Guillermo Girault. | Pedro Sala. |
| El oratorio del Tribunal de la ciudad Albi. | Juan Rogier. |
| Guillermo Gruel. | Mateo Tomassin. |
| La Crónica de Lorena. | El continuador de Nangis. |
| Simforiano Campier. | El decano de San Tibaldo de Metz. |
| Roberto Blondel. | Los tres cronistas normandos (anónimos.) |
| Vida de Guillermo de Gamaches. | Tomas Basin. |

CRONISTAS BORGÑOÑONES.

- | | |
|--|------------------------------|
| Enquerrando de Monstrelet. | Juan de Watrin del Forestel. |
| El notario de la Cámara de cuentas de Bra- | Lefreyre de Saint-Remy. |
| mante. | Forge Castellain. |
| Pontus Heuterus. | Clemente de Franquembergue. |
| Diario de un vecino de Paris. | |

CRONISTAS ESTRANGEEOS.

- | | |
|------------------------------|-----------------------|
| William Wyrcester. | William Caxton. |
| Polidoro Virgilio. | Walter Dower. |
| El religioso de Dumfermling. | Eberardo de Windeken. |
| Juan Nider. | Lorenzo Buonincontro. |
| Saint Autonin. | El papa Pio II. |
| Gueneri Berni. | Bautista Fulgoso. |
| Felipe de Bérghamo. | Laonic Chancóndilo. |

TESTIMONIOS INDIRECTOS

- | | |
|-----------------------------|------------------|
| Bertrandon de la Broquiere. | Juan de Vaultx. |
| Pedro de Gros. | Guido Pape. |
| Rozmital de Blatna. | Simon de Pfares. |
| Juan Bonchet. | |

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

De las materias contenidas en el tomo tercero.

LA CONCHA DEL PEREGRINO O FERGAN EL CANTERO.

PARTE PRIMERA.

	Pag.
CAPÍTULO PRIMERO.	5
CAP. II.	15
CAP. III.	22
CAP. IV.	30
CAP. V.	47
CAP. VI.	55
CAP. VII.	64

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.	69
CAP. II.	76
CAP. III.	88
CAP. IV.	101

PARTE TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.	111
CAP. II.	127
CAP. III.	149
CAP. IV.	165

LAS TENAZAS DE HIERRO O MILIO EL TROBADOR Y KARVEL EL PERFECTO.

CAPÍTULO PRIMERO.	181
CAP. II.	197
CAP. III.	214

EL TRIPODE DE HIERRO Y LA DAGA O MAHIET EL ABOGADO DE ARMAS.

CAPÍTULO PRIMERO.	226
CAP. II.	296
CAP. III.	328
CAP. IV.	344
CAP. V.	384

APÉNDICE NOTICIA SOBRE JUANA DARC.

I. — De lo milagroso en la vida de Juana Darc. 424

II. — Del genio militar de Juana Darc. 430

III. — De la lucha de Juana Darc contra la rencorosa envidia de los capitanes y
cortesanos. 433

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.



